



EL ORIGEN DE UNA LEYENDA

Raúl Ortiz

avant
fantasia

El origen de una
leyenda

Raúl Ortiz Arias

© Raúl Ortiz, 2018

Diseño de portada: Leopoldo Torroba

Corrección: Almudena Zapatero

Maquetación y diseño:

Avant editorial

Dante Aligheri, 123

08032 Barcelona

www.avanteditorial.com

editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-17242-32-9

IBIC: FF

CAPÍTULO 1

Un restallido de dolor en su cabeza lo sacó de su letargo. Intentó moverse, pero tenía todos los músculos entumecidos. No tenía fuerzas para gimotear y mucho menos para pedir ayuda. Tan solo podía dejar pasar el tiempo y esperar a que el dolor cesara por sí solo. Como la res con las cuatro patas atadas que no es capaz de hacer nada por evitar que el veterano cazador acabe con su vida con una flecha hábilmente clavada en la yugular.

Así se sentía él, José López de Santillán, que lo único que sabía era que ese agonizante dolor era la única señal de que estaba vivo. Encontró fuerzas en el lugar más recóndito de su consciencia y consiguió mover la cabeza, lo justo para reconocer vagamente el lugar en el que se hallaba. Silencio. Era tal que casi se podía palpar. Y mucho polvo. Briznas de polvo y arena bailando libremente, como los jóvenes en la festividad de la primavera, entre los rayos de sol que se colaban por un rudimentario techo prácticamente en ruinas.

De repente, todo se volvió sombrío y confuso otra vez.

Cuando abrió los ojos de nuevo, volvía a estar en Cádiz y el sol brillaba claro y con intensidad en un índigo cielo adornado con escasas nubes de formas peculiares. La suave brisa proveniente del mar de más allá del horizonte se abría camino entre los pasajeros para estar cerca de las velas de ese magnífico navío, sus compañeras de viaje. Jugando con las faldas y los vestidos de las mujeres, y algún que otro sombrero de los hombres que las acompañaban, el viento les deseaba, a su modo, un buen viaje a todos los pasajeros y tripulantes.

Las playas, el mar y el clima del sur de España conformaban una imagen incomparable, un sueño, un paraíso que José estaba a punto de abandonar, por lo menos, por un tiempo. Musa de pintores e inspiración para cantantes y poetas.

Los artistas itinerantes amenizaban la soleada mañana. Algunos se contentaban tan solo con que la gente disfrutara de su espectáculo y lo agradecían a su vez con una sonrisa mientras realizaban su número. Otros recogían sus bártulos y se alejaban refunfuñando entre dientes en vista de que no les obsequiaban con una propina. Los pescadores capturaban piezas impresionantes en sus pequeñas barcas flotando en la superficie de un mar manso y sosegado. Y multitud de personas practicaban una amplia variedad de deportes en la fina arena a lo largo de la playa.

El barco era excepcional. El suelo era de madera, tanto en las cubiertas exteriores como en las interiores. Recién lijado y barnizado, parecía que nunca hubiera sido pisado por nadie, como si estuviera cubierto por un fino cristal. Paredes de mármol y cristal, grandes lámparas colgantes de oro, una surtida

librería, varias cafeterías y hasta un gran casino con sala de baile y orquesta. Sin duda, todo un derroche de dinero y creatividad flotando en la inmensidad del Atlántico.

Los fuegos encendidos por todo el interior del barco proporcionaban una cálida atmósfera, impregnada con el olor del nogal y el acebo ardiendo, que hacía que le estorbara la ropa. Tuvo que desabrocharse el primer botón de la camisa para combatir el calor.

José era un profesor de Historia en el ecuador de su vida y decidió dejarlo todo para dirigirse al Nuevo Continente. En Colombia también podría ejercer como profesor y, por qué no, escuchar alguna de las leyendas locales. Él era un estudioso, un hombre de ciencias, y no creía en habladurías, mitos o supersticiones como las que, en parte, se basa su profesión. Estaba convencido de que una leyenda es una mezcla de un mito y una historia real, y una historia real no surge de la nada. Puede haber muchas versiones de una misma historia, pero todas ellas comparten un origen común y verídico. A ese origen es a donde quería llegar en este viaje en el que estaba a punto de embarcarse.

Nunca conoció a su padre y su madre murió hacía ya un tiempo, así que no le costó tomar la decisión de abandonar su país y su hogar. De esa manera, podría buscar la auténtica verdad de las partes más confusas de la historia, una historia que se cruzó en algún momento con la de su propia familia.

Después de dejar el equipaje en su camarote, se fue directamente a la biblioteca. Altas paredes abarrotadas de estanterías repletas de libros minuciosamente ordenados. Los había de todos los tamaños, grosores, colores y épocas. Se trataba de un auténtico paraíso para cualquier erudito como él.

De pronto, se vio de nuevo entre las centenarias paredes de piedra que formaban la biblioteca de la majestuosa universidad donde estuvo impartiendo clases durante más de una década. El olor del polvo acumulado durante años sobre las ambarinas hojas del frágil papiro. El olor a tinta seca y el cuero envejecido de las tapas de los libros más antiguos. La madera enmohecida de las estanterías y el cardenillo de las llaves y cerraduras de las vitrinas donde se guardan los ejemplares más delicados. Era olor a conocimiento, a sabiduría, a historia.

—Disculpe, ¿dónde puedo encontrar leyendas sobre Colombia, sus mares, sus bosques o cualquier pueblo cercano? —preguntó al librero.

—¿Alguna en particular, señor? —respondió este amablemente.

El librero era un hombre mayor y rechoncho con las gafas apoyadas en la punta de la nariz. Moviendo los ojos a toda velocidad, no paraba de leer con la vista volando entre la maraña de letras que abarrotaban las páginas. Al profesor le sobrevoló la mente una historia que le contó su madre cuando era niño, pero

prefirió que el destino fuera el que decidiera su aventura en este viaje.

—La verdad es que apenas conozco alguna que me interese. —Mintió. Sabía que la leyenda por la que repudiaron a su familia tenía su origen en las tierras a las que se dirigía—. Me conformaría con cualquier cosa para empezar —respondió dejándose aconsejar por el rechoncho anciano, esperando encontrar fuentes fiables de la historia que lo impulsó a dirigirse a ese país en concreto—. Y, por favor, no me llame señor, me hace sentir mayor. —Le lanzó una sonrisa al librero, afable y cariñosa, de la misma manera que lo haría un nieto con su abuelo.

—En el piso de arriba, a la derecha, al fondo, en la segunda sección, las dos primeras estanterías.

Ese hombre de aspecto bonachón le respondió mirándolo por encima de los cristales de sus pequeños anteojos, pero sin dejar de prestarle atención al libro que tenía entre las manos. No le fue difícil encontrar dicha sección siguiendo las precisas indicaciones del librero. Estaba todo perfectamente señalado y separado según la temática de cada libro.

Se encontraba frente a la pared coronada con el cartel de *Fábulas y leyendas*. Era de mayor tamaño de lo que se imaginaba y contenía más libros de los que podría leer en una decena de viajes como ese. Pero su incertidumbre fue total cuando divisó otro apartado de leyendas en la sección de historia. No sabía por dónde empezar, pero no dudó en coger un libro y ponerse a ojear su contenido, en busca de información fiable con la que comenzar.

Lo sacó de su ensimismamiento el encargado, con unos suaves golpecitos en el hombro. Se le habían pasado las horas volando, inmerso en la lectura. Se había olvidado de comer y llegó la hora de la cena, la misma hora a la que cerraba la librería. El amable librero lo ayudó a recoger los libros, que devolvió a sus respectivos lugares de una forma casi mecánica, muestra del tiempo que llevaba dedicado a esos postergados tesoros de papel, y lo acompañó hasta la salida. Ya no llevaba puestas sus pequeñas gafas, pero se distinguían con claridad dos marcas en la punta de su nariz, en el lugar donde estuvieron apoyadas tanto rato.

Al día siguiente fue otra vez a la librería a continuar con su particular búsqueda de leyendas. Esta vez supo moderar su tiempo de lectura y no se excedió de la hora de la comida. En los movimientos de su rostro y su mirada se apreciaba la decepción de no haber encontrado todavía nada que le atrajera entre todos esos libros, manuscritos, anotaciones y legajos. Alargaba cada exhalación como si se viera obligado a irse de allí. Pero su humor cambió súbitamente cuando salió a la cubierta.

Varios hombres que formaban parte de la tripulación se dedicaban a pescar durante gran parte del día, situados por todo el perímetro del barco, para proveer

a la cocina de pescado fresco. El profesor se decantó por comer uno de esos peces de aspecto tan succulento.

Tras descansar un rato, volvió a la caza de leyendas entre las polvorientas hojas de esos viejos libros. Un par de días estuvo igual, intercalando la lectura con pequeñas excursiones al casino, hasta que hubo revisado todos los libros de aquella sección.

—Perdone, ¿no tendrá algo más donde pueda mirar? —preguntó José al librero, malgrado al no haber encontrado nada que le llamara especialmente la atención—. En todos esos libros no pone mucho más que en los libros que utilizo para dar clase.

—¿A qué viene tanto interés por remover la historia, joven? —interrogó el anciano. Por el modo de mirarlo, por encima de las lentes rectangulares de sus pequeñas gafas, parecía sospechar de él—. Ya no quedan tesoros ni misterios por encontrar, la época de los descubrimientos se ha acabado. Si lo que buscas es hacerte famoso o ganar dinero, te aconsejo que busques otra forma de hacerlo. —Se acercó a él sin soltar el libro. Con el dedo índice lo mantenía abierto por la página que estaba leyendo.

—No quiero enriquecerme con ningún tesoro, tan solo poner la verdad en oídos de la gente. Mi intención es conocer la verdad, convertir la leyenda en historia y después pasar a formar parte de ella —respondió José convencido de sus palabras, como las arengas de los grandes generales a sus tropas antes de entablar batalla—. No me volveré rico, no me haré famoso, pero de mí se hablará durante mucho tiempo.

Por primera vez, el librero no tenía la cabeza agachada, absorto en su lectura, sino que contemplaba al entusiasta aventurero que tenía delante. Un hombre totalmente convencido de que su sueño se cumpliría. Alguien capaz de hacer cualquier sacrificio por perseguir ese sueño.

—Buena respuesta.

El simpático y bonachón anciano se levantó de su asiento y se dirigió hacia un montón de libros descatalogados. Escogió uno bastante desgastado y encuadernado a mano, casi parecía de mentira, la portada rezaba *¿Leyendas o secretos?*

—Si nada de lo que te cuente este libro te ayuda, me temo no poder ayudarte, joven. —El librero le entregó el ejemplar y retomó su lectura, sentado tras el mostrador de la entrada.

El tomo contenía varias leyendas como la del famoso Dorado, la verdadera historia de la piedra filosofal, la ubicación del tesoro de Atila o la tumba de Alejandro Magno. Esas eran solo algunas de las leyendas que contenía, pero no encontró entre ellas la adecuada. Algunas ya se habían confirmado, otras fueron

desmentidas hacía ya mucho tiempo y otras continuaban siendo eso: leyendas. Interrogantes entre las páginas de los libros de historia esperando a ser respondidos y contados desde el principio, un principio que nadie conoce. Contenía leyendas de las que nunca había oído hablar y otras tan extravagantes que parecían inventadas por un trastornado entusiasta de la ficción. Lo estuvo ojeando durante un rato y al fin vio algo que le llamó la atención, una leyenda que destacó en su mente entre todas las demás, casualmente una historia que ya había escuchado cuando era pequeño.

En los mares de Colombia, tras ser perseguido por barcos ingleses, un galeón español proveniente del continente y cargado con un tesoro exorbitante fue hundido junto con el suculento botín que transportaba. Multitud de cazadores de tesoros e historiadores buscaron la fortuna sepultada por las aguas durante muchos años. Incluso en esa época, de vez en cuando, alguien aún trataba de encontrar aunque fuera una pequeña pista a cerca de ese navío.

El galeón San José todavía seguía siendo un misterio en las costas del mar Caribe, una leyenda que José decidió hacer pasar a la historia o por lo menos intentarlo. Descubrió la desconocida historia de su antepasado, su tatarabuelo, reflejada en aquellas raídas páginas. Al fin lo tuvo claro, el destino lo ayudó a decidirse a investigar más afondo lo que ya tenía en mente desde un principio, una historia que, a su vez, era de gran importancia en Colombia.

Al pasar una página del viejo libro, un pedazo de papel mal doblado cayó al suelo. Alguien añadió su propia anotación acerca de aquella leyenda y la ocultó entre las páginas que la contaban.

*Cuando ya no haya recodo alguno en el que mirar,
cuando la esperanza abandone la conciencia del intrépido explorador,
la montaña le mostrará el camino.
Su base se abrirá en la oscuridad
y revelará el tesoro que contienen sus entrañas.
La propia leyenda es el secreto que la naturaleza guarda
para que la historia y el mito continúen por caminos separados.
Tan solo aquel al que la montaña considere digno de su secreto,
se le será mostrado.*

El profesor se guardó ese pedazo de papel, dejó el libro en el mismo lugar donde lo cogió el librero y se fue directo a su camarote a pensar en lo que debía hacer a partir de ese momento. Alguien antes que él, igual que otros muchos, trató de buscar ese tesoro. Puede que lo que ponía en la nota fuera un bulo, un engaño del anterior propietario del libro o una nota traspapelada en algún

cambio de manos desde que se editara el libro, que nada tenía que ver con lo que contaban el resto de historias.

Fuera lo que fuese de lo que hablaba y llegara como llegase hasta ahí, ese trozo de papel era la clase de pista que andaba buscando. Una prueba sólida, algo tangible a lo que aferrarse, un rayo de esperanza iluminadora en la turbiedad que ocupaba su mente. Pero su travesía llegaba a su fin y eso era todo lo que logró encontrar.

Tenía un objetivo. Se disponía a investigar una historia que conocía de toda la vida y ahora le faltaba encontrar el modo de llevarlo a cabo.

CAPÍTULO 2

El viaje transcurrió sin ningún contratiempo. Las aguas del océano a penas hacían romper sus olas contra el casco del barco. Era como si el agua se abriera a su paso, guiándolos en su camino, para no importunar la calma que lo envolvía todo. Una madre llevando en volandas a su hijo dormido. Los delfines jugaban con la estela que dejaba la embarcación a su paso, saltando y haciendo acrobáticas piruetas agradecían la comida que les arrojaban los pasajeros desde la cubierta de popa.

Llegando a las aguas del mar Caribe, el tiempo cambió de golpe. Los aislados cúmulos que se mantuvieron agazapados durante gran parte del trayecto salieron de sus escondites, nebulosos y amenazantes, e hicieron empequeñecer al propio océano. Las nubes cubrieron el cielo sobre las aguas del océano, a la vez que una suave llovizna golpeaba la cubierta del barco. ¿Un mal augurio? José no le dio importancia, seguramente fuera una de las típicas lluvias tropicales de las que tanto había oído hablar.

Los primeros haces de luz rompían el manto negro que cubría el cielo, llevándose consigo los misterios e infortunios que guarda la noche. El sol salía en ambas direcciones por el horizonte y sobre la superficie del agua se reflejaba un cielo tan azul que daba la sensación de estar volando. De pronto, el paisaje cambió por completo. El frío y oscuro océano, que revelaba un infinito abismo bajo el casco del buque, dio paso a un mar de cristal.

Una balsa de aceite habría parecido un torbellino a su lado. Un mar liso y transparente, como el cristal más puro, bajo el que despertaba una fortaleza de coral de todos los colores conocidos o incluso alguno más. Infinidad de peces de todos los tipos y colores les daban la bienvenida y salían huyendo, asustados por el sonido de las hélices.

Estaban rodeados por pequeñas islas, diminutos paraísos sin dueño, esperando maravillarse a algún visitante que se aventurara en ellas. Miraba hacia el horizonte y no era capaz de distinguir dónde terminaba el mar y dónde empezaba el cielo. A lo lejos, en medio de la nada, se vislumbraba, por fin, su destino.

Se erguía imponente ante ellos el portentoso puerto de Cartagena de Indias. Lo sujetaban sobre las aguas unas colosales columnas de madera sobre las que estaba construido. Le ganaba espacio al mar, pero sin llegar a robárselo, conviviendo el uno con el otro. Al fondo, kilómetros de selva virgen e inexpugnable tentaban a todo aventurero para ser explorados. El lugar más verde que José hubiera visto jamás, la parte del mundo con más formas de vida desconocidas, un sitio forjado por misterios y antiguas leyendas. A ambos lados

del majestuoso puerto, una cordillera de palmeras, de todas las formas inimaginables, impedía el paso de la selva a la playa. Eran los guardianes de la arena.

Antes incluso de desembarcar, la música lo empezó a envolver todo y conseguía mejorar la perfección del paisaje que se extendía frente a él. Pequeños puestos de fruta recién cogida de los árboles colindantes y otros puestos que vendían pulseras, collares y todo tipo de bisutería hecha con los materiales típicos de la zona, les acompañaban a lo largo de todo el paseo del puerto.

Pero no había tiempo para entretenerse. Recorrió un dilatado trayecto y aún tenía muchas cosas que organizar si quería empezar cuanto antes a cumplir su sueño. Ya habría tiempo para la diversión cuando lograra cumplir su propósito en el otro lado del mundo. José fue directamente en busca de una pensión o un hostel, cualquier lugar en el que hospedarse. No buscaba nada ostentoso, sino todo lo contrario. Quería un lugar accesible a todo el mundo, pescadores y trabajadores locales, donde los rumores y opinar sobre viejas quimeras fuera algo habitual.

Encontró una pensión sencilla, no muy grande y no muy cara, pero que olía deliciosamente bien, a comida casera recién hecha. Sobre el suelo de piedra grisácea descansaba el resto del edificio hecho de una madera clara con vetas de diferentes tonos de marrón y verde. La barra era una pesada y alargada losa de la misma piedra que el suelo, sostenida por una, sorprendentemente resistente, estructura de cañizo. Una empinada escalera apoyada sobre unos postes ascendía hasta el lóbrego segundo piso, donde se alojaban los residentes.

A pesar de haber un considerable número de comensales, la posada estaba dispuesta de tal modo que uno podía encontrar pequeños huecos de intimidad, algo que más adelante le vendría bien, si encontraba cosas que ocultar durante su investigación. Una diminuta aunque confortable cama, una cómoda y una mesilla de noche era todo el mobiliario del que disponía en su nueva habitación. La construcción de esta estancia seguía la dinámica del resto de la posada, salvo porque el piso era de madera oscurecida por años de trasiego y limpieza. Muchas de las tablas no casaban bien y el suelo crujía a cada paso.

Dejó todas sus cosas, que prácticamente cupieron todas en la pequeña mesilla de noche, cenó algo ligero y se echó a dormir.

La emoción colmaba su cuerpo. Llevaba horas en vilo dando vueltas en el catre, deseando que amaneciera para empezar a explorar. Mientras intentaba inútilmente conciliar el sueño, un leve rumor se colaba por la ventana. Una armoniosa y alegre melodía se clavó en su cabeza y lo impulsaba a acompañarla con rítmicos movimientos de su pie. La música continuaba sonando allí fuera.

La luz de las farolas y de algunas hogueras impedía que anoheciera por

completo, sumiendo toda la zona en una alegre y cálida atmósfera. No pudo evitarlo y salió a echar un vistazo, con la condición que se impuso a sí mismo de volver pronto a la pensión para descansar, aunque fuese unas pocas horas.

El profesor miró a los ojos de ese hombre reflejado en el cristal de la ventana de su habitación. A pesar de escucharse lejana, no pudo resistirse más tiempo a la salmodia y se unió a la fiesta que se llevaba a cabo en la arena. Tanto en los locales como en la calle o incluso en la playa, la gente bailaba, bebía y cantaba con brío y sin complejos. No había nada que no fuera júbilo y buen ambiente.

La fruta seguía siendo la principal protagonista de la noche. Solo que ahora, en lugar de comerlas recién cogidas del árbol, estaban vaciadas y rellenas, sobre todo, con ron y tequila. Pero no se desperdiciaba nada. Singulares ladronzuelos se movían con sigilo entre las sombras. Algunos monos salían de entre los árboles y se llevaban corriendo a sus nidos, escondidos en la espesura, lo que los festivaleros no iban a comerse.

Al principio se sentía extraño, se consideraba precisamente como lo que era, un forastero. Pero poco a poco, y después de algunos tragos de la fruta y su curioso contenido, se sintió como uno más. Mujeres con curvas infinitas le enseñaban algunos pasos básicos de baile. Las piernas entrelazadas, una cintura elástica, capaz de hipnotizar al hombre más imperturbable, los cuerpos agitados y calientes pegados el uno al otro y la mezcla de sus sudores empapando su ropa. Entre baile y baile, los hombres le enseñaron cómo preparar esos cócteles tan deliciosos.

Se levantó a mediodía, la cabeza le daba vueltas y tenía la boca seca y con sabor a arena. Era más tarde de lo que le hubiera gustado, pero mereció la pena trasnochar. Se aseó y revisó su equipaje antes de salir pesadamente de la habitación. Sobre la mesilla de noche dejó su libreta de notas con el pedazo de papel que salió del libro *¿Leyendas o secretos?*, escrito en la portada y un lápiz recién afilado.

Las olas del mar no rompían contra la arena, sencillamente la acariciaban, se deslizaban con delicadeza por ella y volvían a regresar hacia el interior. Caminaba por la orilla dejando una efímera estela de huellas tras él, que se desvanecía con cada golpe de la marea.

Las primeras barcas pesqueras, las de los hombres más madrugadores, llegaban al puerto con las capturas más frescas. Los pájaros revoloteaban cerca de ellos con la intención de llevarse uno de esos succulentos peces, al ver el poco esfuerzo que ello conllevaba. Tan solo tenían que esquivar los varazos de los pescadores, pero uno o dos no daban abasto para mantener a raya tal averío.

Tomó un desayuno suave, ya que tenía el estómago revuelto, y se puso manos a la obra con su búsqueda de la verdad. Tenía ilusión, todo el tiempo del mundo y

disponía de todos sus ahorros. Aunque pudo reunir una buena cantidad, tendría que hacer buen uso de ellos o se vería en serios apuros si se agotaban.

Todos los barcos que visitó anteriormente disponían de un equipo de buceo muy básico. Poco más que unas gafas, unos depósitos de oxígeno y algún arpón que otro era todo lo que tenían. No le serviría de gran cosa. Con eso no podría hacer mucho más que ver peces por la superficie, y lo que él necesitaba era inspeccionar el fondo. Pretendía examinar el lugar donde descansaban las cosas que el mar reclamaba para él.

No fue fácil, pero consiguió un barco con un equipo de buceo decente y a buen precio.

—¿Hola? —dijo en el último barco que le faltaba por preguntar. El extraño hombre que había a bordo lo ignoraba, a pesar de que había hablado lo suficientemente alto para llamar su atención—. Necesito algo con lo que explorar estas aguas, caballero.

Era un barco mediano de madera de varios colores, como si estuviera hecho con sobrantes de otros barcos mayores. Una endeble barandilla era toda la seguridad que ofrecía para que los pasajeros del barco no cayeran por la borda. Rodeando todo el barco, había una sucesión de salvavidas dispuestos uno sobre otro, como si el propio capitán desconfiara de la flotabilidad de su embarcación. Y en el centro, algo que nunca había visto en ningún otro barco.

—¿Es a mí? —dijo al fin el propietario de ese barco cochambroso. José asintió con desasosiego, arrepintiéndose antes incluso de empezar, en cuanto le vio la cara—. Me ha despistado lo de caballero —dijo con una alarmante pronunciación o, mejor dicho, falta de ella. Las palabras se amontonaban en su boca y se desbordaban a tropel, sin un orden específico.

—Ninguno de todos estos hombres tiene algo que pueda servirme para lo que he venido a hacer aquí. No creo que usted tenga algo muy diferente a ellos, ¿me equivoco? —Su educación le hizo contestar a la pregunta, pero ya tenía decidido seguir buscando en otro lugar—. Si no es así, siento haberle hecho perder el tiempo.

—Pues sí, te equivocas, muchacho. Mi equipo es exclusivo y no hay nada en el mundo parecido a lo que yo tengo —dijo el capitán.

Señalaba a su alrededor, con actitud petulante, siendo sus aparejos el foco de sus gestos. De este modo presumía de embarcación y de equipo de buceo ante el resto de marineros que le lanzaban cortantes miradas de malicia. Era un hombre más o menos de su misma edad y tenía un aspecto extraño a simple vista, acorde con su barco. Viendo cómo articulaba las palabras y, a pesar de la distancia, pudiendo oler su aliento, era evidente que no iba lo suficientemente sobrio como para gobernar el barco, ni el barco ni nada.

«A pesar de ser un borracho, si dice la verdad y tiene todo lo que dice, creo que podré ingeniármelas con el equipo yo solo. Pero si encima es un mentiroso y su genial equipo no es tal y como él presume, me ahogaré y seré hombre muerto», pensó el profesor, tragando saliva y valorando todas las posibilidades que le quedaban, que eran más bien pocas.

—¿Podría ver ese equipo del que tanto presume antes de que llegemos a algún tipo de acuerdo, caballero? —le dijo con recelo al ebrio marinero. La prudencia que lo había guiado durante toda su vida le prohibía fiarse de su palabra. Viendo cómo se cuidaba aquel hombre esperaba encontrarse cualquier cosa antes que un equipo en óptimas condiciones.

—¡No me llames caballero, muchacho! —dijo con rudeza el capitán, asustando a su invitado venido de fuera con su áspera voz—. No soy ningún caballero, soy un capitán de barco. —Hizo un gesto señorial, con el mentón apuntando al cielo.

—De acuerdo, capitán. —El aventurero se puso en posición de firme, como si fuese un soldado cumpliendo una orden de su mando. Se produjo un tenso silencio—. ¿Y? —preguntó en vista de que el otro hombre no decía nada, tan solo lo miraba con el gesto torcido.

—¿Y? ¿Qué?

—Que si puedo verlo —respondió el profesor con exasperación, intentando creer que ese borracho tan solo le estaba gastando una broma de mal gusto, haciéndose el tonto, sin dejar de ser listo.

—¿El qué? —su rostro continuaba siendo el vivo reflejo de la duda.

—¡El equipo de buceo! —Quiso reprimirse y no gritar, pero ese hombre estaba acabando con su paciencia y no pudo evitar la brusquedad de sus palabras.

—No te alteres, muchacho —trató de apaciguarlo, forzando una actitud pausada y tranquila. El maestro miró al cielo y respiró hondo—. No puedes verlo, pero vamos a hacer un trato. Si encuentras lo que sea que estés buscando, me tendrás que pagar el doble de lo que estabas dispuesto a pagarles a esos aspirantes a grumete. —Miró con desprecio a su alrededor, al resto de pescadores y marineros que se encontraban en la zona—. Si no lo encuentras, te daré el dinero yo a ti.

—No quisiera ofender, pero no creo que tenga usted mucho dinero con el que cumplir su trato —apostilló el profesor, mirando el barco de arriba a abajo.

—No lo voy a necesitar. —Dedicó una sonrisa pícaro a su invitado. Fue una respuesta escueta, pero firme y segura, con tal convicción lo dijo que por un momento José dio su dinero por perdido—. Por cierto, ¿a dónde te diriges?

—Pretendo explorar las aguas que hay de aquí a Barú. Las veces que sea necesario y durante el tiempo que haga falta, no necesito desembarcar a menudo. Tengo que mirar en cada palmo, tras cada roca y dentro de cada grieta. —José se

iba emocionando conforme hablaba, se lo estaba jugando todo a una carta y no tenía consigo todas las de ganar. En esta aventura podría arruinarse o cumplir su sueño. Fuera cual fuese el resultado, su vida cambiaría drásticamente—. Escuché una vez una historia sobre unos barcos que se hundieron por esa zona y nunca se supo la verdad de lo que sucedió. Pensé que sería una buena oportunidad para comenzar mi búsqueda de leyendas.

—¿Búsqueda de leyendas? ¿Con qué propósito? —Por un momento se borraron del rostro del marinero todos los signos de embriaguez.

—Conocimiento —respondió seca y escuetamente con gran parte de sinceridad—. Sé que si encuentro algo seguramente no se parezca en nada a la historia que leí. Seguramente eso que descubra, si es que hallo algo, resulte ser algo insignificante. Pero a lo mejor es cierto, a lo mejor ahí abajo algo ha permanecido oculto durante todo este tiempo y es hora de sacarlo a la luz, darlo a conocer a todo el mundo. No me quiero imaginar lo que puede ocurrir, estoy preparado tanto para el éxito como para el fracaso. —Tras sus palabras, José se quedó mirando el mar a lo lejos, reflexivo, como esperando una repentina revelación celestial.

—¿No me has dicho antes que la historia te la habían contado? —Ambos se miraron a los ojos y se produjo de nuevo un tenso silencio—. Me parece una gesta muy noble por tu parte —dijo el capitán con tal de romper ese silencio—. Ya hablaremos de dinero. De momento, la única condición que exijo es que, si usas mi equipo, yo estaré contigo en todo momento. Controlaré cómo, cuándo y dónde lo utilices. ¿Está claro?

—¿Cómo que de momento?

—Mi barco, mi equipo, mis condiciones. —El capitán fue escueto pero conciso en su respuesta—. Pero tranquilo, si se me ocurriera alguna nueva condición serás avisado.

—Quien no apuesta no gana —dijo en voz baja para sí mismo, con conformismo, exhalando aire profundamente para calmar sus nervios.

A regañadientes aceptó el trato y los dos hombres estrecharon las manos. Ambos abandonaron el barco y se fueron a preparar todo lo necesario para una larga expedición por alta mar. A la mañana siguiente, José empezaría a escribir su propia historia.

CAPÍTULO 3

Se despertó antes del alba, cansado ya de dar vueltas en el lecho, como el timón de un barco a la deriva en mitad del océano. Se levantó, se vistió, se aseguró de que el pequeño trozo de papel estaba a buen recaudo y se dirigió hacia el muelle a toda prisa. Sabía que esa confusa pista podría no ser nada, palabras vacías en un contexto equivocado, pero se había convertido una especie de talismán para él, el primer hallazgo de su aventura.

Deambulaba por el embarcadero de arriba a abajo, estaba tan nervioso por comenzar su búsqueda que no conseguía permanecer quieto en un mismo sitio por mucho tiempo. El sol empezaba a asomar por el horizonte y dirigió su mirada allí donde comenzaba a clarear el cielo. Sin duda alguna, merecía la pena estar en el otro lado del mundo con tal de poder ver un amanecer como aquel. Las pequeñas islas que atisbaba en la lejanía se desperezaban, alargando sus sombras que huían de la luz.

Pasado un largo rato se presentó el capitán con un aspecto no muy distinto al del día anterior. Se supone que debían descansar y asearse, pero nada más lejos de la realidad. Se estaba fumando un extraño cigarrillo que emitía un denso humo blanco cuyo olor no conseguía identificar. Tan solo sabía que no era tabaco normal y corriente. Sorprendentemente no iba borracho, por lo menos, todavía. Trabajando juntos, pero cada uno por su cuenta, aprovisionaron el barco, cargaron todo el equipaje, izaron el ancla, soltaron las amarras y zarparon rumbo a mar abierto.

Una vez a bordo, José pudo ver el equipo del que tanto presumía su patrón el día anterior. Consistía en una especie de caja cilíndrica de unos tres metros de diámetro por dos de alto. Era de hierro, de unos cinco centímetros de grosor, y parecía estar hecha de una sola pieza, sin juntas o ensamblajes en la superficie. Tenía un amplio cristal, tan grueso como el mismo hierro del que estaba hecho el cilindro. Rodeaba todo el objeto permitiendo ver desde el exterior aquello que se encerrara dentro.

«Espero no tener que usar eso», pensó el profesor extrañado, observando con detenimiento aquel insólito armatoste.

Había también algo que parecía un traje fabricado con un tipo de material impermeable, bastante grueso y áspero al tacto. Incluía unas botas de plomo, un cinturón hecho con unas placas, también de plomo, y numerosos bolsillos confeccionados con el mismo material que el traje. El uniforme de buceo lo completaba una mochila de la misma forma y material que la extraña caja del centro del barco. Estaba unida por un tubo a un pequeño casco esférico de cristal

que se acoplaba al traje mediante unos anclajes situados en el cuello.

También vio una vieja y mugrienta lona que ocultaba algo debajo de ella. A pesar de insistir en querer ver en lo que se estaba gastando el dinero, el capitán se negó a mostrarle lo que escondía debajo. Aunque tenía buen tamaño, el barco estaba bastante descuidado y sucio y tenía un anillo de hierro donde se unía la botavara con el mástil. José vio ese detalle y solo esperaba que fuera decoración y no un arreglo chapucero con el que salir del paso con viento suave. Pero era todo lo que había, no pudo encontrar nada mejor en todo lo largo y ancho del puerto.

Necesitaba reconocer bien el terreno y no tenía ninguna prisa por hacerlo. Prefería realizar su búsqueda despacio y bien, aunque eso significara pasar más tiempo del que le hubiera gustado con ese hombre tan irritante. En cuanto se alejaron un poco de la costa, el capitán se quitó la camisa, se abrió una cerveza, se lio otro de esos aromáticos cigarrillos y se puso a pescar. Se ajustó en la cabeza un gastadísimo sombrero de copa, que tenía casi toda la parte superior recortada, solo había dejado el ala para protegerse del sol.

Era el paraíso para cualquier apasionado de la pesca. El marinero no paraba de gritar, cantar y lanzar insultos al viento a pleno pulmón. A penas acababa de acomodarse en su pequeño taburete de madera, cuando los peces volvían a picar el anzuelo. Muchos de los peces, los más pequeños, los devolvía al mar y aun así consiguió un buen número de ellos que posteriormente guardó en un arcón lleno de sal.

—¡Ya tenemos comida! —gritó exultante ante semejante captura—. Comida, cena y... desayuno.

José sacó su libreta y con el lápiz hizo un habilidoso movimiento, haciéndolo girar sobre su dedo pulgar. Caminando de arriba a abajo por la cubierta del barco, lo observaba todo y tomaba apuntes en ella. En cierto modo esa era su manera de divertirse. Dibujaba el paisaje allá por donde pasaban y escribía notas para evitar pasar dos veces por el mismo sitio y no trabajar en vano.

Llegó la hora de comer y el capitán apareció con un plato que contenía unas humeantes brochetas hechas con los peces que había pescado esa misma mañana. Las cocinó a fuego lento sobre brasas que encendió en un bidón vacío. Se sentó en una silla más cómoda que la que usaba para pescar y, con las piernas cruzadas y apoyadas sobre la barandilla de la cubierta de babor, empezó a comer con apetito voraz. Comía atragantándose, emitiendo unos ruidos guturales, y lanzaba los restos de los peces al otro lado de la barandilla cuando acababa con ellos.

—¿No hay comida para mí o qué? —preguntó el aventurero, indignado.

El capitán lanzó hacia atrás un pez crudo y un palo para que se hiciera su propia brocheta. Decidió que no iba a comerse eso y cogió unas judías verdes y algo de carne deshidratada de las provisiones que llevaban a bordo.

La tarde transcurrió prácticamente igual que la mañana. El profesor no cruzó más de unas pocas palabras sueltas con el capitán, a las que este respondía con un simple monosílabo, con una especie de gruñido grotesco o sencillamente hacía como que no le oía. Continuó tomando apuntes hasta que anocheció y fue incapaz de leer lo que él mismo escribía.

El paisaje nocturno nada tenía que envidiar al que era bañado por el sol. El cielo totalmente despejado y plagado de estrellas se reflejaba sobre un mar de refulgente plata. Las pequeñas islas y el continente dormían y desaparecieron de su vista, envolviéndolo en una esfera de paz y sosiego. Y descubrió un nuevo hallazgo, el sonido del silencio truncado tan solo por el ulular de la brisa meciendo las velas.

Cenaron algo los dos en la misma cubierta, pero cada uno en un extremo, como dos extraños que se ven obligados a compartir el mismo espacio. El capitán repitió pescado y él volvió a recurrir a las provisiones de la bodega, en vista de que no le era ofrecido nada de pescado fresco. Cuando terminó se fue a dormir, con la esperanza de que, si al día siguiente no encontraba nada nuevo en el mar, por lo menos, pudiera mejorar su relación con el marinero. Se haría verdaderamente largo, pesado, casi insoportable, estar tantos días en alta mar sin nadie con quien mantener una conversación.

Pareció un disparo lo que le desveló de su sueño. Agudizó el oído y esperó unos instantes para comprobar que había escuchado bien. Volvió a oírse el mismo ruido y, efectivamente, había sido un disparo lo que le acababa de despertar. Se levantó de un salto, se vistió a toda prisa, comprobó una vez más que aquel pequeño papel seguía entre su equipaje y se dirigió a la cubierta, el lugar de donde provenían los disparos.

Se quedó atónito con lo que se encontró cuando llegó allí. El capitán estaba en la cubierta vestido tan solo con los calzones —era difícil identificar si los había llevado puestos varios días seguidos o si llevaban consigo muchos años—, unas pesadas botas de montaña y su peculiar sombrero de copa recortado. Se reía a pleno pulmón mientras disparaba con una escopeta a las gaviotas, y demás aves pescadoras, que revoloteaban cerca del barco, introduciéndose en picado en mitad de los bancos de peces.

—Tenía entendido que usted disponía del mejor equipo de buceo que podría encontrar entre todos aquellos aspirantes a grumete —le dijo José en tono acusador—. Espero no estar tirando mi dinero.

Apenas había empezado el viaje y ya se estaba arrepintiéndolo de haber escogido a ese peculiar personaje para que lo acompañara en su búsqueda, su mayor aventura hasta la fecha.

El capitán se quedó quieto un instante, como petrificado, de espaldas a él y

con la culata de la escopeta apoyada en la cadera. Se volvió lentamente, mirándolo muy serio, y le pareció ver que bajaba un poco el arma. Daba la impresión de que le apuntaba directamente. Se acercó a él hasta que sus caras estuvieron a tan solo unos pocos centímetros. Tuvo la desagradable fortuna de poder oler la cerveza que se había tomado para desayunar.

—Nunca vuelvas a poner en duda la fiabilidad de mi equipo, muchacho. Si yo digo que es el mejor, es porque lo es —amenazó—. Nunca.

Pegó un tiro al aire, en medio de la bandada de pájaros, y se volvió a dar la vuelta, alejándose despacio y aparentemente tranquilo. José se sobresaltó cuando una gaviota muerta cayó con brusquedad a sus pies y lo salpicó de sangre.

Le pitaban los oídos y la cabeza todavía le retumbaba a causa del disparo. Tanto su aspecto como el intenso olor a cerveza y tabaco, a una hora tan temprana, daban pie a no tomar en serio a ese individuo. Pero sus ojos delataban una amenaza, una verdad tal como que se encontraban en medio del mar los dos solos, sin nadie que los viera ni escuchara.

El profesor cogió su libreta, se plantó frente a la barandilla de babor e hizo como que dibujaba un pequeño atolón que tenía enfrente. Pero tan solo fue una maniobra para ocultar su mano temblorosa y estar distraído hasta que desapareciera el susto. El capitán volvió a la pesca, aunque ahora no se le veía tan entregado, y constantemente mandaba afiladas miradas de soslayo a su único tripulante.

—Acércate, muchacho —le ordenó desde el exterior del gran tubo de hierro, como si el malentendido de unos instantes atrás no hubiese ocurrido nunca.

Acababa de regresar de vestirse en su camarote. Una camisa de flores, como un faro que revelaba su presencia, y unos pantalones cuyas perneras, que un día fueron largas, se desintegraban como una mecha hacia su trágico final. José dudó unos instantes antes de acercarse.

—¿Para qué es ese cubo gigante? —preguntó con curiosidad, mano firme y la libreta abierta por una página en blanco.

—Este cubo, como tú lo llamas, es mi observatorio marino —le corrigió el capitán.

—¿Así es como usted lo llama? —preguntó sarcásticamente y con una ligera sonrisa.

—Lo llamo así porque es eso —respondió el marinero muy serio, dando un suspiro y observando su creación con orgullo—. Métete dentro. —El ambiente entre ellos dos aún seguía un poco tirante, así que el maestro ya no hizo más preguntas y obedeció.

El observatorio marino tenía una escalinata que ascendía por un lateral, por la que se accedía al interior. Estaba hecha del mismo material que el resto del

cilindro y no se observaban juntas o marcas de soldadura, como si los peldaños salieran de la misma superficie. Lo mismo pasaba en el interior con la escalerilla que descendía. En cuanto se agarró a un peldaño para comenzar a subir, notó que el hierro estaba frío a pesar de que hacía horas que salió el sol.

José estaba ahora en el interior del observatorio marino. Era algo claustrofóbico y estaba forrado con corcho tapizado con tela roja con lamparones para aislarlo del calor del sol o de las frías aguas de mar adentro. A simple vista, no podía imaginarse cómo o en qué podría ayudarle aquel artificio.

Sin previo aviso, el capitán accionó una palanca y empezaron a oírse unos ruidos, como de engranajes chirriantes funcionando por primera vez, tras mucho tiempo en desuso. De pronto, el gran cilindro de hierro comenzó a descender en medio del barco. Cuando cruzó por completo el casco, una tapadera cerró el observatorio marino y un grueso tubo, situado en el centro de esa tapa, renovaba a duras penas el aire del interior.

Por fin, el cubo gigante se detuvo. Ahí se encontraba el profesor, a diez metros bajo el casco del barco y metido en una gran celda de hierro controlada por un chiflado borracho y fumado al que apenas conocía. Pero no se imaginó lo que le esperaba allí abajo. Un paraíso subacuático, un mundo sin explorar, una fortaleza de coral con miles de recovecos, cuevas y peligrosos acantilados, capaces de engullir barcos enteros, esperando para ser explorados.

Miles de peces entraban y salían de las anémonas que habían tomado como hogar. Un impenetrable enramado multicolor de coral servía como refugio a múltiples especies de peces y crustáceos que se disputaban los mejores lugares en los que establecer una familia. Antiguos barcos hundidos, piratas y mercantes. Enormes embarcaciones que participaron en grandes y antiguas guerras acontecidas en esas mismas aguas, y pequeñas barcas pesqueras. Todo ello se mimetizaba perfectamente porque el musgo y las miles de especies de plantas y moluscos convirtieron esos objetos, extraños en ese mundo, en parte del paisaje, haciéndolo, si cabe, más hermoso.

El lápiz de José volaba sobre su libreta de notas. Se pasaba tomando apuntes gran parte del tiempo. Cualquier cosa podría ser una pista sobre el tesoro y le seducía todo cuanto veía. Las hojas del cuaderno que ya había utilizado estaban llenas hasta los márgenes de anotaciones, explicaciones y dibujos hechos por él mismo. No dejaba ni un solo espacio libre en el que escribir. Tenía que aprovechar todos sus recursos, ya que no sabía cuánto tiempo podría durar su expedición.

Los días transcurrían rápidos y amenos, y el profesor se pasaba gran parte del tiempo en el interior del observatorio marino enfrascado en sus notas. Las leía y releía una y otra vez para asegurarse de que no se dejaba ningún detalle por

plasmar para una posterior revisión. Se estaba incómodo ahí dentro, era difícil respirar pasado un rato y a veces olía raro. Pero esos detalles no le importaban, seguía asombrado con la maravilla que había descubierto: el arrecife.

CAPÍTULO 4

La relación con el capitán no había mejorado, pero tampoco empeoró. Tenía que dejar que se acostumbrara a su presencia, como un animal salvaje e irascible al que dejas que te olfatee antes de intentar acariciarlo. El ritual del capitán de disparar a los pájaros se convirtió en su despertador habitual durante los días que estuvo embarcado. Por las mañanas, el marinero pescaba su comida y, dada la ignorancia de José sobre el tema, él continuaba abasteciéndose de las provisiones que llevaban a bordo.

Cierto día pasaron cerca de una isla con muy buen aspecto para hacer un alto. Una fina y altísima montaña la presidía desde el centro. Era tan alta que las nubes impedían ver la cima. La superficie de esa montaña era tan sólida y abrupta que se hacía impensable el hecho de ir a comprobar si realmente ascendía hasta el cielo, tal y como parecía. Una espesa selva rodeaba la montaña por todos sus flancos y el sol reflejado sobre la finísima arena blanca de la playa daba la impresión de que el suelo de la isla estaba en llamas.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó el capitán estupefacto.

—Ahí tiene que haber algo interesante —imaginó en voz alta el aventurero, embobado, mientras dibujaba la pequeña isla en su cuaderno.

Ambos, sin darse cuenta, se pusieron uno al lado del otro, apoyados en la endeble barandilla del barco, a observar la montaña. Se miraron intrigados a los ojos y ambos plasmaron la misma emoción en sus rostros, aunque cada uno por motivos distintos. Los dos asintieron al unísono. Llevaban todo el viaje refunfuñándose mutuamente y, por primera vez y sin usar las palabras, se pusieron de acuerdo. Eso debía de significar algo.

—Conozco estas aguas y todo lo que hay en ellas como la palma de mi mano, y jamás había visto esta isla antes. —El capitán se dirigió a él por primera vez en todo el viaje, pero no apartó la mirada del islote.

José no le contestó, se limitó a asentir y dejar entrever una ligera sonrisa. En vista de que el marinero ya se había bebido tres cervezas, y tan solo era mediodía, dudaba de que se acordara de su propio barco cuando quisieran regresar.

Desembarcaron por primera vez desde que partieron de Cartagena de Indias, hacía algo más de una semana. Ya era hora de estirar las piernas y, viendo el ritmo que llevaba su compañero bebiendo cerveza, tampoco le vendría nada mal darse un paseo y despejarse. Dejaron el barco a cierta distancia de la orilla y llegaron hasta la playa en una pequeña y destartalada barcaza de remos que el capitán utilizaba como cofre improvisado para guardar sus bártulos.

El profesor se encargó de proporcionarles un poco de espacio con sombra.

Tensó unas cuerdas sobre unas ramas que sobresalían del linde de la selva y luego las cubrió con hojas de palmera secas que había esparcidas por toda la playa. Mientras, el capitán preparaba sus utensilios de pesca. Clavó dos cañas en la orilla y de una vieja y abollada caja metálica sacó el sedal y los anzuelos. Se adentró un par de pasos en el mar, removió la arena con una mano y extrajo dos lombrices que usó como cebo. Las ensartó con los anzuelos y todavía seguían con vida cuando se perdieron bajo el agua.

José lo miró con asombro. Ese extraño hombre era una caja de sorpresas: esa soltura para montar las cañas de pescar y que pareciera sencillo hacer esos nudos tan complicados y pequeños. La facilidad para encontrar el cebo y la técnica para lanzar el anzuelo donde la corriente era más lenta y las capturas más numerosas. Todo ello era sabiduría. No de la que puede aprenderse en los libros, pero todo ese conocimiento era la prueba de que ese hombre no siempre fue el borracho y olvidadizo que tenía delante.

Embriagado por la emoción de estar de nuevo en tierra firme y, cómo no, por el alcohol, le invitó a ponerse a pescar con él. Le dio una de sus cañas, le enseñó cómo hacer los mejores nudos para sujetar correctamente el anzuelo y las diferentes zonas del arrecife para atrapar las distintas especies de peces que habitan en él. A pesar de su torpe pronunciación, sus explicaciones eran claras y fáciles de aplicar. Pero todo ello era nuevo para él y no dejaba de errar en sus intentos, hasta tal punto que el capitán lo dejó solo hasta que lo consiguiera por sí mismo.

Aunque no se lo podía creer, el profesor pasó una mañana muy agradable junto a ese singular hombre que lo acompañaba en su aventura. Hablaron sobre pesca y peces, se rieron y bromearon cada vez que se le escapaba un pez. No terminaba de hacerlo con soltura. Al final acabaron con un par de salmonetes y un mero de buen tamaño, el cual, tras pelear con gran ahínco durante más de media hora, fue vencido por la fuerza de los dos hombres trabajando juntos.

—Este debe de ser pariente tuyo, muchacho. —El capitán se puso el mero a la altura de la cabeza y le abría y cerraba las mandíbulas simulando que hablaba. El profesor lo ignoró con un bufido y fue a refugiarse a la sombra que se encargó de levantar.

Mientras el marinero encendía el fuego para preparar unas buenas brasas en las que poder cocinar, José se fue a buscar agua a un arroyo cercano que escuchó fluir mientras preparaba las cuerdas para su rudimentario techo de hojas. A su vuelta, la cerveza del capitán se estaba acabando, por tanto, su humor empeoró bastante y el silencio volvió a predominar durante la comida. Esa amistad que parecía que empezaba a construirse entre los dos se derrumbó de golpe. Por lo visto, la bebida fue la que los unió, aunque lo hizo por poco tiempo.

El maestro disfrutó de la comida como si nunca más fuera a volver a comer. Tras tantos días alimentándose a base de las provisiones deshidratadas, ese succulento pescado le resultaba todo un manjar. Una explosión de sabor que hizo que agradeciera ese silencio para escuchar la sinfonía gustativa que bailaban sus papilas. Después de llenarse el estómago y reposar la comida, decidió ir a investigar la isla. Ya que no tenía nada mejor que hacer, y sin su cerveza se aburriría muchísimo, el capitán lo acompañó de mala gana y con desaire.

Todo era igual, todo verde, arbustos, árboles y mosquitos, muchos mosquitos. Hacían marcas en los árboles para no perderse, anillos alrededor del tronco a la altura de los ojos. Siempre que hacían una marca en uno de los troncos, se aseguraban que desde donde estaban se podía ver la marca anterior, así podrían regresar al campamento sin dificultades. Caminaron todo el tiempo en línea recta, pero aun así tardaron más y fue más costoso de lo esperado debido a la espesura.

Por fin llegaron a la base de la montaña, que resultó ser de pura roca. Desde su base nada crecía en ella. Era como si algún ser gigantesco hubiera clavado allí su lanza miles de años atrás y la hubiese dejado olvidada. Y allí mismo, en medio de un montón de hierba frente a ellos, se erguía firme una roca. Tenía un minucioso grabado en el centro, que se había erosionado con el paso del tiempo. Se trataba de un círculo que contenía una cruz escalonada por sus cuatro partes. Tenía una especie de sol con cara, justo en el centro del círculo. La roca era muy pesada y de un tipo de piedra distinta a la de la montaña, tuvo que ser llevada allí desde muy lejos.

Ese símbolo le resultó familiar a José. Puede que lo viera en algún libro de la biblioteca del barco, mientras se decidía por una leyenda en concreto, pero no lograba recordar en cuál de todas aparecía. Quizás lo mostraran alguno de sus viejos libros de historia con los que impartía las clases en la universidad. También podría ser que lo recordara de los libros, diarios y cuadernos que veía junto a su madre de pequeño, cuando le narraba la historia de su tatarabuelo y el galeón que comandaba. Al igual que él en ese momento, todos los hombres de su familia fueron hombres intrépidos, con grandes historias que contar, y todos aquellos libros eran registros de sus viajes. No estaba seguro, así que, por el momento, no dio importancia al grabado.

—¡Ahí tiene que haber algo! —dijo el marinero sin previo aviso, sorprendiéndolo.

A los pies de la roca se podían distinguir unas marcas en la tierra, como si alguien la hubiese removido e intentado poner tal y como estaba, después. Echó a un lado a José de un empujón y empezó a cavar con sus manos desnudas, como si fuera un perro desenterrando un hueso. Apenas hizo un hoyo de un par de

palmas de profundidad, cuando chocó con algo que no debía estar ahí. Terminaron de desenterrarlo y descubrieron lo que parecía la tapa de una caja de grandes dimensiones.

Los ojos se le salían de las órbitas y parecía cautivado por algo que José aún no conseguía localizar. Se quedó pasmado hasta tal punto que se le metió una mosca en la boca y ni se inmutó. Al parecer acababan de encontrar el alijo secreto de algún antiguo contrabandista pirata. El alijo de ron de un verdadero pirata. Un vasto agujero excavado en el suelo con las paredes reforzadas con pequeñas vigas de madera, para evitar que el enorme boquete se viniera abajo y proteger así su contenido.

El capitán no cabía en sí de felicidad, cogía todas las botellas que podía y las llevaba corriendo a su improvisado campamento. Trozos de pescado chamuscado humeaban aún sobre las brasas casi extintas. Montones de botellas de cristal polvorientas y varios barriles pequeños abundaban alrededor de su pequeño trozo de sombra.

En una de las ocasiones en las que se ausentó para hacer un nuevo viaje, José vio algo cuidadosamente guardado en una esquina del agujero, enrollado en un trapo cubierto de barro. Fuera lo que fuese, alguien lo dejó en la zona más sombría para que no fuera fácil de localizar. Parecía una esmeralda, aunque ya no brillaba como debiese. Estaba cubierta de polvo y aún tenía restos de la roca de la que la extrajeron, pero era una auténtica esmeralda. Se guardó la piedra preciosa sin decir nada a su compañero, prefería dejarlo al margen hasta asegurarse de si aquello podría formar parte, o no, de su investigación.

Tardaron más de lo que al profesor le hubiera gustado en llevarse todo el ron, que a su nuevo compañero le pareció suficiente. Aún no se lo había llevado todo cuando el sol empezó a ponerse tras la línea que dibujaba el mar en el horizonte. Ayudó a cargar el resto de la mercancía y regresaron a la playa. Por lo menos, el marinero estaría de buen humor el resto del viaje, con todo ese alcohol, y seguro que le duraría algún tiempo más.

Mientras él reavivaba la hoguera, el capitán se encargó de la cena. Quitó las escamas y limpió los dos salmonetes que les quedaban y los acompañó con algunas verduras que aún les quedaban entre las provisiones. Un intenso fuego los calentaba a la vez que mantenía a raya a los insectos y alimañas atraídas por el olor de la comida asándose lentamente. El humor del capitán volvió a mejorar de nuevo, probablemente influenciado por el abundante ron. No paraba de cantar, no se entendía la letra, pero José intuyó que se estaba inventando las canciones.

— ...y lo único que encontró el niño, antes de arruinarse, fueron unas clases de pesca... —Esas fueron algunas de las frases que le indicaron que esas salomas, ciertamente, eran de su propia invención.

El capitán le invitó a brindar con él, cediéndole una botella entera de ron. La suya ya estaba por la mitad. No encontró ningún motivo para no hacerlo y, por tanto, accedió gustoso, haciendo entrecuchar las dos botellas y dándole un generoso trago.

—Capitán, todavía no sé cuál es su nombre —dijo el profesor, tratando de romper el hielo una vez más y conseguir de una vez por todas entablar amistad con ese singular hombre.

—¿Sabes cómo estaría mejor esto? —se preguntó el capitán a sí mismo, absorto en sus pensamientos, ignorándolo por completo y dándole vueltas al ron en la boca, saboreándolo.

Se levantó de un salto, se quitó las botas con hastío, como si le molestaran, y se puso a caminar por la playa, entretenido, fijándose en las palmeras. Se detuvo bajo una de ellas, se encaramó al tronco y comenzó a trepar. Cuando llegó a la copa, sacó su navaja y cortó el tallo de uno de los cocos. Lanzó la navaja al suelo, clavándose la hoja en la arena hasta el mango, y volvió a descender de la misma manera que había subido. Partió uno de los extremos del coco, a modo de tapadera, lo destapó y volcó parte de la dulce agua que contenía.

—¡Ahora sí! —dijo el capitán satisfactoriamente, rellenando con ron el espacio que quedaba en el interior del coco. Daba grandes y sonoros tragos, seguidos de placenteros suspiros de deleite—. Tendríamos que patentar este mejunje y comercializarlo. —Se puso el coco a la altura de los ojos y le dio vueltas moviéndolo con una mano, admirándolo—. Nos vamos a hacer ricos, muchacho.

Se giró y volvió a irse en dirección al mismo cocotero de antes. Hizo el mismo ritual para subir. Pero cuando se disponía a bajar, la embriaguez hizo acto de presencia, dio un paso en falso y cayó. Al tirar la navaja desde lo alto del árbol, esta vez se enterró por el mango. Al caerse del árbol, lo hizo sobre ella y se la clavó en la pierna. La caída fue tan aparatosa, y él estaba en tal estado, que también se dislocó el hombro derecho. En un acto reflejo agarró la navaja por el mango y tiró con todas sus fuerzas, sacándola y desgarrando aún más la carne de su muslo. Comenzó a chillar como un loco mientras la sangre salía a borbotones. Cegado por el dolor, no podía hacer otra cosa más que sujetarse la pierna y retorcerse.

Sin pensárselo ni un solo instante, José se quitó el cinturón, se lo colocó al capitán a modo de torniquete, por encima de la herida, y echó a correr en dirección a la selva. Salió al poco rato con unas hojas en la mano. Sin soltar la botella, lo primero que hizo fue limpiar la herida con el ron que encontraron. El capitán chilló todavía más. Después, con un anzuelo y el sedal, se la cosió lo mejor que pudo. La improvisada aguja se le resbalaba de entre los dedos por culpa de la abundante sangre, haciéndole fallar algún que otro pinchazo. Cuando

hubo cosido la herida, se metió en la boca las hojas que se fue a buscar, las masticó e hizo una pasta verde que aplicó en la herida. Luego le hizo un vendaje con algunos apósitos que llevaban consigo.

Le quitó el cinturón de la pierna, se lo colocó de nuevo en el pantalón y la sangre volvió a fluir. Una mancha roja se extendía por el vendaje, pero no tardó en detenerse. Parecía que su rápida cura funcionaba. Acto seguido, cogió con fuerza la muñeca derecha del herido, apoyó un pie en la palmera de la que se cayó, sobre la que estaba apoyado, y tiró con fuerza. «Crac», un crujido seco se escuchó al colocar el hombro en su lugar. El capitán ya no tenía fuerzas más que para emitir un leve gemido de dolor, como un sollozo.

En cuanto terminó de curarlo, el marinero se sumió en un profundo sueño, exhausto tras la pérdida de sangre y el dolor sufrido. Lo agarró por las axilas y lo arrastró cerca de la hoguera para que los insectos, atraídos por el olor de la sangre, no se acercaran a la herida. Enseguida supo que harían noche en aquella isla y alimentó el fuego para que durara encendido hasta la mañana siguiente.

CAPÍTULO 5

Se despertó sorprendido por lo bien que pasó la noche, a pesar de la delicada situación en la que se encontraban. El sol asomaba alto en el horizonte y el capitán aún seguía durmiendo. La isla estaba generosamente abastecida de árboles frutales y no le costó trabajo encontrar algo para desayunar. Ya empezaba a cansarse de comer pescado y así, de paso, su maltrecho acompañante tendría algo fácil de ingerir cuando despertara.

Regresó al campamento con piñas, kiwis, plátanos y el coco que descolgó el marinero antes de caerse del árbol. Cogió también la navaja con la que se hirió su compañero para limpiar la sangre que ya se había secado. «¿La habrá limpiado alguna vez? A saber qué cosas habrá hecho con ella», pensó al ver el estado en el que se encontraba la hoja de la navaja.

Nada más ver la gruesa capa de mugre que recubría la hoja, al profesor le dio un mal presagio. No tenía ni un solo arañazo, ni una sola marca de óxido y la hoja estaba tremendamente afilada. Se podría decir que estaba nueva, si no fuera por la suciedad, que revelaba una intensa actividad durante años. El capitán se despertó ya bien entrada la mañana, todavía parecía cansado.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó rápidamente José. Lo incorporó, apoyándolo en uno de los barriles del alijo pirata, que ahora abundaban en el improvisado emplazamiento, y le ofreció pequeños sorbos de agua de coco.

—¿Qué me ha pasado? —consiguió balbucear, aletargado, haciendo un gran esfuerzo con cada palabra—. No me siento la pierna ni el brazo.

—Tranquilo, tuviste un pequeño percance cogiendo ese último coco. — Intentó tranquilizarlo, sin lograr borrar los signos de preocupación de su rostro.

Al haberlo inmovilizado era posible que no sintiera el dolor del brazo, pero era imposible que no le doliera semejante corte en el muslo. Se sentó derecho, con la ayuda de su único brazo sano. No fue un gran esfuerzo, pero el suficiente para despertar el daño de sus heridas. No pudo evitar hacer una mueca de dolor y dar un bufido, apretando los dientes y evitar, así, gritar al moverse. Tenía la boca seca, le vino bien la fruta que le llevó su cuidador. No se sentía cómodo viéndose en manos de un desconocido forastero. Pero en ese instante no podía hacer nada por sí mismo.

«Menuda suerte que éste tipo haya resultado estar espabilado. Es incapaz de llevar el barco, apenas consigue llevar en línea recta la chalupa y, sin embargo, es capaz de cuidar de nosotros dos en esta isla sin ningún problema», pensó el marinero observando al aventurero, que no paraba de hacer cosas con dedicación. Parecía una atareada ama de casa, correteando de aquí para allá, para

dejar en perfecto estado su hogar. «Un punto a su favor, quizás aún pueda sacar algo de provecho de este viaje». Pero aún no podía fiarse de él. ¿Qué estaría buscando realmente? Al capitán solamente se le ocurría una cosa que pudiera estar buscando ese hombre con tanto ahínco: el tesoro más grande conocido en esos mares, el tesoro del galeón San José.

Cuando no era más que un niño escuchó la misma historia que impulsó a José a cruzar el Atlántico. El capitán provenía de una familia humilde, de pescadores, y cierto día su hermana pequeña enfermó. Los medicamentos eran demasiado caros para su nivel económico y su padre tenía que pasarse días enteros en alta mar, donde las capturas eran más grandes, sin poder ver a su familia. Fue entonces cuando decidió buscar el tesoro de aquella historia. Al contrario que el profesor, él sí que quería el tesoro para hacerse rico. Se juró a sí mismo que ni a él ni a su familia nunca más volvería a faltarles nada.

Al principio, su búsqueda se basaba en ponerse sus gafas de bucear y sumergirse a unos pocos palmos de agua en la orilla. Con el paso de los años, fue ingeniándose para fabricar sus propios aparejos para poder indagar bajo el agua. No puede decirse que el capitán fuese un experto ingeniero. Su técnica de fabricación consistía, más bien, en un ensayo y error, lo que lo llevó más de una vez directamente al hospital. Buscó el tesoro durante muchos años, su hermana se recuperó y más tarde sus padres se retiraron felizmente. Pero lo suyo con el tesoro se convirtió en una obsesión.

Poco a poco fue alejándose de su familia y también de sus amigos, hasta que cierto día renunció a su búsqueda. Cuando se quiso dar cuenta, se encontraba totalmente solo. Su familia se había marchado de la ciudad hacía mucho tiempo. Le mandaron cartas, pero estaba demasiado ocupado tratando de enriquecerse como para leerlas. Sus amigos se fueron olvidando de él y acabó refugiándose en la bebida.

Así se convirtió en lo que era entonces. Un borracho solitario al que lo único que le quedaba eran sus inventos, una mezcla entre obras de arte y un puñado de chatarra. Ahora, además, dependía de los cuidados de un desconocido que probablemente acabara siguiendo sus pasos. ¿Podía confiar en él? ¿Realmente era un estudioso que solamente quería hacerse un poco más listo?

—¿Te encuentras bien? —preguntó José con preocupación.

Por lo menos él ponía de su parte para entablar amistad entre ellos. El herido asintió con la cabeza y le hizo unos aspavientos con la mano para que lo dejara solo.

En vista de que iban a quedarse en la isla más tiempo del que pensaba, decidió que sería buena idea ir al barco a por provisiones y materiales que pudieran hacerles falta mientras permanecieran allí. No sabía cuánto podría alargarse su

estancia en aquel lugar, por tanto, tenía que ser previsor y pensar bien las cosas que iba a coger. No quería tener que volver por segunda vez a por algo más.

Era un buen investigador, conocía casi todo cuanto le rodeaba, aunque solamente lo hubiera visto en libros. Sus conocimientos sobre el mundo eran muy amplios, pero no tenía nada de marinero o nociones sobre náutica. El bote daba vueltas descontrolado sobre las aguas y el vaivén provocado por el oleaje no lo ayudaba a estabilizarse. Incluso, en una ocasión, tuvo que lanzarse al agua para rescatar uno de los remos que se le había escapado y se alejaba flotando. Pero al fin consiguió llegar hasta el barco anclado al otro extremo del arrecife.

Sacó de la barca todo lo que se llevó de las despensas y el desordenado camarote de su compañero. Con un gran esfuerzo y los mismos problemas de antes, lo llevó todo hasta el pequeño y sencillo campamento.

Cuando llegó, se encontró al capitán muy quieto, con la tez totalmente pálida, empapado en un sudor frío y con los ojos abiertos de par en par, mirando sin ver nada. Era una mirada como la de una escultura o un animal disecado. Una mirada desprovista de vida. Paseó un dedo de lado a lado frente a él e, incluso, le ofreció una botella de ron, pero no obtuvo respuesta. Lo que el capitán vio, si es que podía ver algo en ese estado, debía de ser algo que solo pueden ver los que ya no están en este mundo.

Un escalofrío lo atravesó de arriba a abajo, como un rayo atraviesa un árbol en una tempestad, y lo hizo estremecerse. Tenía un mal presentimiento. Era como cuando las aguas vuelven a su cauce después de anegar los campos, sabes que se han echado a perder sin la necesidad de examinarlos, que ya no puedes hacer nada por enmendarlo. Aun así no se amilanó y actuó sin pensar, con convicción, como si estuviera acostumbrado a enfrentarse a situaciones similares.

Le quitó el vendaje de la herida para examinarla y vio cómo de esta rezumaba un líquido denso y lechoso. La carne de alrededor del tajo estaba de un color granate, rosado y amarillento al mismo tiempo. No era, para nada, agradable a la vista, pero no le servía de nada un barco con su capitán y único tripulante muerto, tullido o inconsciente.

Desechó de su cabeza todos sus prejuicios y remordimientos, hizo acopio de todo su valor y, como venía siendo costumbre, volvió a ejercer de sanitario. El marinero prácticamente ni se inmutaba por lo que debía de ser un dolor atroz. Era como estar tratando con un muñeco. Sus articulaciones estaban rígidas y, a cada movimiento, su peso hacía que se cayera hacia los lados.

Tenía que asegurarse de que limpiaba bien la herida. Metió dos dedos en el corte para abrirla y poder enjuagarla bien por dentro. De este modo, aunque fuera más doloroso, se aseguraba de que eliminaba cualquier ápice de mugre que se pudiera haber desprendido de la sucia hoja de la navaja. El corte era tan

profundo que llegaba hasta el hueso. La punta del cuchillo había dejado una pequeña muesca en él. La limpiaba con abundante ron, frotando con tanta delicadeza como le era posible, dada la situación. La sangre volvía a prorrumpir a borbotones y, mezclada con el ron, provocaba una visión de lo más estremecedora y grotesca. Cuando terminó de limpiarla, la volvió a coser, esta vez con más calma y dedicación y con la inestimable ayuda de la luz del sol.

—Para no ser enfermero, no me ha quedado nada mal —le dijo orgulloso y satisfecho por su trabajo al inconsciente capitán, aun sabiendo que era como estar hablando solo.

Sin duda, había quedado mucho mejor que la vez anterior, por lo menos, el corte ya no sangraba ni rezumaba extraños líquidos. Limpió de nuevo la herida superficialmente, los restos de sangre de la pierna, y la vendó de nuevo.

Estuvieron navegando alrededor de una semana entre Cartagena de Indias y la península de Barú y explorando sus aguas, por lo menos desde la superficie. Era como querer abrazar la luna desde la playa en la que se encontraban. Ya era hora de dar un paso más en su investigación y a José no le agradaba la idea de quedarse en una isla desconocida con una persona que cuando no estaba inconsciente por alguna infección, o por el exceso de alcohol, su presencia le era por completo indiferente.

Al menos, no pasarían hambre, ya que en el arrecife la pesca era abundante. En el interior de la isla crecían gran cantidad de árboles frutales y bayas. También localizaron una especie de codornices rondando por la zona, más grandes de lo habitual, el fatídico día que descubrieron el alijo pirata de ron.

CAPÍTULO 6

El capitán no despertaba y el profesor se encontró de pronto con mucho tiempo libre. Aprovechó para mejorar las nociones de pesca que le enseñó el día que desembarcaron. A medida que pasaban los días fue capaz de capturar piezas más grandes sin que se rompiera el sedal. Libraba luchas titánicas que lo dejaban exhausto y la mayoría de veces terminaba ganando el pez.

Gracias a ese ejercicio acabó casi tan bronceado como el marinero y mejoró un tanto su musculatura. Dos veces al día le limpiaba la herida, quitando la venda, frotándola suavemente con agua salada de la playa y volviendo a ponerle vendajes nuevos. También se encargó de que el lugar donde se encontraban se mereciera el nombre de campamento.

Rodeó el límite del fuego de la hoguera con rocas que fue trayéndose de la selva para que las brasas no se dispersaran y así concentrar mejor el calor. Puso una lona en el suelo para aislarlos de la arena e hizo tres cuadrículas con ramas, atadas con finas lianas, que irguió como paredes improvisadas para el techo de hojas que hizo días antes. Cuando hubo afianzado las paredes en su sitio, entrelazó hojas de plátano para protegerse del viento o de las posibles lluvias que pudieran sorprenderlos. El refugio era pequeño y el techo estaba demasiado bajo, pero las paredes eran resistentes y podía incorporar al convaleciente dentro de ellas.

Se internaba de vez en cuando en la selva en busca de algo, no sabía el qué, simplemente esperaba encontrar algo seductor con lo que seguir rellenando las horas muertas y las hojas en blanco de su cuaderno. Aprovechaba para salir cuando el capitán se encontraba inconsciente o dormido, que era casi todo el tiempo. Volvía al cabo de unas pocas horas para darle de beber algo de agua de coco o jugos de otras frutas, que conseguía arrojándoles piedras o palos desde el suelo. Viendo la suerte que corrió su compañero, no quería jugarse la salud subiéndose a ningún árbol, a no ser que fuera estrictamente indispensable. Era costoso y agotador conseguir la comida necesaria para él y el enfermo, pero hacía todo lo que estaba en su mano para sacar a ambos adelante sin minar sus fuerzas en exceso.

En una de esas cortas expediciones por el interior de la maleza se decantó por investigar la isla desde el otro extremo. Ya había estudiado toda la zona desde donde se encontraban en la playa hasta la escarpada pared de la montaña. Tenía que internarse todavía más si quería hallar algo, en caso de que lo hubiera.

La isla era igual por todos sus flancos, salvo por el lado opuesto al que se encontraban apostados. Una prominente cascada, que parecía nacer de las mismas

nubes que rodeaban la cima, descendía por la montaña hasta un río que discurría zigzagueante hasta llegar al mar.

Decidió que ya era hora de darse un baño y lo hizo allí mismo. Partió los verdes y cilíndricos tallos de unas plantas que crecían en el margen del río y estos segregaron una resina blanquecina y muy aromática que se aplicó por todo el cuerpo. Al principio era una crema pastosa pero después de frotarla se volvía una ligera espuma que nada tenía que envidiar a los cosméticos modernos. El agradable perfume lo envolvió en un abrazo apaciguador, se dispersó por el agua y, por un momento, sintió que formaba parte de ese lugar. Se olvidó de las habladurías que circulaban acerca de su familia, de su aventura y del hombre herido en el linde de la selva, y disfrutó.

Se dirigió a la cascada para aclararse, pero se detuvo a pocos metros, observándola desde abajo. Alzó la vista tanto como pudo y aun así continuaba sin poder ver dónde comenzaba. Al acercarse un poco más, se dio cuenta de que detrás de ella había una abertura, una pequeña cueva en la que apenas cabía un hombre adulto de pie. La nube de agua pulverizada que producía el salto de agua al caer al río desde las alturas lo ocultaba, haciéndolo casi invisible desde cierta distancia.

Su afán de exploración y su conocimiento insaciable vencieron a su cautela, en una pugna claramente desigual, y se metió a investigar el cubil tras la cascada. El agua había erosionado la escarpada entrada de la cueva y dejado tras de sí un montón de cantos redondeados, traicioneros y recubiertos de resbaladizo musgo. Pero era hermoso al mismo tiempo. Las distintas tonalidades de verde del musgo destacaban sobre la roca de un color gris apagado y estéril. Y las gotas de agua que se filtraban a través del techo eran como refulgentes estrellas extendidas por todo el interior oscuro como boca de lobo.

Avanzó poco más de diez metros y llegó al final de la cueva.

Ahí mismo, en medio de la nada, guardián solitario y olvidado de un secreto que alguien quería mantener en el olvido, salía de su largo letargo un cofre hecho de madera y cobre. El moho y el musgo se habían adueñado de él hasta el punto de que parecía un objeto distinto al que fue en origen. Era un cofre sin cerradura, sin candado, como si el que lo dejó allí estuviese seguro de que jamás lo encontraría nadie. Un sencillo contenedor de algo mucho más valioso.

Al abrirlo descubrió un colgante en su interior. Una vasta cuerda de cuero enhebraba un círculo de madera, del tamaño de una moneda, con el mismo símbolo que había en la roca donde encontraron el alijo de ron grabado por las dos caras. Como nuevo dueño de ese peculiar hallazgo, lo cogió y se lo colgó del cuello. A diferencia de la caja, el delicado y detallado medallón parecía nuevo, salvo porque la humedad lo había oscurecido y abombado un poco por el borde.

Dentro del cofre también había un pedazo de papel grueso, áspero y amarillo. La sal, la humedad y el tiempo borraron los restos de un mapa que hubo dibujado, haciendo que fuera imposible distinguir nada en él. Pero por el otro lado tenía algo escrito, una frase que se le quedó grabada en la memoria. Estaba escrito con una caligrafía pueril y algunas letras se habían desvanecido y mellado algunas palabras. Pero se podía leer:

*El tesoro, guardado por las almas
que perecieron junto a él,
será protegido de aquellos que lo quieran
para ganar fama y riquezas
a costa de remover los cimientos
de la historia.*

Edward Teach

El famoso pirata Edward Teach: el más buscado de los siete mares, aquel que consiguió reunir un botín de incalculable valor tras infinidad de saqueos. ¿Sería eso una pista relacionada con el tesoro que estaba buscando? ¿Sería aquel papel el mapa del emplazamiento de un auténtico tesoro? De ser así, ¿qué clase de tesoro sería? ¿Sería aquel su propio alijo de ron en otros tiempos? Y de ser así, ¿por qué no guardó la esmeralda en el cofre, o el cofre dentro del alijo? Ahora, todas esas preguntas que lo abordaron de pronto no tendrían respuestas, ya que le faltaba una parte del manuscrito: el dibujo que señalaba el lugar donde se encontraba lo que fuera de lo que hablase.

Una cosa sí que era segura, eso no era una broma de mal gusto, una anotación espontánea de un anónimo para confundir o unas palabras vacías, deducidas a partir de historias inciertas como podría ser el pequeño papel que se llevó a escondidas de la biblioteca del barco. Ese trozo de papel estaba escrito del mismo puño y letra del auténtico Edward Teach. Muy pocos supieron su nombre de pila, pues nunca lo utilizaba para firmar ningún documento. Sin duda, eso era una nota personal donde vaciaba unos pensamientos que no pudo revelar a nadie o un mensaje para aquella persona que lograra encontrar ese pequeño cofre y advertirle así sobre algo. ¿A qué se referirían esas palabras escritas con tanta prisa? El profesor, que había leído antes sobre Teach y creía saber quién fue realmente, parecía abrumado con su descubrimiento.

Allí estaba él, desnudo y cubierto de una resina blanquecina, ante la posible pista del tesoro desconocido de uno de los más crueles y buscados bucaneros de todos los tiempos, y en una isla igual de desconocida y misteriosa. Todo eso solo podía pasar en un sueño, pero no lo era. Devolvió el cofre al lugar donde lo

encontró, del cual ya formaba parte, pues se había formado un cuadrado pelado en el musgo donde estuvo apostado durante tantos años. Salió de la cueva, se vistió y volvió al campamento.

Cuando llegó, le dio al capitán su ración de agua de coco, le destapó la herida y volvió a limpiarla y a ponerle un vendaje reutilizado. Las vendas se habían agotado y tenía que ir a lavarlas al arroyo. Utilizaba esa pegajosa savia que extraía del tallo de los juncos, pero no conseguía hacer desaparecer por completo todas las manchas de sangre. Aprovechaba cada paseo al arroyo para seguir investigando la zona. Pero no encontró nada más que árboles, arbustos, hierbajos y el río.

Los días pasaban perezosos y rutinarios. Su día a día consistía en darle agua o jugos de distintas frutas al capitán, lavarle la herida y venderla de nuevo con las vendas reutilizadas. Continuaba practicando la pesca o, por lo menos, lo intentaba. Las yemas de sus dedos índice y pulgar se habían convertido en dos callos debido a los innumerables pinchazos con el anzuelo, cuando trataba de poner el sedal y el cebo. Sus escapadas por el bosque no cesaron por completo, a pesar de que siempre regresaba sin novedad alguna.

Al tercer día desde que ocurrió el accidente, el marinero aún seguía dormido. Tanto tiempo alimentándose a base del escaso jugo de frutas, que su cuidador lograba hacerle ingerir, le estaba pasando factura.

Su bronceada piel pasó a ser incluso más clara que la que tenía José cuando llegó a Colombia y su curtido y tosco cuerpo ahora era un cuerpecillo enfermo y débil. Su oscura y poblada barba se apelmazaba, reseca y deslucida, alrededor de su boca. Su pelo ensortijado no podía ser contenido por lo que un día fue un sombrero, cuya estabilidad se veía en entredicho a cada soplo de aire sobre la maraña. Tan solo llevaba puestas las anchas bermudas y sus marcadas costillas eran la evidencia de que no aguantaría en ese estado durante mucho más tiempo. Por lo menos, el corte había dejado de supurar y desapareció ese color amarillento tan preocupante. Sin duda, una clara señal de mejoría, la primera en todo ese tiempo.

Al día siguiente, el capitán se despertó. Su tez, a pesar de que seguía estando pálida, empezaba a recuperar su color habitual y la herida, aunque seguía siendo repugnante, tenía mejor aspecto. En cuanto abrió los ojos, el profesor acudió a su lado interesándose por su estado de salud.

—¿Cómo te encuentras, capitán?

—Juan —dijo escuetamente y con la voz ronca, antes de combatir un breve ataque de tos. Prácticamente, su recuperación se debía a la atención de ese forastero, y él lo sabía, a pesar de que su carácter huraño y desconfiado no le permitía admitirlo.

—¿Qué? —preguntó confuso.

—Llámame Juan, muchacho. Así me llaman mis amigos. —Todavía le costaba hablar y tenía que tomarse un respiro después de cada palabra.

—Muy bien, Juan. Ahora debes comer algo, estás muy débil.

José no pudo evitar sonreír, por fin tenía alguien con quien compartir su aventura y no ser solamente dos extraños viajando juntos. Aunque no podía contarle todavía todos los detalles de su propósito, sí que podrían comparar opiniones y escuchar las ideas de un veterano hombre de mar. El convaleciente obedeció sin rechistar, verdaderamente, ese hombre era un tipo listo y sabía lo que hacía. La dulce y fresca fruta le despejó un poco su abotargada cabeza. Era reconfortante llenar el estómago con algo más que unos tragos de zumo.

—¿Me ves con cara de mono, muchacho? ¿Crees que puedo alimentarme tan solo a base de fruta? Si quieres ayudarme, dame comida de verdad —dijo de pronto Juan, con un acerbo tono de voz, tras los primeros bocados de un jugoso mango.

Al verlo haciendo uso de su peculiar sentido del humor, no cabía duda de que estaba empezando a recuperarse. No fue tan brusco como acostumbraba, porque aún estaba dolorido, pero para una persona que llevaba casi cuatro días inconsciente tenía que ser toda una proeza sacar tal tono de voz. Pese a todo, ese era el carácter de Juan y, si lo había recuperado, era porque hizo un buen trabajo cuidando de él. El profesor le preparó de buen grado un pez que él mismo había capturado. No sabía de qué clase era, pero abundaban nadando cerca de la orilla.

—Como podrás comprobar, he podido arreglármelas sin ti. Me enseñaste bien —le dijo sonriente y con ínfulas mientras le tendía el plato de comida.

—Estoy orgulloso de ti, muchacho —dijo el marinero con un tono solemne, como haría un caballero con su escudero. El profesor le lanzó una mirada cortante que pasó inadvertida.

—Por cierto, ¿cómo que amigos? —atacó por sorpresa haciendo que se atragantara. Sus lesiones se resentían con cada convulsión que le provocaba la tos.

—A alguien que me ha salvado la vida no puedo considerarlo menos que eso —respondió el capitán realmente agradecido por la ayuda que le había brindado aquel desconocido forastero, al parecer, de un modo desinteresado—. Has mostrado tener mucho valor y temple para hacer lo que has hecho. —Se observó el vendaje que llevaba en la pierna y lo acarició con suavidad—. Cualquiera otro se hubiera llevado mi barco o el bote o sencillamente hubiera tratado de sobrevivir él mismo, dejándome a mí a mi suerte.

—Jamás podría salir de aquí sin alguien que sepa gobernar el barco —bromeó José—. En el mar hubiera muerto de hambre, de sed o de una insolación,

flotando descontrolado a la deriva. Por lo menos, aquí tengo comida y agua.

—¿Así que ha sido por eso? —fingió enfado o, más bien, decepción—. Si hubieras sido capaz de irte tú solo, ¿lo habrías hecho?

El capitán lo miró con el semblante divertido, con la misma cara con la que se espera el final de un chiste. Le dio un empujoncito con el codo del brazo que no tenía lesionado y empezó a reír. A pesar de todo lo sucedido, a pesar de haber estado inconsciente casi cuatro días, todavía seguía llevando puesto su ridículo sombrero de copa recortado. El profesor no pudo evitarlo y rio junto a su nuevo amigo.

—¡Anda, muchacho! Si también tienes sentido del humor.

—Llámame José, así es como me llaman mis amigos.

—Te llamaré como quiera —respondió muy serio. El profesor lo miró de nuevo con diversión, le dio un pequeño golpe con el codo y ambos comenzaron a reír de nuevo.

—En serio, te llamaré como quiera —dijo rotundamente el marinero, aunque sin mucha autoridad.

El profesor dejó de reírse al instante, no sabía si hablaba en serio o estaba de broma. Pero no le dio importancia a ese último comentario. Lo que de verdad importaba era que por fin había entablado amistad con él o al menos se habían erigido los cimientos de un puente que algún día llegase a unirlos a ambos.

A partir de ese momento, todo sería mucho más fácil y menos aburrido. Con los dos trabajando juntos por un objetivo en común, la investigación sería más productiva y los ratos de descanso más entretenidos, aunque tenía que encontrar la manera de trabajar con Juan sin revelarle nada importante de lo que realmente estaba buscando, por lo menos, hasta estar seguro de que podía confiar en él de verdad.

CAPÍTULO 7

Juan aún no podía andar, pero sí podía mover su brazo, aunque todavía no tenía fuerzas para hacer casi nada con él. Se encargaba de cocinar los peces que su concienzudo compañero pescaba cada vez con más soltura. Incluso, tuvo la osadía de inventarse su propio nudo para sujetar el anzuelo. Nunca llegó a encajar en el mundo de la pesca, pero desde entonces él lo utilizaba siempre. Lo bautizó como «nudo San José», en homenaje al tesoro que lo llevó hasta ese lugar. También desplumaba las perdices, preparaba la fruta y se encargaba de encender y mantener las hogueras que usaban tanto para cocinar como para mantener alejados a los seres rondadores de la noche.

Mientras tanto, José se encargaba del aprovisionamiento del campamento, de rellenar las cantimploras y los odres con agua fresca del arroyo y de poner trampas para cazar las perdices, que más tarde preparaba su nuevo amigo.

El brazo del capitán mejoró en pocos días y entre los dos fabricaron una especie de muletas para que pudiera estirar las piernas y desentumecer los músculos del cuerpo, sin tener que apoyar demasiado peso en la pierna herida. Poco a poco, pudo ir dando paseos cada vez más largos por la playa, reencontrándose de nuevo con el único amigo que tuvo durante muchos años, el mar. Sus actividades seguían siendo limitadas, pero por lo menos ya no se sentía como una carga inútil para el profesor.

Cuando dejó de valerse de las muletas, caminaba con una pronunciada cojera que acompañaba con agudos gestos de dolor a cada paso. Aunque se lograba mantener en pie sin apoyos, se cansaba muy deprisa cuando iba sin ellas, la pierna le dolía y se encontraba débil. A pesar de que intentaba colaborar, al mismo tiempo sus fuerzas todavía estaban minadas y eso le hastiaba. Su actitud, dependiendo de la hora del día y de las actividades que hubiera tenido que hacer, volvía a ser huraña y malhumorada.

Días después se le cayeron los puntos y la cojera pasó a ser tan solo algo leve a simple vista. Viendo la considerable mejoría de su pierna, y las ansias que tenía el capitán por moverse como antes de nuevo, José decidió que era buen momento para enseñarle la cascada y el río donde se dio el baño. Tampoco le vendría nada mal un baño al marinero: aunque nunca se lo dijo, durante su convalecencia, se orinó varias veces encima.

Tan solo esperaba que no viese la cueva cuando llegaran. Si daba un rodeo, levantaría sospechas y no era el momento adecuado para nuevos misterios o preguntas a las que se veía incapaz de responder.

Tras una cansada y complicada marcha, por lo menos, para el capitán, a través

del bosque llegaron al lugar que quería mostrarle. A sus pies, bajo una caída de un par de metros, se encontraba el río y, frente a ellos, la interminable cascada. El aire acuoso que desprendía, a pesar de la distancia, les rociaba y refrescaba las caras y empapaba su ropa.

El capitán se puso en el borde para contemplar el paisaje. Aprovechando su distracción, José lo empujó por la espalda y lo tiró al agua. Cayó de una forma cómica y aparatosa y no pudo evitar empezar a reír.

—Ya que estás mojado, aprovecha y frótate un poco. —Le lanzó unos cuantos tallos iguales a los que él utilizó él para enjabonarse, que tuvo que recoger uno a uno, antes de ir a la zona donde hacía pie.

—Me impresiona tu inteligencia —dijo el capitán de un modo sarcástico desde el agua, mientras le hacía un despectivo corte de mangas.

Cuando se puso a buen recaudo, en pie sobre el lecho del río, siguió su consejo. Tenía razón, necesitaba un baño. Afortunadamente el capitán no vio la cueva, tal y como el maestro esperaba, pero por alguna casualidad, él tampoco atinaba a localizarla entre la densa nube de agua vaporizada. Quizás se desorientara en el camino. La selva no era especialmente ancha, pero la vegetación era espesa y tupida y costaba tener referencias claras. No marcó el camino con los anillos en los troncos para que cuando ellos abandonaran la isla, el cofre escondido en el interior de la montaña volviese a ser ese secreto oculto que fue durante tantos años.

Juan ya estaba casi recuperado por completo y su impaciencia por regresar a la mar era evidente. En todo momento lanzaba miradas a su barco y al horizonte como un animal recién capturado que mira su hogar rodeándolo, sin posibilidad alguna de regresar. Tras insistir fervientemente acordaron que al día siguiente zarparían y retomarían la búsqueda del famoso barco del que hablaba el forastero.

El capitán quiso celebrar que seguía vivo, que su nuevo amigo le había salvado la vida, que la isla era maravillosa y que la mezcla de ron y agua de coco que se inventó estaba deliciosa. Parecía simplemente que buscara cualquier excusa para poder brindar con ron después de tanto tiempo de abstinencia. Para sorpresa de José, esta vez supo controlar lo que bebió. Parecía que no quería revivir esos angustiosos sucesos no muy lejanos.

Los dos charlaron, cantaron, rieron, bromearon y recordaron tanto los buenos como los malos momentos vividos en esa misteriosa isla. La hoguera de esa noche fue la más alta e intensa de todas las que hicieron y bailaron de un modo primitivo, acompañando sus disonantes cantinelas, alrededor de ella, como venerando a algún ser divino. En cierto modo, ese pequeño islote había acabado por convertirse en una especie de hogar para ellos en esas últimas semanas.

A la mañana siguiente aprovisionaron el barco, rellenaron las despensas y llenaron de agua fresca todos los depósitos y barriles vacíos. Incluyeron en el menú fruta tersa y jugosa y un par de perdices, cortesía de la isla, que encontraron a última hora atrapadas en unas trampas que José aún no había desarmado. Una vez asegurada la carga y marcado el rumbo a seguir, zarparon de nuevo hacia mar abierto.

Disfrutaron del viento en la cara, de la visión de las velas hinchadas, del vacío de misterios ocultos bajo las aguas y del vaivén del barco a toda velocidad. Se regocijaron en la sensación de volver a la normalidad, de ser, de nuevo, dos exploradores.

Cuando hubieron emprendido de nuevo el viaje, José se fue directamente al observatorio marino y se introdujo una vez más bajo las aguas del océano. Ansiaba retomar la investigación y aún más después de lo que encontró en la pequeña y desaparecida cueva.

No llevaba más que un momento bajo el agua, apenas le había dado tiempo a preparar su libreta de notas, cuando el gran cubo comenzó a ascender. El capitán accionó el mecanismo desde los mandos del exterior.

—Todavía no, muchacho. Eres joven y eso que buscas lleva mucho tiempo sin moverse del sitio. Ahora toca divertirse un poco —dijo el capitán con un extraño brillo en los ojos. A pesar de tener aproximadamente la misma edad que él y de haberle salvado la vida, acostumbraba a llamarle muchacho cuando estaba emocionado.

Haciendo caso omiso de los planes de su compañero, o esperar una respuesta a su propuesta, Juan puso rumbo directamente hacia Cartagena de Indias. Tenía razón, llevaba más o menos un mes en Colombia y no conocía nada más que la pensión donde se hospedó la primera noche y el puerto. La fina línea del horizonte comenzó a arrugarse cuando el continente se asomó a lo lejos.

CAPÍTULO 8

Desembarcaron hacia la media tarde. El sol terminaba su jornada y unos faroles de aceite iluminaban las pasarelas de madera del embarcadero. Fue un regreso íntimo y silencioso. La playa estaba desierta. Los pescadores vararon sus barcas en la arena, los bañistas se habían ido a sus casas y aún era pronto para abrir los chiringuitos o para que los artistas comenzaran a amenizar la velada con sus variadas y entretenidas actuaciones.

—Ve a ponerte guapo —le sugirió el capitán mientras amarraba el barco, parecía más bien una orden—. Esta noche salimos.

—Pensión «El Pescador» —le gritó el profesor desde la distancia, volviéndose para dirigirse a él, pero sin detenerse.

Fue a la misma habitación donde se hospedó el día que llegó de España, se sentía cómodo en aquella humilde pensión. Deshizo su equipaje y mandó la ropa sucia a la lavandería. Le dio una generosa propina a la mujer encargada de la colada por el penoso estado en el que se la entregaba.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan relajado, se llenó la bañera con agua caliente, le añadió una espesa, aromática y limpia espuma, y se quedó allí dentro hasta que el rugido de su estómago le transportó de nuevo a la realidad. Su piel acabó flácida y arrugada, como la de alguien mucho mayor que él, y se enrojeció como si se hubiera cocido por la alta temperatura del agua. Se vistió, se acicaló y salió de la habitación, no sin antes asegurarse de que no había perdido el pequeño trozo de papel anónimo que salió de un viejo libro desenterrado del olvido, su amuleto, el instigador de aquella aventura.

Se escuchó el ruido de una silla al romperse en el piso de abajo y José acudió presto a ver qué pasaba. Fue Juan. Le había dado un puñetazo a un hombre que se mofó de su sombrero y había roto la silla al caer al suelo, tras ser sorprendido por el ataque del marinero. Después se volvió a sentar en su taburete, frente a la barra. Bebió copiosamente de la cerveza que se estaba tomando, empezó a liarse uno de sus cigarrillos y le quitó el polvo a su sombrero, o a lo que quedaba de él.

—Vamos, muchacho, te invito a cenar —propuso el capitán ajeno al espectáculo que él mismo había provocado.

—Vale, pero nada de pescado.

Era una súplica más que una orden. Su amigo le sonrió y asintió moviendo la cabeza enérgicamente. Se dirigieron a un asador en el centro de la ciudad, en una calle adoquinada repleta de restaurantes.

Todos exhibían sus mercancías en la puerta de los locales y los cocinaban allí mismo, haciéndose la competencia los unos a los otros para captar posibles

clientes. Carnes de venado, vaca, cerdo y distintas aves locales, pescados y verduras de todo tipo. Infinidad de olores, al cual más apetitoso que el anterior, inundaban la calle y seducían a los viandantes en cada paso que daban.

Se decidieron por uno en el que estaban cocinando un lechón, «El descanso del viajero» decía el cartel. Un succulento lechón cocinado a fuego lento sobre unas brasas incandescentes como la lava. La grasa resbalaba sobre su dorada piel y caía sobre las ascuas produciendo pequeñas y flagrantes llamaradas que se desvanecían al instante. Estaba situado en una calle estrecha pero adoquinada, por la que no cabían los caballos de los agentes de la autoridad o de los más adinerados.

Cenaron un pedazo de ese mismo cochinito que los convenció para quedarse en aquel establecimiento. No conversaron sobre gran cosa durante la cena, no porque no quisieran, sino porque se dedicaron a comer como si fuese la primera vez en sus vidas que probaban la carne. Llevaban un mes alimentándose a base de pescado y fruta y, en ese momento, esa grasienta y tierna carne les resultaba un auténtico manjar.

Cumpliendo con su palabra, el capitán pagó la cena.

—Es lo menos que puedo hacer por quien me ha salvado la vida —dijo Juan, todavía agradecido por sus cuidados, mientras salían del asador.

—No estés tan seguro de eso, muchacho —dijo socarronamente el profesor. Juan lo miró con dureza—. Me debes algo más que un simple lechón asado.

Le dio un golpe con el codo en el brazo, del mismo modo que hicieron cuando el capitán despertó en la isla tras superar la infección. Esta vez solamente sonrió el profesor, cuya risa cesó al ver la implacable mirada de su amigo.

Llegaron a la playa dando un agradable paseo. Numerosos chiringuitos, hechos de cañas, madera y hojas de palmera, de los que invadían la blanca arena, ya estaban abiertos. Otros terminaban de colocar los toldos de cañas y las lonas sobre las que bailarían los clientes. Alumbrados por las antorchas, los ciudadanos que se encontraban allí bailaban vistosos bailes típicos del país al son de grandes orquestas, pequeños grupos callejeros o dúos de percusionistas.

El capitán agarró a un chaval que pasaba por su lado, le dijo algo al oído y le dio algo de dinero disimuladamente. Acto seguido, el joven se liberó del agarrón del marinero y salió corriendo, perdiéndose entre las piernas de los bailarines. Momentos más tarde volvió a aparecer por el mismo lugar que lo perdieron de vista y le entregó dos cocos. Juan miró al profesor con una sonrisa de oreja a oreja en los labios y se dirigió al quiosco más cercano, sin más explicaciones que su repentino cambio de humor. Cuando regresó traía los dos cocos que le acababa de entregar el joven preparados de la misma manera que lo hizo él la noche que se clavó su propia navaja en la pierna, tras caerse de la palmera.

—Por los viejos momentos —dijo el capitán, cediéndole uno de los cocos a su amigo y alzando el suyo en el aire, proponiendo un brindis.

—Y por los que están por llegar —añadió José, haciendo entrechocar los dos frutos y bebiendo después cada uno del suyo—. ¡Ah! Tenías razón, está delicioso.

Volvió a dar un trago, esta vez más generoso que el anterior. El capitán asentía de un modo jocosos, alzó el coco en señal de aprobación e imitó a su compañero. Era un líquido dulce y refrescante y lo acompañaron con unas rodajas de lima que suavizaba el regusto amargo que dejaba el ron en la garganta. Los efectos del alcohol aparecieron cuando ya no había modo de remediarlo.

Cuando el maestro se hubo terminado casi todo el relleno de su coco, una mujer lo agarró por el cuello de la camisa y lo arrastró hasta donde estaba toda la gente bailando. Al principio no paraba de pisarle los pies, y la sonrisa dejó de destacar en su rostro. Entonces, tomó ella las riendas y el baile cambió por completo. Se movían como uno solo, serpenteantes, con la espalda de la mujer apoyada sobre su pecho. Sus cuerpos estaban peligrosamente cerca, casi pegados. Con sus piernas entrelazadas, notaba el sudor resbalando sobre la suave piel de ébano de la exótica bailarina, mientras su pelo largo y negro se enredaba en sus labios y jugaba con ellos. La perfecta anatomía de la mujer lo tenía hipnotizado y las perlas de sudor, fruto del frenesí del momento, adornándola como pequeñas estrellas bajadas del cielo, lo incitaban a no dejar de bailar en toda la noche.

—Sí, es ese de allí, José López de Santillán. Él fue quien me salvó la vida. Es el tipo más listo que he conocido jamás, lo sabe todo. Si alguna vez pensáis hacer alguna expedición, os aconsejo que lo contratéis. Es el mejor explorador que podéis encontrar.

Juan parecía hacer amigos con facilidad y su vozarrón, mezclado con la forzada dicción que le provocaba el alcohol, no le hacía pasar precisamente desapercibido. Chillaba y vociferaba mientras señalaba al profesor desde la distancia, con su grueso dedo índice. Dos hombres y dos mujeres lo escuchaban atentamente. El capitán se crecía por momentos ensalzando y elogiando a su amigo.

—José, acércate —le pidió a voz en grito, sin molestarse en interrumpir el sensual baile de la pareja.

El profesor se despidió de la mujer diciéndole algo al oído que pareció divertirla, y se fue junto a su amigo y sus atentos oyentes. Eran bastante más jóvenes que ellos, apenas pasaban la veintena. Su falta de bronceado y sus cabellos rubios indicaban que no eran locales como el resto de personas de las que estaban rodeados. Su vestimenta también desentonaba en comparación con la del resto. Llevaba ropa resistente, más propia de un viajero, y unas gruesas botas manchadas de tierra que les sujetaban los tobillos. Cuatro mochilas

descansaban en inadvertida camaradería en la sombra de la base de una roca.

—Me llamo Michael —se presentó uno de los jóvenes con un marcado acento inglés, estirando una mano para que se la estrechara—. Y estos son Paul, Elisabeth y Julia. Vinimos de vacaciones hace una semana e hicimos una excursión por la selva, en la que vimos unas arcaicas ruinas en medio de la nada. Y ahora que te hemos conocido, quizás no estaría mal ir a echar un vistazo. —El joven parecía emocionado. Por un momento, le recordó a él unos años antes, cuando comenzó buscar la realidad de todo lo que salía en los libros con los que daba clases.

—Lo siento, en otras circunstancias no me lo pensaría —se excusó—, pero ahora mismo estoy en mitad de unos asuntos personales más importantes. —La alegría se esfumó de golpe del rostro de Michael.

—Sí, es verdad, chicos. —Juan parecía haber tomado el rol de moderador de una breve charla en la que el afectado no quería verse inmiscuido—. Lo sentimos, pero aquí, mi amigo, está buscando un barco que contiene un tesoro enorme. —El capitán rodeó con un brazo el cuello de su amigo y se arrimó demasiado a los jóvenes al hablar. Su fuerte aliento y el elevado tono de voz, dirigidos directamente a la cara, hicieron que los jóvenes dieran un paso atrás—. Pero no quiere hacerse rico ni nada de eso, sino más listo... ¿Os lo podéis creer? —José le pegó un codazo en las costillas, un toque de atención, estaba empezando a hablar demasiado. Aunque aparentemente fueran unos inocentes jóvenes que habían ido de vacaciones, no dejaban de ser completos desconocidos.

—¿Por qué no vas a buscarme algo de beber, amigo? Yo me quedaré aquí hablando con estos chicos —dijo el profesor entre dientes, con un enfado mal disimulado. El capitán hizo un gesto con el ala de su sombrero, como una reverencia, y se fue a por otro par de bebidas—. Lo siento, pero tendréis que disculparnos, tengo que mantener una pequeña conversación con... el bocazas de mi compañero. —Intentaba dejar zanjada la conversación con los ingleses y que prosiguieran su camino—. Sería un placer poder hablar con vosotros, quizás en otra ocasión. —Se estrecharon de nuevo las manos y los jóvenes ingleses se perdieron entre la multitud que bailaba a la luz de las antorchas, dando bandazos con sus mochilas a cuestas.

Pero algo le carcomió por dentro durante unos instantes. Quizás tan solo fuera la necesidad de su mente por estar ocupada, pero no pudo evitar pensarlo. Ese tal Michael se vio muy interesado en que los acompañara a las ruinas y, sin embargo, ni se inmutó ante la negativa. Alguien que de verdad quisiera su ayuda habría tratado de disuadirlo o llegar a algún acuerdo, una fecha, una estimación aproximada dentro de un espacio de tiempo plausible. Pero ellos tan solo se fueron.

—¿Y los chicos? —preguntó el capitán cuando regresó con las bebidas y se encontró tan solo a su amigo. Tenía la vista perdida entre el gentío, tratando de localizarlos, pero le fue imposible.

—Se han ido. Me han dicho que habían olvidado algo y salieron corriendo —mintió—, y yo también me voy, mañana tenemos que zarpar de nuevo. Ya tendremos tiempo para divertirnos en otra ocasión. —Le dio un considerable trago a su bebida, se la devolvió al capitán y se marchó sin despedirse, sin tratar de ocultar su mosqueo hacia él.

—Me temo que he metido la pata —se culpó a sí mismo el marinero, dándose un golpecito en la frente con la palma de la mano, a modo de reprimenda.

CAPÍTULO 9

José llevaba un rato acostado y no dejaba de escuchar la música que se filtraba por la ventana y le tentaba con volver a la luz de las hogueras y a la calidez del regazo de aquella exótica bailarina. Cuando por fin empezaba a quedarse dormido, un silbido lo desveló. No fue un silbato y tampoco parecía el ruido que hace una persona cuando silba. Se aseguró de que no se colaba el viento por las rendijas de la ventana, pero seguía sin poder identificar aquel extraño ruido. Se asomó por la ventana para ver si localizaba el foco del sonido, pero la gente corría por las calles. Ahí fuera la fiesta continuaba y era prácticamente imposible aislar un sonido en concreto.

Se volvió a acostar, estuvo un buen rato dando vueltas en la cama y finalmente consiguió dormirse. El mismo silbido lo volvió a despertar, era ya noche cerrada y por la ventana no se veía absolutamente nada, la oscuridad era total. La cercanía de unos edificios a otros y la vegetación perfectamente integrada en la población hacían que la luz de la luna no llegara más abajo de los tejados, dejando a oscuras aquellos lugares en los que no había ninguna farola encendida. El sonido cesó una vez más y el profesor pudo retomar su sueño. Y otra vez ese silbido, agudo y estridente, esta vez ya había amanecido, así que se dio por vencido y se levantó.

Apenas consiguió pegar ojo en toda la noche y necesitaba despejarse. Lo primero que hizo fue lavarse la cara y asearse con agua fría. Se ciñó las botas, se puso el pantalón y la camisa, guardó en su mochila el pequeño pedazo de papel, su amuleto, y bajó al bar de la pensión a desayunar. Era más temprano de lo que creía y se encontró con el dueño de la posada limpiando la barra, bajando las sillas de las mesas y preparando los fuegos para cocinar el menú de ese día. El profesor no quiso molestar y salió haciendo el menor ruido posible.

Compró un mango de buen tamaño en un puesto de fruta callejero y se dirigió al embarcadero dando un agradable paseo, disfrutando del silencio que ahora reinaba la ciudad. A lo lejos, en la selva, se escuchaban los bostezos de los animales que empezaban a desperezarse dispuestos a afrontar un nuevo día en el paraíso. Las tiendas y comercios abrían sus puertas y el olor a comida recién hecha empezaba a invadir las calles. Las farolas se apagaron, dejando el paisaje de un color anaranjado por la luz de un perezoso sol que no se decidía a asomarse. Las gallinas corrían y graznaban libremente, mientras picoteaban los restos del día anterior esparcidos por el suelo. Otras huían despavoridas de los niños más madrugadores que las perseguían tan solo para divertirse. Algunos pescadores limpiaban el pescado que habían atrapado hacía unas horas y los preparaban para venderlos en el mercado. Mientras, otros afianzaban los aparejos y ultimaban los

detalles para zarpar en busca de sus presas. Allí verdaderamente se respiraba paz, el ser humano y la naturaleza conviviendo juntos en perfecta armonía.

El capitán ya rondaba por el barco. Seguía siendo feo y parecía hecho a retales, pero, al parecer, había madrugado más que él para limpiarlo concienzudamente.

—Parece que a alguien no le sienta bien madrugar —dijo en cuanto lo vio acercarse por el muelle del embarcadero—. No tienes buena cara, muchacho.

—No he pegado ojo en toda la noche... —No pudo evitar dar un bostezo mientras hablaba.

—Por cierto, siento lo de anoche, no debí decir nada a aquellos ingleses. Tú me salvas la vida y yo no soy capaz de guardarte un simple secreto. Te juro que no descansaremos hasta que encontremos ese barco que buscas, sea cual sea —interrumpió el capitán sin siquiera escuchar lo que le decía. Sabía lo importante que era esa expedición para el profesor. Era un forastero, sabía que tarde o temprano se marcharía, pero era el único amigo que tenía desde hacía muchos años.

—No te preocupes por esos chicos, ya está solucionado —contestó el profesor con una forzada sonrisa en los labios y poniéndole una mano firme sobre el hombro.

—¿Y esa cara? —preguntó el marinero, acordándose de lo que le había dicho antes—. ¿Por qué no has dormido?

—Nada, una tontería. Un silbido que estuve escuchando toda la noche desde la habitación de la pensión. Muy extraño, por cierto —respondió quitándole importancia, encogiendo los hombros con desgana—. Tengo que decirle al propietario que me revise las ventanas.

—¿Un silbido? —lo interrumpió Juan sobresaltado—. ¿Qué clase de silbido?

—Ya te he dicho que era uno muy extraño. —Se frotó la cara en un vano intento de disipar el sueño.

—Tenemos que volver a esa pensión. —El capitán dejó todo lo que estaba haciendo, bajó del barco de un salto y agarró a José por un brazo, obligándolo a regresar a pesar de su desacuerdo.

—No digas tonterías, Juan. Tenemos que volver a la búsqueda, ya hemos perdido mucho tiempo. Ya podré dormir algo en el barco mientras tú haces algo más útil como... disparar a los pájaros —dijo zafándose del agarrón de su amigo.

—Hazme caso, muchacho, puede tratarse de un mal presagio. Si haces lo que te digo, tal vez volvamos a estar en paz y no me tendrás en cuenta lo de haberme salvado en la isla. —Sus palabras sonaron como una advertencia. El capitán parecía consternado, realmente había algo que le preocupaba—. Además, ¿no querías conocer todo lo que te rodea? ¿Por qué no tratas de averiguar qué es ese

silbido misterioso? —Puso un tono fantástico a sus palabras e hizo unos gestos misteriosos con las manos para tentarlo.

—Dos días. Si en dos días no me das una explicación lógica que me convenza para quedarme, nos iremos y no me deberás una por haberte salvado la vida, me deberás dos.

Ambos estrecharon las manos para cerrar el nuevo trato y abandonaron el embarcadero.

Se fueron directamente a la habitación de José. Sacaron una baraja de cartas y se pusieron a jugar sobre la mesilla de noche para hacer tiempo hasta que el silbido volviera a escucharse. Al cabo de un rato, se acabaron los temas de conversación y el sonido que mantuvo al profesor en vela toda la noche seguía sin dar señales. Se vieron envueltos en un desesperante silencio, roto tan solo por las cartas frotándose unas contra otras en sus manos intranquilas. Al final, su juego de cartas se redujo simplemente a tirar las cartas al azar y escuchar. Se oía el tintineo de los cubiertos de los comensales contra los platos en el piso de abajo, el ajetreo del cocinero y sus ayudantes tratando de sacar todos los platos a tiempo y el silencio, impregnado en el suelo, en las paredes y en los marcos de las ventanas, que impedía entrar a cualquier sonido del exterior. Ya ni siquiera lanzaban las cartas, simplemente las tenían en las manos y las barajaban para tenerlas ocupadas.

Únicamente salieron de la habitación para comer a marchas forzadas, sin entretenerse en saborear la delicia con la que les sorprendió el orondo cocinero ese día, y cuando volvieron a la habitación fue cuando sucedió.

—¡Ahí está! —aulló de pronto José, exaltado, poniéndose en pie de un salto y lanzando por los aires las cartas que tenía en las manos.

Casi le alegró más el hecho de tener una excusa para volver a tener algo que hacer que haber vuelto a escuchar el extraño sonido. El capitán se incorporó en su silla, se acercó a la ventana y escuchó atentamente y con el semblante muy serio. Su expresión no revelaba nada, ni duda ni miedo ni éxito. Tan solo movía la cabeza involuntariamente mientras digería el silbido dentro de sí y buscaba una explicación entre un montón de suposiciones.

—Intenta encontrar de dónde proviene —le pidió muy reflexivo, todavía sin estar seguro de que la hipótesis escogida era la correcta.

José observaba por la ventana sin pestañear.

—Nada, no hay nada —respondió sin dejar de mirar.

—Fíjate bien —insistió el marinero.

—Cada vez que miro hacia donde creo que suena, parece que se mueva y cambie de lugar. Como si el silbido se desplazara a través de las sombras.

José no quería pestañear para no perderse ni un detalle. Nunca se había

sentido tan inquieto y extrañado como en ese momento. ¿De verdad existía una criatura capaz de emitir un sonido tan estridente sin ser visto? ¿Se habría sugestionado por las disparatadas conjeturas de un viejo borracho y eran todo imaginaciones tuyas? ¿Se habría desbordado el cajón de su mente, ese en el que guardaba todos los mitos y leyendas, todos los misterios que tenía pendientes?

—No son sombras —dijo el capitán con un tono de voz frío, mientras se ponía en pie a su lado—. Es un tunche maligno.

—¿Un qué? —preguntó con la expresión torcida, mirando a la cara a su amigo por primera vez desde que empezó a escucharse el silbido de nuevo. Esperaba creer haber oído mal. Revisó fugazmente su particular biblioteca mental y no logró encontrar ese nombre por ningún lado.

—Hay quienes creen que son demonios. Otros que son espíritus que provienen de lo más profundo de la selva. Y hay incluso quienes dicen que son una especie de pájaros. Nadie los ha visto nunca, son tan rápidos que escapan a nuestra visión. Es como si pudieran predecir dónde vamos a mirar y escabullirse antes de que nos demos cuenta. Sea lo que sea, escuchar al tunche maligno es un mal augurio. Indica que va a pasarle algo malo a aquel a quien le dedique su canto, el silbido que has oído, y este parece que te ha escogido a ti —explicó. Una vez más volvió a verse ese hombre repleto de la sabiduría que da la vida y no al borrachuzo que conoció.

—¿Y por qué crees que me ha elegido a mí? —José tenía un deje tembloroso en la voz, intentando ocultar su congoja.

—Porque solamente se puede oír aquí. —Hablaba en un tono de voz suave, calmado y lento, como compadeciéndose. La preocupación se reflejaba en su rostro. Pequeños destellos de un sudor frío empezaron a entrecerse en su frente y en el cogote—. El tunche maligno puede merodear casas e incluso pueblos enteros. Pero esta vez te ha elegido a ti, no ha habido comentario alguno por las calles; el silbido tan solo se escucha en tu habitación. Lo siento amigo mío, pero por el momento mi barco ya no está a tu disposición. Este continente aún está prácticamente por descubrir, seguro que aún hay algo interesante esperando a ser revelado por ahí fuera.

Se quitó el sombrero y se atusó el pelo para apartar la vista momentáneamente de su amigo. El profesor se dio cuenta enseguida de que, si se quitaba el sombrero, debía de tratarse de algo serio. Era algo que no hacía salvo para dormir, y no siempre.

—¿Cómo que podemos? —preguntó el maestro.

—Por mi parte, aunque ya no tengas mi barco, aún tienes mi amistad. Además todavía estoy en deuda contigo y no me hace especial ilusión deberte nada. —Juan fingió la misma antipatía que a comienzos de la aventura, cuando aún no

eran más que dos desconocidos con diferentes intereses.

—Pues tendremos que empezar a pensar en algo. —El profesor habló con resignación y, del mismo modo, sus movimientos se aletargaron y se volvieron pesados. Rodeó al capitán por el hombro y salieron de la habitación—. Hoy invito yo.

Después de cenar se fueron a la playa, al mismo chiringuito de la vez anterior. Era un lugar idílico. La ladera de la montaña ofrecía unos asientos naturales perfectos para estar charlando tranquilamente o para descansar después de un largo baile. El mar dormía plácidamente sobre la arena, volviéndose infinito junto al zafiro cielo que se reflejaba en él. Las antorchas colocadas estratégicamente en las palmeras alumbraban toda la playa sin restar protagonismo a las estrellas y constelaciones que completaban la bóveda celeste. Localizaron unos peñascos, no muy alejados de la fiesta, en los que poder hablar de sus proyectos con cierta intimidad.

Juan volvió a ingeniárselas para conseguir un par de cocos y que le prepararan su mejunje, cuya receta ya se había quedado para él.

—¡Michael!

José vio al joven inglés de la noche anterior en la distancia y no dudó en llamarlo. El intrépido aventurero de su interior, que por un momento creyó estar dormido, cobró fuerzas al recordar su proposición. Dedicándoles una cordial sonrisa se acercó donde se encontraban los dos amigos sentados en la base de la montaña.

—¿Qué te parece si nos vamos mañana a ver esas ruinas de las que nos hablaste? —Se dirigió a él como quien le habla a un niño, colocándole una mano sobre el hombro y acompañando cada palabra con leves movimientos de la cabeza. Necesitaba encontrar algo que hacer cuanto antes. Cada día que pasara allí sin hacer nada estaría perdiendo dinero y el final de su viaje ganaba terreno.

—Tendremos que hacer noche en medio de la selva y tenía entendido que tenías otros asuntos más importantes —respondió el joven con retintín.

—Esos asuntos llevan ahí mucho tiempo. Creo que pueden esperar un poco más. —Sonrió y miró al capitán, que le devolvió la sonrisa con un gesto de complicidad—. Tú y tus amigos venid a buscarme a la pensión «El pescador», lo organizaremos todo mientras comemos.

Los tres amigos de Michael se unieron a ellos, una vez que acordaron el plan para el día siguiente. Elisabeth y Julia daban saltitos al son de la música. Estaban exultantes, celebrando el inicio de la que quizás fuera su primera aventura y el rubor de sus mejillas les daba un aspecto encantador. Revoloteaban y bailoteaban alrededor de Paul, quien emanaba constantes gestos de exasperación por ser el foco de sus bromas.

No sería fácil guiar a los cuatro jóvenes a través de la selva y mantenerlos centrados. Eran jóvenes, todo les resultaba divertido y aprovechaban cualquier motivo para celebrarlo. Pero ya habría tiempo para pensar en ello. Todos se unieron a la multitud que bailaba en la playa como si la conversación nunca hubiese sucedido.

A pesar de haberlo practicado con menos frecuencia, a José se le daba mejor el baile que le enseñó la mujer su primera noche en Cartagena de Indias, que la pesca.

CAPÍTULO 10

Se acostó tarde, pero durmió el resto de la noche y casi toda la mañana de una tacada, ya no tenía ninguna prisa y hacía mucho tiempo que no tenía hora para levantarse. La expedición a las ruinas con los jóvenes ingleses era más bien para estar entretenido hasta que encontrara la forma de solucionar o averiguar el motivo por el que apareció el tunche maligno. Parecía que ese tampoco sería el día.

El capitán entró sin avisar en su habitación, corrió las cortinas cegándole por completo, a pesar de tener los ojos cerrados. El arco iris se manifestó frente a ellos cuando la luz se reflejó en su floral camisa. Lo destapó sin remilgos, con tal brusquedad que movió el colchón al tirar de las sábanas.

—¡Vamos, princesita, estamos todos esperándote ahí abajo! —dijo Juan a voz en grito, haciendo retumbar su voz por toda la estrecha estancia. Al ver que su amigo no se levantaba, lo cogió por los hombros y lo zarandeó sin ningún cuidado, como si de un indefenso pelele se tratase.

—¿Por qué esta noche no he oído al tunche maligno?

—De alguna manera has debido de hacer algo que ha cambiado tu camino. Ahora, juntos descubriremos qué es lo que te espera en este nuevo devenir.

Se sobresaltó al percatarse de la hora que era. Se había quedado dormido. Ya era mediodía y Michael y sus amigos se impacientaban. Estaban los cuatro esperándolo en la planta de abajo, sentados frente a la barra del bar. El crujir de los tablones sueltos del suelo les anunció su llegada. A penas le dieron los buenos días y prácticamente lo arrastraron fuera de la posada. Su cabeza le pedía un café y su estómago imploraba una rebanada de pan tostado con tortilla.

Salieron con tanta prisa que se le olvidó meter en su equipaje su amuleto, el viejo trozo de papel que lo acompañaba a todas partes desde el mismo momento en el que lo encontró, que dejó guardado en el cajón de la mesilla de noche. Casualmente acabaron comiendo en «El descanso del viajero».

—¿Dónde está vuestro equipaje? —interrogó el profesor con desconfianza, sopesando la posibilidad de que se hubieran arrepentido en el último momento.

—Lo hemos dejado en el coche —respondió Paul de sopetón. Estaba extrañamente animado, dado lo introvertido que solía ser.

—¿Qué coche? —se extrañó el maestro.

—¿Es que vamos por una senda por la que caben caballos? —añadió Juan.

—Es una larga historia, ya habrá tiempo para contársela de camino —zanjó el joven con su marcado acento inglés.

Terminaron de comer y los seis se marcharon caminando hasta más allá de las

afueras de la ciudad. Pasaron por multitud de granjas y campos de cultivo bien abastecidos. Dejaron atrás unos antiguos hórreos de madera y barro, de los que no quedaba en pie más que las ruinas, que fueron sustituidos por unos de piedra más resistentes. Llegaron al linde de la selva.

Escondido entre la frondosa hojarasca estaba el coche del que hablaban. Se trataba de una estructura hecha con gruesos tubos de acero doblados. No tenía ningún tipo de armazón ni puerta de entrada, todo descansaba sobre la estructura metálica. En la parte delantera tenía un motor alimentado con un combustible parecido al petróleo. El resto consistía en unos pedales, un volante parecido al timón de un barco, pero más pequeño, y cuatro asientos de cuero en la parte central. También había una especie de cesta metálica en la parte trasera en la que dejaron los equipajes. Los tubos de acero estaban pintados con una pintura mate sobre la que no se reflejaba ni el más mínimo destello de luz. Y, por último, unas enormes y gruesas ruedas recubiertas con una gruesa capa irregular de caucho y goma le permitían circular por la superficie de la selva sin ningún problema.

Paul a los mandos, Julia de copiloto, José y Juan en los asientos traseros y Michael y Elisabeth de pie en la parte trasera del vehículo, agarrados a la estructura. Estaban entusiasmados y parecían impacientes por que arrancara el extraño vehículo. Encendieron la bestia mecánica y, tras una señal del conductor, se internaron en la selva.

El coche fabricaba su propio camino a su paso. Levantando una nube tierra y humo a su paso, destrozaba la paz de un territorio que todavía no conocía el nuevo tipo de hombres que habitaban en el exterior. Tan solo sorteaban los árboles adultos, el resto de plantas con las que se topaban eran arrancadas, partidas o aplastadas por las pesadas ruedas o los tubos de acero. Los animales salían huyendo atemorizados de sus propios hogares.

El impertérrito Paul parecía gozar con el espectáculo y los otros tres jóvenes se divertían con los trompicones y los brincos que provocaban las irregularidades del terreno. Pero los otros dos veteranos pasajeros parecían alarmados a la par que consternados con lo que sucedía a su alrededor. No habían avanzado mucho, apenas llevaban unos pocos minutos de esa nueva expedición.

—¡Alto, detén el... para esto! —ordenó de pronto José, dando golpecitos en el hombro a Paul para que se apresurara en seguir sus indicaciones.

—¿Qué sucede? —El conductor detuvo el vehículo allí mismo, en medio de la nada.

—Me niego a seguir destrozando la selva. Si queréis mi ayuda, tendremos que desplazarnos de algún modo menos... destructivo. —El profesor se bajó del vehículo y cogió su petate y el del capitán, que en el fondo se emocionó al sentir

la velocidad de aquel asombroso aparejo mecánico. «Más tarde tengo que estudiarlo más a fondo», se dijo.

—Durante miles de años se ha estado formando este mundo y nosotros no tenemos ningún derecho a acabar con él. —Los jóvenes se miraban los unos a los otros, confusos, como si de pronto se hubieran truncado sus planes.

—¡Vamos, todos abajo! —dijo el capitán.

Empezó a sacar las mochilas del resto de miembros del grupo y las arrojó al suelo, junto a las suyas. Le hubiera gustado notar un poco más la sensación de velocidad en el rostro, pero decidió apoyar a su amigo. Al fin y al cabo, había demostrado ser un tipo que sabía lo que se hacía en cada situación, recapacitando detenidamente antes de tomar una decisión. Todos los jóvenes obedecieron sin poner objeciones. Ahora se había convertido en una verdadera aventura por la selva, la más misteriosa de todas las que hubieran tenido ellos hasta el momento. ¿Qué podría esperarles ahí dentro? ¿Qué les depararían unas tierras que no habían sido pisadas por nadie desde antes de los conquistadores?

Cargaron todos sus equipajes a la espalda y se pusieron en marcha. Volvieron a utilizar la técnica de hacer anillos en los troncos de los árboles para poder regresar al coche, si fuera necesario. El grupo lo encabezaba Paul, seguido por sus amigos, y esta vez era Michael quien tenía que soportar los arrebatos de las dos jóvenes cada vez que se aburrían, que era bastante a menudo. Un poco más atrás estaban los dos veteranos aventureros, que no daban un paso sin que el profesor se entretuviese a observar alguna cosa o apuntarla en su libreta. Tarántulas, mariposas, lagartos y unas plantas trepadoras que solo se diferenciaban por el tamaño de los pelillos de sus tallos. Para su sorpresa, ninguno de ellos se alertaba fácilmente con las peligrosas y venenosas criaturas con las que se cruzaban.

Cruzaron un arroyo poco profundo y giraron a la izquierda, pasaron sobre el tronco de un árbol muerto, bordearon un montículo de un antiguo desprendimiento y giraron a la izquierda, atravesaron una cortina de hojas afiladas, siguieron todo recto y vieron un árbol con un anillo grabado alrededor del tronco. Todos se pararon en el acto, se miraron unos a otros y llegaron a la misma conclusión sin cruzar una palabra. Se habían perdido.

José se proclamó a sí mismo como nuevo líder de la expedición. Como el agua derramada, escogió el camino más fácil que le brindaba la naturaleza y se aventuró sin esperar la aprobación de ninguno de sus acompañantes. El capitán le cedió su reluciente y recién limpiada navaja para abrirse paso a través de la maleza que se interpusiera en su camino.

El terreno los obligaba a descender hasta que al fin no les quedó más remedio que introducirse en un río poco profundo. Conforme avanzaban, la profundidad

iba en aumento y caminar resultaba costoso y agotador por culpa del denso lógamo del fondo. Se pusieron las mochilas en la parte delantera del cuerpo, a modo de flotador, a pesar de que el río en ningún momento fue tan profundo como para tener que nadar. Otra buena idea sacada del repertorio del que disponía el profesor.

De pronto, Elisabeth comenzó a gritar y patalear como una histérica, llamando la atención de lo que para ellos era invisible. Algo que no pudo ver la había tocado.

—Sea lo que sea no hagas movimientos bruscos, creerá que le estás atacando con tus sacudidas y tratará de defenderse —aconsejó José a la joven, presa de un ataque de pánico—. Si te mueves despacio y calmada puede que te confunda con un tronco o algún animal mucho más grande que él. Pero si te asustas, te verá débil e indefensa, e irá a por ti.

Al escuchar las palabras de su guía, la muchacha se petrificó casi en el acto y sus movimientos se volvieron mucho más lentos, tanto que apenas avanzaba. Cuando la joven inglesa se calmó, al ver que no le pasaba nada, volvieron a avanzar a mejor ritmo, el mejor que les permitía la profundidad del río y la espesa capa de lodo del fondo.

Poco a poco, el caudal del río fue menguando, haciéndose cada vez más pequeño, hasta que solamente les cubría los tobillos. Las paredes de roca y barro de la base de la montaña que les impedían salir del río se acabaron y dejaron disponible un terreno llano y desprovisto de maleza. Los árboles seguían dominando el paisaje, altos e imponentes, pero por suerte no había arbustos o pequeños helechos en los que habitúan esconderse pequeñas alimañas. Tan solo tenían que preocuparse por vigilar la hierba y la capa de ramas y hojas secas que les cubría poco más que las botas.

Salieron del río y comenzaron a preparar las cosas para acampar en ese llano. Estaban empapados y bajo el techo que formaban las frondosas copas de los árboles sobre sus cabezas no tardaría en oscurecer. Los rayos del sol no podían hacer frente al escudo de hojas que protegía y mantenía la humedad del suelo.

José no solo había salvado al capitán de morir desangrado y de una posterior infección. Ahora tenía que mantener a salvo en mitad de la selva a ese hombre, cuyo carácter cambiaba como el clima, y a cuatro inexpertos y jóvenes ingleses. Allí, perdidos en la inmensidad del Amazonas y sin los conocimientos necesarios, podrían morir de hipotermia durante la noche, de hambre, o siendo la presa de algún depredador. Recorrió medio mundo para vivir aventuras y resucitar mitos y, voluntaria o involuntariamente, no había dejado de hacerlo desde que llegó a Colombia.

CAPÍTULO 11

Lo primero que hicieron fue despojarse de la ropa mojada, alguno con menos decoro que otros, como el capitán, que se quedó completamente desnudo. El resto, tanto los hombres como las mujeres, se quedaron en ropa interior. Encendieron una hoguera y colgaron toda la ropa en ramas verdes que arrancaron de árboles cercanos, cerca del fuego, para que se secara. De nuevo, Elisabeth comenzó a chillar como una histérica. Cuando levantó la camiseta para colgarla a secar, descubrió una sanguijuela pegada en un lateral de su abdomen. La agarró, a pesar de la aprensión que le daba, dispuesta a tirar con fuerza de ella para arrancársela.

—¡No! —atajó el capitán deteniendo su mano rápidamente—. Si te la arrancas será peor. Deja que sacie su sed y ella sola se soltará.

—¿Cómo voy a dejar a este bicho asqueroso bebiendo de mi sangre todo el tiempo que le apetezca?

Estaba aterrada, tal y como demostraban su rostro descompuesto y su airado tono de voz. Juan todavía tenía su mano sobre la de ella. A él le agradaba su tacto, la suavidad de su piel, y ella se sintió segura. Tuvo la sensación de que nada podía pasarle cerca de ese hombre. Cuando se dieron cuenta, se soltaron inmediatamente mirando cada uno en una dirección.

—Te prometo que no te va a pasar nada. —Todavía estaban uno frente al otro y se miraron fijamente a los ojos—. Hazme caso, es mejor así.

Ocurrió tal cual predijo el marinero. En pocos minutos, el tamaño de la sanguijuela se triplicó y, cuando ya no pudo comer más, se deslizó por la suave y delicada piel de Elisabeth, hasta tropezar con el borde de su pantalón y caer al suelo. Dejó unas pequeñas marcas circulares de color rojo con sus diminutos dientes. Desde ese momento, la chica no volvió a ver al capitán con los mismos ojos.

Aún faltaba un buen rato para que se pusiera el sol, pero la humedad y las sombras hicieron que decidieran mantenerse cerca del fuego hasta que se secara toda la ropa. Sin embargo, Juan se alejó del grupo y comenzó a deambular por los alrededores sin rumbo fijo, como un perro decidiendo cuál era el mejor lugar para enterrar su hueso. José le pidió con insistencia que regresara con ellos, incluso Elisabeth le ofreció un sitio a su lado, pero el capitán no paraba de negarse. Hasta que, al fin, en un descuido, lograron ver el porqué de su distanciamiento.

Los ojos a punto estuvieron de salirse de sus cuencas cuando se vio descubierto y tenía la cara ruborizada hasta unos niveles que podría haberlos

alumbrado de encontrarse a oscuras. Se quedó paralizado a causa de la vergüenza y estaba muy tenso. Sus manos escondían sus genitales, una zona de su cuerpo que normalmente no tenía mucho reparo en enseñar. Pero en el momento en el que las dos jóvenes inglesas de cuerpo firme y turgente, piel clara y lisa y los ojos y el pelo claros como la luz sobre la copa de los árboles se despojaron de su ropa, una parte de su organismo se tornó rígida e incontrolable. Una erección que trató de ocultar a toda costa. Pero no lo consiguió y todos empezaron a reír a carcajadas, todos salvo uno.

—¡Esto es culpa suya! —trataba de excusarse Juan, señalando de modo acusador con una mano a las dos muchachas, mientras con la otra se tapaba lo mejor que podía—. Si no fueran provocando, no me habría pasado. Cuando yo quiero, puedo tener un control total sobre mi mente y ser frío como el hielo. Si ellas no...

No le dio tiempo a terminar la frase, cuando se acercó su amigo a entregarle algo de ropa, todavía húmeda, para que se vistiera.

—¿Hace cuánto que no estas con una mujer? —le preguntó en voz baja al oído, a la vez que se secaba las lágrimas de los ojos provocadas por la risa.

—Antes de conocerte, yo... —Apenas había empezado a contestar y el profesor lo interrumpió de nuevo.

—Con una mujer a la que hayas conquistado, no pagado —apostilló. No dijo nada más, se quedó pensativo y en vista de que el capitán no contestaba continuó hablando—. A esta la tienes en el bote. Te has acercado a ella desnudo y no se ha retirado, no ha apartado la vista de ti durante todo el rato. Y lo que es más importante: te ha dejado acercarte a ella estando en ropa interior. Eso tiene que significar algo. —Movi6 las cejas rápidamente de arriba a abajo con gesto travieso.

—Tú dedícate a las historias de barcos hundidos y tesoros inexistentes y deja a las mujeres para alguien que de verdad sepa lo que se hace —se jactó Juan—. Además, no es más que una niña.

—¿Una niña? ¿Qué edad te crees que tiene? ¿Qué edad te crees que tienes tú? No eres mucho mayor que ella, ¿una década?

—Quizás algo más.

—¿Y eso qué tiene que ver? —insistía el profesor, todavía hablando en voz baja para que no los escucharan los jóvenes—. Le acabas de salvar de una temible y espeluznante sanguijuela. Ahora mismo eres como un héroe para ella. —No pudo evitar reírse al recordar la escena.

—¿Te estás riendo de mí?

El capitán puso toda la seriedad que pudo en sus palabras, esta vez sin preocuparse por si los demás lo oían o no. Pero aún no se había vestido y esa

pregunta no hizo más que acentuar la risa de su amigo.

—N-No, por favor —se mofaba José con la voz intermitente por culpa de las carcajadas—. No quisiera que te enfadaras conmigo, oh, todo poderoso encantador de bestias.

El marinero se puso su ropa interior a toda prisa, que todavía no había terminado de secarse, y mosqueado se separó de él.

—¿A dónde vas? —logró decir recobrando la respiración.

—A algún sitio donde pueda tener las manos ocupadas para no pegarte un tortazo.

Juan fue tajante con su actitud y tono de voz y su amigo dejó de reírse en el acto, aunque aún tenía la respiración acelerada, el rostro enrojecido y los ojos encharcados.

Sin comentarle nada a nadie comenzó a montar su tienda de campaña. Estaba tan enfadado por la situación anterior que no atinaba a coser del modo adecuado los palos de la tienda al pedazo de lona que sería su habitación. Tuvo que hacer y deshacer los nudos varias veces hasta que le salió correctamente, como si fuera la primera vez que se manejaba con algo similar. La ropa todavía estaba húmeda y se adhería a su curtido y bronceado cuerpo, pero su orgullo era más fuerte que la brisa fresca que soplaba del sur y no dejó que nadie viera cómo tiritaba de frío.

Cada uno de ellos disponía de una pequeña tienda individual, menos las dos chicas, que compartían una tienda un poco más grande que el resto. Después de montar las tiendas, el profesor y el capitán cuchichearon algo y se pusieron a orinar por los alrededores de su nuevo campamento. Los cuatros jóvenes los miraron atónitos.

—¿Estáis seguros de que estos dos son la clase de hombres que estábamos buscando? —preguntó Michael, en su idioma, a sus compañeros. Todos se encogieron de hombros, dudando ahora de la intachable impresión que tuvieron al conocerlos.

—De la misma forma que hacen los animales, el orín indica que ahora dos machos mandan en este territorio. Posiblemente eso los ahuyente si decidieran venir a buscar su cena al campamento —les explicó el profesor nada más ver sus miradas de asombro.

El gesto de sus rostros se suavizó e incluso parecía que asentían ante un gran alarde de ingenio y pericia por parte de sus dos guías.

Las dos jóvenes y Paul se quedaron en el campamento manteniendo el fuego, adecentando la zona y vigilando para no recibir ninguna visita inesperada. José, Juan y Michael formaron la partida de caza. El joven fue insistente tratando de convencerlos de que llevaban provisiones de sobra en el equipaje, pero José se había acostumbrado a buscar y cazar su propia comida desde que se vio obligado

a permanecer en aquella isla perdida en mitad del Caribe.

—No sabe igual la comida como cuando la caza uno mismo —recitó unas palabras que solía decir el marinero cuando iniciaron las lecciones de pesca. Este sonrió.

CAPÍTULO 12

Cuando se adentraron y la vegetación volvió a ser un cúmulo de escondrijos encontraron un rastro, unas huellas de pezuñas se marcaban claramente en el húmedo suelo. Había hojas revueltas, retorcidas y partidas, como si algo de un tamaño considerable se hubiera estado revolcando sobre ellas. Cerca de la zona vieron unos arbustos con las ramas mordisqueadas y restos de pelo castaño adheridos. Siguieron las huellas, algo más grandes que el puño de un niño, y salieron a un nuevo llano verde y despejado. Allí en medio, pastando plácidamente, un carpincho escuchaba atentamente todo lo que sucedía a su alrededor. Movía sus orejas en todas direcciones indistintamente, como radares que le alertaban de los peligros. Con el cuerpo de una cobaya, la agilidad de un perro, las patas fuertes como las de un caballo y el tamaño de un poni, sin duda, era un animal magnífico.

Se pusieron en contra del viento para no delatar su presencia con su olor, se descalzaron y comenzaron a caminar haciendo el menor ruido posible. El capitán había afilado una rama larga a modo de lanza que blandía en una mano. En la otra llevaba su cuchillo y los otros dos aventureros, una navaja cada uno. Era un animal demasiado grande para una lucha cuerpo a cuerpo, así que Juan tendría que acertar al lanzar la lanza, solamente tenía una oportunidad. Ya estaban muy cerca del asustadizo animal, que pacía apaciblemente a tan solo cuatro o cinco lanzas de distancia. Era un lanzamiento relativamente fácil.

De pronto, el enorme roedor levantó la cabeza, el pasto del que se alimentaba se le cayó de la boca a medio masticar. Algo perturbó su tranquilidad y le impedía seguir comiendo. Parecía estar en alerta por algo que había oído. Movié las orejas de nuevo para localizar aquello que había oído y oteó en todas direcciones. ¿Habrían sido ellos? Entonces, como si su vida dependiera de ello, el carpincho echó a correr.

Los tres cazadores se miraron extrañados. Seguían teniendo el viento a su favor, apenas habían empezado a internarse en el claro y su presa ya estaba huyendo. Algo tenía que estar merodeando por la zona a parte de ellos. Sin perder ni un segundo, siguieron al animal corriendo tanto como podían. Ramas, piedras y hojas, entre otras cosas, imposibles de identificar al tacto, se les clavaban en la planta de los pies descalzos. Pero nada de eso importaba, ningún obstáculo era suficiente para detenerlos. Lo primordial era no perder de vista a su presa, que les ganaba terreno a cada zancada.

Se detuvo ante un escarpado montículo de piedra en cuya base se formaba un pequeño estanque. No era una charca demasiado grande ni muy profunda, lo

justo para que el animal se introdujera por completo, dejando tan solo la cabeza y parte del cuello fuera del agua.

Cuando se disponía a lanzarse al agua y así ocultar su olor para protegerse de lo que fuera que lo acechaba, algo lo apresó en el aire y lo derrumbó. Los tres aventureros se detuvieron y observaron con detenimiento el amasijo de carne que se movía a tan solo unos metros por delante de ellos. Se trataba de un jaguar, el causante de que el carpincho huyera tan desesperadamente.

De pronto se vieron a sí mismos contemplando cómo una temible bestia, uno de los mayores depredadores del mundo, se comía su presa sin que pudieran hacer nada por evitarlo, más que permanecer en silencio y tratar de pasar desapercibidos. Tan solo iban armados con una lanza, que seguramente no mataría al felino, en caso de acertar a darle, y unos cuchillos que no eran mucho más grandes que las uñas de sus enormes zarpas. En completo silencio observaban cómo el feroz jaguar gemía ante el placer de la comida y tosía cuando se atragantaba al intentar tragar trozos de carne demasiado grandes.

José alzó el puño e hizo un gesto rotatorio para indicar a sus compañeros que se retiraran a una zona más segura. Allí en medio, lo único a lo que podían aspirar era a ser tres víctimas más. Retrocedían de espaldas lentamente, para no perder el peligro de vista, apoyando primero la punta del pie y luego el talón para evitar tropezarse si pisaban algún obstáculo.

Michael dio un paso en falso y una rama crujió bajo sus pies. El joven se quedó petrificado en el acto y desvió la mirada hacia sus compañeros para ver qué podía hacer, no sabía cómo reaccionar. El profesor le hacía gestos apaciguadores con la mano para que mantuviera la calma. Pero el jaguar dejó de comer, movió las orejas en su dirección, y giró la cabeza hacia donde el joven rompió la rama. Temblaba y sudaba a partes iguales, estaba completamente aterrorizado, si llamaba su atención podía considerarse hombre muerto.

De pronto y para sorpresa de todos, el felino se incorporó sobre su presa, que comía tumbando encima de ella, y bajó del cadáver del mutilado carpincho. Se movía de un modo amenazador, lentamente, con la vista fija en su objetivo, en posición de ataque, agachado sobre sus patas delanteras, como cuando se disponen a abalanzarse sobre una presa. Y, entonces, de un salto desapareció entre la alta hierba. Ya no había tiempo para ser cautelosos, el jaguar los había localizado y elegido como su segundo plato.

No sabían dónde estaba el depredador, no podían verlo a causa de la densidad y el tamaño de la vegetación, lo que si sabían era que aún estaba allí. Tan solo era cuestión de esperar para saber exactamente dónde. Los tres se calzaron las botas lo más rápido que pudieron, ni siquiera se ataron los cordones. No les serviría de mucho si el animal atacaba, pero sería mejor por si, de casualidad, tuvieran la

oportunidad de salir corriendo. Hicieron un círculo juntando sus espaldas y pusieron sus armas por delante. Estaba allí mismo, oculto en algún recoveco frente a ellos, prácticamente podían olerlo, notar el calor de su respiración paciente, escuchar cómo se clavaba sus garras en el suelo, preparándose para el salto.

Un helecho se movió y antes de poder asimilar lo que pasaba, el jaguar se abalanzó sobre la formación. El capitán empujó a Michael, que cayó al suelo, pudiendo así esquivar una de las zarpas por muy poco. José no tuvo tanta suerte. El jaguar lo embistió en el pecho con uno de sus costados, tirándolo al suelo y dejándolo sin respiración. Juan fue el único que salió indemne del ataque, tan solo lo golpeó levemente con la cola. Sin perder ni un solo segundo, para no darle ninguna facilidad, se pusieron nuevamente en pie. Al profesor se le cayó el cuchillo de la mano y se sujetaba el pecho con fuerza, como si se fuera a desmontar si lo soltaba. El marinero y el joven blandían sus armas para captar su atención y que ignorase así a su compañero indefenso.

El jaguar, un ejemplar robusto y joven, tanteó unas cuantas veces la punta de la lanza con su zarpa, dando manotazos al aire para apartar la rama que le apuntaba. El capitán le gritaba, quería que su voz sonase por encima de los rugidos en un desesperado intento por intimidarlo y amedrentarlo. Pero parecía no surtir ningún efecto. Él también tanteaba a su enemigo lanzándole estocadas que éste esquivaba tan solo meneando la cabeza. Entonces, el felino se preparó una vez más para atacar. A diferencia de la vez anterior, en esta ocasión no se agazapó entre la hierba. Los excursionistas pudieron predecir el ataque del animal y el capitán pudo acertar a clavarle, superficialmente, la punta de su lanza en una pata. Soltó un rugido lastimero, cuyo eco resonó varias veces por todo el Amazonas, y miró fijamente a los ojos al hombre que lo hirió, como si lo estuviera amenazando o guardándose la imagen de su rostro en la memoria. Tenía la respiración tranquila, el latido del corazón firme y pausado. Juan supo con esa mirada que el animal prometía no olvidarse de él fácilmente.

Entonces retrocedió con la misma lentitud con la que se apartó anteriormente del carpincho muerto, dispuesto a devorarlos. Le arrancó al cadáver del roedor un trozo tan grande como le permitieron sus fuertes mandíbulas y desapareció cojeando entre los árboles, dejando tras él un fino rastro de sangre.

—Puede ser que el jaguar se hubiera llenado antes el estómago lo suficiente como para no atacarnos y arriesgarse a salir herido. Puede que sea joven e inexperto, sea por el motivo que sea, hemos tenido mucha suerte —consiguió decir el profesor, tratando de recuperarse todavía del golpe recibido en el pecho—. Ahora salgamos de aquí.

Antes de abandonar el claro del estanque cogieron ellos también un buen

pedazo del carpincho que yacía inerte en el suelo, de la parte que no había sido mordisqueada y baboseada, y se apresuraron en regresar al campamento. El cielo empezaba a oscurecerse.

Los tres jóvenes que se quedaron en el campamento no estuvieron de brazos cruzados. Pusieron las cinco tiendas de campaña formando un círculo con las puertas mirando hacia el centro. Una gran hoguera ardía con intensidad en medio del círculo y rodearon el campamento con una cuerda de la que colgaron cualquier objeto de los que llevaban con ellos que hiciera ruido. Si alguien o algo trataba de atravesar el borde de seguridad, con un poco de suerte, tropezaría con la cuerda y un estruendo de chatarra les alertaría del peligro. Por si acaso la primera barrera defensiva fallaba, Paul escogió cuidadosamente unas ramas largas y no demasiado gruesas y las afiló a conciencia, de la misma manera que hizo Juan cuando fueron a cazar, para defenderse desde una distancia prudente de los posibles futuros enemigos.

—Habéis hecho un buen trabajo —los felicitó el capitán al ver cómo lo adecentaron todo para que su estancia fuese más cómoda.

De pronto, su mirada se cruzó con la de Elisabeth, ella le sonrió, se sonrojó y agachó tímidamente la cabeza prosiguiendo con sus tareas.

La cena transcurrió agradable y amena. La carne del carpincho estaba un poco seca y un poco dura, pero su sabor era aromático e intenso. No se veía más allá del precario perímetro de seguridad. Una oscuridad total amenazaba con cernirse sobre ellos en cuanto se consumieran los últimos restos de leña que alimentaba el fuego de la hoguera. Y llegaría acompañada por innumerables criaturas, cada cual más extraña y peligrosa. Los sonidos provenientes de las tinieblas de la profundidad de la selva hacían que los excursionistas se giraran desconfiados cada dos por tres. Pero eso no hizo que se retiraran a sus tiendas, la velada era verdaderamente placentera y confiaban en la fuerza de permanecer todos unidos.

—...y se enfrentó a él sin titubear, la verdad es que se comportó como un héroe. —Michael alababa con emoción y narraba con todo detalle la actuación de Juan frente al jaguar.

Las palabras del joven e impresionado inglés fueron interrumpidas por los aplausos del resto de espectadores. Una sonrisa y un gesto cortés con la cabeza fue todo lo que pudo devolverles el capitán a cambio de su agradecimiento. Estaba pálido, un brillo en su piel indicaba el comienzo de un sudor frío y una leve tiritona se apreciaba en sus labios amoratados. Parecía que le estaba pasando factura haberse vestido con la ropa todavía húmeda y haberse ido de caza con ella.

Juan, que había permanecido callado durante casi toda la cena, se disculpó a sus compañeros y se fue renqueante a su dependencia. Elisabeth, de pronto,

parecía inquieta, se levantó sin previo aviso y se metió en la tienda del capitán como si de la suya se tratase. El resto de sus compañeros, que estaban sentados alrededor del fuego, sonrieron y se miraron extrañados los unos a otro. Nadie quiso romper el silencio con ningún comentario al respecto. El capitán era un personaje pintoresco, muy peculiar, con ese sombrero cutre que le acompañaba a todas partes, tenía una preocupante falta de vergüenza y unas costumbres muy extrañas, pero no se podía discutir que ese día se ganó un buen descanso, o lo que fuera que pasase en la intimidad de la tienda.

—Parece que hasta el más duro de los hombretones también enferma de vez en cuando —se insinuó Elisabeth con un tono de voz dulce y cariñoso, mientras entraba en la pequeña tienda de campaña—. ¿Demasiadas emociones para un solo día?

—No estoy enfermo, tan solo necesito descansar un poco —apostilló el marinero. La voz salía forzada, débil y entrecortada de su garganta.

—¡Shss! —lo mandó callar posando delicadamente un dedo en los labios febriles. Su barba le hizo cosquillas—. Tienes la ropa empapada, así no vas a mejorar nunca. —Utilizó en su voz un tono protector, como el de una madre que cuida de su hijo enfermo.

Entonces le quitó la camisa con el mayor cuidado que pudo y luego se quitó también la suya. Para sorpresa del marinero, bajo ese aspecto infantil había el cuerpo de una mujer. No era el cuerpo que tendría alguien que sale por primera vez de aventura, esculpido y entrenado. Siguió con deseo el encaje de su sostén. Aún se veía la marca rosada que había dejado la sanguijuela en la perfecta piel de su abdomen. A pesar de su palidez, en el rostro del capitán se pudo apreciar un leve rubor y el sudor ahora era más abundante que unos instantes atrás. Elisabeth se percató de ello y sonrió sin que él la viera. Sin duda, ese hombre no estaba acostumbrado a depender de nadie más que él mismo, y mucho menos a la presencia de una mujer escasa de ropa cuidando de él.

—¿Qué...qué...?

Estaba tan nervioso que por primera vez en mucho tiempo se le atascaban las palabras. Sus nervios crecían al verse incapaz de dejar de tartamudear y eso aumentaba su sensación de agobio. Entró en una especie de bucle del que logró salir gracias a la voz de Elisabeth.

—No te hagas ilusiones —dijo ella en un tono juguetón, con una falsa seriedad, dedicándole una sonrisa y un guiño de ojos—. Tan solo voy a ayudarte a recuperar tu temperatura corporal y esta es la forma más rápida y fácil.

La joven pasó un brazo por debajo del cuello del hombre enfermo y el otro brazo por delante del pecho. El capitán le devolvió el abrazo, agarrándola con ternura por la cintura y presionando ligeramente para notar su cuerpo contra el

suyo. La trató con tanto cariño, con tanta sutileza como la que un arqueólogo tendría para manipular un hallazgo milenario, como si temiera que pudiera romperse. La joven arropó a ambos con una vieja manta que había en el interior de la tienda y le acarició el pelo para ayudarlo a relajarse.

El marinero se quedó dormido tan rápido que apenas pudo saborear el momento. Hacía mucho que no estaba tan cómodo, tan a gusto, tanto que no le importaba no volver a despertarse nunca, siempre y cuando continuara ese cálido abrazo.

CAPÍTULO 13

Salió el sol y Juan se despertó lozano como un búho a media noche. No sabía si fueron los cuidados o la mera presencia de esa bella mujer, pero sin duda había conseguido que se recuperara. Se incorporó despacio para no molestarla en su plácido descanso. Estaba tumbada a su lado, hecha un ovillo, y se entretuvo con el deleite de su imagen. Rozó con la punta de sus dedos la rosada marca que aún se dejaba entrever en su vientre. Ella gimió y se retorció en sueños, a él le atravesó un escalofrío, erizando el vello a su paso. La arropó y salió de la tienda. Si pasaba ahí dentro un solo minuto más, no sería capaz de controlar esas desconocidas sensaciones que ahora lo embriagaban.

Algo cambió en su interior desde que conoció al profesor. Toda su vida había evitado estrechar lazos con la gente, su amante y su mejor amigo había sido el alcohol desde que su familia se fue. Pero ahora notaba las veleidades de todos esos sentimientos que estaba aprendiendo a gestionar, la sonrisa no se borraba de su rostro, a pesar de no tener ningún motivo para estar sonriendo, simplemente le apetecía hacerlo. Tenía energía para hacer cualquier cosa que se propusiera. No solamente se sentía capaz de encontrar el barco hundido que buscaba su amigo, sino de vaciar el mar, si hiciera falta, para conseguirlo. Era un hombre nuevo y todo se lo debía a una indefensa joven, tan frágil como la tela de una araña y tan delicada como las alas de una mariposa. No sería capaz de sobrevivir por sí sola ni un solo día en esa inhóspita selva, pero sin embargo un solo abrazo suyo bastó para que cambiara su forma de ver el mundo.

Se puso la camisa. Ya estaba seca y se desvanecieron algunas manchas tras su travesía acuática. En cuanto asomó por la entrada de la tienda, lo avasallaron a preguntas, algunas de ellas bastante subidas de tono. No le daban un solo momento de respiro. José le esperaba sentado en la orilla del río, haciendo como que limpiaba los platos para tener una excusa con la que seguir permaneciendo allí. Le recibió con una amplia sonrisa y desde el suelo abrió los brazos como ofreciéndole un abrazo. El capitán lo ignoró por completo, lo empujó por el pecho obligándole a bajar los brazos para sujetarse y no caer al agua, y con el ceño fruncido se aseó en silencio.

—Vamos, no te hagas de rogar y cuéntame que pasó anoche —interrogó el profesor con una actitud un tanto infantil y la mirada traviesa.

—No tengo nada que contar. Me subió la fiebre, la muchacha quiso devolverme el favor por haberla ayudado con la sanguijuela y me ofreció sus cuidados —contestó secamente, sin siquiera mirarlo a la cara—. Y solo fue eso. Una mujer, muy guapa, eso sí, cuidando de un hombre enfermo. ¿Queda claro?

En este lugar es mejor que cuidemos todos de todos, hay muchas cosas que podrían matarnos.

—¿Quieres decir que si yo me pongo enfermo cabe la posibilidad de que venga a mi tienda a velar por mi salud? —bromeó entre dientes.

—También podría ir yo.

El capitán lo miró fijamente a los ojos, muy serio, ni siquiera pestañeaba. Al él también le cambió el semblante y dejó de sonreír en el acto. Entonces introdujo una mano en el agua y lo salpicó. Sin duda, su amistad se había consolidado firme y sólidamente tras los intensos momentos que habían vivido juntos. Se entendían a la perfección y se ayudaban el uno al otro, cada uno con sus defectos y sus virtudes.

La hoguera ya no era más que un montón de ascuas humeantes e inútiles para protegerse de casi cualquier cosa o para cocinar. Los dos cabecillas de la expedición fueron los encargados de despertar al resto de los aventureros. José particularmente no fue muy ortodoxo en la forma de hacerlo, se limitó a zarandear las tiendas de campaña de Julia, Paul y Michael y gritarles desde fuera. No tenía nada en contra de ellos, simplemente escogió el modo más fácil de despertarlos.

Al contrario que el maestro, el capitán se metió en su tienda, donde Elisabeth seguía durmiendo tan profundamente como un niño de cuna. Le acarició el cabello, un pelo que parecía inmune a las inclemencias del tiempo, como si no entendiera las leyes de la física. Habían ido en todoterreno a toda velocidad a través de la selva, vadearon un río y se pasó toda la tarde del día anterior montando el campamento. Y aun así seguía estando liso como una escultura de oro recién pulida, ni un nudo irrumpía en la perfección de esa melena que le devolvía al sol sus propios destellos cuando se reflejaban en él. Olía a selva. No es que oliera mal si no que era como si todos los olores de la selva se agruparan en su cabello y él mismo decidiera cuáles se quedaba para sí.

Le parecía un algo prohibido tener que despertarla. Se acercó a su oído, le susurró algo y la joven le correspondió con una tierna y sincera sonrisa mientras se desperezaba. Una sonrisa que por un momento pareció robar todo el calor de la tienda, de Colombia, y un escalofrío recorrió su columna vertebral de arriba abajo, un estremecimiento que parecía no tener fin. El tiempo se detuvo y sus caras se encontraron a muy pocos centímetros de distancia. El capitán podía respirar el cálido y dulce aliento de la joven que lo cuidó durante la noche. Muy lentamente se acercaban, ninguno de los dos hacía nada por evitarlo, era como si alguna fuerza superior a ellos los empujara el uno contra el otro para empezar el día con el beso que faltó por la noche. Sus labios estaban tan cerca que podían notar el calor que desprendían. Tan cerca el uno del otro que los más puritanos

ya lo catalogarían como un beso. Entonces José irrumpió en la tienda.

Ambos se separaron sobresaltados, como movidos por un resorte, y miraban en todas direcciones tratando de disimular. Pero el inesperado visitante los miraba con una amplia sonrisa, paseando la mirada de uno a otro simultáneamente, en busca de alguna explicación. Pero no obtuvo palabra alguna por parte de ninguno de los dos.

—Espero no caer yo también enfermo —dijo con ironía—, pero es bueno saber que si se diera la casualidad, iba a estar bien atendido.

Su sonrisa perduraba a la espera de la confesión de que algo había despertado entre ellos. La joven inglesa se sonrojó y apartó la mirada, como si se hiciera invisible por el hecho de no mirar. Sin embargo, el capitán le dio un empujón al impertinente de su amigo obligándolo a salir de la tienda.

—Lo siento —se disculpó el capitán, al fin y al cabo, fue él el que los presentó. Le lanzó una mirada de súplica antes de precederle en salir de la tienda.

El tiempo para las bromas se acabó en cuanto todos estuvieron preparados para partir. No podían permitirse perder el tiempo. Fuera lo que fuese por lo que apareció, tenía que estar listo para cuando el tunche maligno se marchase.

Cada uno recogió su tienda, sus bártulos y todo el equipaje que llevasen consigo. Una zona de tierra removida donde estuvo la hoguera, la hierba aplastada donde durmieron y olor a orina en el ambiente fue todo lo que quedó del campamento cuando lo levantaron. Se sincronizaron de un modo sorprendente, como si todos ellos llevaran acampando juntos mucho tiempo. La verdad es que esos jóvenes se desenvolvían mejor de lo que cabía esperar.

Retomaron el camino, era un recorrido monótono. En el suelo no encontraban demasiados obstáculos, pero estaba plagado de árboles de todas las formas y tamaños, que tenían que ir sorteando constantemente.

No volvieron a cruzar palabra desde que la pareja dejó de ser novedad. Elisabeth y el capitán continuaban con su juego de miradas, demasiado tímidos como para empezar un romance públicamente. Caminaban el uno al lado del otro, en completo silencio, unidos por una cuerda invisible que ninguno estaba dispuesto a tensar.

El ambiguo sentido de la orientación de Paul los hizo perderse en mitad de la selva y ahora los dos veteranos aventureros eran los encargados de sacarlos de allí o, por lo menos, de mantenerlos con vida el mayor tiempo posible. Ya daba igual si encontraban esas ruinas por las que iniciaron la expedición o no, lo primordial era sobrevivir. Parecía que caminaban en círculos, todo el rato se encontraban ante el mismo paisaje. Si no llega a ser porque no dejaron de seguir el curso del río en ningún momento, habrían jurado que se habían vuelto a perder. Perderse estando perdidos, no querían ni imaginarlo.

Se toparon con una cueva. No era más que una oquedad en la base de una inclinada pendiente. La cavidad no era muy grande ni muy cómoda, sino todo lo contrario. Tenían que entrar agachados, de uno en uno y apretarse contra las paredes. Parecía pensada para ellos, no habría cabido nadie más aunque lo hubiesen intentado. Tampoco olía precisamente bien. Parecía que algún animal encontró ese lugar antes que ellos y la había aprovechado no como resguardo, al igual que ellos, sino como cagadero.

No era la hora de comer, pero era un lugar seguro y fácil de vigilar en el que parar a tomar un tentempié y descansar un poco. Quizás no volvieran a encontrar un refugio como ese. Desde ahí dentro podían percatarse de cualquier cosa que se acercara antes de que fuera tarde para rechazarlo. Aun así apostaron en la entrada, a modo de barricada, las lanzas que tanto el capitán como Paul hicieron el día anterior. No querían volver a sufrir otro ataque de nuevo, y menos aún que los cogiera indefensos. Esa vez tampoco salieron a cazar, a ninguno de ellos les sobraban las fuerzas y no estaban como para derrocharlas. Almorzaron de los víveres que aún llevaban en su equipaje. Tenían que hacer buen uso de ellos, ya que la aventura se estaba dilatando más de lo previsto.

Cómo no, el silencio volvió a predominar. De vez en cuando recordaban alguna situación acaecida durante el viaje y se reían sin demasiadas ganas. Estaban exhaustos, perdidos y ya se les habían acabado todos los temas de conversación que pensaban que podían tener dada la diferencia de edad y de culturas. Comieron rápidamente y salieron de la cueva sin perder ni un solo minuto, todos ellos sentían la necesidad de tener que encontrar algo que les subiera la moral.

—¿Qué tal llevas la herida? —se interesó el marinero por Elisabeth, rompiendo el incómodo silencio que tanto rato estaba durando.

—Ah, ¿lo de la sanguijuela? —contestó ella sin darle importancia—. Ya no me duele ni nada, creo que se ha curado del todo.

Sonrió al que fue su salvador y se levantó la camiseta, lo justo para mostrarle el lugar donde le mordió la sanguijuela. Sin ser dueño de sus actos, Juan acarició la zona donde aún se podía distinguir una pequeña marca rosada. Fue un gesto tan fino, tan delicado, que perfectamente podría haber parecido una pluma posándose sobre el frágil pétalo de una orquídea. La joven inglesa suspiró y el movimiento de su vientre sobresaltó al marinero, que apartó la mano rápidamente como si no fuera digno de su tacto. Seguía la fina línea que dibujaba su cuerpo con anhelo, recordando cómo se unió a su silueta, como si fueran uno solo, un par de noche atrás. Su visión era demasiado perfecta como para estropearla con una caricia a destiempo, una palabra mal dicha o un gesto fuera de lugar. Lo miró con una ternura como la que solo se ve en un niño a punto de

abrir un regalo.

Ahora que el capitán se reencontró con esos sentimientos olvidados deseaba aferrarse a ellos y liberarlos. Pero primero tenía que asegurarse de que llevaba a esa joven a un lugar seguro y que la sacaba de la selva sana y salva.

No muy lejos, detrás de una cota no muy prominente que se elevaba frente a ellos, se veían los restos más altos de algún tipo de edificación. Salieron disparados en esa dirección, subiendo la colina y gastando las pocas energías que les quedaban. Al llegar a la cumbre, todas sus ilusiones se esfumaron con la misma facilidad con la que el viento derriba un castillo de naipes. Aquello no era un pueblo, puede que ni siquiera lo fuera en su época. Más bien parecía algún tipo de recinto agrícola, un lugar apartado del verdadero poblado donde se realizaban las labores de agricultura y ganadería.

—¡Aquí es, estas son las ruinas de las que os hablé! —se enorgulleció Paul con una forzada sonrisa de alivio en los labios—. ¿Veis como íbamos por buen camino?

Sus compañeros se giraron al unísono y le clavaron sus severas miradas como dagas afiladas. El joven, alegre unos segundos atrás, enmudeció y se le hizo un nudo en el estómago.

—Todo lo que hemos pasado, lo que hemos sufrido, ¿para esto? —José iba elevando su tono de voz—. ¿Acaso tienes idea de lo que es este lugar? Nos has traído a una... granja. —No le salían las palabras, se estaba conteniendo para no pegarle un bofetón al muchacho—. He meado alrededor de un campamento, he sido atacado por un jaguar, he comido en la letrina de algún animal, ¿y todo para ver las ruinas de lo que un día fue una pequeña, humilde e insignificante granja?

Estaba tan enojado que hablaba más para sí mismo que para sus acompañantes. Todo ese tiempo podía haberlo invertido en averiguar cómo librarse del canto del tunche maligno y se sentía engañado e indignado al ver con lo que se toparon.

—Y también nos hemos enfrentado a una peligrosa y gigantesca sanguijuela chupadora de sangre —añadió el capitán levantando la cabeza y haciendo un gesto triunfal con el puño. Elisabeth se sonrojó y todos los demás se rieron con ganas al recordarlo, contentos por liberar por fin, aunque fuese un poco, la tensión acumulada.

—Ya que estamos aquí, no perdemos nada por ir a echar un vistazo —propuso el profesor de mejor humor.

Iba a ser una expedición de unos tres o cuatro días contando con la ida y la vuelta. De momento iban por el cuarto día y aún faltaba regresar, pero al fin y al cabo estaba allí y no había cómo cambiar eso. Tenía la oportunidad de conocer la historia que guardaban esas ruinas, por mundana que fuese, y añadir una página a

los registros de los viajes de los hombres de su familia. Todos los miembros del grupo llegaron a la conclusión de que no ganaban nada enfadándose los unos con los otros. Ahora de mejor humor, comenzaron a descender la elevación para conocer el motivo por el que iniciaron esa aventura.

CAPÍTULO 14

Parecía que esa granja solamente era habitada en determinadas épocas del año. Los edificios que la formaban eran de piedra, madera y adobe. Unos materiales muy primitivos, pero con una técnica de construcción impecable. Esas edificaciones debían de tener varios centenares de años y los cimientos de la mayoría de ellas todavía seguían en pie. Las utilizaban para vivir allí unas pocas semanas e irse a otro lugar cuando la época y el cultivo lo exigían.

Unas cuantas vallas de madera dejaban entrever lo que antiguamente fueron unos cercados para el ganado, pero que ahora no eran más que unos cuantos listones clavados en el suelo. No cabía duda de que el pueblo al que perteneciera aquel asentamiento debía de haber sido un pueblo próspero.

En la base y a lo largo de la ladera de la elevación, se extendía lo que parecían ser los terrenos de cultivo. La tierra no estaba arada, tal y como estaban acostumbrados a verla en los huertos tradicionales, mediante surcos longitudinales. Estos eran montículos de tierra delimitados por unas cuadrículas de palos entrelazados. Los camellones proporcionaban un mejor drenaje, aireación del suelo y retención de la humedad, lo ideal para un entorno que pasa por tantos periodos de sequía e inundaciones. Ahora todo era un único espacio recubierto por hierbajos y helechos silvestres. Era algo asombroso que esa gente, sin tecnología y aparentemente sin los conocimientos de la época, tuviera ya entonces una técnica para cultivar los alimentos más efectiva incluso que la que ellos conocían.

El edificio que vieron desde el otro lado de la cota era un silo. Un antiguo almacén cilíndrico de cereales y semillas con el techo ahora inexistente. Se mantenía en pie gracias a un robusto árbol que crecía junto a él, cuyas ramas eran capaces de aguantar su peso. En su base había un orificio del que salía un antiguo rastro de cáscaras y huesos y pepitas de frutas. Había un silo en cada costado del poblado. El otro estaba prácticamente intacto y era de una robustez envidiable, comparándolo con el resto de edificaciones.

Aún no era tarde, pero aquel era un buen sitio para armar una vez más el campamento y pasar la noche. Esta vez no les haría falta montar las tiendas, podrían utilizar los restos de una pequeña choza que todavía quedaba en pie. No tenía puerta ni ventanas, debían de haberse podrido por el paso de los años y tan solo quedaban los huecos que ocuparon antiguamente en las paredes. Una pared estaba completamente derruida, pero las otras tres les servirían como abrigo perfecto contra el frío y húmedo aire de la noche. Reunieron un montón de leña y lo amontonaron en el interior de la ruinosa cabaña, en la zona más alejada de

donde se había caído la pared. Taparon las ventanas y el hueco de la puerta con ramas, piedras y trozos de madera sueltos que encontraron por el poblado, dejando como único acceso el lateral derruido de la cabaña.

Pasaron una agradable velada hablando de lo que habían pasado juntos hasta el momento y de posibles expediciones en un futuro próximo. Investigaban y recorrían hasta el último rincón de la granja en busca de algo útil e interesante, pero no había más que madera putrefacta y escombros desperdigados.

—¡José, tienes que ver esto! —el grito del capitán contenía una mezcla de duda, sorpresa y desconfianza. El profesor acudió a toda prisa—. Mira ahí —dijo señalando la parte baja del silo, cuya integridad no peligraba.

Al verlo de cerca podía apreciarse que era menos antiguo que el otro. Las juntas entre las piedras eran más exactas y los bordes estaban menos erosionados. Debió de construirse a consecuencia de la abundancia de la zona cuando la población empezó a crecer. ¿Qué pasaría en este lugar tan lleno de vida en su día? Grabado en una piedra lisa y ancha como un cartel, colocada a propósito para destacar sobre las demás, estaba el mismo símbolo que había en la roca que encontraron sobre el alijo de ron, el mismo símbolo que José llevaba colgado al cuello, aunque todavía continuaba guardando ese pequeño secreto con forma de colgante. En el poblado no había nada más, se pasaron largo rato buscando y revolviendo entre los restos, pero no encontraron nada.

Cuando se retiraron a descansar, el profesor tuvo la prudencia de construir una trampa frente a la entrada del refugio, justo en el lugar donde una vez hubo una pared. Clavó dos estacas en el suelo, una en cada extremo, y buscó una rama entre el montón de leña. Tenía que ser lo suficientemente gruesa como para aguantar un fuerte impacto y suficientemente flexible como para retornar a su posición con la fuerza necesaria para clavar en la carne de la víctima algo afilado. Una punta de flecha o de lanza o incluso una piedra puntiaguda serviría. En este caso fue otra rama que él mismo afiló con la navaja de Juan, lo que sujetó con hilo de pescar en la punta. Ató la rama a una de las estacas que clavó en el suelo, más o menos a la altura en la que estaría el pecho de un jaguar, y la dobló hacia atrás sujetándola a la otra estaca con un lazo, hecho también con el sedal. Alargó más el hilo que deshacía el lazo y lo cruzó en la entrada del refugio, tensándolo suavemente. De ese modo, si algo empujaba ese tramo de cordel desataría el nudo escondido, liberaría la trampa y el palo afilado sujetado en el extremo de la rama se clavaría en la carne de aquello que lo accionara.

Se sentaron alrededor de la hoguera acompañados por el silencio que los sobrevolaba desde hacía días. Esta vez tampoco cazaron ni trataron de buscar comida por los alrededores. El profesor sacó su libreta una vez más y comenzó a revisar los apuntes que había hecho y a anotar algunos nuevos datos que le

parecieron importantes. Estaba totalmente absorto en sus estudios. Paul, Julia y Michael trataban de dormir no muy alejados del grupo ni del fuego. Elisabeth y el capitán estaban sentados con la espalda apoyada en la pared opuesta a la abertura protegida por la rudimentaria y dudosa trampa. Hablaban en voz muy baja y con una actitud cariñosa.

La luna brillaba imponente en el cielo en toda su plenitud, acompañada de millones de estrellas. José jamás vio tantas estrellas hasta que llegó a ese país y ahora disfrutaba de esa cautivadora visión cada noche, siempre cambiante, viva.

A cada sonido que escuchaban por el exterior, cada uno dejaba de hacer lo que estuviera haciendo y dirigía su mirada instintivamente hacia la trampa. Los nervios de todos estaban a flor de piel. Al principio no le dieron importancia, seguramente sería algo sin importancia, como las otras tantas falsas alarmas que se habían dado hasta el momento. Pero poco a poco, conforme el sonido se iba acercando, todos dejaron definitivamente sus quehaceres y aguardaron impacientes. Tanto los que trataban de afianzar su romance como los que intentaban dormir se incorporaron y agudizaron el oído.

Sonaba como los cascos de un caballo. El sonido fue acercándose y escucharon un relincho. A juzgar por la cadencia de las pisadas debía de acercarse a toda velocidad. Pero había algo más, otro sonido que no acertaban a distinguir. De repente, el causante del ruido irrumpió en el poblado. No podían verlo, pero sí oírlo, a él y todo cuanto destrozaba a su paso. Parecía enfadado. Lo escucharon pisotear y romper piezas de artesanía por las que se pelearían los museos, auténticos tesoros de barro y arcilla. El pequeño cerco que quedaba en pie fue derribado y toda la madera pisoteada y convertida en astillas.

Las dos jóvenes, amigas de toda la vida, se abrazaron presas del pánico tratando de protegerse la una a la otra. Mientras, Juan hacía todo lo posible por tranquilizarlas sin ser capaz él mismo de asimilar lo que trataba de explicarles.

De pronto la criatura se calmó. Las pisadas no se alejaron poco a poco, de la misma manera que habían llegado, el silencio no fue progresivo si no de golpe, como si hubiese desaparecido. Todo estaba envuelto en un tenso silencio como el que precede a la tempestad. Con mucho cuidado, Michael destapó una de las ventanas para poder ver lo que sucedía fuera. Cuando asomó la cabeza, la criatura, que estaba esperando ver si realmente había alguien en esa cabaña, lanzó una coz al joven inglés que pudo esquivar de milagro.

Un ser equino desbocado y furioso arremetió contra los escombros que bloqueaban la puerta. Las dos muchachas, presas del pánico, se abrazaban en el lugar más alejado de donde sucedía todo. Observaban la trampa que construyó el profesor, impacientes por escuchar el estallido de la rama al ser liberada y el chillido de su víctima. Los cuatro hombres empujaban con fuerza la pared desde

el interior, aunando sus fuerzas y sin poder competir con la de su atacante. Pero ese animal parecía que observaba todos los detalles, su entorno, como si pensara y planeara las cosas antes de hacerlas. Entonces el montón de escombros cedió y Michael, que era el más próximo al animal, recibió un brutal golpe en la cabeza con una de sus pezuñas. El joven cayó desplomado y permaneció inmóvil. Sus compañeros no podían hacer nada por socorrerlo, la bestia los acechaba.

Se parecía mucho a un caballo, aunque su tamaño era mayor de lo habitual, incluso en ejemplares fornidos. Pero había algo extraño en él, algo que la penumbra no dejaba ver con claridad. Les daba la espalda en todo momento y la nube de polvo que levantó, junto con la penumbra del ocaso, impedía ver su figura por completo.

El otro sonido que escucharon y no conseguían identificar era la risa y sonidos guturales que emitía un pequeño ser que lo montaba y lo azotaba con un látigo. Ese personaje tenía un aspecto de lo más extraño, como sacado de un cuento, una imagen viviente sacada de las más antiguas leyendas. No era más alto que un niño pequeño corriente y prácticamente iba de pie sobre su montura. Sus orejas eran largas y puntiagudas y su cabeza estaba adornada con un canoso mechón de pelo que llevaba de punta. Estaba ataviado con un poncho de color bermellón, era más bien un viejo mantel reutilizado, y estaba descalzo. El ser no guiaba al animal como un jinete cabalga a su caballo. Este, más bien, se encargaba de azotar y torturar al animal, mientras se sacudía y se enfurecía tratando de librarse de él, sin ningún éxito.

La bestia fue directamente hacia la hoguera. Julia la miraba con la boca abierta, pasmada, no por el miedo sino con gesto de sorpresa. El animal comenzó a pisotear y remover las brasas, convirtiéndolas en un montón de humeante polvo de carbón chamuscado. Cuando acabó, todo se quedó completamente a oscuras, una oscuridad casi total, de no ser por la intensidad con la que lucía la luna llena. Se situó justo en medio del grupo de excursionistas que se refugiaba en la cabaña, como anunciándose como su nuevo líder. Se quedó de pie, muy quieto, ni siquiera se inmutaba, mientras el hombrecillo sobre su lomo, ajeno al panorama, seguía saltando, gritando, riendo y pegado a su montura.

Era una criatura inmensa. La oscuridad la envolvió y tan solo se atisbaban sus ojos, unos ojos que reflejaban la luz del exterior, como si se trataran de dos luciérnagas. Los observaba a todos con detenimiento y sintieron una extraña sensación. Era como si tratara de memorizar todas las caras, por si volviera a toparse con ellos alguna vez en la vida. Había inteligencia en esa mirada, había alma, alegría, dolor, pero lo que sobre todo revelaban esos ojos era furia y tristeza, tanta tristeza que incluso la propia bestia, por un momento, hizo un amago de apartar la mirada.

Y de repente se esfumó. El extraño animal se dirigió hacia la otra punta de la cabaña, pasó la trampa por encima y le dio una coz para desmontarla. Lo hizo para demostrarles que no lograrían nada con sencillos trucos ni con trampas cutres. Se metió entre la maleza y desapareció de nuevo, relinchando por los maltratos de su jinete.

—¿Q- qué era eso? —consiguió balbucear Julia, todavía asustada, presa de un ataque de pánico.

Nadie supo qué responder. Todos se miraron confusos y siguieron con la vista el camino por el que se marchó la bestia. Todos se quedaron inmóviles, incapaces de moverse hasta que no dejaron de escuchar los cascos pisando el suelo con fuerza a lo lejos. Michael seguía inconsciente. Con sumo cuidado, lo pusieron cerca de los restos calcinados y pisoteados de la hoguera, que aún desprendían algo de calor, y después intentaron dormir. Se colocaron todos muy juntos, con las lanzas a mano y sin encender un nuevo fuego. Terminarían la noche desprotegidos.

CAPÍTULO 15

Empezaba a amanecer y José apenas había conseguido pegar ojo en toda la noche. Se levantó, se lavó en el arroyo y se fue a buscar algo para desayunar. No quería adentrarse en la selva, y mucho menos él solo, pero quería mantenerse ocupado y no pensar más en lo que sucedió por la noche. Cuando terminó de acicalarse, vio a Julia salir de la cabaña. Estaba pálida, las ojeras ocupaban gran parte de su rostro y, aunque no hacía frío, tenía los brazos cruzados y apretados contra el pecho. Todo su cuerpo tiritaba levemente. Sin cruzar una palabra con ella, fue a la cabaña y sacó una manta, se la echó sobre los hombros y le frotó los brazos para ayudarla a entrar en calor.

—Has pasado mala noche, ¿verdad? —la joven lo miró con dureza.

—¿Cómo quieres que duerma después de lo que ha pasado? ¿Y si esa... cosa llega a regresar mientras estamos dormidos? No, no puedo pegar ojo sabiendo que eso está por ahí suelto y sabe dónde nos refugiamos. —Le brillaban los ojos a causa de unas lágrimas inminentes que trataba de contener. Estaba realmente aterrada.

—No voy a dejar que os pase nada a ninguno de vosotros —dijo el explorador en un tono protector. La abrazó en un intento por calmarla—. Sea lo que sea, ya se ha ido. No hay por qué tener miedo.

—¿Cómo no voy a tener miedo? —La joven se deshizo del abrazo y lo miró airada—. ¿Tú lo viste bien? Sabía lo que estaba haciendo. Eligió entrar por ese sitio porque sabía que en la única abertura disponible había una trampa. De hecho, me parece que sabía qué clase de trampa era y cómo funcionaba. Y pisotear la hoguera no fue un arrebato de ira. Quería ocultarse, intentar que no viésemos algo, que no lo viésemos a él. Pero de una cosa sí que estoy segura: lo que nos atacó anoche no era un simple caballo.

—Sí, a mí me pareció lo mismo.

El profesor estaba extrañado a la par que sorprendido. A pesar del ataque de pánico que sufrió la joven, fue capaz de fijarse en esos pequeños detalles que parecían haber pasado desapercibidos para los demás.

—Por cierto, ¿qué era esa cosa que cabalgaba a la bestia? —preguntó la muchacha.

—Un duende —respondió José muy serio, asombrosa y extrañamente tranquilo.

Julia se percató enseguida de que ese ser no era normal, que no era de este mundo, así que no trató de ocultarle lo que estaba convencido de haber visto. Al ver que iba a decirle algo al respecto la interrumpió.

—No me preguntes cómo lo sé. Tan solo sé que era un duende. Sé que puede parecer imposible, que esas criaturas solamente existen en las leyendas, pero es lo único que se me ocurre. No llevo en este país ni dos meses y ya he visto cosas con las que no habría soñado en toda la vida. Averiguaremos qué es esa cosa. — Fue más bien una promesa para sí mismo, pero sus palabras parecieron conformar a la asustada joven.

Fue a ese país en busca de conocimiento, para descubrir cosas de las que solo se escriben en los libros y no pensaba desaprovechar una oportunidad como aquella para hacerlo.

Poco a poco el resto de los excursionistas se fueron despertando. El último en hacerlo fue Michael, que tuvo que sujetarse a la pared unos instantes hasta que todo se detuvo bajo sus pies. Parecía estar bien, a pesar del fuerte golpe que se apreciaba en su sien y un moratón que se extendía hasta el lóbulo de la oreja.

Se lavaron en el río, recogieron sus cosas del interior de la derruida cabaña y emprendieron el camino de regreso. Todos estaban ansiosos por salir de una vez de esa selva llena de peligros. Pudieron desayunar algo mientras viajaban, unas pequeñas bolas naranjas dulces y muy ácidas que crecían en los árboles. Se dieron cuenta de que no eran nocivas al ver a una ardilla comerse una.

Se adentraron por el camino que tomó la bestia cuando se esfumó cabalgando entre las tinieblas. No fue difícil seguirlo, las huellas se clavaban profundas en el suelo y las ramas y arbustos rotos y retorcidos indicaban la dirección que había tomado. Tardaron menos de lo esperado en llegar al límite de la selva. Por fin habían conseguido salir. Las dos jóvenes se abrazaban, saltaban y reían contentas por haber salido con vida.

Embriagada por la emoción, Elisabeth fue directa hacia el capitán y saltó a sus brazos. Se fundieron en un beso que llevaban reprimiendo ambos desde hacía días. El beso no duró mucho, ni siquiera fue romántico, simplemente se juntaron sus labios. No había pasión porque fue un beso fruto de la emoción, pero para Juan fue el mejor beso del mundo. Pudo notar la calidez de sus labios en los suyos, las piernas de la joven entrelazadas con fuerza alrededor de su cintura, indicando que aquel hombre le pertenecía, la suavidad de su piel y el olor a naturaleza de su pelo. Acurrucó su rostro en la curva del cuello del capitán respirando aliviada y tranquila y sintiéndose segura y a salvo. Los demás acompañaron la situación entre vítores, con aplausos, risas y silbidos.

Desde allí podían ver una casa, una pequeña granja a la que se acercaron a toda prisa, pero sin correr. Todos ellos estaban exhaustos tras la accidentada expedición. Clavaron sus miradas una vez más en Paul, el culpable de que se perdieran. Él aún no se había acostumbrado a las mismas críticas que sufría una y otra vez, se ruborizó y humilló la cabeza, avergonzado.

Era una casa de madera clara y no muy ostentosa. No era lujosa en absoluto, pero parecía acogedora. La fachada estaba cuidada con esmero, parecía que la habían lijado y barnizado recientemente. En la parte trasera tenía un pequeño terreno de cultivo. No había crecido nada todavía, pero la tierra estaba labrada, abonada y cultivada. Pero su olor era absorbido por el perfume de las mimadas flores que lucían resplandecientes en artesas de madera más oscura, alrededor de la casa, y en macetas de barro en los alféizares de las ventanas. En un lateral había un gallinero del que las gallinas salían y entraban a voluntad. Un cerco, parecido a los del poblado en ruinas, encerraba un fornido buey y un par de vacas lecheras. Y, cómo no, todo ello estaba adornado con el paisaje que les ofrecía el Amazonas.

Al acercarse un poco más divisaron algo tirado a pocos metros de la entrada.

—Esperad aquí —ordenó Elisabeth.

Su actitud no era coqueta y juguetona, como era habitual en ella, si no extrañamente seria y autoritaria. Su voz sonaba afilada y amenazadora. Los hombres obedecieron sin rechistar y observaron expectantes.

Tumbada en el suelo, a los pies de la pequeña escalera que ascendía hasta el porche de la cabaña, había una mujer. Estaba completamente desnuda y su cuerpo estaba repleto de cardenales y arañazos. ¿Sería una víctima más de la criatura que los atacó por la noche?

Las dos muchachas la ayudaron a levantarse, con el cuidado que solo se ve en un vasallo trabajando para su señor. Con alguna dificultad, cargaron con su cuerpo y se metieron en la casa con total naturalidad. La asearon, limpiaron sus heridas y la vistieron con algo de ropa que encontraron después de un rato rebuscando por todos los armarios. Cuando la adecentaron hicieron una señal a los cuatro que esperaban fuera.

Esperaban todos intranquilos, sin llegar a relajarse del todo, acomodados en unas anchas y confortables butacas. Elisabeth y Julia no se separaron de ella en ningún momento mientras estuvo inconsciente. Cuando despertó, se sobresaltó, al ser su primera imagen, tras un lapso de varias horas, cuyas piezas no lograba hacer encajar, un puñado de desconocidos invadiendo su humilde y recóndito hogar.

—¿Quiénes sois? —interrogó con la mirada acusadora, acomodándose sobre el sillón.

Sus movimientos eran rígidos y pesados. Las muecas que aparecían en su rostro tras cada gesto revelaban que el dolor que sufría en ese instante era algo rutinario en su solitaria vida.

—¿Qué hacéis en mi casa? —se palpaba la ropa, al parecer, sorprendida por verse vestida.

—Tranquila, te hemos vestido nosotras mientras ellos esperaban fuera —

intentó tranquilizarla Elisabeth con la voz pausada y tranquila, en un tono muy dulce—. Pueden ser algo cretinos, pero saben obedecer una vez que sabes tratar con ellos.

Y pareció conseguirlo. La fina línea que dibujaban los labios de la mujer comenzó a moverse de forma extraña, en lo que parecía ser un intento de una ligera sonrisa. Pero la aflicción del resto de su rostro no le permitió terminarla.

—Estabas inconsciente y llena de golpes por todos lados. ¿Qué te ha pasado?

—Mmm... ¡Nada! No tiene importancia —respondió la anfitriona sobresaltada.

Se levantó con tanta brusquedad para escapar de esa situación que tuvo que sujetarse en el brazo de la butaca para combatir el mareo. Por un motivo que no llegaban a comprender, le resultaba incómodo hablar de las circunstancias que la dejaron en ese estado.

—Verás... —añadió rápidamente la joven, agarrándola suavemente por el brazo, tratando de que volviera a su sitio y así poder continuar la conversación —, anoche fuimos atacados por una especie de caballo gigante y sus huellas nos han traído hasta aquí. —A pesar de no conocerla de nada, se notaba la preocupación en su voz trémula—. ¿Fue eso lo que te atacó a ti también?

—No digas tonterías, chica, esta no es tierra de caballos. Habrá sido un ciervo o algo por el estilo, son muy territoriales. —Estaba claro que ocultaba algo y todos lo notaron.

Se deshizo del agarrón que la retenía, se levantó y comenzó a ordenar su casa, haciendo caso omiso a la presencia de sus invitados y sus descabelladas especulaciones.

—Sí, puede ser —respondió Elisabeth, entendiendo que el tema había quedado zanjado.

—Perdonad mis modales. —Los sorprendió a todos dándose la vuelta antes de entrar en la cocina—. Bienvenidos a mi casa, me llamo Isabel. Por favor, poneos cómodos y asearos si queréis, mi casa es vuestra casa. Por cierto, gracias por ayudarme. —Les dedicó su mejor sonrisa y ellos le respondieron de la misma manera, asintiendo levemente como una cortés reverencia—. El baño está en esa habitación de allí —dijo señalando a una estancia anexionada a la casa que parecía de creación más reciente.

Elisabeth, repleta de energías repentinamente, se adelantó a sus compañeros y se encerró corriendo en el baño. Uno a uno, los excursionistas se fueron aseando, disfrutando de su baño como si fuera el primero de sus vidas. El capitán fue el último en hacerlo, parecía reacio a la idea, pero la preciosa e insistente joven, haciendo gala de sus armas de seducción, consiguió convencerlo.

La ducha medía unos dos metros de alto. Una estructura piramidal hecha con

tubos de metal sujetaba un depósito en la parte alta. Al tirar de una cuerda, este se abría y el agua caía sobre quien se encontraba dentro, en otro recipiente circular más grande situado en la base. Cuando caía el agua era otra vez transportada hasta el depósito por una bomba. Era inimaginable poder encontrarse algo así en un lugar tan remoto como ese.

Cuando Juan terminó de lavarse, ya estaban todos sentados a la mesa. Llevaba un rato saliendo el vapor de las ollas y estaban ansiosos por probar el menú preparado por Isabel, que se antojaba tan delicioso. Una succulenta gallina asada, con la piel crujiente y brillante, descansaba sobre un lecho de patata y verduras, cosechadas en el huerto trasero de la casa. Dejando aparte sus modales, comenzaron a comer como si no hubiera un mañana. Masticando a dos carrillos y respirando ruidosamente con la boca repleta. Daba gusto comer sabiendo que ninguna criatura saltaría sobre ellos por la espalda en cualquier momento, atraída por el olor del banquete.

—Bueno, Isabel, ¿qué te ha impulsado a venirte a vivir aquí sola? —dijo José, tratando de romper el hielo.

—La tranquilidad —contestó escuetamente, mientras soplaba un humeante pedazo de pollo antes de llevárselo a la boca con recato.

—Tienes una casa preciosa. ¿La has construido tú misma?

—No. —Una vez más, y sin saber cómo, algo la molestó. Se limpió los labios con su servilleta, la dejó con desprecio sobre sus cubiertos y se levantó de la mesa.

José no la conocía de nada y trató de ser lo más cortés posible en todo momento. No sabía qué había podido decir o hacer para molestarla, tan solo sabía que acababa de meter la pata de alguna manera y tenía que hacer algo por enmendarlo. Se levantó él también, la siguió y la sorprendió lavándose la cara en el grifo de la cocina. Tenía los ojos acuosos y enrojecidos y la respiración acelerada. Había estado llorando.

—Yo... lo siento, solamente intentaba ser amable... —El maestro trataba de disculparse sin saber el motivo de su disgusto.

—No tienes que disculparte por nada —lo eximió Isabel—, no he pasado una buena noche, eso es todo. —Se secó unas tardías lágrimas que le resbalaban en inadvertida camaradería por sus mejillas—. Venga, vamos a seguir comiendo o se enfriará, y el pollo frío no vale nada. —Aunque forzada, consiguió dedicarle a su invitado una sonrisa.

Terminaron de comer en silencio. El resto de los visitantes lanzaban miradas de desconfianza a la enigmática mujer que encontraron tendida frente a su propia casa. Todos sospechaban que ocultaba algo, ¿pero el qué? Para esa mujer no había sido una buena noche y había aparecido en la puerta de su casa inconsciente, con

la ropa hecha harapos y magullada. No querían ni imaginarse lo que sería un mal día para ella.

Cuando terminaron, y con el estómago lleno después de varios días, parecían estar de mejor humor. Ayudaron a la anfitriona a limpiar los platos, los cubiertos y recoger la mesa, y se retiraron a descansar a las habitaciones que amablemente les cedió. Era una casa humilde y no les quedó más remedio que compartir alojamiento.

—A mí esta cama se me queda grande —dijo la mujer con una cariñosa sonrisa—. Yo puedo dormir en el sofá.

La habitación principal fue para las dos jóvenes, que aún no se atrevían a pasar la noche a solas. Una amplia cama con dosel, gruesos y mullidos colchones y una alfombra que rodeaba toda la cama. A pesar de ese punto misterioso que no acababa de convencer a los visitantes, esa mujer era todo amabilidad y ternura. A decir verdad, cualquiera de ellos hubiera dormido en el sillón de buen grado. Se veía cómodo, acolchado, y el que menos cabía sin problemas con las piernas ligeramente recogidas.

Otra habitación con unos pequeños camastros fue la destinada para los hombres. No había camas para todos y uno de ellos tuvo que conformarse con dormir sobre un montón de mantas apiladas. Después de dormir tres noches seguidas, clavándose por el cuerpo todo lo que les ofrecía el suelo de la selva, ninguno puso objeciones a dormir en un blando y cálido montón de pieles.

Tras un reconfortante descanso se levantaron preparados y con ánimos para regresar a la ciudad, pero Isabel insistió en que se quedaran a pasar la noche. Aún tenían un largo camino por delante y las noches podían llegar a ser muy peligrosas ahí afuera sin la debida protección. Y claramente necesitaban algo más que el cerebro de José y la veteranía de Juan. Todos aceptaron la oferta de buen grado, cualquier cosa sería mejor que volver a parar en mitad del camino y dormir al raso.

CAPÍTULO 16

Todos dormían y todo estaba en silencio, salvo unos leves ronquidos que se escapaban por los quicios de las puertas. Iba descalzo para hacer el menor ruido posible y abrió la puerta con sumo cuidado, aunque no pudo evitar que los goznes chirriaran. Instintivamente mandó callar a la puerta y se quedó quieto delante de ella, muy tenso, viendo cómo las dos jóvenes se revolvían en su amplia cama. Al ver que continuaban durmiendo profundamente prosiguió.

Se acercó a Elisabeth y le tapó la boca con la palma de la mano. La joven se despertó sobresaltada, en su cerebro se formaron todo tipo de imágenes desagradables y abrió los ojos tanto como pudo para ver con claridad el rostro de quien la tenía amordazada. Sus gritos se topaban con un amasijo de gruesos dedos que le impedían mover los labios. Se relajó al ver a Juan mandándole mantener silencio con la mano que le quedaba libre, pero el enfado y la turbación aún seguían presentes en su rostro. El capitán le hizo señales para que lo acompañara fuera de la habitación. Le correspondió con una sonrisa somnolienta. Se levantó sin importunar el descanso de Julia, le dio un cachete a su inesperado visitante y salió de la habitación agarrada a su cintura.

Apoyada en el marco de la puerta, Isabel observaba cómo la pareja se alejaba para dar un agradable paseo junto al río. Caminaban agarrados por el brazo. Como una aguja y el hilo que juntos son capaces de hacer algo mucho más grande que ellos mismos. Ella apoyaba delicadamente la cabeza sobre su hombro y él se ruborizó como si fuese la primera vez que sentía el tacto de una mujer. Con nervios e impaciencia repasaba la luna con la vista, oculta ahora tras unas nubes. Habría otra noche más de luna llena. La pareja de enamorados giró a la derecha tras un grupo de árboles y, cuando se alejó lo suficiente, salió corriendo hacia la selva.

José en ese momento se encontraba revisando las notas de su libreta, sentado frente a su ventana, aprovechando el fulgor de la noche despejada. A través de los cristales, que desde fuera espejaban y lo hacían invisible, vio cómo la dueña de la casa los abandonaba. Sin dejar de correr, se despojó de su camión y se internó entre los árboles, envuelta en sombras. Una vez más, la prudencia fue vencida por la curiosidad y salió a hurtadillas tras ella.

Siguió las huellas de sus pies descalzos hasta el mismo borde de la selva. No estaba seguro de querer entrar, durante la noche la selva podía llegar a ser mucho más peligrosa que por el día. Pero allí dentro había una mujer descalza y desnuda que seguramente podría necesitar su ayuda. No había tiempo que perder con temores injustificados. Cogió el camión del suelo, tomó aire profundamente un

par de veces y pensó detenidamente lo que debía hacer. Despejó de su cabeza todas las leyendas e historias que escuchó acerca del Amazonas y siguió el camino que le indicaban las huellas y el rastro dejado por la espesura.

Al principio todo era normal, todo lo normal que puede ser que se adentre una persona en la selva, desnuda y sin motivo, en mitad de la noche. Pero, de pronto, las huellas de unos pequeños pies desnudos que andaba siguiendo desaparecieron y en su lugar aparecieron las marcas de unas pezuñas clavadas en la tierra. Fuera lo que fuese, tenían la misma forma y tamaño que las huellas que dejó la bestia que les atacó en la vieja granja la noche anterior. Se le hizo un nudo en el estómago. Con mucha cautela siguió las huellas sin dejar de observarlo todo a su paso. Delante de él se abría un claro. Ahí sería más fácil buscar, pero también estaría expuesto ante el ataque de cualquier depredador que hubiese seguido su olor.

Sin pensar en ello salió de la protección de los árboles. No era simplemente una zona despejada, había llegado de nuevo sin darse cuenta al mismo poblado donde fueron atacados. Paseó la vista por la derruida granja, repasando cada casa, cada muro en pie, cada rincón. Pero estaba demasiado oscuro y él estaba tan cansado que le resultaba prácticamente imposible utilizar correctamente sus sentidos para ayudar a nadie.

A punto de darse por vencido, cuando ya se disponía a regresar a la seguridad de la cabaña, un sonido extraño cerca del río lo obligó a girarse y quedarse allí más tiempo. Una sombra se movía en el lecho del río. Sí, José bien sabía que los jaguares son excelentes nadadores a los que no les asusta el agua, más bien les gusta y se relajan en ella, y por esa zona había uno de ellos con ganas de venganza. Agarró un palo largo que encontró a sus pies y lo esgrimió por delante de su cuerpo. Avanzaba con paso lento, aunque decidido, hacia la sombra. Era demasiado grande para tratarse de uno de esos felinos. Al acercarse un poco más, pudo ver claramente que no se trataba de eso ni de nada parecido.

Lo primero que vio fueron los enormes cuartos traseros de una yegua, una yegua enorme. Los músculos se le marcaban dejando nerviosos surcos en su pelaje azabache, dejando a la vista el magnífico ejemplar que era. Era de un negro tan intenso como un pedazo de cielo que se hubiera desprendido y caído al suelo para reflejar desde allí abajo todas las estrellas. Pero en el lugar donde debía comenzar el cuello del animal se erguía una espalda humana. Se trataba de la espalda de una mujer, tal y como indicaban sus insinuantes y pronunciadas curvas, así como el perfil de unos senos maduros y firmes. Una larga melena del mismo color que el resto del pelaje de su parte animal le caía en cascada sobre los hombros y bajaba por su espalda hasta la base de la cintura.

Algo en ese extraño ser le resultaba familiar. No sabía cómo actuar. No sabía si

hablarle o silbarle. Bebía agua doblando las patas delanteras para acercarse al agua y poniendo las manos en forma de cuenco. Las llenaba de agua y la sorbía con la delicadeza propia de una mujer. Se dispuso a llamar al ser que tenía delante, pero los nervios lo traicionaron y, en lugar de unas amables y meditadas palabras, le salió un sonido parecido a un gargajo. La criatura, medio animal, medio humana, se giró a una velocidad pasmosa y, cuando sus miradas se cruzaron, ambos se quedaron petrificados.

No cabía duda, era Isabel. Apretó el camisón contra su pecho y lo retorció nervioso.

Lo miraba con lágrimas en los ojos desde su nuevo aspecto con cuerpo de yegua. Cuando la mujer iba a decir sus primeras palabras para dar una explicación de lo que le sucedía, el pequeño y extraño jinete que la montaba la noche anterior apareció corriendo de entre los árboles con su fusta en la mano. Con un ágil salto se subió sobre su lomo y comenzó a azotarla, volcando sobre ella toda su crueldad. Entre gritos y relinchos, montura y jinete desaparecieron en el bosque.

José, superado por la situación, perdió el conocimiento. Cuando se despertó, los primeros rayos de sol clareaban el cielo devolviendo a la realidad un paisaje plagado de historias fantásticas y mitos centenarios. Isabel intentaba darle agua con sus manos, del mismo modo que bebía ella cuando la sorprendió en el río.

Aunque esta vez no salió tan mal parada, tenía nuevas heridas y moretones que le hizo la criatura que la cabalgaba cada vez que se transformaba en esa especie de centauro. Al parecer, cogió su camisón antes de que él recobrar el sentido y estaba vestida. De manera involuntaria, la vista del profesor se posó en el pecho de la mujer. Lo vio durante la noche gracias al reflejo del agua. Hasta ahora no se había percatado de la elegancia y delicadeza que irradiaba ese cuerpo que se escondía bajo la apariencia de una mujer curtida y solitaria que tuvo que trabajar muy duro para salir adelante ella sola. Isabel retiró las manos de sus labios y se apartó con prudencia. No parecía ofendida ni enojada, sino triste y arrepentida. Se ajustó su escasa ropa y se mantuvo con los brazos cruzados por delante.

—Lo siento —se disculpó José, apartando él también la mirada, sonrojado, avergonzado por no poder explicar que fue un acto involuntario—. No pretendía...

—Prométeme que no vas a contar nada de esto a nadie —le rogó la mujer con el corazón en un puño y los ojos llorosos, sin dar importancia a lo que acababa de ocurrir.

—Son estupendas, pero aun así te prometo que no diré nada sobre tus...

—Me refiero a lo que viste anoche —interrumpió la mujer con el rubor abordando su rostro y esa mirada tímida e inocente que lo había cautivando

desde que abrió los ojos.

—Tengo muy buena reputación entre mis amigos. Nadie se creería esta historia, a no ser que lo vieran con sus propios ojos. No quiero que me tomen por loco, ya tenemos suficiente con uno en el grupo.

Se sentía realmente cómodo a su lado. No la conocía, pero sentía que podía ser él mismo en su presencia. Se alegró de que Juan no estuviera allí para escucharlo. Ella se quedó mirándolo muy seriamente.

—Sí —dijo al fin, rompiendo el silencio e iluminando la mañana con una dulce sonrisa—. Seguramente te tomen por un chiflado si lo cuentas.

No cruzaron más palabras entre ellos, tan solo se miraron fijamente a los ojos. Acto seguido, Isabel comenzó a limpiarse las heridas en el río. El profesor quería ayudarla a curarlas pero no se imaginaba cómo reaccionaría si la tocaba después de su atrevimiento anterior. De la misma manera, en silencio, regresaron a la solitaria cabaña. El capitán y el grupo de jóvenes ingleses empezaban a levantarse tras un plácido sueño en un lecho en condiciones.

—¿De dónde venís? —interrogó Juan con reticencia, alzando la voz al cielo, para vengarse por las pullas del día que durmió con Elisabeth—. ¿Qué te ha pasado? —volvió a preguntar muy serio, sin darles tiempo para responder.

Con un movimiento de la cabeza señaló las recientes magulladuras que se percibían en los brazos, los pies y el cuello de Isabel. La mujer pareció petrificarse y buscar una respuesta en el aire. El profesor la miró de reojo

—Hemos tenido un incidente cogiendo leña.

Dijo lo primero que se le pasó por la mente, algo impropio en él, con tal de evitar un silencio incómodo y que surgieran más incógnitas sobre el tema. Ella lo agarró disimuladamente por el brazo y se lo agradeció simplemente con un leve tirón de su manga.

—¿Y la leña? —posó ahora la mirada en sus manos vacías.

—Ya te he dicho que hemos tenido un incidente —respondió con acritud.

Sentía tener que hablarle así a su amigo, pero si seguía avasallándolos a preguntas que eran incapaces de responder terminaría por descubrir la verdad. Detrás de ese hombre desgarrado, desaliñado y extravagante que se estaba fumando uno de sus cigarrillos caseros antes de desayunar, había otro ingenioso y astuto que se dejaba ver cuando era necesario.

—¡Vaya! Parece que a alguien no le sienta bien eso de madrugar —añadió, dando un resoplido de resignación.

Mientras los viajeros recogían su equipaje y comían algo antes de reanudar su camino, Isabel fue a cambiarse de ropa a su habitación, aprovechando que había quedado libre. Cuando se cambió y regresó para despedirse de sus visitantes, se topó con todo el grupo en la puerta de su humilde cabaña, mochilas al hombro y

listos para partir.

—Gracias por tu hospitalidad, pero las vacaciones no duran para siempre y tenemos que seguir disfrutándolas y conociendo este hermoso país —dijo Michael, haciendo de portavoz del resto de sus amigos.

—Lo entiendo —Isabel, comprensiva, forzó una amistosa sonrisa. Pero en el fondo se sentía apenada. Volvía a quedarse sola—. Siento haberos hecho perder el tiempo. Si yo no hubiera estado...

—No digas eso, ha sido un placer estar aquí y poder conocerte. Necesitábamos una comida decente y descansar y tú nos proporcionaste mucho más que eso. De hecho, te has portado demasiado bien con nosotros para ser tan solo unos desconocidos —intervino José, provocando el rubor en las mejillas de su anfitriona y unas risillas pícaras provenientes de sus compañeros. Todos se miraron unos a otros y asintieron conformes con las palabras de su guía—. Y tú deberías echarle un vistazo a tu barco, lo tienes abandonado. —Le recriminó a su amigo, tratando de cambiar de tema.

—¿Tienes un barco? —preguntó Elisabeth con un tono de voz más sensual y acercándose retozona al capitán—. Eso te hace más interesante —acarició sus labios con la punta de los dedos.

—Bueno, eso no está claro. Él lo llama barco y hay quienes lo llamarían chatarra flotante —bromeó el profesor, aliviado por poder cambiar de tema y centrar la atención de una vez en alguien que no fuera él. El capitán lo amenazó con la mirada. Casi podía notar su dureza clavada en su cuello. Su barco y sus inventos era todo lo que tenía y no permitía que nadie se metiera con ellos o los infravalorase, fuera quien fuese.

—Tal vez debería ir a verlo yo misma y decidir cómo llamarlo. —La joven, cuyo cabello ondeaba tras ella como un manto dorado, puso el rostro enfadado del marinero entre sus manos, lo obligó a apartar la vista de su amigo y le besó en los labios con dulzura.

—Es la mejor idea que he escuchado en mucho tiempo —accedió emocionado, pero mirando con severidad a Paul y al profesor, como recriminándoles que hubiesen acabado allí y haber retrasado esa situación, esa especie de cita.

—¡Ejem! —carraspeó Julia que había sido una simple espectadora durante toda la conversación—. ¿Qué tal si empezamos por irnos y dejáis para más tarde vuestra... tontería? —Separó a la pareja de ese beso que empezaba a parecer interminable—. No es nada personal, pero no podemos perder más tiempo.

Lanzó una mirada de súplica a Isabel. Ella, esta vez, le devolvió la mejor y más cariñosa de sus sonrisas, a ella y a todos los presentes. Y lo hizo de corazón. Con su equipaje ya cargado a la espalda, y tras despedirse, uno a uno, de la mujer que

los acogió en su casa cuando estaban perdidos, emprendieron de nuevo su camino hacia la ciudad.

—Si seguís ese camino, deberíais llegar a Cartagena de Indias antes del anochecer —les indicó señalando el lugar exacto por el que debían ir desde la lejanía. Un camino estrecho y oculto entre los hierbajos.

Todos se alejaron despidiéndose con la mano en alto, pero el profesor clavó su mirada en los ojos de la mujer. La mantuvo ahí hasta que se hizo incómodo y ridículo seguir teniendo la cabeza girada. La cabaña ya no era más que un punto negro a lo lejos que menguaba a cada paso hasta ser más pequeño que las hojas que los rodeaban.

Los efectos de la larga caminata comenzaban a aparecer. Sus piernas perdían fuerza, los hombros les dolían por el continuo roce de sus mochilas y sus estómagos rugían implorando algo de comida. No comían nada desde que picaron algo antes de dejar la casa de Isabel. La torre del puerto empezaba a asomar por el horizonte casualmente a la hora de cenar.

Llegó el momento de las despedidas y fue menos emotivo de lo que cualquiera hubiese esperado. Puede que estuvieran demasiado cansados para ser más afectuosos o puede que hubiera sido una falsa amistad provocada por el miedo y la desesperación, al igual que el supuesto amor de Elisabeth y el capitán. Quizás la joven encontrara a un hombre capaz de cuidarla y protegerla en las circunstancias en las que se encontraban y se aferrase a él como método de supervivencia. O, quizás, sí se llegó a enamorar de verdad. Cuando no estaba borracho, Juan resultaba ser un magnífico compañero de aventuras y un hombre capaz casi de cualquier cosa.

Después de una escueta y seca despedida grupal entre los seis miembros de una expedición que seguramente nunca volviera a juntarse, cada uno siguió caminos diferentes. Los jóvenes ingleses se marcharon a donde fuera que se hospedaran. El marinero se dirigió hacia el muelle, a su barco, que era a la vez su transporte y su hogar. Y José regresó de nuevo a la humilde y cómoda pensión «El Pescador». El propietario todavía tenía libre la habitación en la que se alojó anteriormente y decidió instalarse de nuevo en ella. Era cómoda, aireada por las mañanas y cálida por las noches. Y lo más importante: era de las últimas del pasillo y gozaba de intimidad.

CAPÍTULO 17

Durmió hasta media tarde, aún tenía horas de sueño atrasadas y hubiera seguido durmiendo de no ser por los rugidos y las violentas contracciones de su estómago, que le recordaban la cantidad de horas que llevaba dormitando. Tras un rato haciéndose el remolón en la cama, pudo levantarse y hacer frente a un nuevo día. Por fin, no tenía que estar pendiente de nadie, no tenía que velar por la seguridad de nadie ni preocuparse por ninguna otra persona que no fuera él mismo. Regocijándose en la tranquilidad de la soledad se fue a comer a última hora, la cocina estaba a punto de cerrar.

Desde que llegó a aquel país no había comido otra cosa que no fuera básicamente pescado y carne asada. Esta vez pidió un guiso que aún quedaba en una de las ollas del cocinero. Ya era hora de comer de verdad, de cambiar de sabores, de dejar que le sirvieran y no comer algo que hubiera tenido que matar, trocear, encontrarse o recogido de los árboles. A penas tuvo ocasión de gastar su dinero y ese día se sentía con hambre. El caldo estaba caliente, la carne tierna y las verduras al dente. Todo ello especiado de un modo tan equilibrado que se notaba el sabor de los diferentes ingredientes en cada cucharada. Repitió un par de veces del puchero casero que cocinaban en la posada, ese que le incitó a entrar la primera vez que pasó por la puerta, acompañado de abundante pan tostado y un excelente vino tinto.

Fue caminando hasta el embarcadero para hacer una visita a su amigo, escogió el camino largo para recordar el paisaje que creía haber olvidado, pero en su barco no había nadie y el equipaje estaba desperdigado por todo su camarote. Bajó a la playa y caminó por la orilla, mojándose los pies con las olas que morían en la arena. La espuma de las olas al romper le hacía cosquillas en los pies.

Ahí abajo solía haber un considerable trasiego de personas, pero ese día en concreto el ambiente estaba tranquilo. La gente se sentaba en los taburetes mientras charlaban tranquilamente, apoyados en la barra de las pequeñas casetas apostadas por la playa. El fuego de las primeras antorchas en encenderse se propagó al océano y el llameante reflejo anunciaba la retirada del sol. Sentado en la misma roca donde conocieron a los cuatro jóvenes ingleses, encontró a Juan. Se le veía cabizbajo y llevaba un vaso de cristal en las manos, prácticamente lleno con algún mejunje típico de él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó en voz alta desde cierta distancia, anunciando su llegada.

—La echo de menos.

Lo miró fijamente y el profesor reparó en que su mirada no era la misma de

siempre. Solía ser una mirada despistada, pero llena de juicio y vigor. En ese momento estaba vacía, un reflejo de su alma desamparada y su corazón hecho trizas. Había algo roto dentro de él, algo desmontado, una pieza que había perdido y ahora no le permitía funcionar con normalidad. Había dejado de ser él.

—¿A quién? ¿De qué estás hablando? —Parecía confuso. No estaba seguro de si se enfrentaba a otro soliloquio fruto del alcohol o que de verdad estaba volcando sus sentimientos.

—A Elisabeth —confesó mirándose las manos, la última parte de su cuerpo que tocó la piel de la joven, como si aún pudiera notar su tacto en ellas, su calidez, su suavidad.

—¿A qué viene esto? Apenas la conoces desde hace unos pocos días.

—Siempre he intentado aparentar ser un tipo duro, alguien autosuficiente al que no le hacía falta nadie. Pero ella ha trastocado mi mundo. Ella me dio una oportunidad que ni siquiera yo mismo me di. Me ha hecho sentirme útil, sentirme importante para alguien. Y me hubiera gustado, al menos, despedirme de ella en condiciones. Invitarle a cenar, salir a bailar, conversar sin la necesidad de estar vigilando nuestras espaldas en todo momento antes de no volver a verla nunca más. —A José le pareció ver que los ojos de su amigo se humedecían más de lo normal, pero antes de derramar una lágrima se escondió tras su vaso, dando un sonoro trago.

—Ese barco hundido lleva ahí mucho tiempo. Creo que lo seguirá estando dentro de unos pocos días más. —El marinero volvió a mirarlo y sus ojos ya no estaban llenos de aflicción, aunque aún podía entreverse ese hueco que le oprimía el pecho—. No volveremos a embarcar hasta que hayas tenido tu despedida especial.

—Gracias... —Juan hizo una pausa, aunque trató de disimularlo, para controlar su emoción a punto de aflorar— ...amigo.

El profesor le puso una mano firme sobre el hombro y regresó a su pensión, dejándolo con la única compañía y consuelo de sus pensamientos.

Al día siguiente, después de desayunar, se dirigió de nuevo al embarcadero. Le preocupaba cómo podría haber acabado su amigo tras su repentina depresión.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó a voz en grito, haciendo un megáfono de sus manos, cuando llegó frente al barco.

Infinidad de trastos inútiles que, por lo visto, el capitán estuvo acumulando durante años, tras infinidad de viajes, se esparcían por toda la cubierta. Algunos cayeron al agua y otros al muelle, entorpeciendo el paso a cualquiera que pasara por allí.

—Limpiar —respondió el marinero sin dejar de frotar la barandilla con énfasis. Por la facilidad con la que se movía parecía que se iba a salir del sitio—.

Le debo una visita a mi barco a Elisabeth y quiero que esté impecable cuando llegue.

—Pues vas a necesitar más tiempo del que creíamos —musitó inconscientemente, agradeciendo que el capitán, absorto en sus labores, no lo oyera—. Ya que vas a estar unos días ocupado, voy a encargarme de unos asuntos. Te veré dentro de una semana.

—Sí, sí, muy bien —dijo levantando el pulgar en señal de aprobación mientras limpiaba.

El profesor se quedó esperando a que le pidiera una explicación, un motivo por tener que ausentarse por unos asuntos que no eran los acordados. Pero Juan no lo miró, estaba convencido de que ni siquiera lo había escuchado. Se quedó de pie en el muelle frente al barco, esperando que el capitán bajara a despedirse. Pero estaba tan concentrado ordenando, clasificando, tirando y limpiando que parecía que ya se había olvidado de que estaba ahí.

No se lo tuvo en cuenta, se merecía que le pasara algo bueno. Sonrió para sí mismo y abandonó el puerto. Regresó a la pensión y subió a su habitación. El murmullo de los primeros comensales silenció el crujido de los tablones sueltos del piso de arriba. Cogió su mochila de viaje, introdujo en ella el equipaje básico necesario para una escapada tranquila y cerró la habitación dejando en ella el resto de sus pertenencias. Todas excepto el colgante que aún no se había quitado desde que lo encontró y el pequeño trozo de papel por el que empezó su aventura, ya parecía una hoja más de su cuaderno. Antes de irse fue en busca del propietario del establecimiento.

—Entre lo poco que estás aquí y que casi siempre madrugas tanto o más que yo, en lugar de cobrarte por una habitación, voy a tener que hacerte precio de trastero —bromeó el agradable dueño de la pensión. El profesor le dio una cantidad de dinero a cuenta al propietario de la pensión, a cambio de que le guardara la habitación con sus cosas dentro. Le aseguró que en una semana estaría de vuelta.

Era un hombre corpulento, normalmente serio porque se pasaba todo el tiempo ocupado en las numerosas labores que requería su negocio. Su tamaño y sus toscas facciones se contrariaban con su carácter agradable y risueño. Era el cocinero, pero en cuanto encontraba un segundo de tiempo libre se ponía a limpiar las mesas, el mostrador o a recoger la cocina, entre otras cosas. Era un trabajador incansable y mantenía su local impoluto. Lo encontró en la cocina preparando el turno de comida y el calor de los fogones coloreaba sus rechonchas mejillas, dándole un aspecto casi entrañable.

—¿Estás disfrutando de tus vacaciones en Colombia?

—Sí, la verdad es que estoy encontrando bastantes cosas con las que pasar el

tiempo, aún no me ha dado tiempo de aburrirme. —Un breve resumen de su estancia allí hasta el momento. No pretendía revelar nada de todo lo que había visto, y se despidió en cuanto tuvo la ocasión.

Cuando salió de la urbe, se giró sobre sí mismo y miró con nostalgia la ciudad que acababa de abandonar. A pesar de llevar allí ya una cantidad de tiempo considerable, aún no había podido disfrutarla. Sus planes daban giros imprevisibles con la misma facilidad con la que llegaban las lluvias pasado el verano. Estaba inmerso en un cuento de fantasía en el que él mismo improvisaba el desarrollo sobre la marcha. Quería que su última visión de la ciudad fuera una imagen perfecta. Una vez grabada esa imagen en la memoria, la plasmó en su libreta lo más rápidamente que pudo, le dio la espalda y continuó caminando.

CAPÍTULO 18

A lo lejos ya podía divisar la humilde y acogedora cabaña que conoció tres días atrás. Ese día estaba la chimenea encendida y una fina columna de humo blanco se escapaba por ella, difuminándose al primer contacto con el aire. Era el último día de luna llena, ese ciclo se estaba alargando más de la cuenta. Llegó a la casa en cuanto anocheció, puede que ya fuera tarde. Efectivamente, Isabel ya no se encontraba allí. La puerta estaba abierta y en el interior estaba todo revuelto, como si hubiesen entrado a robar, pero él sabía que no fue así.

La leña se había consumido en la chimenea, dejando tan solo unas brasas que se esforzaban por seguir vivas. La mesa, sillones y sillas volcadas. Las puertas de los muebles descolgadas y las estanterías sacadas de sus soportes. Algunas ascuas cayeron sobre unos libros que fueron a parar al suelo y los calcinaron lentamente, dejándolos inservibles. Inspeccionó su alrededor y descubrió las huellas de los cascos de un caballo en las paredes y en los muebles. En el sofá, en la alfombra y saliendo por la puerta.

Recogió todo lo mejor que supo y se sentó en el porche, en una pequeña silla de madera, a esperar a que la mujer regresara. Se armó con un atizador de latón pulido del que no se separó. Finalmente, el cansancio pudo con él y fue vencido por el sueño.

Algo se arrastraba por delante de él. Se despertó sobresaltado de un salto y se situó detrás de la silla, utilizándola como barrera protectora. Isabel estaba enfrente de él, a duras penas se sostenía en pie. Volvía a llevar el camisón hecho jirones, por lo menos, esta vez lo llevaba puesto. Se detuvo cuando descubrió a su inesperado visitante, tuvo un acto reflejo en forma de sonrisa y se desplomó inconsciente en mitad del camino.

Cuando despertó se encontró a José sentado en los pies de su cama. En las manos llevaba una bandeja con el desayuno preparado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó sorprendida y todavía algo aturdida.

—Necesito una explicación, tengo que saber la verdad, estoy seguro de haber visto lo que vi y necesito entenderlo. —Parecía más una súplica que una explicación—. No he podido hablarlo con nadie y me está carcomiendo por dentro.

—Agradezco de veras tu silencio y tu preocupación —dijo ella incorporándose sobre el cabezal de la cama. Acto seguido, le dio un bocado a una tostada con mermelada de moras.

—¿Cómo es posible? Tú... —El profesor no sabía cómo formular la pregunta—. ¿Cómo te... conviertes en... centauro? —Isabel sonrió con afecto.

—Es una larga historia. —José se sirvió otra tostada con mermelada para él y aguardó la historia expectante. Ella volvió a morder su rebanada de pan, haciendo tiempo para ordenar las palabras adecuadas con las que contar de la mejor manera una época crucial en su vida—. Cuando era muy joven conocí a un joven pescador. Pasaba varios días fuera de casa persiguiendo los enormes bancos de peces y jugándose la vida cada vez que salía a alta mar. Pero cada vez que regresaba a la ciudad, venía a visitarme y me trataba como a una princesa. Era atento, cortés, amable. Al final, acabé enamorándome inevitablemente de él y nos fuimos a vivir juntos. Al poco tiempo de casarnos, un día en el que el cielo amenazaba con descargar una brutal tormenta, tuvo que salir a faenar. Yo le insistí en que lo aplazara hasta que mejorara el tiempo, aunque fuera solo por un día, pero por caprichos del destino la pesca era tan abundante como no se recordaba en años y los miembros de su cuadrilla lo convencieron para zarpar. Me prometió que con el dinero que ganara en esa salida formaríamos una familia. Pero lo que el destino te da el destino te lo quita, y el destino no quiso que mi marido regresara. Finalmente, tal y como yo predije, se desató una violenta tormenta y tan solo logró regresar un miembro de la tripulación. Lo encontraron en la costa dos días después del accidente, flotando sobre un fino listón de madera que se debió de desprender del barco. Estaba herido y presentaba serios síntomas de deshidratación e inanición. —Las lágrimas se amontonaban en los ojos de Isabel y surcaban sus mejillas a pesar de su esfuerzo por contenerlas. Parecía sorprendida por resucitar una historia que se había esforzado durante mucho tiempo en olvidar y que creyó haberlo conseguido—. El cuerpo de mi esposo nunca apreció, así que nunca le guardé luto, sujeta a mi último resquicio de esperanza de que si no hay cuerpo no hay cadáver. Lo que sí que hice fue esperarlo, serle fiel a él y al juramento de nuestro compromiso o, por lo menos, eso hice durante mucho tiempo.

—¿Y? ¿Qué pasó? —apremió el profesor, que prestaba oídos a la historia fascinado como un niño que escucha un cuento por primera vez.

—Pasaron cuatro años y, a pesar de haber superado la pérdida, intentaba alejarme de todos los hombres por miedo a volver a sufrir tanto como lo hice. Pero un día apareció un turista, un hombre que, como tú, vino de visita a pasar un tiempo. El hombre se interesó por mí, intentaba flirtear conmigo, conquistarme y, a pesar de mis rechazos y mi carácter desagradable, nunca dejó de intentarlo. Siempre tenía una sonrisa o un cumplido listos para regalarme. Finalmente, caí presa de su encanto y accedí a cenar con él. Fue una velada perfecta, se comportó como un auténtico caballero, me acompañó hasta la que entonces era mi casa y, al despedirnos, nuestros labios se juntaron involuntariamente, fruto de la perfecta velada que pasamos juntos. El beso

apareció con la misma espontaneidad con la que transcurrió la noche entera, el broche de oro a la noche perfecta. Y ese fue el momento en el que todo cambió. —Paró de hablar para sonarse la nariz y secarse los ojos, haciendo una pausa para serenarse.

—¿Qué tiene que ver eso con que te... conviertas por las noches?

—Hay una leyenda muy antigua, una maldición, si prefieres llamarlo así, que castiga a aquellas mujeres que han tenido relaciones impuras. Yo lo intenté, te prometo que lo intenté. Tan solo besé a un hombre que empezaba a mostrarme de nuevo lo que era el amor después de tanto tiempo. Pero eso fue suficiente para desencadenar la maldición y que cayera sobre mí con todo su peso.

—Pero si tu marido estaba... desapareció, no se trataba de una relación impura —añadió José, tratando de hallar una explicación de algo inexplicable. Él la creía, sabía que Isabel no estaba mintiendo, esas lágrimas no se podían fingir. Pero era difícil pensar cómo, viviendo tan cerca de la ciudad, sus cambios nocturnos en cada luna llena habían pasado inadvertidos durante todo ese tiempo.

—No hubo divorcio ni hubo cadáver, por tanto, con respecto a la maldición, yo seguía casada. Esa es mi conclusión —comentó, ahora un poco más tranquila. A renglón seguido, continuó con su historia—: Cada noche de luna llena, las mujeres que hemos mantenido esas relaciones impuras que cuenta la leyenda nos convertimos en *runamula*, una especie de centauro, si prefieres llamarlo así. Un duende del bosque surge cada una de esas noches para castigarnos y azotarnos por nuestras infidelidades, haciendo que, alertados por los gritos y el restallido del látigo, los vecinos sepan que esa persona es indigna. —Un gesto de furia se reflejó en su rostro al recordar a su maltratador.

—¿Y por qué estás aquí sola? ¿No sería mejor buscar ayuda en la ciudad que aislarse en medio de la nada?

—Cada mañana, cuando dejo la forma de *runamula* y vuelvo a mi aspecto normal, no recuerdo nada de lo sucedido durante la noche, tan solo conservo estas heridas como alusión a lo ocurrido. Al principio la gente se apartaba de mí, evitaba hablar más de lo justo y necesario conmigo. Más tarde, se empezaban a parar a mi paso cuando iba por la calle, cuchicheaban entre ellos y me señalaban con el dedo. Finalmente, la gente me cerró la puerta de sus casas y sus negocios. Empecé a encontrarme sola en un lugar lleno de personas a las que no les gustaba mi presencia, más bien, les resultaba repulsiva y molesta. La gente dejó de esconderse para hablar de mí y empezaron a hacerlo a viva voz, sin importarles si podía oírles o podían ofenderme sus comentarios. Incluso los niños, desprovistos de vergüenza, se agrupaban delante de mí y, cuando me acercaba a ellos, salían corriendo y gritando: «¡la *runamula*, que viene la *runamula*!».

Entonces entendí lo que me pasaba. Fue un beso, solamente un beso, pero a todos los efectos yo aún estaba casada, y ahora tengo que sufrir las consecuencias. Cansada de las burlas, de que se rieran de mí, de que me humillaran y me ignorasen, decidí venirme a vivir aquí.

—¿Y por qué aquí en concreto, por qué este lugar? Cerca de aquí está el río y puede ser un foco de depredadores. Has tenido suerte de seguir manteniendo tus vacas con vida.

El profesor estaba completamente conmovido. En sus ojos también se agolpaban algunas lágrimas. La historia lo tenía cautivado, no apartaba la vista de los ojos de Isabel. En ellos veía todo su sufrimiento, incluso notaba parte de su dolor, pero lo que lo tenía embelesado era el fuego que atisbó en el fondo de ellos. Un esperanzador brillo en un océano de tinieblas, el destello de sus ganas de vivir, pese a todo, y de rabia contenida.

—Esta casa iba a ser un regalo de mi marido para cuando formáramos nuestra familia. La promesa que el mar no le permitió cumplir. Lo descubrí en una carta que encontré al recoger sus cosas de mi casa, cuando ya di por hecho que no regresaría, pero nunca la llegó a terminar. Me vine aquí, terminé el trabajo lo mejor que pude y hasta hoy he estado viviendo sola, excepto un par de noches al mes, cuando la luna se muestra en su plenitud y Billy viene a visitarme. — Extrañamente esto último lo dijo dibujando una ligera sonrisa.

—¿Billy?

—Es el encargado de hacer cumplir la maldición.

—¿El duende se llama Billy? —preguntó él extrañado.

—Así es como yo lo llamo. No sé su verdadero nombre, pero pensar en él con un nombre humano hace que me siga sintiendo parte de este mundo, por lo menos, hasta que me convierto en la criatura que viste —aclaró ella con resignación.

—Seamos realistas, tu marido murió en alta mar, tú le esperaste durante mucho tiempo, le fuiste fiel y lloraste su desaparición mucho más tiempo del que lo hubiese hecho nadie. Y, ahora, por un simple beso llevas seis años maldita. — El profesor estaba serio, pensativo. Casi se diría que era él el afectado—. Yo creo que tu deuda con esa maldición está más que saldada, incluso si yo fuera tu marido entendería lo que hiciste. Cualquiera puede entender que no se puede llorar a una persona durante el resto de tu vida y quedarte sola para siempre. Desgraciadamente solo tenemos una vida y todos tenemos derecho a rehacerla, y más aún cuando tú no elegiste estar sola, lo eligió el océano. Mirándolo bien, el Amazonas está en deuda contigo por hacerte acarrear esa maldición injustamente durante tanto tiempo.

Hablaba con el corazón, desnudando sus sentimientos, no intentaba regalarle

los oídos para no incomodarla mientras estuviera en su casa. Por una parte se compadecía de ella. Pero había otra parte de él, una pieza pequeña, pero que le oprimía con fuerza el pecho, que no podía controlar, necesitaba ayudarla. No solamente por encontrar el secreto, la verdad, que escondía esa maldición legendaria, sino porque quería que ella estuviese a salvo. No podía permitir que ningún ser la siguiera maltratando.

—Te voy a ayudar a librarte de esa maldición —prometió.

Se puso en pie movido por la emoción de una nueva aventura, perfectamente consciente de la dificultad de su propósito. El gesto divirtió a Isabel y sonrió provocando una nueva punzada en esa parte en el fondo de su ser.

—¿Y cómo lo piensas hacer, si puedo saberlo? —preguntó ella, cruzándose de brazos y arqueando una ceja. Estaba convencida de que lo que pretendía ese hombre era imposible, aun así le dio la oportunidad de explicarse.

—Vamos a capturar a ese duende y obligarlo a decirnos cómo librarte de la maldición. Un tunche maligno me hizo cambiar mis planes y ahora trato de mantenerme ocupado con otras cosas hasta que eso pase. Quizás el desvío que tomé en mi camino sea el que me ha traído hasta aquí. —Parecía convencido de sus palabras. Si Juan pudo crear el observatorio marino, él tenía que ser capaz de capturar a una criatura del tamaño de un niño.

—¿Un tunche maligno? —preguntó Isabel de sopetón, cambiando el rumbo de la conversación, aparentemente escandalizada—. ¿Qué se supone que estabas haciendo?

—Nada en especial, buscar unas cosas en alta mar. Pero esa cosa fastidió mis planes. —No quería mentirle, una vez cumplida su promesa, le contaría la verdad. Su tono de resignación dejó ver que eso que aplazó era más importante de lo que hacía creer, pero ella no dijo nada al respecto, al fin y al cabo, era él quién iba a ayudarla.

—Por favor, no insultes al tunche, puede ser peor para ti —le aconsejó con gesto de preocupación—. Puede que no te haya fastidiado como tú dices. Es cierto que cuentan que el tunche maligno se reconoce por llevar el mal a aquellos que escuchan su canto, su silbido, pero también es capaz de predecirlo. Puede que te haya alejado de algo malo, peor que cualquier cosa que te haya ocurrido hasta ahora. Quizás aquello que estabas haciendo, tarde o temprano, se volviera en tu contra y fuera peligroso para ti. Por eso te ha hecho cambiar de planes. Si algo he aprendido en esta vida es a no ser pesimista, la vida ya nos pone demasiadas trabas como para ponernos barreras nosotros mismos. Si eres optimista podrás conseguir lo que quieras. Yo misma me planteé abandonar este mundo en más de una ocasión, pero he sabido convivir con mi problema. También ayuda no recordar nada después de cada transformación. —Isabel

terminó bromeando, relajando los ánimos y quitándole parte de gravedad al asunto.

—Pues entonces encarguémonos de esa maldición de una vez —animó el profesor con energía y fuerzas renovadas.

—Tendrás que esperar un poco más. —Ella se reía desde la cama. Todavía no se había terminado su desayuno—. Mi cambio de aspecto lo provoca la luna llena. El duende es atraído por la transformación y me inflige el castigo que dicta la ley de la selva. Su misión es hacerla cumplir. Además, esta noche la luna ya está en cuarto menguante, tendremos que esperar un mes hasta la siguiente luna llena.

José accedió gustoso. Se vivía tranquilo en esa zona de la selva, a pesar de los peligros acechantes. Y, por si fuera poco, Isabel era una cocinera encomiable. Una vez más, el profesor fue presa de ese algo inexplicable y recóndito que tenía ella, al que no le podía negar nada. No podía refutar su invitación de compañía, no a una persona que había pasado por semejante calvario ella sola. Una chica de ciudad en un terreno traicionero y salvaje, pero que logró someterlo y formar parte de él.

Hicieron buenas migas desde el primer momento y pasaban largas horas hablando distraídamente sobre temas mundanos con los que se topaban cada día. José le contaba cosas sobre España, ella le narraba anécdotas que le habían ocurrido en todo ese tiempo viviendo sola y también viejas historias acerca de esas mismas tierras en las que se encontraban.

—Mi historia favorita... —contaba, divertida, Isabel—, cuando terminé de construir la casa, admito que mi marizo hizo previamente casi todo el trabajo difícil, me dediqué a hacer el huerto de detrás. No tenía ni idea de cómo empezar, pero iba a tratarse de mi principal fuente de alimentos e intenté poner todo mi empeño en ello. Me costó casi una semana, pero tras derramar mucho sudor, tras quitarme horas de sueño y llevarme algún que otro susto con la azada, por fin, conseguí tener mi propio huerto. Cuando las semillas empezaron a brotar, me dediqué en cuerpo y alma a mis nuevas plantas. Tampoco tenía nada mejor que hacer. Pero entonces el huerto fue invadido por unos pequeños insectos voladores que se introducían en la tierra y se alimentaban de las raíces de los frutos, hasta que finalmente los vegetales morían. Al principio pude mantenerlos a raya, por un tiempo, pero se convirtió en una plaga y una nube de esa especie de mosquitos revoloteaba constantemente sobre la que debía ser mi comida y no la suya. Más tarde, esa plaga de insectos atrajo a numerosos pájaros, por entonces aún no tenía el espantapájaros, pero había tantos que no creo que hubiera producido ningún efecto sobre ellos. Los pájaros, insaciables, tomaron el huerto como su hogar, posándose y destrozando la valla nueva que puse alrededor. Estos nuevos y molestos visitantes, a los que la comida les brotaba del suelo,

atrajeron a su vez a pequeños depredadores. Los zorros saltaban por los aires haciendo piruetas, corrían emocionados y jugaban con sus presas en la boca. Los cabeza de mate más aventureros se conformaban con los restos de las frutas, verduras y aves muertas que había esparcidas por el suelo. Hubo un día, incluso, que se acercó un margay, una especie de jaguar en miniatura muy difícil de encontrar, atraído por la facilidad con la que podía conseguir comida. Finalmente los insectos se quedaron sin su sustento. Pero se negaron a marcharse y continuaron allí tratando de sacar algo de esa tierra ahora estéril y podrida. Fue un festín para las aves, que aumentaban en cantidad a cada día. Cuando los pájaros se marcharon, tras acabar con todos los mosquitos, se llevaron con ellos a los depredadores. El resultado fue una especie de recreación de una pequeña guerra entre animales, en la que el escenario quedó completamente destruido. Como pasaron varios días aquí, el huerto fue su comedor, su dormitorio y su baño. Las heces de los pájaros cubrían todo el huerto y la valla con un color grisáceo. Las plumas sueltas volaban libremente por doquier a la mínima brisa de aire. Y los primeros restos de cadáveres empezaban a descomponerse y el hedor que desprendían hacía imposible permanecer cerca mucho rato. Me costó mucho tiempo volver a dejar el huerto en condiciones.

Isabel miraba con rabia cómo José se reía abiertamente. Tenía estertores, se sujetaba el estómago y se le escapaban lágrimas de regocijo. No podía mantenerse derecho. Se reía tanto que le flaquearon las piernas y tuvo que volver a sentarse a los pies de la cama para no caerse al suelo.

CAPÍTULO 19

Los días pasaban con normalidad, las mañanas eran calurosas y húmedas y las noches frescas e inquietantes. De no ser por que la había visto con sus propios ojos, la actitud de Isabel no daba muestras de la carga con la que acarreaba. Las conversaciones entre los dos cada vez eran más amenas y se daban con mayor naturalidad. Al principio parecían interrogatorios, una batería de preguntas lanzadas a discreción con la intención de que la otra persona respondiera automáticamente. Pero más tarde fueron conversaciones fluidas y distendidas en las que aprovechaban para conocerse mejor, interrumpidas tan solo por alguna risotada esporádica.

Las inclemencias del tiempo tampoco pasaban desapercibidas y el profesor, haciendo alarde de su hombría e ingenio, hizo algunos arreglos en la vivienda. Cambió algunos tablonces de madera en mal estado del revestimiento de la cabaña y sustituyó algunas tejas sueltas del tejado. Incluso fabricó un pequeño camino hecho con piedras planas que conducía hasta la puerta de la cabaña. Las había de varios colores. Unas oscuras, lisas y frágiles, como la pizarra, y otras rojizas, ásperas y afiladas. Encontró unas piedras que parecían recubiertas de musgo, sin estarlo, y otras del mismo color del suelo, que parecían invisibles. A decir verdad, cualquiera que lo viera desde otra perspectiva podría jurar que se trataba de un matrimonio feliz. Cada uno tenía claras sus funciones y se compenetraban a la perfección el uno con el otro.

Tan a gusto se encontraba el profesor en aquel lugar, y en compañía de aquella mujer, que la semana se le pasó sin darse cuenta. Si no aparecía por la posada, el propietario dejaría disponible de nuevo su habitación y perdería las pocas cosas que dejó en ella.

También tenía que hacerle una visita a Juan. La última vez que lo vio no se encontraba en su mejor momento y le prometió estar de vuelta en una semana. Cuando no pensaba en Elisabeth, no sabía por qué, parecía ansioso por retomar la búsqueda del misterioso barco que investigaba José. Lo habían tenido que aplazar hasta que ayudara a Isabel a acabar con la maldición y descubrieran el motivo de los vaticinios del tunche maligno. Tenían entre ellos un contrato verbal, tan válido como uno escrito, que ninguno de los dos quería romper. No sabían cuándo, pero retomarían la búsqueda de esa leyenda y lo harían juntos.

El profesor ya tenía su mochila de viaje preparada y sujeta a la espalda, pero en el momento de salir por la puerta se encontró a Isabel mirándolo fijamente. Parecía afligida, tenía el rostro ensombrecido y por un momento aparentó ser mucho mayor de lo que en realidad era. Sus emociones bailaban entre la culpa y

el arrepentimiento. Aún no se había cambiado de ropa, por lo visto, no tenía intención de acompañarlo.

—Necesitarás ponerte algo más cómodo si vas a venir a la ciudad —la intentaba animar.

Pero no surtió efecto, su pétrea figura no se movió ni un ápice. Se acercó a ella, la rodeó con sus brazos y le frotó los hombros como quien frota a un cachorro que nace sin vida, pero logra hacerle respirar tras un rato de insistencia.

—No me puedo imaginar lo que debes de sentir tratando de volver allí, pero seguro que ya nadie se acuerda. Ha pasado mucho tiempo desde que te fuiste.

Isabel no hacía más que negarse usando una y otra vez la misma frase: «no importa, estaré bien». El profesor tuvo que hacer acopio de toda su imaginación y poder de persuasión para convencerla de que lo acompañase a la ciudad. Pero esta solo aceptó cuando él le prometió que no permitiría que nadie se riera de ella. No estaba segura de volver, tenía miedo de hacerlo y muchos recuerdos olvidados revoloteaban repentinamente en su cabeza. Pero confiaba en ese hombre. Ese forastero apareció un día de repente en su casa, se metió en su vida y le hizo cambiar el horror y la soledad de los diez últimos años por sonrisas, felicidad y esperanza. Y todo eso solo con palabras. Si de verdad fuese capaz de hacer todo lo que prometía, estaría en deuda con él el resto de su vida.

Finalmente, los dos juntos emprendieron el camino hacia Cartagena de Indias.

—Cómo ha cambiado todo —masculló Isabel, fascinada, observando toda la ciudad como si fuera la primera vez que la veía—. Es mucho más grande de lo que recordaba.

—¿Lo ves? Apenas recuerdas la ciudad, seguro que la ciudad tampoco se acuerda de ti. —El profesor la intentó serenar al notar su inquietud cuando vio sus ojos vidriosos.

Al principio todo iba sobre ruedas. Ella señalaba edificios donde antiguamente tan solo había una explanada polvorienta. Señalaba huecos vacíos entre los edificios donde antes simplemente había algo construido y ahora no. Pero contradiciendo las palabras de ánimo de José, cuando empezaron a internarse en la ciudad, comenzaron a escucharse los primeros rumores. «¿Es ella? ¡Vuelve la *runamula*! No os acerquéis a ella u os contagiará la maldición. Es la medio mujer...». Todo tipo de comentarios se oían a su paso. Como en los viejos tiempos, la gente se apartaba de su camino, escondían a los niños o evitaban el contacto directo con ella.

Ya estaba a punto de perder la paciencia y volver sobre sus pasos. De pronto, José, mirando con inquina a todos a los que veía decir algo sobre la *runamula*, la cogió de la mano entrelazando sus dedos. El pulso de la mujer se aceleró. Ese gesto lo sentenciaría ante a los vecinos y le cerraría muchas puertas, ambos lo

sabían. Y lo hizo por ella, por alguien a quien apenas conocía. Jamás había conocido a un hombre con un aplomo y una determinación semejantes. Avanzaban a un paso ligero, pero sin correr. Trataban de aparentar la mayor normalidad posible y, por lo visto, funcionaba. Isabel sonrió levemente, aliviada, al observar que aunque los comentarios de la gente no habían cesado eran mucho menos numerosos.

Siguieron avanzando con paso firme y decidido sin detenerse en ningún sitio ni ante ninguna de las provocaciones de los ciudadanos. De camino al embarcadero, pasaron por un tramo de la ciudad que estaba desierto en ese momento, pero aun así no soltaron sus manos. Ella se sentía segura y protegida y él se sentía como el protector que ella necesitaba. Fuera por el motivo que fuese, ambos estaban a gusto agarrados de la mano y así siguieron el resto del camino.

Tras un incómodo paseo lleno de tensión, por fin, llegaron ante el barco de Juan. Estaba en el mismo lugar en el que José lo recordaba y en la misma posición, pero parecía otro completamente distinto. Estaba limpio a conciencia y el casco recién lijado y pintado de un color lila que no tenía nada que ver con la hombría del capitán. Pero, por lo menos, ya no se notaban los remiendos multicolores ni la pálida y triste madera que empezaba a astillarse. Aun así, debajo de todo el maquillaje y el lavado de cara, seguía siendo el barco del Juan que conocía. La retahíla de salvavidas alrededor del barco seguía intacta, en su sitio. A la endeble barandilla de dudosa seguridad de las cubiertas le quitó el exceso de mugre que la recubría. Aún se podían ver las marcas de algún resto, después de tanto tiempo. Y, cómo no, el antiestético y poco fiable anillo de hierro que unía la botavara al mástil continuaba estando ahí.

—Ya decía yo que no podía haber cambiado tanto —comentó el profesor sonriente, indicando a Isabel cuál era el barco con un ademán de la cabeza.

Ahí estaba el capitán, en la cubierta de su barco con su recortado sombrero de copa para protegerle del sol y practicando su peculiar afición de disparar con la escopeta a los pájaros que revoloteaban cerca, mientras se fumaba uno de sus cigarrillos.

—¡Ah del barco! —gritó desde las pasarelas inferiores del embarcadero, imitando un saludo pirata.

El capitán se giró rápidamente apuntando con el arma al emisor del grito. Se había afeitado la barba. La zona donde antes hubo pelo era notablemente más clara que el resto y ahora lucía un rostro con dos tonalidades. Sorprendido por la visita, les lanzó una sonrisa cariñosa y los invitó a subir, haciendo un gesto con la escopeta como si se tratase de una extensión de su propio brazo.

—¿Así que estos son los asuntos de los que tenías que ocuparte?

Fue lo primero que dijo, en un tono socarrón, mirando y sonriendo a Isabel.

Ella se sonrojó y desvió la mirada. Los dos se soltaron instintivamente las manos y miraron hacia lados opuestos en un vano intento por disimular.

—¿Qué ha pasado con tu majestuoso y varonil navío? Parece la carroza de una princesa. —El capitán se cruzó de brazos y miró a su amigo con dureza—. Ahora hace juego con tu cara.

—Ya... —respondió Juan quitándole importancia. Como si todos esos cambios no fueran idea suya y no hubiera tenido más remedio que acatarlos—. Tenéis que saludar a alguien. —Cambió de tema drásticamente. Volvía a estar alegre y jovial de nuevo—. ¡Tenemos visita! —gritó asomándose al interior del barco.

Por la puerta que conducía al camarote principal apareció Elisabeth. Se acercó al que fue su salvador con paso alegre y juguetón, le rodeó el cuello con sus brazos y le dio un beso digno de ser representado en un poema. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar sus labios. Llevaba puesta una camiseta de Juan que le llegaba por la mitad del muslo y, por lo que les pareció ver cuando se aupó para besarlo, era lo único que llevaba puesto. La joven inglesa se mordió el labio inferior para saborear los últimos resquicios de ese beso y sonrió a su enamorado. Al ver que él aún tenía los ojos cerrados le quitó su preciado sombrero recortado, se lo puso y corrió a saludarlos.

Extrañamente el sombrero le favorecía, le otorgaba un aspecto infantil e inocente, todo lo contrario a lo que sucedía con su verdadero propietario. Se colocó entre los dos y rodeó a ambos en un sincero y cálido abrazo. Por lo visto, las cosas le iban mucho mejor a ese hombre huraño y desagradable que conoció el profesor el día que llegó al nuevo continente. Ahora tenía nuevos amigos, un barco decente, una aventura que vivir y una mujer que lo quería y se preocupaba por él. Por una parte, el profesor sintió cierta envidia. Él tampoco tuvo jamás todo eso, y lo poco que tenía estaba a un océano de distancia.

El abrazo que la joven le dio a Isabel suavizó otro tanto los comentarios y opiniones entre el resto de navegantes del embarcadero. Más tarde, cuando terminaran sus jornadas, lo contarían a sus familias y entre los vecinos.

Aún había gente que se apartaba a su paso y se sentía incómoda en su presencia. Pese a esas personas, ella se encontraba más cómoda, la mayoría simplemente la ignoraban. Y todo se debía a unas sencillas muestras de cariño en público. Después de tantos años de soledad, un agarrón de manos y un abrazo habían bastado para demostrar que era una persona normal y corriente y no el monstruo vil y traidor del que hablaban.

CAPÍTULO 20

Isabel y José llegaron a la pensión «El Pescador». Así, él podría arreglar el acuerdo al que llegó con el posadero acerca de su habitación mientras estuviera ausente y darían tiempo para que Elisabeth y el capitán se vistieran y se reunieran con ellos allí mismo, un poco más tarde. Mientras el profesor negociaba en un lugar donde el trasiego y el vocerío no los molestase, en el piso de arriba, ya que a esas horas nadie frecuentaba las habitaciones, ella esperaba en la barra.

Estaba tranquila, por lo menos al principio, aunque su presencia allí provocó que algún que otro comensal recogiera sus cosas y saliera de la pensión. Aquello agravaba su situación, era consciente de que el inocente posadero perdía clientes tan solo por estar ella cerca. No contaba con la simpatía de ninguno de los huéspedes, pero por lo menos ya no la temían. Era un buen comienzo poder estar en una habitación con más gente, sin que quisieran golpearla o que la insultaran y humillaran. Pero como era de esperar, no fue más que un fugaz golpe de suerte. Sentada de espaldas a la puerta, se sentía feliz y tranquila en su pequeño núcleo de silencio y soledad que ya le permitía, por lo menos, visitar la ciudad y volver a sentirse una persona más. Pero esa sensación se desvaneció cuando alguien se le acercó por la espalda y olfateó ruidosamente su cabello, como un perro que olisquea algo del suelo para comprobar si es comestible o no. Lo hizo a propósito para llamar la atención de los allí presentes antes de comenzar su actuación.

Era un hombre joven y corpulento. Era tan joven que seguramente todo lo que supiera sobre la maldición y la *runamula* fuera gracias a los chismorreos de la gente por las calles. Lo más probable era que ni siquiera la conociese, pero la cantidad de rumores que circulaban por toda la ciudad lo pusieron al corriente de quién era. En su actuación también influyó la ingente cantidad de alcohol que parecía haber consumido. Sin duda alguna, en el interior de la posada, si alguien parecía un animal, era ese joven. Llevaba barba de varios días y el pelo largo y grasiento. Su ropa estaba hecha de retales de varias piezas de pieles diferentes y olía a una mezcla entre sudor y una madriguera de zorros.

El joven pegó el pecho a su espalda, se apoyó en el mostrador, pasando un brazo por cada lado de ella, impidiéndole cualquier posibilidad de escapatoria. La pensión se sumió en un silencio absoluto. Nadie apoyaba a ese hombre que sobrepasaba todos los límites, pero tampoco hicieron nada por impedirselo.

—Pero si hueles bien —dijo el joven ebrio, aspirando sonoramente una vez más el aroma del cabello de la *runamula*—. Pensaba que olerías a estiércol o a barro, como tus parientes que tengo en el establo. —Ella alejaba la cabeza, se

apartaba el pelo con las manos de lado a lado para que no pudiera olisquearlo, pero era inútil.

—No todo el mundo huele como tú —se defendió ella. Se escucharon unas risas tímidas entre los clientes y eso provocó la furia del acosador, que rio con mordacidad.

—¿Por qué no me enseñas esa parte animal? ¿Cuál es la parte que se transforma, la de arriba o la de abajo?

A pesar de sus intentos, consiguió apartarle el cabello, pero dejó al descubierto la bronceada piel de su cuello. Él acercó sus labios y ella temblaba de miedo. Podía sentir su fétido aliento cayendo sobre su hombro, deslizándose sobre su piel y pegándose en su ropa. Colocó una mano empalagosa sobre su cadera y comenzó a subirla por su costado hasta rozar uno de sus pechos. Lo detuvo y apartó la mano bruscamente, pero el joven volvió a reír con aires de suficiencia.

Acercó ahora la nariz a su cuello, tanto que incluso llegó a rozarle. Inspiró profundamente para guardar su aroma dentro de él y lo soltó dando un lascivo suspiro. Acarició el cuello con la punta de los dedos, con la delicadeza con la que se posaría una mariposa en una flor, una delicadeza impropia en un hombre en su estado. Prolongó esa caricia bajando los dedos lentamente hasta llegar al escote. Ella intentó detenerlo de nuevo, pero parecía que el acosador no se había enterado del agarrón y continuó su interminable caricia hasta llegar al primer botón de la camisa.

—Sin duda alguna, eres un espécimen magnífico —dijo él fuera de sí, mientras intentaba desabrochar el botón con torpeza.

—Todos los animales tienen sus métodos para defenderse —dijo Isabel, intentando amenazar en un acto desesperado para que su agresor no escuchara sus sollozos ni viera las lágrimas que se amontonaban en sus ojos. Había sobrevivido sola durante seis años al borde del Amazonas y ahora no era capaz de zafarse de un borracho que apenas podía desabrochar un botón.

—¿Y qué vas a hacer? —El joven la obligó a mirarlo a los ojos, levantándole el mentón con rudeza—. ¿Me vas a dar una coza?

La soltó con desprecio y comenzó su caricia desde el principio. De repente, en lugar de continuar bajando por su pecho, como hizo antes, la agarró con fuerza de la melena, como si se trataran de las crines de una yegua. Dio un fuerte tirón, obligándola a echar la cabeza hacia atrás y haciendo que gritara de dolor.

—¡Arre, arre, arre! —gritaba el joven, haciendo como que montaba un potro salvaje.

Algunos de los comensales decidieron irse para no tener que seguir contemplando aquel espectáculo tan denigrante. Otros se giraban, apartaban la mirada para evitar verlo o se tapaban la boca en un gesto de incredulidad. Pero

nadie hizo nada por ayudar a Isabel. Estaba asustada, desamparada y sola en un lugar lleno de gente.

Desde el piso de arriba, mientras cerraba el trato con el propietario, José fue alertado por sus gritos y las bravuconadas del joven borracho. Bajó las escaleras corriendo todo lo rápido que le permitieron sus piernas. Sus fuertes pisadas sobre los tablones viejos se escucharon en el piso inferior. A mitad de la escalera, desde la distancia, pudo ver lo que sucedía.

Cuando llegó corriendo a la barra, cogió un taburete y lo empotró en la nuca del acosador. El taburete se hizo añicos en sus manos. El joven ni siquiera lo vio llegar y cayó al suelo desplomado. Sin darle tiempo para recomponerse, el profesor se abalanzó sobre él. Como si estuviese poseído por algún espíritu salvaje del bosque, lo aporreaba con todas sus fuerzas. Una lluvia de golpes, una sucesión de puñetazos tan rápidos y fuertes, dignos de un gran boxeador, que acabó estallando en la cara del acosador. Los golpes no cesaban y la sangre era la nueva protagonista en la pensión. La sangre y un silencio interrumpido por el sonido de los puños chocando contra carne y huesos.

El profesor tenía los nudillos hinchados y en carne viva, y se hizo unos cortes con los dientes del hombre ahí tendido, pero no se detenía. El joven, de pronto, era una masa deforme y sanguinolenta que a duras penas podía moverse por sí mismo. Tan solo emitía unos leves gemidos apenas audibles. Tenía una ceja partida y ese mismo ojo se convirtió en un bulto amoratado e hinchado. También tenía un pómulo roto y la mandíbula dislocada. Un par de dientes descansaban en el suelo a un palmo de distancia de la cabeza de su dueño.

Se disponía a lanzar un nuevo golpe cuando, de pronto, alguien lo agarró y lo inmovilizó. Le pasó los brazos por debajo de las axilas y colocó las manos en su nuca. Con gran esfuerzo, esa persona lo consiguió levantar de encima del joven y alejarlo unos pocos pasos. El profesor estaba fuera de sí, tenía las pupilas dilatadas, las venas del cuello hinchadas como raíces de un árbol y el pulso disparado. Apretaba tanto los dientes que estuvo a punto de rompérselos.

—¡Tranquilízate, muchacho!

Escuchó la voz grave, ronca, y en ese momento apaciguadora, de Juan. Por suerte, llegó a tiempo de evitar que sucediera algo más grave. De haber tardado más, puede que ese joven no hubiera vuelto a ver un nuevo día. Pero ya era tarde para que el capitán se enterase de que el motivo de la agresión fue la maldición, para él, ella era una mujer normal. Nadie habló durante el espectáculo y los pocos que quedaron cuando terminó estaban tan abrumados que enmudecieron.

—Ya está, ya está —dijo el capitán en un tono sosegado, acariciando su espalda como una madre que acuna a su retoño a altas horas de la madrugada. Cuando la respiración del maestro volvió a la normalidad y sus ojos volvieron a

ser los de un ser humano, lo soltó—. ¡Que alguien se lo lleve de aquí! Este hombre necesita un médico —ordenó dirigiéndose a una mesa que tenía cerca.

Dos hombres que todavía estaban anonadados por lo que acababa de suceder se levantaron sin protestar y se llevaron a rastras al joven. Respiraba forzada y ruidosamente.

—¡No es esta mujer la que tiene un problema, sois vosotros! —recriminó José a viva voz, dirigiéndose a todos los presentes durante la agresión, los que se quedaron sentados sin hacer nada—. No sois dignos de llamaros hombres, no sois más que unos gusanos cobardes y vuestras mujeres deberían sentir vergüenza por vosotros. No sois más que insectos, ni siquiera eso, sois unos sacos de estiércol con el corazón podrido. ¿Alguien tiene algo más que decirle a esta mujer? —dijo, haciendo hincapié en la palabra mujer.

Levantó el puño ensangrentado como advertencia para quien quisiera decir algo al respecto. Poco a poco, la pensión se fue vaciando hasta que solamente quedaron en ella los cuatro amigos, el propietario y los empleados de la cocina.

—Recuérdame que nunca más me meta contigo —bromeó Juan, tratando de calmar a su amigo.

Sabía que no era un buen momento para hacer preguntas. Le lanzó una forzada sonrisa que se esfumó tras la inmediata y dura mirada que le fue devuelta.

José se fue junto a Isabel. Continuaba sentada de espaldas a ellos, con el pelo despeinado y jugueteaba con el botón de su camisa que finalmente consiguió desabrocharle el ebrio acosador. Le daba vueltas en sus manos sin terminar de introducirlo en el ojal, para así mantenerse ocupada y mantener el rostro oculto a la vista de sus amigos. Cuando el profesor llegó a su lado, hizo presión ligeramente con un dedo en su barbilla, sacándola del escudo con el que se había envuelto. Se miraron a los ojos y se hablaron sin palabras. Isabel se levantó del taburete y se situó frente a él. El profesor acarició su rostro con la mano izquierda, la que menos magullada estaba, y le secó las lágrimas que durante tanto rato se esforzó en contener. Bajó la vista y vio el charco de sangre en el suelo, el par de dientes junto a él y la mano ensangrentada de su salvador. El trayecto de su mirada terminó donde empezó, en los ojos de José, que le lanzó una cálida sonrisa indicándole que estaba bien.

Entonces apoyó la cabeza en su pecho y rompió a llorar. No lloró cuando se dio cuenta de que estaba maldita, no lloró con ninguna de la infinidad de lesiones provocadas por el duende cada noche que se convertía en *runamula* y ni siquiera lloró el día que naufragó el barco de su marido. Pero ese día lloró como una niña pequeña, compensando todos esos momentos en los que quiso aparentar fuerza y entereza. Lloró por el miedo que acababa de pasar, lloró por la maldición que

acarreaba, lloró por que un hombre se preocupaba por ella de nuevo y lloró porque estaba empezando a sentir cosas por ese hombre, el mismo error que cometió la última vez.

Juan y Elisabeth se acercaron a ellos. La joven inglesa relevó a José en el abrazo y tranquilizó a la mujer con palabras de consuelo dichas al oído con su inherente dulzura. El capitán se acercó a su amigo y le pasó un brazo sobre los hombros.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Cuál es el problema que has mencionado antes? —preguntó Juan, como si la pregunta anterior hubiese sido un preámbulo de la siguiente.

Señaló a Isabel con un ademán de la cabeza. El profesor la miró. La pregunta del capitán lo hizo serenarse de sopetón.

—Un mal entendido con unos negocios. —Mintió.

Prometió encontrar la forma de anular la maldición y no vio motivos para decirle la verdad. En tres semanas volvería a haber luna llena, atraparía a Billy y todo sería como si nada hubiese ocurrido nunca. Si lo hiciera, el capitán no dudaría en acompañarlo y no quería interrumpir el romance que empezaba a mantener con Elisabeth.

—Pues menos mal que todavía no hemos hablado de mis honorarios por el alquiler de mi barco y mi equipo.

José lo volvió a fulminar con la mirada, le dio un golpecito en el brazo, como solían hacer, y, aunque breve, consiguió regalarle una escueta sonrisa. No cabía duda de que el frágil puente de la amistad que comenzaron a erigir en la pequeña isla desconocida ahora era robusto y firme. Le hablaba ahora el hombre sensato y de carácter noble que se intercambiaba con ese extravagante y desgalichado que conoció al principio.

—Será mejor que los dejemos solos. Tienen que relajarse y descansar —sugirió Elisabeth. Agarró a su hombre por el brazo y lo llevó consigo hacia la salida.

Esta vez no hubo despedidas. Cuando dejaron de hablar, cada pareja siguió su camino. Isabel le pidió un botiquín al posadero. Este se retiró al interior de la cocina, tan rápido como le permitía su barriga, y apareció al momento con una pequeña caja metálica en las manos. Era gris con los bordes oxidados y tenía una cruz con las líneas torcidas hecha a mano. Se lo entregó a la mujer sin dejar de disculparse una y otra vez por lo ocurrido en su propiedad.

—Lo que realmente es una maldición es estar rodeado de personas que se quedan impasibles al ver a una mujer en apuros. Siento no haber estado cuando ha sucedido todo. —Ella agradeció el simple hecho de que la llamara mujer—.

Serás bienvenida a mi pensión siempre que quieras —dijo el rollizo hombre con sinceridad. Isabel le contestó con un leve asentimiento de la cabeza y una forzada sonrisa.

Subieron a la habitación de José. Se sentaron en el borde de la cama y sin previo aviso ella cogió sus manos. Limpió la sangre que ya se había secado en sus nudillos, desinfectó los cortes provocados por los dientes y los huesos del joven que mandó directamente al hospital y le vendó la mano hinchada, tras la multitud de golpes. Agradecido por sus cuidados, metió los enseres médicos en la pequeña caja metálica y cogió su mochila para buscar un sitio en el que pasar la noche.

—Puedes quedarte aquí, yo buscaré un rincón en el piso de abajo donde quedarme —dijo gentilmente. Apenas había hablado desde el incidente.

—¡No! —exclamó ella, agarrándolo por el brazo con ambas manos.

El agarrón era fuerte, tanto que incluso le hacía daño. Pero él no se quejó, de hecho, lo deseaba tanto que sosegó sus nervios todavía más. Estaba tan tensa que en sus manos notaba su miedo y su inquietud.

—No me dejes sola, no creo que ese chico sea el único que quiera hacerme daño. —Tenía los ojos vidriosos, estaba realmente aterrada.

—Tranquila. —intentó calmarla, cogía ahora él sus manos—. Prometí que no dejaría que nadie te hiciera daño y yo siempre cumplo mis promesas, cueste lo que cueste.

José se sentó en una pequeña silla junto a la ventana, lugar donde pretendía permanecer de guardia para vigilarla durante la noche. Más tranquila y sintiéndose segura, se quitó la ropa que llevaba puesta para ponerse la ropa de noche. En cuanto se percató de ello, el profesor le dio la espalda completamente ruborizado. Pero no fue lo suficientemente rápido. En el instante en el que atisbó su cuerpo bronceado con el rabillo del ojo, el tiempo se detuvo. Fueron apenas un par de segundos, dos segundos en los que no le hubiera importado vivir atrapado el resto de su vida. Si pudiera elegir un momento de su vida para vivirlo eternamente, sin duda, hubiera sido aquel.

Las sombras que provocaba la tenue luz de la habitación jugaban con su cuerpo, resaltando sus curvas y haciendo de su bronceado un brillante baño de oro. Un cuerpo fibroso y fuerte, forjado por las inclemencias de la selva. El cuerpo de una mujer capaz de vivir cómodamente en uno de los terrenos más peligrosos del mundo y a la vez tan frágil y sensible. Un cuerpo hecho para el pecado, con el que era imposible pecar. Sin duda alguna, el ser, el animal y la persona, más magnífico del mundo estaba ante él, al alcance de su mano, pero a la vez era inalcanzable. Una mujer que haría delirar a cualquiera.

Vencida por el cansancio y la tensión acumulada, Isabel acabó durmiéndose en cuanto empezó el ocaso. Mientras tanto, su guardián la observaba hipnotizado

por sus encantos. Se salpicaba la cara con agua constantemente y se daba palmadas para combatir el sueño a altas horas de la noche. No quería perderla de vista un solo segundo.

CAPÍTULO 21

Isabel se despertó temprano. La desvelaron los primeros rayos de sol que entraban por la ventana acariciando y calentando su piel. Hacía mucho tiempo que no dormía así de bien, sabiendo que su protector estaba cerca para cuidar de ella. Se despezó en la misma posición en la que se despertó y estiró sus músculos para desentumecerlos tras tantas horas de reposo. Levantó la cabeza y no pudo evitar sonreír al ver a José acurrucado en la pequeña silla frente a la ventana. Tenía los brazos cruzados en el pecho para combatir el fresco de la noche y la cabeza extrañamente doblada hacia un lado. Al parecer, tras una ardua pelea contra el sueño, acabó siendo derrotado y sucumbiendo a él.

Se levantó y se vistió haciendo el menor ruido posible. Se acercó al maestro y lo observó mientras dormía. ¿Era amor lo que estaba empezando a sentir? ¿O gratitud por toda la ayuda que le brindó hasta el momento? Acto seguido le atusó el pelo, le besó la frente en un secreto gesto de agradecimiento y trató de moverlo para ponerlo en una posición más cómoda. Al primer contacto se despertó con un fuerte ronquido y un movimiento brusco de la cabeza, que provocó de nuevo la risa de la mujer.

—No estaba dormido —logró decir José adormilado, limpiando la baba reseca de la comisura de sus labios, intentando convencerse más a él mismo que a ella.

Al levantarse le falló una pierna que tenía dormida y tuvo que sujetarse al respaldo de la silla. Le dolía todo el cuerpo después de pasar toda la noche encogido. Tardó un rato en orientarse y llegar al baño. Mientras tanto, ella bajó al bar a pedir algo para desayunar.

José tardó un rato en salir de la habitación. La ducha le vino bien. Se le veía más animado, aunque unas amoratadas ojeras ocupaban gran parte de su rostro. Cuando llegó al piso de abajo, Isabel, Juan y Elisabeth mantenían una tensa conversación junto a la barra. En el rostro de Isabel se reflejaba miedo y preocupación, pero parecía que esta vez no temía por ella. No dejaba de observarlo y después apartaba la mirada, una y otra vez, como si aquello sobre lo que hablaban tuviera que ver con él.

—Recuerdas al joven al que le metiste la paliza ayer por la tarde, ¿verdad?

Juan, sin dejar que el adormilado profesor contestara, respiró profundamente y buscó las palabras adecuadas con las que darle la noticia.

—Al parecer es uno de los cabecillas de una cuadrilla de cazadores furtivos. Hemos visto esta mañana a un grupo de personas, hombres que vestían de forma muy parecida a él y les hemos escuchado decir que van a ir a por ti. —Se quitó el

sombrero, parecía agobiarse con él puesto. Eso era una mala señal—. Nadie en la ciudad está en tu contra. Según dicen, tenías buenos motivos para hacer lo que hiciste, pero te excediste un poco y tampoco están a tu favor. Todos niegan haberte visto, ni siquiera se habla ya del retorno de una tal *runamula*, sea lo que sea eso.

José e Isabel se miraron aliviados al comprobar que solamente conocían una parte minúscula del mito que envolvía a la mujer y no se imaginaban que la bestia que describe la leyenda estaba delante de sus ojos.

—Por lo que hemos podido escuchar, el joven aún sigue en el hospital, pero está mejorando rápidamente. Por lo que parece, son un famoso grupo de bandidos que está causando estragos en la ciudad. Siempre, hasta ahora, se habían salido con la suya y tú se lo has impedido, así que ahora tienen dos objetivos —ahora era Elisabeth la que hablaba. Respiró hondo y tragó saliva, las malas noticias se amontonaban—: tú, por herir de gravedad a uno de sus líderes y ella... —miró de reojo tímidamente a Isabel—, para demostrarse a ellos mismos y a todo el mundo que siguen siendo capaces de conseguir lo que quieren.

—¿Y qué puedo hacer? —el profesor no pudo evitar que el desasosiego se adueñara de su voz y su cara.

—Tienes que desaparecer, por lo menos por un tiempo. Eres el centro de todos los rumores, la única persona que le ha plantado cara a esa banda y vive para contarlos. —Esta última noticia llegó a sus oídos como un golpe que casi lo noquea—. En la calle solo se habla de ti, no les será difícil encontrarte si se lo proponen.

—Entonces no me queda otro remedio —dijo el profesor agarrando a su amigo por los hombros—. Volveré en cuanto me sea posible. No creas que te vas a librar de mí tan rápido. Aún tenemos pendiente lo del barco hundido. —Acto seguido lo abrazó.

—Claro que sí, muchacho. —Juan le dio un golpecito en el brazo. Esta vez no hubo risas sino una rápida, fría y sentida mirada de despedida.

Volvieron a la solitaria cabaña perdida en la espesura e inmersa en un mundo diferente. Cuanto más se alejaba de la ciudad, más tranquila estaba ella. Y ahora que estaba de nuevo bajo el silencio y la protección de la selva, no cabía en sí de alegría. Ese era su verdadero hogar, el hogar de una mujer hecha a sí misma, un hada solitaria de un mundo de fantasía donde la magia no existe. Volvieron a la rutina que dejaron dos días atrás. Esas largas conversaciones en las que se conocían y aprendían más el uno del otro. Ganaban confianza y afloraban unos sentimientos ocultos y prohibidos que trataban de reprimir.

Aumentaron el tamaño del huerto y añadieron otro espantapájaros que

vistieron igual que el capitán, aunque ellos siempre negaran que tuvieran algún parecido. El profesor perfeccionó el camino de piedras, haciendo que no se notaran los bordes al caminar sobre ellas, y ella las decoró con flores traídas de la selva. Finalmente, lijaron con esmero toda la fachada exterior de la cabaña y la barnizaron. Sin duda alguna, el trabajo duro había dado sus frutos. Desde una distancia que les permitía ver toda la casa y sus alrededores, observaban orgullosos una auténtica obra de arte.

Los dos formaban una pareja estupenda y se entendían a la perfección cuando realizaban las tareas domésticas. Pasaba lo mismo cuando practicaban sus sesiones de bricolaje o sus largas conversaciones. Llevaban ya tres semanas conviviendo juntos y no habían tenido ni una sola disputa, ni un solo desacuerdo o un malentendido. Las miradas entre ellos eran constantes, no volvieron a abrazarse o a cogerse de la mano desde el día que viajaron a la ciudad, pero el profesor la deseaba con todas sus fuerzas.

Noche tras noche, soñaba que acariciaba su tersa y bronceada piel, que la poseía y se convertían en uno solo. Se imaginaba la sal de su sudor impregnando su cuerpo, el dulzor de sus labios o la calidez de sus piernas. Isabel deseaba que aquel hombre cuidara de ella el resto de su vida, desde que apareció había estado en todos los momentos malos para ayudarla. Le había devuelto la sonrisa perdida años atrás, le devolvió la ilusión, las ganas de seguir viviendo y, sobre todo, le devolvió algo que ella creía que no recuperaría jamás la fe, un pequeño atisbo de esperanza de que volvería a ser normal. Tenían que reprimir constantemente sus sentimientos, pero no les resultaba difícil del todo. Ambos confiaban en que atraparían a Billy y acabaría de una vez por todas con la maldición y, cuando por fin se esfumara, podrían dar rienda suelta a su amor.

Al fin llegó el inevitable día, ambos sabían que llegaría, pero no quisieron pensar ni hablar de él hasta el último momento. El ambiente estaba extrañamente envuelto en un silencio pastoso y perturbador. La tensión era prácticamente palpable. Esa noche la luna llena volvería a regir el firmamento, la transformación volvería a producirse y el duende regresaría para castigar a la *runamula* por sus infidelidades. Y solo tenían unas horas para encontrar la manera de capturarlo.

Ese día apenas hablaron, Isabel deambulaba nerviosa, como un ente sin alma, de un lado para otro de la casa y ensimismada en sus pensamientos. De vez en cuando, salía al jardín para coger aire fresco y se mantenía ocupada sin un objetivo específico. Regaba un par de plantas y las dejaba, arrancaba unas pocas hojas secas de un pequeño árbol junto al huerto y al instante cambiaba de idea y se iba a revisar el gallinero. Cualquier cosa era suficiente para mantenerse ocupada y no pensar en lo que tanto odiaba y que sabía que era inminente e

inevitable. En sus ojos se reflejaba la angustia provocada por un maltrato y el miedo a un dolor de los que no recordaría nada, excepto las marcas y heridas que invadirían su cuerpo a la mañana siguiente.

José también estuvo más pensativo de lo que era habitual en él intentando hallar el modo de capturar a Billy. El problema era que no sabía cómo era o actuaba un duende, de hecho, aún trataba de hallar la explicación de la existencia de una criatura de leyenda como la que andaba buscando. Tampoco había visto a Isabel durante el cambio de aspecto y, por tanto, no tenía ni la más remota idea de cómo llegaba el duende hasta ella. ¿Aparecía de repente, de la nada, junto a ella? ¿Se acercaba a hurtadillas entre las sombras? ¿Llegaba corriendo y blandiendo su látigo? No se creía capaz de averiguarlo. Y tampoco se creía lo que estaba intentando hacer: capturar a un supuesto ser mitológico para salvar a una mujer maldita. Fue hasta ese país para vivir aventuras, para conocer la verdad sobre las antiguas leyendas y ahora, de repente, estaba viviendo en una.

—Le esperaremos aquí dentro —decidió, por fin, señalando la estancia principal de la cabaña—. Lo único que he podido sacar en claro es que las dos únicas veces que he visto a la *runamula* las huellas iban en línea recta desde la selva hasta aquí. Lo siento, no sé cómo hacerlo, por suerte o por desgracia no es la única oportunidad que tenemos de conseguirlo. Tenemos que tener fe y esperar que aparezca por aquí.

De todos modos, tenía que estar seguro de que su plan iba a funcionar, el duende tenía que aparecer por donde él tenía previsto. Para ello tenía que asegurarse de que el único acceso posible, la única vía para llegar a la mujer, era ese. Cogió unos listones de madera y los clavó en los postigos de las ventanas para que fuese imposible abrirlas desde fuera. También llenó la chimenea de leña y encendió un fuego enorme para abrasarlo si pretendía descender por ella.

—Tú tendrás que permanecer aquí dentro en todo momento, en el centro de la habitación, lo más alejada posible de cualquier ventana y, por supuesto, de las manos de esa cosa —ordenó él nervioso y alterado, repasando los últimos detalles de su dudoso plan—. A no ser que tenga fuerza para arrancar los clavos, no tendrá más remedio que entrar por la puerta si quiere llegar hasta ti. Será entonces cuando lo atraparemos.

—¿Cómo pretendes capturarlo? ¿También eres cazador? —dijo Isabel con una mezcla de enfado y mordacidad—. Te recuerdo que lo necesitamos con vida. Puede que tan solo sea él quien sepa cómo quitarme la maldición, si es que se puede.

Conforme pasaban las horas, su carácter se volvía más irascible, la mecha de su paciencia más corta y su mal genio crecía. Llegó el punto en que no pudo reprimir su nerviosismo, incluso empezó a dudar de que el profesor, que estaba

haciendo todo lo que estaba en su mano por ayudarla, fuera capaz de conseguirlo.

José le señaló un sencillo y rudimentario mecanismo que se encargó de montar mientras ella reflexionaba fuera. Consistía en una sábana suspendida por unos hilos sobre la puerta, con unos cantos rodados atados a cada esquina. El hilo estaba colocado de tal forma que cualquier leve movimiento de la puerta desataría el nudo que la sujetaba y liberaría la sábana, cayendo sobre lo que se encontrara debajo. Una vez que cayera, tendría que reaccionar rápido para abalanzarse sobre el objetivo, antes de que consiguiera salir de debajo de la sábana. Las piedras eran sencillamente para que la tela cayera más rápido, no conseguiría retener nada con ellas. Finalizados todos los preparativos no les quedó más remedio que esperar en silencio, como venía siendo habitual a lo largo de todo ese fatídico día.

CAPÍTULO 22

El sol ya empezaba a esconderse y el esperado momento se acercaba. Apenas probaron bocado en todo el día. Isabel porque se sumergió en sus pensamientos y se quedó ahí dentro hasta entonces. José porque constantemente iba a asegurarse de que las ventanas estaban bien cerradas, que el fuego seguía ardiendo con intensidad y que la trampa sobre la puerta continuaba en perfecto estado y el nudo bien atado.

Apoyado en el quicio de la puerta, el profesor observaba cómo en el cielo, ahora casi de color negro y plagado de estrellas, las nubes se apartaban al paso de la luna, para que pudiera desatar todo su poder sobre aquella humilde vivienda. Escuchó un ruido como de cerámica rompiéndose, acto seguido lo volvió a oír. Lo siguió una respiración acelerada y entrecortada, unos gritos ahogados y unos leves gemidos. Tenía la vista fija en la puerta entreabierta, puede que fuera fruto de los nervios o del miedo, pero allí fuera parecía que multitud de sombras paseaban ante la cabaña. Cruzaban de lado a lado y se posaban entre las flores. Ascendían hasta el cielo y luego se dejaban caer sobre el tejado. Eran las sombras de lo que no había, de lo que podría ser.

Unos extraños ruidos tras él lo obligaron a volverse preocupado.

Todo fue muy rápido, tanto que casi no pudo creérselo. Pero allí estaba ella, la *runamula* en todo su esplendor. Era una criatura increíble, con la delicadeza y sensualidad de una mujer y la elegancia y majestuosidad de una yegua joven. Esta vez la transformación la sorprendió vestida y ahora su ropa colgaba de su parte humana, hecha harapos. Llevaba al descubierto una gran parte de su bronceada piel, lo que hizo que el profesor se estremeciera de nuevo. Si solamente se hubiera fijado en la parte animal habría pensado que se trataba de un verdadero corcel. Pasaba su peso de una pata a otra, inquieta, con la vista fija en la puerta. Movía la cola de lado a lado, resoplando, cada vez más nerviosa por la espera que parecía ser eterna. José observaba al ser que tenía ante sus ojos y aun así buscaba una explicación lógica. Isabel le devolvía la mirada. Una parte de ella seguía recordándolo, se quería quedar allí con él para que la protegiera y llevara a cabo su plan, pero la parte animal ansiaba salir corriendo y huir de aquel ser humano.

De repente, ese cuerpo grácil y nervioso se puso tenso y rígido, y sus centelleantes ojos, con las pupilas dilatadas, observaban algo fijamente. El profesor siguió la dirección de su mirada hacia fuera de la cabaña. ¿Sería el duende?

Era Juan, el capitán, su amigo. Su actitud no denotaba tanta altanería como a la que les tenía acostumbrados, más bien parecía cansado, como si le costara esfuerzo estar allí, como si su propio cuerpo le quedara grande. Llevaba puestas

sus pesadas botas, en todo ese tiempo le calzaban a la perfección, como un guante hecho a medida, pero esta vez había algo raro en ellas. Caminaba con una ligera cojera, prácticamente imperceptible, pero aun así se notaba que cojeaba. No por algún problema físico, sino porque parecía que la bota izquierda se salía de su pie a cada paso que daba, como si fuese demasiado grande para él a pesar de ser del mismo tamaño que la otra.

—¿Qué es eso? —preguntó el capitán con una voz fría y monótona, a la vez que señalaba algo en el interior de la cabaña.

Acababa de caer en uno de los trucos más viejos del mundo sin darse cuenta. Fue como cuando te señalan el pecho y, al mirar, te dan un golpecito en la nariz. Como cuando te tocan el hombro derecho y el que lo ha hecho está al lado izquierdo. El profesor comenzó a buscar a su alrededor y tras unos pocos segundos, el carácter de la *runamula* cambió. Sus relinchos y resuellos obligaron al maestro a dejar de buscar y regresar a la realidad. Se sorprendió al verla fuera de sí, golpeándolo todo donde alcanzaban sus patas y, lo más extraño, Billy montado sobre su lomo.

¿Cómo puede ser posible? ¿De dónde ha salido? ¿Cómo ha evitado la trampa? Infinidad de preguntas le rondaban, pero tenía la mente totalmente en blanco y era incapaz de responderlas o de llegar a alguna suposición. José era un tipo leído, un hombre de estudios escéptico ante cualquier tipo de magia o de fantasía y siempre buscaba la explicación de todo cuanto le rodeaba. Ahora estaba inmerso en una fábula, un mundo de historias de las que se cuentan a los niños, un mundo de criaturas mágicas e inexistentes, un mundo que tenía que creerse tal y como era, fuera de toda explicación a su pesar.

Sus piernas no reaccionaban y su desbocado corazón latía a toda velocidad. Cuando pudo empezar a pensar en algo para salvar la situación, reparó en que Isabel ya no estaba su lado. Había salido de la casa y se alejó galopando a toda prisa por la misma ruta de siempre, en línea recta hacia la selva, el territorio de la maldición y con el encargado de hacerla cumplir. Todo el tiempo que pasó ideando y confeccionando la trampa resultó ser una auténtica pérdida de tiempo. Lo que quedaba de ella estaba hecho un ovillo bajo el marco de la puerta. Podía haber ido en su busca, podía haber intentado encontrarla y capturar al duende, pero no lo hizo. José sabía que nunca salía del todo mal parada, salvo las evidentes magulladuras y un vacío de unas horas en su memoria. Se quedó en la cabaña tratando de encontrar un plan mejor para lograr atraparlo. Puede que solo le quedara un intento para conseguirlo, solo el cielo sabía si tendría más oportunidades. Si no lograba atraparlo antes de que se acabara este ciclo de luna llena, tendrían que esperar otro mes entero para volver a intentarlo, y eso era algo que no estaba dispuesto a dejar que ocurriese.

Esperó impaciente el regreso de Isabel, y lo hizo cuando los primeros rayos de sol comenzaron a alzar el espeso velo negro que cubría el cielo. Salió rápidamente a su encuentro sin decir nada. La cogió en el momento en el que iba a desplomarse y la llevó en volandas hasta su dormitorio.

Cuando se despertó repasaron todo lo ocurrido. Hablaron sobre el plan para capturar al duende y los fallos que cometieron, que fueron muchos. Después de meditarlo detenidamente y tras un par de sus largas conversaciones, lo único que sacaron en claro fue no llamar plan a lo que hicieron la pasada noche.

—De verdad que lo siento —se disculpaba el profesor una y otra vez—. Soy consciente de lo absurdo del plan y lo patético que debí parecer cuando Billy me sorprendió. Ni siquiera terminé de convencerme de que existiera de verdad. Pero después de verte detenidamente... —De pronto guardó silencio, asustado, avergonzado, y miraba a su compañera de reojo, incapaz de hacerlo directamente a los ojos.

—Después de verme a mí, eres capaz de creerte cualquier cosa. ¿No es así? —terminó ella la frase que él dejó a medias—. No tengas miedo de decirlo, estoy acostumbrada a comentarios muchos peores.

—No era mi intención decir eso —se excusó sonrojado, sin el valor suficiente todavía para ofenderle con una mirada—. Bueno... en parte sí. Jamás pensé que podría llegar a ver algo parecido a todo lo que estoy viendo aquí, y mucho menos esto. Todo parece salido de un cuento, una historia proveniente de otro mundo. —Parecía eufórico, pero tan solo era su forma de asimilar todo lo que le estaba sucediendo desde que llegó a ese país.

—El mundo es algo más de lo que te cuentan unas hojas de papel encuadernadas en unas bonitas tapas de piel y escritas por algún ignorante que tan solo plasmó historias que le contaron o que escuchó por ahí —añadió Isabel, visiblemente crispada ante la actitud del profesor. Eso no parecía ser más que otra anécdota con la que seguir rellenando cuadernos—. ¿Te parezco uno de los personajes de tus cuentos? La historia es algo más que unos libros que alguien escribió una vez porque creía que sabía algo diferente al resto. Es algo más que enfrascarse en leer una y otra vez las diferentes versiones de una misma historia. Es algo más que todo eso. Es la maldición milenaria jamás pronunciada, el conjuro jamás recitado por un curandero o el tesoro jamás encontrado. La historia son esas cosas que la gente tiene miedo a averiguar, las cosas que prefieren permanecer ocultas y todo aquello que permanece inalterado con el paso del tiempo. La verdadera historia es la que originó todos los miedos y las leyendas de tus antepasados cuando vinieron a estas tierras.

Tras soltar el aire con su última palabra, se relajó tanto que pareció desinflarse. Estaba cansada de que todo el mundo creyera que su mundo no existía, que era

todo producto de la imaginación. Y acababa de hacérselo saber al hombre que la acompañaba y la observaba embelesado, cuando creía que no lo miraba.

El resto del día fue prácticamente una copia del día anterior. Isabel deambulando por toda su propiedad, inquieta y nerviosa, mientras José meditaba en silencio un plan mejor que el anterior. Varias clases de trampas para caballos le rondaron la mente, pero ninguna terminaba de convencerlo para la ocasión. Todas las que se le ocurrían resultarían demasiado peligrosas o dañinas para la *runamula* o simplemente capturarían al animal, pero permitirían la huida de su jinete, todo lo contrario a lo que pretendía.

—¡Me rindo! —profirió de pronto el maestro, enojado a la par que frustrado.

Nunca antes había estado en esa situación: encontrarse frente a una encrucijada que no era capaz de resolver ni con todo el tiempo del mundo. Pareció darse por vencido cuando tiró al suelo bruscamente la silla en la que tanto rato llevaba meditando. Por primera vez en todo el día, Isabel prestó atención a algo que no fueran sus pensamientos.

El profesor salió de la cabaña, cogió una pala que había en el huerto, apoyada en la fachada, y se marchó corriendo. Se alejó unos cien metros de la casa, abrió los brazos en cruz y se colocó de perfil a la entrada. Era como la aguja de una brújula buscando el rumbo exacto por el que huía ella cada vez que se transformaba. Cuando se aseguró de que estaba en el sitio correcto, la misma vertical que unía la puerta con la selva, comenzó a cavar. Isabel se acercó hasta él caminando despacio, abrumada por su repentina e inexplicable actuación.

—¿Qué estás haciendo? —se atrevió a preguntarle al fin.

—Me cuesta admitirlo, pero no se me ocurre ninguna otra manera de hacerlo —respondió el profesor sin dejar de cavar—. Para capturar mitos más antiguos que la propia historia, la única opción es la solución más antigua que conozco.

—¿Pero de qué se trata? —estaba intrigada y nerviosa y cambiaba su peso de una pierna a otra de la misma manera que hizo la *runamula* instantes antes de la llegada de Billy.

—Ya lo verás, es mejor que no sepas nada. —La miró, sonrió, hizo un gesto con la mano para que lo dejara solo y continuó cavando.

El rostro de desconcierto de la mujer pasó desapercibido y se marchó a la cabaña, tal y como le había dicho. ¿Cuál sería su plan esta vez? ¿Qué tendría en mente? Ella pensó más de una vez la forma de atrapar a Billy y en ninguna ocasión vislumbró en su cabeza un boquete en la tierra.

Las sombras ya lo envolvían casi todo y le dio tiempo a terminar justo a tiempo. Los últimos pájaros, los más rezagados, ya se dirigían a sus nidos para esperar allí el nuevo día. Mientras, un hombre, abajo, en el llano, terminaba un inexplicable y enorme agujero en el suelo. Era una cavidad enorme que terminó

a tiempo gracias a las prisas con que le apremiaba Isabel desde la distancia. Era tan profundo como dos personas juntas, tanto que el profesor tuvo que trepar por unas raíces que sobresalían. Lo cubrió con una estructura débil de ramas finas y hojas, incapaz de aguantar siquiera el peso de un niño. Terminada la trampa la mimetizó lo mejor que pudo para camuflarla con el terreno, y volvió a la cabaña.

Ambos buscaban la luna con la vista, las nubes empezaban a despejarse en el cielo. Y, de repente, José salió corriendo con decisión, sin mirar atrás.

—¿A dónde vas? —preguntó la mujer al hueco vacío que dejó el profesor al desaparecer—. ¡No me dejes sola! Por favor, no...

Las lágrimas invadieron su rostro y esta vez no se contuvo. Lloró sin complejos para que él pudiese oírla allá donde se hubiese ido. Se sentía más sola que nunca en ese momento. Estaba empezando a sujetarse a esos sentimientos que surgieron hacia el forastero aventurero. Pero justo cuando parecía que todo empezaba a irle mejor, la había abandonado. La desolación y la tristeza se adueñaron de su corazón. Salió de la casa con una mínima esperanza de que todo fuera una broma y el profesor estuviera escondido cerca. Pero allí no había nadie. Kilómetros de selva inexpugnable y virgen y la luz de la luna que empezaba a invadirlo todo.

CAPÍTULO 23

Apareció una sombra delante de ella, el llanto dio paso a un sollozo y se secó las lágrimas, reconfortada por el regreso de José. Entonces una pequeña sonrisa apareció en el sombrío rostro y, acto seguido, una aguda risotada. No le dio tiempo a reaccionar, la transformación fue inmediata. Látigo en mano, Billy montó de un salto sobre la *runamula*, que se resistía relinchando y dando coces, enfurecida. Tras hacer estallar el látigo sobre sus cuartos traseros, salió galopando a toda velocidad. El pequeño duende parecía disfrutar con todo aquello.

De pronto desaparecieron. Como por arte de magia, ya no había rastro alguno ni de la montura ni del jinete. Las huellas acababan justo donde el profesor había estado trabajando sin descanso durante todo el día. José salió corriendo de su escondite y se asomó con gesto triunfal al agujero que tanto le costó hacer. Asombrosamente, su plan había funcionado. En el fondo, hecha un amasijo de carne, estaba la *runamula* con Billy atrapado bajo su lomo. Se sentó en el borde del agujero, con los pies colgando por dentro, y en una actitud chulesca y un tanto infantil. El duende intentaba agarrarse, sin ningún éxito, a uno de sus pies para escapar trepando por él.

—¿Quién se ríe ahora? —preguntó como réplica de su gesto, justo antes de la transformación de la mujer. Isabel se había desmayado y la pequeña criatura emitía unos grotescos gruñidos, trataba desesperadamente de librarse del peso que tenía encima.

Su plan salió a pedir de boca, fue incluso demasiado fácil, algún inconveniente tendría que haber. La *runamula* pesaba demasiado para que él solo pudiera sacarla del agujero y, puesto que el duende no tenía ninguna posibilidad de salir de ahí, se tumbó en el borde y esperó observando el cielo estrellado. Esa se convirtió en su imagen favorita, después del universo que se encontraba en el interior de los ojos de Isabel.

El alba daba la bienvenida a un nuevo día, un día prometedor y el primer día del final de la maldición. El profesor se ausentó del lugar que ocupó toda la noche y volvió a los pocos instantes con una cuerda. La *runamula* retomó su aspecto habitual y sujetaba con animadversión y dificultad al duende, que no dejaba de moverse violentamente en sus manos para zafarse de ella. José sujetó uno de los extremos de la soga en un árbol, descolgó el resto por el interior y descendió por el agujero.

Amarró a Billy de pies y manos, se lo colgó al cuello como si fuera un fardo y salió trepando por la cuerda. Se sujetaba con las manos y avanzaba caminando por la pared. Después, ayudó a salir a Isabel. Una vez fuera, se sorprendieron los

dos al verse muy juntos. Él la sujetaba por la cintura, tras ayudarla a salir, y ella tenía las manos sobre sus hombros.

—Sabía que lo conseguirías —le agradeció cariñosamente. Se puso de puntillas, rodeó el cuello del profesor y lo besó.

—Ya... —le dio la razón con la voz, pero no con la mirada.

Era consciente de que esas palabras eran fruto de la emoción, que dudó de él en más de una ocasión, aunque nunca se lo dijera. De pronto, la mujer soltó un chillido y se vio obligada a interrumpir ese beso. El duende, todavía colgado en la espalda de José, se frotaba contra una de sus manos como un cachorrito y la miraba juntando los labios reclamando otro beso para él.

—¿Qué pasa conmigo? Después de todo el tiempo que hace que nos conocemos ¿y ahora pasas de mí? —dijo con un tono de voz agudo y juguetón—. Tienes más en común conmigo que con él, ambos somos bichos raros... Bueno, tú un poco más que yo. —Isabel, furiosa, trató de coger al duende por el pescuezo, pero el maestro se lo impidió.

—No lo hagas. Lo que pretende es acabar con tu paciencia, no le sigas el juego —dijo el profesor pausadamente—. Has sido su juguete durante todo este tiempo, ya es hora de que alguien juegue con él.

Sin que nadie lo viera, Billy tragó saliva, por una vez las cosas no iban como él quería. Ese hombre era distinto a todos cuantos había visto hasta el momento.

Se quitó al duende del cuello, pero no lo bajó al suelo. Lo alzó hasta que sus cabezas estuvieron a la misma altura y pudo mirarlo a los ojos. Nunca había visto nada parecido, ese ser tenía el tamaño y las proporciones de un niño pequeño, pero sus rasgos eran como los de un anciano. La piel estaba arrugada y cuarteada, sobre todo la cara, su nariz era larga y pronunciada, como la de las brujas de los cuentos, y tenía las orejas grandes y puntiagudas.

—¿Hay alguna forma de poner fin a la maldición? —preguntó con severidad, clavando la vista en él sin pestañear.

—¿De verdad quieres saber si hay alguna manera? —dijo con malicia en la mirada—. Solo hay una. Pero casi preferirías que tu amiguita se quedara siempre tal y como está, antes de ir en busca del *mapinguarí*.

Billy rompió a reír abiertamente, carcajeándose como quien está presenciando la mejor comedia. De vez en cuando, le sobrevenían unos estertores fruto de la falta de aire.

—¡Habla! ¿Qué tenemos que hacer? —zarandeó bruscamente al duende en el aire.

—Todo esto es un poco egoísta por vuestra parte, ¿no crees? —respondió el pequeño ser mirándolos a ambos—. ¿Acaso os habéis preocupado por mí? ¿Habéis pensado qué va a ser de mí cuando ya no esté la *runamula* conmigo? —

guiñó un ojo a la mujer que lo observaba desde una distancia prudente con el gesto torcido—. Me quedaré sin trabajo, sin nada que hacer por las noches. Además, creía que entre nosotros empezaba a florecer algo único y especial. — Con dos decididas zancadas, Isabel se plantó delante de él y lo abofeteó.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó ella.

—No puedo evitarlo. Del mismo modo que tú sientes sed y bebes agua, yo siento la maldición y tengo que hacerla cumplir. Nosotros, los *chullachaquis*, somos los primeros protectores de la selva, los encargados de hacer que su ley se cumpla. —Hizo un gesto de culpabilidad con los ojos—. Vale, lo admito, puede que después de tanto tiempo haya acabado cogiéndole el gusto, pero no es culpa mía, ¿o acaso te castigo yo cuando bebes agua?

—Esta cosa no dice más que sandeces —dijo el profesor.

—¿Cómo que cosa? —se ofendió el duende—. Cuánto odio hacia mí, debería darte vergüenza meterte con alguien más pequeño que tú. —Su actitud hacía pensar que todo aquello era como un juego para él—. Y como podrás comprobar, no soy ninguna cosa, soy un *chullachaqui*.

—Chulla ¿qué?

—CHU- LLA- CHA- QUI —dijo, haciendo hincapié en cada sílaba.

—¡José! —Isabel le dio un codazo en un costado—. A ver si ahora os vais a hacer amigos.

—Sí, sí, perdón. —Un leve rubor se reflejó en sus mejillas.

—Vaya, vaya, parece que la yegua es ella, pero al que domestican es a ti —apostilló el duende con socarronería. Isabel lo volvió a abofetear. Se frotó el lateral de la cara donde recibió los dos manotazos, ya empezaba a enrojecerse.

—Cuando te he preguntado cómo acabar con la maldición, has pronunciado un nombre, ¿qué significa? —interrogó el profesor.

—¿Cuál, *mapinguari*? —asintió—. No es un nombre precisamente. Aunque podría contártelo mejor si no estuviera colgado como un racimo de plátanos.

Al fin parecía ceder y, dejados los juegos, asumió que sería mejor para su salud colaborar. José lo dejó en el suelo, pero mantuvo sus manos firmemente atadas y lo sujetó con una cuerda alrededor del cuello, como si fuese un perro. No se fiaba de él.

—Continúa —ordenó con desprecio, tensando la cuerda con un tirón seco. Billy lo desafiaba en silencio con la mirada.

—¿Has oído lo que he dicho antes de que los *chullachaquis* somos los primeros guardianes de la selva?

—Sí.

—Pues ellos son los guardianes más destacados que hay.

—¡No te vayas por las ramas! —volvió a tirar de las amarras. La mirada del

prisionero se endureció.

—En fin... —suspiró profundamente antes de proseguir—. Muchos, muchos años antes de que vinieran tus antepasados a invadir estas tierras, profanarlas y destrozarlas, algunos de los chamanes que habitaban poblados y aldeas esparcidas por toda la selva, ansiaban el poder. Deseaban dominar la selva, conocer todos sus secretos y poderes ocultos. Ávidos de poder, se les acababa el tiempo de vida antes de poder aprender y conocer todo lo que les ofrecía el Amazonas y algunos de ellos descubrieron el secreto de la inmortalidad. Pero tuvieron que pagar un precio muy alto por poseer semejante poder. Si querían mandar sobre la naturaleza, tendrían que formar parte de ella. Así que se convirtieron en grandes bestias que dominaban sus territorios y mantenían la paz dentro de ellos. Pero cuando llegaron los primeros conquistadores, sin saber la auténtica identidad de esas bestias, los mataron a casi todos, movidos por el temor que causaba su aspecto, semejante a un oso gigante. Por ese motivo se volvieron cazadores de hombres y grandes aficionados de la carne humana.

El profesor escuchaba embobado una historia fascinante. Trataba de guardar cada detalle del relato en su memoria. Le fastidió haberse dejado la libreta en la cabaña, pero tenía decidido que lo anotaría todo más tarde. En cambio, Isabel observaba con el ceño fruncido, impaciente por que revelara, de una vez por todas, la solución.

—¿Y de qué nos sirve saber eso? Ni siquiera sabemos si aquellos a los que no mataron los conquistadores...

—Tus antepasados —lo interrumpió Billy, señalándolo acusadoramente con un dedo largo y descarnado. El profesor, exasperado, inspiró hondo para calmarse.

—En fin... No sabemos si siguen vivos todavía. Y en caso de que alguno hubiese sobrevivido y continúe aún hoy con vida, dudo de que nos sirva de mucho lo que nos diga cuando nos haya comido. —En su rostro se mezclaron el enfado y la congoja.

—Se dice que hubo uno de esos chamanes que adquirió tal poder que logró dominar incluso su propia maldición y cambiar su aspecto de oso gigante al de humano a su antojo. También se cuenta que aún sigue recitando sus cánticos, ícaros y conjuros en lo más profundo de la jungla. Si existiera algo o alguien capaz de saber algo sobre la maldición, sin duda es él —confesó finalmente el duende.

—Pues busquemos a ese tal *mapinguarí* —dijo el profesor con convicción y entusiasmo, levantando un puño a los cielos. Billy comenzó a reírse de nuevo abiertamente, tanto que se le saltaban las lágrimas. Pero su risa cesó en cuanto vio cómo lo observaban sus dos captores.

Se dirigieron los tres hacia la cabaña para que Isabel se cambiara de ropa. José preparó el equipaje minuciosamente en su vieja mochila de viaje y se introdujeron en la selva guiados por Billy.

Caminaban a un ritmo lento porque el *chullachaqui* no paraba de tropezarse, todavía llevaba las manos atadas y eso le hacía inestable. Le quitó las amarras para poder avanzar con más rapidez. Pero ahora era el profesor el que tropezaba porque no apartaba la vista de las impredecibles manos del duende y no prestaba la suficiente atención donde apoyaba los pies.

Llevaban largo rato caminando a trompicones, cuando decidieron hacer un alto en su camino, para descansar y comer algo. Eligieron un pequeño claro, llano y despejado. Isabel y Billy se encargaron de encontrar la leña para la hoguera. En todo momento, se mantuvo a una distancia prudente de él, tan alejada como le permitía la cuerda con la que lo llevaba atado. José, mientras tanto, preparó el lugar en el que iban a quedarse. Después encendieron una hoguera, sacaron carne que se llevaron de la cabaña y la prepararon sentados alrededor del fuego. La mujer y el duende se encontraban frente a frente, sentados en lados opuestos de la hoguera. A ella no le agradaba la presencia de aquel ser y el profesor se sentó en medio de los dos, como posible mediador, con la cuerda firmemente agarrada.

Comían apaciblemente, en silencio, saboreando cada bocado porque no tenían prisa y necesitaban disponer de toda la energía posible. Ella, desconfiada, no apartaba la vista del duende, que no los quiso acompañar porque le parecía una aberración comer carne de un animal. Mostraba una total indiferencia hacia ellos, jugueteando con sus pequeñas manos con la cuerda que lo sujetaba y con cosas que cogía del suelo, tal cual lo haría un niño. Así visto podría parecer incluso entrañable.

Isabel estaba sentada con la espalda apoyada en un pequeño tocón de lo que una vez debió ser un árbol enorme. De repente, como accionada por un resorte, se levantó gritando, dando saltos y sujetándose la parte interna del muslo de la pierna derecha.

—¡Algo me ha picado! —miró donde había estado sentada y vio cómo de la base del tocón salió corriendo una araña del tamaño de una mano, alejándose a toda prisa, camuflada entre las hojas secas—. ¡Ayúdame, José! —pidió entre gritos y un intenso dolor. Se acercó y se tumbó en el suelo cerca de él.

El profesor se acercó corriendo, pero cuando llegó junto a ella se quedó paralizado. Se había bajado los pantalones hasta las rodillas para poder observar la picadura. Volvió a recordar la noche en la pensión, su cuerpo torneado por un experto escultor, y tuvo la sensación de que si la tocaba no podría detenerse. Entonces llegó Billy, lo apartó a un lado de un empujón y ocupó su sitio. Rodeó la picadura con sus finos y arrugados labios y comenzó a succionar el veneno. El

rostro de Isabel era todo repulsión al notar el contacto del duende, pero no intentó apartarlo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué sientes? —le preguntó el pequeño hombrecillo con su aguda voz acelerada.

—Estoy algo mareada —respondió sorprendida ante el repentino interés de su castigador por su bienestar—. Y me arde la pierna por dentro. Como si hirviera.

Sin saber cómo, Billy tenía en las manos el cuaderno del profesor y arrancó una de las pocas hojas que quedaban en blanco. Escribió en ella varios nombres de plantas y sus dibujos, con unos detalles impresionantes, y se la dio.

—No te tendría que resultar difícil encontrarlas —José lo miraba pasmado—. ¡Deprisa! —lo apremió viendo su pasividad, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a los árboles.

Al poco rato apareció con todas las plantas de la lista. Se extrañó al ver que Isabel tenía una cataplasma sobre la picadura, hecha con hojas masticadas, a pesar de que el duende continuaba con las manos atadas y la cuerda sujeta todavía al tocón. Escogió descansar en aquel claro precisamente para no darle facilidades. ¿Cómo podía haber llegado hasta las plantas que necesitaba para hacer el ungüento?

—¡Vamos, muévete! —hostigó Billy al profesor, que lo miraba fijamente con recelo, de pie, desde la distancia.

Le entregó las plantas que le mandó buscar. Aprovechando la hoguera que había encendida, hizo una infusión con ellas y se la hizo beber a Isabel, que se retorció de dolor. Su pierna estaba rígida y la sentía como de corcho. El contorno de la picadura se amorató y se extendieron unas venas azules por el muslo.

La infusión estaba amarga, su sabor era horrible y le provocó arcadas. Pero tras unos instantes de intensa agonía, el dolor disminuyó, aunque una intensa fiebre le sucedió. Por primera vez, el profesor y el duende trabajaron en equipo. Cubrieron un trozo de suelo cerca del fuego con las hojas más grandes que arrancaron de los árboles colindantes. Avivaron el fuego, tendieron a la mujer sobre el lecho de hojas verdes y la cubrieron con una manta.

—El brebaje está empezando a hacer efecto —comentó Billy mientras acariciaba con preocupación la frente sudorosa de la mujer—. Su cuerpo ya ha comenzado a expulsar el veneno, va a pasar un día duro.

Estaba pálida y sudaba y temblaba, a pesar de tener la piel fría. Una vez más, como venía siendo habitual, tanto que ya lo tenía previsto, tenían que cambiar sus planes. Tendrían que pasar allí la noche. José abrió la mochila, ojeó el interior e hizo un cálculo aproximado de las provisiones que les quedaban. Muy a su pesar, decidió darle un voto de confianza al impredecible hombrecillo e irse en busca de comida. Afianzó la cuerda con la que estaba atado a la parte alta de un

árbol joven y delgado que había cerca, con el nudo lo más elevado posible, fuera de su alcance.

—Si cuando vuelva no estás aquí, te juro que... no sé cuándo ni cómo, pero te encontraré y haré que te arrepientas por todo lo que has hecho —amenazó antes de ausentarse.

Echó un último vistazo a Isabel, tendida en el suelo, y luego amenazó con la mirada al pequeño ser que le seguía secando el sudor con cariño y dedicación. Cogió el mejor cuchillo del que disponían y se perdió una vez más entre los árboles.

Llevaba un buen rato deambulando sin éxito, los árboles estaban frondosos, pero desprovistos de sus frutos. Las madrigueras estaban vacías y ni siquiera los insectos se le acercaban, salvo algún mosquito despistado que otro. Era todo muy raro, como si todo lo que pudiera servirles para ayudarlos a sobrevivir hubiese desaparecido. Desesperado y a punto de tirar la toalla, localizó un nido en un árbol. Subió para comprobar si había algo, sería su último intento antes de volver con su compañera. Pero algo se le había adelantado, las cáscaras se amontonaban hechas trizas, inundadas en sus jugos internos. Rebuscó entre los restos y halló uno de los huevos intacto, por lo visto, la madre lo abandonó sin darse cuenta cuando vio muerta a toda su stirpe; y ahora ayudaría a que Isabel se recuperara.

CAPÍTULO 24

Bajando del árbol escuchó una especie de sollozo, un débil llanto, era un sonido agudo e insistente. Trató de seguirlo, dio varias vueltas sobre sí mismo y rectificó su dirección varias veces hasta que encontró el responsable de aquel llanto. Resultó ser una cría de jaguar de unas pocas semanas de vida. Era imposible que ya se hubiera separado de su madre. Aún faltaban unos meses para las lluvias y las nuevas generaciones se preparaban para hacerlas frente.

Ese cachorro o se perdió o se había quedado sin madre. El pequeño jaguar trataba de saltar un tronco que le cortaba el camino. El profesor se acercó para ver lo que pretendía alcanzar el animal y no pudo evitar dar un grito ahogado en cuanto lo descubrió. Retrocedió unos pasos lentamente y cayó al suelo de espaldas. Ahí estaba la madre del cachorro. Se parecía al mismo jaguar que intentó atacarles, hacía ya más de un mes. Sí, estaba convencido de que era ella, distinguió una cicatriz reciente en una pata, en el mismo lugar donde Juan la alcanzó con la lanza el día que se disputaron el carpincho. Pero en esta ocasión parecía necesitar su ayuda. Tenía la pata atrapada en un viejo cepo de caza y una mancha de sangre donde impactaron las mandíbulas oxidadas de la trampa. Su respiración era acelerada y forzada y parecía exhausta tras una dura lucha en vano por liberarse. Era una trampa olvidada, antigua, y fue casi un milagro que aún funcionase. ¿Sería esa una trampa con las que cazaban *mapinguarís* los colonizadores?

—Tranquilo, pequeño, voy a ayudar a tu madre —dijo acariciando la cabeza del cachorro.

Al ver que el hombre ponía la mano sobre su cría, la hembra de jaguar se puso tensa y alzó la cabeza para poder ver mejor sus movimientos por encima del tronco caído. Puso sus orejas hacia atrás, en una posición amenazadora, y comenzó a rugir despacio, como avisándole de que atacaría en cuanto viese algo que no le gustara, aunque arriesgase su pata en el intento. El profesor buscó una rama que le permitiera estar lo suficientemente alejado como para poder ayudarla sin correr excesivo peligro. Acercó la rama a la hembra para no asustarla, para que se familiarizara con ella y no la viera como una amenaza, pero esta la apartó con un brusco zarpazo. Cuando se dio cuenta de que el humano no le iba a hacer daño, permitió que la ayudase.

Colocó la larga rama en el hueco que quedó entre las mandíbulas del cepo, utilizó el tronco donde encontró al cachorro como punto de apoyo y con todas sus fuerzas hizo palanca para liberar la pata del felino. Tras unos segundos de esfuerzo, los muelles chirriaron y la trampa cedió. La hembra sacó rápidamente

su pata y de un salto se colocó en posición de ataque.

José colocó la rama por delante de su cuerpo para protegerse. El jaguar, con una leve cojera, sorteó con gracia el tronco que la separaba de su cría. Estaba tan cerca de él que si hubiese querido podría haberle saltado encima, sin que apenas se diera cuenta de lo que estaba pasando. Pero no lo hizo, lo miró a los ojos durante un largo rato y después cogió a su cachorro delicadamente con sus fauces y se fue. A José le pareció que la hembra antes de irse asentía con la cabeza, como si le agradeciera haberla liberado. Pero tal vez solamente fueran imaginaciones suyas, fruto de la tensión del momento. Se mantuvo blandiendo su improvisada arma hasta que se aseguró de que el depredador no iba a volver. Entonces, consciente del tiempo que había transcurrido desde que salió del nuevo campamento, regresó a toda prisa.

Tardó más de lo esperado en regresar, las nubes empezaban a cubrir el cielo y eso lo despistó en alguna ocasión a la hora de orientarse. Cuando creía que por fin había llegado al lugar correcto, no vio a nadie, no había rastro de Isabel, del duende ni de la hoguera. ¿Se había perdido? ¿Se había salido Billy con la suya y escapó, llevándosela consigo? ¿Cómo se la habría podido llevar siendo él tan pequeño? Infinidad de preguntas le rondaban la mente, y a todas ellas era incapaz de responder. Se puso a maldecir al duende de todas las formas posibles. Insultos y amenazas lanzadas a viva voz que recorrerían kilómetros de espesa selva hasta llegar a Billy, allá donde se escondiese.

—¡Eh, tú! Superexplorador. ¿Qué demonios haces? —le sorprendió una aguda voz a su espalda. Los nervios le jugaron una mala pasada, el rubor y la vergüenza invadieron su rostro y tuvo que apartar la vista del duende, que lo observaba con enojo y los brazos cruzados en el pecho—. ¿A qué viene tanto odio hacia mí?

Hizo un gesto con las manos para aparentar mayor inocencia. Rápidamente el semblante del profesor volvió a cambiar, pero esta vez parecía enfadado. Cuando el hombrecillo hizo ese gesto se dio cuenta de que no llevaba las ataduras ni en las manos ni al cuello. El duende también se dio cuenta de su error e intentó disimular volviendo a prestar atención a la mujer.

—¿Cómo has...?

Fue a regañar a Billy, pero se detuvo al darse cuenta de que había podido escapar y no lo había hecho. Se quedó allí para cuidarla—. Un punto para el chiquitín —dijo para sus adentros. Pensó y sonrió, al parecer, después de tanto tiempo juntos, se le estaba pegando algo de la forma de ser de Juan.

Isabel ya no temblaba, ahora dormía plácidamente gracias a la infusión que le preparó Billy. Aún sudaba un poco, estaba pálida y se distinguía una hinchazón bajo el emplasto que llevaba en la pierna, pero sin duda estaba mejorando.

José pateó y pisoteó la tierra y las hojas que había alrededor del tocón para

asegurarse de que ya no se escondía ninguna otra sorpresa en su base. Se sentó con la espalda apoyada en el tronco y colocó a la mujer a su lado, con la cabeza apoyada en su pierna para encargarse él mismo de cuidarla y secarle el sudor cuando hiciera falta. Le pidió al duende que avivara un poco más el fuego y luego lo obligó a mantenerse a una distancia prudente de ellos, pero esta vez sin atarlo.

El maestro no apartaba la mirada de la mujer convaleciente. Podía verse claramente su preocupación, al fin y al cabo, él la persuadió para iniciar esa aventura. Le secaba el sudor al más leve destello en su piel, apartaba cualquier pelo que la brisa le ponía en la cara y la arropaba con la manta al menor movimiento.

—Incluso en este estado sigue siendo preciosa —quiso pensar José, pero sin darse cuenta lo dijo en voz muy baja y el hombrecillo pudo oírlo.

—No tienes por qué preocuparte, estará casi recuperada del todo por la mañana. —Lo intentó consolar en vista de lo importante que parecía ser ella para él.

—Seguro que está así por tu culpa. Seguro que no quieres que vuelva a ser ella misma —le acusó sin dirigirle la mirada—. Eres un ser malvado que disfruta haciendo sufrir a los demás. Tienes suerte de que yo no sea como tú, de ser así no estarías aquí ahora mismo.

El duende lo miró con una mezcla de miedo y tristeza, es cierto que tenía motivos para pensar así. Pero también era verdad que desde que empezaron el viaje los tres juntos supo comportarse y, de algún modo, ganarse algo de respeto por alguna de las dos partes, pero por lo visto no era así. En completo silencio se ciñó al cuerpo el viejo poncho rojizo que usaba como vestimenta y se acurrucó en la base de un árbol, fuera del alcance del calor de las llamas. Estaba empezando a ponerse el sol, pero bajo las copas de los árboles oscurecía mucho antes.

José miraba el cielo preocupado e intrigado. Trataba de imaginarse de qué manera le afectaría el veneno si se transformaba o si el tratamiento tendría la misma eficacia en un cuerpo tan grande. Pero ya tenían al duende, sabían lo que tenían que buscar, su suerte estaba empezando a cambiar.

Estuvo haciendo guardia durante toda la noche. Hacía pocas horas que la mujer dejó de sudar y ya respiraba con normalidad. Durante un rato vio cómo dos pares de verdosos y brillantes ojos lo observaban agazapados entre la maleza, escondidos en la oscuridad de la noche. Tuvo la sensación de que eran de la hembra de jaguar que había salvado por la mañana, y su cachorro. Por si acaso, se preparó para lo peor, agarrando con firmeza un cuchillo, pero en un abrir y cerrar de ojos volvieron a estar solos en la inmensidad de la selva.

Notó un movimiento en sus piernas, Isabel se estaba despertando.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz pastosa, después de incorporarse junto a su cuidador. Rozó con la punta de los dedos suavemente y con aprensión el emplasto que llevaba en el muslo.

—Ha sido él —dijo escuetamente el profesor, señalando al duende que dormía hecho un ovillo.

—¿Él me ha hecho esto? —colmada repentinamente de fuerzas, intentó levantarse y pedir explicaciones al hombrecillo a base de puntapiés.

—Tranquila —dijo en un tono pausado y relajado, mientras le ponía con delicadeza una mano sobre el hombro para que permaneciera sentada—. Si con hacerte esto te refieres a que te ha salvado, sí, ha sido él.

Isabel lo miraba atónita. A pesar de todas las promesas descabelladas de José siempre creyó en él, pero ahora no se podía creer lo que oía. Un ser que la llevaba maltratando diez años, que se reía y disfrutaba con cada golpe, le salvaba la vida. No, no podía ser verdad.

Las orejas de Billy dieron unos espasmos como las de un gato captando un sonido que solo él puede oír. Alertado por la voz de la mujer se despertó y corrió hacia ella. Igual que se hace con un animal asustadizo se acercó a ellos lentamente, con precaución, tratando que poco a poco se acostumbraran a su presencia. Cuando se acercó a ella, con una actitud cándida y temerosa, señaló su pierna solicitando que le permitiera revisar el ungüento. Se había secado y convertido en una costra verdosa.

La expresión de Isabel se endureció y su cuerpo se agarrotó. Debilitada y cansada se sentía paralizada ante la presencia de la criatura. El profesor la tranquilizó y pudo relajarse lo suficiente como para permitirle que la tocara. Retiró el emplasto seco de la picadura como si se tratara de la costra de una herida normal y corriente. Se quedó al descubierto la roncha que había dejado la araña en su piel tostada. Tenía aún una leve hinchazón y la piel rosada. Se ausentó un instante para coger los ingredientes necesarios para volver a preparar la misma cataplasma.

Lo hizo de espaldas a ellos, para que no pudieran ver cómo lo hacía, como si quisiera mantener su receta en secreto. Pero, en realidad, se lo estaba ocultando a ella para que no viera que las masticaba él mismo, por temor a que se negara a ponérsela y la herida empeorase.

—¿Qué es eso? —preguntó Isabel con brusquedad y gestos de aversión.

—Una especie de crema hecha con plantas —respondió el duende sin mostrar interés, mientras amasaba la pasta verdosa para que adquiriera la textura adecuada.

—Eso ya lo veo, pero ¿cómo está hecha? —intentaba apartar la pierna, pero

estaba tan pegada al profesor y al tocón que apenas podía moverla.

—Entre otras cosas, ayuda a cicatrizar y desinfectar la herida —dijo el hombrecillo sin mirarla.

No contestaba a sus preguntas, la ignoraba para que no rechazase su tratamiento. Tan solo quería que se recuperase. Se acercó a ella como si nada, volvió a aplicar el unguento en la picadura y luego la vendó para que al caminar se mantuviera en su sitio.

Unas brasas humeantes era todo lo que quedaba de la enorme hoguera que hicieron por la noche. José las aprovechó para cocinar el huevo que encontró justo antes de descubrir a la cría de jaguar. Se lo dio a Isabel junto con un pedazo de pan duro. Billy comió algo que encontró escarbando unos centímetros en la base de unos árboles y él continuó en ayunas. No tenían mucha comida y sabía que tarde o temprano, antes de encontrar al *mapinguarí*, se acabaría y tendrían un largo y duro viaje por delante.

Una vez que se aseguraron de que ella había recuperado energía suficiente para reemprender el camino, dismantelaron el campamento y abandonaron ese lugar, guiados de nuevo por el duende. Se iban sin despedirse de un lugar que no echarían de menos.

CAPÍTULO 25

Llevaban varios días de marcha, hacía tiempo que Isabel estaba perfectamente recuperada de la mordedura de la araña. A duras penas lograban subsistir, incluso con la ayuda de Billy, la selva estaba extrañamente desprovista de alimentos. Los animales estaban escondidos en lugares secretos y consiguieron encontrar alguna que otra fruta suelta por los árboles, pero la mayoría estaban demasiado maduras, casi podridas, como para poder comérselas. Los víveres de sus provisiones los reservaban para la mujer, mientras que el profesor se comía las pocas frutas que podía salvar o unas pequeñas bayas insípidas que casi no le aportaban ninguna energía.

—Todo esto es muy raro —acabó diciendo el profesor, demasiado confuso como para mantenerlo en secreto más tiempo—. ¿Dónde se han metido todos los animales? ¿Acaso no queda nada comestible en toda esta selva?

—Los misterios de la selva... —contestó el duende con altanería. Acto seguido, le dio un bocado a una de esas cosas de color terroso que encontraba escarbando en la base de los árboles.

—Dame una cosa de esas —exigió el profesor. Le quitó de entre los dedos el otro pedazo y se lo llevó a la boca. Lo escupió asqueado en cuanto tocó su lengua—. ¿Qué es esta mierda? Es como un palo blando y mojado con sabor a tierra.

—Mi hogar no está muy lejos de aquí. Podríamos ir allí, tengo comida que seguro que os gustará y también agua fresca en abundancia —sugirió el pequeño ser, con una pizca de malicia camuflada tras una máscara infantil e inocente.

Ambos se miraron y, tras un segundo de silenciosa reflexión, ella asintió con un seco movimiento de la cabeza.

—Tienes mal aspecto y si no conseguimos comida pronto, nunca saldremos de la selva.

La mujer se acercó a José con los ojos vidriosos, llenos de preocupación, y le acarició con dulzura el rostro con el dorso de la mano. El maestro cerró los ojos para captar toda la esencia de la caricia. A pesar de haber finalizado, seguía con los ojos cerrados y cuando los abrió vio el dulce rostro de su compañera sonriéndole.

—¡Ejem! —carraspeó el duende, interrumpiendo ese momento, demasiado sensiblero para su gusto. Ambos lo miraron sonrojados—. Seguidme, es por aquí.

Cogió de la mano a su compañera durante las noches de luna llena y se la llevó a través de unos matorrales. José, perplejo, tuvo que correr para no perderlos de

vista. Isabel miraba al duende extrañada por el repentino ofrecimiento, y sonriente por su actitud infantil y colaboradora.

Tuvieron que nadar para atravesar un tramo de río ancho y profundo, se arrastraron para sortear un árbol caído sujeto por unas inseguras lianas y corrieron cuando se les vino encima una pequeña e inesperada avalancha de tierra, ramas y piedras. Al final de una cuesta de tierra suelta, raíces quebradizas y agujeros ocultos por una gruesa capa de hojas secas, llegaron al ahogar del *chullachaqui*.

—¿Qué es esto? —preguntó el profesor para sí mismo, mientras tomaba apuntes en su cuaderno y dibujaba el paisaje que tenía enfrente.

—Bienvenidos a mi hogar —respondió Billy con una exagerada y forzada simpatía—. Esto que veis a vuestro alrededor es el renaco, el árbol que habitamos la mayoría de los *chullachaquis* y también hogar de multitud de serpientes. Pero podéis estar tranquilos, si no las molestáis no tienen por qué haceros nada —concluyó al ver el pánico en los rostros de sus invitados.

Una pequeña charca de aguas cristalinas presidía la escena, tan profunda que no era posible divisar el fondo. Una sombra cruzó en las profundidades de la poza, la sombra de algo enorme, tan grande que era imposible que pudiera vivir ahí. El profesor miró sobresaltado a sus compañeros, pero ninguno pareció haberse dado cuenta de ello.

El *chullachaqui* mostraba con orgullo sus dominios, mientras Isabel lo miraba sonriente. No dijo nada al respecto, puede que la falta de comida estuviera empezando a afectarle. Alrededor crecían centenares de renacos, cuyas raíces crecían hacia arriba, como el lomo de un puercoespín, pero bajo tierra se introducían muy profundo para buscar la mayor cantidad posible de humedad. Tanta humedad captaban sus raíces que las copas de todos los árboles se juntaban creando una única bóveda de un color verde intenso. Bajo ella no era capaz de crecer ninguna otra especie de planta, por la escasa luz que conseguía llegar al suelo.

Los bosquecillos de renacos son lugares eternamente sombríos, pero con mucha vida en su interior. José sacó el hilo de pescar y buscó una rama larga, fina y flexible. No le fue difícil encontrarla, no tuvo que hacer más que alargar el brazo y arrancar una de las raíces que sobresalían del suelo. Preparó el hilo en la rama, tal cual le enseñó Juan al comienzo de su aventura, puso el anzuelo y se preparó para una nueva sesión de pesca.

—¡En mi casa no se caza! —advirtió, de pronto, el duende.

Tenía el rostro encendido de furia, los ojos se le salían de las órbitas y las pupilas se dilataron hasta que casi todo el ojo era de un color negro intenso. Un aura extraña lo envolvía y tanto al profesor como a la mujer les pareció ver que el

hombrecillo aumentaba de tamaño. El maestro dejó caer su improvisada caña de pesca en el acto, que quedó flotando en medio de la charca. Recogió el hilo y el anzuelo y se los volvió a guardar en el macuto.

—Esperad aquí —sugirió el duende, de nuevo con su aspecto habitual, inocente e infantil.

Se dio la vuelta y se alejó jugueteando con las ramas que se interponían en su camino, cantando y bailando, como si aquello fuera su pequeño parque de juegos privado. Cogía setas, el musgo que crecía en la superficie de algunas de las raíces y unos tubérculos parecidos a la papa y a la yuca. Cogió un pedazo de uno de los tubérculos, se lo mostró a ambos para que vieran que verdaderamente eran comestibles y se lo metió en la boca para demostrarlo. Cogió otro pedazo y se lo ofreció a la mujer, pero el profesor se lo arrebató de las manos, no se fiaba de él y prefería probarlo primero. Tras catar el tubérculo con reparo, se metió el resto del trozo en la boca asintiendo satisfactoriamente, en señal de aprobación. Hicieron lo mismo con el resto de los extraños alimentos que llevó Billy. José los probaba primero y, si no eran nocivos, se los daba después a Isabel.

Lo que no sabían era que algunos de los alimentos de los *chullachaquis*, a los que ellos eran inmunes, eran venenosos para los humanos. Durante los días que tardaron en llegar a la charca, el maestro prácticamente había comido tan solo para no caer enfermo por inanición, sus escasos alimentos, en gran parte, fueron para la mujer, así que aprovechó el pequeño banquete que les preparó su pequeño anfitrión para llenarse el estómago por primera vez en muchos días y recuperar todas sus fuerzas.

—Gracias —le dijo con sinceridad y la boca llena mientras comía—. Por un momento pensé que pretendías que nos perdiésemos, que todo esto sería alguna especie de truco para tendernos una trampa cuando menos nos lo esperásemos.

—¿Cómo iba a haceros yo algo así? Ahora somos camaradas —dijo mirando a Isabel con una sonrisa ladeada en los labios.

Tanto ella como el profesor se miraron extrañados, de pronto tuvieron un mal presentimiento.

Ahora era un trozo de seta lo que les ofrecía, después de haber comido él mismo uno previamente. Esta vez el duende tenía otro semblante, reflejaba malicia, como si esperase que pasara algo tras ese bocado. El profesor dudaba de si coger o no aquel pedazo, cuando Isabel se adelantó a cogerlo.

—Deja que pruebe yo algo primero por una vez —dijo ella. Y se lo comió.

—¡No! —exclamó el duende, abalanzándose sobre su mano para frenarla y que no se lo comiera, pero llegó tarde.

Ella ya saboreaba el pedazo, dándole vueltas en la boca y poniendo cara de curiosidad, como si fuese una experta catadora.

—¡Puaj! Qué asco, está amargo —escupió el trozo de hongo a los pies de Billy. Rápidamente José se levantó de su sitio y agarró al duende por el pescuezo cuando intentó huir al ver su reacción.

—¿Qué es lo que le has dado? —dijo zarandeándolo bruscamente.

—Dejemos clara una cosa —se excusó, queriendo aparentar que lo tenía todo bajo control—, yo no le he dado nada, lo ha cogido ella sola. Yo te lo estaba ofreciendo a ti, ahora tú eres el responsable de todo lo que le pase. —El profesor le dio un bofetón con tal furia, que lo hubiera lanzado contra el suelo si no llega a tenerlo agarrado.

—¿Qué era? —repitió zarandeándolo una vez más. Parecía una marioneta en sus manos, un simple muñeco incapaz de hacer nada para defenderse.

—Resulta que me he dado cuenta de que en estos días has perdido mucho peso, apenas has dormido porque estás todo el tiempo pendiente de ella. También me he fijado en que no me has quitado el ojo de encima a mí tampoco, no sé por qué, por cierto. —Pretendía hacer cargar a la mujer con la culpa del agotamiento de José, o por lo menos con parte de ella—. Esta seta lo que hace es ayudarte a relajarte. Te ayuda a descansar mejor.

—¿Y por qué no me habías dicho nada? —comenzó a atar de nuevo las manos al duende y le rodeó el cuello con la cuerda a modo de correa—. Sabía que tarde o temprano intentarías alguna cosa extraña, no me fio de ti, nunca me he fiado y nunca me fiaré de una criatura tan fea y miserable como tú. —Esta vez también le ató los pies para inmovilizarlo por completo.

—Te recuerdo que estás en mi mundo, un lugar como nunca soñaste ver, un mundo donde suceden las cosas más inesperadas, un sitio donde tú eres el feo —contestó amenazadoramente, a pesar de estar amordazado por completo.

Cuando José y el duende terminaron de discutir, el maestro se dio cuenta de que Isabel no se había inmiscuido en la discusión. Esperaba verla observándolos desde lejos con cara de resignación, dejándolo a él que hablara por ella y la defendiera, pero no fue así. Estaba tumbada en el mismo lugar donde estaban comiendo, boca arriba, completamente inmóvil. No reaccionaba a su llamada, no reaccionaba a sus gritos, sus caricias o sus besos. Incluso la abofeteó moderadamente un par de veces como último recurso, pero nada de lo que hacía funcionaba para hacerla reaccionar. Si no hubiese sido por el subir y bajar de su vientre podría haber pasado por muerta.

—¿Así es como querías que me relajara? —increpó el profesor al duende, que lo miró con cara de inocencia—. ¿Y ahora qué pasa con ella, cuál es el antídoto?

—No hay ningún antídoto, simplemente estará dormida hasta que se despierte. Todo depende de la cantidad de veneno que haya tragado. Puesto que ha escupido casi todo el trozo, no creo que los efectos duren mucho. Mañana

debería estar descansada y lozana como si no le hubiese pasado absolutamente nada —explicó Billy.

—Y ¿por qué querías que fuese yo el que durmiera? —interrogó el maestro, levantando nuevamente al hombrecillo del suelo y poniendo su cara a la misma altura que la suya.

—Porque es mía —respondió el duende sin vacilar, retándolo con la mirada—. Todos los actos que ha llevado a cabo esta mujer durante su vida la han llevado hasta mí, yo no la busqué, yo no le lancé la maldición. Ha sido ella sola la que ha ido escribiendo su propio destino hasta dar conmigo. —Lo miraba ahora enojado, con el ceño fruncido y una risilla maliciosa—. Y luego vienes tú, desde el otro lado del mundo, para despertar un peligro del que todo ser viviente en esta selva intenta alejarse. ¿Y todo para qué, para intentar librarla de una maldición insignificante?

—No, yo he venido hasta aquí porque esta mujer se merece una segunda oportunidad. La necesita por todo lo que ha sufrido, lo que tú le has hecho sufrir. Conseguiré que deje de estar maldita y la alejaré de ti todo lo que sea posible, si es necesario la llevaré a España para que tenga la vida que se merece. —A pesar de estar frente a frente con Billy, todo eso lo dijo mirando a Isabel, dormida profundamente, como si le estuviera haciendo una promesa que jamás escucharía.

—¡Ella es mía! —gritó el duende, zarandeándose con brusquedad y tratando de golpear al hombre como fuera. Pero no lo consiguió, el profesor lo tenía bien agarrado y erró todos sus intentos.

Entonces Billy, balanceándose como un péndulo, murmuró unas palabras. Decenas de serpientes salieron sibilantes de sus escondrijos ocultos entre las raíces de los renacos en dirección a ellos. José soltó al hombrecillo en el acto, torciéndose un tobillo en la caída. Asíó rápidamente su cuchillo y se lo clavó a una de las serpientes que estaba dispuesta a saltarle encima, con sus afilados colmillos apuntando hacia él. Le dio una patada a otra con sus pesadas botas, dejándola inmóvil. Esquivó otra que saltó directamente a sus piernas, pero al hacerlo pisó a otra que tenía detrás y le mordió en la mano que llevaba colgando, en la que no tenía el cuchillo. La serpiente se quedó colgada de su mano como unos grilletes, le cortó la cabeza y se la quitó con cuidado.

Asustado, examinó la serpiente con un rápido vistazo. No era de una especie venenosa. Continuó zafándose como podía de los ofidios que lo atacaban sin descanso. No podía hacer frente a tantas al mismo tiempo y trató de escalar un árbol con torpeza, por culpa de su mano herida. Al ver que de ese modo le ganaban terreno con facilidad, se zambulló de cabeza en la charca, pero la mayoría de las serpientes también eran excelentes nadadoras y le recortaban distancia peligrosamente. Pero José no se detuvo en ningún momento, salió de la

charca y correteó por los alrededores, nunca sin perder de vista a Isabel. Zigzagueaba entre las grandes raíces que sobresalían del suelo, evitaba socavones y saltaba sobre las rocas más grandes.

Viendo lo difícil que era capturar esa presa, las serpientes cambiaron de objetivo y se centraron en la indefensa mujer. Billy observaba divertido cómo el profesor luchaba por mantenerse a salvo, pero de soslayo vio cómo una serpiente llegaba hasta ella y empezaba a enroscarse en una de sus piernas. Otras tantas llegaron después, arrastrándose sobre su cuerpo. Volvió a murmurar unas palabras y todas las serpientes se detuvieron y regresaron de nuevo a sus cubiles ocultos.

—¿Qué ha pasado, has hecho tú eso? —El profesor tenía la respiración entrecortada y el pulso acelerado tras la pugna con los reptiles.

—¿Hacer el qué? —intentaba disimular el duende, sin mucha convicción.

—Sé que has sido tú el que ha enviado a las serpientes. ¿Por qué después de todo has hecho que se detengan?

—Está bien, te lo contaré —cedió el pequeño ser, poniéndose en pie con dificultad por culpa de sus ataduras—. Pero primero podrías... —levantó sus pequeñas manos, todo lo que pudo hacia el maestro y le imploró con la mirada.

—¡No! —sentenció el profesor—. Ahora dime lo que ibas a contarme. Aún me queda más cuerda, no me obligues a utilizarla. —Billy volvió a sentarse.

—Los *chullachaquis* tenemos algún poder sobre la naturaleza, en ocasiones, es divertido, pero estamos siempre muy solos. Hay quienes tienen la misión de regular los afluentes de los ríos para que no haya inundaciones inoportunas, otros controlan a los animales para que no se desvíen mucho hacia territorio enemigo, otros, los árboles, para que no se roben la luz unos a otros, y así con toda la selva. Y hay a quienes se nos encarga la misión de hacer cumplir las leyes del Amazonas, como es mi caso. —Esta vez el hombrecillo hablaba con la vista clavada en el suelo, triste. Pero ahora no lo fingía, no quería que José lo viera—. De toda la vida, los duendes hemos sido seres solitarios y territoriales, y las pocas veces que se nos puede ver juntos es cuando se invaden otros territorios que no son los nuestros o para reproducirnos. Ni siquiera nuestra reproducción es algo amoroso o pasional, como ocurre con algunas especies de animales o con vosotros, los humanos. —Los ojos del *chullachaqui* se volvieron vidriosos y humilló más la cabeza todavía para esconder su rostro de la vista del profesor, que lo escuchaba atentamente—. Nuestro acto de reproducción es frío y prácticamente un mero acto para preservar la especie. Nada más nacer, nuestras madres nos abandonan en lechos florales, que también nos sirven de alimento. Crecemos solos hasta que llega el día que descubrimos cuál es nuestra función en la selva y nos dedicamos a ello el resto de nuestras vidas.

—¿Cómo sabéis cuál es la función de cada uno? —preguntó el profesor con curiosidad, tras escuchar con interés la historia y anotar algunos detalles en su libreta.

—Sencillamente lo sabemos, digamos... que nos lo ordena la selva. —Desvió la mirada a la mujer—. Es bien sabido que no tenemos buena fama entre los humanos y nos lo tenemos merecido. Mis parientes, los *chullachaquis*, son unos incansables seres hacedores de pesadas travesuras cuyas víctimas, los humanos, generalmente, muchas veces no salen precisamente bien parados. De ahí vuestro ancestral odio hacia nosotros.

—¿Cómo que son? —lo interrumpió José, claramente irritado—. ¿Y qué pasa contigo?

—No me interrumpas —respondió el hombrecillo, quitándole importancia a la pregunta de su compañero con un desganado movimiento con la mano—. Pero llegó el día que se me asignó mi tarea: vigilar y castigar a una *runamula* por sus actos de infidelidad. Empecé ilusionado, era cruel y despiadado, y me encargué de que todo el mundo la apartara de su lado. A decir verdad, hacía mi trabajo a la perfección. —Puso cara de satisfacción, pero el profesor lo miró con reproche, frunciendo el ceño, y se esfumó al instante—. Un día decidí espiar a los humanos para saber más de ellos y poder utilizar esos conocimientos para castigar más a la *runamula*. Veía cómo los padres jugaban con sus hijos y las madres los mimaban cuando se caían y se raspaban las rodillas. Veía cómo los grupos de amigos se reunían para divertirse, bailar y reírse. Y entonces me empecé a sentir solo aquí, en mi pequeño reino, sin más compañía que un puñado de culebras. Alguna que otra vez me he convertido en uno de vosotros, pero siempre han terminado por descubrirme y han huido o intentado agredirme.

—¿Cómo...?

—Gírate.

Cuando el maestro se dio la vuelta, escuchó un murmullo a su espalda y cuando el hombrecillo le dio la señal se volvió a girar de nuevo. No se lo podía creer, su nuevo amigo, el capitán estaba de pie enfrente de él. Pero había algo extraño en él, igual que vio algo raro la noche que apareció frente a la puerta de la casa de Isabel. El duende ahora era exactamente igual que el capitán, salvo por que su pierna izquierda era la de un animal.

—Ahora entiendo —balbuceó el profesor boquiabierto, recordando la cojera y la bota holgada de la noche que los visitó.

—Muchos *chullachaquis* salen indemnes tras sus pesadas bromas, trampas o travesuras, pero algunos sufren cara su osadía y pagan las consecuencias de la peor manera posible. —Hablaba ahora decaído—. Desde entonces busco a

alguien con quien pasar los largos días, esperaba impaciente cada luna llena para poder estar con alguien, para poder estar con ella, mi única compañía en este inmenso mundo. —El profesor casi se compadecía de él. Escuchando su versión daba incluso lástima—. Pero ¿sabes lo difícil que resulta tratar con una *runamula* encabritada? Es casi imposible, cada uno de mis golpes, de mis tirones, eran para que se detuviese, pero parecía que eso la enfurecía todavía más. Y llegaste tú y me quitaste protagonismo, la hembra reaccionaba a tu llamada y respondía a tus palabras. Vi en ti un claro rival y pagué mi frustración descargando toda mi ira contra ella, el único ser al que era capaz de dominar.

—¿No probaste nunca a hablar con ella? —sugirió el profesor en un tono protector, casi paternal—. Es la mejor forma de hacer amigos, sin pegarles ni provocarles graves heridas.

—Yo es que no sé hablar el idioma de los caballos. Puedo transformarme en uno, pero no hablar como ellos —se excusaba el duende—, ¿irónico, verdad?

—En el fondo era ella misma, siempre lo ha sido. —José la observó mientras dormía y no pudo evitar sonreír con cariño—. Con un poco de ayuda y hablando las cosas, podríamos llegar a ser amigos los tres, ¿no te parece?

—¿Cómo? ¿Amigos? ¿Los tres? —Billy no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Una lágrima resbaló por su mejilla, enrojecida tras los bofetones.

—Te puedo asegurar que si tratas de ayudarla, ella sola se acercará a ti —le animó el profesor mientras le liberaba de sus ligaduras—. ¿Lo ves? A mí me has demostrado tener un buen corazón, después de todo. Haz lo mismo con ella.

Le dio un golpecito en el hombro de la misma manera que hacía con el capitán. El duende se sujetó el brazo por el lugar donde recibió el golpe y se apartó a un lado mirando extrañado. Fue entonces cuando el maestro se dio cuenta de que echaba de menos a ese peculiar y extravagante hombre por el que no hubiera dado nada al comienzo de su viaje, pero que ahora era una pieza clave en su aventura.

Aclaradas sus diferencias, se dedicaron a lo verdaderamente importante: la mujer que dormía tumbada en el suelo frente a ellos. El nuevo camarada y compañero de viaje, Billy, salió contento a corretear por los alrededores de la charca. El profesor colocó a Isabel en una posición en la que pudiera descansar más cómoda, se sentó de nuevo junto a ella y la observó durante su sueño. En ese mismo instante, regresaba el hombrecillo cargado de fruta fresca, que parecía recién cogida de los árboles, tanta como podían abarcar sus pequeños brazos. Se la ofreció a José, su nuevo y primer amigo.

—Toma, parece que sigues con hambre —dijo amigablemente, mientras le entregaba los frutos y los frotaba contra sus mugrientos ropajes para limpiarlos.

—¿De dónde has sacado tanta fruta? —preguntó el profesor atónito—.

Durante los días que hemos estado de camino hacia aquí, no he visto ni un solo árbol con fruta, me parecía extraño, pero así era.

—Ya te he dicho antes que los *chullachaquis* poseemos algún poder sobre el bosque.

Puso sus puntiagudas orejas hacia atrás, con cara de arrepentimiento, mientras el profesor lo observaba una vez más con el ceño fruncido. Comió hasta hartarse y después volvió a vigilar a la mujer mientras yacía inmóvil.

—Puedes dormir tranquilamente, no le pasará nada —dijo el duende.

—¿Y qué pasa con las serpientes? —preguntó con una mezcla de preocupación y miedo.

—Son inofensivas, no tienes de qué preocuparte —Billy le quitó importancia al tema con un gesto de su mano—. Además, no tienen veneno, ¿para qué sirve una serpiente sin veneno?

—Podría ser un buen cinturón. —Ambos cruzaron miradas y rieron amistosamente.

José siguió el consejo del hombrecillo y se tumbó cerca de Isabel. Una mezcla entre musgo y hierba cubría toda la superficie del hogar de aquel ser salido de leyendas, hacía que el suelo fuese mullido y reconfortante.

No sabía cuánto tiempo durmió, la permanente penumbra de la charca le impedía hacerse una idea de la hora que era. Solo sabía que durmió hasta que se despertó sin un ápice de cansancio. Tras desperezarse miró sonriente a Isabel, que seguía dormida, y trató de despertarla. La besó, le susurró al oído, incluso le gritó y la zarandó un par de veces, pero no tuvo éxito, continuaba profundamente dormida.

—Siento todo lo que te está ocurriendo —le dijo el profesor a la mujer inconsciente, acercándola hacia sí y acariciándole el pelo con suavidad y dulzura—. Todo esto es por mi culpa. Si hubiera sido más listo, si hubiera estado más preparado, ahora no estarías así. Te prometo por mis antepasados que conseguiremos encontrar a ese chamán transformista y cuando lo hagamos, te librará de la maldición. —A pesar de estar dormida le hablaba como si pudiera escucharlo, con el corazón, sincerándose con cada palabra—. Y cuando todo eso ocurra, yo me iré, regresaré a mi país para no seguir complicándote la vida. Desde que aparecí en ella solo te han ocurrido desgracias.

—Si te vas, no sé cómo ni cuándo, pero te encontraré, y cuando te encuentre te aseguro que te abofetearé —le dijo Isabel con un hilo de voz, sonriente, tras escuchar mientras se hacía la dormida durante todo el monólogo.

José sonrió como un niño abriendo su regalo de cumpleaños. Pero borró la sonrisa al instante y carraspeó un par de veces para aparentar normalidad cuando a su lado, Billy, no pudo evitar reírse de él.

—Toma, come algo, lo necesitas —El profesor le acercó unas piezas de fruta y la ayudó a incorporarse.

—¿Qué es todo esto? —preguntó confusa, recordando la escasez de comida de los días anteriores.

—Él nos lo ha conseguido —señaló a Billy, que los observaba desde una distancia prudente para no importunarla, atribuyéndole el mérito del festín.

Por primera vez desde que contrajo la maldición, Isabel miró al *chullachaqui* a los ojos y no puso cara de repugnancia. Se miraban fijamente el uno al otro, tratando de estudiar sus intenciones y determinar si fiarse o no. Terminado el desayuno, recogieron los bártulos y se prepararon para proseguir con la búsqueda del *mapinguarí*. No sin antes llenar su mochila con provisiones que les proporcionó Billy, entre ellas, fruta, algunos de los tubérculos que ya habían probado anteriormente y un odre para cada uno llenos con agua fresca de la charca.

Tras una experiencia un tanto extraña, salieron de los dominios del *chullachaqui* y volvieron a verse rodeados de maleza. Volvieron a escuchar el canto de los pájaros y los mosquitos seguían tan molestos como de costumbre. Nada más comenzar a andar, el profesor detectó un gesto extraño en el hombrecillo. Al parecer, le dolía el pie que se lastimó cuando lo soltó al ser sorprendido por las serpientes y aguantaba el dolor en silencio para no causarles más molestias. Se lo subió sobre los hombros y durante un rato este los guio como si fuese el vigía de un barco pirata o estuviese en lo alto de una atalaya. Lo extraño fue que esa actuación sobre los hombros de José provocó una sonrisa, aunque muy leve, por parte de Isabel hacia la criatura.

CAPÍTULO 26

—Corre el rumor de que cerca de esta zona, donde estamos ahora mismo, en un arroyo no muy lejos de aquí, iba a pescar un joven del que dependía la supervivencia de toda su familia. Cada día acudía al mismo sitio del río a pescar y poco a poco pudo capturar piezas cada vez más grandes. Por primera vez en varios años, sus hermanos pequeños y su madre viuda no pasaban hambre, hasta que cierto día se topó con el pez más grande que jamás hubiera visto. Preparó el sedal y el anzuelo y se preparó para el comienzo de una guerra con aquel gigantesco animal acuático. Hay quien dice que fueron unas pocas horas y otros que fueron días. La cuestión es que le plantó cara al pez durante mucho tiempo, hasta que, finalmente, abatido por el tremendo esfuerzo, no pudo sostenerse más y cayó al agua, arrastrado por la tremenda fuerza de su presa. El joven pescador pensó que con ese animal su familia comería sin problemas durante semanas y por eso no desistió en lograr su objetivo. Poniendo en sí mismo toda su confianza, no soltó la caña en ningún momento, pero el pez aún tenía energía y lo arrastró hasta lo más profundo del río. Al ver que no regresaba, su familia fue a buscarlo al lugar donde solía pescar, pero allí no había nadie. Durante tres días permanecieron en aquel sitio, en el margen del río, pero el cuerpo del joven pescador nunca apareció. Regresaron a su casa, finalizaron la búsqueda y celebraron un funeral enterrando un ataúd vacío. Sin ninguna noción del tiempo, sin saber cuánto tiempo había pasado, al cuarto día, el joven emergió de las aguas convertido en una extraña criatura acuática: un híbrido de ser humano y el monstruoso pez que se lo llevó a las profundidades. —Sentados alrededor del fuego, las sombras provocadas por las llamas sobre el rostro del duende, hacían que su historia resultase más terrorífica—. Nunca se supo lo que pasó realmente, pero la historia cuenta que, una vez bajo el agua, el pescador siguió el sedal hasta llegar a la cabeza del enorme pez, donde se sujetó con todas sus fuerzas. Gracias al amor que profesaba a su familia y la responsabilidad que tenía con ellos, cuando el joven se quedó sin aire, justo antes de morir se fundió con el cuerpo del pez, fusionándose a la vez sus almas y sus cuerpos. Cuando salió del agua y vio que no había nadie esperándolo ni extrañando su ausencia, una rabia tremenda invadió su cuerpo. Decidió dar una oportunidad a su familia y esperó en el mismo lugar donde un día lo esperaron a él. Al tercer día y cegado por la furia, sus emociones, recuerdos y su moral abandonaron su mente y lo convirtieron en una bestia sin sentimientos, de afiladas garras, dientes como cuchillas y con la capacidad de respirar tanto fuera como dentro del agua. Tenía una gran sed de venganza hacia todos aquellos que no lloraron su desaparición.

O, por lo menos, así pensaba él que fue lo sucedido. —Billy acompañaba su historia con gestos y gruñidos que imitaban a algún tipo de monstruo. Pero el sugestionado e imaginativo cerebro del profesor le hacía escuchar cosas extrañas a su alrededor—. La temible bestia, furiosa, se dirigió hacia lo que un día fue su hogar y mató a todos sus habitantes. Cuando terminó la matanza, por un instante, regresaron a él todos sus recuerdos y sensaciones que lo habían abandonado e intentó quitarse la vida, movido por la culpa. Ante semejante acto de crueldad, la selva lo castigó con el don de la inmortalidad, para que así tuviese que cargar con la culpa durante toda la eternidad. Desde ese día, cada cuatro días, el monstruo reaparece donde estuvo el hogar de su familia con ansia por descargar parte de la rabia que lleva dentro, hacia sí mismo. —Terminó de relatar Billy muy serio, como si no quisiera perturbar la paz del lugar donde se encontraban asentados.

—¿Dónde estaba exactamente la casa de la familia de ese pescador? —el profesor intentaba aparentar serenidad. Por un lado podría ser un nuevo misterio que investigar, pero, por otro lado, el miedo lo invadía e inmovilizaba.

—Estaba precisamente aquí, en este mismo lugar donde nos encontramos ahora mismo. —En ese mismo momento las brasas crepitaron y se intensificaron las llamas, haciendo más espeluznante el rostro ensombrecido de Billy—. Y ahora se ocupará de nosotros por invadir los últimos restos de su hogar. Muy buen sitio has escogido para descansar. Últimamente no estás muy acertado —dijo con retintín, a modo de reprimenda.

—Hay que mantener la calma —dijo José tranquila y pausadamente, en un tono sosegado, haciendo respiraciones profundas mientras intentaba pensar en algo—. ¿Cuándo fue la última vez que apareció? —A pesar del frescor, un brillo de sudor se revelaba en su frente—. Menos de cuatro días, ¿a qué sí? —Estaba nervioso, asustado y tenso, e hizo un amago de coger sus cosas y marcharse, pero algo lo detuvo.

Se escuchó un ruido a su espalda y esta vez no fue fruto de su imaginación. El ruido de hojas secas pisoteadas, unos pasos cansados que se arrastraban perezosamente y un gruñido débil pero firme y con autoridad. Horrorizado, José se giró rápidamente y se puso en una posición cómoda para salir corriendo, si fuera necesario. Ya se imaginaba a sí mismo en la historia que acababa de contar Billy, junto a la familia del pescador, justo antes del ataque.

Un matorral enfrente de él se movió bruscamente y una figura sin forma definida emergió de la oscuridad, con torpeza, ante sus ojos. Era el emisor del gruñido que escuchó y avanzaba con sus grandes garras levantadas hacia ellos. El maestro no pudo aguantar más el miedo y salió corriendo, como si el espíritu de un jaguar lo hubiese poseído. Tales eran sus nervios que se enredó con sus

propias piernas, tropezó y cayó, con tan mala suerte que acabó sentado encima de la hoguera. Se levantó a la velocidad de un pestañeo, saltando y gritando mientras se sacudía el trasero para quitarse las pequeñas brasas que se quedaron pegadas al pantalón.

Entonces unas risotadas burlonas estallaron a viva voz detrás de él, el duende se retorció en el suelo, sujetándose el estómago a causa de la risa. Buscó a Isabel, no se había acordado de ella en todo el rato que duró el relato, pero no estaba, aunque sí podía escuchar cómo se reía ella también. Volvió a mirar y se acercó con precaución al supuesto monstruo que apareció por su espalda. Era ella, iba disfrazada, ataviada con multitud de ramas y hojas que le daban ese aspecto tan aterrador. Ofendido, avergonzado y enfadado, el aventurero se alejó de ellos para irse a dormir solo. Caminaba con una leve cojera y se frotaba las posaderas con suavidad, esto provocó un nuevo estallido de carcajadas por parte de sus dos acompañantes.

—Qué grosero, hacer eso delante de una dama —se mofó el duende a sus espaldas.

Isabel, que aún tenía puesto su improvisado disfraz, se acercó a gatas al duende y le pasó una mano sobre el hombro como aprobación de su broma. En ese mismo instante, Billy dejó de reírse y miró la mano de su nueva amiga colocada sobre él. Sonriente, observaba cómo ella se reía con él, entonces, una sonrisa se dibujó en sus finos labios al recibir una muestra de afecto por su parte, una sonrisa que duró toda la noche. Después se fueron a dormir sin molestar al indignado profesor.

La mañana siguiente fue la primera, desde que se conocieron el hombre y la mujer, que él no esperaba con el desayuno preparado a que ella se despertara. En su lugar, estaba desayunando solo, apartado del precario campamento, lo más alejado posible del duende y su compinche.

—¿Por qué estás enfadado? —le preguntó Isabel al profesor, divertida, con una falsa preocupación.

—¿Por qué no vuelves con tu amiguito? —respondió él con sarcasmo y de mala gana—. Por lo visto, ahora os lleváis muy bien.

—Tranquilo, valiente, no te quemes —gritó desde la distancia el duende que acababa de despertarse.

Le vino nuevamente un ataque de tos provocado por la risa. El profesor, en silencio, lo sentenció con la mirada.

—Ya no me acuerdo de lo que era oler bien, los mosquitos ya no se me acercan por la mugre que llevo encima. Voy a buscar ese famoso río, a ver si con suerte no me ataca ningún mutante marino y me consigo dar un baño. —La mujer pasó insinuándose junto al maestro, que aún estaba sentado en el suelo,

con la cabeza agachada, y enfurruñado.

Le pasó los dedos por el pelo, se lo revolvió y le lanzó algo a los pies, mientras se alejaba entre los árboles en dirección al río. José apartó la cabeza de la mano de la mujer y observó lo que le había lanzado. Era la blusa que llevaba puesta, al verla levantó la vista de nuevo, lentamente y sonrojado. La descubrió envuelta en la manta que utilizó para dormir, alejándose poco a poco por un sinuoso y estrecho sendero. Al instante se olvidó de su enfado y cambiaron por completo su ánimo y su semblante serio.

—Pero no pongas esa cara, que el monstruo no existe —le dijo el duende con los ojos llorosos, tomándose un respiro entre risas.

—¡Cállate! —ordenó el profesor, lanzándole una pequeña piedra. Esperó a que la mujer se alejara y cuando salió de su campo de visión se levantó y la siguió a hurtadillas.

—Mira el listillo, para lo que le interesa, sí que pierde el culo —se burló Billy al ver a José cojear, acordándose del incidente que tuvo con la hoguera—. ¿Lo captas? Perdiendo el culo.

Hizo un gesto con la mano para dar más énfasis a sus palabras y volvió a reírse con contundencia. Desde que podía considerar a esas dos personas amigos suyos, el hombrecillo se lo estaba pasando realmente bien. El profesor le volvió a lanzar esa dura mirada suya, pero de momento no había conseguido hacer ningún efecto sobre él.

Sin hacer caso de las burlas, la siguió sigilosamente hasta el río de agua tranquila y clara. Fue una situación similar a cuando la siguió al salir de su casa la noche que los acogió, pero esta vez brillaba el sol y la transformación no era más que un recuerdo. Se escondió tras una roca que había a los pies de un árbol, rodeada de maleza. Estaba nervioso, no sabía si salir de su escondite e ir a por ella o regresar al campamento y seguir soportando las bravuconadas de una criatura la mitad de grande que él.

Se imaginaba con ella, poseyéndola. Él la sorprendía saliendo de detrás de la roca y ella lo esperaba ansiosa. Salía del agua y se tumbaba con el cuerpo frío y húmedo sobre una roca calentada por el sol. Con sus pechos turgentes, apuntando hacia el cielo, esperaba sentirse mujer de nuevo. Pero también se imaginaba derrotado, rechazado por la mujer escandalizada al verse espiada. Lo utilizaría para conseguir su propósito, y una vez consiguiera librarse de la maldición, no volvería a verla jamás. El único recuerdo que le quedaría de ella sería la marca roja de su mano en la cara por haberla acechado a escondidas.

Observó la camisa que Isabel le había lanzado, la arrojó al suelo con furia y salió de su escondite para lanzarse de una vez por todas sobre ella y no dejarla escapar nunca. Pero cuando por fin encontró el valor necesario para hacer algo,

ya fue demasiado tarde. Fue corriendo hacia donde supuestamente estaba y la descubrió a medio vestir, con la poca ropa que llevaba puesta empapada y el resto de la ropa y la manta abandonadas sobre la hierba en el margen del río. Estaba saliendo por el lado opuesto al que se encontraba él y el campamento, y se metía con decisión en el interior de la selva.

CAPÍTULO 27

Parecía como hipnotizada. Caminaba como un ente sin alma, decidida a llegar a donde quiera que estuviera yendo. Tropezaba y se levantaba sin protestar tras despellejarse las rodillas, los codos o las palmas de las manos. José la seguía sin quitarle la vista de encima desde el otro lado del río. Dio un fuerte silbido al aire y al poco rato apareció Billy, más rápido de lo que jamás habría imaginado y cargado con todo lo que se quedó en el campamento. Se repartieron la carga y continuaron la persecución de la mujer, que se perdió entre los árboles.

Un pequeño arroyo se desprendía del ancho río principal y se internaba de lleno en la selva. La mujer lo siguió como si conociera aquellas tierras de toda la vida, sin dudar, sin ser consciente de los peligros que conllevaba internarse en la selva ella sola.

—Esto no tiene buena pinta —presagió Billy.

Era la primera vez que veía al duende así de serio. Señalaba algo sobre las copas de los árboles, más allá de donde perdieron de vista a Isabel.

—No son más que unas pocas garzas —dijo el profesor, confuso.

No entendía el peligro que podía conllevar un puñado de esas aves. Revoloteaban sobre algo que había entre la arboleda, ascendían y descendían de ese preciso lugar, sin ninguna intención de moverse de allí.

—No son garzas —lo corrigió el hombrecillo con voz ahogada—, son tanrillas.

—¿Tan... qué? ¿Qué tienen de malo?

Billy le lanzó al profesor la misma mirada que este solía lanzarle y, al contrario que ocurría con él, a José le recorrió por la espalda un escalofrío de arriba a abajo y se clavó en su cerebro. Conocía la clase de poderes que tenía cuando se enfadaba.

—No son ellas lo que me preocupa. Lo que me preocupa es el lugar del que vienen y van las TAN- RI-LLAS. —Aclaró vocalizando abiertamente—. Al final, va a resultar que no eres tan listo como tú creías.

El profesor le devolvió la dura mirada. Una mirada con la que sucumbieron contratistas, comerciantes y mercenarios, pero que parecía no tener efecto sobre esa pequeña criatura. El duende agachó la cabeza y la movió, negando, al ver que su nuevo amigo no se rendía al tratar de intimidarlo.

Sin pensárselo dos veces, el maestro buscó una liana fina, larga y resistente. Ató un extremo alrededor del tronco de un árbol que se inclinaba sobre el río; el otro extremo lo enrolló en su cintura y descendió la ladera. Juntó todo el equipaje que llevaban, formando una bola de mochilas y ropa, se cargó a Billy a

la espalda y se lanzó al agua. Mientras el profesor y el duende cruzaban el río, Isabel les ganaba terreno, una distancia que sería crucial si se cumplían las sospechas del *chullachaqui*. Cruzar el río y subir la ladera opuesta fue fácil, lo difícil fue encontrarla a ella.

Ya que podía haberse ido en cualquier dirección, siguieron el presentimiento de Billy y caminaron hacia el lugar donde revoloteaban las pequeñas garzas. Estaban tan cerca que podían oír sus graznidos e incluso oler sus defecaciones.

Efectivamente era el camino que tomó la *runamula*, la manta con la que estaba envuelta estaba tirada en el suelo, al final del fino arroyo que siguieron. Terminaba a los pies de una pequeña cueva, donde pareció haberse internado. Allí fue donde la vieron, casi desnuda y descalza, metiéndose en el interior de la caverna, guiada por algo mucho más fuerte que su propia voluntad.

Junto a la cueva, en un lateral, había una enorme jaula sin techo que contenía a numerosas de esas aves a las que iban siguiendo. Estaba fabricada con gruesas cañas de bambú atadas con lianas. Otras tantas se cruzaban en el interior para que las pequeñas garzas tuvieran donde posarse. Era una estructura sólida que parecía llevar años construida sin perder su robustez.

Y en la entrada de la gruta, esparcidos, junto al arroyo, estaban los restos todavía humeantes de una hoguera.

—¿Para qué alguien querría atrapar a tantas tanrillas? —preguntó el profesor, curioso, con dificultades para pronunciar el nombre de esas aves.

—Fíjate bien, no son las prisioneras de nadie, esa jaula es su hogar, su nido. Tiene el techo abierto para que puedan salir cuando les plazca. Parece alguna especie de criadero —advirtió Billy, claramente preocupado por la situación y el lugar en el que se encontraban.

—¿Quién tendría un criadero de garzas aquí, en medio de ninguna parte? —El profesor curioseaba tocando la jaula y comprobando su robustez, dando tirones de algunas de las cañas que la formaban—. Mejor dicho, ¿para qué?

—Parece que no eres tan listo como te crees —dijo Billy con altanería—, mi mundo te viene demasiado grande. —José volvió a lanzarle su dura mirada, pero este la ignoró una vez más—. Fíjate en la hermosura de esas aves, sin duda, un derroche de belleza y elegancia.

Los rayos del sol brillaban en su plumaje blanco y hacían bailar los colores del arco iris en su cola. Cientos de colores yendo y viniendo, saliendo y entrando de las mismas plumas. Ni una sola mancha, ni una pluma mal puesta, esos animales estaban impolutos, imposible de creer para estar en plena selva. Cuando no estaban volando, se acicalaban y peinaban a sí mismas o bien unas a otras.

—¿Y qué hacen además de ser bonitas? No creo que nadie les construya un hogar por diversión.

El profesor no apartaba la vista de la jaula, observaba cada detalle. Desde los polluelos más pequeños hasta los ejemplares más grandes y robustos.

—De verdad que no durarías aquí ni un solo día sin mí —dijo el *chullachaqui* con resignación y dando un suspiro de exasperación, a la vez que negaba con la cabeza—. El dueño de estas tanrillas es un *mohán*, un ser horrendo que utiliza a estas aves para encantar a bellas mujeres como ella.

—¿Un *mohán*? ¿De qué se trata esta vez? Tiene nombre de hongo. —El maestro dejó de observar la jaula y miró fijamente al hombrecillo—. ¿Cómo que encantar?

—La tanrilla posee en sus patas el secreto de un encantamiento de amor. —El profesor lo miraba divertido, pensaba que sería otra de sus bromas—. El *mohán* caza a la tanrilla con un disparo de su *pucuna*, una larga cerbatana que utiliza como arma y herramienta. Una vez cazada, separa los huesitos de sus patas del resto del cuerpo y los prepara mediante ícaros, cantos mágicos que se transmiten los de su especie generación tras generación. Una vez quitada la médula, aparecen unos pequeños tubitos que permiten, a cualquiera que se hiciese con uno, ver a su amada a través de él, y gracias a los ícaros previos de un curandero, la mujer amada acudiría a su llamada. Pero los *mohán* han ido más allá, han aprendido a tocar los tubitos como si fuesen pequeñas flautas y gracias a sus cánticos ancestrales hacen que su canción guíe a la mujer deseada hasta ellos. Cuando eso sucede, la mujer nunca regresa. Nadie sabe con exactitud lo que hacen con ellas, unos creen que se las comen. Hay otros que creen que abusan de ellas hasta la muerte y luego se las comen, o que después de abusar de ellas las abandonan a su suerte y la selva se encarga del resto —confesó Billy con pavor.

El profesor cambió su gesto, siendo consciente de lo que había visto hasta ahora, no podía dudar de la veracidad de esa historia.

—Ha debido de encontrarla mientras se daba su baño —logró deducir el explorador tras una breve reflexión—. Tenemos que arrebatársela como sea.

—Hazme un favor, deja de dar ideas, se nota que no conoces a lo que te enfrentas. —Parecía que al duende ya empezaba a molestarle la falta de información de su compañero. Comenzó a deambular pensativo frente a la jaula—. ¡Tengo una idea! —dijo, al fin, con gesto triunfal y dando un salto de alegría por haber encontrado un plan—. Haremos que salga de su cueva y en cuanto aparezca, yo me abalanzaré sobre él y tú lo noquearás.

—Me parece bien, entre los dos no debería de resultarnos difícil acabar con él. —El profesor ya se veía victorioso. Billy volvió a suspirar cansadamente, como si le diera pereza repetirle.

—En serio, cállate, no tienes ni idea de lo que hablas —sentenció.

CAPÍTULO 28

Al principio fue la curiosidad, después simplemente no podía dejar de caminar y tratar de encontrar la procedencia de tan hermosa música. Sin saber cómo, Isabel se encontraba en lo más hondo de una maloliente y lóbrega cueva acompañada por un hombre inmenso. Su cabello y su barba eran tan largos que prácticamente no le hacía falta la ropa para cubrirse el cuerpo. Su rostro era tosco y rudo, y lucía unas uñas largas y sucias. Todo eso, junto con sus más de dos metros de altura y sus brazos gruesos y fuertes como troncos de árbol, lo convertían en un ser tan peligroso como cualquiera de los grandes depredadores que moraban en la selva.

En cuanto la mujer apareció en la caverna, el *mohán* dejó de tocar su flauta de tanrilla y la invitó a sentarse junto a él. Era todo muy extraño, aunque a regañadientes, accedió a su invitación por miedo a enfadar al gigante. Toda la cueva estaba llena de trastos, los tesoros de esa nueva y extraña criatura. Algunos artilugios estaban fabricados a mano por él mismo, otros eran tan antiguos o estaban tan destrozados que eran inservibles. Había otros en mejor estado que seguramente se habría encontrado en campamentos abandonados o por gente que huyó despavorida al verse en su presencia.

El enorme hombre apareció por detrás de ella, sobresaltándola, y la cubrió con una vieja y, cómo no, también maloliente manta. Haciendo un gran esfuerzo por contener las náuseas, la mujer consiguió agradecer el gesto con un leve movimiento de cabeza. Se sentó frente a ella, a una distancia prudente, y comió después de dejarle a ella en los pies otro cuenco con comida. Él la miraba tímidamente, como si tuviese miedo, y ella le devolvía la mirada, pero a la vez buscaba por los alrededores alguna cosa que le ayudara a escapar.

Pasado un rato, cuando los dos cuencos de comida se vaciaron, Isabel le pidió otra ración a su poco hablador anfitrión. Aprovechando que el gigante se giró y apartó de una vez su vista de ella, cogió un pedazo de metal oxidado que tenía cerca y lo escondió. Al regreso del *mohán* con más comida, hizo un rapidísimo movimiento con el trozo de metal oxidado hacia él, pero, con mucha más agilidad de la que aparentaba a simple vista, consiguió esquivarlo sin más consecuencias que un pequeño corte en el antebrazo. El hombretón, dolorido, se alejó y se acurrucó en el rincón más profundo y sombrío de su cueva.

Isabel ya se iba cuando escuchó unos sollozos a su espalda. Se giró y vio que provenían de ese ser que la sedujo con su canción. Se acercó a él lentamente y, al ver que continuaba afligido, intentó acariciarlo tímidamente, como si fuera un animal asustado. Al ver que la mano se dirigía de nuevo hacia él, se apartó dando

un respingo, de la misma manera que haría un cachorro al que acaban de castigar.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Isabel en un tono suave y relajado. El *mohán* hizo amago de mirarla, pero con otro gesto la rechazó y la invitó a que se marchara—. ¿Te sientes solo? —Ahora sí, el hombretón la miró con los ojos vidriosos, prácticamente ocultos tras unas pobladas cejas y la maraña que tenía por barba—. ¿Por eso me has traído hasta aquí con tu música? —El triste gigante asintió sin atreverse a mirarla fijamente todavía, tras la afrenta anterior—. Ya no tienes que preocuparte por eso, si me acompañas, mis amigos y yo estaremos encantados de ser también amigos tuyos. —Si conseguía que esa montaña de músculos se uniera a su equipo, podrían viajar tranquilamente sin volver a pasar miedo—. Desde hace un tiempo nos acompaña también un *chullachaqui* bastante desesperante, quizás tú puedas hacer que se calme un poco. —Los ojos le chisporrotearon y debajo de la espesa barba, la mujer pudo distinguir una sonrisa.

Isabel se incorporó envuelta en la roída manta y alargó un brazo hacia el *mohán*. La enorme criatura, con la actitud de un niño, juntó tímidamente su mano con la de ella, como un hijo que coge la de su madre, se levantó y se prepararon para buscar a sus amigos selva a través.

Justo en el momento en el que iban a salir de la cueva, se formó un alboroto en el exterior, cerca de la entrada. Los graznidos de las *tanrillas* alertaban al *mohán* de que su criadero había sido mancillado. Las aves correteaban y revoloteaban despavoridas de un lugar a otro, sin saber qué hacer fuera de su hogar, pero allí fuera no había nadie. El hombretón calmó a sus animales con gran maestría. A algunas las llamaba con unos silbidos y acudían a él, y a otras las atrapaba con unas rudimentarias, aunque muy eficaces, boleadoras que se enroscaban en sus finas patas.

De pronto, un grito se acercaba desde la lejanía, era una voz aguda y estridente. Acompañando a ese grito, apareció Billy colgado de una liana, como si se tratara del eslabón perdido. Aprovechando la velocidad que le proporcionaba el balanceo de la larga liana, el duende salió volando y aterrizó aparatosamente en el rostro del gigante, agarrándose de pies y manos como una cría de mono se agarra a su madre. El *mohán* quedó momentáneamente cegado y José aprovechó para atacarlo con una larga y gruesa rama que encontró mientras estaba escondido. La bestia casi ni se inmutó y el ataque no hizo más que aumentar su furia.

—Esa mujer es amiga mía y no voy a dejar que nadie se la lleve —dijo el *chullachaqui* cogiéndose con más fuerza a la cabeza del gigante. Isabel lo miró y sonrió con ternura, después de todo estaba empezando a cogerle cariño—. Y mucho menos alguien tan feo y maloliente como tú.

Como si se tratase de un simple insecto, el *mobán* se quitó al hombrecillo de la cara con una sola mano. Lo lanzó de vuelta al bosque, justo a tiempo para detener un nuevo ataque del profesor, dirigido directamente a las cervicales. Asió con fuerza la rama con la que José intentó golpearlo, con ambas manos, a escasos centímetros de su cara y lo lanzó contra la parte exterior de la cueva.

Viendo que todo su esfuerzo resultaba inútil, Billy se convirtió en un majestuoso ciervo y lo embistió con todas sus fuerzas. El *mobán*, al percatarse de su nueva apariencia, se preparó para el impacto. Estiró los brazos hacia delante y tensó los músculos. En el mismo instante del golpe, el hombretón lo cogió por la cornamenta, esquivando los extremos puntiagudos, y comenzó una lucha titánica.

El *chullachaqui*, convertido en un magnífico astado, resoplaba y coceaba el suelo levantando puñados de tierra, mientras el *mobán* permanecía firme, tratando de detener al ciervo que poco a poco podía con él y lo arrastraba. Los brazos del gigante eran fuertes como dos pilares de piedra y las venas se marcaban a causa del tremendo esfuerzo. Entonces, con un hábil movimiento, consiguió girar la cabeza del venado bruscamente y le hizo tropezar y caer al suelo. Estaba cogiendo su *pucuna* para rematar a Billy, aún con su nuevo aspecto, cuando apareció Isabel del interior de la caverna.

—¡No! ¡Alto! ¡Parad! —ordenó a viva voz, mientras se dirigía corriendo a detener el ataque del *mobán*. Lo sujetó delicadamente por el brazo. Él la miró y, al ver su rostro, comenzó a relajarse y a bajar poco a poco su arma—. No le hagáis daño, es bueno, una criatura solitaria que busca compañía.

El duende se preparó para decir algo, pero la mujer vio sus intenciones y no le dejó decir una sola palabra.

—Ni se te ocurra abrir la boca, acuérdate que contigo pasaba lo mismo, no nos hagas cambiar de idea. —La risa se borró instantáneamente del rostro del hombrecillo, que les dio la espalda enfurruñado y cruzado de brazos.

—¿Casi nos mata y encima lo defiendes? —preguntó el profesor, incrédulo.

Terminaba de levantarse tras haber aterrizado con las costillas contra la pared de la cueva. Tenía la voz entrecortada y la respiración acelerada todavía por el forcejeo.

—Él solamente se defendía de vuestros ataques, par de zoquetes. Destrozáis su hermoso criadero y después le atacáis en su propia casa como si fueseis unos bárbaros. ¿Cómo no se va a enfadar? —acusó Isabel a sus dos amigos mientras consolaba al afligido hombretón, que ahora estaba sentado en el suelo, disfrutando de sus caricias—. Te creía más inteligente —dijo muy seria, dirigiéndose esta vez a José.

—Eso último le he dicho yo hace un rato —apostilló el duende con gesto divertido, cuando recobró su aspecto habitual, mientras se acercaba curioso a

observar a ese enorme ser con carácter de niño. Tanto el hombre como la mujer lo miraron con agotamiento.

—Y tú estás mejor de ciervo. Podrías plantearte quedarte así para siempre, nos serías más útil. Podríamos colgar la ropa húmeda en los cuernos para que se seque, por ejemplo —inquirió el profesor a la vez que le lanzaba, una vez más, una pequeña piedra al revoltoso duende. Este le contestó con un simple movimiento de indiferencia con su mano.

—Sentimos todo esto, amigo —se disculpó arrepentido, desde una distancia prudente, temiendo la reacción que pudiera tener el gigante—. Pero ¿por qué haces eso con las mujeres?

El *mohán* mejoró su humor al escuchar la palabra amigo y trató de explicarse. Se comunicaba con ellos mediante gestos y gruñidos, por lo que fue mucho más difícil entenderlo. Cogió su flauta hecha con la pata de una tanrilla, hizo como si la tocara y le hizo un gesto a Isabel para que se acercara, ella obedeció confusa. Después señaló al profesor, volvió a hacer como que tocaba la flauta e hizo un gesto de indiferencia con la mano. Entonces se acercó a él, tendió su mano para estrecharla y cuando las manos iban a tocarse, el hombretón fingió que se asustaba y salía corriendo aterrorizado. Tanto el hombre como la mujer se miraron extrañados y se encogieron de hombros.

—Creo que lo he entendido —dijo tras unos instantes Billy, acariciándose el mentón con gesto pensativo—. Cuando se acerca a alguien amistosamente, su aspecto los horroriza y salen huyendo. Sin embargo, gracias a esa flauta atrae a las mujeres hasta él con su música, ya que son las únicas con las que funciona el encantamiento del hueso de tanrilla. —El *mohán* asintió y aplaudió divertido al descubrir el ingenio de ese ser tan diminuto.

Aclarado el malentendido, los cuatro juntos terminaron de capturar a todas las aves que se habían escapado. La nueva adquisición del grupo, haciendo gala del anfitrión que era, sirvió a cada uno un cuenco con comida. Era un estofado de algo parecido al pollo, seguramente la tanrilla con la que fabricó su flauta. El duende, cómo no, volvió a ausentarse unos instantes para ir a recoger algo de fruta para él.

—Estamos buscando a un *mapinguarí*, ¿sabes dónde podemos encontrarlo? —sorprendió de pronto Isabel.

El *mohán* abrió completamente los ojos y se puso tenso, incluso podría decirse que se asustó al escuchar ese nombre. A pesar de su reacción, el gigante asintió lentamente.

—¿Nos llevarías hasta él? —Negó enérgicamente y se dio media vuelta, mirando hacia el interior de la cueva—. Vaaaamos, va, sé bueno —rogaba ella, engatusándolo con la mirada e intentando, en vano, hacer que permaneciera

sentado. El duende y el profesor lo miraron con envidia.

—Si nos acompañas, seremos cuatro amigos capaces de cualquier cosa —lo animó José desde la retaguardia. Muy serio y llevando la contraria a sus pensamientos, el *mohán* accedió. Sin hacer ni decir nada más, señaló al cielo y se metió en la caverna.

—De acuerdo, tienes razón, esperaremos a mañana —añadió, siguiendo al gigante al interior de la gruta, en vista de que el cielo empezaba a oscurecerse.

Encendieron una hoguera y se sentaron alrededor del fuego, todos menos el profesor, que cotilleaba todos los cachivaches que el *mohán* acumulaba, esparcidos por toda la cueva. Isabel se sentó al lado del nuevo miembro del grupo y le formulaba preguntas fáciles a las que el hombretón respondía amigablemente con la cabeza o mediante gestos. Billy, celoso por lo bien que se llevaban, se sentó entre ambos haciendo movimientos circulares con la cintura para abrirse un hueco, pero era tan pequeño al lado del *mohán* que prácticamente no notaron su presencia.

—¿Cómo te llamas? —El gigante respondió con unos guturales gruñidos que la mujer fue incapaz de imitar—. ¿Puedo llamarte Arg? —se le ocurrió ese nombre al imitar el sonido de uno de sus gruñidos. El enorme ser asintió sonriente.

Algo llamó la atención del aventurero mientras recorría la cueva, un pequeño plato de oro no más grande que la palma de su mano. No fue el oro en sí lo que le llamó la atención sino un símbolo que había grabado en él. El mismo símbolo que había en el medallón que llevaba colgado al cuello desde los comienzos de su aventura. ¿Encontraría ese pequeño plato en el mismo poblado en el que se toparon con la *runamula*? ¿Estarían relacionados los símbolos de ese plato con el del silo, la roca sobre el alijo y el medallón? ¿Cómo podría Barbanegra estar relacionado con algo en mitad de la selva? Se guardó el pequeño plato en su mochila sin que nadie lo viera y se reunió con el resto del grupo junto a la hoguera.

Hasta el momento había juntado un tesoro de un valor incalculable para muchos museos: la anónima nota que lo animó a emprender su viaje, la vasta esmeralda del alijo de ron, un medallón de una tribu perdida y ahora el plato de oro hallado en mitad de la selva. Y no se sentía capaz de revelar nada de eso hasta encontrar la relación que pudieran tener todos esos objetos.

CAPÍTULO 29

Durmieron plácidamente hasta bien entrada la mañana hasta que José se encargó de despertar a sus otros compañeros. Se habían quedado todos dormidos y el tiempo corría en su contra hasta que se diera la siguiente transformación de la *runamula*. Escudriñó el interior de la cueva en busca del *mohán*, al que no había visto durmiendo con sus nuevos amigos. Finalmente lo encontró afuera, con la vista perdida en el horizonte sobre las copas de los árboles. Posiblemente estaba visualizando el tramo del camino restante, el que les conduciría hasta el *mapinguarí*. Parecía nervioso, más que visualizando su destino, parecía que se estuviera mentalizando para hacer algo que en el fondo no quería hacer.

Arg había abierto la puerta de la jaula de las tanrillas, pero el criadero se convirtió en un hogar para ellas y todas las aves se quedaron en él, aun sabiendo que su dueño las abandonaba temporalmente. Con su *pucuna* colgada a la espalda y la fina flauta guardada en una funda de cuero, hecha a mano por él mismo, se acercó hasta el profesor. Colocó una mano firmemente sobre su hombro y le dedicó un gruñido, mientras asentía con la cabeza para demostrarle que ya estaba preparado para emprender el largo y duro camino hasta el corazón de la selva. El maestro le devolvió el gesto.

El viaje resultó más fácil desde que el *mohán* se unió al pequeño grupo de exploradores. Partía pequeños árboles que se interponían en su camino como si se tratasen de frágiles ramas secas. Incluso aplastaba con sus enormes pies descalzos, o con la ayuda de su *pucuna*, los arbustos y matorrales, que para el resto suponían un obstáculo molesto. Era una criatura tosca, sucia, sin modales y poco habladora, más bien, nada, pero sus grandes músculos y su fuerza compensaban esos pequeños detalles. Con la ayuda de su larga cerbatana, usándola a modo de vara, conseguía fruta y huevos sin necesidad de trepar a lo alto de los árboles. Caminaban durante horas y hacían breves paradas para comer algo en las que aprovechaban para conocerse mejor. Isabel acabó entablando amistad con el duende, o por lo menos eso parecía. Y el *mohán* jugaba con su *pucuna* a algo parecido al golf con las piedras del camino. La verdad es que no se le daba nada mal.

Todo el paisaje era igual durante todo el trayecto, así que confiaron en el instinto y la orientación tanto de Billy como de Arg para llegar a su destino. Pero cuando llegaron al corazón de la selva, no hizo falta que nadie les dijera dónde estaban. Su visión les daba la respuesta. La vegetación, de pronto, cambió por completo y se encontraron metidos de lleno en mitad de un bosque de palmeras.

Las había de todos los tamaños, unas delgadas que parecía que se fueran a

romper al mínimo soplo de viento y tan altas que sus copas se perdían por encima de las del resto. Había algunas que no eran mucho más altas que una persona, pero eran tan anchas que no las podrían rodear entre los cuatro uniendo sus brazos. Innumerables palmeras habían sido partidas y derribadas, y las más cortas y anchas estaban abiertas como un plátano. Allí, en el supuesto corazón del Amazonas, donde la vegetación debía ser más exuberante y frondosa, estaba todo lleno de madera putrefacta. La única fauna que parecía habitar aquel lugar eran las larvas y los gusanos que se alimentaban en el interior de los troncos muertos y podridos.

Había algo en el ambiente que los incomodaba, una oscuridad latente, un peligro oculto que amenazaba con aparecer en cualquier momento. No se escuchaba el canto de los pájaros, se veían algunos, los más valientes que llegaban planeando en absoluto silencio y se introducían en sus pequeños nidos, situados en la parte más alta de los árboles. Parecía que los animales no se atrevían a aventurarse en aquella zona de la selva. Ni siquiera los insoportables mosquitos de los que no consiguieron deshacerse en todo el camino salieron a su encuentro. En esa parte del camino el *mohán* no partía los árboles más finos cuando se topaba con ellos, como acostumbraba, si no que los rodeaba con mucho cuidado, para no rozarlos siquiera con la barba o un pedazo de sus escasos ropajes.

—Sin duda acabamos de adentrarnos en los dominios de un *mapinguarí* — murmuró el *chullachaqui*.

Caminaba de puntillas, con sumo cuidado, y vigilando atentamente todo su alrededor. Cuando se acercaron por primera vez al territorio de Arg denotaba preocupación, pero ahora parecía realmente aterrado.

—¿Cómo estas tan seguro de eso? —preguntó José con la voz temblorosa, claramente asustado a pesar de que intentó disimularlo.

—Cuando no tienen carne de la que alimentarse, los *mapinguarís* comen los corazones de las palmeras. ¿Para qué si no iba a haber tantas?

—Y ahora ¿hacia dónde debemos dirigirnos? —Al maestro le resultaba extraño tener que guiarse siguiendo a otros que supieran más que él, pero no tenía más remedio.

—Esta parte de la selva es tan desconocida para mí como para vosotros —dijo Billy a sus camaradas, a la vez que se agarraba al brazo de Isabel, como un niño que busca la protección de su madre.

—Creo que para él también —dijo ella señalando al hombretón.

El *mohán* iba unos metros por delante de sus compañeros, se giró y asintió apoyando las palabras de su pequeño nuevo amigo.

Después de todo lo que habían pasado, parecía que en último tramo del trayecto, y a tan solo dos noches de la próxima luna llena, se habían perdido. Los

troncos de esos nuevos árboles formaban una especie de laberinto sobre un lecho de tierra blanda y mal oliente y hojas secas. Por si fuera poco, si apareciese algún depredador serían un blanco fácil. Si echaban a correr en un terreno tan accidentado como ese, seguramente tropezarían enseguida. Y si intentaban trepar a las palmeras, buscando la seguridad de las alturas, tendrían que sortear los afilados bordes de su tronco.

Arg cogió en volandas a la mujer y José se puso al duende sobre los hombros, como ya acostumbraba, para restar el número de pisadas sobre aquel inhóspito territorio. Entonces, un olor más intenso todavía a podrido invadió el aire, parecía que se acercaban al cadáver de algún animal que acabó perdiéndose y muriendo de hambre. Acto seguido, se escuchó un ruido y formaron un círculo uniendo sus espaldas para poder vigilar en todas direcciones. Agruparse y estar bien coordinados era su única defensa.

Al principio era un zumbido, después un leve gruñido y más tarde un feroz rugido. El suelo comenzó a temblar y, sin saber por dónde apareció, localizaron a una criatura que corría hacia ellos. Parecía una especie de oso gigante, de unos tres metros de altura. Su aliento era el causante de todo ese mal olor y conforme se acercaba se iba intensificando. El miedo los paralizó y, cuando el oso estaba a tan solo unos pocos metros de distancia, salieron corriendo, pero ya era tarde.

Isabel se percató de que la bestia se dirigía directamente hacia ella, pero seguía paralizada. Billy la apartó a un lado de un empujón, tras una rápida carrera en el momento en el que iba a recibir un brutal golpe, recibiendo él mismo el impacto de una zarpa, casi tan grande como la mitad de su cuerpo. Cayó con tal fuerza que rebotó y después rodó unos pocos metros, como si de un muñeco inerte se tratase.

José buscaba con ahínco una piedra que lanzarle a la bestia y así llamar su atención, pero sin perder de vista al atacante en ningún momento. Una de esas piedras lo consiguió. Impactó en la cabeza del oso, deteniendo un nuevo ataque dirigido a la mujer y que se centrara en él. Salió corriendo para intentar alejar el peligro de sus amigos. A pesar de moverse tan rápido como podía, las grandes zancadas del animal le permitían perseguirlo a una velocidad que no se esperaban. Tras pocos metros de carrera, alargó una zarpa y lo hizo caer. Se intentó levantar rápidamente, pero el oso lo empujó para que permaneciera tendido en el suelo. Apoyado sobre sus codos, retrocedía lentamente. José veía cómo la gran bestia se acercaba a él despacio, consciente de que tenía la situación a su favor, acechándole, como los grandes felinos justo antes de un ataque. A cada paso, la punta de sus garras rozaba el suelo dejando surcos en la tierra. Tenía la boca entreabierta, rebosante de espumarajos y lo miraba fijamente con los ojos llenos de furia.

Haciendo un movimiento en falso mientras reculaba, resbaló uno de sus brazos y se abrió el pecho de su camisa, dejando al descubierto el colgante de Barbanegra que encontró en aquella isla perdida. Algo cambió en la mirada del oso y acercó su rostro al del profesor. José podía notar el ardiente y putrefacto aliento del animal. Lentamente alargó una pata y levantó el medallón que descansaba en su pecho con una de sus garras. El oso acercó aún más su cara a la del maestro, su gruñido se acentuó y las babas caían sobre él. Eran calientes y viscosas. Entonces Arg, que hasta el momento parecía ajeno a todo lo que ocurría, embistió al oso con el hombro, con una potencia y una fuerza desmesuradas. La bestia gritaba de dolor, el *mohán* lo sujetaba con una especie de llave de artes marciales. Con un brazo delante del cuello y el otro por detrás, le retorció el hombro a la vez que lo estrangulaba. Con la cabeza, el gigante barbudo hacía gestos para que escaparan de allí.

José se levantó tan rápido como fue capaz, cogió en brazos al duende, todavía inconsciente por el terrible golpe recibido, y junto con Isabel dejaron atrás a su compañero. Lo último que oyeron fue un grito de la bestia que los atacó, el crujido de lo que esperaban que fuese un árbol, después un grito de dolor del *mohán* y, por último, otro crujido igual que el anterior.

Ahora todo volvía a estar en silencio, un silencio roto únicamente por sus aceleradas pisadas sobre los miles de fragmentos de madera podrida y su respiración agitada. Un diminuto arroyo serpenteaba tímido entre los árboles, apenas les cubría por completo los pies, pero eso bastó para que Isabel tropezara y cayera de bruces. La caída fue la excusa perfecta para detenerse a recobrar el aliento. El profesor dejó delicadamente al duende en el suelo, junto a su compañera, y él permaneció en pie, asegurándose de que estaban a salvo. Pasado un buen rato, se relajaron y se quedaron allí, esperando a que el duende despertara. No podían seguir avanzando con el cuerpo inerte de Billy, por pequeño que fuera sería un lastre para ellos.

—¿Qué era esa cosa? —susurró José cuando hubo recuperado el aliento.

—Un oso gigante. ¿O acaso no lo has visto? —respondió ella furiosa ante semejante pregunta. El profesor permaneció en silencio, vigilando los alrededores—. ¿Crees que esa cosa era el *mapinguari*?

—No lo sé, espero que no —respondió el profesor, en constante vigilancia—. Si esa bestia es quien hemos venido a buscar, estamos en serios apuros.

Poco antes de anoecer, Billy se despertó. Aunque pudiera parecer extraño, no se burló de nadie, no tenía ganas de diversión, parecía verdaderamente asustado tras lo sucedido unas horas antes. Por primera vez, se encontraba en un lugar desconocido para él, en el que además sus escasos poderes no le servían para nada. Se arrastró hasta el arroyo y sorbió agua directamente de él, como si

fuera un animal más.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Isabel con suavidad—. Gracias por salvarme la vida antes, has sido muy valiente —hizo una pausa, miró al duende con ternura, dio un profundo y largo suspiro, y sonrió—, amigo.

Se acercó y le dio un beso cariñoso en la frente. El duende, sorprendido, se sonrojó, aunque las manos le temblaban todavía por el miedo del recuerdo de lo que podía haber sido su muerte. Alzó la vista para mirarla a los ojos, le dedicó una falsa sonrisa y volvió a clavar la mirada en sus manos temblorosas.

—Tenemos que continuar —sugirió José con suavidad, mientras ayudaba al *chullachaqui* a ponerse en pie con cuidado.

Deambularon sin rumbo fijo hasta que anocheció. Avanzaban lentamente gracias a los pequeños haces de luz que se colaban por el tupido techo que formaban las copas de las palmeras. Isabel miraba sin conseguir ver el cielo nocturno, donde la luna amenazaba con completarse y hacer caer de nuevo la maldición sobre ella.

—Esperemos que Yllapa tampoco conozca este lugar —dijo Billy, agarrado al brazo de la mujer, mientras lo observaba todo a su paso con temor y desconfianza.

—¿Quién es Yllapa? —preguntó su compañera al escucharlo murmurar.

—Es el dios que recorre los cielos y lleva consigo las tempestades —respondió ensimismado.

—Por lo menos, si llueve, nos libraremos de esta peste —Isabel intentó animarlo. Algo serio le sucedía, esta vez ni se molestó en mirarla.

Cuando ya estaban a punto de darse por vencidos y esperar allí mismo a que saliera el sol, observaron un pequeño punto de luz a lo lejos. Se acercaron un poco y, al ver cómo titilaba y se movía con la brisa, descubrieron que se trataba de una hoguera.

—Quedaos aquí —ordenó el profesor a sus dos acompañantes, cuando se encontraban a una distancia prudente del lugar donde estaba la hoguera—. Si no regreso, alejaos de aquí. Esperad hasta que amanezca y escapad de este laberinto de mierda. —Pasó la mano por el oscuro pelo de Isabel, que se camuflaba con la oscuridad en la que estaban envueltos. Jugueteó con él entre sus dedos, mientras ambos se miraban fijamente a los ojos, y le besó en la frente con dulzura.

—No voy a dejarte aquí solo —respondió ella con un susurro.

—Prométeme que saldrás de aquí —insistió él.

Ella asintió levemente antes de que José se marchara a investigar el lugar del que provenían los destellos producidos por el fuego. Avanzaba de puntillas, corriendo de árbol en árbol y refugiándose en el escaso cobijo de sus troncos.

—¿Y ahora qué te pasa? —le preguntó Isabel a Billy con exasperación. Sin

venir a cuento estaba acurrucado a sus pies y sollozando en silencio.

—Que no se ha despedido de mí —la mujer lo abrazó para consolarlo—. Por fin estamos solos —dijo el *chullachaqui* en un tono seductor, cuando sus rostros estuvieron pegados.

Ella lo miró de nuevo y no encontró ni rastro de la pena que sentía hacía tan solo unos instantes, por lo visto, lo fingió para provocar ese acercamiento. Le dio un empujón para apartarlo de su lado y se quedaron esperando, en silencio, alguna señal del profesor en la lejanía.

CAPÍTULO 30

Finalmente el maestro llegó al lugar que descubrieron desde la distancia y pudo observarlo con claridad. Era como si la cima de una montaña saliera del suelo, una cima vacía en cuya cueva algo o alguien se había instalado a vivir. La luz de la hoguera provenía del interior, pero podían distinguirse todo tipo de objetos tirados por la parte de fuera. Sillas, cestas de mimbre, vasijas de barro y todo tipo de enseres propios del menaje típico de cualquier hogar. Casi todo estaba roto e inservible y algunas de esas cosas parecía que no se habían movido del sitio desde hacía años. Tanteó la pared exterior hasta llegar a la entrada y asomó la cabeza.

El interior parecía una especie de laboratorio de algún científico loco. Al fondo de la cueva había una enorme marmita colocada sobre un trébede con otra hoguera preparada a sus pies, lista para ser encendida. Mesas y sillas, que parecían hechas a mano, estaban situadas por toda la estancia, sin ningún tipo de orden y con multitud de objetos por encima, alguno de ellos José no los había visto en su vida. En las paredes cercanas a la marmita, una serie de estanterías de dudosa resistencia sostenían botes de vidrio que contenían todo tipo de cosas. Desde bayas y plantas aromáticas, hasta partes amputadas de varias clases distintas de animales e insectos.

Cuando encontró el valor necesario para adentrarse en la misteriosa cueva, algo lo golpeó con fuerza en el pecho y la oscuridad se cernió sobre él.

Al abrir de nuevo los ojos, Isabel le estaba pasando un trapo húmedo por la frente. Estaba tumbado en el suelo con la cabeza apoyada sobre sus muslos, del mismo modo que estuvo ella cuando le mordió la araña.

—Creo que tengo que dejar que me golpeen más a menudo —logró decir el maestro con la voz ronca y regalando un forzada sonrisa a su cuidadora—. Por cierto, ¿qué ha pasado? ¿Dónde estamos? ¿Qué estás haciendo aún aquí?

Se incorporó sobresaltado, con una fuerte tos y llevándose una mano al pecho que le estallaba de dolor.

Isabel miró con cautela a Arg. Estaba sentado cerca de ellos y los miraba con disimulo, tratando de ocultar algo, pero una fugaz mirada a su cerbatana lo delató. De pronto, el profesor lo entendió todo. Por lo visto, el *mohán* encontró aquel lugar antes que ellos y encendió la hoguera para que pudieran encontrarlo más fácilmente. Pero presa del pánico, al verse sorprendido por su nuevo amigo, le atestó un golpe con todas sus fuerzas con su *pucuna*.

—Ojalá supieras hablar —le dijo José al *mohán*, mirándolo con dureza y haciendo un gesto con su cabeza a modo de reprimenda. El gigante, arrepentido, apartó la mirada de ellos—. ¿Qué estáis haciendo vosotros dos aquí? —repitió en

tono acusador a Isabel y al duende, que correteaba por los alrededores y curioseaba todos los artilugios que se encontraba. Actuaba exactamente igual que el niño que parecía ser—. Os dije que os marcharais si yo no regresaba.

—Ya te dije que no iba a dejarte solo. —El aventurero miró a la mujer con adoración.

Las brasas de la hoguera se estaban agotando y los primeros rayos de sol que se colaban entre el frondoso techo de hojas revelaban el homogéneo paisaje en el que se habían perdido.

Algo se arrastraba por ahí fuera, un leve y cansado gruñido se acercaba cada vez más y una gran sombra oscureció el interior de la caverna. Era el enorme oso que los atacó el día anterior. Por lo visto, los estuvo buscando durante toda la noche, pero no se le ocurrió mirar en su propio hogar.

El pequeño grupo de exploradores se replegó y se agruparon en lo más profundo de la cueva. El musculoso *mohán* se interpuso entre ellos y la gran bestia, de pelo rojizo y hedor insoportable, blandiendo su larga arma. Hizo una mueca de dolor. Un fino hilo de sangre bajaba por su brazo izquierdo y goteaba, formando un pequeño charco a sus pies.

El oso avanzaba a paso lento, pero firme y decidido hacia ellos. Sus ojos les amenazaban y su rugido los intimidaba. No había ninguna manera de escapar de allí. El animal se levantó sobre sus patas traseras, duplicando así su tamaño, y la oscuridad aumentó porque ocupaba casi todo el boquete de la entrada. Caminaba con torpeza sobre dos patas, pero balanceaba sus brazos con violencia, amenazándolos con sus afiladas garras.

De repente, después de unos bruscos movimientos de su cuerpo, como unas convulsiones, el oso gigante cambió de forma y se convirtió en un enjuto y desvalido anciano. Iba ataviado con una especie de taparrabos hecho con la piel de un jaguar. La cola colgaba detrás de él como si fuese suya, las patas delanteras de la piel del felino las llevaba atadas al cuello y sujetaban la cabeza, que colgaba a su espalda a modo de capucha. El anciano, a pesar de que un día fue un ser humano normal y corriente, no era mucho más alto que Billy. Era muy delgado y sus costillas se marcaban bajo su larga barba blanca. A pesar de su apariencia, sus movimientos eran ágiles y enérgicos. Su aspecto, junto con su ensortijado y alborotado pelo cano, le hacía parecer el científico loco que el profesor predijo que habitaba en esa cueva en el instante que la vio.

—Perdonad por el susto —se disculpó a los asustados viajeros en un tono amable y simpático—. Hacía mucho tiempo que no recibía visitas, os pido disculpas por el desorden.

Señaló algo que había junto a los tres compañeros, que aún seguían abrazados. A sus pies había una calavera tirada que parecía sonreírles. Sus rostros se

ensombrecieron aterrorizados y miraron estupefactos al chamán, que se reía abiertamente.

—Perdóname tú también por el cortecito —le dijo a Arg.

Cuando se fueron corriendo de la pelea el día anterior, dejaron al *mobán* agarrando al oso por el cuello. Parecía que tenía las de ganar, pero en cuanto sus amigos abandonaron la zona, el chamán, transformado, consiguió zafarse de ese agarrón y lanzó un zarpazo a su contrincante. El gigante intentó esquivarlo, pero no fue lo suficientemente rápido y recibió dos cortes en el brazo izquierdo. La garra del animal llevaba tanta fuerza que con la inercia partió un árbol joven que había al lado, ese fue el primer crujido que escucharon. Muy hábilmente, y aprovechando que el oso se desestabilizó tras lanzar el golpetazo, Arg agarró ese mismo árbol antes de que cayera al suelo y le devolvió el golpe, haciendo acopio de todas sus fuerzas. Lo partió sobre el lomo de la bestia, golpeando al mismo tiempo tanto en la espalda como en la cabeza: el segundo crujido. La criatura quedó aturdida unos instantes, el tiempo suficiente para que el hombretón escapara a toda velocidad. Fue entonces cuando encontró la cueva, mientras el oso lo buscaba por el laberinto de palmeras.

—Sígueme —le ordenó agarrándolo por el brazo herido, sin miramiento.

El gigante hizo una mueca de dolor y obedeció al anciano bajo la atenta mirada de sus amigos. Cogió unas plantas que contenía uno de los botes de las estanterías, las partió, se metió la mitad en la boca y las masticó. El resto las tiró en el interior de la marmita.

—Tú, *guasgua*, a por agua —volvió a ordenar. El duende se desentendió del asunto y la mujer se ofreció para hacerlo—. Tú no, él —dijo señalando al profesor con el mentón. José cogió dos cubos y salió en busca de agua por los alrededores—. Y dile a esa alimaña, a vuestro... *to*, que se esté quieto.

—Perdone... ¿qué? —preguntó Isabel confusa, sin saber cómo dirigirse al anciano.

—¿Cómo lo decían los forasteros? —se preguntó a sí mismo, buscando la respuesta en su mente. Chascó los dedos varias veces y levantó la vista para ayudarse a hacer memoria—. ¡Ah, sí! Perro.

Miró al *chullachaqui* como si no le agradara lo más mínimo su presencia. Billy se percató del insulto y se fue, a regañadientes y pataleando el suelo, a sentarse junto a la mujer con los brazos cruzados y el ceño fruncido. José apareció con el agua y la vertió en la marmita tras las instrucciones de su enigmático anfitrión.

—Ahora sí, podemos empezar. —El chamán se relamió los labios con impaciencia y se frotó las manos—. *Gata* —dijo de repente.

La leña que había bajo el caldero ardió con intensidad al instante. Los compañeros, atónitos, retrocedieron instintivamente. El anciano acomodó el

enorme brazo del *mobán* entre sus piernas. Cogió un trozo de tela sucia, lo empapó en el agua que acababa de llevar el maestro y limpió superficialmente los cortes que él mismo le provocó. Volvió a coger varios frascos de las estanterías y los volcó en el agua que ya estaba empezando a hervir. Metió la mano con el trapo y lo enjuagó. Lo sacó totalmente empapado y su mano no se había quemado, ni rastro de una simple irritación. Sujetó con fuerza el brazo del gigante y escurrió el trozo de tela. El hombretón trató de liberarse de ese agarrón para que el agua hirviendo no lo tocara, pero para sorpresa de todos, el chamán, aparentemente frágil y débil, no cedía ni un ápice su fuerza y no lo soltaba. Arg no quiso dar muestras de debilidad y no hizo gestos de dolor cuando el agua cayó sobre su piel, a pesar de que las ampollas y las quemaduras eran visibles incluso a distancia. El anciano se sacó las plantas masticadas de la boca y aplicó la pasta en los cortes. No eran capaces de imaginarse cómo el *mobán*, con semejantes cortes en el brazo, y después de haber estado toda la noche sangrando, había podido blandir su *pucuna* para defenderlos cuando los sorprendió el oso de nuevo.

El emplasto que esparció por las heridas empezó a echar humo, el dolor era evidente en el rostro del gigante. Las venas de su brazo sobresalían por la tensión y apretaba los dientes con fuerza. Unas gotas de sudor resbalaban por su piel, debajo de su poblada barba. Entonces, el anciano cubrió los cortes con sus manos y comenzó a murmurar unas palabras. Ninguno logró descifrar lo que decía, pero, al parecer, el dolor comenzó a disminuir.

CAPÍTULO 31

El tiempo pasaba muy despacio y no se podían hacer una idea de cuánto tiempo estuvo el anciano murmurando su ancestral conjuro. Cuando terminó retiró las manos de la herida y limpió el emplasto con el trapo recién enjuagado en el agua hirviendo. Al retirar el paño, no había rastro alguno de los cortes que sufrió durante la pugna con el colosal oso la jornada anterior. Únicamente le quedaron dos cicatrices rosadas, y tampoco podían divisar las quemaduras provocadas anteriormente por el agua hirviendo. Los compañeros se relajaron y se acercaron para interesarse por el estado de salud de su amigo. El chamán, ignorando las miradas y rostros de estupefacción y asombro de todos ellos, cogió cuatro cuencos y vertió lo que había en el interior de la marmita en ellos. Levantó una mesa que había tirada en el suelo y colocó los cuencos en ella con una cuchara al lado de cada uno.

—Espero que tengáis hambre, si queréis repetir, ha sobrado algo —dijo el anciano al grupo, amablemente.

Acto seguido se sentó a la mesa y empezó a comer él solo, sin esperar a sus huéspedes. Los cuatro amigos se miraban unos a otros, dubitativos. Sin decir nada y con una clara disconformidad, se sentaron ocupando cada uno un asiento en los que había plato de comida. Aún no habían dicho nada desde que el oso asomó la cabeza por la entrada de la cueva.

—¿Y yo qué? —preguntó Billy con pesar, al ver que no había nada de comer en su sitio.

El chamán, mientras comía y sin mirarlo, le lanzó un mendrugo de pan duro. El duende lo miró con repugnancia, pero no se atrevió a añadir ningún comentario al respecto.

Tanto Isabel como José jugaban con el extraño guiso que unos minutos atrás sirvió de cura al *mohán*. Era de un color oscuro y contenía unos tropezones cartilaginosos nada apetitosos. En cambio, Arg ya se estaba terminando su ración y parecía satisfecho con lo que acababa de comer, incluso lamió los bordes del cuenco para no desperdiciar nada.

—Si no como algo ahora mismo, creo que me voy a morir de hambre —susurró Isabel al profesor.

Ninguno de los dos acababa de encontrar el valor para probar ese mejunje. Cogió una cucharada con poca decisión y se la llevó a la boca. Lo masticó y lo saboreó con el gesto torcido, pero al instante asintió, conforme y sorprendida, y volvió a llevarse una nueva cucharada a la boca, esta vez con más apetito.

El indignado *chullachaqui* se levantó arrastrando bruscamente la silla para

hacerse notar y salió de la cueva. Al poco rato, regresó con un plato lleno de fruta con una pinta deliciosa. El chamán continuaba comiendo con sosiego, Arg se estaba acabando su segundo plato de ese extraño guiso y la mujer también se estaba terminando el suyo. El profesor, que todavía no había probado bocado y seguía jugueteando con su comida, miró al duende intentando poner cara de inocencia, como si le suplicara algo en silencio. La pequeña criatura entendió lo que su amigo intentaba decirle y le dio algunas piezas de fruta.

—¿Y bien? ¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó el anciano cuando le pareció que ya habían terminado de comer sus invitados.

—Estamos buscando a un *mapinguarí* y todo lo que nos ha ido sucediendo nos ha traído hasta aquí —se atrevió a decir finalmente el profesor, eligiendo cuidadosamente cada una de sus palabras—. ¿Conoce a esa criatura? ¿Podría ayudarnos a encontrarlo?

—Depende —respondió el viejo con cara de pícaro—. ¿Os debe dinero? —Los excursionistas se miraron extrañados sin saber que contestar. De repente, el chamán comenzó a partirse de risa—. Es broma, yo soy ese a quien estáis buscando. —Hizo un gesto triunfal, como si acabara de realizar un hallazgo importante o terminar un complicado truco de magia—. Yo soy ese *mapinguarí*. El último y más poderoso de todos los que un día existieron. Aunque os diré algo: con casi medio siglo de edad, uno ya no está para muchos trotes. —Se dirigió a Arg como si le fuera a contar un secreto.

Y entonces le dio un golpetazo en el enorme hombro, al lado de sus nuevas cicatrices, a la vez que sonreía. El profesor miró sorprendido ese gesto, el mismo que solía compartir con el capitán.

—Qué bien se hubiera llevado con Juan —bromeó al oído de Isabel.

—¿Iba a matarnos antes? —le preguntó la mujer con preocupación.

—Sí —respondió el chamán con naturalidad—. En efecto, lo habría hecho anoche, si vuestro fortachón amigo no me hubiera detenido. —Le dio otra palmada en el hombro recién curado. El maestro y la *runamula* se miraron a los ojos, asustados.

—¿Qué es lo que le ha hecho cambiar de idea?

—La chacana —respondió, todavía cabizbajo, inmerso en su cuenco de barro.

Señaló con la cuchara al profesor. José se llevó de inmediato la mano al colgante que un día perteneció a Barbanegra, el que encontró al principio de su aventura por casualidad.

—Hace mucho tiempo... —comenzó a narrar sin previo aviso— un famoso bucanero llamado Edw...

—Barbanegra —lo interrumpió el maestro, emocionado. Por primera vez desde hacía días sabía de lo que se hablaba.

—Exacto —aprobó el chamán—. Llegó un momento en que ningún botín podía satisfacerlo, por grande y succulento que fuera. Hasta que un día encontró algo, algo que lo llevó hasta uno de los mayores secretos del mundo y también algo que era mejor no molestar. Para salvar su vida, tuvo que volver a guardar ese secreto. Pero jamás volvió a ser el mismo, no conseguía olvidar todo lo que vio, hasta tal punto que llegó a obsesionarse con ello. Pocos años después, tras cometer graves errores en el campo de batalla, moriría bajo las tropas inglesas. —El hombre y la mujer escuchaban absortos la historia, mientras Billy y Arg curioseaban la cueva y jugaban con todo lo que encontraban—. Ahora el secreto te está siendo revelado y solo tú puedes escoger entre hacer que permanezca oculto o contribuir a su aniquilación.

—¿Qué secreto? ¿De qué está hablando?

A pesar de su hambre de conocimiento y de haberse convencido a sí mismo de que algo no es una mentira aunque parezca que lo sea, parecía reacio a que esa historia fuera cierta.

—Mira, quiero que veas una cosa. —El anciano se levantó y rebuscó entre un montón de cachivaches al fondo de la caverna—. Toma. —Le entregó un pequeño pedazo de papel similar al que llevaba guardado en su equipaje. En él se leía:

*...un ser capaz de oscurecer las aguas
dejando muerte y destrucción a su paso.
Descansando en las profundidades del abismo,
espera a quienes buscan lo que él guarda.*

J. Santillán

—N- No puede ser. —José no daba crédito.

Tenía en sus manos una nota escrita por el bisabuelo de su madre. En esos momentos, pensar en la nota anónima que apareció en la librería del barco como una posible pista, no era tan descabellado. ¿Qué guardará ese ser de las profundidades? ¿Sería el secreto que une los mitos con la realidad? Lo que estaba claro es que eso era una pista sobre su último viaje, la expedición que manchó su apellido y, por tanto, el de todos sus descendientes. Quizás, gracias a ese papel toda su familia o, por lo menos, aquellos que siempre creyeron en la historia de sus miembros más notorios, dejaran de ser tachados como mentirosos o locos.

—Eso es de...

—Exactamente —le interrumpió el chamán, en vista de que no podía articular palabra—. Eso fue lo último que escribió el abuelo del abuelo de tu madre antes de morir.

—Parece algún tipo de advertencia —destacó Isabel. José asintió pensativo—. A lo mejor su intención era que esa nota permaneciera en el lugar donde murió para avisar a aquel que pasara por su misma situación.

—Lo encontré junto con esto —le entregó un pequeño cofre de madera y latón, parecido al que encontró en aquella isla misteriosa. En su interior había una esmeralda idéntica a la que sacó del alijo de ron, salvo que esta estaba perfectamente trabajada y pulida. Era cristalina, reluciente, lisa y suave como las que se contemplan, tan inalcanzables, en los escaparates de las joyerías. También había una pequeña y sencilla campanilla de oro, con un sonido dulce y afinado, y una pequeña chacana grabada en su superficie.

—¿Qué es esto? ¿Dónde lo encontró? —sacó su cuaderno y esperó la respuesta, quizás aquí estuviera la clave para su búsqueda del galeón San José, la embarcación de su antepasado.

—Seguramente sea una pequeña parte del secreto que no pudo mantener oculto. —El *mapinguarí* miraba muy serio al profesor, como si pudiera ver más allá, leer su mente o predecir su futuro—. A diferencia de ti, él encontró ese secreto por sí mismo, por casualidad, y sucumbió a la peor enfermedad que puede sufrir un hombre: la codicia.

—Es como decía en la nota... Lo protegerán de aquellos que lo quieran para ganar fama y dinero... —recordó las palabras del viejo papel que escribió una vez Edward Teach. Sin darse cuenta, lo dijo en voz muy baja.

—¿Qué has dicho? —preguntó el anciano en un tono acusador.

—Nada, tan solo asimilaba la noticia. —Mintió—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Qué es eso que tengo que ocultar? —Volvió a retomar el tema de conversación inicial, el motivo por el que seguían con vida, el secreto que le costó la vida a su tatarabuelo.

—Jamás conseguirás nada haciendo las cosas como todos los demás las harían. ¿Qué hacer o dejar de hacer? Eso tienes que averiguarlo tú mismo —respondió esa especie de brujo—. Si realmente se te está siendo revelado el secreto, a partir de ahora, todo lo que hagas te llevará hasta él. Depende de ti el modo de encontrarlo, y lo que harás cuando lo hayas hecho.

—¿Pero cómo...?

—¿Qué os ha hecho hacer un viaje tan largo hasta un lugar tan peligroso como este? Aunque me sienta halagado, me temo que no es por el placer de mi compañía —interrumpió el anciano.

—¡Ah, sí! Casi se nos olvida —espetó de pronto Isabel.

Dio un leve codazo en las costillas al aventurero y señaló con la cabeza al viejo para que se lo explicara.

—Digamos que por un error, un mal entendido o por pura casualidad, sobre

ella cayó una antigua maldición. Nos preguntábamos si podría hacer algo para quitársela —dijo José, intentando aparentar ser lo más cándido posible, para así ablandar el carácter de su peculiar anfitrión.

Él y la *runamula* se volvieron a mirar nerviosos y permanecieron en silencio esperando la respuesta. El duende, que lo había oído todo, se acercó a sus amigos y se unió a la conversación.

—A ver si me ha quedado claro. ¿Quieres que te libre de ella por estar maldita? —preguntó el anciano, con un gesto y un tono de voz que no dejaba claro si bromeaba o lo decía totalmente en serio. Por lo que vieron hasta el momento, esa opción no sería ninguna complicación para él.

—¡No! —atajó el profesor antes de que pudiera reaccionar de algún modo—. Queremos que le quite a ella la maldición que la atormenta cada luna llena.

—¿Tendrás en cuenta lo que te he dicho? —Por el tono de voz parecía una orden más que una petición. Ambos asintieron al unísono—. Y bien, ¿de qué maldición se trata? —se interesó por fin el anciano con resignación.

—¡Eso me lo sé! —estalló Billy de pronto—. La de la *runamula* —dijo haciendo un movimiento, como si hiciera restallar un látigo.

José le volvió a dedicar su dura mirada, esta vez sí que hizo efecto y el duende se sentó al instante y se quedó muy serio sobre su asiento.

—Ah, bueno, esa es de las fáciles. Una sencilla sesión de ayahuasca será suficiente. Vamos, tenemos que darnos prisa, si anochece antes de que terminemos, no habrá servido para nada. Esta noche la luna estará completa.

El chamán se levantó de la mesa, vació el contenido de la marmita sobre el mismo suelo de la caverna y la rellenó con agua limpia.

—¿En qué consiste eso de la ayahuasca? —Ahora que habían encontrado la forma de eliminar la maldición, Isabel no estaba del todo segura de ponerse en manos de ese viejo chiflado.

—Es un ritual ancestral que nos permite limpiar el espíritu de cualquier individuo, dejando que salga de su cuerpo sin que este muera —le hizo una señal para que acudiera a su lado.

La ayudó a tumbarse en el suelo y le retiró el pelo antes de colocarle una pequeña almohada bajo la cabeza.

—¿Conocéis la sogá de muerto? —preguntó el anciano, sin mirar a nadie más que a la mujer allí tumbada—. Es una liana, la única que crece en este inhóspito paraje —añadió al ver que nadie contestaba—. La necesito. —Los tres compañeros, que observaban desde lejos, salieron de la cueva a toda prisa.

Cuando regresaron al interior de la caverna, la mujer ya estaba completamente dormida. El chamán se colocó la cabeza de jaguar que colgaba a su espalda sobre la suya, los afilados colmillos del felino enmarcaban su rostro en el interior de la

boca. Introdujo los brazos por las patas, las cuales tenían un orificio en el extremo, cerca de las garras, por el que sacar sus manos. Innumerables botes vacíos estaban tirados a su alrededor, cuyo contenido hervía violentamente, todo junto, en el caldero. Dobló y partió la liana que le trajeron sus huéspedes, la introdujo junto con el resto de la mezcla, meneó el conjunto y esperó. Metió su dedo desnudo, sin sufrir ninguna repercusión después de hacerlo, y se lo llevó a la boca para probar su poción. Agarró un cucharón, sopló la cocción para templarla y se la hizo beber con mucho cuidado. Isabel comenzó a tener unas leves convulsiones y a vomitar durante su letargo.

—Ahora, fuera —ordenó el anciano a los compañeros a través de la cabeza de jaguar. Era difícil decidir si su aspecto era cómico o aterrador.

Obedecieron sin rechistar. Desde fuera todavía podían escuchar las arcadas y flatulencias que provocaba la ayahuasca en el organismo de la *runamula*. Un rato más tarde, el chamán se puso a recitar unos ícaros mágicos y a cantar antiguas canciones secretas. Los extraños ruidos que emitía constantemente Isabel cesaron y ya no se escuchaba nada más que la profunda y grave voz del druida.

CAPÍTULO 32

En aquel lugar no había gran cosa que hacer. Arg alardeaba de su fuerza y hacía demostraciones de puntería y habilidad con su *pucuna*. Elegían un objetivo al azar y, acto seguido, el *mobán* lanzaba un proyectil, dando un fuerte soprido por uno de los extremos de la cerbatana. Billy hizo un derroche de todos sus poderes haciendo crecer plantas con formas asombrosas o transformándose en diferentes animales que sus amigos le pedían. José también tuvo el valor de hacer algo de magia, conocía varios trucos con cartas que aprendió en algún que otro casino. El duende, que no conocía ningún otro tipo de magia más que la que contenía la selva, intentaba convencer al profesor para que le enseñara esos trucos, pero no consiguió que lo hiciera.

—Todos sabemos que este largo viaje que has hecho para ayudar a Isabel ha sido por casualidad —dijo de sopetón el duende, haciendo un ademán con la cabeza hacia el interior de la cueva—. ¿Qué es lo que verdaderamente te ha traído hasta aquí, tan lejos de tu hogar?

—En mi país yo era profesor de Historia en una universidad —comenzó a explicar el maestro con la vista fija en el horizonte, hacia el mar donde debía encontrarse el barco hundido de su antepasado—. De vez en cuando, un explorador, asalariado de la universidad, nos traía objetos que encontraba por todo el mundo. La mayoría de ellos estaban rodeados de misterios e historias asombrosas. Una vez me contó cómo, siguiendo los grabados de una antigua tinaja, encontró una ciudad enterrada y que, por si fuera poco, no estaba deshabitada. También me contó historias de cazadores de tesoros que lo persiguieron para arrebatarse sus hallazgos entre disparos y carreras vertiginosas. Cierta día pensé: ¿quién no querría tener esa vida llena de aventuras? —Arg levantó la mano, pero no le hicieron caso—. Fue entonces cuando decidí venir a este continente, cuna de grandes leyendas. Lo de venir a Colombia en concreto también fue casualidad. —Volvió a mentir. Realmente no quería hablarle a nadie acerca del galeón hasta asegurarse él mismo de si era real o no.

—¿Y ya has conseguido vivir alguna de esas aventuras? —interrogó Billy, curioso.

—La verdad es que no me puedo quejar. Tengo anécdotas maravillosas para contar y he encontrado, aunque un tanto extraño, un excelente grupo de amigos. —El profesor le alborotó el canoso penacho al *chullachaqui* de forma cariñosa y él le devolvió el gesto con una sonrisa sincera. Tanto el duende como el gigante se sonrojaron, alagados por sentirse, por fin, amigos de alguien; ellos, que siempre habían sido seres solitarios de los que todo el mundo huía.

Cinco horas más tarde, los cánticos del chamán finalizaron y salió de su casa al encuentro de los aventureros, que esperaban fuera.

—Ya hemos terminado, ahora vamos a cenar algo, tendréis que tener hambre —dijo secamente el chamán.

Parecía agotado y unas gotas de sudor resbalaban por su arrugada piel. Podría deberse a que tuvo la piel del jaguar puesta, como un traje, durante todo el rato que duró el ritual de la ayahuasca.

La hoguera seguía encendida y la marmita ya no se encontraba en su sitio. En su lugar había un costillar de carpincho y las dos patas traseras de un ciervo, todo ello cocinándose a fuego lento. Lo extraño era que no sabían de dónde salió toda esa carne. Estaban seguros de que en la cueva no había más que trastos rotos y huesos, y el anciano no salió de allí para poder ir a cazar en todo el día. Lo más fácil fue obviarlo, y esperar para poder disfrutar del manjar. Isabel continuaba tendida inconsciente sobre el suelo y con sudores.

—¿Cómo ha ido el ritual ese? —intentó romper el hielo el profesor.

—Esta mujer tenía el alma completamente limpia, no ha hecho nada malo en su vida, lo que no me explico es cómo ha sido posible que estuviera maldita —respondió el anciano, exhausto.

Acto seguido, José le contó la historia de cómo ella contrajo la maldición. Con una mano en el mentón y valorando cada palabra que escuchaba, el anciano asentía hasta que terminó la historia.

—A veces las leyes de la selva son algo estrictas —determinó.

Comieron con ansia, ya casi no se acordaban del sabor de la carne recién asada. Daban bocados más grandes de lo que podían masticar y la grasa goteaba por sus mejillas. Si no fuese por el tamaño, cualquiera podría haber dicho que el *chullachaqui* y el maestro eran parientes del *mobán* por su forma de comer. Sin embargo, el gigante dejó de lado la succulenta carne y se comió el recalentado guiso que José no se comió al mediodía.

«Y luego dicen que la bestia soy yo», pensó el anciano mientras observaba comer, atónito, a ese extraño grupo.

A mitad de la cena, Isabel volvió a toser y a gemir y el profesor corrió a su lado. Sus párpados pesaban como dos losas y le costó abrir los ojos después de pasarse toda la tarde dormida. Parpadeó varias veces para enfocar su visión de nuevo. Por un momento, todo estaba borroso y no distinguía el lugar en el que se encontraba. Ya se veía frente a su casa, después de la transformación y una larga noche de maltratos. Pensó que toda esa aventura había sido fruto de un largo sueño. Pero al ver la cara de José, a pocos centímetros de ella, todo volvió a su sitio.

—Qué hambre tengo, qué ganas tengo de que llegue la hora de cenar. Espero

que lo que haya sea mejor que esa bazofia que hemos comido. ¡Qué mal sabor de boca tengo! —José hizo un gesto y Billy se acercó hasta ella con algo de fruta.

—¿Eres consciente de todo el tiempo que has estado dormida? —le informó el maestro. Ella lo miró confusa—. Hace un buen rato que ha anochecido, nosotros ya hemos cenado. Te hemos apartado algo, por si te despertabas con...

—¿Estás diciendo que...? ¿Ya ha...? ¿Yo ya no...?

Isabel estaba boquiabierta, incluso se le cayó de la boca un pedazo de lo que estaba masticando en ese momento. Miró su reloj para asegurarse de la hora que era, pero solo vio su muñeca desnuda, no lo había cogido. Se levantó de un salto y salió corriendo de la cueva. Trepó descalza la escarpada superficie del hogar del *mapinguarí* y se puso de pie en la cima. Había un hueco entre las copas de los árboles que permitía ver el cielo nocturno repleto de nubes. La mujer esperó ahí plantada hasta que el cielo escampó y la luz de la luna bañó su bronceada piel convirtiéndola en una argenta escultura de perfectas proporciones. Respiró profundamente y permaneció allí arriba, en la misma posición, disfrutando de nuevo de la sensación de volver a ser libre.

—Ven conmigo. Hay una cosa que hace mucho tiempo que quiero hacer —le dijo al profesor, una vez que bajó del montículo.

Parecía una orden, lo cogió por el brazo y, sin decirle nada, se lo llevó de allí a la fuerza. Lo arrastró consigo sin dirigirle la palabra, parecía tener prisa. Caminaron en línea recta desde la caverna hasta que esta convirtió en un pequeño punto luminoso en la lejanía.

—Aquí está bien.

—¿Qué estás hacien...?

—El destino te ha traído a mi lado y esta vez no le dejaré arrebatarme nada.

Isabel empujó bruscamente al explorador. Él no opuso demasiada resistencia y cayó casualmente sobre un mullido lecho de hojas secas, como si estuviese preparado de antemano para ellos. Ahí tumbado, perdido en el mismísimo corazón del Amazonas, en un lugar que posiblemente nadie había visto jamás, excepto ese extravagante anciano, contemplaba la belleza de esa mujer a la que acababa de cambiarle la vida. Su belleza era, si cabía, mayor bajo la luz de la luna llena.

Su cabello ondeaba suavemente como una neblina oscura, fundiéndose con la oscuridad de la noche. Su cuerpo torneado se dibujaba peligrosamente bajo su ropa. Lentamente se desabrochó los cordones de su camión. Resbaló suavemente por su tersa piel, acariciando cada centímetro de ella. Un escalofrío recorrió su cuerpo y sus pezones se endurecieron. Estaba siendo el espectador de la imagen más hermosa que nadie pudiera presenciar.

Se agachó, se acercó a él en actitud felina y le despojó de su ropa. La mujer se

sentó encima de él y le besó el cuello. Sus labios eran carnosos y cálidos y sus besos tiernos y húmedos, pero no era lo más cálido del momento. José puso una mano sobre cada una de sus rodillas y acarició sus piernas por la parte interna del muslo hasta donde se juntaban. Ella le apartó las manos de un manotazo. Él agarró con firmeza sus caderas y ella comenzó a moverlas con sensualidad haciendo sutiles movimientos circulares. Su busto se movía como el péndulo de un hipnotizador, haciéndole perder la noción de la realidad. Estiró el cuello y mordisqueó uno de sus pezones, haciéndola gemir.

El profesor imitó sus movimientos de cadera y acabó dentro de ella. Entraba y salía una y otra vez al ritmo de sus gemidos, mientras él no podía evitar observarla fascinado. Ambos terminaron al mismo tiempo. Ella mordió su cuello, tanto que le hizo daño, pero era un dolor placentero. Y José apretaba sus nalgas con fuerza y la empujó más contra sí. Esa vez fue tan solo una de tantas. La pasión de esa noche no entendía de agotamiento y tan solo se terminó cuando la aurora empezó a teñir el cielo de azul y la selva de luz.

Cuando llegaron de nuevo al hogar del *mapinguarí*, cogidos de la mano, su recibimiento fue distinto al que se esperaban. Arg los miraba con el rostro sonrojado, no se atrevía a mirarlos a la cara, pero sacó el valor suficiente para guiñarle un ojo a José y asentir con la cabeza a modo de aprobación. El duende, en la misma entrada a la cueva, tenía preparada una bandeja enorme con succulenta fruta y el chamán asentía y sonreía socarronamente con los pulgares levantados.

—¿Qué os pasa? —preguntó Isabel a sus amigos, perpleja e incapaz de borrar la sonrisa de su rostro.

—Eso deberíamos preguntároslo nosotros, ¿no crees? —respondió el anciano con la misma sonrisa con la que les recibió.

—¿Qué quiere decir? —La mujer no pudo evitar ruborizarse. Eso aumentó el número de risas.

—¿Aún no te has enterado de que estás en mi territorio? —Era una pregunta retórica, el anciano parecía estar divirtiéndose—. En mi hogar no hay secretos para mí. Ni en mi territorio ni en ningún rincón en la inmensidad de esta selva.

—Tomad, me imagino que necesitareis reponer fuerzas —dijo Billy acercándoles la bandeja repleta de fruta—. Creía que ya sabíais que yo puedo comunicarme con la naturaleza, plantas, animales, árboles...

—¿Y qué pasa con él, cómo se ha enterado? —El profesor miró al *mobán* por el rabillo del ojo y le señaló con la cabeza.

—Se lo he contado yo —confesó travieso el duende. El *mapinguarí* comenzó a carcajearse y la pareja miró inquisitivamente a Billy.

Haciendo un gran esfuerzo, hicieron caso omiso a las miradas y los

comentarios de sus compañeros y se comieron la fruta que el hombrecillo les llevó.

—Nos queda un largo viaje de regreso, no queremos molestarle más.

—No es molestia, siempre y cuando cumplas con tu cometido —lo interrumpió el anciano con severidad y el rostro ensombrecido. El profesor afirmó en silencio.

—Muchas gracias por todo —dijo José a su anfitrión con total sinceridad, cuando terminó de llenarse el estómago.

—Justamente ahora que me lo estaba empezando a pasar bien. Me parece que voy a acompañaros, si no os importa, por supuesto. Hace mucho tiempo que no salgo de este desolado, solitario y maloliente lugar. Tengo ganas de recordar cómo es la selva —dio un profundo suspiro repleto de nostalgia—, desde que tus antepasados vinieron aquí a cazarlos a todos, obligándonos a confinarnos en lo más profundo y oscuro, donde ellos no se atrevían a llegar.

Acusó al aventurero, que lo miró con una pizca de culpabilidad en los ojos. Él no tenía culpa alguna, ni siquiera había nacido, pero no pudo evitar sentir remordimientos por lo que le sucedió a toda esa gente.

Se aprovisionaron generosamente una vez más, antes de partir en su largo viaje de vuelta y abandonar, de una vez por todas, aquel fatídico lugar. Un lugar abandonado en lo más profundo de la selva, olvidado en algún rincón del mapa, un lugar que Isabel jamás olvidaría.

Emprendieron por fin un nuevo capítulo en su aventura. La pareja de enamorados viajaba a lomos del *mapinguarí*, convertido en oso gigante de nuevo. Avanzaban cómodos a un ritmo excelente, con el único inconveniente de tener que soportar el hedor de ese gigantesco animal. Billy viajaba esta vez sentado sobre los anchos hombros de Arg, prácticamente oculto tras su enmarañada cabellera. El *mohán*, con sus más de dos metros de altura, parecía pequeño al lado del *mapinguarí* cuya cruz, caminando sobre las cuatro patas, se encontraba a la altura de sus hombros.

Sus tres nuevos amigos, las criaturas de la selva, mitos escondidos, falsas bestias o monstruos despiadados, fuera como fuese como los llamara el resto de la gente, ahora y para siempre formarían parte de sus vidas. En cierto modo, ella siempre formaría parte de esa leyenda, a pesar de que ya no estaba maldita. Siempre llevaría en su interior el alma y el corazón salvajes de la *runamula* que un día fue.

El trayecto fue coser y cantar con ayuda de aquellas dos enormes criaturas. Caminando a un paso ligero, se desplazaban a la misma velocidad que la mayoría de hombres corriendo. El camino que tantos problemas y sustos les había dado durante ese largo mes que tardaron en encontrar al chamán, lo recorrieron de

nuevo en una semana escasa. Por fin, miraron hacia delante y no vieron más árboles, sino un camino recto y despejado que transcurría por un verde llano. Ese mismo sendero les conduciría directamente hasta la humilde y acogedora cabaña de Isabel.

La tierra del huerto estaba apelmazada y cubierta por un mantillo de porquería en descomposición. El camino de piedras había desaparecido entre la hierba crecida. Las flores crecieron tanto que se salían de sus tiestos y una de las vacas lecheras desapareció. Pero afortunadamente el buey se encargó de fecundar a la otra vaca con la nueva estirpe.

Los cinco miembros del grupo llegaron juntos hasta la misma puerta de la cabaña, una vez allí, tuvieron que separarse de nuevo, puede que para siempre. El chamán recobró su aspecto de anciano indefenso y sin mediar palabra se dio media vuelta y se dirigió nuevamente hacia el interior del bosque.

—¡Espera! —atajó José—, ¿cómo se llama?

—¡Ah, sí! Mi nombre es... —pensó—, me llamo... —se rascó el mentón—. La verdad es que no me acuerdo. Hace tanto tiempo que estoy solo y nadie usa mi nombre que se me ha olvidado. —Se rascó la cabeza, sonrió sin darle importancia y prosiguió su camino.

—Volveremos a vernos —les gritó desde la distancia.

Se colocó la cabeza del jaguar que usaba como vestimenta, de la misma manera que hizo durante la sesión de ayahuasca, y se alejó con paso alegre silbando una cancioncilla. «¿A qué se referirá con eso? ¿Será simplemente su forma de despedirse?», pensó el profesor con una extraña sensación. En cierto modo, si estaban allí era gracias a él y en el fondo lo echarían de menos.

—Qué injusta es a veces la vida —dijo la mujer al *mohán*, pero dirigiéndose a las dos criaturas de la selva al mismo tiempo—. Qué mal os ha tratado la historia a los de vuestra especie. Todo hubiese sido muy distinto si hubieseis intentado entablar conversación con alguien. Aunque claro...

—Adiós, amigos —los sorprendió a todos Arg hablando por primera vez, aunque con bastante dificultad. Con un solo abrazo los rodeó a ambos y los aplastó contra su pecho.

Tras unos segundos insoportables por la presión ejercida, sin querer, por los poderosos brazos del *mohán* y por el fuerte olor que desprendía, los soltó. El gigante ofreció a Isabel su *pucuna* como recuerdo, que era casi tan alta como ella. No la aceptó, ya que sabía lo importante y útil que era esa herramienta para el hombretón y porque sería incapaz de usarla, debido a su tamaño y peso. Después de despedirse, siguió los pasos del *mapinguarí*, visiblemente afligido por dejar allí a los únicos amigos que había tenido en su vida. Se frotó los ojos en secreto cuando se dio la vuelta.

El último en despedirse fue Billy, inseparable de Isabel, tanto de jinete maltratador como de amigo salvador. No trataba de esconderse, las lágrimas resbalaban por su arrugado rostro mezcla de niño y anciano.

—Siempre habrá sitio en mi hogar para uno de mis amigos. —La mujer se agachó, cogió al *chullachaqui* por sus puntiagudas orejas y le besó la frente con ternura. La pequeña criatura observó a su nueva amiga a los ojos, sonriente y sonrojado—. Y más aún para uno tan valiente como tú.

Emocionado saltó a su cuello y se sumieron en un profundo abrazo. Muy serio, José se acercó a ellos, carraspeó un par de veces y se quedó mirando a su pequeño amigo. Sin soltarse de la mujer, el duende alargó un brazo y el profesor se unió a ese abrazo. Cuando por fin se soltaron, el hombrecillo se secó las lágrimas, se frotó la nariz y se alejó correteando y dando saltitos juguetones.

—Te prometo que volveré —dijo Billy dándose media vuelta a medio camino, entre la selva y la cabaña—. Más a menudo de lo que crees —añadió sonriente.

Continuó su camino y se perdió entre la maleza. Isabel miró a José conmovida tras escuchar esa confesión, pero no pudo evitar sonreír. Había acabado cogiendo cariño a esa irritante y traviesa criatura.

—Bueno... —comenzó a decir el profesor, con tal de romper ese incómodo silencio en el que se vieron envueltos tras tantas emotivas despedidas—, a mí aún me queda un día de camino por delante, el posadero tiene que estar encantado con mi tardanza.

—¿Por qué no te quedas a pasar la noche aunque sea? Ya es tarde y seguramente estarás cansado y hambriento —dijo ella en una especie de súplica—. Se va a hacer de noche enseguida y no es un camino seguro para alguien que viaja solo. —Accedió gustoso a la invitación.

Al encender las primeras velas, la cabaña recuperó su luz y volvió a cobrar vida. Dejaron el equipaje tirado en la entrada y miraron los sillones con deseo. Lo primero que hicieron fue darse la ducha que tanto necesitaban y con tanto anhelo añoraban.

Para no perder las viejas costumbres, José se dedicó a pescar lo que sería su cena mientras ella encendía el fuego en el que prepararla. Estaban cansados de fruta y carne rancia o seca. Para el deleite de sus paladares, el profesor tuvo su día de suerte pescando y, tras una ardua pelea con un pez, consiguió sacarlo del agua. Acababa de capturar un tambaqui, uno de los peces más deliciosos que podría haber encontrado, pariente vegetariano de las pirañas. Sin duda alguna, una delicia perfecta para celebrar el fin de tan larga y dura expedición a través de kilómetros y kilómetros de selva virgen. Aunque con sus casi veinte kilos de peso no fue nada fácil de conseguir, de hecho, estuvo a punto de tirar la toalla un par de veces, pero al descubrir de qué pez se trataba, insistió hasta conseguirlo.

Cuando terminaron de cenar, no pudieron hacer más que permanecer sentados, con el estómago completamente repleto, disfrutando de ese último bocado que se deslizaba suavemente por sus gargantas, dejándoles el tan dulce y apreciado sabor del tabaqui.

—Espero que hayas dejado sitio para el postre —se insinuó Isabel, provocativa y solemne, mientras agarraba al recién atiborrado aventurero por el cuello de la camisa y lo obligaba, sin mucho esfuerzo, a que la siguiera hasta el dormitorio.

Con más pereza de la que hubiese imaginado, debido al atracón, consiguió seguirla hasta sus aposentos. Le fallaban las fuerzas, las piernas le flaqueaban y apenas se había terminado de recuperar del ajetreo del viaje. Pero no podía quitarse a esa mujer de la cabeza, ocupaba todos sus pensamientos e invadía sus sueños. Era esclavo de su cuerpo, prisionero de sus besos y adicto a su fresco aroma, el mismo olor del bosque. Aunque ella no lo supiera, ese hombre le pertenecía desde el instante en que sus ojos se encontraron por primera vez y cayó atrapado en la red de su mirada. Esa mujer, antes maldita, rebosaba sexo y sensualidad. Necesitaba amor y a alguien que la cuidara y la valorase como desde hacía años no lo hacían. José ansiaba ofrecerle todo aquello que ella necesitaba y que nunca le pidió. Pero llegó a ese país con una idea firme, cambiar la historia y formar parte de ella, y cuando lo consiguiera sería absolutamente de esa mujer que le desgarraba el alma. Pero solo entonces. Sabía perfectamente que si se quedaba con ella, nunca más podría volver a dejarla.

Los tan añorados rayos de sol calentaban la cabaña. Tumbado en el colchón, el profesor se deleitaba observando a la mujer desnuda que dormía junto a él. Ya, a primera hora de la mañana, su corazón latía a mil por hora, era increíble lo que ella despertaba en su mente. Acarició su delicado rostro con la yema de los dedos y luego su pelo negro, el único rasgo que le quedaba en común con la *runamula*. Besó su cuello con suavidad y dulzura, haciendo que se estremeciera en sueños. Acarició su cintura, insinuante y peligrosa, y llegó a sus turgentes y torneados pechos. No quería despertarla, pero no podía evitar sentir el contacto con su piel. Se levantó con sumo cuidado, arrancó una hoja en blanco de su cuaderno, escribió algo, lo dejó en la mesilla de noche de Isabel y se fue.

CAPÍTULO 33

No puedo decirte ahora mismo que lo único que quiero es estar contigo, pero sí que aparezcas en todos mis pensamientos. No puedo prometerte que volveré, pero sí que haré todo lo posible por verte de nuevo, una vez más. Ahora no puedo estar a tu lado, pero yo siempre te llevaré conmigo.

En este viaje tan largo que hemos compartido, tú has sido la que me ha ayudado a mí. Has logrado que conozca cosas con las que solamente podía soñar. Me he enfrentado a jaguares, gigantes, osos e incluso a un irritante y molesto duende. Pero la verdadera prueba viene ahora, el momento de separarme de tu lado. No es una despedida, pero jamás me perdonaría no terminar aquello por lo que vine hasta aquí.

Después de todo lo que he visto y todo lo que has pasado, no puedo pedirte que vengas conmigo para no ponerte en peligro. Solamente el recuerdo de tu piel me anima a seguir hacia delante. Tener una excusa para sortear cualquier escollo y regresar para sentir tu aroma de nuevo, que ahora es mi sustento. No solo me has dado la vida, sino que también me las has robado. Ahora, mi vida te pertenece y solo la idea de que estarás aquí cuando vuelva me anima a terminar mi propósito.

Sé que una nota no es apropiado, pero me sentía incapaz de despedirme de ti mirándote a los ojos, viéndote empequeñecer poco a poco y esta es la única forma y la más fácil que he encontrado para decirte que tengo que partir, aunque una parte de mí siempre estará contigo, entre estas cuatro paredes y en esa selva que me ha dado lo que más me importa en estos momentos. Volveré pronto, te lo prometo.

Siempre tuyo .

Te quiere,

José

Esas lágrimas eran una mezcla entre la tristeza de volver a sentirse sola, la añoranza del amor que acababa de dejarla y la felicidad de tener a un hombre que la amaba de nuevo. Olió la carta que el profesor le escribió y la abrazó como si de él mismo se tratara, pero no lo era. Rompió a llorar desconsoladamente, pero enseguida se recompuso. Le invadió una fuerza como nunca había tenido, tomó aire profundamente, se guardó la carta, se vistió y salió en busca de su amado.

Corrió hasta que no pudo más y después continuó corriendo. No se dejó vencer por la fatiga hasta que llegó a Cartagena de Indias. Se encontraba a las puertas de la ciudad, de pie, con la respiración acelerada y el corazón encogido. No tenía buenos recuerdos de la última vez que estuvo allí y hubiera sido peor si

el profesor no hubiese estado con ella. Eso no la intimidó y, con decisión, se internó en la ciudad. Vagabundó por finas calles adoquinadas y atravesó polvorientas plazas atestadas de personas. Esta vez estaba sola y los comentarios e insultos de la gente se hacían cada vez más frecuentes y violentos. Llegó un momento en el que no pudo soportarlo más. Se rindió. Cesó su búsqueda y regresó a su tranquila y solitaria cabaña, confiando en la palabra de su amado, el hombre que le dejó la carta, la promesa de un temprano reencuentro.

José también lloraba, sabía que quizás se estaba equivocando y cometía un grave error. Pero iba a hacer algo con lo que llevaba soñando durante años, toda su vida, desde la primera vez que escuchó cómo alguien llamaba mentirosa a su madre y se reía de ella por contar la historia de su antepasado. Abandonó la cabaña mientras Isabel aún dormía, no tuvo el valor de echarle el último vistazo a la casa que ayudó a reparar y mejorar. Sabía que si lo hacía sería presa de sus sentimientos y regresaría a su lado. Con gran esfuerzo, terminó de recorrer el camino que le llevaba hasta la ciudad, sin mirar hacia atrás en ningún momento.

Fue directamente a «El Pescador», donde esperaba que aún quedara algo de dinero en la bolsa que le dio al posadero. Tras una larga e intensa negociación pagó al dueño de la posada, recuperó su antigua habitación y todavía le sobró dinero para permanecer allí por algún tiempo más. Viendo cómo le habían ido las cosas hasta ahora, ese tiempo era indefinido, cualquier cosa era posible en ese continente y él ya no era reacio a nada, no como antes.

Cenó uno de los deliciosos guisos que preparaba el orondo propietario. «No recordaba que aquí cocinaran tan bien», pensó mientras asentía satisfactoriamente, a la vez que se llevaba una cucharada tras otra a la boca. También podía deberse a que llevaba prácticamente un mes malcomiendo en busca del *mapinguarí*.

Cuando terminó, se dirigió directamente al embarcadero a ver a su amigo. Era un tipo raro y con unas costumbres más extrañas todavía, pero lo echaba de menos. Había conocido al verdadero Juan y sabía que bajo ese aspecto de borracho, extravagante y pasota se escondía un hombre serio con unos sentimientos guardados muy fuertes y que a la hora de la verdad sabía muy bien cómo actuar.

—¡Ah del barco! —gritó desde la base de la pasarela que subía al barco. Pero no obtuvo respuesta alguna.

Con la autoridad que le proporcionaba el hecho de considerarse amigo del propietario, cruzó la pasarela sin permiso y buscó por el interior, pero no había nadie. Decidió ir a buscarlo por la ciudad, no era muy grande y un hombre así seguramente no pasaría desapercibido en muchos lugares. Buscó en tiendas de pesca, pero a esas horas de la noche ya estaban todas cerradas.

Tan solo encontró una que se encontraba abierta, era una tienda pequeña y lúgubre, pero estaba bien aprovisionada. Preguntó al dueño, pero no conocía a nadie que correspondiera con su descripción. Aprovechó para comprar un carrete nuevo de hilo de pescar, el suyo lo gastó casi por completo fabricando las trampas para protegerse en la selva. También compró algo de cebo para posibles sesiones de pesca en un futuro, gusanos secos, menos efectivos pero más duraderos, y maíz dulce. También se compró una caña nueva, una en condiciones, la que él estuvo utilizando todo ese tiempo era una vieja que le prestó el capitán.

Más tarde visitó una a una todas las licorerías de la ciudad, bares y cantinas. Se encontró con un variopinto elenco de individuos, cada cual más raro que el anterior, incluso más que su amigo, pero ninguno era él. No encontró ningún rastro que pudiera darle una pista de dónde podría encontrarse.

Ahora que gozaba de nuevo de tener tiempo libre, y ya que no encontraba a su amigo por ningún sitio, se fue a la playa. Si el tiempo acompañaba, por qué no, podría aprovechar para estrenar su nueva caña. Paseaba por la orilla, descalzo, disfrutando del tacto de la arena bajo sus pies y el dulce olor a sal le transportaba directamente a aquella pequeña cabaña perdida frente a la inmensidad del Amazonas.

—¡Hombre! *Paaarece que al lguien sha moleshtado enn volver* —escuchó la voz de un hombre completamente ebrio que provenía de las sombras de una duna.

Forzó la vista, haciendo visera con su mano, y de entre las sombras apareció el capitán tambaleándose violentamente. Le costaba trabajo incluso mantenerse en pie y llevaba en la mano una botella de ron. Era una de las botellas que encontraron en el alijo pirata a comienzos de su aventura. Conociendo el ritmo con el que su amigo acostumbraba a beber, parecía increíble que todavía le quedara alguna botella por vaciar.

—*Toodo el mundo que, hip, pass por mi vida, lalalarga me abandona* —intentaba explicarse el marinero, gesticulando violentamente con la mano con la que tenía agarrada la botella y salpicándolo todo a su alrededor. Acercó su rostro al del profesor para hacerse entender mejor, pero su aliento olía demasiado fuerte a alcohol y el maestro la apartó sin miramientos—. *Prrrimero, hip, mi faamillia, luejjo tú y por último, hip, Elisabeth. Ella era una zzzorra* —espurreó a su amigo, que se apartó un poco más. Se limpió las babas y permaneció escuchando gracias a la poca paciencia que le quedaba—. *Peero tú, hip, peero tú, hip, eras mia migo.* —Apoyó la cabeza sobre el pecho de José, rodeó con un brazo su cuello, mientras con la otra mano sujetaba la botella y se la llevaba con dificultades a los labios.

Comenzó a llorar desconsoladamente.

—Y lo sigo siendo —respondió el profesor en un tono cariñoso, casi paternal.

José le arrebató la botella sin apenas esfuerzo al apenado marinero, que

todavía seguía sollozando. Vació el ron que quedaba en la botella sobre la fina arena blanca, arrojó la botella al otro lado de la duna y acompañó a Juan hasta su barco. Lo tumbó sobre el camastro de su camarote y regresó a la habitación de su pensión.

A la mañana siguiente se levantó temprano, desayunó algo ligero y fue directamente al puerto a interesarse por el estado de su amigo. Una vez más, sin autorización ninguna subió al barco y se dirigió al camarote donde lo dejó durmiendo. Se sintió abochornado cuando entró, por lo visto, después de dejarlo allí, el marinero tuvo la energía suficiente como para despojarse de su ropa. Estaba tirado en ropa interior sobre el colchón, roncando como un animal acatarrado. Tras mucho insistir y con mucha pereza, consiguió despertarlo. Con un gran esfuerzo y una resaca descomunal, salió a la cubierta sin ningún pudor, casi desnudo, a desperezarse.

—Me parece recordar que tú y yo tenemos un acuerdo pendiente —dijo José irónicamente a su amigo, sin darle tiempo a que despejara su cabeza.

—¿Dónde te habías metido? —interrogó el capitán sin mirar a su amigo a la cara, en una actitud un tanto infantil y chulesca.

—No te creerías la verdad.

—Sorpréndeme —añadió Juan, a la vez que se desperezaba.

—Te acuerdas de Isabel, ¿verdad?

—¿Isabel...? Sí —respondió escuetamente.

—En resumen, resulta que acarreaba con una maldición y me ofrecí para ayudarla a librarse de ella. —El capitán paró de hacer sus estiramientos. El maestro pensó que estiraba durante tanto tiempo para mantenerse ocupado en algo y así tener una excusa para no prestarle total atención.

—Eso es imposible —espetó, incrédulo, el hombre en ropa interior.

—Primero me dejas terminar y luego opinas lo que quieras, ¿vale? —El capitán cerró una cremallera imaginaria en sus labios, hizo como si tirara la llave y se sentó con las piernas cruzadas a escuchar el resto de la historia con un fingido interés—. Resulta que capturamos a la criatura que la castigaba cuando se convertía en *runamula*. Resulto ser un duende que...

—¿Una *runamula*? Eso son historias de miedo para los niños —añadió de pronto el capitán.

El profesor, cada vez más mosqueado, le clavó una dura mirada a su amigo, que inmediatamente cerró de nuevo la imaginaria cremallera de sus labios, levantó las manos en señal de disculpa y se quedó escuchando con gesto divertido.

—En fin... —La exasperación se paseó por el rostro de José y se instaló para quedarse—. El duende nos dijo que el único ser capaz de eliminar esa maldición

era un *mapinguarí*, pero lo que no sabíamos es que solo queda uno en todo el Amazonas. A mitad de camino, un *mohán* nos complicó un poco las cosas, pero resultó ser un tipo bastante tranquilo pese a su apariencia. Y, por último, en una especie de cementerio de palmeras, nos intentó matar el susodicho *mapinguarí*, que en aquel momento tenía la apariencia de un oso gigante. Finalmente, nos dejó con vida porque dijo que la naturaleza me había elegido a mí para guardar un secreto que está a punto de ser revelado y que debe seguir oculto.

—¿Puedes guardarme tú a mi otro secreto? —pidió suavemente el capitán. El profesor asintió intrigado—. Tú eres tonto —dijo justo antes de que el profesor respondiera, dejándolo con la palabra en la boca—. Pero, chsss, no se lo digas a nadie. —Puso su dedo índice frente a sus labios—. Si no quieres contarme lo que has estado haciendo por ahí durante más de un mes, allá tú, pero no me vengas ahora con historias para no dormir.

El marinero parecía enfadado. Más bien estaba molesto al pensar que todo eso era una broma y que su amigo intentaba ocultarle la verdad.

—No es ningún cuento para niños —aseguró furioso el profesor—, y encontraré la forma de demostrártelo. ¿Y qué me dices de ti? —cambió de tema—. ¿Qué ha pasado con Elisabeth?

—Pues, verás, llegó un día una nave extraterrestre y uno de los alienígenas se la llevó consigo, y desde ese día no he vuelto a verla. De vez en cuando, se ve en el cielo una luz roja que parpadea, son ellos para recordarme que todavía están en algún lugar del universo con ella. —José le lanzó la misma mirada que solía lanzarle al estresante Billy—. Bueeeno, vaaale —acabó cediendo el marinero—. Todo era perfecto al principio, como en los cuentos de hadas. Yo lo cambié todo para gustarle, ella me quería y las noches eran fogosas y apasionadas. Pero llegó un día en el que se marchó a hacer unas cosas y después de ese día, varios otros. Entonces empezó a preguntarme por ti. —Miró a su supuesto amigo celoso y con furia en los ojos. Él, abrumado, levantó las manos en señal de inocencia—. Le conté cómo nos conocimos, nuestros días en alta mar y mi incidente en aquella isla misteriosa.

—¿Qué le contaste en concreto sobre esos días en alta mar? —preguntó el profesor escandalizado.

—Le dije que buscas algo en estas aguas. Que vimos innumerables barcos hundidos y que no le hiciste caso a ninguno de ellos. Que seguramente, si eso que tú buscas, existe realmente, quizás esté en lo más profundo del mar. También le conté que eres un excelente explorador con muchos conocimientos. —El marinero contó todo esto con pesar, afligido al recordar a la joven inglesa que recompuso su corazón y se marchó llevándose consigo—. Si hubiera sabido lo que buscas, a lo mejor no hubiera parecido que le estaba mintiendo y no se

habría marchado. —Lo acusó fervientemente.

—Créeme, no hubiera servido de nada que lo supieras —trató de consolarlo el profesor—. No hubiera parecido mucho más creíble.

—¿Y de qué se trata? —insistió el marinero con los ojos vidriosos—. ¿Qué es eso que estás buscando en estas aguas que es tan importante para ti?

—Todavía no estoy seguro ni siquiera de que exista. —José colocó una mano sobre el hombro de su amigo—. Cuando llegue el momento lo sabrás, te lo aseguro.

Haciendo borrón y cuenta nueva dieron por zanjado el asunto. Juan se aseó, se vistió y ambos salieron a la ciudad en busca de provisiones para volver a enrolarse en esa misteriosa búsqueda por alta mar.

Se perdieron entre las estrechas calles y descubrieron una pequeña tienda escondida entre un hotel y un banco. Se toparon con ella por casualidad, pero resultó estar bien repleta de existencias. El maestro mandó a su compañero de aventuras a buscar la comida, mientras él, a escondidas, compró una botella del mejor ron para posibles celebraciones futuras. Una vez comprado lo necesario para el viaje, se dirigieron de nuevo al barco sin perder un solo instante.

CAPÍTULO 34

Cuando hubieron emprendido el viaje, el ánimo de los dos volvió a cambiar. La brisa golpeando el rostro, las velas hinchas propulsando el barco y el arrecife revelando un mundo submarino repleto de misterios. Con el sombrero sobre la cabeza y la camisa revuelta sobre la cubierta, el marinero sacó sus cañas. Con una cerveza en una mano y uno de sus cigarrillos en la otra se inventaba salomas con todo cuanto sucedía. Los peces saltando junto al barco, las ondulaciones en las velas provocadas por las corrientes de aire y el rostro de José dibujando un banco de delfines eran suficiente para componer una letra.

El capitán tomó por costumbre ir afeitado desde que lo hizo para Elisabeth. El bronceado ya se había igualado en todo su rostro. Ahora era el profesor el que lucía una desgarbada barba de varios días.

Ya en alta mar, José se fue directo al observatorio marino y se introdujo de nuevo, después de tanto tiempo, en mitad de las aguas del océano. Anhelaba retomar la investigación y más aún después de lo que encontró en aquella recóndita isla. Tampoco podía quitarse de la mente el secreto del que le habló el chamán, ansiaba descubrir aunque fuese una pequeña pista sobre él.

No llevaba más que un momento bajo el agua, no le había dado tiempo siquiera a sacar su cuaderno, y el gran cubo de hierro comenzó a ascender. El capitán había accionado el mecanismo desde los mandos del exterior.

—¿Qué estás haciendo? ¿Pasa algo?

—Sal de ahí —ordenó Juan con un extraño brillo en los ojos. El profesor, confuso, salió del observatorio y se dirigió junto a él—. Llevas mucho tiempo peinando la superficie del mar. Si aún no has conseguido ni una mísera pista, no creo que logres encontrar nada de este modo, sea lo que sea.

Lo que el capitán no sabía era la existencia de las notas que guardaba su compañero. Ambas haciendo referencia a algo oculto bajo las aguas.

—Por cierto, ¿qué es lo que andas buscando? —insistió.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia ese extraño traje con botas de plomo. Comenzó a hacer unos preparativos antes de poder utilizarlo. Ajustó unas correas, engrasó algunos cierres, apretó unos nudos y aseguró el tubo unido a una especie de mochila.

—Mmm... Recopilo información sobre los antiguos barcos hundidos que hay en la zona, ya lo sabes —balbuceó apabullado.

La pregunta le sorprendió, no se la esperaba, daba por zanjado el tema, pero por lo visto su amigo estaba muy interesado en saber la verdad.

—Ya... —Forcejeó con una pieza metálica y la lanzó con indiferencia sobre su

hombro cuando consiguió arrancarla de su sitio.

Juan no sabía si creerle o no. El forastero demostró tener habilidades y conocimientos que no eran propios de un simple historiador. Se produjo un tenso silencio.

—¿Y tú? ¿Por qué tan solo accediste a acompañarme cuando supiste la ruta de mi investigación?

—Mmm... Por los barcos hundidos, también. —Cerró y abrió una cremallera y asintió con conformidad.

El capitán tampoco se esperaba esa pregunta. Ambos entendieron que, a pesar de ser ahora buenos amigos, todavía no podían contarse ciertas cosas. El puente de su amistad, levantado desde hacía tiempo, se tambaleaba cuando soplaba el viento.

—Ponte esto.

El traje le quedaba como un guante, aunque se lo tuvo que poner con ayuda de Juan, y era más ligero de lo que a simple vista parecía. El interior picaba un poco. Una plataforma de rejas metálicas lo bajó hasta el nivel del agua y se preparó para lanzarse al mar. Una cuerda que iba soltando su amigo desde la cubierta, mediante una polea que giraba él mismo con una palanca que había acoplada, hacía que no se hundiera descontroladamente y se perdiera en el oscuro fondo del abismo. Un delgado tubo unido a la mochila del traje la llenaba de aire, gracias a un compresor muy rudimentario y ruidoso que funcionaba con algún combustible casero.

Al quitarse la camisa para ponerse el traje, dejó al descubierto el medallón de madera que encontró en la isla y que llevaba colgado al cuello. El capitán, a pesar de todo lo que habían pasado juntos, lo vio en ese momento por primera vez.

—¿Qué es eso? —preguntó muy serio.

—Ah, ¿esto? Nada, algo que encontré en una de mis internadas por el bosque mientras estabas convaleciente en aquella extraña isla —respondió el profesor, quitándole importancia.

—Me tienes que enseñar dónde lo encontraste. —Parecía una orden, la dijo con un brillo especial en los ojos.

El capitán dejó a José con el traje a medio poner y se fue a toda prisa a tomar los mandos de su nave. Hizo virar el barco y recorrió una vez más el camino que ya habían investigado. Trató de volver a la isla en la que se lesionó la pierna, o por lo menos encontrarla, pero no había ni rastro de ella. Era muy extraño que una montaña tan alta no destacara entre los islotes.

Tras buscar fervientemente durante mucho rato, no encontraron rastro alguno de aquella isla, ni siquiera de la altísima montaña de piedra que debería ser visible a kilómetros de distancia. Era como si hubiese desaparecido, como si alguien se

la hubiera llevado de allí, como si solamente se apareciera de vez en cuando, a unos pocos privilegiados con algún tipo de propósito. Finalmente, el capitán desistió en su desesperada búsqueda y retomaron los planes del profesor.

Peinaban cada zona una y otra vez y se pasaban horas enteras dentro del observatorio marino. Cada vez que localizaban un barco hundido detenían la embarcación, el profesor se ajustaba ese extraño traje de neopreno y se sumergía para estudiarlo. Bajo el agua, sobre el lecho marino, se desplazaba como si caminara a cámara lenta. Al contrario que en la superficie, donde sus movimientos eran pesados y torpes, era fácil y cómodo manejarse con ese artilugio una vez sumergido.

Vasijas de barro y cerámica y todo tipo de piezas de alfarería dominaban los pocos tesoros que podían albergar aquellos barcos hundidos. Cada vez que intentaba coger alguna de las piezas con esos gruesos guantes para estudiarla, se deshacían en sus manos como un muñeco de arena en una tormenta. Desechó la idea de seguir buscando entre esas antiguas piezas de arcilla, de todos modos, no era aquello lo que le interesaba encontrar entre los restos.

Los ratos en los que el explorador no estaba bajo el mar, los pasaban juntos en el interior del observatorio marino o jugando a juegos de mesa con cartas y dados. Después de cada inmersión, José se pasaba un buen rato tomando notas en su libreta y dibujando todo lo que había visto allí abajo. La barrera de coral al fondo, tiburones de varios tipos o incluso rocas que a simple vista no tenían nada de especial. Juan también sacaba tiempo para sus aficiones y volvió a practicar esa extraña costumbre suya de disparar a las bandadas de aves pescadoras que pasaban revoloteando sobre el barco.

—¿No había nada más donde encontraste ese collar? —preguntó cierto día el capitán, de sopetón, durante una de sus largas partidas de cartas.

Al venturero le extrañó que conociera ese símbolo, pues tenía muchos años de antigüedad, siglos, y mucho menos que lo relacionara con cualquier otra cosa.

—Nada, un papel arrugado y sucio firmado por un tal Teach, pero estaba todo emborronado y lo tiré. —Sabía que media verdad es como una mentira entera, pero todavía no quería revelarle la verdadera intención que tenía con esa investigación.

—¿Me estás diciendo que encontraste un papel firmado por el mismísimo Edward Teach y lo tiraste? —El capitán estaba fuera de sí y miraba incrédulo a su amigo.

Al parecer, era más listo de lo que parecía o hacía creer, poca gente conocía el verdadero nombre de Barbanegra.

—Yo no he dicho nada de ningún Edward.

—No importa el nombre. ¿Por qué lo tiraste? —se estaba poniendo muy

tenso, casi agresivo.

—¿Qué pasa con ese nombre? ¿Qué tiene de especial?

El maestro disimulaba y se hacía el despistado, fingiendo no saber nada sobre el tema. Dejó que Juan le contara todo lo que sabía sobre ello para comparar ambas versiones.

—El gran bucanero, el capitán Barbanegra. A pesar de su temprana muerte a manos del teniente que comandaba la flota inglesa, fue uno de los piratas más temidos y buscados en los siete mares. Consiguió reunir un botín mayor que cualquier otro que se haya conocido hasta nuestros días. Tan solo hay un tesoro que se pueda comparar a la fortuna de Teach: el que transportaba un galeón español que fue hundido en estos mares. O por lo menos eso cuenta la leyenda. Un tesoro que desapareció junto con su barco y su cuerpo decapitado. —El marinero parecía emocionado—. Se dice que ambos tesoros provenían del mismo lugar y que allí donde lo sacaron hay mucho más. Pero te equivocas de aguas, chico, además, seguramente ni siquiera ponía Teach en ese papel.

—Sí, seguramente —respondió el profesor, sorprendido al escuchar esa versión desconocida sobre la vida del bucanero—. Estaba todo muy borroso, seguramente me habré confundido.

Su amigo sabía mucho más de lo que él esperaba. Era bueno para su investigación haberle hecho creer que buscaba un tesoro distinto al que realmente quería encontrar. Por lo menos hasta que estuviera seguro de que no tenía nada que ver con el medallón de Barbanegra o con el secreto del que le habló el *mapinguarí*.

José sabía perfectamente que ese cofre, junto con lo que contenía, perteneció en algún momento al bucanero del que estaban hablando. Pero seguía sin saber qué tipo de relación podía tener con el barco de su antepasado. Eso trastocaba mucho los estudios que había realizado. Si el *mapinguarí* le hubiera dicho en qué consistía aquello de lo que tenía encargarse para que permaneciera oculto, todo habría sido mucho más fácil—. ¿A qué se referirá el tesoro que menciona la carta de Teach? —se preguntó a sí mismo, dando vueltas una y otra vez a lo que acababan de hablar.

—¿No sabrás, por casualidad, dónde fue hundido el barco de Barbanegra y su tesoro? Nos vendría de maravilla —le dijo a su compañero de viaje, dándole un empujoncito con el codo para disimular.

—Es una misión imposible, muchacho. —El rostro del marinero cambió de golpe y se ensombreció—. Además, jamás te lo diría si lo supiera. Puedo compartir unas sardinas o un poco de ron contigo, pero jamás un tesoro.

Le devolvió el empujón al profesor y ambos rieron como solían hacer antes de que se separaran temporalmente, contentos por librarse de la incómoda tensión

acumulada.

—A lo mejor Barbanegra también encontró esa isla, o se le apareció para ocultar el mismo secreto que yo tengo que guardar. Un secreto que él mismo reveló y que solamente él podía volver a guardar —pensó José en voz alta sin querer.

En ese preciso instante, el capitán volvió a dirigirse de nuevo a la cabina de mandos de su barco.

—...en efecto, Barbanegra —logró escuchar el maestro de lo que parecía estar hablando con alguien—, ya sé que es imposible pero...

—¿Hay algún problema? —interrogó, omitiendo lo que acababa de escuchar.

—No, no, nada. —El capitán parecía nervioso—. He ido a probar la radio, pero no he conseguido contactar con nadie—. Le mintió con descaro.

Aun sabiendo que no decía la verdad, no dijo nada al respecto, por fin estaba seguro de que ese hombre ocultaba algo. Algo le corroía por dentro por no poder sincerarse con él, pero ese hecho le daba la razón.

CAPÍTULO 35

Pasaban los días como si nada hubiera pasado entre ellos. Continuaban buscando barcos hundidos los dos juntos desde el observatorio marino y seguían con sus entretenidos aunque, después de tanto tiempo, monótonos juegos de mesa. A pesar de mantenerse ocupados realizando distintas tareas casi todo el tiempo, la verdad es que al final todo aquello resultaba aburrido y repetitivo.

—Juan, puedes ir recogiendo tus cosas, nos vamos, volvemos a Cartagena. — En vista de que no conseguían encontrar lo que andaba buscando, el profesor finalmente se dio por vencido.

—Ahora que sabes que tu búsqueda se ha ido al traste, me podrías contar qué es lo que has buscado con tanto ahínco durante todo este tiempo, ¿no? —dijo el capitán con una risilla.

Puso una mano firmemente sobre el hombro de su amigo tratando de consolarlo. Una risilla se dibujó en sus labios a espaldas del profesor, victorioso por que iba a saber al fin qué era lo que había estado ayudando a buscar.

—Mi nombre es José, al igual que todos los hombres de mi familia desde hace varias generaciones. Mi madre se quedó huérfana siendo muy pequeña y se crio con sus abuelos. Pues este le contó que su abuelo, al igual que tú, fue un gran capitán de un navío increíble. Viéndolo así, no exactamente igual que tú, pero también fue capitán. —El marinero lo miró con el ceño fruncido y resopló—. Comandaba un barco mandado por la corona de España para recoger uno de los grandes tesoros de estas tierras tras la colonización. El galeón que capitaneaba se llamaba el San José. ¿Te suena ese nombre? —El marinero se encogió de hombros, en silencio, y continuó escuchando con atención—. Dice la historia que fue hundido por un buque inglés, el Expedition. Pero una vez mi madre me contó, cuando yo era solo un niño, que antes de que ese barco pudiera darle caza, algo que salió de las profundidades del océano lo alcanzó primero, buscando algo que transportaba. El teniente al mando simplemente atacó a un galeón destrozado que se empezaba a hundir. Nunca supieron qué fue lo que verdaderamente lo derrotó y le atribuyeron el mérito de su hundimiento al Expedition y a su capitán.

—Pues vaya, lo siento, muchacho, pero ese tesoro del que hablas no existe.

—Todas las leyendas tienen un origen verídico y no pienso dudar de la historia que me contó mi madre. —A pesar de todo, el profesor no dejaba de creer en el tesoro y en la veracidad de las palabras de su madre.

—Si eso te consuela... —añadió el marinero, sin siquiera dirigirse a él directamente—. Podrías preparar algo para cenar, chico, yo tengo que probar a

hacer una llamada por radio—. Se dirigió a la sala de transmisiones—. Sí, confirmado, busca el San José. —Volvió a decir en secreto a alguien.

Regresaban despacio hacia el majestuoso puerto de Cartagena de Indias. Iban mucho más despacio de lo que acostumbraban con las velas izadas, movidos tan solo por la corriente del mar. Terminaron esa aventura mucho antes de lo esperado y ahora José quería aprovechar para disfrutar de aquel lugar paradisíaco al lado de Isabel.

Después de todo lo que había vivido en todo ese tiempo que llevaba en Colombia, todavía no había tenido un solo día entero para relajarse y dedicarse solamente a él. Un día para disfrutar de aquel lado del planeta tan desconocido y familiar a la vez, o un día en el que la responsabilidad de su libreta no le hiciera mantenerse alerta en todo momento. El profesor conocía la historia del galeón gracias a lo que le contó su madre, pero nunca se imaginó que fuera algo tan importante, tal y como descubrió. Eso lo desanimaba todavía más.

—¿Por qué decidiste partir en la búsqueda de un mito? —volvió a sorprenderlo el capitán con una pregunta inesperada—. ¿Acaso ibas mal de dinero y decidiste gastarte todo lo que te quedaba para encontrar un tesoro que, a lo mejor, ni siquiera existía?

—Qué va, para nada —respondió desanimado—. Como te he dicho antes, mi madre me dijo que esa es la historia de mi tatarabuelo. Solamente quiero saber si era tan buen marinero como yo me lo he imaginado todos estos años. Y si lo era, descubrir qué fue lo que hundió su barco. Jamás robaría el tesoro de mi antepasado, sería como robarme a mí mismo. Tan solo trato de investigar una parte desconocida de la historia de mi familia.

—Sí, sería de muy mal gusto que hicieras eso. —El capitán también tenía el semblante entristecido.

Había tomado a ese hombre, su nuevo amigo, por un cazador de tesoros que trataba de ocultar lo que era en realidad. Pero se trataba realmente de un auténtico investigador, un explorador que estudiaba la trágica muerte de un miembro de su familia cuya historia se convirtió en una leyenda de esas aguas. El capitán quería compensar ese malentendido y esperaba que ya no fuera demasiado tarde para hacerlo. Realmente no buscaba ni oro ni fama, sino la verdad, como ya le aseguró al comienzo de su aventura.

—¿Te acuerdas de que te dije que la leyenda la leí? —El capitán asintió confuso—. Mira, esto salió del libro en el que la encontré.

Le mostró aquel pequeño pedazo de papel que lo acompañó durante toda esa aventura, su talismán. Un brillo extraño se vislumbraba en los ojos de Juan al leerla.

—¿Qué quiere decir esto?

Esa extraña mirada permanecía en su rostro. Era como si hiciera esa pregunta solamente para comparar información. Pero el aventurero estaba tan decaído en ese momento que ni siquiera se dio cuenta.

—No lo sé —respondió con pesar—. Es como si quien lo escribiera quisiera dejar alguna pista, pero al parecer es tan solo algo que escribió alguien que se aburría. De todos modos no tengo ni idea de lo dice sobre la montaña o si el secreto que se supone que guarda tiene algo que ver con el que me tiene que ser revelado. De hecho, ahora mismo dudo de que todo eso sea verdad. Puede que me haya dejado llevar por una idea disparatada que yo mismo me creí.

—Ahora entiendo. Puede que... —dijo el capitán para sí mismo.

Habló tan bajo que su compañero, a un par de metros escasos de distancia, no pudo oírlo.

—Te mentí —confesó José de sopetón, interrumpiéndolo.

—¿Qué?

—Sí que había algo escrito en el papel de Barbanegra. —Le tendió el otro trozo de papel—. Y este estaba en un cofre que consiguió salvarse del barco de mi tatarabuelo.

Le entregó el papel que le dio el chamán a cambio de cumplir su objetivo en la selva. Nunca se había sentido tan sorprendido y tan confuso, ni siquiera con Elisabeth. No parpadeaba y sus manos temblaban.

—Lo único que he sacado en claro... —dijo al fin, aparentando serenidad y entereza— es que sea lo que sea de lo que se trate ese secreto, hay algo que lo vigila.

—Hay algo más de lo que tampoco te he hablado —admitió José, arrepentido.

—¿Algo más!? —Juan pareció escandalizarse—. A ver si resulta que lo de la maldición de Isabel también era verdad. —La mirada que le mandó su amigo le bastó para convencerse de ello.

—Una estaba en el interior del alijo de ron, la cogí sin que me vieras. La otra estaba en el mismo cofre que se salvó del galeón. Estaba junto a esto. —Le mostró las dos esmeraldas y la campanilla de oro con la chacana grabada.

—¿Por qué no me habías enseñado todo esto antes? —preguntó entristecido y un tanto decepcionado.

—Quería asegurarme de que si llegaba a encontrar un tesoro, no quisieras arrebatármelo o hacer algún tipo de locura. Quería estar seguro de poder confiar en ti. Tampoco quería escuchar opiniones y conclusiones distintas a las que yo tomara, que pudieran confundir mi investigación. Pero, por lo visto, me equivoqué. —Se produjo un tenso silencio—. ¿Y bien? —preguntó nervioso, ante la impasibilidad de su extravagante compañero.

—¿Sabes qué es esto? —señaló el símbolo que había grabado en la campanilla.

El profesor involuntariamente se llevó la mano al colgante.

—La chacana —respondió escuetamente.

—Ya... —parecía defraudado por la respuesta—. ¿Pero sabes qué es? —El maestro se encogió de hombros—. Este es el símbolo de una civilización que vivió aquí durante miles años y ahora se cree extinta. Pero hay algo muy extraño. —El profesor alzó la vista, sorprendido y confuso por ese repentino alarde de intelecto que demostraba su amigo—. Como se puede comprobar al comparar los trozos de papel, tienen muchos años de diferencia entre ellos. Y las esmeraldas parece que provienen del mismo lugar, aunque hay una más antigua que la otra. Dado que estamos hablando de tu tatarabuelo, tampoco hace tanto tiempo de ello y eso lo hace aún más confuso. Si fuera solo Edward Teach el mencionado, puede que se topara con este poblado, pero la muerte de tu antepasado es demasiado reciente para ello. —No daba crédito a lo que estaba viendo y oyendo. En ese mismo instante se sentía un simple aficionado a las novelas fantásticas al lado de Juan—. José, tienes que ver una cosa —le dijo muy serio.

Tenía que tratarse de algo importante porque lo llamó por su nombre y no por ninguno de los apelativos que acostumbraba.

—¿De qué se trata? —esperó en silencio una respuesta que no llegó.

El capitán estaba concentrado guiando el barco, brújula en mano, hacia algún lugar que supuestamente todavía no habían investigado. Cambió de dirección sin comentarle nada y volvieron a dirigirse a mar adentro, viendo empequeñecerse el puerto en lontananza.

Un alto acantilado se erguía ante ellos, una prominente y escarpada pared totalmente vertical. Una grieta de escasos centímetros de grosor dividía imperceptiblemente el acantilado en dos, como si un gigante hubiese cortado la montaña con la cuchilla más afilada de todas. Quizás fuera fruto del lento y constante cambio del planeta o resultado de un terremoto que deformó la costa. Pasaba prácticamente inadvertida, incluso desde cerca.

—¿Para qué me has traído aquí? —preguntó el profesor con pocos ánimos, sentado como estaba con el mentón apoyado en sus manos.

—Quizás no sirva de nada, pero este es el único lugar que te queda por mirar dentro de tu zona de búsqueda. —Le ofreció al maestro un pequeño atisbo de esperanza.

—No es más que un acantilado. ¿Qué se supone que tengo que encontrar en la montaña? —Se extrañó con expresión cansada. No tenía ganas de emprender de nuevo ninguna búsqueda. De pronto, se acordó de la nota que cayó del libro.

—Ahí abajo, fíjate bien. —Juan señaló la grieta desde la distancia con un dedo y la siguió como si la dibujara acompañando el gesto con un silbido—. Tengo

que ser sincero contigo, yo ya sabía de la existencia de este tesoro. —José clavó la vista en su amigo, atónito. Si hubiera abierto más los ojos podrían haberse salido de sus cuencas.

—Y entonces ¿para qué ha servido todo lo que hemos hecho hasta ahora? Para nada —se respondió a sí mismo sin darle tiempo al marinero siquiera a pensarse la respuesta.

—Si me hubieras contado antes lo que ibas buscando, podría habértelo contado. De todas formas, tenía que asegurarme de que eras un tipo de fiar —dijo el marinero con gesto divertido. La furia invadió el rostro del maestro.

—¿Un tipo de fiar? —Parecía fuera de sí—. ¿Después de salvarte la vida cuando apenas nos conocíamos?

—Bueno, vale, me salvaste. Más bien me ayudaste a recuperarme, lo tenía todo bajo control. Además, lo hiciste porque necesitabas a alguien que pudiera manejar el barco para salir de allí. —La furia fue disminuyendo en el rostro de José y fue dando paso a la vergüenza—. Si te hubiera mostrado el tesoro nada más emprender este apasionante viaje, jamás habrías visto a esos seres que crees haber visto y tampoco...

—No lo creo, los vi. Y por si te parece poco, nos hicimos amigos —lo interrumpió el profesor.

Juan tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener una carcajada. Eso lo enfureció aún más.

—Sí, sí, vale —le dio la razón—. Si no llega a ser por eso, tampoco hubieras conocido a Isabel. ¿O es que ya no te acuerdas de ella? —El marinero se acercó a su amigo y le dio un leve codazo, pero esta vez este lo apartó de su lado con un desganado empujón. Al capitán le divertía la actitud del maestro y eso hacía que aumentara su cabreo. Respiró hondo, le dio una palmada a Juan y se apoyó en el borde del barco, contemplando el océano y el acantilado.

En el lugar de la grieta que se metía en el mar, empezaba a apreciarse cómo se ensanchaba hacia abajo. El explorador se metió corriendo en el observatorio marino y se colocó bajo el casco del barco. La brecha se extendía más y más hacia abajo, cada vez más ancha. Llegaba al lecho marino y continuaba más abajo todavía, partiendo el suelo y formando otro acantilado en el fondo del mar. Salió del observatorio, se enfundó el traje de neopreno y se sumergió en el agua. Fue directamente hacia la grieta y se internó en ella. Era incapaz de ver nada porque ese segundo acantilado era demasiado profundo, estaba completamente oscuro y el tubo del traje que le permitía respirar le impedía descender más. Allí colgado, en la inmensidad de la nada, se sentía como una mosca atada a un hilo en una gigantesca y oscura habitación.

Dio unos tirones a la cuerda que lo sujetaba y el capitán lo subió de nuevo

hasta la embarcación.

—Ahí abajo no hay nada —refunfuñó el profesor claramente frustrado—. Con este traje no puedo acceder al interior de la grieta. Y aunque pudiera meterme en ella, está demasiado oscuro como para poder ver nada.

—Ya te dije que nunca subestimarás mi equipo, chico —dijo Juan con una sonrisa pícaro en los labios.

—¿De qué estás hablando? —El profesor estaba intrigado. ¿Qué más sorpresas podría depararle ese hombre?

—Ese tesoro que tú estás buscando fue mi obsesión durante años. Sé que aquí abajo hay algo, pero no sé el qué. —El capitán señaló el agua en dirección al acantilado submarino—. Puede que sea el barco de tu tatarabuelo o tal vez no, no lo sé. Tras muchos años de intensa búsqueda y después de recuperarme de una embolia, perdí toda la esperanza de encontrarlo y dejé de creer en el tesoro. Pero ahora tú me has transportado de nuevo a mi juventud y sé que juntos lo podemos conseguir. —Se le veía emocionado por tener un nuevo, y a la vez viejo, reto al que enfrentarse después de tantos años—. Muchos prototipos fueron descartados antes que este y yo personalmente los probé todos y cada uno de ellos para certificar su funcionamiento. Algunas veces no soportaban la presión de las profundidades, otras veces desde los filtros se colaba el agua al respirador, convirtiendo mi invento en una trampa casi mortal. No sabría decirte la cantidad de accidentes que tuve hasta lograr fabricar el definitivo. He conseguido subsanar los errores de los prototipos anteriores y mejorarlos, y ahora tú vas a tener el honor de poder estrenar mi mejor obra.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo es que sabías que aquí había un tesoro, tenías los medios para hallarlo y no lo hiciste? —El profesor estaba enfadado y a la vez extrañado.

—Cuando toda esperanza abandone la conciencia del intrépido buscador, la montaña le mostrará el camino —recitó las palabras que había en el papel que su amigo le enseñó—. Nada más leerlo fue cuando lo entendí, por eso no te he traído aquí antes. Como dice la nota, yo quería el tesoro para hacerme rico. Pasé por aquí incontables veces y nunca vi esa grieta. Cuando me rendí, pasando por aquí de casualidad la encontré, entonces supe que no era para mí.

—¿Y aunque encontraste la grieta abierta no probaste suerte?

—La grieta no se abre o se cierra, siempre está ahí, lo que pasa es que solo se muestra a unos pocos elegidos. No, lo que pasa es que no me atreví —respondió el capitán con el rostro ensombrecido.

—¿Y eso?

—No lo sé exactamente, noté una sensación extraña, como si algo me observara desde las profundidades. Fue como si algo ahí abajo me hubiera estado

esperando y supiera de antemano que yo acudiría. Como si la grieta la hubieran abierto para mí, precisamente para eso, para que me metiera en...

El marinero estaba completamente rígido para evitar temblar, pero su mirada lo delataba. Fuera fruto de su imaginación o no, había algo que realmente lo asustaba.

—Un momento. ¿Cómo que estrenarlo? Eso no me tranquiliza en absoluto — lo interrumpió José.

De pronto, parecía no haber escuchado las palabras de su amigo y estaba más preocupado por el traje que por el hecho de que hubiera algo oculto en las profundidades que incluso a Juan le intimidaba.

El capitán corrió la lona que aún no habían tocado desde que empezaron aquella aventura, hacía ya casi dos meses. Bajo ella, sostenido sobre una estructura metálica había un artilugio que el maestro no había visto en toda su vida. Era una especie de exoesqueleto fabricado con algún tipo de metal muy ligero. Se quitó la pequeña escafandra de cristal y se acopló otro casco, hecho del mismo material que el nuevo artefacto. Tenía una franja acristalada a la altura de los ojos. Algo parecido a una columna vertebral se acoplaba a su espalda mediante unos cinturones de cuero atados alrededor de su cuerpo. Unos mandos se extendían por sus brazos hasta sus manos, con ellos podía controlar unos brazos mecánicos con gran precisión. En las piernas llevaba acopladas un par de botas, todavía más grandes y pesadas que las anteriores, unidas a esa extraña columna vertebral mediante unos anclajes que descendían por sus piernas.

Vio su imagen reflejada en el vidrio de una de las ventanas del barco y no pudo evitar reírse. Pensó en sí mismo como en un guardián de las leyes de la selva venido del futuro para hacerlas cumplir.

Tras una breve explicación por parte de su inventor, hizo las pruebas pertinentes con el exoesqueleto para comprobar que lo podía usar correctamente. Era asombrosamente fácil manejarlo y desplazarse con él. Parecía que se sostenía a sí mismo, cargando el mecanismo con la totalidad de su propio peso. Lo único que tenía que hacer José era iniciar la acción del movimiento y el artilugio hacía el resto.

—Con esto sí que has ganado puntos, muchacho —bromeó el maestro exultante.

Hizo unos últimos movimientos de comprobación e incluso se atrevió a hacer algo parecido a unos pasos de baile, pero se detuvo sonrojado al ver cómo lo miraba el capitán.

Se montó en la plataforma metálica que lo bajaba hasta el nivel del agua y saltó al mar con decisión. En cuanto comenzó a descender, los nervios se apoderaron de él, se le había olvidado hacer la pregunta más importante: ¿cómo se respira

con eso puesto? Pero cuando lo veía todo perdido, por el motivo más tonto, se llevó otra grata sorpresa. Este nuevo mecanismo carecía de depósito alguno de oxígeno o de respiración asistida. En cambio, una serie de filtros y mecanismos, que el profesor no logró averiguar cómo funcionaban, extraían el oxígeno que contenía el agua y lo introducían en el interior del casco, como si se trataran de las agallas de los peces. Unas pequeñas aletas, distribuidas a lo largo del exoesqueleto, ofrecían la resistencia al agua suficiente para que la inmersión fuera pausada y controlada.

Cuando la oscuridad volvió a dominar la gruta y se hizo casi absoluta, unas luces situadas en el casco, al costado de los ojos, se encendieron automáticamente. Otro par de luces se encendieron a la altura del cuello del traje, debajo de la barbilla. El abismo se llenó de pronto de una luz blanca que, a pesar de no ser de una intensidad cegadora, permitía ver toda la anchura de la grieta, aunque su longitud era tal que, más allá del círculo de luz, las sombras amenazaban con abalanzarse sobre él en cualquier descuido que tuviera.

Numerosos peces se acercaban a curiosear aquel extraño artilugio que invadía la tranquilidad de su hogar en las profundidades. Otros no tan curiosos también se acercaron, pero sus dientes se toparon con el metal del que estaba fabricado, frenando su ataque. El maestro no se puso nervioso en ningún momento y dejó que el artefacto continuara descendiendo, ya habría tiempo para los nervios una vez llegara a lo más hondo, si es que había fondo en aquella brecha que parecía atravesar la Tierra.

De pronto, tuvo una sensación extraña, a pesar de estar en absoluta oscuridad, le pareció que algo se movía debajo de él. Fue la misma sensación que tuvo al ver las sombras que cruzaron el pequeño lago del hogar del *chullachaqui*.

Por fin terminó su congoja ante aquel descenso, que parecía ser eterno, y llegó al final del precipicio. La sensación que describió el capitán un rato antes, la misma que sintió él, la de sentirse observado, se esfumó. Fue como si hubieran supervisado su descenso o como si algo hubiera asustado a aquello que lo observaba. Fuera lo que fuese ya no tenía importancia. Allí abajo, descansando sobre un lecho de grandes rocas puntiagudas, que una vez debieron formar parte de la montaña, antes de que se abriera el suelo y cayeran en el fondo de la grieta, estaban los restos de un gran navío. Se dirigió hacia ellos. Aquello no parecía un barco, no era más que un agujereado cascarón de madera gigante, rodeado y cubierto por los restos de mástiles y vigas de madera. Lo que parecían telas que un día formaron las velas del barco ondeaban penosamente en las corrientes submarinas sin poder ir a ningún lado.

Con el invento de Juan acoplado a su cuerpo era capaz de andar por el fondo del océano con la misma facilidad con la que lo hacía en tierra firme sin él. Se

acercó más y empezó a rebuscar con esmero entre los restos. Después fue a la parte trasera del barco, a popa, donde normalmente puede encontrarse el nombre de la embarcación. Comenzó a quitar gran cantidad de musgo y lodo de esa parte del cascarón antes de poder encontrar nada.

— ¡No puede ser! —exclamó sin querer, a pesar de estar completamente solo.

Quería pensarlo, pero no pudo evitar que las palabras salieran de su boca. No podía creerse lo que estaba viendo, a pesar de tenerlo delante de sus propios ojos. En relieve, tallado a mano en la madera estaba el nombre del galeón. «San José» parecía leerse. Lo revisó y lo leyó una y otra vez hasta asegurarse de que su mente no le estuviera jugando una mala pasada por culpa de la presión o la falta de oxígeno. Pero tras pasarse un rato convenciéndose a sí mismo de que lo que veía era real, ya no tuvo duda. Tenía delante de él el barco que un día comandó su tatarabuelo, el barco del que le habló su madre, el barco del que hablan la mayoría de historias y leyendas de ese país.

Un agujero enorme atravesaba el galeón de babor a estribor, pero no era un agujero provocado por la bala de ningún cañón. El profesor cabía de pie dentro del boquete. No podía imaginarse qué o quién podría haber sido capaz de provocar semejante desastre. Buscó la bodega y se metió en ella por uno de los grandes boquetes y, cuando traspasó el umbral, se encontró con lo que contenía el galeón. Aquello que buscó tanta gente durante tanto tiempo, un tesoro que se cobró muchas vidas, demasiadas, y por el que se libraron numerosas batallas.

CAPÍTULO 36

Estaba todo lleno de oro, tanto que rebosaba. Barras de oro y plata esparcidas entre toneladas de doblones y monedas de oro. El musgo era el dueño de todo el tesoro, pero José encontró algo a lo que esa incómoda planta no pudo hacer presa. Era algo parecido a la punta de una gran flecha. El maestro lo cogió con uno de los brazos mecánicos para examinarla mejor. Resultó que no era la punta de ninguna flecha, más bien parecía una escama, una escama muy peculiar. Era más grande que la palma de su mano, lisa como el mármol recién pulido y dura como la roca de las entrañas de la Tierra. La cogió y se la guardó para poder estudiarla con más detenimiento en otro momento. También cogió un par de doblones de oro para demostrarle al hombre que lo esperaba en la superficie que el tesoro realmente existía y que el esfuerzo y empeño que ambos pusieron en encontrarlo no fue en vano.

Lo había conseguido, descubrió que su tatarabuelo fue verdaderamente un gran explorador y marinero, vencido por alguna fuerza inexplicable y que su madre no se inventó aquella historia, como decía la gente. Ahora podría mirar con la cabeza bien alta a todas aquellas personas que pusieron en entredicho su apellido.

En ese momento era el único ser humano sobre la faz de la Tierra que sabía que una de las grandes leyendas del mundo había dejado de ser leyenda para pasar a formar parte de su historia familiar. Había logrado el objetivo por el que viajó hasta tan lejos: descubrir la verdad, cambiar la historia y formar, de algún modo, parte de ella. Ahora podría volver tranquilo y feliz a su hogar y, por qué no, tratar de enrolarse en una nueva aventura. ¿Sería ese el secreto que tenía que dejar oculto? Al fin y al cabo, si la brecha no se le hubiera aparecido, jamás lo habría encontrado. ¿Estaría por fin en paz con la selva o era otra cosa lo que le deparaba? En cierto modo fue demasiado fácil, si no hubiera sido por el tunche maligno, habrían llegado a esta conclusión mucho tiempo antes.

Salió del barco hundido por el mismo agujero por el que entró, tiró de una cuerda y los filtros del exoesqueleto comenzaron a trabajar a la máxima potencia. Unas pequeñas bolsas, repartidas estratégicamente por todo el artilugio, se inflaron y empezó a ascender hacia la superficie. La quilla del barco apareció en su campo de visión más rápido de lo que se esperaba. La verdad es que el invento de Juan resultó ser una auténtica maravilla, era imposible pensar que una persona como él fabricara algo tan increíble como aquello.

Cuando el casco del traje empezó a asomarse en la superficie, unas fuertes manos lo agarraron con brusquedad por las axilas y lo subieron a una pequeña

barca a motor, con el exoesqueleto todavía atado a su cuerpo. Los dos doblones de oro que cogió como prueba de la existencia del tesoro se le cayeron de las manos, regresando de nuevo al lugar donde estuvieron durante años, el fondo del mar. Ahora no podría demostrar a su amigo que el galeón existía realmente, pero en parte fue una suerte perderlas. Si los hombres las hubieran visto, no habrían dudado en descender a por el resto del botín. Cortaron los cinturones de cuero que lo sujetaban y aquel invento que podría haber cambiado el mundo se hundió a toda velocidad, descontrolado, pasando a formar parte de la colección de secretos y tesoros que guardaba el océano. Bajaron la cremallera del traje de neopreno y lo forzaron a salir de él.

—Vístete —pronunció una voz seca y autoritaria con un extraño acento.

Su ropa estaba hecha una bola bajo uno de los bancos.

Alrededor, otras dos barcas a motor y un barco de tamaño similar al de Juan, pero completamente metálico, impedían cualquier posibilidad de huida. Le taparon la cabeza con un saco de arpillera, encendieron el motor y notó cómo se lo llevaban de ese lugar.

—¡Juan, Juan, ¿dónde está Juan?! —Nadie le respondió.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó una voz misteriosa con un marcado acento inglés.

—Jugar a Marco Polo —se pavoneó, a pesar de no poder identificar a su agresor—. ¡Juan, Juan! ¿Dónde estás?

—Muy pronto te reunirás con tu amiguito, deja de gritar. —La voz misteriosa le resultaba familiar. Acto seguido le atestaron un golpe en el cogote.

—¿Quiénes sois? —interrogó con aspereza, sin amilanarse.

La respuesta que obtuvo fue otro coscorrón más fuerte aún que el anterior. El profesor guardó silencio.

—Vaya, cuántos bolsillos para guardar cosas curiosas. —Comenzaron a registrar todos y cada uno de los bolsillos del traje minuciosamente—. Puf, vaya birria de explorador, no ha encontrado nada.

Fuera quien fuese el hombre que lo registraba pareció decepcionado con lo que encontró. En un bolsillo que se cerraba herméticamente estaba el cuaderno que siempre llevaba consigo, no podría usarlo de ningún modo, pero se acostumbró a llevarlo cada vez que estudiaba algo nuevo. Lo arrojaron de mala manera sobre la cubierta, sin darle importancia e ignorando su valioso contenido. Y una piedra de forma triangular que trataron de la misma forma. Se acercó a sus dos únicas pertenencias con el mayor disimulo que pudo, distinguiendo vagamente alguna sombra entre las hebras del saco, y se las guardó.

—¿Cómo sabes que soy un explorador? —dijo bruscamente, sospechando de sus anónimos asaltantes—. ¡Decidme quiénes sois de una vez! —Pero una vez

más la respuesta no llegó.

Por si fuera poco, el saco olía exageradamente fuerte a cebollas y hacía que le escocieran los ojos. Pasado un rato se lo retiraron de la cabeza, lo que fue acompañado de un fuerte tirón de pelo. Los ojos le escocían y le lloraban a causa del intenso olor a cebolla y, a pesar de estar atado y recién secuestrado, fue todo un alivio sentir la brisa en el rostro. Miró a sus secuestradores, pero llevaban el rostro cubierto y no logró encontrar ninguna marca distintiva en ninguno de ellos.

Se dirigían directamente hacia el puerto de Cartagena de Indias, pero en el último instante cambiaron de rumbo y siguieron bordeando la costa. Kilómetros de playa de arena blanca se acabaron y dieron paso a la montaña. Sus altas paredes detenían el paso del agua y daban forma a aquel país. Más adelante, el borde de la montaña empezó a descender hasta que el bosque invadió las aguas, convirtiéndose en un peligroso y traicionero manglar. Tras un largo y tenso recorrido en barca, vio cómo en medio del enramado se abría una pequeña playa donde los estaban esperando el resto de las embarcaciones que logró ver brevemente cuando lo sacaron del agua.

Juan estaba tendido sobre la arena, inmóvil, con la cabeza cubierta con un saco similar al que le pusieron a él. El profesor saltó de la barca antes de que esta se detuviera en la orilla, sorteó a los encapuchados y fue a por su amigo. Le retiró el saco de la cabeza y vio cómo un fino hilo de sangre resbalaba por su sien. Le buscó el pulso y al ver que era firme y estable disminuyó su preocupación.

—¿Seguro que son estos? —dijo uno de los encapuchados.

—Sí —respondió otro.

Esta vez se trataba de una voz femenina. Bajo el pañuelo que le cubría la cabeza le asomaba el pelo, largo y rubio.

—¿Qué le habéis hecho, cabrones? —incriminó José, enfadado, desde la distancia, sin separarse de su compañero.

—No quería venir a dar un paseo con nosotros y tuvimos que convencerlo. — Esta voz anónima se sujetaba el brazo, que goteaba sangre a un ritmo alarmante. Sujetaba la navaja del capitán, por lo visto se resistió arduamente hasta que finalmente fue apresado.

Eran una docena de asaltantes y todos iban armados con rifles o escopetas, a parte de las porras y cuchillos que colgaban de sus cinturones. Todos desembarcaron, echaron el ancla del barco y las barcas más pequeñas las empujaron hasta la arena para que no se las llevara el oleaje. Encendieron una hoguera y prepararon algo de comer. Al profesor y al inconsciente marinero los apartaron del grupo y los confinaron al borde del manglar, donde eran pasto de los mosquitos. Les sirvieron un plato de comida de algo gelatinoso, frío y de un

color ocre y homogéneo, como si fueran perros.

—¿Dónde estamos? —El profesor se sobresaltó al escuchar hablar a su amigo cuando volvió en sí, al atardecer.

No le respondió, no le hizo falta, simplemente repasó con la mirada el lugar en el que se encontraban y luego la clavó en los encapuchados.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo has acabado aquí? —preguntó confuso.

Estaba intrigado por cómo su amigo no se percató de tantas embarcaciones acercándose en mitad del mar.

—No estoy seguro. —Se tocó la herida de la cabeza, hizo una mueca de dolor y se miró la mano manchada de sangre—. Estaba asomado a la borda, viendo cómo descendías, cuando escuché algo detrás de mí. Me giré y vi a dos de estos tipos que venían a capturarme. A uno lo alcancé con mi cuchillo, pero el otro me atestó un golpe en la cabeza y ya no recuerdo nada hasta ahora. —Al profesor se le hizo un nudo en el estómago al pensar que pudieran haber perdido los escasos tesoros que guardaban en el barco. Aunque había un atisbo de esperanza, quizás esa gente tan solo habían centrado su atención en ellos, ya que no pasaron de ojear la tapa de su libreta.

El capitán, aún convaleciente, imitó a su amigo y escudriñó a cada uno de los miembros del grupo que estaba reunido alrededor de la hoguera. Descubrió algo que le llamó la atención. No reconocía a ninguno de ellos, pero centró su atención en la mujer con el pelo rubio. Sintió el reflejo de una punzada en el pecho, pero solo fue eso, una ilusión. La punzada que hubiera sentido en caso de que hubiese algo dentro de él, pero no se puede romper lo que ya está roto.

Con mucho esfuerzo por el golpe de la cabeza, y porque él también estaba atado, se levantó y se dirigió tambaleante y pesadamente hacia ella. Antes de que pudiera avanzar unos pocos pasos, uno de los encapuchados lo descubrió y, de un empujón, con el pie enfundado en una pesada bota, lo devolvió de nuevo a su lugar en la arena.

Cuando a ese grupo de bandidos le pareció oportuno, recogieron el improvisado campamento, se ajustaron el armamento y se prepararon para continuar la marcha a pie a través del manglar. Formaron una hilera, soltaron las amarras de los prisioneros, pues les retrasaría si avanzaban con las manos atadas, y se pusieron en camino. La mujer de pelo rubio se acercó al capitán, se miraron fijamente y cuando el hombre estaba a punto de hablar, ella lo empujó y se colocó en su lugar para la marcha. Los dos amigos, prisioneros, estaban situados en el centro de la fila, sin posibilidad alguna de escapatoria.

Sorteaban innumerables ramas y raíces que sobresalían del suelo y proporcionaban cobijo a multitud de especies de animales. Resbalaban cuando pisaban el escurridizo musgo que crecía sobre la áspera madera. Como

consecuencia de la pleamar y la bajamar, las retorcidas raíces estaban repletas de conchas incrustadas y les hacían cortes en las manos a aquellos que se sujetaban sin el preciso cuidado. Era una travesía agotadora, las botas se quedaban enganchadas en el lodo y tenían que caminar realizando un gran esfuerzo para no quedarse rezagados. Era tan denso que en su interior albergaba pequeñas bolsas de gas fétido que eran liberadas por el movimiento de sus pasos y parecían flatulencias.

Aunque se tratasen de seres minúsculos, la vida proliferaba en aquel inhóspito lugar en el que ninguno de ellos sería capaz de sobrevivir por sí solo. Bancos de camarones y berberechos se adaptaron para poder sobrevivir en el fango, en lugar de sumergidos en el agua. Pequeños chorlitejos cazaban caracoles escarbando en el lodo con su pico, y se disputaban el botín con los macacos león que aguardaban al acecho de comida fácil. Los zarapitos utilizaban su largo pico para capturar los gusanos arenícolas que se escondían en la parte más profunda del lodo. Y las culebras huían al ver acercarse a los humanos, que dejaban a los saltarines del fango moribundos, en sus pequeños charcos, al ser pisoteados con sus pesadas botas.

—Qué pena no poder usar mi libreta —dijo José en voz baja a su compañero.

—Quizás el tunche maligno te estuviera advirtiéndote sobre esto. Por eso te hizo cambiar tus planes —dijo el marinero con hastío—. Apunta eso en tu libreta.

—¿Tú crees? —se sorprendió el profesor, que parecía no haber contemplado esa posibilidad, al no haber vuelto a escuchar su canto—. ¿Y si esto es parte de ese secreto que me tiene que revelar la selva? ¿Y si esta es su forma de hacerme saber sus designios?

Juan, que ya tenía suficiente con su dolor constante de cabeza, dio un suspiro de exasperación y, pasando de contestarle, siguió caminando con la vista fija en esa extraña mujer que le resultaba tan familiar.

El sol empezaba a ocultarse tras las montañas y los secuestradores encendieron unas antorchas para alumbrar el camino. El hombre que tenía el brazo herido, cada vez se estaba quedando más rezagado y a sus compañeros no parecía importarles lo más mínimo. Llevaba toda la tarde haciendo un esfuerzo enorme, avanzando con un brazo inútil y una herida que no había dejado de sangrar.

El profesor escuchó un grito ahogado detrás de ellos. Se trataba del asaltante herido, sus fuerzas estaban muy mermadas, casi agotadas. Al apoyarse en una de las retorcidas raíces de los mangles se cortó la mano buena con las conchas que había incrustadas en ellas. A pesar de todo, José trató de ayudarlo, pero cuando se separó de la fila, uno de los encapuchados le atestó un culatazo con su rifle en el pecho para que volviera a su puesto. La culata de latón del arma restalló contra la

escama que el profesor llevaba escondida en el interior de la camisa, provocando un resonante sonido metálico. Su rostro reflejaba preocupación y pánico por si la descubrían, pero por lo visto el agresor no se dio cuenta. El aventurero disimuló fingiendo que tenía un fuerte dolor en el pecho y tosiendo exageradamente para darle mayor credibilidad.

—¿No ves que necesita ayuda? Que sepas que si en algún momento necesitas mi ayuda, tampoco te la voy a dar —dijo el maestro al bandido más cercano a él.

Pero mostraba una total indiferencia por lo que le pudiera pasar a su compañero.

—¡Cállate! —le ordenó, apuntándolo con el arma.

—¡Cuidado! —señaló una piedra inexistente.

El inglés dio un respingo y amagó con esquivar algo que no había. Tanto José como el capitán se aguantaron la risa.

—¡Ay, que te caes! —se unió el marinero a la mofa—. ¿Quieres que te ayude a cargar con el rifle? Se te ve un poco cansado.

—¡No! —gritó el profesor, haciendo como si detuviera las burlas de su amigo. Eso llamó la atención del resto del grupo, pero no le importó—. Cuidado, que este es un tipo muy duro. Fíjate que incluso es capaz de abandonar a un compañero herido. —Los ojos, la única parte visible del bandido, fruncieron el ceño—. ¿No lo ves? Mira qué pinta de malo tiene.

—Uuhhh... —se burló el capitán, haciendo un gesto fantasmal con las manos—. ¿Un valiente dices? Es una nenaza, míralo, si casi no puede sacar los pies del barro. ¿Cómo va a poder ayudar a nadie? —dijo al oído al profesor, con la clara intención de que lo escuchara el encapuchado.

—¡Cuidado! —volvió a advertir de pronto el maestro.

Señaló algo esta vez sobre la cabeza del secuestrador. El hombre se asustó y se agachó para esquivar algo nuevamente inexistente, protegiéndose con su arma. Los dos amigos se miraron y rompieron a reír.

—¡Ya basta! —El inglés montó su arma, le quitó el seguro y apuntó a sus prisioneros con el pulso tembloroso. Los cautivos continuaban riéndose, sujetándose el uno al otro.

—No os habéis tomado demasiadas molestias como para matarnos ahora. — Juan sacó pecho y le plantó cara al encapuchado.

—Tienes razón, muertos no nos servís para nada. Al final has resultado ser un tipo listo, además de borracho —dijo el bandido, con su marcado acento y con tono de superioridad.

—¿Cómo que...?

Sin dejarle hablar al marinero, el hombre con el rostro oculto le atestó un golpe en la sien, en el mismo lugar donde le dieron el anterior. Juan cayó al suelo

desplomado, sujetándose firmemente la cabeza, esta vez no perdió la conciencia, pero por poco. Su amigo, sin pensárselo dos veces decidió vengarse, pero se frenó en seco. Lo único que se interponía entre él y el agresor de su amigo era el cañón de su arma.

—¡Paul, ya basta! —ordenó el hombre que iba en cabeza.

El profesor miró estupefacto al hombre que lo apuntaba con el arma, este le devolvió la mirada. Ya no le apuntaba directamente aunque no había bajado el arma del todo.

—No puede ser —musitó, dirigiéndose tanto al bandido como a su amigo.

Juan se incorporó dolorido y el encapuchado lo apremió empujándolo con el extremo del cañón de su rifle para que continuara caminando. Ya no hubo más bromas, aunque durante todo el camino, los dos amigos no dejaron de darse la vuelta para mirar al hombre que los seguía, para asegurarse de si se confirmaba o no su sospecha.

CAPÍTULO 37

Llegó la noche y, como bien había comprobado José, con ella nuevos peligros que les aguardaban. Ateo desde que tenía memoria, le dio gracias a Dios por salir por fin del manglar. Llevaban las botas llenas de lodo y los pantalones empapados casi hasta la cintura. Pero no se detuvieron, continuaron caminando ahora por la selva que tan bien llegó a conocer y temer. Se iluminaban tan solo con la titilante luz de las antorchas que llevaban cuatro de ellos.

—¡Control! —gritó el líder situado en cabeza.

—Uno, dos tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once. —Cada uno de los hombres enmascarados gritó el número que ocupaban en la columna de marcha.

—¡Numerarse de nuevo! —volvió a ordenar el líder.

—Uno, dos, tres, cuatro cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once —repitieron la misma operación de antes.

Entonces se detuvieron.

—¿Dónde está Jimmy? —preguntó el jefe de la banda, volviéndose hacia sus compañeros.

Todos se miraron unos a otros para reconocerse.

El capitán inmediatamente se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y se lo explicó al profesor. El hombre al que hirió en el brazo ya no estaba con ellos. Debió de haberse quedado sin fuerzas después de perder tanta sangre. Se habría caído y ahora no se podría levantar por las graves heridas de su brazo y de su mano.

—¡Paul, ha sido por tu culpa! ¿Por qué no has hecho nada por ayudarlo? —recriminó José, con la intención de avergonzarlo ante sus camaradas—. Primero nos pierdes por la selva y ahora dejas atrás a un camarada herido —confesó sus sospechas a viva voz—. Como hombre no vales nada. Por eso tienes ese puesto en la formación. Tú eres el próximo.

El joven, acongojado, tragó saliva y miró hacia atrás de reojo. No había nadie a su espalda, nada más que las tinieblas.

—Sí, deberías ir a buscarlo y correr su misma fortuna. Si tiene suerte, puede que aún siga con vida —añadió el capitán.

Acto seguido se escuchó un ruido tras ellos, como de plantas moviéndose violentamente. Después el crujir de unas ramas pisoteadas, seguido de un rugido y un breve, aunque intenso, grito del hombre que se quedó rezagado. Duró tan solo un instante y eso los preocupó todavía más.

—Paul, tú no te preocupes por lo que acabas de escuchar, sigo pensando que

es una buena idea que vayas a ayudar al otro tío —insistió Juan.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó el cabecilla, al ver que sus hombres se disponían a romper la formación para ir en busca de su compañero—. Tenemos que continuar. —En ese momento los secuestradores volvieron a sus puestos y reemprendieron el camino.

El encapuchado que escoltaba a los dos amigos los apremiaba dándoles pequeños empujones con el cañón del rifle.

Avanzaban a un ritmo más acelerado después de lo que acababa de ocurrir. Algo que parecía corrientes de aire se desplazaba entre los árboles. Pero el aire no se posa en las ramas, el aire no respira y tampoco tiene sombra. Alguna criatura los estaba siguiendo y vigilando desde la protección que le proporcionaba la frondosa vegetación. Se movía con gran agilidad, saltando de árbol en árbol, procurando no ser visto y en un silencio que se confundía con el ruido de las pisadas de sus botas.

—¡Alto! —ordenó, de pronto, el profesor a todo el grupo.

Agarró al supuesto Paul, que no se separó ni un ápice de ellos en todo el trayecto, y sujetó su rifle con firmeza. Las piezas móviles de su arma castañeteaban y no le dejaban escuchar con precisión. El joven temblaba de miedo, ya conocía a esos dos hombres y sabía que no se detenían ante cualquier contratiempo. Si algo les preocupaba es que había motivos para ello. Cuando José consiguió el silencio que reclamaba, agudizó el oído y escuchó con atención bajo la atenta mirada de toda la banda.

—¿Qué ocurre? —preguntó atemorizado el encapuchado, tembloroso, con un fino hilo de voz.

—¡Chsss! —mandó callar con brusquedad.

—Hay más de uno —susurró el capitán.

La verdad es que los dos amigos no necesitaban decirse muchas palabras para entenderse, habían formado una pareja que se complementaba a la perfección. La inteligencia de uno con la osadía y las vivencias del otro. El profesor asintió en silencio, muy serio. De pronto, algo cayó sobre el hombro del asustadizo encapuchado. Lo tocó con la punta de los dedos y de su reacción solo pudieron ver cómo fruncía el ceño. Era algo caliente, viscoso y pegajoso.

—¡Corred! —gritó como no lo había hecho en su vida.

En el preciso instante en el que Paul iba a salir corriendo, algo lo atrapó y lo arrastró a lo más alto de los árboles. Al joven no le dio tiempo siquiera a gritar antes de perder la vida. Por suerte para el profesor, antes de que aquellas criaturas que les acechaban se lo llevaran, soltó su rifle. El maestro lo cogió sin pensárselo dos veces, se lo dio a Juan y echaron a correr en pos del resto de los secuestradores. Por lo menos sabían que esos hombres no querían matarlos. No

podían decir lo mismo de lo que fuera que los perseguía entre la espesura.

Corrían siguiendo las pequeñas luces que desprendían las antorchas que los asaltantes llevaban consigo. No tenían ni idea de a dónde se dirigían, pero cualquier sitio debería de ser mejor que quedarse rezagado en la oscuridad con aquellas bestias al acecho. Las criaturas saltaban entre las ramas, de árbol en árbol y cruzaban el camino, amenazando a los humanos con sus afiladas garras. Parecía que no querían atacarles, tan solo amenazarlos como advertencia de lo que eran capaces si se quedaban atrás. Tras correr largo rato a ciegas, huyendo de una amenaza que prácticamente no conseguían localizar, llegaron a una edificación. Un gran pedazo de selva había desaparecido y una gruesa muralla de piedra en su lugar encerraba en su interior la base de los ingleses.

—¡Abrid el portón! —ordenó el líder a los hombres colocados en la parte superior de la muralla, a ambos lados de la gran cancela de hierro, como si fuese una especie de fortificación medieval—. ¡Abridlo, rápido!

La puerta comenzó a levantarse chirriante, como una locomotora en desuso sobre unos raíles oxidados, lentamente, mientras secuestradores y secuestrados se agolpaban a sus pies asustados, peleándose por ser el primero en entrar al refugio de la fortaleza. Por fin pudieron entrar, pero el profesor y el capitán se detuvieron en el umbral justo antes de entrar y se giraron para observar qué clase de seres eran sus perseguidores.

Rezagada y llevada por el pánico, corría hacia ellos la encapuchada de la melena rubia, que no dejaba de vigilar su espalda. Detrás de ella una de esas criaturas, medio humana medio bestia, corría velozmente utilizando sus cuatro patas cual jaguar. La criatura aullaba y salivaba siendo ya capaz, casi, de saborear a su presa.

A unos pocos metros del portón, la encapuchada, asustada y desesperada por salvar su vida, no pudo evitar una piedra en su camino y cayó de bruces al suelo. El profesor, ante la repentina e inesperada pasividad de su amigo, salió de la protección de los muros de piedra y de dirigió él solo a ayudarla.

Apoyada sobre sus hombros y cojeando, ambos volvían hacia la muralla. Pero aquella criatura, enfurecida, era más rápida que ellos. José se detuvo de golpe y se giraron para observarla por última vez, podría ser lo último que viera en su vida y se negaba a morir huyendo y siendo atacado por la espalda. La mujer se resistía a permanecer allí de pie, viendo cómo eran devorados, pero era incapaz de seguir avanzando por sí misma y el maestro no se inmutaba ante sus insistentes tirones.

La forma más fácil de describir a esas criaturas sería como a hombres lobo. Una testa lobuna con una mirada felina y las orejas puntiagudas. Unas garrudas patas traseras junto a un cuerpo y unos brazos fuertes y poderosos. Sus zarpas eran afiladas y largas como cuchillos. Su pelaje gris oscuro los hacía invisibles en

las sombras. Algunos de ellos llevaban puestos unos harapos que algún día debieron de ser prendas de ropa. La bestia lanzó un feroz grito, saltó con las zarpas extendidas y se abalanzó a por ellos.

Se oyó un disparo, la mujer cerró los ojos aterrada y el profesor no podía cerrarlos por el asombro. La criatura se desplomó ante sus ojos y se deslizó por la tierra hasta detenerse a escasos centímetros de sus pies. Se giraron hacia la fortaleza y encontraron a Juan, de pie, con el rifle que cayó de los brazos desfallecidos de Paul apoyado firmemente en su hombro, el cañón todavía humeante. Se acercaron a la bestia, respiraba con dificultad, y levantó su zarpa en dirección a José, como señalándolo. Tras un bufido, la vida abandonó definitivamente su cuerpo.

—¿Aún piensas que disparar a las gaviotas era una tontería? —dijo el capitán, mientras se acercaba hasta ellos con desgana.

Parecía como si algo dentro de él que no pudo controlar hubiese sido el culpable de que los ayudara. José no le contestó, ni siquiera pareció oírle, permanecía de pie, observando con asombro el cuerpo sin vida de la bestia recientemente abatida. Ayudó a cargar con el peso de la mujer encapuchada hasta la entrada a la fortaleza. El portón se cerró tras ellos con un fuerte golpe. Cogió a la joven por la cintura para cargar con su peso y que así ella no forzara el pie herido, e infinidad de recuerdos inundaron su mente.

Recordó el momento en el que Elisabeth entró en su tienda de campaña y usó su cuerpo para hacerlo entrar en calor y ayudarlo así a combatir la fiebre. Recordó la noche en la que pasearon abrazados junto al río que discurría al lado de la bonita cabaña de Isabel y también se acordó del día en el que, tras darle uno de tantos besos, su preciosa y joven amada se despidió de él y no volvió a tener noticias suyas nunca más. Pero era imposible que aquella mujer, a la que un día logró conquistar y a la que había salvado la vida, fuera capaz de hacerle eso. Cerró los ojos con fuerza y desechó de su cabeza tal posibilidad.

—Gracias por salvarme —dijo la mujer por debajo del pañuelo que le cubría el rostro, distorsionándose un poco la voz.

Ella también hablaba con un marcado acento inglés, cosa que empeoraba sus presentimientos.

—No lo he hecho por ti —respondió el capitán secamente—. Si este cabezota no hubiese ido a ayudarte, habría dejado que fueses la cena de ese *wendigo*. —El profesor miró a su amigo asombrado.

Acababa de mencionar a una criatura supuestamente mitológica con total naturalidad. A pesar de haber sido apresados y castigados por algo que no sabían, estaba resultando un día verdaderamente productivo para hacerse con todos los secretos que esconde la selva.

—Gracias de todos modos. Y perdóname por todo.

La joven se separó de ellos y se alejó cojeando aparatosamente hacia donde se encontraban el resto de los bandidos. «¿Qué habrá querido decir con eso?», pensó el capitán, aún con la vista clavada en la mujer y siguiéndola con la mirada todo el tiempo que le fue posible. «Es imposible que ella sea...»

El líder de los encapuchados chascó los dedos y, sin mediar palabra, se dio media vuelta y comenzó a caminar. Al instante, un par de secuestradores más los arrastraron por la fuerza, uno a cada uno, y siguieron los pasos de su jefe.

Parecía que atravesaban alguna especie de aldea, unas cuantas cabañas pequeñas de madera se esparcían por todo el interior del recinto que protegía la muralla. Al fondo, la montaña, el cuarto costado del cuadrado que formaba la fortaleza. Era, como era de esperar, peligrosamente escarpada y empinada, el único flanco seguro para los guardias, pero también era el lugar menos vigilado. En el centro de la pared de esa montaña había una apertura, un agujero enorme, una cueva construida por el hombre con algún propósito que aún no conocían. A ella se accedía por una empinada, rudimentaria y serpenteante escalera de madera de dudosa fiabilidad. Justo al lado de la entrada de la caverna, como el guardián que nunca duerme, estaba el edificio de los secuestradores. Era la única construcción verdaderamente sólida en todo el recinto. Estaba construida con ladrillos, cemento y hierro. Era cilíndrica, más fácil de defender y con barrotes en todas las ventanas, sin duda, una pequeña fortaleza dentro de otra.

No había nada más en todo el poblado. Ni encontraron a nadie más, ¿estarían ellos solos? Tan solo un puñado de guardias patrullando entre las casas a los que no se les veía muy concentrados en su labor.

—¿Qué es eso? —preguntó José, señalando con la cabeza hacia la cueva.

Una vez más su curiosidad parecía estar por encima de la precaria situación en la que se encontraban.

—Ya tendrás tiempo de averiguarlo —le respondió uno de los asaltantes que los escoltaban, dándole de nuevo un empujón para que acelerara el paso.

Los hombres que iban en la retaguardia se rieron como quien está a punto de presenciar un espectáculo divertido. Divertido o peligroso.

—Ya hemos llegado —dijo el cabecilla, deteniéndose ante la puerta de una de esas cabañas. Era más bien una chabola medio derruida—. Bienvenidos al paraíso tropical —dijo fingiendo aires de grandeza.

Empujaron a los prisioneros al interior de la ruinoso vivienda y cerraron de un portazo. Era una estancia minúscula, oscura y húmeda. Los tablones de las paredes no estaban bien ensamblados y el aire se colaba a través de las rendijas. De igual manera pasaba con el techo de hojas y ramas secas, cuyos agujeros como puños concedían toda la iluminación de la que disponían. Por último, dos

estrechos camastros de estilo militar, unas lonas tensadas sobre una cuadrícula de metal, y una sencilla mesa de madera, sin sillas para sentarse, era todo el mobiliario de la que se iba a convertir en su nueva habitación.

—Tienes muy mala suerte, chico —dijo el capitán mientras intentaba acomodarse en uno de los camastros—. Te metes en cada lío...

—¿Cómo que *wendigo*? —preguntó inesperadamente el profesor, mirando interrogativamente a su amigo, sentado en el camastro que quedaba libre.

—Que no crea en tus historias no significa que no las conozca —espetó sin molestarse en mirarlo.

Parecía que acababa de encontrar la postura correcta para sentirse cómodo en ese pedazo de lona tensada sobre la que estaba tumbado.

—Vale, tenías razón. Las criaturas de las leyendas existen, al menos algunas, no puedo negar algo que he visto con mis propios ojos. —Parecía que le costaba admitir su equivocación.

—¿A qué historias te refieres?

—A los *wendigos*, antiguos seres humanos que sucumbieron al canibalismo tras haberse perdido en la selva, y que fueron castigados por la propia selva a ser las criaturas que has visto antes —consiguió contar el marinero sin quedarse dormido en el intento.

—Vaya... La selva castiga a todo el mundo.

El profesor, haciendo teatralmente unos movimientos mágicos con las manos, sacó de algún bolsillo interno de su ropa su pequeña libreta y apuntó fascinado la historia que acababa de revelarles su compañero. Hablaba para sí mismo, concentrado únicamente en sus anotaciones.

—Espero que también castigue a los pesados que no dejan dormir a los demás —espetó el capitán cuando escuchó a su amigo hablando solo—. Te aconsejo que trates de dormir un poco, mañana buscaremos la forma de escapar de aquí.

Parecía extrañamente tranquilo. La verdad es que no serviría de nada perder la cordura en un lugar y un momento como ese. Le dio la espalda en el camastro contiguo, se acurrucó y puso en práctica sus palabras, quedándose dormido casi en el acto.

José siguió su consejo e intentó descansar antes de emprender la nueva aventura que le esperaba durante su cautiverio. Quién sabe si la misión que le encomendó el *mapinguarí* no se encontraba entre esos impenetrables muros y la única forma de entrar fuese como prisioneros. Puede que el secreto estuviera oculto en esa gran cueva y tuviera que cerrarla de alguna manera. Fuera como fuese, como una aventura más, no estaría acabada mientras hubiese una historia que contar.

CAPÍTULO 38

—¿Qué sabe de José? ¿Ha tenido noticias? —preguntó Isabel al chamán.

Estaban reunidos durante una de sus visitas, tal y como acostumbraba desde que se conocieron y le libró de la maldición. Lo mismo hacían el fortachón *mobán* y el travieso *chullachaqui* o a veces los dos juntos. Pero ese día no era el caso, tan solo estaban ellos dos y no era una visita precisamente de cortesía. El chamán acudió esa noche hasta allí para darle noticias sobre un secreto cuyo porvenir podía traspasar las fronteras del Amazonas.

—El otro día hubo una intensa persecución. En ella participaban dos bandos, uno de seres pertenecientes a la selva y otro formado por invasores venidos de fuera —respondió el anciano muy serio, dando un sorbo a su humeante taza de té—. Y también hubo sangre.

—¿Sangre? ¿De quién? —se alarmó ella.

La vaca en el cercado trasero mugió y ella no pudo evitar asustarse. A punto estuvo de perder el contenido de su taza y eso pareció divertir al anciano, que trató de disimular cuando lo miró.

—Sangre humana. Y sangre de algo que un día fue humano —contaba el anciano con tristeza y la mirada perdida en los posos de su infusión, como si en ellas pudiera leer o predecir sucesos ocurridos en la selva—. Unas bestias persiguieron a un grupo de personas por la selva.

Isabel sujetó su taza de té con firmeza y posó su mirada en ella.

— Seguro que no es José, él sabe cuidarse bien. De todos modos, me prometió que volvería a mi lado y no puede romper su palabra. Un hombre de verdad siempre cumple sus promesas, y no hay otro hombre como él —intentó animarse a sí misma.

Tenía la firme esperanza de que las palabras que le dedicó el profesor en aquella carta antes de marcharse se cumplieren tarde o temprano.

—¿Qué será eso tan importante que fue a buscar?

Clavó la mirada ahora en el chamán y este la ignoró, pensativo, concentrado y sin moverse de su sitio.

—Algo muy importante está a punto de acontecer —comenzó a decir el anciano repentinamente—, algo imposible de controlar para un solo hombre. Algo, sencillamente, imposible de dominar. Algo muy grande va a despertarse y ese secreto no será lo único que salga a la luz, la luz de un sol al que sería capaz de eclipsar.

—¿Qué? —casi se le cayó la taza de las manos—. ¿Por qué no lo advirtió sobre esto el día que le entregó la nota de su tatarabuelo?

—No me lo preguntó.

La verdad es que al *mapinguarí* parecía no importarle la vida del que se suponía que era su amigo. Actuaba sencillamente como un mero informador de la voluntad de la selva. O eso hacía creer.

—De todos modos, si eso llega a suceder es porque no habrá logrado cumplir su misión. Entonces, su vida será lo que menos importe. Lo que estará en juego será la vida, en general, tal y como la conocemos.

CAPÍTULO 39

—¡Buenos días, chicas! —La puerta de la cabaña se abrió con un golpetazo y entraron dos guardias, los mismos que les arrastraron hasta allí la noche anterior.

—Quiero poner una queja —dijo el capitán con la voz ronca y cubriéndose los ojos con la mano para protegerse del sol que irrumpía por la puerta forzada—. El servicio de habitaciones ha sido pésimo —bromeó.

Uno de los guardias se acercó hasta su camastro y le atestó una patada en un costado del cuerpo. Lo tiró al suelo, cayó aturdido.

—¡Cállate, estúpido! Vas a hacer que se enfaden —apremió José, mientras se despezaba en la cama de al lado—. Claramente estos son los del servicio de limpieza.

Recibió él otra patada por parte del otro bandido, que a punto estuvo de hacerle caer también.

—Dentro de poco se os pasarán las ganas de guasa —amenazó justo antes de empezar a reírse uno de los encapuchados.

Obligaron, a empujones, a los dos amigos a salir de la cabaña mientras se calzaban como podían, a la vez que caminaban y tropezaban. El sol era cegador, la humedad dificultaba la respiración y la brisa levantaba una nube de polvo en el ambiente que obstruía sus pulmones. Del resto de cabañas salía gente harapienta y descuidada, los que no llegaron a ver el día anterior, con el paso cansado y la tristeza reflejada en sus rostros. A ellos también fueron a despertarlos otros tantos de aquellos bandidos.

Caminaban, casi arrastrándose, hasta un lugar cercano a la escalinata que llevaba a la cueva. Allí un hombre con un grave problema de sobrepeso y olor corporal, ataviado con un mandil mugriento, repartía cuencos con algo que parecía el desayuno de aquellas personas. Estaba protegido por otros tres compañeros encapuchados y bien armados. A primera vista parecían unos ninjas modernos, con unas máscaras que filtraban el aire y lo libraban del polvo y el exceso de humedad. Quizás fueran modificaciones hechas a máscaras de gas convencionales.

Más adelante aquellas personas formaban cola para que les fueran entregados picos, palas, martillos, cinceles y todo tipo de herramientas apropiadas para excavar. Otros transportaban unos carros parecidos a las vagonetas de las minas tradicionales, pero estos no se movían por raíles, sino que eran empujados por una empinada rampa colocada junto a la escalinata. El traqueteo de las ruedas de hierro de los carros, contra la madera de la subida, se convertía en un ruido monótono y continuo de lo más desesperante.

—Tendréis que estar hambrientos, adelante, serviros vosotros mismos. Debéis recuperar fuerzas, las vais a necesitar —fanfarroneó uno de los vigilantes.

Acto seguido les ofreció unos de esos cuencos que estaban repartiendo. Estaban llenos de una pasta seca de varios cereales distintos machacados. «¿Alpiste? ¿Qué somos? ¿Loros?», pensó el marinero con el ceño fruncido. Juan, desafiante, cucharada tras cucharada se terminó su ración de cereales en un santiamén y retó con la mirada al encapuchado que aún mantenía su engreída sonrisa.

—Muy bueno. ¿Queda más? —dijo el capitán con bastante petulancia, relamiéndose y limpiándose la boca con el antebrazo. Lanzó el recipiente a los pies del bandido y se hizo añicos.

Cuando terminaron de desayunar llevaron a los prisioneros, una vez más a empujones, hasta la base de la precaria escalinata que subía a la cueva. Allí les fueron entregadas sus herramientas para el duro día de trabajo que les aguardaba. A José le entregaron un martillo y un delgado y abollado cincel, mientras que al marinero le tocó cargar con un pesado pico de hierro con un largo mango de madera.

—Ya tendrás tiempo de conocerlas —aconsejó un viejo barbudo y harapiento al maestro cuando pasó por su lado, al ver cómo examinaba detenidamente las herramientas que le acababan de ser entregadas.

—Te presento a Pico. ¿Quieres cogerlo y saludarle? —bromeó el capitán, ofreciéndole cargar con su pesado utensilio.

El encapuchado al que le lanzó el cuenco a los pies le dio un capón.

—Dejad de perder el tiempo, par de... —les apremió el bandido, que buscaba esa última palabra en su cabeza— ...gilipollas —logró decir con dificultad con su marcado acento.

Su gesto se endureció al ver cómo ese hombre, con un ridículo sombrero de copa recortado en la cabeza, intentaba ocultar una risa burlona. Hizo un ademán con la cabeza para ordenar a los nuevos cautivos que se pusieran manos a la obra.

Comenzaron a subir la inclinada escalinata y a cada paso la madera crujía bajo sus pies. Parecían hormigas, una hilera de personas subiendo ordenadamente a un paso monótono, mientras, al lado de esa misma fila, otros bajaban con los cubos llenos de rocas. José prestó atención a uno de esos cubos y le pareció ver un leve destello saliendo de entre las piedras. Tras un largo, silencioso y duro ascenso, por fin llegaron a la entrada de la cueva, custodiada por otro puñado de guardias. Allí formaban de nuevo otra cola, una por cada guardia, donde eran cacheados tanto a la entrada como a la salida de la caverna. Les sacaban el forro de los bolsillos de los pantalones a todos los prisioneros para que no pudieran

escondese nada.

De repente, se comenzó a escuchar un griterío por las profundidades de la gruta. Poco a poco, los gritos se fueron acercando y de allí salió un hombre delgado protegiendo algo con fuerza contra su pecho y en un grave estado de agotamiento. Utilizaba las pocas fuerzas que le quedaban para escapar de allí corriendo, empujando a todo el mundo a su paso. Varios guardias lo perseguían porra en mano, incluso uno de ellos se apostó apuntándolo con el arma, pero debido al gentío no pudo efectuar el disparo.

El fugitivo logró salir de la caverna sin ser abatido, pero en cuanto apoyó un pie en el suelo de madera de la estructura unida a la escalinata, otro guardia le hizo una zancadilla y lo derribó. El hombre cayó aparatosamente sobre el suelo y algo salió disparado de su mano. Una roca rodó hasta detenerse al chocar con la bota de Juan. El profesor le dio un leve codazo en el costado mientras pasaba la mirada de la roca a él, una y otra vez.

—¿Qué haces? —se extrañó el capitán.

El maestro se pasó una mano por el rostro, exasperado. Un encapuchado se acercó corriendo, empujó al marinero y cogió rápidamente aquello que se le cayó al fugitivo.

—¡Vamos, moveos, volved al trabajo! —ordenaba uno de los secuestradores, tratando de que todo volviese a la normalidad—. ¡Aquí no se os ha perdido nada!

Entre empujones, gritos y pisotones, volvieron todos a formar cola ordenadamente. Les tocó el turno del registro a los dos amigos. Al profesor lo cachearon minuciosamente, le sacaron los bolsillos del pantalón por fuera y le mandaron comenzar su primer día de excavación. Del mismo modo hicieron con el capitán.

—Esto fuera —le dijo el guardia que lo registró, quitándole de la cabeza su peculiar sombrero de copa recortado del que nunca se separaba. Juan se puso muy tenso, la furia invadió su rostro. Dio un paso firme hacia el encapuchado—. ¿Tienes algún problema? —amenazó el bandido al ver la reacción de su prisionero.

Él también se le encaró, apoyando la culata de su rifle en la cadera, exhibiendo su arma, para demostrar su clara superioridad.

—¡Los nuevos al fondo! —ordenó uno de los guardias desde algún lugar cerca de la entrada.

A pesar de todo, era algo asombroso. Más que construir una cueva parecía que trataban de vaciar la montaña. El profesor, tras un rápido recuento, no se explicaba cómo aquel edificio circular que vieron allí fuera podía albergar a tantos bandidos. En todo lo largo y ancho de la caverna, escondidos en las

alturas, en pequeñas estaciones de como máximo tres guardias, algunos incluso invisibles, camuflándose entre los excavadores, había esparcido todo un ejército de ellos.

Unas gruesas y altísimas columnas sujetaban el peso de la montaña. Pequeños andamios de madera, parecidos a la estructura por la que llegaron hasta la cueva, se desperdigaban por el interior para poder pasar de un nivel a otro, o bien para comenzar a excavar uno nuevo. Otro puñado de puentes y rampas, también de madera, permitían el movimiento entre distintos niveles a los reclusos que transportaban las carretas. Algunos de esos puentes que cruzaban la cueva de lado a lado estaban tallados en la misma roca del interior de la montaña, que a la vez ayudaban a las columnas a cargar con parte del peso. En cuanto pudieron ocultarse unos instantes de la vista de los vigilantes, el capitán se inclinó, sujetándose la barriga, y vomitó todo el desayuno que acababa de engullir.

Tras un largo y entorpecido paseo, debido a la cantidad de personas que se encontraban allí trabajando, llegaron al final de la caverna. Se erguía ante ellos una altísima pared vertical en la que un buen número de prisioneros excavaban a pico y pala, presionados en todo momento por más encapuchados armados. En esa parte de la cueva las carretas formaban una hilera en la que eran llenadas muy rápidamente de escombros. Cuando una se marchaba para ser vaciada en el exterior de la fortaleza, otro prisionero llegaba con otra vacía, tras una larga caminata, para ser llenada de nuevo casi al instante. Otros de los carros se llenaban más despacio con algo que extraían cuidadosamente de la montaña o de entre las rocas que desprendían.

—¡Uh! Dos novatos —dijo una voz aguda y nerviosa—. Hacía mucho tiempo que no venía nadie nuevo por aquí.

Un hombre apareció de detrás de una roca, donde hacía un momento no había nadie. Un hombre, por llamarlo de alguna manera. Tenía el pelo ensortijado, tan revuelto que seguramente era imposible devolverlo a la normalidad. A pesar de que todos los prisioneros estaban realmente sucios, ninguno de ellos podía compararse a aquel. Estaba extremadamente delgado, no era más que un esqueleto envuelto en una pálida piel.

—Ahora también se enfadarán con vosotros —dijo.

—¿A qué te refieres? ¿Quién se va a enfadar? —Juraría que no lo perdió de vista mientras hablaba con él, pero ya no estaba. Ese hombrecillo desapareció ante sus ojos sin que se diera cuenta.

—Ahí quietos, mirando las musarañas, no vais a avanzar gran cosa —los apremió un guardia con severidad—. ¡Empezad a cavar de una maldita vez! —Una vez más fueron empujados y presionados por el extremo del cañón de una de sus armas de fuego.

Con resignación, Juan se dirigió a un rincón de la pared donde ya se encontraban otros hombres picando y se unió a lo que estaban haciendo. El profesor se quedó mirando sus pequeñas herramientas, mientras los demás hombres desprendían grandes peñascos de la escarpada pared.

Algo que había incrustado en una de las rocas que cayeron cerca de él llamó su atención.

—¡Detente! —Detuvo el pico del capitán a escasos centímetros de lo que había visto. Se agachó y comenzó a picar con su cincel en un lateral de la roca—. Lo sabía —dijo con gesto victorioso.

—¿Y ahora qué? ¿De qué se trata esta vez? —preguntó el capitán, con una mezcla de intriga y sarcasmo.

Muchas de las cosas que le parecían interesantes al aventurero, normalmente no tenían ninguna importancia para él.

José continuó picando sobre la roca y bajo sus oxidadas herramientas distinguió un destello, un reflejo verdoso. Cavaba ahora con más cuidado y entusiasmo. Dejó sus pequeñas herramientas en el suelo, se frotó las manos y extrajo de la piedra algo cristalino de color verde que había engarzado en ella.

—¿Una piedra verde? —dijo frustrado el capitán.

—¿Una piedra verde? —le imitó el profesor con sorna, burlándose ante su dura mirada—. Esto es una esmeralda, amigo mío. —La levantó ante sus ojos y la observó embelesado.

—¡Ni lo pienses! —Un guardia se acercó corriendo, le quitó bruscamente la esmeralda de la mano y lo apartó a un lado, empujándolo con una de sus pesadas botas.

Lanzó la esmeralda al interior de una de las carretas que se llenaban a menor velocidad, una que tan solo transportaba esas piedras preciosas, y volvió a ocultarse en su puesto.

Después de aquello, los dos amigos continuaron excavando y extrayendo esas piedras preciosas, en silencio, junto al resto de los cautivos durante toda la mañana. De vez en cuando, pasaba una pareja de guardias que portaban cubos llenos de agua que iban ofreciendo a los trabajadores. Poco más que un cucharón era la ración que le correspondía a cada uno, un breve y escaso sorbo de un agua turbia y caliente.

No hubo ni un solo descanso en toda la mañana, exceptuando los breves momentos en los que se les permitía humedecerse los labios. Cuando ya parecía que llevaban ahí dentro toda una eternidad, les dolían los brazos, la espalda y les salieron ampollas en las manos, sonó una sirena con un ruido parecido al sonido de una locomotora. El ruido recorrió cada recoveco y cada curva de la mina. Los puentes y las columnas vibraron, amenazando con venirse abajo, incluso se

desprendieron pequeños terrones de tierra del techo. Todos los excavadores se detuvieron y, cargando cada uno con sus respectivas herramientas, volvieron con paso cansado hacia la entrada, donde volvieron a formar cola para ser registrados de nuevo.

—¿Qué necesidad hay de registrarnos cada vez que entramos y salimos? —dijo a viva voz un hombre que se resistía a ser cacheado por enésima vez—. ¿A dónde se supone que vamos a ir en esta mierda de sitio? —Mientras uno lo sujetaba, otro lo cacheaba minuciosamente.

Era el mismo guardia al que se enfrentó el capitán esa misma mañana.

—¿Qué es esto? —preguntó el encapuchado al prisionero que se resistía a ser registrado, sin esperar respuesta, al notar un pequeño bulto en su bolsillo.

—Si te digo que estoy contento de verte, ¿me creerías?

El prisionero se revolvía en vano, en un desesperado intento por retrasar algo que ya no era posible seguir escondiendo.

El guardia introdujo la mano y del bolsillo sacó una pequeña esmeralda recubierta de barro para hacerla pasar por una simple roca. Sin mediar palabra alguna le propinó un bofetón al prisionero. Como consecuencia de brutal golpe y las pocas fuerzas que tenía, cayó al suelo derrotado. Una vez tendido sobre los bastos listones de madera, continuó golpeándolo duramente utilizando tanto la porra como sus propias manos.

Juan hizo el amago de ir a ayudar al prisionero, pero se llevó un porrazo en las costillas en cuanto se movió. Volvió a encararse de nuevo al encapuchado y este lo volvió a golpear con su porra en el mismo sitio. A pesar del intenso dolor, el capitán se negaba a caer al suelo ante un tipo como aquel.

—¡Ya basta! Déjalo en paz —ordenó la mujer encapuchada de cabello rubio a la que le salvaron la vida. Detuvo, tan solo con su autoritaria presencia, otro ataque de su compañero dirigido al marinero—. Este hombre y su amigo se arrepentirán de no haberme abandonado ahí fuera cuando tuvieron la ocasión. Su benevolencia les saldrá cara.

Miró con inquietud el portón de la fortaleza, el lugar de la muralla que los mantenía con vida, además de las armas que llevaban siempre con ellos. Acto seguido le dio un puñetazo en las castigadas costillas al capitán que, esta vez sí, cayó al suelo rendido y retorciéndose de dolor.

—Ahora, iros —ordenó la mujer—. Vuestra pesadilla no ha hecho más que empezar. Más os vale que pongáis un poco de vuestra parte porque vais a pasar aquí mucho tiempo. No tenéis por qué ir ayudando a los demás cuando a duras penas podéis cuidar de vosotros mismos

Le golpeó en el trasero al capitán, que intentaba levantarse, y volvió a caer de bruces al suelo. José lo ayudó a levantarse y cargó ahora con sus pequeñas

herramientas y con el pesado pico de su amigo hasta entregarlas en el mismo lugar donde las recogieron, en la base de la estructura de madera.

Siguieron a la muchedumbre hacia otro lugar del poblado. Llegaron a una cabaña mucho más grande que en la que durmieron, pero no por ello mejor construida. Formaban nuevamente cola en un mostrador, donde el mismo hombre mugriento que sirvió el desayuno les entregaba las bandejas con la comida. Tanto las bandejas como los cuencos en los que se servía la comida estaban hechos de madera o de barro y los cubiertos eran de un hierro sucio y oxidado. El pesado caminar de los reclusos por el suelo de tierra, que prácticamente se movían arrastrando los pies, levantaba una nube de polvo que hacía que, preparara lo que preparase el cocinero para comer, todo supiese a tierra.

Estaban dentro de un gran comedor donde todos los prisioneros se sentaban a comer en largas mesas de madera. Salvo por alguna breve y tímida conversación, todo estaba totalmente en silencio. Tan solo pies arrastrando y las pisadas de las botas de los guardias. El repiqueteo de los cubiertos y desgastados sorbos del caldo. La verdad es que se agradecía un poco de tranquilidad después de toda la mañana en el interior ensordecedor de la mina.

El menú consistía en un cuenco con estofado de patata con tacos de una carne dura, insípida y cartilaginosa y un mendrugo de pan duro.

Volvió a sonar esa sirena que recordaba a una locomotora, todas las personas dejaron de comer en el acto y salieron de la gran cabaña, con la misma desgana con la que se hacía todo allí. Tras recoger de nuevo sus herramientas, volvieron a la excavación hasta que volvió a sonar la sirena de nuevo, cuando el sol empezó a ponerse. Las sombras invadieron la caverna y era prácticamente imposible distinguir una esmeralda de una roca corriente.

—¿Otra vez la misma mierda que esta mañana? —protestó el capitán al ver el contenido de su cuenco de comida.

Dejó su bandeja con brusquedad sobre una de las largas mesas del gran comedor, haciendo entrechocar sus cubiertos y esparciendo el caldo de su guiso por los alrededores.

—Plato único para todo el día —dijo con resignación un prisionero que estaba sentado cerca de ellos sin dirigirle la mirada—. Pero qué más da lo que pongan, ¿no? Al fin y al cabo, todo sabe a tierra.

Parecía verse obligado a tener que estar comiendo esa bazofia. Era el mismo anciano que le habló al profesor cuando recogieron las herramientas por primera vez. Cogió una cucharada de su estofado y la volcó de nuevo en el plato cuando iba llevársela a la boca. No debía de gustarle mucho aquella comida.

—¿Y usted quién es? ¿Sabe por qué estamos aquí? —preguntó José

amablemente.

—Me llamo, o me llamaba, Fernando Pizarro. Y al igual que mis antepasados soy... Bueno, era un explorador. Mi abuelo iba a bordo del galeón San José, un barco muy conocido en todo el continente. Desgraciadamente se hundió y decidí investigar los motivos del terrible suceso. —José aparentaba serenidad, como si fuera la primera vez que escuchaba algo sobre ese barco.

No le dijo nada acerca de las notas, la escama que escondía y de las sospechas de que alguna criatura enorme y aterradora lo guardaba.

—Vine hasta aquí buscando ese barco y acabé siguiendo la pista sobre el famoso Dorado. De repente, un día, fui sorprendido en la selva por un grupo de encapuchados. Desde entonces estoy aquí —terminó de contar su historia, mientras jugaba con el contenido de su cuenco, sin mirarlos, como si estuviese recordando en voz alta.

—¿Qué? —El profesor parecía haber visto un fantasma, algo que escapaba a su imaginación—. ¿El Dorado? ¿El famoso Dorado? —Las palabras se amontonaban en su boca, incapaz de decidir cuál de todas le haría parecer menos chiflado.

—¡Chsss! —lo silenció el anciano—. Este no es un buen lugar para hablar de esas cosas, muchacho.

Unas constantes miradas de reojo a los guardias apostados a ambos flancos y su incesante repiqueteo con el pie indicaban que algo le preocupaba de verdad.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros? —preguntó el capitán, intentando acallar su vozarrón.

Aun así resonó hasta un par de mesas de distancia, donde un par de reclusos les mandaron unas apáticas miradas.

—Si estáis aquí, al igual que el resto de los prisioneros, es porque sabéis algo que a ellos les interesa o de lo creen poder sacar algún provecho.

—¿Y quiénes son ellos?

—Unos ingleses —contestó sin más el anciano, con la boca llena de ese insípido estofado.

—Pero si yo no sé casi nada —se sinceró el capitán—. Y con este, lo que pasa es que va de listillo —añadió, señalando disimuladamente a su amigo.

—¿Qué estabais haciendo cuando estos desgraciados os apresaron?

—Aquí donde lo ves, mi compañero encontró un tesoro en... —se apresuró el capitán a contestar alardeando de amigo.

Le revolvió el cabello como si fuese un niño que acababa de hacer algo bien. El recluso dejó su cuchara en el cuenco y, por primera vez, miró a los dos amigos con atención.

—¡Chsss! ¡Calla! —Fernando le tapó la boca al ver cómo la encapuchada rubia

los observaba atentamente—. Ya os he dicho que aquí no podemos hablar de esas cosas. Deberíamos ir a un lugar menos vigilado.

Primero el viejo prisionero y luego ellos dos recogieron sus bandejas y salieron del gran comedor, bajo la atenta mirada de la encapuchada. Algunas antorchas clavadas en el suelo iluminaban tenuemente el interior de la fortaleza. En el poblado ahora había más actividad, algunos prisioneros ya se habían ido a dormir, otros formaban grupos en los que se juntaban para hablar de forma distendida y poder desconectar de la rutina. Otros intentaban mejorar sus ruinosas cabañas con restos de otras más antiguas que ya estaban derruidas.

El aire, de pronto, se enrareció y el suelo se tornó más húmedo y removido. Entraron en una construcción estrecha y alargada y el hedor se hizo insoportable. Se encontraban en un largo pasillo con letrinas a ambos lados, separadas por unas finas paredes hechas con hojas secas de palmera.

—¿No había ningún otro sitio más...? ¿Menos... oloroso? —El capitán se tuvo que tapar la nariz y la boca con las manos.

—Este es el único sitio al que no se acercan los guardias —dijo Fernando, echando un último vistazo al exterior para asegurarse de que estaban solos.

—No me extraña —consiguió decir el marinero, haciendo un esfuerzo por reprimir las náuseas.

—¿Qué decíais de un tesoro? ¿Qué clase de tesoro? —retomó el prisionero la conversación que habían mantenido en el comedor.

Acercó su cara a escasos centímetros de la del profesor y abrió los ojos expectante, ansioso por conocer la respuesta a su pregunta.

—Entonces ya conoces el galeón San José, ¿no es cierto? —comenzó a contar el profesor, separándose poco a poco con disimulo.

—¿Que si lo conozco? Claro que lo conozco, chico. Ya te he dicho que me apresaron tratando de encontrarlo.

—Pues cuando salí a la superficie, en cuanto lo encontré, para contarle que por fin lo habíamos conseguido... —señaló al capitán con la cabeza. Todavía le costaba respirar con normalidad sin tener arcadas.

—¿Que lo encontraste? ¿Dónde? ¿Cómo es? ¿Encontraste algo en él? ¿Qué había dentro? Cuéntame todo —lo interrumpió el escuálido prisionero con una rápida batería de preguntas.

—No, no me dio tiempo a encontrar nada. — Mintió—. Como te decía antes, en cuanto salí para darle la noticia nos apresaron.

—¿Y cómo dieron con vosotros?

Fernando estaba verdaderamente inmerso en la historia de esos dos hombres. Parecía que quería conocer todo cuanto les sucedió. Como si el hallazgo de ese joven fuera a compensar todos sus años perdidos en vano.

—Eso mismo me llevo preguntando yo todo este tiempo —respondió secamente, mirando al capitán con enojo.

—¿Conocisteis a alguna persona de origen inglés antes de...?

El anciano guardó silencio al ver cómo José le propinaba un tremendo puñetazo a su supuesto amigo, que lo arrojó sobre la húmeda y maloliente tierra. El golpe le pilló desprevenido, ya que todavía trataba de controlar sus retortijones.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó el capitán, sorprendido.

Se levantó frotándose efusivamente el pómulo en el que recibió el golpe.

—Todo esto es culpa tuya —le espetó, lanzándole un nuevo puñetazo.

Esta vez no le dio de lleno. Fernando, atónito, se alejó de la trifulca. Si los guardias los descubrían peleando, sufrirían un intenso interrogatorio para sacarles información sobre el motivo de la disputa.

—¿A qué viene esto? —Juan estaba enfadado a la par que confuso—. Te advierto que me estoy empezando a cansar de tus estupideces.

—No te hagas el tonto. Todo esto tiene que ver con tu novia y sus amiguitos —apremió José.

El rostro de Juan ardía de furia.

Se abalanzó sobre el profesor y comenzó una acalorada trifulca entre ambos. Era una lluvia continua de golpes. Cuando uno conseguía levantarse, el otro se abalanzaba sobre él y volvía a derribarlo. Se revolcaban por la tierra llena de heces y orina y destrozaban los separadores de las letrinas, cayendo incluso dentro de ellas. Tras una de esas embestidas, atravesaron la pared de la cabaña y la pelea continuó en el exterior, bajo la atenta mirada del resto de los prisioneros allí presentes y en las cercanías.

—¿Quién me va a explicar lo que está pasando aquí? —preguntó con brusquedad una voz femenina encima de ellos.

Ambos levantaron la mirada recorriendo el uniforme negro de abajo hacia arriba. Envuelta en cuero, vieron a la mujer rubia plantada frente a ellos, claramente enfadada. Tenía los brazos cruzados en el pecho, la porra de la cadera en su funda desabrochada y un rifle colgando en el hombro.

—Él —José señaló a su compañero al instante, sin darle tiempo para reaccionar—. Es por una novia que tuvo y luego lo traicionó —clavó sus ojos en los de la mujer—, la muy zorra.

Por un instante le pareció cómo sus ojos azules chisporroteaban con una mezcla de furia y tristeza. Pero fue tan solo eso, un instante, un fugaz destello de unos sentimientos que quizás jamás existieron.

—Mañana discutiremos esto más a fondo —dijo la encapuchada, incapaz de seguir manteniendo la mirada—. Ahora id a vuestra cabaña.

—¡Vamos a morir todos!

Era el mismo hombre que se les apareció a primera hora, al fondo de la cueva. Corría prácticamente desnudo entre los bandidos y el resto de los prisioneros y ninguno parecía darle la menor importancia.

—¡Tarde o temprano darán con nosotros y nos castigarán por coger lo que no nos pertenece! —Una vez más se perdió de vista en un santiamén.

—¿Quién es ese? —preguntó el profesor, mirando de forma extraña a ese desnutrido hombre.

Sus palabras tenían cierto parecido con los mensajes de las notas que se quedaron en su equipaje, a bordo del barco. ¿Tendrían algún tipo de relación? ¿Serían los presagios de ese hombre una pista sobre el secreto que le tenía que revelar la selva?

—¡Largo! —La joven inglesa dio una patada al suelo lanzándoles un puñado de tierra a la cara a ambos, que aún estaban tendidos en el lecho fangoso, exhaustos por la pelea.

Renqueantes y ayudándose mutuamente a caminar, en una falsa reconciliación, se dirigieron en silencio a su ruinoso habitación. Estaban sentados frente a frente en sus respectivas camas, examinándose las heridas recibidas durante la pelea. Todavía no se habían dirigido la palabra cuando irrumpió Fernando junto con otro prisionero, cargando cada uno con dos grandes cubos llenos de agua.

—¡Joder! —exclamó tras abrir la puerta, girando a la vez la cabeza y reprimiendo una arcada por el insoportable hedor que desprendían los nuevos propietarios de esa choza—. La rubia tenía razón, apestaís.

—¿Cómo que la rubia? —quiso saber el capitán, levantándose rápidamente de su camastro.

Se desprendieron de su ropa pequeños terrones de la sucia tierra de las letrinas que llevaba pegada.

—¡Quieto! —le ordenó Fernando, interponiendo los cubos entre ellos dos—. No hace falta que te acerques, desde ahí puedes oírme.

—¿Y bien? —lo apremió Juan, mirándolo con suspicacia.

—Sí, la guardia que os descubrió en plena pelea —aclaró— me ordenó traerlos estos cubos de agua para que os intentéis quitar toda esa... mierda que lleváis encima. —Dejó los cubos en la entrada para no acercarse más de lo necesario a ellos—. Y que sepáis que por primera vez en todos estos años de cautiverio estoy de acuerdo con la opinión de un guardia: apestaís.

—Mmm... Gracias —dijo José con un hilo de voz, avergonzado al mirar a su amigo e imaginándose él con su mismo aspecto.

—Habéis tenido un primer día muy ajetreado. En este lugar es mejor que paséis desapercibidos. Aquí casi todo el mundo somos exploradores,

historiadores o incluso ladrones. También hay algún pirata que otro. La mayoría de las discusiones son provocadas por rumbos y coordenadas falsas o por el emplazamiento exacto de algún tesoro escondido —explicó el anciano desde el quicio de la puerta, a punto de abandonar la cabaña—. Hacedme caso, asearos lo mejor que podáis, descansad siempre que tengáis algo de tiempo libre y sobre todo tratad de no llamar la atención. —Se marchó cerrando tras él la chirriante puerta.

Los dos amigos se quedaron petrificados asimilando las palabras del viejo explorador. Después siguieron su consejo, se desnudaron y utilizaron un cubo cada uno para quitarse la mugre de encima. El agua estaba fría pero aun así se frotaban efusivamente con las uñas, tratando de quedar lo más limpios posible tan rápido como podían. Se lanzaban constantemente acaloradas miradas de odio, pero no era el mejor momento para volver a discutir. El resto del agua la utilizaron para lavar su ropa. La escurrieron y la estiraron sobre la mesa para que se secase. Después se tumbaron desnudos sobre sus estrechos camastros y se taparon con unas roídas mantas que ya estaban allí cuando llegaron.

—José, amigo, ¿a qué ha venido lo de antes? —preguntó Juan sentándose en el borde de la cama. La manta no lo tapaba del todo, pero cubría lo suficiente para poder conversar con él sin la necesidad de mirar para otro lado.

—Lo sé todo —El profesor se incorporó sobre su camastro de la misma manera que su amigo—. Sé que informaste a Elisabeth por radio sobre el galeón.

—¿Cómo? Yo no he hablado con nadie —Entró en cólera—. Si estuviera colaborando con esa gente, ¿qué coño estoy haciendo aquí, prisionero, contigo? Y por si fuera poco me he llevado yo todos los golpes. —Se frotó las costillas, resentidas tras la pelea—. Me abandonó, se marchó sin dar explicaciones y me dejó tirado como a un perro, ¿para qué iba a contarle lo del barco de tu tatarabuelo? Y aunque hubiese sido así, ella nunca nos haría esto, y menos a mí.

Desde que volvieron a zarpar, el humor de Juan mejoró. Parecía sobrellevar y haber asumido la pérdida de Elisabeth. Había conseguido recomponer su corazón. Pero como todas las heridas que sanan, dejó una cicatriz y se abría cada vez que esa mujer estaba cerca.

—Y, por cierto, en mi barco no hay radio.

—Pero si te escuché hablando con alguien en la cabina de mando. Cada vez que avanzábamos en la búsqueda del galeón te metías allí y te escuchaba murmurar —apremió el profesor. El capitán puso cara de estupefacción y se sonrojó—. Además, tú me lo dijiste, cuando...

—Como ya te dije, durante mucho tiempo, ese tesoro fue mi obsesión —comenzó a contar el marinero, cabizbajo, interrumpiendo a su compañero—. Cuando embarcaste conmigo y me hablaste de barcos hundidos decidí hacer mi

propio diario de bitácora. Ya que tú te conformabas simplemente con saber que el galeón estaba allí, pensé apuntarme su emplazamiento para volver otro día más adelante a por un generoso pellizco del tesoro —dijo con sinceridad y triste por el malentendido—. Debí de emocionarme demasiado mientras lo escribía, lo siento, debería habértelo contado.

—¿Y qué me dices de esa mujer? ¿La guardia del pelo rubio a la que salvaste? —continuó interrogando José, que aún dudaba sobre su inocencia. Las lágrimas inundaron los ojos del capitán, que trataba por todos los medios de contenerlas sin que su amigo se percatara.

—No te voy a negar que a mí también se me pasó por la cabeza que fuera ella. Su altura y su voz son similares, y tienen el mismo color de pelo. —Se quedó mirando fijamente al suelo y negando con la cabeza en silencio—. Pero como ya te he dicho antes, ella nunca me haría esto.

Al profesor no le quedó más remedio que creer lo que le decía. Asintió, volvió a tumbarse y trató de dormirse lo antes posible.

CAPÍTULO 40

Fue una noche fría y lluviosa. El agua se colaba a través de las hojas secas que cubrían el techo y caía sobre ellos. Tuvieron que levantarse en mitad de la noche y desplazar sus camastros para evitar una gotera. Las viejas y agujereadas mantas no los protegían gran cosa del frío y apenas pudieron dormir porque no dejaban de tiritar. Lo único bueno de aquel lugar era que a los guardias no les gustaba madrugar. Cuando el sol empezó a salir y calentó la habitación, sus temblores se detuvieron y ambos por fin pudieron conciliar el sueño, aunque no fue por mucho tiempo.

Apenas acababan de entrar en calor cuando la puerta de la cabaña se abrió con un fuerte golpe. La mujer rubia irrumpió con brusquedad, mucho más temprano que los guardias que los despertaron el día anterior. En lugar de asustarse o hacer algún gesto de sorpresa, ambos se desazonaron y estiraron sus agarrotados músculos tranquilamente.

—¡Arriba! —ordenó—. Explicadme que...

Justo en ese instante, Juan se levantó y la manta en la que durmió enrollado toda la noche cayó a sus pies. La mujer se sonrojó de tal manera que incluso se le notó, a pesar de llevar el pañuelo puesto sobre el rostro. Se dio media vuelta para evitar seguir viéndolo.

—Tranquila, no te asustes, esto me pasa desde chiquitito —dijo el marinero, señalándose su erecto pene sin ningún tipo de pudor. Asentía mientras dibujaba una sonrisa de orgullo.

Por deferencia hacia ella, aunque sin demasiado convencimiento, se vistieron. La ropa aún estaba húmeda y todavía olía mal, aunque no mucho peor que la del resto de los cautivos.

—¿Por qué motivo os peleasteis anoche? —preguntó la encapuchada todavía de espaldas a ellos.

Miraba de reojo detrás de ella, tratando de no ver nada, esperando a que los dos terminaran de vestirse.

—Nada, al final resultó ser un malentendido. Creí que este me traicionó por culpa de una mujer. Pero resulta que esa zorra, al final, nos traicionó a los dos — se excusó el profesor, en un tono pueril.

Algo cambió en la mirada de la encapuchada.

—¡Ya está bien de hablar de ese tema! —lo apremió Juan enfadado—. No vuelvas a mencionarla, ella ya es historia, no la metas en esto.

Una lágrima resbaló por la suave piel de la mujer. Pasó desapercibida, oculta tras el pañuelo que la envolvía.

—Os estuve observando en el comedor y os escuché mencionar algo acerca de un tesoro. ¿Qué tesoro? —insistía ella en un tono firme, tratando de recobrar la compostura.

—Ah, ¿eso? —intentó disimular José—. No hagas caso, son tonterías de un viejo loco que lleva demasiado tiempo aquí encerrado. —Hizo un ademán con la mano para quitarle importancia al asunto.

—Por cierto, la gente de aquí tiene muy mala cara. Podríais dejar que se divirtieran y corretearan por ahí un rato de vez en cuando —bromeó el capitán.

A pesar de su chascarrillo, miraba muy serio a la bandida que tenía enfrente, como desafiándola. Con un movimiento fluido, sacó su porra y le atestó un golpe en las amoratadas costillas. El golpe casi lo dejó sin respiración y un ataque de tos lo sobrevino. No cayó al suelo por poco.

—Nadie se va a llevar ningún tesoro, una antigüedad o cualquier cosa que tenga algo de valor de este continente —dijo ella con ira en una sincera y amenazadora advertencia—. Inglaterra es la verdadera descubridora de este continente y la legítima dueña de todos y cada uno de los tesoros que contenga.

—¿Todos? Creo que llegáis un poco tarde —añadió José en tono sarcástico—. Vale, vale, tranquila. —Se protegió con las manos ante un posible porrazo, ya que la mujer comenzó a desenfundar su defensa de nuevo.

—No me obliguéis, no quiero seguir haciéndoos daño —amenazó ella.

—¿Haciéndonos? —interrumpió el marinero—. Sois unos gilipollas. Todos. La habéis tomado conmigo y creo que incluso me habéis roto una costilla.

Se levantó la camiseta y mostró un cardenal en el costado del cuerpo, donde acostumbraban a golpearle, que se extendía rápidamente.

—Decidme qué fue lo que encontrasteis en el fondo del mar y os dejaré ir. —Los apuntó a los dos con la porra, dejando sobre la mesa las condiciones del pacto—. Si no lo hacéis, permaneceréis aquí encerrados hasta que la cueva se vacíe, se derrumbe o hasta que muráis solos y sin nadie que os recuerde.

Para alguien como José, que pretendía pasar a formar parte de la historia, morir en el anonimato era algo impensable. Y más aún sin haber logrado el propósito de su viaje.

—Lo admito, sí que encontramos algo —confesó apesadumbrado—. Bueno, casi. —Mintió repentinamente, borrando la sonrisa de los labios de la secuestradora—. Gracias, sois muy oportunos. Ahora ni vosotros ni nosotros sabremos nunca nada sobre ese supuesto tesoro. Ahora que está todo aclarado, ¿podemos irnos ya?

—Yo sé bien que a ti te cuesta mucho mentirle a una mujer.

La encapuchada se acercó insinuante al capitán, moviendo sus caderas, intentando hipnotizarlo con su vaivén y jugueteando sensualmente con la porra

entre sus manos. Pasó un brazo por encima de uno de sus anchos hombros, en una especie de abrazo a medias, y con la otra acarició su poblado mentón con dulzura.

El profesor observaba la escena incrédulo.

—¿No vas a decirle a una dama dónde puede encontrar un puñadito de insignificantes joyas para verse más guapa con ellas puestas? Quizás sea lo único que lleve puesto. Si es así, puede que la libertad no sea lo único que pruebes hoy —le susurró al oído. Se quitó un guante y le pasó un dedo lentamente por los labios—. Después de lo bien que lo pasamos juntos, solamente te faltó hacerme un regalo. Aún estás a tiempo de compensar ese error.

Juan no daba crédito a lo que estaba escuchando. Pudo oír cómo su corazón se detenía por un segundo y se convertía en polvo, los restos pisoteados de lo que quedaba de él. Abrió los ojos tratando de encontrar una respuesta en el aire, pero no fue capaz de decir ni hacer nada. Tan solo un montón de palabras mudas amontonándose en su garganta mientras sus labios temblorosos eran incapaces de separarse.

Lentamente levantó una mano temblorosa hacia ella, si pudiera sentir el tacto de su piel se dispararían todas sus dudas. Los recuerdos inundaron su mente y volvió a recordar el tacto, el aroma y el sabor de la delicada piel de la joven e indefensa inglesa a la que acompañó en mitad de la selva. Mientras tanto, las lágrimas se desbordaban de sus ojos. Esta vez no intentó ocultarlo. Bajo la tela de su uniforme, la encapuchada sonreía al ver cómo ese hombre al que un día enamoró, e incluso llegó a querer, se derrumbaba ante sus ojos. Entonces, con un fuerte tirón, el capitán le arrebató el pañuelo que le cubría el rostro.

Estaba atónito, tratando de asimilar lo que ya sospechaba, pero que se negaba a admitir. Ni un solo músculo de su cuerpo obedecía sus órdenes. Elisabeth giró el rostro incapaz de seguir mirándolo a la cara después de ser descubierta. Parecían más bien dos estatuas, en lugar de una pareja de antiguos enamorados que se reencontraban. Como si lo guiara algún tipo de instinto, muy despacio, el marinero elevó su mano para acariciar el sedoso cabello de la joven. Ella en lugar de apartarse cerró los ojos y acercó su cabeza unos centímetros. Los recuerdos, a pesar de todo, eran reales, y los abrazó como si fuera capaz de sentir de nuevo, olvidar por un momento quién era realmente, el único motivo por el que forzaron una relación con esos dos hombres.

—¡Lo sabía! —Se regodeó el profesor haciendo gestos en señal de victoria—. ¿Quién tenía razón? ¿Quién es el listillo ahora?

Al escuchar los inoportunos comentarios de su amigo, el capitán salió de su ensimismamiento y se detuvo a escasos centímetros del cabello rubio de la joven secuestradora. La cara de decepción de ella era más que evidente, a pesar de todo

no había dejado de sentir cosas por él. Del mismo modo que José, ella pudo conocer al auténtico hombre que se esconde detrás de la densa nube de humo de sus cigarrillos, litros de alcohol y un ego tan solo superable por su ingenio.

—¿Por qué? —Fue lo que salió cuando se abrió un hueco en la torcida rendija que dibujaban los labios de Juan.

—Lo siento —respondió ella escuetamente, entre sollozos.

Se cubrió de nuevo el rostro con el pañuelo negro, se dio media vuelta y, tras vacilar un segundo, abandonó la cabaña mientras uno de los apresados se deshacía en lágrimas y el otro estallaba de júbilo.

El capitán tardó un rato de recomponerse. Cuando se serenó, se secó las lágrimas, llenó sus pulmones de aire, miró a su amigo y ambos salieron de la cabaña para afrontar un duro día de trabajo forzado. Era un día soleado, apenas soplaba el viento y el calor casi había secado el barro provocado por la lluvia acaecida durante la noche. La verdad es que era un día demasiado bonito para lo mal que había empezado. El resto de los prisioneros todavía se hacinaban en sus pequeños refugios esperando a que los guardias los reclamaran o los sacaran de allí entre gritos y empujones.

—Tenemos que salir de aquí como sea —dijo Juan muy serio—. Si vuelvo a verla, no sé lo que seré capaz de hacer.

El profesor le puso una mano firmemente sobre el hombro para intentar calmarlo.

—Tranquilo, saldremos de aquí. Pero antes tenemos que pensar bien cómo hacerlo, no va a ser tarea fácil. —José señaló la muralla.

El poblado estaba desierto, pero en él hacían guardia constantemente un buen número de bandidos bien armados. El capitán asintió.

CAPÍTULO 41

Los guardias comenzaron a salir perezosos de aquel edificio cilíndrico. Bromeaban entre ellos y discutían por ver quién se quedaba ese día con el mejor puesto. Se separaron por parejas y se fueron metiendo en las distintas cabañas a llamar al resto de los prisioneros. La mayoría de ellos simplemente abrían la puerta de la cabaña y la aporreaban hasta que sus inquilinos reaccionaban y obedecían. Algunos, a sabiendas de lo que iba a ocurrir, esperaban despiertos en sus habitaciones. Otros se despertaban con el pie izquierdo y se negaban a salir, siendo, acto seguido, obligados y golpeados por los guardias hasta derribarlos.

Una vez más volvieron a formar cola para coger el cuenco con la insípida pasta de cereales que había para desayunar. El capitán tan solo comió dos cucharadas escasas y devolvió el cuenco a su sitio, su estómago aún le recordaba lo que ocurrió la vez pasada.

—Se te ve cansado, ¿acaso no tienes hambre esta mañana? ¿Ya no te gusta este lugar? —le dijo con arrogancia el mismo guardia al que se enfrentó el día anterior.

Pasó por alto la insolencia del secuestrador, no se encaró a él esta vez, no se enfureció, miró hacia otro lado y en absoluto silencio se fue de allí. Aquello pareció molestar más al encapuchado que cualquier afrenta, pero alguien les hizo olvidar su rivalidad por un momento.

—¡Aprovechad que aún estamos vivos para redimiros de vuestros errores! — Era el mismo hombre flacucho que los sorprendió el día anterior en la mina. Corría por toda la fortaleza gritando a viva voz y todo el mundo parecía ignorarle—. ¡Tarde o temprano darán con aquellos que están robando su tesoro y entonces será imposible hacer nada para evitar la destrucción!

Continuó corriendo hasta que volvió a esconderse para no volver aparecer.

Nadie pareció darle importancia, como si aquello fuera algo cotidiano para ellos. Pero el profesor no pudo evitar pensar en esas palabras, tan parecidas a las notas de advertencia que seguía en su investigación. ¿Conocería aquel extraño hombre la leyenda del tesoro del San José? ¿Sabría la verdad sobre el supuesto ser que lo vigila y lo protege?

En cuanto el alborotador se escondió donde quiera que se ocultara el resto del tiempo, todo volvió a estar como unos instantes atrás. Recogieron de nuevo las herramientas en la estación colocada en la base de la escalinata que subía hasta la cueva y volvieron a la excavación junto con el resto de los prisioneros.

El día fue un calco al anterior, cavaron sin descanso, salvo cuando daban pequeños sorbos de aquella agua caliente, y pararon cuando sonó la escandalosa

sirena. Cogieron las bandejas con los cuencos que llenaba escasamente el cocinero y comieron, más por no sufrir de inanición que por apetito.

—Ni las arenosas raíces que comía Billy estaban tan malas como esta bazofia —se quejó José mirando su plato de comida con repugnancia, cuando se sentó en una de las largas mesas del comedor.

Añoraba el aroma que te avisaba de que estabas llegando a «El Pescador», antes incluso de poder verlo. Esta vez se trataba de un guiso de pescado blando y gomoso, patatas a las que le faltaba un buen rato de cocción y un caldo que no era más que agua ligeramente especiada.

—¿Quién es Billy? —preguntó Juan en el momento en que iba a llevarse una cucharada a la boca.

—El duende que conocí cuando ayudé a Isabel a librarse de su maldición —respondió temeroso, conocedor del escepticismo de su amigo.

—¿Un duende? —se sorprendió tanto que estuvo a punto de gritar—. Está bien, no me cuentes esos secretos que tienes de repente si no quieres.

Centró la mirada en su plato y comenzó a comer mosqueado.

—¿Por dónde nos quedamos ayer? —Fernando apareció súbitamente colocando su bandeja junto a las de ellos y asustando así al profesor.

El marinero, todavía con la cabeza agachada, no pudo evitar sonreír ligeramente al ver el respingo que dio su compañero. José, al ver cómo se reía, se alegró de que su enfado no hubiese ido a más y sonrió él también.

—Cuéntame más cosas sobre el barco aquel que encontrasteis —pidió con emoción el anciano en voz baja—. ¿Cómo era? ¿Qué contenía?

—No lo sé, no sé cómo era. No sé si dentro había algo o simplemente era un cascarón de madera podrida —contestó el profesor secamente—. Solo quería saber si verdaderamente el galeón estaba allí. Eso es todo.

—¿Y por qué te has tomado tantas molestias solo para saber si de verdad la existencia del barco era real? —continuó el anciano con el peculiar interrogatorio—. ¿Por qué has puesto tu vida en riesgo solo por eso?

—¡Era el barco de su tatarabuelo! —gritó el capitán, dando un fuerte golpe con su bandeja de comida sobre la mesa.

Todos los comensales que había en el gran comedor miraron a ese extraño trío que se había formado.

—¿Ya estás contento? —José lo miró furioso por haber revelado su secreto.

—Lo siento, me estaba poniendo muy nervioso con tantas preguntas —trató de disculparse el marinero.

—Bueno, ahora que sabe la verdad no tengo por qué ocultarle esto. —El anciano le clavó la mirada, expectante—. Durante mi búsqueda he encontrado tres notas que hablan de un tesoro. Sus autores y fechas no corresponden,

aunque tanto Juan como yo creemos que todas son advertencias acerca del mismo tesoro. —Se acercó a su oído y habló en un tono de voz tan bajo que parecía telepatía.

El rostro que se le quedó a Fernando después de escuchar lo que ponía en aquellas notas solo era comparable con el del marinero en el instante en el que encontró el alijo de ron.

—N-No puede ser —consiguió balbucear el anciano atropelladamente—. ¿Tú sabes quién fue realmente tu tatarabuelo? Es el hombre cuyos pasos estaba siguiendo, hasta que me capturaron —resumió apresuradamente con un fino y titubeante hilo de voz, pero con un brillo especial en los ojos.

El profesor hablaba para sus adentros. No dejaba de darle vueltas a la cabeza. ¿Qué querría decir con «realmente»? ¿Por qué se sorprendía tanto? Y lo que es más importante. ¿Cómo era posible que lo conociese?

—Eso es imposible —concluyó mientras se llevaba una cucharada a la boca. No parecía tomarse en serio aquellas palabras—. El San José se hundió en alta mar y a usted lo atraparon en medio de la selva, mientras buscaba el supuesto Dorado. —Hizo el signo de unas comillas con los dedos.

A pesar de vivir todo lo que había vivido hasta el momento desde que llegó a Colombia, no se atrevía a creer que El Dorado fuese real. Sería como eliminar el último atisbo de cordura del mundo racional en el que se había forjado. La leyenda más grande de todas, la expedición que más vidas se ha llevado a lo largo de la historia.

—¿Cuántas cosas has supuesto en estas tierras y luego has estado equivocado? —El anciano tenía un aura de superioridad en ese preciso instante.

El profesor recordó la primera vez que vio a la *runamula* y le pareció un caballo grande. También recordó todas las historias que había escuchado, historias que pensaba que eran mentiras y supersticiones, y más tarde, durante su larga expedición a través de la selva, las vivió todas de golpe. Le mandó una señal de reproche a Juan, subiendo y bajando las cejas, recordándole su recelo hacia Billy y el *mapinguarí*.

—¿Qué tiene que ver mi antepasado con lo que usted estaba buscando? —José estaba desconcertado. Todo lo que creía saber sobre la leyenda estaba empezando desmoronarse.

—Absolutamente todo —respondió con total sinceridad, mirándolo directamente a los ojos—. Tu tatarabuelo no era precisamente un marinero o un explorador tal cual te lo habrán contado.

El anciano hizo una pausa, comió una cucharada de su insípido guiso de pescado y bebió un sorbo de agua para aclararse la garganta.

—¡Vamos, continúa! —lo apremió Juan, absolutamente expectante, con la boca

todavía llena.

—José Fernández de Santillán, el que tú dices que es tu tatarabuelo, era algo más que un marinero, más que un capitán de barco o más que un simple explorador. Ese hombre era un conquistador mandado a estas tierras para colonizar los poblados indígenas y ampliar así las fronteras de su país. Pero un día encontró un pueblo al que no pudo dominar, un pueblo con más riquezas de las que cualquier barco podría cargar, un pueblo al que prometieron dejar en paz y en el anonimato a cambio de un generoso tributo.

Los dos amigos miraban a Fernando incrédulos, con los ojos abiertos como ruedas de carreta.

—Ese pueblo... —preguntó atónito el capitán, en un susurro para que nadie más pudiera oírlo—, ¿era El Dorado?

El anciano asintió.

—¿Está diciendo que el abuelo del abuelo de mi madre se vendió a unos indígenas? —José parecía furioso.

¿Cómo podía afectarle algo o alguien cuya muerte había visto pasar dos cambios de siglo? Así era, encontrarse con una intachable hazaña, con el honor y el coraje como escudo, era la única manera de borrar la mancha que ensombrecía su apellido, a varias alturas en el árbol genealógico. Pero al parecer sucumbió a la peor enfermedad: la codicia.

—Sí —respondió el viejo explorador. Se comió otra cucharada del aguado guiso—. Pero eso no es malo. Porque gracias a él sigue vivo el que podría ser el pueblo más próspero y rico del mundo. Un pueblo que podría gobernar sobre los demás si volviera a encontrar un hueco en la historia.

—¿Y por qué no me dice dónde está ese pueblo, ya que está tan seguro de su existencia? —preguntó el profesor con ironía.

El anciano agachó la cabeza, malgrado.

—No lo sé —sentenció—, pero los hombres que estaban bajo el mando de tu tatarabuelo construyeron un ídolo de piedra y oro con esmeraldas incrustadas, que les indicaría el camino al poblado, por si alguna vez decidieran regresar.

—Y acaso sabe dónde está esa estatua, ¿o tampoco? —increpó el capitán.

Fernando humilló aún más la cabeza, parecía que la fuera a meter en el plato, y volvió a negar una vez más.

—Vayámonos de aquí, no es más que un viejo charlatán con ganas de volver a sentirse alguien —sugirió Juan, casi como una orden. Ambos se levantaron dispuestos a recoger sus bandejas con los cuencos de comida prácticamente intactos, y dejar allí solo al viejo explorador.

—Jamás llegué a encontrarla, pero descubrí esto. Estaba en el interior de un reloj de bolsillo de oro. Había un símbolo grabado en él. —Llamó de nuevo la

atención de los dos amigos, que volvieron a sus asientos. Metió disimuladamente dos dedos en su zapato, haciendo como que se rascaba, y sacó un pequeño trozo de papel amarillento similar a los que tenía el maestro en su mochila.

*Solo muerte y sufrimiento
encontrará aquel que siga al Indio dorado
hasta el corazón de las montañas.
Solo aquel que sea
realmente capaz de vez en su mirada
encontrará el secreto que guarda,
siempre vigilado por sus guardianes.*

J. Santillán.

—Esto... ¿Así que es verdad?

Todo acababa de cambiar para José. Ciertamente, el galeón existía junto con todo el tesoro del que hablaba la leyenda. ¿Pero realmente fue enviado por la corona de España? De ser así, ¿cuál era realmente su misión en el nuevo continente?

—¿Dónde está ese reloj? —inquirió repentinamente.

—Me lo arrebataron junto con todas mis pertenencias el día que me capturaron —respondió desalentado el viejo explorador.

—¿Era este símbolo el que tenía grabado? —sacó con cuidado su colgante y se lo mostró disimuladamente.

Tan solo un segundo y lo volvió a guardar. Aún no sabía por qué, pero sabía que ese símbolo era algo importante.

—¡Sí, exacto! —Tuvo que controlarse para no llamar demasiado la atención de los asaltantes que los vigilaban constantemente—. ¿Sabes lo que significa? ¿Cómo es posible que tengas eso?

—Es una larga historia, verás...

—Todo eso ahora no importa —lo interrumpió el capitán. Era el único que parecía no dejarse llevar por todo ese misterio, esa sed de conocimiento, la necesidad de hacerse más listo—. Mientras estemos aquí encerrados no podemos hacer nada, aunque tengamos el verdadero mapa de un tesoro delante de nuestras narices. Lo principal ahora es salir de aquí, luego decidiremos qué hacer con la investigación o dónde seguir buscando.

La campana que señalaba el fin de la comida, y por tanto el comienzo del nuevo turno de excavación, todavía no había sonado, pero aun así los tres abandonaron el gran comedor y se dirigieron lentamente hacia la empinada

escalinata de madera.

Tras entregar de nuevo las herramientas al finalizar la jornada de duro trabajo, dieron un paseo por el poblado antes de acostarse, escudriñando con la vista cada rincón, tratando de no levantar sospechas. Pero no había nada que sospechar, aquel lugar no era más que una inmensa explanada de tierra, barro y polvo, con un puñado de cabañas ruinosas esparcidas al azar. La pared que se rompió durante la pelea, en la alargada cabaña de las letrinas, aún estaba hecha añicos y esparcida por el suelo. Por lo visto, los guardias no se molestaban en hacer nada por aquellas personas. Si alguien quería algo tenía que conseguirlo por sí mismo.

Buscaban alguna brecha, algún saliente o algún apoyo en la muralla que les ayudara a llegar, aunque fuera, hasta la parte superior. Una vez arriba, ya buscarían la manera de escapar de los vigías. Pero la muralla era infranqueable, lisa y perfecta. El único acceso al exterior, a parte de la gran cancela de hierro, era una pequeña puerta de madera situada en una esquina del muro. Estaba situada junto a la montaña y por ella salían los prisioneros para vaciar las carretas llenas de escombros. Pero ese acceso estaba bien protegido y, mientras los cautivos no estaban trabajando, se cerraba con una gruesa cadena y un candado.

Tras un buen rato deambulando, eran los únicos que quedaban en pie en el poblado fuera de sus habitaciones y los centinelas empezaban a mirarlos de forma extraña. Se fueron, pues, a acostarse, pero no pasaría ni un solo momento desde esa noche en el que no pensarán en la forma de escapar de allí.

CAPÍTULO 42

Al día siguiente, después de ser despertados por los bandidos, volvieron, como era normal, a la excavación. Trataron de pasar desapercibidos durante todo el día y, aunque pareciera extraño, no se toparon con Fernando en toda la jornada de trabajo. Después de cenar volvieron a pasear por el poblado, pero esta vez iban abriendo todas las cabañas ajenas en busca del viejo explorador.

No había rastro de él, no encontraban nada más que extraños durmiendo o algunos todavía despiertos que daban un respingo, asustados al confundirlos con unos bandidos. En una cabaña descubrieron a una pareja, un hombre y una mujer practicando sexo, muy despacio, prácticamente sin moverse, mientras en el camastro contiguo dormía otro hombre.

—¡Psss! Qué aburridos sois —les recriminó el capitán en un susurro.

La pareja ni se inmutó. Tan solo les quedaba una choza por mirar. Efectivamente, allí se encontraba el hombre al que buscaban.

—Tenemos que salir de aquí —dijeron al aletargado anciano, que dormía plácidamente en un estrecho camastro igual que los suyos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó sorprendido, mientras se frotaba los ojos con los puños para enfocar la vista.

—Nos tiene que decir cómo salir de aquí —volvieron a decir al unísono, con una mezcla de orden y súplica.

—Pues por la misma puerta por la que habéis entrado —Se volvió a tumbar y se tapó la cabeza con su manta.

—De la fortaleza, no de la cabaña —respondió el profesor con gesto de exasperación.

—¿Y yo por qué tendría que saber eso? —respondió el anciano, asombrado por la osada, repentina e inesperada petición de aquellos hombres.

—Porque es uno de los que más tiempo lleva en este antro. Y, además, usted es el único que conocemos.

—¡Chsss! —mandó guardar silencio señalando a su compañero de habitación, que se revolvía en la cama contigua—. Vamos a otro sitio en el que podamos hablar más cómodos —sugirió Fernando, dando un largo bostezo. Haciendo caso al viejo prisionero, lo ayudaron a levantarse y en silencio se cambiaron de cabaña. Caminaban a hurtadillas, entre las sombras que producían las antorchas, para que los centinelas no los descubrieran.

—A las letrinas no, por favor —se apresuró Juan, con arcadas, al recordar aquel angustioso momento.

Tanto su amigo como el viejo lo miraron con sorna.

—¿Nos vas a ayudar o no? —atajó José de sopetón. Puso cara de inocencia.

—¿A qué viene todo esto ahora? —se extrañó el anciano.

—No estamos precisamente en un hotel de lujo —respondió rápidamente y con ironía el marinero, abrió los brazos por encima de su cabeza, haciendo destacar la pésima construcción en la que se encontraban—. ¿No crees que cualquier sitio sería mejor que estar aquí? —El anciano asintió débilmente.

—La única forma de salir del campamento es conducir a esos ingleses hasta algún tipo de tesoro, un poblado antiguo o cualquier cosa de la que puedan sacar provecho —contestó muy serio.

Los dos amigos se miraron y asintieron, sonrientes, al unísono.

—Se supone que todo el mundo que está aquí cautivo sabe algo que puede interesarle a esta gente. ¿Nadie intenta escaparse nunca, una vez que están fuera? —preguntó confuso el profesor.

—Muchas veces, chico —Fernando parecía consternado—, pero hace mucho tiempo que ya nadie lo intenta. Siempre que alguien trataba de fugarse, las criaturas que saltan en los árboles, tarde o temprano, acababan con ellos. Antes, las armas de los secuestradores bastaban para mantener a esas criaturas controladas, pero ahora no. —Tenía la mirada perdida, como si su mente se hubiera perdido en algún recuerdo—. Antes tampoco atacaban directamente a las personas, sino que las acechaban por el bosque, provocando que su presa se desorientase huyendo de ellos. Asustada, la víctima se perdía y perecía a merced de la inhóspita selva o enloquecía por la angustia de sentir un peligro acechando constantemente, vigilando, amenazando con cernirse sobre él en cualquier instante. Pero ahora nos atacan en cuanto tienen la menor oportunidad, sin distinguir a bandidos de prisioneros. Por eso ya nadie se arriesga nunca a salir del poblado. Es preferible vivir como prisionero, que morir siendo carnaza.

Se subió la sucia y gastada manga de su camisa y mostró las cicatrices de unos arañazos que ocupaban todo el hombro y se perdían por la espalda.

—¿Se sabe por qué esas criaturas cambiaron repentinamente y se volvieron tan agresivas? Creo que habla de los mismos seres que nos atacaron cuando veníamos hacia aquí y acabaron con un par de ellos. —Señaló con la cabeza hacia el edificio de los bandidos.

Sacó su pequeña libreta y un lápiz viejo, las únicas posesiones que tenía, a parte del medallón y la extraña escama.

—Hay quien dice que los ingleses les arrebataron este territorio, que antes les pertenecía, para construir esta especie de cuartel. Otros dicen que custodian el tesoro que esconde la montaña y otros que intentan evitar algo grave, algo que cambiará la estabilidad del Amazonas o incluso la del mundo entero —contó el anciano con un aura mística—, pero está claro que tan solo son habladurías de

los secuestradores y de un puñado de prisioneros harapientos con ganas de volver a sentirse alguien.

Miró inquisitivamente a Juan y este se sonrojó, avergonzado, recordando esas mismas palabras que él pronunció el día anterior en el gran comedor. Apartó la mirada de la suya.

—¿Con quién tengo que hablar para salir de aquí a buscar un tesoro? —El profesor parecía emocionado por algo.

—¿Acaso no escuchas? ¿No acabas de oír lo de esas criaturas, las mismas que ya has visto tú mismo y que estuvieron a punto de matarte? —le increpó el capitán—. ¿O tengo que recordarte que si no hubiese sido por mí, tú ya no estarías vivo?

—Eso fue trabajo de los dos, yo lo distraje. Somos un equipo —bromeó. Le dio un codazo en el hombro a su amigo y sonrió. Pero el marinero no bromeaba, sabía que allí fuera no podrían sobrevivir—. No te preocupes por esos... *wendigos*. Tengo un plan.

El capitán lo miró confuso. Hacía unos días no sabía tan siquiera de la existencia del *wendigo* y de repente tenía un plan para escaparse de una fortaleza sitiada por un ejército de ingleses y emboscada permanentemente por un número desconocido de aquellas criaturas. Levantó las manos con gesto de conformidad, a él no se le ocurría ningún otro plan que no fuera el de salir por la puerta y correr después.

—¿Qué pretendes hacer? —quiso saber el anciano.

—Tenemos que decirle a alguno de ellos que conocemos el paradero de un tesoro interesante, y después convencerlos para que traigan el mínimo de refuerzos posible —sugirió José, tratando de seguir el guion establecido en su cerebro.

—¿Y cómo pretendes convencer a cualquiera de ellos de tal cosa? —añadió el viejo explorador, dubitativo, sabiendo casi a ciencia cierta que ese plan iba a salir mal.

—Eso déjame a mí —se apresuró en contestar el capitán. El maestro lo miró y no pudo evitar reírse—. ¿Has visto a esa mujer encapuchada que tiene el pelo rubio? ¿La que nos descubrió en mitad de la pelea? —explicó viendo el gesto de incertidumbre de Fernando—. Verás, resulta que ella y yo tuvimos un breve, pero intenso romance. Quizás pueda hablar con ella y llegar a alguna clase de acuerdo. ¿Cómo puedo entrar en ese edificio circular, en el que duermen ellos?

El profesor se sorprendió tras escuchar esa pregunta, y el anciano continuaba estupefacto por la anécdota que acababa de oír. Tardó un rato en reaccionar.

—Mmm... No... No lo sé —balbuceó, volviendo a poner todos sus pensamientos en orden—. Sé que la enfermería también está en ese edificio, pero

nadie entra ahí salvo que se trate de una grave emergencia.

—¿Y los dormitorios? —insistió Juan. Su amigo lo miró con desconfianza—. No te pienses lo que no es. Mi idea es sorprenderla en sus aposentos, seguro que es más fácil hablar con ella si se ve acorralada e indefensa —explicó.

Era una buena idea, entrar como un grave enfermo y, una vez dentro, escabullirse hasta los dormitorios. Pero el profesor no quería ni imaginarse la reacción de su compañero estando a solas con Elisabeth en la misma habitación.

—Hay un par de presos que sirven a los ingleses. Son como una especie de criados. Si hay alguien que conoce el interior de ese edificio, a parte de los propios secuestradores, tienen que ser ellos —añadió el anciano, haciendo méritos para que lo incluyeran en el plan de fuga.

—¿Dónde puedo encontrarlos, dónde duermen, sabes quiénes son exactamente? —interrogó el capitán, más nervioso por el posible reencuentro con la joven que por colarse en la residencia de un grupo de hombres armados.

—No sabría reconocerlos, aquí todos tienen el mismo aspecto de pordioseros. Lo único que sé es que su cabaña es la que está más próxima al edificio. Es la única que no tiene goteras y por la que no se cuele el viento por las noches. Los tienen ahí para que puedan reaccionar rápidamente cuando a cualquiera de ellos se le antoje lo que sea —confesó el viejo.

—Mañana convenceremos a esos dos para que nos describan el interior de la vivienda. Después empezaremos a trazar el plan —ordenó el profesor—. Una vez dentro, estarás solo. Tú te encargarás de llegar hasta los dormitorios y de hablar con ella para conseguirnos el mejor pacto con la menor escolta posible. Si se unieran muchos de ellos en la falsa expedición, tal vez podría salir mal. Yo me encargaré de encontrar la forma de que entres en la enfermería y puedas de salir de nuevo.

—¿Para mí no hay ningún cometido? —solicitó el anciano.

—Usted ya ha hecho bastante, ahora nos toca a nosotros —Era un hombre mayor y José no quería que corriese ningún riesgo por su culpa.

—Dejadme por lo menos que me escape con vosotros. Me encantaría volver a sentirme libre antes de morir, aunque sea por un corto tiempo —imploró nuevamente.

Una vez más los dos amigos se miraron y, aunque a regañadientes, aceptaron que los acompañara en esa nueva aventura que podía conducirles a la muerte o, lo que sería peor, a una eterna esclavitud.

Después de aclarar el plan a seguir y comprobar que no había bandidos rondando por las inmediaciones, el anciano salió de la cabaña de los recién llegados y se fue a esperar, con nervios, la llegada del nuevo día.

CAPÍTULO 43

Amaneció un día nublado y el cielo amenazaba con dejar caer una tormenta en aquel poblado polvoriento. Los secuestradores los despertaron con más agresividad de lo que solían hacerlo. Ese día habría pocas horas de luz, por tanto, el tiempo de excavación se reduciría y con ello la cantidad de piedras preciosas extraídas.

Había llegado el momento de poner el plan en marcha. Se dirigieron hacia la cueva, el capitán arrastraba los pies con paso fatigoso, más aún que el paso cansado con el que se movían todos los cautivos. Se encargó de aparentar debilidad, y lo hizo a la perfección. Tardó el doble de tiempo que los demás días en llegar a la escalinata de madera. La subió con tal lentitud que era difícil hacerlo a propósito, como si realmente estuviera convaleciente. Incluso se dejó caer en un par de ocasiones. Si no llega a ser por el gentío que lo rodeaba, hubiera vuelto rodando a la parte inferior de la empinada escalera. Incluso el profesor, consciente de lo que estaba haciendo, llegó a preocuparse por él.

Ya había conseguido llamar la atención de gran parte del personal, tanto de los reclusos como de los bandidos. Le entregaron una pala tan pesada como el pico que solía tener. Simuló que no podía sostener su peso y se le cayó al suelo aparatosamente. Bajo la dura mirada del encapuchado que entregaba las herramientas, la volvió a coger y, justo cuando se disponía a entrar en la cueva, se desplomó y cayó de bruces sobre los gastados listones de madera. Para estar fingiendo que estaba enfermo, la verdad es que lo hacía verdaderamente bien.

El resto de los trabajadores pasaban junto a su cuerpo inmóvil, asustados, sin decir absolutamente nada, mientras los encapuchados les mandaban seguir con el trabajo. Algunos guardias, los más cercanos a él, lo zarandeaban y golpeaban para hacerlo reaccionar, mientras José hacía su papel de amigo afligido y preocupado, demasiado nervioso para ayudar.

El líder, que pasaba cerca de la zona, al ver el tumulto que se formó se dirigió hacia allí. Alzó una mano llamando a alguien desde la distancia y apareció Elisabeth corriendo. La única parte visible de su cuerpo, sus ojos, delataron una gran preocupación por ese hombre. Rápidamente sacó un pequeño frasco que contenía unas sales con un fuerte olor a amoníaco. Lo pasó por la nariz del hombre que fingía haberse desmayado y, como accionado por un resorte, se levantó envuelto en un violento ataque de tos.

Su truco no funcionó, cogió de nuevo su pala y, en silencio se marchó a su puesto en el interior de la cueva y comenzó a cavar furioso y frustrado. Ahora tenía que buscar otra excusa para que se lo llevaran a la clínica.

Los ingleses que acudieron en su ayuda se miraron unos a otros y también lo vieron a él alejarse con gesto de resignación, se quedaron confusos, sin saber demasiado bien cómo continuar. Ignorando todo lo sucedido anteriormente, apremiaron a voz en grito y a empujones a los prisioneros que utilizaron la situación para tomarse un respiro.

Como llevaba siendo habitual en los muchos días que llevaban allí, cuando sonó la sirena que indicaba el descanso para comer, se fueron directos a esa gran cabaña donde les esperaba el rollizo cocinero con alguna de sus exquisiteces. Siempre bromeaban sobre el olor, el sabor o sobre el aspecto que tendría ese día la comida. Pero ese día en concreto era indescriptible, aunque Juan, viendo su cara, parecía que quisiera adivinarlo. No sabía a nada y no tenía olor alguno, no era más que tropezones de alguna cosa flotando en un líquido grisáceo. Ni en aquellas condiciones estaban tan desesperados como para comerse esa bazofia.

—¿Ya se te ha ocurrido otra idea? —dijo con guasa el profesor—. ¿Qué tienes pensado hacer para poder entrar en la enfermería, genio?

El capitán se limitó a encogerse de hombros mientras olfateaba su cuenco de comida, intentando decidir si ese día dormiría con el estómago vacío o no.

Después de olisquear con dedicación el extraño guiso que tenía delante, no consiguió imaginar a qué podría saber. Se dio ánimos a sí mismo, cerró los ojos, se llevó el cuenco directamente a los labios y sorbió el contenido, caldo y tropezones, todo junto. Lo engulló todo de una sola vez. Se llevó una mano a la boca, eructó, recobró la compostura y sin decir nada se levantó de la mesa. Se dirigió hacia la salida dando un pequeño rodeo para asegurarse de que los encapuchados lo veían, mientras sus compañeros lo observaban expectantes. Ninguno de los dos tenía la menor idea de lo que estaba tramando esta vez.

Cuando se encontraba delante de un guardia que vigilaba el gran comedor, ocurrió justamente lo que tenía en mente. De momento su plan iba bien encaminado. El guiso preparado para los prisioneros fue demasiado para su estómago y trataba de librarse de él. Unas violentas arcadas le provocaron el vómito, que cayó encima de una de las botas del encapuchado y salpicó la parte baja de la pernera de su pantalón. Con una mano se agarraba, encorvado, el estómago, como si un terrible dolor le impidiera ponerse derecho. El otro brazo lo pasó alrededor del cuello del bandido, haciendo que cargara con gran parte de su peso. Para darle mayor credibilidad, y sin formar parte de su plan, un nuevo ataque de náuseas le hizo vomitar de nuevo.

—Vaya, parece que tenemos el estómago delicado —dijo sonriente el cocinero, mientras se acercaba a ellos sin ninguna prisa—. Toma esto, muchacho, te pondrás bien. —Le ofreció una taza humeante de una infusión que olía agrio.

Una vez más el remedio fue peor que la enfermedad y su plan se fue de nuevo

al traste. Tras hacer un gran esfuerzo para beberse todo el brebaje su estómago se revolvió, un nuevo ataque de náuseas invadió su cuerpo y se volvió renqueante, con la barriga ahora dolorida de verdad, junto a sus compañeros que reprimían la risa cada vez que les dirigía la mirada.

—Casi voy a echar de menos estos momentos cuando nos vayamos — consiguió decir el profesor entre risa y risa, simulando unos silenciosos aplausos.

El capitán lo fulminó con la mirada, pero este ni se percató de ello.

—Debes de tener el estómago vacío —le dijo Fernando en un tono protector, casi paternal, verdaderamente preocupado—. ¿Tienes hambre? Yo no voy a terminarme esto. —Le acercó su cuenco de comida que estaba por la mitad.

El profesor estalló en carcajadas, llamando con ello la atención de todos los bandidos cercanos y de sus compañeros encerrados en la fortaleza. Se calmaron y pasados unos instantes volvieron a ser tres cautivos más entre el resto. El capitán desvió su dura mirada hacia el anciano, que lo miraba perplejo, ya que tan solo quiso ayudarle.

—¿Qué pasa, qué he dicho? —Miraba confuso cómo el joven explorador se desternillaba de su amigo, mientras este fruncía el ceño, intentando ocultar la vergüenza tras su actuación hacía un momento.

La sirena que finalizaba el horario de la comida sonó más temprano de lo que a Juan le hubiese gustado. Todavía le rugían las tripas y la boca aún tenía el gusto de esa amarga infusión, cuando tuvieron que volver una vez más a lo profundo de la cueva. Esta vez era el capitán el que extraía delicadamente las esmeraldas, una a una, con un cincel y un pequeño martillo. Trataron de entablar conversación un par de veces con él para amenizar la jornada de duro trabajo pero, desde que se rieron de él durante la comida, los ignoraba por completo. Continuaron el resto de la tarde mostrándose una absoluta indiferencia.

El regreso a la cabaña después de cenar fue bastante acelerado. Juan caminaba muy deprisa, aún seguía mosqueado y refunfuñaba constantemente. Mientras, a su espalda, le seguía José, que aún se burlaba de su actuación en el comedor, y también lo acusaba de darse por vencido en su propio plan. En el momento en el que iban a entrar en la cabaña para descansar para el próximo aburrido día de trabajo en la fortaleza, inesperadamente, el capitán se detuvo y le cedió el paso a su amigo, permitiéndole entrar primero en la ruinosa cabaña. Precediéndole y haciendo un gesto triunfal, Juan entró en el tugurio.

—Mucho uniforme y mucha tecnología, pero esos tipos no se enteran de nada —dijo él, pavoneándose ante los ojos de su compañero.

—¿De qué hablas?

—Quiero enseñarte mi jubilación —Juan metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó una vasta esmeralda de buen tamaño que lució con orgullo frente

a sus ojos.

—¿Qué se supone que haces? ¿De dónde has sacado eso? —interrogaba José sin dejarle tiempo para responder—. ¿Cómo narices has conseguido burlar el control de la salida?

—Un mago nunca revela sus trucos, muchacho. —El capitán se dio aires de grandeza e imitó un gesto mágico con las manos, con el que ocultó la piedra ante sus ojos—. Seguro que si les enseño esto, consigo entrar en su edificio.

—Si les muestras eso, lo que vas a conseguir es que te maten por ladrón —dijo el profesor, muy serio, señalándolo con el dedo—. Necesitamos una segunda opinión.

Salieron una vez más de la habitación, a hurtadillas, hasta la cabaña en la que dormía Fernando. Abrieron ligeramente la puerta y desde el exterior intentaron llamarlo sin hacer ruido y sin sobresaltar a su compañero de habitación. Tras mucho insistir, lograron llamar su atención y, somnoliento, se reunió con ellos en la entrada.

—¿Qué pasaría si los ingleses vieran esto? —El marinero sacó de su bolsillo la esmeralda y se la enseñó.

El anciano, que todavía no había podido despegar los párpados del todo, se despejó en un santiamén. Cogió al peculiar hombre de mar por el pecho y obligó a los dos aventureros a pasar al interior de su choza.

—¿Qué haces con esto insensato? —se escandalizó el recién despertado prisionero—. Deshazte de esa esmeralda cuanto antes.

—¿Lo ves? —insistió el profesor, dándole unos golpecitos con la mano en el hombro a su impulsivo amigo.

—Sí, sí, vale —respondió con resignación, apartando de un manotazo la mano de su amigo, que no paraba de darle golpes.

—Y ahora, por favor, dejad de una vez de hacer el tonto y dejarme dormir en paz por una noche. —El anciano los empujó hasta la salida y les cerró la puerta en las narices.

El capitán se guardó la pequeña esmeralda en el interior de su bota y volvieron hasta el refugio, ocultándose de nuevo entre las sombras.

Pasaron tres días desde su intención frustrada en el comedor. A Juan casi no le daba tiempo a recomponerse de sus intentos por entrar en la enfermería. Esa mañana se levantó más temprano de lo que acostumbraba, cuando todavía no deambulaban en el poblado más que los centinelas de lo alto de la muralla. Se dirigió al largo pabellón en el que estaban las letrinas, la misma donde los descubrieron peleándose. Sacó una pequeña caja metálica que encontró al lado de la cocina, e introdujo la mano para llenar la caja con el mejunje del interior. Después de lavarse las manos lo mejor que pudo, en unos cubos donde recogían

el agua de las últimas lluvias, regresó a su tienda a esperar a que los secuestradores fueran a despertarlos como cada día.

CAPÍTULO 44

Llevaban cavando un buen rato cuando disimuladamente el capitán sacó la pequeña caja metálica y esparció su asqueroso contenido por la parte trasera de su pantalón. De repente, se tiró al suelo y comenzó a menearse violentamente, como si tuviera convulsiones. Un guardia llegó en su auxilio enseguida y al no saber qué hacer, pidió refuerzos a gritos, pero la ayuda tardaba más de lo esperado en llegar.

Llevaba simulando el ataque durante casi cinco minutos, el esfuerzo que estaba haciendo era más del esperado y la atención médica seguía sin aparecer. Finalmente dejó de imitar las convulsiones. Estaba totalmente exhausto por el esfuerzo de estar todo ese rato sacudiéndose. El sudor resbalaba por su frente y mezclado con el polvo que levantó al revolcarse formaba pequeñas bolas de barro que surcaban su enrojecido rostro. Se levantó ante la mirada del expectante bandido que no supo cómo ayudarlo, aparentó serenidad y normalidad, se sacudió la tierra de la ropa y se fue hacia la salida de la caverna.

—Voy a lavarme —informó el capitán a los bandidos, que lo seguían anonadados con la mirada.

Ninguno trató de detenerlo. Sería un par de manos menos trabajando, pero era mejor eso que seguir soportando ese hedor. Tampoco osaron registrarlo a la salida. Desde la distancia, el profesor y el anciano volvían a reprimir la risa, solo que esta vez no eran los únicos que lo hacían.

Durante la comida prácticamente no hablaron en absoluto. José no podía evitar mofarse de su amigo, pero esas burlas no eran más que una extensión de los rumores y miradas que circulaban por el comedor. El capitán, callado y pensativo, estaba enfadado consigo mismo por no poder elaborar un plan adecuado para lo que se proponía. Últimamente estaba haciendo demasiado el ridículo y llamando mucho la atención de los ingleses.

«Un invidente es la única persona que no podría ser útil en este lugar». Eso fue lo siguiente que se le ocurrió a Juan.

Un día, cuando todos se olvidaron de su intento fallido y volvía a ser un prisionero más, durante el segundo turno de trabajo, en un momento con cierta intimidad, dentro de la aglomerada cueva, reunió un pequeño montón de tierra, acercó el rostro con los ojos tan abiertos como pudo y sopló lo más fuerte que le permitieron sus pulmones.

Partículas de polvo y arena salieron volando disparadas y se le metieron en los ojos como larvas que anidan en un cuerpo inerte. Esta vez no tuvo que fingir el dolor, porque dolía y escocía como nunca se hubiera imaginado. Tenía la

sensación de que sus ojos estaban siendo apuñalados por agujas incandescentes.

Tratando de librarse de ese sufrimiento, se frotó los ojos con sus propias manos para limpiar la arenilla retenida en sus pestañas. Pero tenía las manos tan sucias que no consiguió más que hacer que aumentara el dolor. El capitán gritaba y se retorció en el suelo cubriéndose el rostro con las manos, tratando de que nadie lo viera. La mayoría de los prisioneros se reían al verlo, pensando que se trataba de otra buena actuación, aunque en parte así era. Los encapuchados, con la pasividad con la que solían actuar, no mostraban mucho interés por ayudarlo.

La patrulla que repartía el agua se acercó finalmente a él.

—¿Has estornudado donde no debías? —dijo uno de ellos riéndose abiertamente—. Tranquilo, pasa más a menudo de lo que crees.

Juan apenas lo escuchaba envuelto en sus propios gritos. Uno de ellos le apartó las manos de la cara, le abrió un ojo con los dedos y lo examinó.

—Tienes suerte, no te vas a quedar ciego —concluyó.

—No puedo ver nada, ¿alguien me puede llevar a la enfermería? —Parecía que después de todo el plan iba a salir bien.

—No, no estás tan grave —puntualizó el bandido, propinándole unas palmaditas en la espalda—. En unas horas volverás a ver, alguien te acompañará ahora a tu habitación para que tomes reposo. Mañana podrás volver al trabajo.

Un prisionero se acercó a él y lo ayudó a levantarse. Cuidadosamente lo acompañó hasta su cabaña, allí le dejó un cubo de agua clara para que se lavara la cara y las manos, y se fue. Una vez más su plan se desvaneció, antes incluso de empezar. Había sido su mejor actuación, casi se lesiona de verdad y no fue capaz, tan siquiera, de intuir que era lo que tendría que sucederle para que se lo llevaran al interior del edificio cilíndrico en el que se hospedaban sus captores. Estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa para conseguirlo, pero una de ellas no era mutilarse. De alguna manera sospechaba que sin hacer ese sacrificio no podría entrar allí de ninguna forma.

Estuvo todo el tiempo sentado en su camastro, tumbado o intentando pasearse a tientas por el interior de la cabaña. No podía ver nada, no sabía cuánto tiempo llevaba allí solo encerrado o, sencillamente, si estaba realmente en su cabaña. Finalmente, tras varias largas y aburridas horas, unos destellos de luz rojiza se cruzaron en su campo de visión. Le pareció ver cómo una sombra irrumpía en el interior de la habitación.

—¿Crees que conseguirás llegar de una sola pieza a la enfermería? —Era la voz de José.

Le puso un cuenco de barro en las manos. Parecía la cena, seguramente era lo mismo que hubo en el turno de comida, pero por lo menos estaba caliente y sería mejor eso que tener el estómago vacío durante todo el día. Tenía que procurar

comer más, aunque no le gustara, o al final acabaría enfermo por fingir estarlo todo el tiempo.

—Hasta el momento no te he visto hacer nada —le reprochó el capitán, intentando centrar la vista en su amigo—. ¿Te estás riendo? —amenazó al escuchar cómo el maestro reprimía una carcajada.

—Tú tampoco has hecho gran cosa, que digamos —se mofó este.

—¿Qué es lo que tienes pensado para cuando yo consiga que nos saquen de aquí? —dijo mientras se esforzaba por comer un poco, tratando de poner a prueba a su fanfarrón amigo. El estómago, a base de sonoros rugidos, le recordaba lo que ocurrió la última vez que se comió uno de esos guisos—. Muy inteligente, improvisar mientras sales corriendo —dijo con sarcasmo a un hueco vacío donde se pensaba que estaba su amigo.

—Ya te dije que hice nuevos amigos durante el tiempo que pasé en la selva. Seguro que ellos vendrán a ayudarnos.

El profesor confiaba en que una vez más, el poderoso y longevo chamán se comunicara con la selva y le advirtiera de todo lo que estaba sucediendo. O que de pronto apareciese el travieso Billy con alguno de sus trucos y los sacase de ese embrollo.

—¡Ah, sí! Dejemos que tus amiguitos imaginarios nos rescaten. Mientras tanto yo me estoy jugando la salud solamente para que nos abran una dichosa puerta —dijo Juan irónicamente, fingiendo escandalizarse.

—¿Pero cómo te atreves a decir que son imaginarios? —se mosqueó el maestro—. Tú viste tan bien como yo a las criaturas que nos atacaron el día que nos capturaron. —Se puso aparentemente pensativo—. ¿Cómo era...? *Wendigos*.

—Eso no son más que unos animales raros. No me digas que un anciano con medio siglo de edad que se puede convertir en un oso gigante y un duende transformista no suena bastante extraño. —El capitán se tumbó en su estrecho camastro, tratando de relajarse, con los brazos por detrás de la cabeza.

—Tú cumple tu parte del trato —ordenó José—. Cuando lo hayas hecho, te aseguro que saldremos de aquí sanos y salvos.

Se tumbó él también en su lecho y el sueño los invadió a ambos.

Dos días más tarde, cuando su visión volvió a ser igual de nítida que siempre, durante la mañana, el marinero anduvo pensativo todo el tiempo. Estaba abstraído, taciturno y más refunfuñón que de costumbre. Rechazó la pasta de cereales que tenían para desayunar, porque aseguró que saldrían de allí en poco tiempo y entonces volvería a comer en condiciones. Todavía no se le había ocurrido ningún nuevo plan que llevar a cabo, pero confiaba en un éxito inminente.

Estaban hablando él y su amigo junto a la pared del fondo de la cueva, en una

de las paradas que hicieron para recobrar las fuerzas, cuando Fernando se acercó a ellos con mil ojos para no ser descubierto sin cavar.

—¿Cómo llevas el plan para conseguir entrar en la enfermería? —preguntó interrumpiendo la conversación de los dos compañeros.

—Lento, la verdad es que me estoy quedando sin ideas —respondió con una clara preocupación.

—¿Estarías dispuesto a hacer cualquier cosa por salir de aquí? —preguntó el anciano con delicadeza—, es que se me ha ocurrido una forma de entrar en la guarida de los ingleses, pero no sé si será un poco drástica. —Tenía un claro gesto de preocupación.

—Mientras continúe de una sola pieza después de ello, me temo que no tengo más remedio que probar lo que sea —bromeó el capitán, nervioso y a la vez extrañado por la repentina iniciativa del viejo explorador.

De pronto, Fernando asió firmemente la pala con la que estaba trabajando y lo golpeó todo lo fuerte que pudo en un lateral de la cabeza. Instantáneamente agarró una piedra, la que más a mano tenía, y la lanzó junto a un grupo de prisioneros que dieron la voz de alarma al girarse y encontrarse al capitán desplomado sobre el suelo y con sangre en la cabeza.

Los gritos alertaron a los bandidos que, inmediatamente, mandaron a un par de cautivos para que cargasen con el cuerpo inerte del marinero. Extendieron una camilla parecida a los camastros en los que dormían, pero un poco más estrecha, y con sumo cuidado, intentando no moverle la cabeza, lo subieron en ella.

El que parecía ser el que mandaba en el interior de la cueva, se acercó rápidamente abriéndose paso a empujones entre los prisioneros que se amontonaban alrededor del maltrecho marinero.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Otra vez él? —dijo con exasperación.

Resultó ser el mismo en cuyas botas devolvió unos días atrás en el gran comedor.

—Le ha caído una piedra en la cabeza de repente —disimuló Fernando sin perder de vista, cómo se llevaban a su joven amigo en la camilla.

CAPÍTULO 45

Juan se despertó tumbado sobre una camilla fría y metálica, parecía una mesa de operaciones. Tenía la cabeza dolorida y vendada con dudosa profesionalidad. Un bulto enorme asomaba en el lado izquierdo de su cabeza, cerca de la sien. Se encontraba en una habitación pequeña, fría, oscura y llena de artilugios médicos. Parecía que por fin lo había conseguido, estaba en la enfermería, en el interior del edificio de los bandidos. ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? ¿Quién le habría dejado de esa manera? «Por favor, que no haya sido el mismo que prepara la comida», deseó, imploró, pensó con tal convicción que creyó haber escuchado lo que pasaba por su mente.

Estaba en ropa interior y le habían lavado a conciencia toda la suciedad y el polvo de la mina que lo recubría.

—Maldito viejo —no pudo evitar que su boca escupiera esas palabras.

Se llevó las manos a la cabeza para tratar de detener el suelo que no paraba de dar vueltas bajo la camilla.

Toda su ropa estaba tirada, hecha un ovillo, en un rincón de la habitación. No había nadie. Ni un prisionero para que recogiera el desorden ni un guardia vigilando para que no se escapara, ni un solo enfermero que supervisara sus heridas. Se encargaron de hacerle las curas básicas pertinentes y dejaron que se recuperase por sí mismo. Al parecer, los ingleses no se interesaban gran cosa por la vida de los hombres que tenían cautivos. Era más fácil y barato secuestrar a nuevos trabajadores antes que mantener a los heridos de gravedad con vida o gastar recursos con los heridos más leves.

Se levantó de la camilla y tuvo que esperarse un momento para mantener el equilibrio, ya que las piernas todavía le flaqueaban. Cogió su ropa y sus botas y se vistió lo más rápido que pudo sin dejar de mandar fugaces vistazos a la puerta entreabierta. El cuello de su camisa tenía una mancha de sangre, provocada por su herida en la cabeza, que ocupaba gran parte del hombro izquierdo. Oteó ambos lados del pasillo desde el quicio de la puerta. Cuando se cercioró de que estaba despejado, salió a toda prisa en busca de Elisabeth. Con la suerte que estaba teniendo últimamente, la mujer, quizás, ni siquiera se encontraba en ese edificio.

Para estar en la boca del lobo, estaba todo extrañamente tranquilo. Caminó a lo largo del lúgubre pasillo, iluminado por candelabros colgados de las paredes, y no encontró rastro alguno de la mujer. Tampoco había señal de ninguno de los secuestradores. Pasó junto a una habitación con la puerta entreabierta y el interior tenuemente iluminado por una hoguera que emitía sus últimas llamas,

antes de convertirse en un montón de humeantes ascuas.

Resultó ser la cocina, pero en aquel momento le pareció estar en el paraíso.

Sobre el fuego colgaba una olla con el contenido ya cocinado y todavía caliente. Su estómago le pedía lo que su olfato sospechaba. Por primera vez en muchos días, veía comida de verdad. Cogió un cuenco que había sobre una mesa y se sirvió dos generosos cucharones de ese guiso, que seguramente fue la cena de sus raptos. La carne estaba tierna y sabrosa, las patatas y las verduras estaban en su punto exacto de cocción y el caldo, caliente, mezclaba todos los sabores en cada cucharada. Sobre la bancada, una barra de pan blanco crujiente, hecho ese mismo día, tentaba a rebañar cada centímetro del plato. En un rincón, una cesta llena de fruta de la que tanto se hartaron en medio de la selva y que tan soñada era en ese lugar. Eran de un color intenso, tersas y jugosas, como un cuadro recién pintado

Comió hasta saciarse, siempre pendiente de que no se acercara nadie por el pasillo, y después prosiguió con su búsqueda.

Pasó junto a una sala de reuniones, una pequeña estancia presidida por una larga mesa de madera labrada, barnizada concienzudamente y rodeada de sillas tapizadas de terciopelo. También entró sin darse cuenta en una estancia que contenía máquinas y pesas con las que, parecía ser, los bandidos se ejercitaban. Abrió otras dos puertas que resultaron ser pequeños almacenes. También acabó metido, para esconderse, después de haber oído un sonido a su espalda, en una larga estancia con varias duchas separadas en compartimentos individuales. La verdad es que su cautiverio hubiera sido mucho más fácil con una habitación como esa en el poblado que se extendía en el exterior. O eso fue lo que pensó el marinero al olerse accidentalmente su propia camisa.

Un sonido familiar le transportó de nuevo a la realidad. Eran ronquidos, se había pasado todo el día inconsciente y los encapuchados ya estaban durmiendo en sus respectivos aposentos. Debía ir con pies de plomo, si lo descubrían allí dentro sería incapaz de salir bien parado. El sonido provenía del piso superior. Se mentalizó, buscó el valor necesario y con toda la cautela que fue capaz de reunir se dirigió hacia allí. La mayoría de las puertas estaban entornadas, así que no tuvo que esforzarse mucho para asomar la cabeza en el interior y descubrir quién dormía en cada habitación. Confió en su instinto y, con ayuda de sus oídos, no le hizo falta abrir algunos de los dormitorios cerrados. Sabía que Elisabeth no roncaba, y entre los bandidos no es que hubiera muchas mujeres.

Al fondo del pasillo una delgada línea de luz destacaba, cortando la penumbra por la mitad, como un matarife a una res. Se dirigió hasta allí a echar un vistazo. Dentro de la habitación había una mujer pensativa sentada en el borde de su cama. Junto a ella una sencilla cómoda con unos pocos libros antiguos colocados

de cualquier manera y, sobre ella, colgado de la pared, un reloj de pulsera de oro con la chacana grabada en la tapa. ¿Era ese el reloj de Fernando? ¿Acaso tenía la joven secuestradora más años de los que aparentaba? ¿O es que se quedaban los bienes de los prisioneros y los utilizaban como moneda de cambio entre los bandidos?

Debían de ser altas horas de la noche, pero ella todavía llevaba puesto el uniforme negro que lucían los secuestradores, todo menos la capucha y el pañuelo que le cubría el rostro. Estaba apoyada sobre sus rodillas con la cabeza agachada, reclinada sobre sus manos, y el pelo cayendo en cascada por delante, ocultando su expresión incluso de ella misma. La cremallera del escote estaba abierta y el cuero del uniforme apretaba y resaltaba el generoso busto de la joven.

No le hizo falta verle la cara para saber que se hallaba frente a los aposentos de la mujer que un día lo amó, o eso quería pensar él, necesitaba pensarlo.

Elisabeth se levantó atusándose el pelo, tenía los ojos llorosos. Se descalzó y comenzó a desabrocharse lentamente los correajes y el resto del uniforme. Tenía la mente en otro lugar, pensando en algo que evidentemente la afligía. Cuando se despojó de la chaqueta continuó quitándose los pantalones, negros y ajustados. Al verla de ese modo, Juan se transportó una vez más al interior de su pequeña tienda de campaña en medio de la selva.

No lograba apartar de su mente los recuerdos del cuerpo terso y perfecto de la joven, su cabello sedoso y aromático o sus carnosos labios. Estaba por completo inmerso en sus pensamientos, prácticamente como si estuviera soñando despierto. Se quedó traspuesto durante unos segundos y la cabeza le dio un bandazo, golpeando sonoramente el marco de la puerta de la habitación. La mujer se giró asustada. Se cubría el cuerpo con una fina bata que, al parecer, se puso mientras él estaba distraído, recordando los buenos momentos vividos con la persona que lo abandonó y lo traicionó.

El capitán entró apresuradamente para no alarmarla y se encontraron ambos mirándose fijamente uno enfrente del otro. El silencio estaba roto tan solo por los ronquidos que se escapaban de las habitaciones contiguas, casi podía escucharse su corazón latiendo a toda prisa. Trataba de retenerlo para que no se escapara de su pecho y saliese disparado hacia la mujer a la que, por un breve tiempo, perteneció. Los ojos del rudo marinero chisporroteaban con una mezcla de odio y deseo, y la mujer no pudo contener las lágrimas y apartó la mirada. De pronto, en ese dormitorio, se creó una mezcla de sentimientos que provocaron una tensión casi palpable. El capitán se acercó a ella lentamente, estirando un brazo para acariciar su cuello, estaba caliente y podía sentir su pulso acelerado. Siguió acercándose a ella hasta que sus labios se quedaron a escasamente un palmo de distancia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Elisabeth con brusquedad, dando un respingo.

Apartó su rostro en contra de su voluntad. Aunque no diese muestras de ello, estuvo a punto de saltar a sus brazos.

—Vengo a hablar contigo, tengo una información que puede interesarte —respondió él secamente, reprimiendo su ira.

—Te noto muy tenso, ¿qué te pasa? —La mujer ignoró por completo sus palabras.

—¿Que estoy tenso? —El marinero se escandalizó de tal modo que su bronceada piel parecía la de uno de esos ingleses después de pasarse varias horas al sol. Tuvo que hacer un esfuerzo por no gritar—. Estoy delante de la persona a la que entregué mi corazón y me correspondió abandonándome como si fuera un insignificante perro. Después me entregó a un grupo de enmascarados buscadores de tesoros que no dejan de golpearme. Y, por si fuera poco, casi acabo lisiado tratando de dar con ella. ¿Cómo pretendes que esté?

Tuvo que darse la vuelta para perderla de vista momentáneamente y así poder calmar sus nervios.

—Eso es cosa del pasado, no seas rencoroso. Aquí, y ahora, estamos solos. Tenemos una cama de verdad en una habitación de verdad, no como el cuchitril que tienes en ese viejo barco que se cae a pedazos. —La joven comenzó a insinuar. Se desabrochó la blusa y se acercó de nuevo, peligrosamente, a los labios del capitán—. ¿Qué debería hacer para que me perdones?

—Déjalo —respondió él, muy serio y calmado para su sorpresa, sujetándola por los hombros desnudos y apartándola de su lado—. Dentro de poco no volveré a verte más y por fin podré olvidarte.

Aunque apenas se notó, el rostro de la secuestradora se ensombreció.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó repentinamente y con dureza, abrochándose de nuevo los botones de la blusa—. Si quisiera podría hacer que te mataran ahora mismo. Solo tengo que gritar y vendrán todos sin dejarte tiempo siquiera a salir por esa puerta —amenazó, señalando la puerta de la habitación.

—Si hicieras eso no podría decirte dónde hay un tesoro tan grande que no haría falta que siguierais con la excavación nunca más. —La mujer abrió los ojos incrédula, a la espera de escuchar el resto de la revelación.

—¿De qué estás hablando? —Elisabeth volvió a adoptar el imponente aspecto que tenía cuando llevaba puesto su uniforme y sus armas, aunque sin nada de eso—. ¿Te refieres al lugar donde os apresamos?

—No voy a decirte nada más. José, otro prisionero y yo os guiaremos hasta él y cuando lo hayáis encontrado nos dejaréis libres. —Se cruzó de brazos y miró muy serio a la joven, esperando haber influido en su decisión—. Al fin y al cabo,

ya no os haremos falta para nada.

Acto seguido ella comenzó a reírse abiertamente.

—No te ofendas, cariño, pero nunca me has hecho falta para nada —dijo ella, risueña. El capitán ardía de furia al recordar los momentos que pasaron juntos, que parecieron tan sinceros y naturales. La secuestradora fingió con descaro pensarse su propuesta—. Me parece que no. Mejor si me dices tú la ubicación exacta de ese tesoro del que hablas y a ti te dejaré salir de aquí de una pieza.

—Las condiciones están sobre la mesa, esa es la única forma posible de que os digamos donde está. —Juan se acercó a la joven con decisión, imponente, y ella pareció empequeñecer por momentos—. La única.

—Está bien —accedió ella sin intimidarse ni un ápice—, pero como todo esto sea alguna clase de truco, no volveréis a ver un nuevo amanecer. Ni tú ni ninguno de tus amiguitos.

—Tan solo tú y una patrulla que te acompañe —perseveró el capitán, viendo el aparente éxito de sus negociaciones—. Tres personas armadas para tres simples prisioneros desnutridos. Suficiente para mostraros el camino. Más adelante ya enviaréis a gente para explotarlo.

—Sí, sí, vale —le dio la razón para contentarlo y que finalizara de una vez aquella incómoda y fatigosa conversación—. Ahora vete.

Se asomó al pasillo y cuando estuvo segura de que estaba despejado, sacó al hombre de su dormitorio, agarrándolo por la pechera de la ensangrentada camisa. Una vez que salió, cerró con un sonoro portazo. Varios de los ronquidos se silenciaron, otros se estremecieron y algunos de los bandidos que dormían carraspearon tras el golpe.

Después de todo lo que había tenido que sufrir para conseguir llegar hasta allí, ahora esa mujer lo tiraría todo por la borda. Los secuestradores se despertarían, lo matarían y obligarán a la fuerza a su amigo a contarles dónde estaba ese tesoro. Una vez más su pesimismo le hizo imaginarse en la peor situación posible, pero pasados unos segundos todo volvió a estar en calma y se quedó en un pequeño susto. Se marchó todo lo rápido que pudo y deshizo el camino que recorrió hasta llegar a la habitación de la hermosa joven. Con mucha precaución y, moviéndose una vez más camuflado entre las sombras, llegó a su cabaña.

—Ya está hecho —le informó a su amigo, que dormía sobre su camastro en una posición extraña.

Lo despertó zarandeándolo violentamente.

—¿El qué? —respondió somnoliento, sin saber siquiera quien le estaba hablando.

—Nos vamos de aquí. —Emocionado, continuaba zarandeando a su amigo que a duras penas lograba defenderse de esos arrebatos—. Una pequeña escolta

nos acompañará. Espero que te resulte fácil cumplir con tu parte una vez que estemos fuera.

—¿Cuándo? —consiguió balbucear el maestro, deteniendo de una vez los insistentes empujones.

—¿Cuándo qué?

—Nos vamos —el marinero se frotó la cara, exasperado.

—¡Mañana! —respiró hondo para calmarse—. ¿Y qué hay de tu parte de plan? ¿Cuándo vendrán a por nosotros?

—¿Quién?

—Que cuando nos van a venir a buscar esos supuestos amigos tuyos —dijo Juan con exacerbación mientras se sentaba en el borde de su cama.

El rostro del explorador se desencajó.

—Pues... —José vaciló— no lo sé. — Clavó la vista en el techo, pensativo. Se acomodó y se arropó con su raída y agujereada manta.

—Estupendo, entonces —dijo el capitán con un tono y una actitud derrotistas—. Esperaremos a que nos den la sorpresa de dejarse caer por aquí.

Fue a decir algo más, pero se arrepintió en el último momento. Se descalzó y se tumbó también, esperando que su herida le permitiera conciliar el sueño.

CAPÍTULO 46

Su cabeza había dejado de retumbarle hacía poco rato y por fin pudo quedarse dormido, cuando de pronto se abrió la puerta de la habitación. Entraron dos encapuchados que flanquearon la puerta y tras ellos entró la que debía ser Elisabeth. Iba totalmente uniformada y armada, con el pelo y el rostro completamente cubiertos. Parecía una peligrosa sombra de grandes ojos azules.

—Vamos a ver ese tesoro —ordenó, despertando a los dos prisioneros a base de golpes con sus pesadas botas.

A regañadientes, los dos amigos se vistieron perezosamente, se calzaron y salieron de la cabaña precedidos por los bandidos. Se dirigieron a la habitación de Fernando, donde el anciano dormía plácidamente antes de ser sorprendido por semejante comité. Una vez reunidos los tres hombres que los guiarían hasta el tesoro, se prepararon para atravesar de nuevo la selva, para llegar hasta las embarcaciones varadas en aquella pequeña playa oculta entre el manglar.

El portón se elevó dejando a la vista el estrecho sendero que debían seguir. Todavía podían verse los restos putrefactos del cadáver del *wendigo* que mató Juan el día que llegaron allí. Tenían un color y forma extraños y estaba recubierto completamente de moscas que lanzaban destellos azules y verdes cuando los rayos del sol incidían en sus alas. Un gran séquito de encapuchados los esperaba totalmente preparados y listos para la marcha en la parte externa de la fortaleza. Parecían alertados, mirando a sendos costados del camino, por si de pronto aparecían las sanguinarias bestias.

El capitán miró con fiereza a la mujer, que comenzó a reírse debajo del pañuelo. No cumplió con esa parte del acuerdo. Se supone que debían ser tres guardias para tres prisioneros y, sin embargo, se vieron frente a toda una escuadra bien preparada.

—Buenos días, amigos míos. Espero que no se os esté haciendo muy dura vuestra estancia en mis dominios —dijo el líder de los secuestradores con aires de grandeza.

Se acercó a ellos y se quitó la tela que le cubría el rostro. Era Michael, el mismo joven al que protegieron ante el jaguar y cuando apareció por primera vez la *runamula*. Los dos amigos lo miraron estupefactos.

—No quiero juegos ni ninguna clase de truco. ¡Ahora, caminad! —ordenó el líder inglés, con imponente autoridad.

Empujó a sus rehenes, obligándolos a situarse a la cabeza de la marcha.

—¡No, deteneos! —Era ese extraño prisionero que tan solo se dejaba ver en esos arrebatos de pánico en los que corría por toda la fortaleza—. ¡Cerrad esas

puertas ahora mismo! No es seguro salir ahí fuera.

Cogía a los bandidos por el cuello de su uniforme y les imploraba con los ojos llorosos, como si quisiera protegerlos. Estos, ignorando sus palabras, se lo pasaban de unos a otros como si fuera una carga molesta que ninguno estaba dispuesto a aguantar. Nadie parecía hacer caso a lo que decía, ni los prisioneros ni el resto de los centinelas. Al parecer, era una escena más normal de lo que aparentaba. Finalmente, acabó agarrando al profesor, pero él sí que lo escuchó.

—El sol se vuelve negro, se desata el trueno, el espíritu de los árboles gime. En el averno, las ataduras de la amistad se rompen y el cielo revienta. El vientre de la tierra se abre hacia el cielo y vomita llamaradas de fuego y veneno. Las felices estrellas se caen del cielo.

—¡Fuera de aquí, escoria! —Uno de los encapuchados lo empujó varios metros de una patada.

—¿Quién es ese? —preguntó el maestro a su nuevo compañero, sin apartar la vista del escuálido hombre, en un momento en el que los bandidos pasaron de ellos para volver a instaurar la normalidad en el campamento.

—Es un prisionero, igual que nosotros —respondió.

—¿Y cómo es que nunca lo he visto en la mina o en el comedor y ellos parecen no darle importancia?

—Dicen que es alguien que se crio en la selva, un indio. Al poco de que creara esta fortaleza, enloqueció, al igual que sucedió con las criaturas que aguardan en los árboles. Desde entonces se oculta en angostas fisuras de la montaña, lugares que nunca nadie ha conseguido encontrar, y solamente se le ve cuando aparece corriendo y gritando todos esos malos augurios.

Algo en sus ojos indicaba que no creía completamente que fueran invenciones de ese enigmático hombre. Pero al igual que el aventurero, no era capaz de intuir a qué hacían referencia todas esas predicciones.

—¿Cómo se llama?

Insistía en querer saber más sobre ese hombre cuyas palabras le llamaron tanto la atención, tan similares a todas las notas que encontró hasta la fecha relacionadas con el tesoro de su antepasado, el de Barbanegra y con una civilización antigua.

—Nadie lo sabe. Algunas veces dice que se llama Meicuchuca, otras Sua y otras veces se hace llamar el hijo de Bachué. —Ambos observaron intrigados al hombre que se llevaban forzosamente al interior del poblado.

«¿Qué serán esos nombres? ¿A qué o quién harán referencia sus palabras? ¿Existiría realmente aquello que ese hombre mencionaba en sus augurios?», pensó José fríamente.

Estaba tan concentrado revisando esas palabras y esos nombres que los

secuestradores ya habían recompuesto la formación y cerrado el portón tras ellos.

José, junto al capitán, encabezaba la marcha, seguidos de cerca por Fernando, cual veterano paje siguiendo a su señor. Caminaba nervioso, mirando con miedo al grupo de bandidos armados que los seguían, y al bosque que estaban atravesando, de donde podría aparecer cualquier clase de criatura. Detrás de ellos, Michael y Elisabeth hablaban en secreto. Y en la retaguardia, una pequeña sección de guardias con todas las armas listas para ser usadas en cualquier momento, temerosos ante las innumerables leyendas sobre seres mitológicos que habitan en la selva.

—Por favor, ven. Espero que la selva se comunique contigo una vez más. Vamos, vamos, vamos. Mi pequeño y extravagante amigo, enséñame tu magia una vez más. Solamente os pido ayuda una última vez, por favor, apareced. —Con la cabeza agachada y las manos juntas en el mentón parecía que el profesor le rezaba a algo o a alguien.

—¿Qué haces, estás rezando? —preguntó Juan, asustado, preocupado, observando incrédulo a su escéptico amigo—. ¿Qué clase de plan es ese? —Empezó a zarandearlo mientras repetía una y otra vez sus plegarias, como un mantra capaz de invocar a las divinidades—. Dime qué es lo que tenías pensado para escaparnos.

Pero tan solo obtuvo silencio como respuesta, a pesar de que podía ver cómo los labios de su amigo no dejaban de moverse.

—Ahora lo verás —confesó al fin. Arqueó las cejas y torció una sonrisa, confiado en que la ayuda llegaría por sí sola gracias a sus plegarias—. Por favor, ven. Espero que la selva se comunique contigo una vez más. Vamos, vamos, vamos. Mi pequeño y extravagante amigo, enséñame tu magia una vez más. Solamente os pido ayuda una última vez, por favor, apareced. —Volvió a comenzar su mantra por enésima vez.

En la vanguardia de la marcha se formó una discusión entre los dos amigos que parecía divertir a los bandidos y les hacía olvidar todas esas leyendas momentáneamente. El único que no se dejó llevar por el espectáculo fue el viejo prisionero, que observando atentamente la discusión, presagiaba malas noticias por un plan que no había salido como debiera.

El sol presidía en el cielo y caía con toda su fuerza sobre aquel grupo de viajeros. La elevada humedad hacía que el aire fuese prácticamente irrespirable. Gotas de sudor caían de sus barbillas, bajaban por sus brazos hasta precipitarse desde la punta de sus dedos y se evaporaban antes incluso de llegar a tocar el suelo. Los odres de agua y las cantimploras que los ingleses llevaban consigo sonaban como un reclamo que no podían ignorar más tiempo.

Miraron hacia atrás y ya no había rastro alguno de la grandiosa fortaleza, tan

solo árboles por todas partes. Empezó a escucharse un estruendo, el suelo vibraba y un olor pestilente invadió el aire. Todos se detuvieron de inmediato, el profesor sonrió y Juan lo miró nervioso con una sensación extraña invadiendo su cuerpo. Fernando se escondió detrás de ellos sin saber de dónde provenía ese sonido.

A los encapuchados no les llegaba la camisa al cuerpo, totalmente acobardados por un peligro que no lograban identificar o saber si quiera si era real. Apuntaban con sus armas en todas direcciones hacia la selva vacía, llena de sombras escabrosas. Los tres prisioneros podían escuchar cómo sus captores arrastraban los pies, incapaces de mantenerse en la misma posición más de unos pocos segundos y los nervios haciendo repiquetear sus armas cada vez que probaban puntería.

Algo grande partía los árboles y pisoteaba las hojas a una alta velocidad. Se podía escuchar unas profundas y aceleradas respiraciones de algo más grande que ellos. Fuera lo que fuese, había más de uno. Finalmente se vislumbraron dos sombras, una más grande y corpulenta, y otra que lucía una majestuosa y peligrosa cornamenta.

Llevados por el pánico, el séquito de encapuchados comenzó a disparar a esas dos figuras sin recibir las órdenes pertinentes de sus superiores. Las balas se detenían al chocar contra los troncos, haciendo saltar pequeñas astillas de madera en todas direcciones. No lograron amainar, aunque fuese mínimamente, la marcha de las criaturas que avanzaban hacia ellos. Sucedió todo lo contrario, se enfurecieron todavía más y se prepararon para embestir a cualquiera que estuviese en su camino.

Los bandidos estaban recargando sus armas, cuando aparecieron de entre los árboles dos bestias como nunca nadie había visto antes, a excepción de José. Un oso gigante rugía furioso, mostrando sus afilados colmillos y sus poderosas garras. Su fétido aliento era un arma ya de por sí y con sus casi tres metros de alzada era imposible encontrar el modo de dañarlo. Y un magnífico ciervo, cuya cornamenta asustaría al más valeroso de los guerreros, bramaba avisando de su llegada. Todos los encapuchados se olvidaron de los prisioneros y de su objetivo con aquella marcha. Se apostaron en una formación defensiva, apuntando con sus rifles y blandiendo sus machetes en dirección a los animales, que corrían hacia ellos.

—Ahora podéis ver cuál era mi plan —dijo José, sonriente y victorioso, a sus dos compañeros.

—No puede ser. Esto... —trató de decir Juan, impresionado, juntando toda la información que su compañero le dio sobre esos seres y que no quiso creer.

—¿Cómo es posible que...? —Fernando trataba de decir algo, pero su boca y

su mente se contradecían.

¡Vamos, corred! —los apremió el profesor.

Escapó de allí a toda velocidad, seguido por el capitán y el anciano, que no dejaba de vigilar su espalda, temeroso por si esos animales se volvían también a por ellos. Corrieron tan rápido como les permitían sus piernas y la debilidad tras tanto tiempo de cautiverio. A sus espaldas se estaba formando una cruda batalla de la que solo escuchaban disparos, gritos, rugidos y bramidos. Una rama arañó la cabeza del marinero, cerca de su herida, y le arrebató el vendaje que la protegía. No le dio importancia y no se detuvieron. Corrieron hasta que no pudieron más y ya no escuchaban los rugidos, los gritos ni los disparos.

Por fin se pudieron permitir descansar y tomar un respiro.

—Toma esto, límpiate. —José buscó el pedazo más limpio de su mugrienta camisa, se lo arrancó, y se lo dio a Juan para que secase la sangre de la herida de su cabeza, que empezó a sangrar tras el intenso esfuerzo en su huida.

—¿Qué eran esas cosas? —preguntó exhausto el anciano, dejándose caer al suelo para recobrar el aliento.

—Esos eran mis nuevos amigos. Los mismos de los que os hablé —dijo el profesor, sonriente.

No pudo evitar reírse ante el tremendo existo de su plan, que tan solo consistió en confiar en que la naturaleza se comunicara con aquellos seres una vez más.

—¿Esas cosas son amigos tuyos? —preguntó extrañado el capitán, todavía tratando de recobrar el aliento—. Tienes que dejar los libros un tiempo y salir con personas —aconsejó con suspicacia.

—¿Pero tú qué clase de amigos tienes? —Fernando continuaba sin entender lo que acababa de sucederles.

—Son un *mapinguarí* y un *chullachaqui* —respondió el maestro con orgullo—. No os hagáis una idea equivocada por como los acabáis de ver. En realidad, son pequeños, buenos y divertidos.

—Eso es imposible —intercedió el incrédulo anciano—, el último *mapinguarí* murió hace más de cien años. Los colonizadores acabaron con todos.

—Con todos menos con uno, que resulta ser el más poderoso de todos —presumió José, del mismo modo que hizo el capitán con él para que lo contrataran aquellos jóvenes ingleses de la playa, mucho tiempo atrás.

El anciano lo miraba expectante, asintiendo en silencio con la cabeza.

—¿Vais a estar hablando toda la mañana de animales o tenéis pensado salir de esta maldita selva de una vez? —El capitán parecía nervioso, miraba en todas direcciones intentando encontrar un peligro que presentía que no se había esfumado del todo.

Salieron del camino y anduvieron a través de la espesa vegetación que les ofrecía el Amazonas. Avanzaban a un ritmo mucho más lento, pero entre las plantas era más difícil que siguieran su rastro. Todavía jadeantes, emprendieron una expedición a ciegas hacia lo que esperaban que fuera su salvación.

CAPÍTULO 47

Michael y Elisabeth consiguieron dar esquinazo a los dos animales enfurecidos que devastaron el resto de su grupo. Ellos dos fueron los únicos que salieron indemnes del ataque, protegidos por sus subordinados. El resto de miembros de la sección perecieron ante las garras, dientes, pezuñas y cuernos de sus agresores. Tan solo tres guardias maltrechos fueron capaces de seguir a su líder hasta ponerse a salvo.

—Al final nos la han jugado —comentó el líder inglés a su hermana en su idioma—. Ese novio tuyo y su amigo tienen más recursos de los que me esperaba. —Ella le dedicó su peor mirada de odio, pero él la ignoró por completo—. La expedición ha acabado, muchachos. ¿Quién se apunta a una partida de caza?

Una sonrisa maliciosa invadió su rostro. Los tres encapuchados que sobrevivieron se apoyaban en sus rifles a modo de bastón para mantenerse derechos, pero consiguieron sacar fuerzas de flaqueza para vitorear a su jefe y olvidarse momentáneamente de sus heridas.

Se hicieron unas curas básicas, con lo poco que llevaban encima, y siguieron por el camino las huellas que dejaron los prisioneros al huir, hasta que se acabó el rastro. Uno de los bandidos estaba gravemente herido de una pierna y no paraba de sangrar. No se quejó en todo el camino y con un gran dolor y mayor esfuerzo siguió el ritmo de sus camaradas.

—No son tan espabilados como se creen —dijo de pronto la joven en un tono macabro.

Su hermano se giró para mirarla y vio que tenía en las manos una venda manchada de sangre. Era la venda que llevaba Juan en la cabeza, ahora colgada de la rama de un árbol joven que se apartaba del camino.

—Necesito que hagáis un último esfuerzo, muchachos —arengó Michael a sus hombres en su idioma—. Hoy vamos a cazar hombres y, cuando regresemos, os prometo unas buenas y merecidas vacaciones. —Trataba de animarlos, a pesar de ser consciente de sus graves lesiones.

Con decisión, se internaron en la selva siguiendo el rastro de sangre que dejó uno de los fugitivos a su paso. Pero no sabrían a ciencia cierta si se trataba de ellos hasta que los encontraran, si es que los encontraban. El encapuchado que tenía la pierna gravemente herida se iba quedando rezagado a cada paso, a cada metro. Débilmente apoyaba su peso sobre su arma, que le servía de muleta, y avanzaba arrastrando los pies, dejando un reguero de sangre tras él. Tenía la piel pálida y el rostro sudoroso a causa del tremendo esfuerzo que le resultaba dar

cada paso. Poco a poco sus fuerzas le fueron abandonando y ni siquiera su apoyo fue capaz de resistir su peso. Cayó al suelo inmóvil, concentrado tan solo en esforzarse por seguir respirando.

—Uno que ya ha empezado las vacaciones —dijo Michael como advertencia al resto.

Vio cómo su compañero caía rendido, pero eso no pareció importarle. Lo ignoró y continuó encabezando la cacería, amenazando a sus hombres con que les sucedería lo mismo si no se esforzaban más.

Los tres fugitivos avanzaban a trompicones, su ritmo era mucho más lento que antes porque caminar por esa zona tan tupida era casi impracticable. Parecía que nunca ningún ser humano hubiese pisado aquella tierra. Esa situación le recordaba a José cuando tuvo que atravesar la selva en busca del *mapinguarí*, pero aquella vez no había personas armadas que los persiguieran, y eso le hacía avanzar con más presteza. La prisa nunca es buena y hace que quien actúa bajo su influencia cometa errores. Eso mismo le ocurrió al él cuando trataba de atravesar un pequeño cañaveral en lugar de rodearlo.

El suelo embarrado cedió bajo sus pies y se precipitó en un alto acantilado en cuyo fondo transcurría un caudaloso río de aguas bravas y marrones, que removía el lodo y las piedras del lecho con una fuerza tremenda. Cualquier cosa que entrara en ese torbellino sería triturada y convertida en más lúgamo para lecho del río.

Intentó agarrarse a cualquier cosa que tuviese a mano, pero todo estaba demasiado húmedo o podrido, debido a la constante humedad, y se le resbalaba o se rompía cuando lo tenía en las manos. De repente, se vio colgando en el vacío y levantó la vista para ver lo que le había salvado.

El capitán estaba tendido en el suelo con el rostro encendido por la fuerza que hacía al cargar con su peso. Y el anciano, sentado con los pies firmemente apoyados en la base de dos cañas, sujetaba al marinero por los tobillos. Tras una dura lucha con el intratable barro, el profesor consiguió llegar a tierra firme. Se tumbó boca arriba recobrando el aliento, intentando que el pulso retornara a la normalidad, tratando de asimilar que aún seguía con vida y agradeciendo, una vez más, que su amigo estuviera cerca.

Caminaron por el borde del barranco buscando la forma de bajar hasta el río. Allí sería más fácil ocultar su rastro y conseguir librarse de una vez por todas de sus captores. Seguramente no habrían cesado en su empeño por capturarlos de nuevo y menos aún después de lo sucedido. Si tropezaban y se precipitaban al vacío, la caída sería mortal; así que avanzaban con pies de plomo, vigilando cada paso que daban, asegurándose de que el terreno era seguro y estable.

Confiaban en que los dos seres que los ayudaron a escapar hubieran acabado

con los bandidos o que ellos mismos se hubiesen dado por vencidos y retirado a la fortaleza. Estaban empapados y los insectos, sobre todo los mosquitos, tampoco ayudaban a que su avance fuera agradable, ya que tenían que estar constantemente espantándolos para quitárselos de encima.

Cuando ya consideraban la opción de que ese acantilado fuera interminable y que la mejor opción para avanzar sería regresar al camino que unía el campamento de los ingleses con la pequeña playa, encontraron una estatua camuflada entre la espesura y recubierta de musgo. Se erguía sobre un pequeño saliente del borde y era muy difícil y peligroso acceder hasta ella. Se trataba de la figura de un hombre a tamaño real. No era la estatua de ninguno de los antiguos colonos que descubrieron estas tierras, no era la estatua de un explorador ni de alguien que hubiese conocido la civilización, tal y como la conocían ellos.

Se trataba de un hombre corpulento y fuerte. Iba descalzo y ataviado con algo parecido a un taparrabos y una especie de poncho abierto por la parte delantera, que le llegaba por debajo de las rodillas. Un gran y ostentoso casco le cubría el rostro, y el borde de la oreja izquierda estaba repleto de pequeños pendientes en forma de aro, proporcionándole así un aspecto demoníaco. Los tobillos y los brazos estaban adornados con brazaletes que simulaban tener joyas engarzadas. Un colmillo de dos puntas atravesaba la columela de su nariz y de ambas orejas colgaban dos grandes pendientes con forma de pequeñas patenas, igual que la pechera que le protegía el torso.

Sin ningún tipo de duda, un hombre así, en su época, debía de causar un gran respeto y temor, y más aún armado como estaba. Un rústico arco y un carcaj repleto de flechas se cruzaban en su espalda. En una mano llevaba agarrada una macana, el precursor de las porras, solo que en esta tenía una ligera modificación. En el extremo superior, a los costados y en forma de cruz, unas hojas de pedernal extremadamente afiladas hacían más poderosa su arma. En la otra mano sostenía firmemente una lanza tan alta como el propio guerrero.

—No puede ser —se sorprendió el capitán, intentando no gritar.

Se acercó con mucha precaución a la antigua estatua y frotó el casco enérgicamente con el puño de su camisa. Sin mediar palabra, hizo lo mismo en la pechera, los pendientes y los brazaletes.

—¿Qué ocurre esta vez? —preguntó el profesor con exasperación.

Se acercó a donde se encontraba su amigo y adoptó su mismo gesto de estupefacción cuando vio lo que su amigo no sabía expresar con palabras.

Tanto el guerrero, como su escasa ropa y sus armas, estaban esculpidas en piedra, con un realismo asombroso. Pero los ornamentos y alhajas eran de oro puro, y las simulaciones de piedras preciosas de los brazaletes, no eran simulaciones, se trataba de auténticas joyas. Juan sacó su pequeña esmeralda del

interior de su bota y la colocó junto a una de uno de los brazaletes. Eran exactamente iguales, salvo que la de la estatua estaba pulida, brillante y perfecta. Sonriente se volvió a guardar su basta piedra preciosa.

—Fijaos bien en su expresión. Parece que está mirando a aquella cascada, pero sus ojos apuntan hacia allí —señaló algún lugar entre las montañas más alejadas—. ¿Y a ti qué te pasa? —preguntó el profesor a Fernando, que parecía petrificado desde el momento en que se toparon con la estatua.

—Es el ídolo —se limitó a contestar, ojiplático y todavía inmóvil, con la vista clavada en el guerrero de piedra, repasándolo con la mirada continuamente de arriba a abajo.

—¿Ídolo? —respondió el capitán extrañado—. Vale que es una buena estatua, pero de ahí a que sientas admiración por ella...

—¡No, imbécil! —espetó el anciano, dejándolo con la palabra en la boca. El marinero lo miró con rabia—, es el ídolo del que os hablé. Le representación de un guerrero güeche, los mejores guerreros muiscas.

—¿Muiscas? —musitó el capitán—. Es nombre de comida para gatos.

Sus dos acompañantes lo miraron duramente una vez más, con agotamiento, sin saber si les estaba intentando tomar el pelo o si se había reencontrado con su peculiar sentido del humor en cuanto salió del campamento.

—Así se llamaba a los pueblos que vivían aquí antes de la colonización, ¿no es así? —Al profesor se le notaba nervioso, entusiasmado por volver a sentirse útil y dejar de ser un simple prisionero a la fuga, para volver a ser un explorador como todos los hombres de su familia.

—Bueno, no es exactamente así, pero más o menos. —En ese momento José parecía un niño que acabara de realizar con éxito una tarea complicada, estaba exultante.

Aunque su alegría no duró mucho tiempo.

De pronto, se oyó un disparo que hizo saltar todas las alarmas de los tres. Juan, que estaba en un precario equilibrio, observando todavía los detalles de oro de la estatua, estuvo a punto de resbalar y precipitarse al vacío. Se volvieron buscando el foco del sonido y se encontraron a los ingleses que sobrevivieron a la emboscada. Al parecer, a pesar de todos sus esfuerzos, consiguieron seguirles el rastro. Michael, sonriente, alzó el brazo y les mostró la venda que el capitán perdió en su huida.

—Muy hábil —le recriminó el profesor indignado.

—Muy hábil —repitió el anciano.

El capitán no pudo hacer más que poner cara de estupefacción y evitar mirar avergonzado y arrepentido a sus amigos.

Por suerte, el que había efectuado el disparo era uno de los bandidos con los

que no pudieron acabar sus rescatadores. Estaba herido, cansado y sus condiciones estaban gravemente mermadas. Bruscamente su líder le arrebató el rifle de entre sus débiles manos, lo apartó a un lado de un empujón y cargó de nuevo el arma. El profesor y Fernando ayudaron al marinero a salir del saliente donde se erguía la figura del güecha y se prepararon para una nueva carrera por salvar sus vidas.

A diferencia del bandido herido, Michael estaba en total plenitud de sus facultades y, además, era un experto tirador. Tenía a los prisioneros a unos cien metros de distancia, apoyó firmemente la culata de latón del rifle sobre su hombro, tomó aire lentamente un par de veces, apuntó a su objetivo aguantando la respiración y apretó el gatillo.

Todo ocurrió muy rápido, en cuestión de tan solo unos segundos. Los dos amigos se miraron el uno al otro, atónitos. Se palparon en busca de una herida de bala, incrédulos por seguir con vida, pero el joven secuestrador no había errado el disparo.

Cuando se disponían de nuevo a salir corriendo, se percataron de que faltaba alguien con ellos. El anciano estaba tirado en el suelo, intentando, en vano, coger aire con normalidad mientras se debatía entre la vida y la muerte. Pero en aquel lugar y en aquellas circunstancias, la pelea entre vivir o morir había acabado antes, siquiera, de empezar, y todos los sabían.

Juan, sin pensárselo dos veces, salió en busca del anciano, pero enseguida el maestro lo retuvo en contra de su voluntad. El capitán, desolado y furioso, intentaba librarse del agarrón de su amigo, pero este se aferraba con uñas y dientes, tratando de convencerlo para abandonar ese lugar. Elisabeth, que había permanecido hasta entonces en segundo plano, presenciaba la escena con una sonrisa perversa en los labios. No estaba fingiendo, parecía que la situación le divertía de verdad. A pesar de todo lo vivido con aquellos hombres, después de que le salvaran la vida en más de una ocasión y después de que el marinero le entregara sin condiciones todo su cariño, parecía que a ella le era indiferente el porvenir de los que ahora eran para ella unos prisioneros más.

Sabiendo que ahora nadie se estaba fijando en él, Fernando palpaba el suelo en busca de alguna piedra, palo o cualquier cosa que pudiera servirle como un arma improvisada. En un alarde de fuerza y coraje, se levantó asiendo con fuerza una piedra y se preparó para arremeter contra sus agresores. Corrió hacia los bandidos tan rápido como se lo permitía la herida de bala, que no paraba de hacerle sangrar el vientre.

—¡Corred! —ordenó el viejo explorador a sus dos nuevos amigos.

Ambos lo miraron atónitos al ver la proeza que pretendía realizar. Era impensable que alguien pudiera levantarse con semejante herida, y mucho menos

correr.

—Yo ya no tengo nada que hacer aquí, me he pasado media vida atrapado en ese ruinoso poblado. Confío en que vosotros hagáis realidad mi sueño y encontréis aquello que me costó mi libertad y mi vida. Recordad, el ídolo es la pista que indica que estáis cerca. —Miró por última vez al profesor y al capitán y, a pesar de su situación, les dedicó la más sincera de sus sonrisas, su última sonrisa —. Gracias por haberme hecho recordar quién soy. Gracias por permitirme dejar este mundo siendo libre.

Sin más, el malherido prisionero inició su ataque contra los encapuchados, pero apenas había comenzado a correr, Michael volvió a efectuar un disparo que acertó nuevamente en el torso del anciano. Fernando se detuvo en seco, un fino hilo de sangre se escapaba por la comisura de sus labios, se dejó caer sobre sus rodillas, clavándose en la tierra húmeda, y antes de desplomarse fue capaz, incluso, de intentar lanzar la piedra a los ingleses. Pero sus fuerzas ya le habían abandonado y cayó a poco más que su propio brazo de distancia, seguido por su cuerpo, ya sin vida.

Aprovechando que los secuestradores estaban entretenidos observando la hazaña del anciano, los dos amigos se dieron a la fuga de nuevo. Ya no podían verlos, tan solo eran bultos que movían las plantas en la distancia, así que salieron tras ellos otra vez. Ahora los disparos se multiplicaron, todos los bandidos disparaban a ciegas allí donde veían que alguna planta se movía de forma un poco más brusca de lo habitual.

Los disparos ya se escuchaban a más distancia, parecía que estaban dejando atrás a sus perseguidores. Corrían entre la maleza a toda velocidad y el barro los hacía caerse, pero se levantaban antes incluso de llegar a tocar el suelo. Arbustos y helechos les arañaban las piernas, pero eso no era nada en comparación con todo lo que habían sufrido o lo que les harían si los apresaban de nuevo. Las ramas más bajas de los árboles les golpeaban en el rostro y las hojas se les metían en la boca, pero no era motivo suficiente para amainar la marcha. Seguían corriendo y ahora tan solo se escuchaban sus pisadas y su respiración acelerada, pero aun así continuaron corriendo.

Cuando ya parecía que por fin los habían despistado y podrían buscar la forma de volver a Cartagena de Indias, sonó un último y único disparo. José, en cabeza, escuchó gritar a su amigo al ser alcanzado por algo. Se giró y pudo verlo caer por el barranco, directamente a las arremolinadas y peligrosas aguas del río. No le dio tiempo a reaccionar, se golpeó brutalmente en la sien con una rama, mucho más gruesa y pesada que todas las que se habían cruzado hasta el momento, y la oscuridad se cernió sobre él.

CAPÍTULO 48

Otro estallido de dolor le despertó de nuevo, parecía que su cabeza estuviera a punto de explotar. Con mucho esfuerzo y manteniendo una lucha constante por combatir el dolor, José consiguió incorporarse y ojear a su alrededor. Claramente no se encontraba en la cabaña del poblado en el que estuvo recluso tantos días. Esta cabaña, aunque no disponía de más mobiliario que la anterior, estaba bastante mejor construida, sin punto de comparación.

Las paredes eran de bahareque, una sucesión de cañas entretejidas recubiertas de barro. El techo consistía en pajas aseguradas sobre unas varas. Sin duda alguna, un alarde de maestría y artesanía, si se comparaba con la chapuza en la que tuvieron que alojarse durante su cautiverio. Para su sorpresa, la cama era asombrosamente cómoda. No era más que una estructura de cañas sobre la que había tendidas una profusión de espesas y tupidas mantas, algunas fabricadas a mano y otras hechas con pieles de animales. Ahora la punzada la sintió en el pecho, ese montón de mantas le recordó al lecho donde tuvo que pasar su primera noche en casa de Isabel. Unas pequeñas ventanas cuadradas colocadas en la parte superior de la pared, lindando casi con el techo, ventilaban la estancia y la iluminaban.

Todavía llevaba colgado al cuello el medallón que le acompañó desde el comienzo de su aventura. En esa estancia había otra cama idéntica a la suya, con las mantas revueltas y las pocas cosas que poseía Juan, la esmeralda y las botas, tiradas de cualquier manera, como si hubiese tenido que marcharse rápidamente de allí. De repente, se formó un alboroto en el exterior de la cabaña.

—Vale, vale, ya me voy. —Era la voz grave y ronca del capitán, parecía nervioso—. ¡Eh, tú! Aparta eso de mí. ¡Te he dicho que lo apartes! Como no dejes de apuntarme con eso, te juro que te lo voy a meter por el...

La puerta se abrió y entró el marinero, a trompicones, obligado por la punta de una lanza cuyo propietario no consiguió ver.

—¡Hombre! Por fin te has despertado —le saludó el capitán en cuanto vio que ya no estaba inconsciente.

—¿Dónde te habías metido? ¿Qué tal está tu pierna? —interrogó el profesor.

—¿Cómo? ¿Qué pierna?

—Tras aquél último disparo vi cómo caías... —Tenía sufrimiento en sus palabras, parecía afectarle ese recuerdo. Al fin y al cabo durante todo ese tiempo se comportaron como si fueran la única familia que tenían en el mundo, en cierto modo así era.

—No fue nada, la bala me dio de refilón y no me hizo más que un corte.

Como no te despertabas decidí ir a ver dónde estábamos esta vez —respondió con gesto inocente.

—¿Y dónde estamos? —José pareció despejarse repentinamente. Se borraron de su rostro todos los signos de congoja y volvieron las ganas de investigar y conocer.

—Créeme, esa gente es muy rara. —Hizo un gesto como si estuvieran locos.

—¿Pero dónde cojones estamos? —Se empezaba a impacientar.

—Si te lo dijera no me creerías, será mejor que te esperes para verlo con tus propios ojos. —El capitán se tumbó relajadamente en su nueva cama.

—Eres increíble, ¿piensas quedarte ahí tirado sin más? —José empezaba a escandalizarse y la respuesta del capitán no fue más que un movimiento de manos demostrando total indiferencia.

Se dirigió hacia la puerta y empujó con decisión, pero al abrirla alguien la cerró de otro fuerte empujón.

—¿Qué ha sido eso? —anonadado, miró a su amigo.

—Uno de esos guerreros —respondió sin más.

—¿Estás diciendo que nos han vuelto a capturar esos malditos ingleses? —se lamentó el maestro.

—No. Te estoy diciendo que hay unos guerreros en la puerta, que te amenazarán con una lanza si intentas salir —Volvió a decir con la misma intrascendencia.

—¿Guerreros, lanzas? ¿De qué estás hablando? Me estoy cansando ya de tus bromas. Ya comprobaste tú mismo que los seres de los que te hablé son reales, deja ya el juego.

Se volvió a dirigir hacia la puerta, pero esta vez no pudo abrirla, era como si hubiese alguien apoyado en ella por la parte de fuera. El profesor miró a su amigo, dio un resoplido y le imitó, tumbándose él también relajadamente sobre su montón de mantas.

Estuvieron tumbados todo el tiempo, no sabían cuánto había pasado, tan solo dejaban correr los minutos y las horas sin dormir, sin hablar, intentando escuchar lo que ocurría fuera de esa cabaña, pero no se oía nada. Era desesperante tanto silencio, no saber qué hora era y, mucho peor, empezar a escuchar a sus estómagos y no poder hacer nada por evitarlo. Finalmente unas pisadas, que fueron capaces de escuchar gracias al silencio sepulcral en el que se encontraban, se acercaron a la cabaña. La puerta se abrió y entraron dos hombres corpulentos de piel oscura, se parecían a la estatua del guerrero muisca que encontraron en el lugar donde falleció Fernando. Blandían sus lanzas hacia ellos y los amenazaban con gruñidos para evitar que se acercaran.

Cuando los guerreros estuvieron seguros de que esos dos hombres no iban a

hacer nada malo, uno de ellos hizo una señal y entraron dos mujeres, temerosas ante la presencia de los desconocidos. Una de ellas llevaba una bandeja con comida, frutas, verduras y carne, más que de sobra para los dos. La otra mujer llevaba una jarra llena de agua fresca y dos vasos. Ambas dejaron las cosas en el suelo, junto a la entrada, porque no se atrevían a acercarse más a ellos, pero una tuvo la valentía suficiente para lanzarles una fugaz mirada.

Ese acto, un acto aislado fruto de la casualidad que duró apenas unos segundos, despertó un pequeño brillo de esperanza en el corazón dolorido de Juan. La breve mirada de esa mujer se cruzó con la suya. Sus grandes ojos marrones lo atravesaron e hicieron que se olvidara por un instante de Elisabeth, de los encapuchados que los apresaron e incluso de su propio nombre.

Las dos mujeres salieron de la cabaña tan rápido como habían entrado. El capitán involuntariamente fue detrás de ella, pero la punta de la lanza de uno de los guerreros se interpuso firme en su camino. Tras separarse, estos se fueron y volvieron a dejar a solas a los dos amigos. El marinero de nuevo fue consciente de dónde estaba, de por qué estaba allí, y se le borró de la mente la imagen de esos ojos avellanados que lo cautivaron por un instante. De pronto regresaron los malos recuerdos que lo atormentaron días, semanas atrás.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el profesor al capitán con el ceño fruncido.

—Uno de esos guerreros —respondió pesadamente, mientras cogía la bandeja de fruta y la llevaba a la mesa—. Ya te lo he dicho antes. Y es una grosería que lo llames «eso».

—No me refiero al guerrero —dijo José con irritación—, lo de la mujer. Una sonrisa pícaro se dibujó en sus labios.

—No sé de qué estás hablando —respondió, tratando de disimular. Cogió la jarra y los vasos del suelo y los colocó sobre la mesa—. ¿Te vas a quedar ahí con esa sonrisa de tonto o piensas acercarte a comer algo?

El profesor volvió a sonreír, dando por zanjado el tema, y se dirigió a la mesa a comer junto a su amigo.

Zanahorias, cebollas y patatas asadas era la cama de un solomillo de ternera de casi un kilo, todavía estaba caliente. La fruta era la mejor que habían probado en sus vidas y el agua estaba fresca, como recién sacada de un manantial. Comieron hasta que no pudieron más y aun así les sobró comida en la bandeja. Si aquella gente también los tenía prisioneros, seguramente podrían incluso llegar a cogerle el gusto a estar allí. No tenía nada que ver con aquella comida del campamento que siempre sabía a tierra.

Cierto es que ese era su primer día y tendrían que estar preparados para cualquier contratiempo que pudiera avecinarse, pero no empezaba del todo mal.

—¿Eso es...? —dijo de repente el profesor, que ya estaba tumbado en la cama

para rebajar la comida—. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes?

—Y ahora qué —dijo el capitán una vez más, exasperado ante la incansable curiosidad de su amigo.

—Fíjate en los vasos que nos han traído —dijo sumido en sus pensamientos.

Cogió una copa, volcó el agua en el suelo y le dio vueltas ante sus ojos. Tanto la bandeja como las copas y la jarra eran de oro puro.

—¿Eso es...? —preguntó el capitán boquiabierto.

Su compañero asintió antes de que terminara la pregunta, observando todavía la copa sin cambiar su expresión de asombro.

—En serio, ¿dónde estamos? —insistió el profesor.

—No sabría decirte el nombre, pero sí sabría decirte de dónde han salido. — Juan hablaba con un halo de suspense a su alrededor mientras el maestro lo miraba fijamente, expectante, a la espera de la respuesta—. Me imagino que los habrán sacado de un enorme edificio de oro que presidía el poblado que hay más abajo.

—No vas a aprender a hablar en serio en tu vida —el profesor parecía abatido —, tendré que averiguarlo yo mismo.

—Ya te lo dije, no te lo creerás hasta que tú mismo lo veas —añadió Juan, relajadamente, acostado en su cama sin importarle lo más mínimo lo que pensara su amigo.

Después de volver a intentar abrir la puerta de la cabaña para hablar con algún miembro de esa tribu, y no conseguir nada, continuaron encerrados solos, tumbados cada uno en su respectivo montón de mantas y sin prácticamente nada de lo que hablar entre ellos.

Poco a poco, la luz que entraba por las pequeñas ventanas fue atenuándose hasta que se quedaron a oscuras. Una oscuridad rota tan solo por un leve brillo que se apreciaba a lo lejos de algo que parecían pequeños focos de fuego, tal vez unas hogueras. Pero en el interior de esa nueva habitación no les servía para gran cosa y acabaron quedándose dormidos por culpa del aburrimiento.

Los primeros rayos de sol iluminaban sus rostros, ya estaban despiertos en sus camas, en silencio, esperando saber algo más del lugar en el que los recluían. De todas las cosas que se imaginaron que podían sucederles en su expedición, aquello era lo más aburrido y lo menos esperado. Se revolvían en sus mantas, haciéndose los dormidos, con la esperanza de que fueran a despertarlos de la misma manera que hacían los ingleses en aquel campamento cochambroso asediado por *wendigos*.

La luz que entraba por las ventanas les indicaba que la mañana ya estaba bien avanzada y todavía no tenían noticia alguna del exterior. Una vez más, debería de ser ya mediodía, y la puerta de madera de la choza se abrió chirriante.

Nuevamente la punta de una lanza se asomó, seguida de un guerrero y luego otro guerrero lo siguió a este. Los apuntaron otra vez con sus rudimentarias armas para mantenerlos alejados de las mujeres que volvieron a llevarles comida y agua fresca, eran las mismas que el día anterior. El capitán buscó de nuevo los ojos de la mujer, que una vez más hizo detener el tiempo al cruzarse sus miradas. Aunque fue breve, el momento volvió a cautivarlo. De nuevo, abandonaron con presteza la estancia bajo la protección de los guerreros que los amenazaban para mantenerlos alejados de ellas.

La puerta volvió a dejarlos encerrados en ese aburrido, silencioso y solitario cautiverio. Volvieron a comer hasta saciarse, aunque esta vez sobró más cantidad de comida que el día anterior. Se recostaron en sus camas en busca de alguna manera de salir de allí o de un nuevo tema de conversación y entretener a sus oídos con algo más que el monótono canto de los pájaros.

CAPÍTULO 49

Cuatro días estuvieron los dos amigos confinados en el interior de esa solitaria aunque confortable cabaña, de la que no les estaba permitido salir. Era un lugar acogedor, tranquilo y la comida estaba realmente buena. Pero los días se hacían eternos, sin más cosas que hacer que mantener forzosamente algunas pequeñas conversaciones insulsas con su compañero. Durante esa media semana, la única visita que tuvieron fue la de las mujeres que les llevaban comida y agua una vez al día y la de los soldados que las escoltaban. Ni una sola palabra, ni un pequeño gesto, tan solo una fugaz mirada al marinero de una de las mujeres cada vez que les dejaba los víveres en la puerta.

Al quinto día entraron dos hombres, no eran los guerreros que acostumbraban a ver. Estos iban vestidos con unas camisas cerradas, tan largas que les llegaba hasta las rodillas, con una manta por encima. Caminaban descalzos, los tobillos los llevaban adornados con unas pulseras anchas y sencillas de hueso y en los brazos y las manos llevaban pulseras y manillas también de hueso. Cargaban cada uno con un barril lleno de agua que dejaron en la entrada de la cabaña, junto con una pequeña caja de arcilla y madera. Llamaron la atención de los compañeros con unos gruñidos, señalaron el agua, se taparon los orificios de la nariz y se volvieron a marchar sin decir nada. Una vez más el profesor intentó abrir la puerta pero ya había alguien apoyado en ella evitando que pudiera abrirla.

—Esto no huele a nada, parece agua normal y corriente —dijo el capitán que se había acercado a oler el contenido de los barriles, siguiendo las instrucciones de sus silenciosos visitantes.

—¿A qué quieres que huela? —preguntó confuso el profesor.

—Como el hombre ese ha hecho el gesto ese con la nariz... —intentó justificarse el marinero.

José se pasó la mano por el rostro a la vez que resoplaba irritado. Se acercó a la pequeña caja de arcilla, la abrió y descubrió una pasta densa y blanquecina en el interior, similar a la que extrajo él de los tallos de los juncos en aquella isla misteriosa al comienzo de su aventura. Mojó la punta de sus dedos en ese extraño emplasto y lo olfateó.

—Me da a mí que los que olemos mal somos nosotros y que el agua de estos barriles es para que nos lavemos —dedujo el maestro.

Juan ponía cara de aversión al ver cómo su amigo se acercaba a la nariz ese pálido unguento.

—¿Cómo va a ser para eso?

El capitán se acercó a uno de los barriles, puso las manos formando un cuenco

y cogió agua, acto seguido la sorbió y forzó un suspiro fingiendo que esa agua era la mejor que bebía nunca y se acurrucó sobre su montón de mantas sin decir nada.

—Esta pasta parece una especie de jabón. Sé que no sueles usarlo mucho, pero te prometo que no te hará daño.

Juan le envió una sonrisa irónica, le hizo un gesto de indiferencia con la mano y volvió a girarse recobrando su posición sobre la cama.

—No pienso restregarme esa cosa por el cuerpo. —Fue tajante y ni siquiera miró al profesor para hablarle.

Viendo la actitud de su amigo, José se olió a sí mismo, asintió y decidió utilizar lo que les habían llevado; unos días atrás, en el campamento de los ingleses, habrían hecho lo que fuera por poseer esa pequeña caja. Se desnudó sin importarle la presencia de su amigo, que lo observaba de reojo con indiferencia, tratando de pasar desapercibido. Dejó su ropa sobre la mesa y se mojó con el agua de uno de los barriles, con sus manos como única herramienta.

El agua parecía la misma que les dieron para beber. Estaba helada y el profesor fue con más cuidado con sus salpicones. Suspiraba cada vez que el agua tocaba su piel y sus pezones amenazaban con cobrar vida propia y salir despedidos de su pecho, pero eso no lo detuvo y siguió con su baño. El capitán, con menos disimulo que antes, se reía de su amigo, que miraba preocupado sus testículos, que parecía que quisieran desaparecer para no tener que soportar más ese helado castigo. José se untó el emplasto blanco en las manos y se frotó el pelo con él. Al esparcirlo, el jabón liberaba todo su aroma. Era un olor a naturaleza que le recordó por un momento al oscuro cabello de Isabel. Un olor a una mezcla de múltiples plantas de lo más agradable.

Cuando frotó bien el jabón por todo el pelo, se enjuagó la cabeza introduciéndola en el barril y frotándose efusivamente. Una vez eliminado todo el jabón, el cabello le quedó limpio, suave y con un frescor que era de agradecer en ese clima agobiante en el que solían encontrarse últimamente. Acto seguido se enjabonó todo el cuerpo concienzudamente y, mientras dejaba reposar ese unguento para que toda su piel absorbiera bien el olor, lavó también su ropa lo mejor que pudo. La extendió sobre la mesa para secarla y volcó el barril sobre su cabeza para quitarse todo el jabón. Se reflejaba satisfacción en su rostro, un gesto que él mismo se encargó de que viera su amigo, que se hacía el remolón en la cama, reacio aún a darse su baño.

A pesar de ser una cabaña amplia y haberse preocupado de asearse en un rincón, no pudo evitar que se formara un charco sobre el suelo de tierra y se embarrara toda la zona. Como no tenía nada mejor que hacer, se tumbó desnudo sobre su lecho de mantas. Sin esa capa de mugre a la que creía haberse

acostumbrado, sus mantas parecían más suaves todavía.

José apenas había terminado de vestirse y aún no le había dado tiempo a calzarse, cuando, de repente, se abrió la puerta y volvieron a entrar los dos guerreros y las mismas mujeres de siempre. Uno de los guerreros examinó los dos barriles y al encontrarse uno de ellos lleno, pasó la vista por los prisioneros. A simple vista podía distinguirse cuál de los dos era el que se había lavado. El guerrero, con el semblante más serio que ninguno hubiera visto nunca, agarró el barril sin esfuerzo, como si se tratase de un simple cubo de agua, y arrojó gran parte del contenido al capitán, que no se lo esperaba y se enojó. Una leve, tímida y casi imperceptible carcajada salió de la mujer cuya mirada lo cautivaba, aunque esta vez no tuvo tiempo de observarla. Captada la indirecta, el capitán se quitó la camisa, se agachó para coger un poco de ese supuesto jabón y con cierto reparo se lo restregó por el pelo, el rostro y el torso.

Esta vez fue ella la que se quedó mirando embelesada el cuerpo del marinero. Un cuerpo robusto, bronceado bajo el sol del océano y forjado por las inclemencias del tiempo en alta mar. De la misma manera que el sol, el mar y la soledad hicieron estragos en el cerebro de ese hombre, también prepararon su cuerpo para resistir casi cualquier cosa. Juan descubrió a la mujer mirándolo y le dedicó su mejor sonrisa, ella, abochornada, se sonrojó, cogió el barril vacío y se fue de nuevo dejando grabada su imagen en su mente.

Cuando terminó de asearse, la otra mujer retiró el barril y la caja que contenía el unguento y siguió a su compañera hasta el exterior. Esta vez los dos guerreros permanecieron en el interior de la estancia, cosa que les extrañó bastante. De repente, clavaron una rodilla en el suelo, bajaron la mirada y mantuvieron las lanzas en posición vertical, parecía una reverencia. Ambos compañeros se miraban entre ellos y aquello que estaba ocurriendo ante sus ojos. Entonces entró un hombre con paso solemne que hacía que hasta el silencio que allí reinaba se callara a su paso. Tuvo que agachar la cabeza al entrar en la cabaña para que las plumas que adornaban la corona de oro que llevaba puesta no se dieran contra el quicio de la puerta.

Era un hombre fornido que lucía con orgullo sus músculos y sus innumerables cicatrices. Su envergadura era tal que recordaba al tosco Arg, aunque ni de lejos podría hacerle frente al fortachón *mohán*. Sobre su pecho colgaba una mezcla entre collar y patena redondeada. Estaba hecha de oro y tenía una esmeralda redonda, pulida, brillante y perfecta, engarzada justo en el centro del colgante. Al igual que el guerrero de la estatua, este hombre llevaba una nariguera que le atravesaba el cartílago de la nariz. Se trataba de un discreto y delgado tubo de oro, mucho menos aparatoso que el que llevaba el guerrero de la estatua. Una especie de taparrabos o calzoncillos de pieles y una capa roja era toda la

vestimenta que llevaba puesta. Rematando su indumentaria, llevaba unos brazaletes y unas tobilleras de oro con incrustaciones de esmeraldas. Su cabello largo y negro ondulaba detrás de él a la misma vez que su capa, empujado por la brisa que se colaba por las ventanas.

El que parecía ser el jefe o, por lo menos, alguien importante en esa tribu, se quedó de pie, quieto, observando a los forasteros mientras sus subordinados seguían rodilla en tierra, en una reverencia que parecía no tener fin. Los dos amigos no sabían cómo dirigirse a ese imponente hombre. José humilló la cabeza en señal de respeto y Juan, que no tenía mucha idea sobre protocolo, comenzó a hacer una reverencia exagerada y ridícula. El profesor, avergonzado, dio un empujón a su amigo, que recobró la compostura. Sin decir una sola palabra, sin hacer ni un solo gesto, el hombre se dio media vuelta y salió de la cabaña.

Después volvieron a entrar las dos mujeres de siempre, cargadas una vez más con una bandeja repleta de comida y una jarra llena de agua fresca. El capitán continuaba con el torso al descubierto y su camisa estaba en el suelo hecha un ovillo y llena de barro. La mujer, después de repasar su cuerpo con la vista, volvió a mirarlo fijamente a los ojos. Ese forastero tenía algo que le inspiraba confianza y seguridad, pero a la vez tenía miedo y desconfianza hacia lo desconocido.

Por un momento el tiempo se detuvo, él la miraba a los ojos y ella lo miraba a él. En ese instante no existía nada más a su alrededor, entonces él le lanzó una sonrisa y el tiempo volvió a correr de nuevo. Esa sonrisa sacó a la mujer de su ensimismamiento. Bajó la mirada, avergonzada y sonrojada, y salió de la habitación junto con su compañera. Como dos sombras, los dos guerreros siguieron sus pasos y volvieron a dejar encerrados a los aventureros en su confortable y aburrida celda.

—¿Quién era ese? —preguntó el marinero.

El profesor seguía mirando la puerta fijamente, pensativo, y se limitó tan solo a encogerse de hombros. Rebuscó entre las mantas sobre las que dormía y sacó su lápiz y su cuaderno. Podía apreciarse que se había mojado y se había vuelto a secar, todas las hojas estaban manchadas y dobladas. Pareció no importarle, mientras pudiera darle uso, y empezó a dibujar al jefe de los guerreros antes de que la imagen se le borrara de la mente.

Más tarde, aún no se habían sobrepuesto de la visita anterior, recibieron una nueva. Como era costumbre, los primeros en irrumpir en la cabaña fueron dos guerreros. Al ver cómo sus prisioneros comían a una distancia prudente, clavaron automáticamente sus rodillas en el suelo en una nueva reverencia. Los dos amigos, sin dejar de comer, se miraron confusos.

—Tranquilos —dijo Juan con aires de grandeza y con la boca llena—, podéis

levantaros.

Los guerreros no se inmutaron lo más mínimo y el profesor le dio un empujón que casi lo desequilibra y lo tira al suelo. El marinero lo miró con dureza.

Por la puerta apareció un anciano. Era la persona más anciana que habían visto nunca, mucho más anciana de lo que ninguno se hubiera imaginado que podría llegar a ser una persona. No era mucho más alto que el chamán que liberó a Isabel de su maldición, pero al observarlo detenidamente revelaba que en su juventud fue un hombre grande y fuerte. Tenía la espalda curvada y le hacía parecer más pequeño de lo que en realidad era.

Sobre sus anchos hombros descansaba un poncho de terciopelo que le tapaba todo el cuerpo. En las piernas llevaba las tobilleras de oro que los aventureros se estaban acostumbrando a ver, solo que estas eran mucho más ostentosas que el resto y ocupaban gran parte de las pantorrillas. Los brazos los llevaba decorados con dos brazaletes parecidos a los del gran hombre que les visitó antes que él, y las orejas y la nariz estaban totalmente horadadas y repletas de pequeños aros y tubitos de oro. Sobre su cabeza descansaba una corona de oro, adornada con plumas de colores vivos de papagayos y guacamayos, mucho más aparatosa que la corona del hombre que entró antes que este.

Aparentaba ser un hombre frágil y curtido por el paso de ni se sabe cuántos años y multitud de batallas, tal y como como revelaban las cicatrices que remataban todo su cuerpo. A pesar de todo ello, ese anciano tenía algo en la mirada, algo que obligaba a tenerle respeto. El anciano miraba a los dos extraños fijamente y ninguno de ellos era capaz de adivinar si los miraba a ellos o estaba viendo algo más, además de sus cuerpos, dentro de ellos.

El profesor estaba boquiabierto, algo llamó su atención. Parecía estar fijándose en el bastón en el que se apoyaba el viejo jefe al andar. Consistía en un largo cayado de madera que habían lijado hasta dejarlo completa y perfectamente liso y suave. Una espiral de oro, con diminutos engarces de esmeraldas, ascendía por el bastón hasta topar con la figura que había colocada en la parte superior, también de oro, como si fuera una especie de estandarte.

—¿Y ahora qué? —pregunto el capitán con indiferencia, mientras comía, sin siquiera mirar al anciano desde que entró en la habitación—. ¿Quién eres tú?

José le propinó una colleja que lo hizo escupir lo que estaba comiendo. Juan miró a su compañero con furia, pero este caminaba lentamente hacia su nuevo visitante. Uno de los guerreros se levantó rápidamente para detener el avance del profesor, pero inesperadamente el anciano lo cogió por el brazo y el soldado se detuvo. Este no volvió a adoptar su posición de reverencia, permaneció de pie, vigilándolo en todo momento, reaccionando al menor movimiento. Tras una orden muda de su jefe se relajó de una vez.

—Disculpe, señor. —El profesor hizo una pequeña reverencia de nuevo, en señal de respeto hacia el anciano, a la vez que avanzaba hacia él—, ¿qué es eso? —preguntó señalando el emblema de la parte superior del bastón.

—¿Esto? —dijo el anciano, señalándolo con el dedo. El maestro asintió—. Esto es la chacana, emblema de nuestro pueblo. La escalera hacia lo más alto rodeando a Sua, nuestro dios Sol.

Sin decir nada, el profesor metió la mano por el cuello de su camisa, el guerrero que estaba de pie, protegiendo al anciano, blandió su arma una vez más. Entonces sacó el colgante que le había acompañado durante toda su aventura, el mismo que trató de ocultar a todo el mundo, y se lo mostró. Esta vez fue el anciano el que se quedó petrificado ante lo que estaba viendo. Hizo un gesto con la mano que tenía libre y tras una nueva reverencia, sus súbditos abandonaron la estancia y lo dejaron solo junto con los dos aventureros.

—Perdonad que no me haya presentado —dijo el anciano, extendiendo su mano hacia el profesor. El capitán, que continuaba comiendo, miraba expectante desde la distancia—. Mi nombre es Quemuenchatocha y soy el señor de esta aldea. —Sorprendentemente, ese anciano tenía una fuerza y una firmeza, como comprobó al estrechar su mano, impropias de alguien de su edad—. Por cierto, el hombre que ha entrado antes que yo era Chipaque, mi hijo, y también el capitán de los güechas. Disculpad sus modales, es algo serio e inflexible, pero es un líder excelente.

—Qué va, es un tipo bastante agradable —dijo el capitán, que se había vuelto a poner su camisa, completamente empapada y manchada de tierra.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó amablemente el jefe del poblado, pero con un fondo oculto, oscuro y amenazador.

—Nos hemos despertado aquí —respondieron los dos al unísono. Ambos se miraron divertidos.

—Estábamos escapando de unas personas que querían matarnos y hemos acabado aquí por accidente—añadió el capitán—. Por cierto, ¿dónde estamos?

—Este es el único pueblo con el que no consiguieron acabar tus antepasados —dijo con severidad, señalando a José.

En ese preciso instante sintió lo mismo que sentido a la mesa del *mapinguarí*, después de que quisiera matarlos. Él no tenía ninguna culpa de lo que les sucedió, ni siquiera había nacido, pero no pudo evitar sentir remordimientos por lo ocurrido. Al fin y al cabo, por lo que descubrió hasta el momento, el paso de su antepasado por esas tierras no fue precisamente de cortesía.

—Nos escondimos en este valle para que no nos masacraran como al resto de pueblos hermanos que ya perecieron. Tuvimos que pagar un precio muy alto por ello, dejamos atrás a familiares, amigos y seres queridos. —Su rostro denotaba

pesar. También el del maestro.

—Lo siento —susurró cabizbajo.

El viejo, con un semblante más amable, asintió conmovido.

—Volveremos a vernos pronto —dijo Quemuenchatocha, tras un momento de incómodo silencio.

Dio un golpe al suelo con su bastón y los guerreros que esperaban fuera abrieron la puerta para facilitarle la salida de la cabaña a su jefe. Una vez más se quedaron solos y encerrados sin poder salir.

Viendo que no iban a recibir más visitas, por lo menos por el momento, terminaron de comer y siguieron con su rutina habitual. Dar vueltas por el interior de la cabaña, pequeñas conversaciones sin un tema del que hablar en concreto, largos ratos de silencio tumbados en sus respectivas camas y tratar de escuchar lo que ocurría en el exterior, que, como siempre, no era más que un silencio roto por el canto esporádico de algún pájaro.

Una vez más llegó la noche, y con ella la incertidumbre de un nuevo día. Los dos amigos se tendieron sobre sus cómodos montones de mantas a ver pasar el tiempo hasta que el sueño se adueñara de ellos. Como cada noche, ese sueño tardaba en llegar más de lo esperado, necesitaban salir como fuera de esa cabaña o el aburrimiento constante acabaría haciéndoles perder el juicio y, según pensaba el profesor, ese día no estaba tan lejos para su amigo.

CAPÍTULO 50

Al día siguiente, el amanecer los encontró de la misma manera que todas las mañanas: despiertos en sus respectivas camas y dando vueltas en ellas deseando que cada pequeño ruido que escuchaban fuera el anuncio de una nueva visita. El capitán anhelaba ver de nuevo los ojos de esa mujer que cada día les llevaba la comida, y el profesor deseaba conocer más sobre aquel lugar y las gentes que lo habitaban. Apenas quedaba espacio libre en su libreta de notas, pero eso no le importaba, tenía que apuntarlo todo. Con toda la información que había recopilado, casi podría escribirse un libro.

A mediodía, después de una eterna, aburrida y solitaria mañana, la puerta de la cabaña se abrió de nuevo. Esta vez los soldados no entraron, sino que vigilaban desde fuera, junto al marco de la puerta. Las dos mujeres de siempre entraron con la ración de comida y agua para todo el día y, cuando el capitán buscaba de nuevo la unión entre su mirada y la de la bella mujer, el jefe Quemuenchatocha entró en la habitación provocando el sometimiento de la joven y llamando la atención del marinero.

—*Ipqua* —dijo el señor del poblado, en un tono cariñoso a las dos mujeres, a la vez que le acariciaba delicadamente el pelo a una de ellas.

La mirada del anciano se clavó directamente en Juan al ver cómo este no le quitaba la vista de encima a esa joven. Al pasar por su lado, la mujer hizo una pequeña reverencia y se fue junto a su compañera rápidamente y en silencio, como solían hacer. Cuando las dos mujeres se marcharon, el anciano volvió a tomar un aspecto más amigable y relajado.

—¿Quiénes son esas dos mujeres? —se interesó el capitán.

La mirada del anciano se endureció de nuevo. Casi se arrepintió en el acto de haber formulado aquella pregunta.

—Son las que os están manteniendo con vida mientras yo decido si sois mis prisioneros o mis invitados. —El jefe habló claro, los rostros de los dos amigos se quedaron desprovistos de emociones y se miraron el uno al otro, con tal de desviar la vista.

—¿Y qué tendríamos que hacer para que no nos viera como enemigos? —interrogó José, claramente preocupado.

—A menudo vendré a hablar con vosotros. —El Señor se acercó a la mesa y se puso a picotear algo de fruta mientras hablaba con sus huéspedes—. Necesito conoceros más, saber si sois de fiar y conocer vuestras intenciones.

Esto último lo dijo mirando con el ceño fruncido al capitán. ¿Tendría algo que ver la atractiva joven con el señor del poblado? A simple vista no era más que

una sirvienta.

—A eso te puedo responder ahora mismo. Nuestras intenciones no son más que cometer, por desgracia, un error tras otro —se apresuró a responder Juan nervioso y alterado. El rumbo de la conversación lo abrumaba—. Lo que nosotros pretendemos es salir de aquí, volver a Cartagena de Indias y poder descansar tranquilamente de una maldita vez.

Por un momento no supieron si lo que le pasaba al anciano era que le costaba respirar, si le sobrevino un pequeño ataque de tos o si trataba de reprimir la risa. Un momento después lo supieron.

—Podréis vivir aquí como invitados o como prisioneros —el semblante del anciano volvía a ser serio e impertérrito—, pero este valle, nuestro pueblo, mi reino, ha estado oculto durante casi cinco siglos, así que, que os marchéis de aquí no es una opción posible.

El profesor fue a decir algo, pero las palabras se atascaron en su garganta. El capitán intentaba mirar al anciano, pero tenía la vista perdida y los ojos vidriosos, por primera vez desde que se conocían podría decirse que el capitán estaba asustado de verdad.

Dada por finalizada la primera de sus conversaciones, el anciano agarró una manzana de la bandeja de comida de sus invitados, le dio un mordisco, la volvió a dejar casi entera, junto al resto, y con una sonrisa malévolamente les dio la espalda, para acto seguido marcharse de nuevo. Los dos amigos continuaban inmóviles cuando abandonó la cabaña. Después de la conversación, por llamarlo de alguna manera, a ninguno de los dos les quedaba hambre para seguir comiendo, así que decidieron tumbarse en las camas y reflexionar sobre las palabras del anciano. Por primera vez desde que estaban en aquel extraño pueblo, no les apetecía salir de la cabaña. Tan solo podían imaginarse a decenas de esos guerreros armados con sus lanzas, dirigiéndose hacia ellos, tratando de capturarlos por haber invadido sus tierras escondidas.

La noche llegó sin que se dieran apenas cuenta, el sol ya se había escondido y una tenue luz anaranjada y danzarina, proveniente de distintas antorchas situadas por el poblado, entraba débilmente por las pequeñas ventanas. Como no era de extrañar, esa fue otra noche larga, aburrida y solitaria, otra de tantas. Pero ahora se encontraban con el añadido de que tenían que hacer todo lo posible por agradar a Quemuenchatocha y tratar, como fuera, de que su estancia en aquel lugar no fuera permanente, tal y como les advirtió en su última visita.

No podían permitirse quedarse allí, José tenía una mujer que lo esperaba sola en medio de la nada, deseosa de sentirlo de nuevo y de poder vivir su amor los dos juntos. Por su parte, Juan, a pesar del mal trago pasado por culpa de Elisabeth, se sentía un hombre nuevo. Volvía a tener amigos, personas que se

interesaban por él y por las que preocuparse, se sentía de nuevo un joven y apuesto aventurero y sobre todo, y lo más importante, había vuelto a darle una oportunidad al amor, incluso habiendo sufrido todo cuanto le ocurrió.

Un día más, después de comer, apareció el señor del poblado. Tras entrar en la cabaña cerró la puerta para tener mayor intimidad, dejando a sus guerreros al otro lado. Se sentó sobre una de las camas de sus huéspedes y dio unas palmaditas en la de enfrente como señal de una invitación para que se sentaran con él. El hombre tenía un rostro simpático y pensativo, había decidido darles una oportunidad a los dos aventureros que aparecieron de repente en sus dominios. Pero, a la vez, estaba preparado para enfrentarse a cualquier contrariedad que pudiera presentarse.

—Bueno, contarme quiénes sois vosotros dos —les pidió, siendo sus amables palabras casi como una orden.

Los dos amigos se aturullaron, tratando de responder al unísono. El señor sonrió y trató de poner orden.

—A ver, tú mismo —señaló al capitán, que asintió muy serio.

—Mi nombre es Juan Suárez y nací en el mar, concretamente en el barco de mi padre. Un día, cuando aún no era más que un niño me obsesioné con encontrar un tesoro del que hablaban en las leyendas para ayudar a mi familia. Una familia que acabé perdiendo por dedicarle todo mi tiempo, durante muchos años, a dicha búsqueda. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, ya me había convertido en un borracho, sin familia ni amigos, que surcaba los mares sin un objetivo en la mente, sin un rumbo fijo, tan solo vagaba por ahí para demostrarme a mí mismo que una parte de mí todavía seguía viva. —Los ojos se le llenaron de lágrimas que se esforzó en contener—. Pero gracias a él, a su hambre de conocimientos, a su necesidad de conocerlo todo y a sus ganas de correr aventuras, ahora soy un hombre completamente distinto. —Puso una mano sobre el hombro de su amigo, con los ojos todavía vidriosos—. Hemos sufrido enfermedades, hemos pasado hambre, frío y miedo. Nos hemos enfrentado a un jaguar, nos han secuestrado y hemos conseguido escapar, gracias a unos personajes salidos de las leyendas. La verdad es que en mi vida he vivido tanto y tan intensamente como con este hombre. Me he enamorado y he sufrido las consecuencias del desamor, he hecho amigos que se han convertido en enemigos y enemigos que se han hecho mis amigos. Y no me arrepiento de nada, volvería a vivirlo todo de nuevo porque todo eso, además, me ha hecho ganar un hermano.

Estas últimas palabras las formuló entre sollozos. El profesor miraba emocionado y agradecido al capitán. El anciano asentía satisfecho, parecía contento.

—¿Y tú? —preguntó el jefe, señalando con la cabeza a José, sin dejar tiempo

para que se serenaran.

El profesor respiró hondo y se liberó de la emoción acumulada.

—Yo me llamo José López de Santillán, en honor a mi tatarabuelo. En España yo era profesor de Historia en una universidad. Pero la historia no siempre es exacta, a veces puede parecer confusa y está llena de mitos y leyendas que, al fin y al cabo, no son más que historias inciertas y modificadas por el paso de los años. Como profesor, mi trabajo es saber de lo que hablo y siempre he estado intentando ampliar mis conocimientos sobre el mundo, por eso decidí investigar leyendas y si es verdad lo que se cuenta en ellas —contaba el profesor con orgullo hasta que fue interrumpido.

—¿Cómo decidiste la leyenda por la que ibas a empezar esa búsqueda? —preguntó el anciano.

Parecía extrañamente interesado por la historia de José, aunque su mirada delataba que tenía alguna información que se estaba guardando para sí mismo.

—A pesar de leer muchos libros y manuscritos, en fin, cualquier cosa que me pudiera ayudar a encontrar fuentes fiables de algunas leyendas, yo ya sabía cuál era la primera que quería investigar. —El maestro ponía un aire misterioso a sus palabras—. Mi madre me contó una vez una historia sobre algo que le pasó al abuelo de su abuelo, algo increíble. Nadie se creyó nunca esa historia, nadie menos yo, al fin y al cabo, era mi madre. El resumen de todo esto es que mientras él y yo lo buscábamos, hubo un giro en mi viaje que me llevó directamente al corazón del Amazonas. En esa nueva aventura me enamoré de una mujer maldita que no creía en el amor. Tratando de quitarle la maldición, nos cruzamos toda la selva junto a un duende y un gigante en busca de un anciano que se convierte en oso. Más tarde nos secuestraron y cuando estábamos escapando de esas personas, aparecimos aquí. —El profesor tenía una actitud altiva y heroica.

—¿Me estás diciendo que el ciervo y el oso que nos rescataron de los ingleses eran de verdad amigos tuyos? —preguntó el capitán. José lo miró de reojo y asintió vagamente.

—¿Así que conociste a un *mapinguarí*, un *chullachaqui* y un *mohán*? —El señor de la tribu estaba completamente sorprendido.

Normalmente esas criaturas usan a los humanos, juegan con ellos para divertirse, los utilizan y luego desaparecen. Parecía impensable que pudieran llegar a entablar amistad con ellos.

—Sí, por decirlo de alguna manera, nos hicimos amigos —contestó contento el profesor.

—¿Así que los *mohán* siguen con vida? —musitó para sí mismo el anciano, como haciendo una reflexión en voz alta.

—Sí, por lo menos uno —contestó el maestro al escucharlo hablar—. ¿Acaso

debería estar muerto? —interrogó.

—Hace mucho tiempo, cuando yo no era más que un muchacho que empezaba a blandir una lanza, mi gente y los *mohán* eran enemigos acérrimos —recordaba el jefe de la aldea estos momentos pasados con un tono de voz al que era imposible no prestar atención. Era la voz de la historia misma—. Esos gigantes peludos, apestosos y sin modales, secuestraban a nuestras mujeres. Algunas veces volvían a los pocos días, otras veces tardaban semanas, meses o incluso años y otras veces no volvían. Poco a poco, los güechas, fueron acabando con ellos y, con ello, trajeron la paz de nuevo a nuestros poblados.

—¿Qué son los güechas? —preguntó el capitán, que por primera vez parecía interesado en aprender algo nuevo.

—¿Querrás decir quiénes? —corrigió el anciano con amabilidad—. Son nuestros mejores guerreros, seleccionados entre los mejores hombres, sin distinción entre clases sociales. Da igual donde hayan nacido o el dinero que tengan, todos los güechas son iguales, valientes guerreros al servicio de su pueblo.

—Pues menos mal que no mataron a todos los *mohán* porque, Arg, la verdad, es que me fue de gran ayuda en mi aventura, de hecho me salvó la vida —dijo el maestro.

—¿Arg? —preguntaron el anciano y el capitán al mismo tiempo.

—Sí, así es como le llamamos, ya que no habla. Lo único que hacía para comunicarse con nosotros era gruñir y gesticular —explicó José— y, por cierto —miró inquisitivamente a Quemuechatocha, que le devolvió la mirada—, no es malo, a mí... A la mujer que me acompañaba, Isabel, también la secuestró, como hacían con vuestras mujeres, pero después de pelearnos con él, descubrimos que lo único que quieren es compañía, un amigo.

—¿Y por qué solamente se llevan a las mujeres? —se interesó el anciano, sorprendido porque un forastero pudiera enseñarle algo acerca del Amazonas, su hogar, que él no supiera.

—Cada vez que se acercan a alguien intentando entablar amistad, huyen despavoridos o bien les atacan, amenazados por su tosco aspecto. —El jefe asentía, concentrado en las palabras de su huésped—. Bien, con el paso de los años, estos seres, aparentemente torpes y sin inteligencia, han aprendido a fabricar unas flautas encantadas hechas con los huesos de una especie de garza pequeña, la tanrilla, cuya música atrae a las mujeres como si estuvieran hipnotizadas.

—¿Así que saben cómo fabricar flautas con las patas de una tanrilla? —dedujo el anciano, como hablando para sí mismo, rascándose pensativo la barbilla. El profesor asintió.

Sin decir nada más, aparentemente pensativo todavía, sorprendido por las revelaciones, el jefe del poblado se levantó del montón de mantas y se marchó de la cabaña, dejando a los dos amigos a mitad de la conversación. Ambos se miraron tratando de repasar sus palabras para encontrar una explicación a la repentina marcha del anciano, pero ninguno la encontró.

Nuevamente, tras una larga, silenciosa y solitaria tarde, llegó la noche y con ella el sueño de los viajeros, que tenían la esperanza de una nueva conversación al día siguiente.

CAPÍTULO 51

Como todos los días, a mediodía, la puerta de la cabaña se abrió, de nuevo, sin previo aviso y acto seguido entraron los dos guerreros que precedían y protegían a las mujeres que portaban agua y comida para los prisioneros.

—¿Tú eres un güecha? —preguntó el capitán a uno de los soldados.

Intentó estirar una mano para ponerla sobre su hombro, pero el guerrero la esquivó y le amenazó con la afilada punta de su lanza.

—¿Güecha? —repitió, esta vez señalándolo desde cierta distancia.

El nativo miró a su alrededor hasta que se dio cuenta de que el prisionero se estaba dirigiendo a él.

—Güecha —acabó diciendo el guerrero en un tono solemne, orgulloso y dándose un golpe con el puño en el pecho.

La obsesión de Juan por aquella mujer, la que entraba en su cabaña todos los días, acabó convirtiéndose en un ritual, un baile de miradas, un cúmulo de sentimientos reprimidos por parte de ambos, que se instaló en su pecho y le aprisionaba a cada bocanada de aire cada vez que se encontraba en su presencia. Era una atracción tal que la echaba en falta sin haberla tenido, pero los guerreros que la protegían estaban siempre demasiado pendientes como para poder hablar con ella.

Cierto día, después de comer, fue a visitarles de nuevo Quemuenchatocha.

—Háblame de tu colgante —le pidió al profesor del mismo modo que solía pedir el resto de las cosas, haciendo que pareciera una orden a la que era imposible negarse.

La pregunta le pilló por sorpresa. Y balbuceó torpemente antes de poder decir alguna palabra correctamente.

—Me lo encontré en una pequeña isla en mitad del mar —resumió el maestro.

—¿En qué isla? —volvió a preguntar el jefe de la tribu con celeridad.

—No lo sé, al principio de mi viaje decidimos hacer un alto para estirar las piernas y esa isla nos llamó la atención. En ella encontré un pequeño cofre que contenía este medallón y un trozo de un manuscrito. —Se llevó la mano al cordón que le rodeaba el cuello—. Más tarde, Juan quiso volver a la isla para investigar más a fondo, pero fuimos incapaces de volver a encontrarla.

—Has hablado de un manuscrito en el mismo lugar donde encontraste el medallón. —El anciano hablaba pensativo, concentrado, con la vista fija en el profesor, pero sin llegar a mirarle directamente, intentando buscar las palabras adecuadas en su cabeza—. ¿Recuerdas lo que había escrito?

—«El tesoro, guardado por las almas que perecieron junto a él, lo protegerán

de aquellos que lo quieran para ganar fama y dinero, a costa de remover los cimientos de la historia» —recitó las palabras de la nota como si estuviera leyéndola, la había leído y estudiado tantas veces que se la acabó aprendiendo—. Estaba escrito por un tal Edward Teach.

—Solamente dos personas antes que vosotros consiguieron encontrar este lugar. —El semblante del anciano cambió por completo—. El primero fue un temible bucanero que destruyó el poblado para llevarse todo nuestro tesoro, Barbanegra se hacía llamar. Por suerte, Bachué consiguió mantenernos a nosotros, su tesoro máspreciado, ocultos y en secreto de nuevo. —Estaba muy serio, como si aquello hubiese ocurrido poco tiempo atrás.

«Bachué, así se hacía llamar aquel tipo de la fortaleza», pensó el profesor, recordando a aquel desconocido prisionero. «Un hombre que...»

Pero fue demasiado tarde para contarle lo del prisionero que se hacía llamar como, lo que parecía ser, una de sus deidades. El anciano lo interrumpió prosiguiendo con su relato.

—El segundo fue un explorador al que le tuvimos que dar gran parte de nuestro tesoro para que no nos aniquilara. Para esa gente, nuestro tesoro no es más que un montón de piedras con un gran valor, pero para nosotros es algo más. Nosotros las intercambiamos por herramientas, por medicinas o por alimento para nuestros animales. También, parte de ese tesoro es el tributo que hacemos a nuestros dioses para que sigan velando por nosotros.

—Pues por todo lo que nos ha contado solo puedo decir dos cosas —el capitán estuvo completamente concentrado todo el tiempo, parecía que había llegado el momento de aportar algo útil a la conversación—: o los dioses que protegen la aldea no les hacen mucho caso o tienen que empezar a pensar en cambiar ese tributo que se les hace.

El jefe del poblado le lanzó una mirada que casi hubiera preferido que se levantara y le golpeará con su bastón. Juan enmudeció en el acto.

—¿Cómo es que habla tan bien mi idioma? —atajó José.

Parecía sospechar algo.

—Al principio ese hombre, el explorador, llegó aquí como vosotros, magullado, desconcertado y por casualidad. Nosotros le dimos comida, le dimos cobijo, le curamos sus heridas y hasta que no estuvo recuperado del todo permaneció aquí, con nosotros. A mi abuelo, entonces el jefe del poblado, le cayó bien y pasaban el día entero juntos y a mí, que era tan solo un niño, me enseñó a hablar vuestro idioma. Cuando José se recuperó del todo, decidió marcharse y, para despedirlo, mi padre montó una fiesta por todo lo alto. Al fin y al cabo acabó convirtiéndose prácticamente en uno más de la tribu, solo que con la piel clara. —El profesor se quedó perplejo al escuchar su nombre en la historia del

anciano, su nombre, el mismo nombre que el de su tatarabuelo—. A los pocos días de haberse marchado, regresó, pero no lo hizo solo, esta vez vino acompañado de todo un ejército de hombres armados y protegidos con armaduras. Enviamos una pequeña escaramuza para comprobar sus defensas, pero nuestros hombres no tuvieron nada que hacer frente a semejante cantidad de conquistadores. Fue entonces cuando tuvimos que pagar por nuestra salvación. Nuestras arcas se quedaron prácticamente vacías y nuestras joyas, nuestro principal objeto de comercio, se esfumaron junto con ellos. Pero, al menos, seguimos con vida. —El señor del poblado tenía un brillo de rabia e impotencia en los ojos, como si estuviera reviviendo aquel momento—. Una vez más, Bachué y Sua lograron detenerlos, pero nuestro tesoro se perdió, junto con los que nos lo arrebataron. La mayoría de los heridos murieron y sufrimos varios años de hambruna y escasez por no poder realizar nuestros tributos.

—Quemuenchatocha —el anciano se sorprendió al escuchar su nombre, ya que casi nadie de la tribu lo llamaba de esa forma—, ¿quién es esa Bachué? —preguntó el profesor, muy serio.

El jefe del poblado sonrió.

—Es la madre de nuestro padre y a la vez la madre de todos los muiscas. ¿Por qué lo preguntas?

—En ese sitio en el que estuvimos prisioneros, había un hombre que se hacía llamar de ese modo y lo mencionaba en lo que parecían ser predicciones. —El semblante amable de Quemuenchatocha se esfumó y volvió a ser la de un hombre interrogando a sus cautivos.

—¿Cómo era ese hombre? —Tuvieron tal fuerza sus palabras que José, por un momento, no se atrevió a responder.

—Pues no pude fijarme bien. A ver... —se rascó el mentón pensativo—, tenía el pelo largo, la barba larga y estaba muy delgado.

—¿Cómo iba vestido? —insistía el viejo.

Parecía estar juntando o atando cabos sobre algo que llevaba un largo tiempo meditando.

—Creo que era el más andrajoso de todos. Tenía la ropa tan destrozada que iba prácticamente desnudo. —El maestro estaba confuso. ¿Por qué tanto interés por ese hombre al que apenas había visto tres veces de pasada?—. ¿Acaso lo conoce? —inquirió.

—¿Escuchasteis que dijera algo extraño? —El anciano ignoró su pregunta y continuó con su particular interrogatorio.

El profesor miró a su amigo para que le ayudara con la respuesta, pero estaba tan confuso como él.

—Para conseguir salir de la fortaleza, les dijimos a esos ingleses que

encontraríamos un tesoro en el mar, así tendríamos una posibilidad de escapar — se apresuró a decir Juan, tras un breve y tenso silencio—. Recuerdo que apareció ese hombre y dijo que no era seguro ir, o algo de eso.

—Sí, es verdad —José parecía haber encontrado la respuesta adecuada—, el sol se vuelve negro y el espíritu de los árboles gime. La amistad se rompe y el cielo revienta. Un vientre se abre hacia el cielo sin estrellas y vomita llamaradas de veneno. —No parecía muy satisfecho de su respuesta—. No lo recuerdo muy bien, además todo fue muy rápido y confuso, pero era algo parecido a eso. ¿Pero qué pasa con ese hombre?

Quemuenchatocha parecía abatido y tenía la cabeza agachada. Hubieran apostado que lo hizo para ocultar unas lágrimas, pero cuando alzó la vista de nuevo volvía a tener el mismo semblante serio de antes.

—Ese hombre se llama Meicuchuca. Hace algún tiempo fue el hombre que se encargaba de cambiar en la ciudad las joyas por aquello que nos hiciera falta. Pero hace ya muchos años que partió y no volvió a regresar. Todos asumimos su muerte y celebramos que se reuniría con Sua en el reino de los dioses. —Volvió a perder la vista en algún recuerdo y se sumieron en un tenso silencio.

—¿Y no sabes el motivo por el que ese hombre al que acogisteis, el explorador, traicionó a su pueblo? —se interesó el capitán, afligido tras escuchar la historia.

El maestro se giró hacia él sorprendido, últimamente estaba más curioso que de costumbre.

—Dijo que por fin había logrado encontrar el ansiado Dorado y no iba a dejar escapar la oportunidad. —Los ojos de los dos amigos se abrieron como platos—. Yo no entendía lo que quería decir, yo era tan solo un niño y él era mi amigo, como un hermano mayor. Pasados unos años supe que era así como su gente llamaba a mi pueblo.

Una vez más el anciano miró con rabia al profesor, pero se calmó rápidamente.

—¿Así que este sitio es El Dorado? —quiso asegurarse el maestro, pensativo.

—Bueno, así lo llaman los forasteros, o lo llamaban, mejor dicho. Llevamos muchos años de paz y no voy a permitir que eso cambie —advirtió el anciano mirándolos a ambos.

Una sensación extraña que se manifestó en forma de escalofrío los obligó a desviar la mirada de la del viejo una vez más.

—Ese hombre de la historia que acaba de contarnos, ¿no se llamará por casualidad José Fernández de Santillán? —ahondaba aún más el profesor en su peculiar investigación.

—Sí, exacto, ese era su nombre —respondió el anciano efusivamente, como quien lleva mucho tiempo intentando acordarse de algo y de repente le viene a la

mente—. ¿Pero cómo es posible que tú conozcas ese nombre? Eso pasó hace mucho tiempo, mucho antes de que tú siquiera fueras concebido —añadió confuso.

—Ese hombre que robó, amenazó y traicionó a su pueblo... —José hablaba cabizbajo y con un tono de pesar en su voz— es mi tatarabuelo. El hombre de mi historia, cuyo barco se hundió y su tesoro fue tan codiciado. —El rostro del anciano palideció y el capitán lo miró asombrado.

—Sabía que hacía bien en manteneros aquí recluidos. —El jefe de la tribu estaba claramente enfadado.

Se levantó del montón de mantas sobre el que estaba sentado y se preparó para marcharse, pero la voz del profesor lo detuvo.

—¡No! —El maestro se levantó también, de un salto, y agarró a su anfitrión por el antebrazo.

El anciano se quedó perplejo al observar cómo lo agarraba la mano de su prisionero. José, al darse cuenta de lo que acababa de hacer palideció y lo soltó de inmediato.

—No me he recorrido medio mundo para coger un puñado de piedras preciosas o un pedazo de oro. —Cogió uno de los platos en los que las mujeres les llevaban la comida y lo lanzó al suelo como quien tira un pedazo de papel sucio—. Yo no soy ningún ladrón. Si consigo algo de eso por el camino, obviamente no le voy a poner ninguna pega, pero no es a por eso a por lo que yo he venido desde tan lejos.

El anciano pareció tranquilizarse y se sentó en el mismo lugar de antes. El profesor hizo lo mismo y el marinero los observaba a ambos, estupefacto, desde su rincón de la cama.

—Te creo, me fio de ti —dijo el señor del poblado, asintiendo suavemente—. Te pareces a él, a tu tatarabuelo, pero tu espíritu es otro. Sois bienvenidos a mi pueblo.

El anciano se levantó, puso una mano sobre el hombro del profesor y le sonrió. Le lanzó una mirada también a Juan, que esperaba sentado ajeno a la conversación, y se dirigió hacia la puerta.

—Le estamos realmente agradecidos, pero tenemos que marcharnos —se apresuró el profesor, levantándose rápidamente de la cama, dispuesto a marcharse de una vez por todas y volver a estar junto a Isabel—. Nos reclaman unos asuntos en...

—He dicho que sois bienvenidos, no que vayáis a salir de aquí —le interrumpió el jefe de la tribu.

Se detuvo bajo el quicio de la puerta y volvió a sonreír. Cuando terminó de hablar se marchó cerrando la puerta tras él. Los dos amigos se miraron confusos.

El capitán, que no acababa de creerse lo que acababa de escuchar, se lanzó hacia la puerta desesperadamente a sabiendas de que iba a encontrarse el peso de un hombre apoyado en ella. Pero esta vez no lo había, la puerta se abrió con facilidad y él acabó de bruces en el suelo, por fin había conseguido salir de esa cabaña.

Alzó la vista y vio cómo se alejaba el anciano, pero cuando se levantó, algo hizo que se detuviera en seco. Los dos guerreros que escoltaban siempre al señor al interior de la cabaña eran los guardianes encargados de que no salieran de allí ninguno de los dos. Ambos blandieron sus lanzas e hicieron recular al marinero que, en una especie de reverencia, fue metiéndose en la cabaña, cerrando él mismo la puerta al entrar.

Una vez más llegó la noche, llena de incertidumbre y preguntas sin responder. Pero no dejó de ser una más entre tantas, oscura, silenciosa y solitaria. A la mañana siguiente ocurrió algo que los dos amigos no vivían desde que estuvieron apresados en el campamento liderado por Michael.

CAPÍTULO 52

A primera hora de la mañana alguien entró en la cabaña para despertarlos. El chirriar de la puerta les sacó de lo más profundo de su sueño y luego un destello de luz, que aún dormidos los dejó cegados, terminó desvelándolos por completo.

—Quemuenchatocha os espera. —Fue el escueto mensaje que les dejó la voz femenina de su inesperado visitante.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —respondieron sobresaltados los dos aventureros al unísono.

Ambos todavía estaban cegados por la repentina ráfaga de luz que los despertó y tenían la visión borrosa. Pero aun así algo llamó la atención de Juan en la silueta que atisbaba a ver de esa mujer. Cuando se frotó lo ojos para enfocarla mejor, esta se dio media vuelta y salió de la habitación dejándose, inesperadamente, la puerta abierta.

Tanto el profesor como el capitán se encontraban sentados en el borde de sus camas con la vista clavada en la puerta. Se miraron el uno al otro, asintieron y, como movidos por el viento, se vistieron a toda prisa. Recogieron sus pocas pertenencias y, como si nunca hubieran estado en aquel lugar, se fueron disparados hacia la salida, la entrada a su libertad.

Cuando ya iban a cruzar el umbral de la puerta amainaron la marcha hasta casi detenerse. Los dos guerreros, colocados uno a cada lado de la puerta, los miraban con severidad, de reojo, aunque sin cambiar su postura firme e impasible. Sin detenerse, aunque con mucha prudencia, salieron por fin de la rudimentaria cabaña. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz del sol, tras varios días sin salir de la cabaña, pudieron ver al jefe del poblado delante de ellos. Estaba en lo alto de la pequeña colina y, apoyado sobre su alto bastón, miraba fijamente al horizonte.

A unos metros de distancia estaba la mujer que los visitaba a diario para entregarles su bandeja de comida o su jarra de agua fresca, la mujer cuyos ojos consiguieron ahuyentar a Elisabeth de los pensamientos de Juan.

Se hallaban en el interior de un valle inmenso formado por varias montañas, más que formado, rodeado, como si un ser capaz de modificar el mundo las hubiera puesto así para proteger y ocultar ese lugar. Era como estar metido en una olla de paz y tranquilidad. Las briznas de hierba y las flores, junto con la suave brisa que los acariciaba, formaban una coreografía que recorría todo el valle de arriba abajo, en una especie de baile hipnótico que tentaba con quedarse allí para siempre y vivir en ese sueño de color. Una musiquilla, como un constante y agradable tintineo, sonaba dándole a aquel lugar paradisíaco su

propia banda sonora.

Bajo un paisaje sin comparación, las miradas de Juan y de la mujer se volvieron a cruzar involuntariamente. Ella se sonrojó y bajó la cabeza, tratando de simular un saludo cordial a los nuevos visitantes. Por otro lado, el capitán se quedó sin respiración, deseaba salir corriendo para estrecharla entre sus brazos y el profesor tuvo que apremiarle para que reanudara su marcha y reunirse los dos junto con Quemuenchatocha.

—Así que este es el secreto que escondía la montaña —dijo José, recordando aquella pequeña nota.

No eran más que sus pensamientos expresados en voz baja, no se lo dijo a nadie, simplemente no pudo evitar decirlo. Estaba completamente embelesado ante la belleza de ese paisaje. El hombre y la naturaleza en perfecta armonía, conviviendo a la perfección todas las obras de un mismo creador.

Cuando llegaron a su lado se dieron cuenta de que no miraba al horizonte, contemplaba orgulloso su poblado, situado unos cientos de metros más abajo, en la parte más baja del valle, al lado de un lago de aguas cristalinas. La cabaña donde estuvieron hospedados a la fuerza se encontraba en el lado sur del valle, el más soleado. A los pies de la colina había repartidos numerosos camellones de cultivo como los que encontraron en aquel recinto agrícola al comienzo de su aventura. Pero no había parangón, estos lucían frondosos, con vistosos frutos y vegetales.

La laguna lindaba con la montaña por uno de sus lados, como si continuara por debajo de ella. Era alimentada por un pequeño y tranquilo río que cruzaba el valle y por una recta y fina cascada que descendía a toda velocidad desde lo más alto de la montaña. A lo largo del margen del río se reunían pequeños grupos de personas. A pesar de contener el agua más clara que habían visto en sus vidas, la profundidad del lago era tal que no lograban atisbar rastro del fondo.

Unas casas rectangulares con el techo inclinado, iguales a la cabaña en la que ellos estuvieron recluidos, y otras cilíndricas con el techo cónico, y los pilares que las sujetaban rodeándolas por la parte exterior, eran prácticamente todas las edificaciones de las que se componía el pueblo que supuestamente era El Dorado.

Por más que intentaban centrarse en otras cosas, no podían dejar de lado la melodía que lo envolvía todo. De alguna manera, muy sutilmente, les cambió los ánimos y les hacía moverse a su son. Unas campanillas doradas, colgadas en los árboles que había esparcidos por el poblado y sus alrededores, eran las causantes de la música que invadía todo el valle.

Casi todas las casas del poblado tenían una cancela que contenía animales o pequeños huertos de donde sacaban sus alimentos. Quizás los antepasados de

esos indígenas fueran los habitantes de aquel reducto agrícola con dos grandes silos. O quizás, antes de que los colonizaran, el reino fuera mucho mayor y, esta, una más de las aldeas que lo componían. Al parecer este pueblo subsistía gracias a la colaboración entre sí de todos los habitantes. Al fondo del valle, colocado entre el lago y el pueblo, y pegado también a la pared de roca de la montaña, había un edificio como ninguno de los dos aventureros habían visto nunca. El profesor sacó su libreta y su lápiz y buscó un hueco vacío en las repletas hojas para hacer un esbozo rápido de lo que veía bajo sus pies.

—Algo malo va a ocurrir —dijo de pronto, muy serio, el señor del poblado.

—¿Qué? —El profesor no se esperaba esas palabras.

El capitán, que hasta entonces estaba absorto observando el paisaje y lanzándole furtivas miradas de reojo a la mujer que esperaba a unos metros de distancia, giró la cabeza, sobresaltado.

—En serio, míratelo. Atraes a la mala suerte —dijo Juan a su amigo con exasperación, culpándolo de todos los problemas que habían vivido hasta el momento.

—Algo malo va a ocurrirle a mi pueblo —repitió el anciano.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el marinero, claramente preocupado.

—Solamente dos veces ha conseguido llegar hasta aquí algún forastero y las dos veces mi pueblo ha estado al borde del desastre —comenzó a decir el anciano con pesar—, pero tú no eres como el...

—¿Como mi tatarabuelo? —lo interrumpió José. Él asintió.

—Siento algo distinto en ti, tienes un alma pura y sincera, aunque él... —Ahora miraba duramente al capitán, que pareció ofenderse al escucharlo.

—Él es de mi total confianza, si no fuera por él, no creo que yo aún siguiera vivo. Sea bueno o sea malo, yo sufriré el mismo destino que él —defendió el profesor a su camarada.

El señor asintió satisfecho.

—Esas dos veces que mi pueblo estuvo a punto de desaparecer, el problema vino a causa de los invasores, pero tú no estás aquí para eso. No solo me fio de tu palabra, sino que lo presiento. —El anciano les hablaba con un tono tranquilo y cordial, aunque había algo en su voz que los incomodaba—. Pero antes de precipitarme en tomar una decisión para ver qué hacer con vosotros, tengo que asegurarme.

—¿Cómo que asegurarse? —Juan parecía asustado—. ¿Asegurarse de qué?

—Seguidme —ordenó Quemuenchatocha.

Comenzó a descender la ladera, sin decirles nada, en dirección al pueblo.

Bajaban por la pendiente del valle a una velocidad sorprendentemente rápida para la edad del anciano. La joven los seguía en la retaguardia a una distancia

prudente, pero sin separarse del grupo. La hierba que lo envolvía todo les cubría los pies, proporcionándoles un leve aunque continuo masaje mientras caminaban. El capitán provocó la expectación de sus acompañantes cuando se quitó sus pesadas botas y sus calcetines y siguió la marcha descalzo, imitando a algunos de los campesinos que veía desde la distancia. La verdad es que era una sensación de lo más reconfortante y agradable.

Cuando se estaban acercando al pueblo, el profesor cogió de nuevo su libreta y se dirigió hacia uno de los árboles de los que colgaba una de las campanillas que producían la música. Una vez acostumbrados a ella, ya no se daban cuenta de que sonaba. La miró con detenimiento y la dibujó con esmero. No era más que una pequeña campanilla dorada colgada de una rama con un poco de cordel rojo, muy similares a la que le entregó el *mapinguarí* junto a la nota de su antepasado, pero aun así la encontró digna de ocupar un hueco de su cuaderno.

—¿De qué están hechas estas campanas? —preguntó el maestro cuando terminó de dibujarla.

—De oro —respondió el anciano sin mirar a sus acompañantes, como si nada, mientras proseguía su camino.

El capitán se giró para mirar boquiabierto a su amigo, que le devolvió la mirada del mismo modo. Había tantas campanillas que podrían llenar las bodegas de su remodelado barco con ellas y en aquel lugar no eran más que insignificantes adornos que utilizaban para amenizar el entorno.

—¿Cómo que oro? —quiso saber más, perplejo, el profesor.

Pero su pregunta se desvaneció en el aire porque el jefe del poblado se había alejado y tuvo que correr para volver a su lado.

Vacas, cerdos, gallinas, ovejas y cabras, todo tipo de ganado pastaba por las corralizas colindantes a las casas del pueblo. Algunas mujeres machacaban polvos de colores en morteros de barro, otras tejían telas de colores vivos y otras simplemente se ocupaban de sus hogares, familias, de su ganado o su huerto. Un puñado de hombres construía una especie de pasarela de madera, hecha con troncos, en la orilla del lago, otro grupo más numeroso daba brincos y cantaban, parecía que estaban ensayando algún tipo de baile, y otros ayudaban a las mujeres con las telas o con las casas y sus terrenos.

—¿Qué está haciendo toda esta gente? —preguntó el capitán con curiosidad.

—Se están preparando para una celebración —respondió el anciano, centrado únicamente en seguir avanzando.

Continuó con su rápido avance sin siquiera mirar a los hombres que iban tras él con dificultades para seguirle el ritmo.

—¿Qué clase de celebración? —La curiosidad de Juan parecía haberse tornado en una especie de preocupación.

El señor del poblado no respondió, tan solo siguió caminando y, según le pareció a los dos amigos, incluso aceleró aún más el paso.

—Con tu mala suerte seguro que se trata de una tribu de caníbales y nosotros estamos incluidos en el menú —susurró en el oído de su amigo.

—Ya hemos llegado —señaló el jefe.

Estaban de pie, junto a la base de la montaña, sin darse cuenta atravesaron el poblado entero y se habían desviado hacia la derecha. No pudieron ver el esperado palacio, tan solo la fachada que tenían a su izquierda.

Tallada en la propia roca de la montaña, había una escalinata ancha y muy empinada que ascendía hasta una cueva enorme en la que un resplandor se veía en su interior. Había dos postes de madera en la base de las escaleras. Una espiral de oro ascendía por ellos y la chacana estaba colocada en lo alto. Había otros dos también en lo más alto, donde terminaba la escalinata ante la entrada de la caverna. Esos postes eran prácticamente igual que el bastón sobre el que se apoyaba Quemuenchatocha, solo que mucho más grandes.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Juan con la misma preocupación que antes —. ¿Lo ves? Seguro que aquí es donde hacen los sacrificios —volvió a susurrar al profesor al oído.

Estaba seguro de que era imposible que el anciano pudiera haberle escuchado, pero cuando terminó la frase, este giró levemente la cabeza, los miró de reojo y sonrió. Un escalofrío trepó por su espalda y se puso de nuevo las botas, bien para subir mejor la escalera o bien para salir corriendo si hiciera falta. El marinero miró a su amigo para ver si una vez más las palabras sobraban para entenderse, pero esta vez José estaba entretenido dibujándolo todo en su libreta, parecía un niño pequeño con un juguete nuevo.

Tras la breve mirada a sus cautivos, el señor del poblado se enfiló hacia la cueva subiendo la empinada escalera con la misma desenvoltura que si continuara caminando sobre suelo llano. Los dos aventureros, sin decir nada, siguieron al anciano, extrañados y con desconfianza.

El capitán se giró para ver una vez más a la mujer, ante lo que creía que iba a ser su final, y se dio cuenta de que ella ya no los seguía. Se quedó esperando a los pies de la escalera y sus ojos, que esta vez sí que lo buscaron a él, revelaban una inmensa preocupación por el porvenir de ellos dos. El marinero tragó saliva y siguió su ascenso con la vista clavada ahora en la gran cueva y en la titilante y extraña luz de su interior.

CAPÍTULO 53

Llegaron a lo más alto de la escalera exhaustos, mucho más cansados que su anfitrión, al que apenas se le había acelerado el pulso. Tuvieron que apoyarse sobre una de las grandes columnas o en sus propias rodillas para tomarse un breve respiro y recobrar el aliento. La entrada a la cueva estaba cuidadosamente trabajada y pulida, no como el interior, que era basto, húmedo y lleno de estalactitas que goteaban sin cesar sobre un suelo constantemente empapado. Había formado un círculo perfecto en la entrada y habían pulido el borde para dejarlo completamente liso y redondeado. En él había unas grabaciones, como una especie de jeroglíficos, adornadas con finas tiras de oro y pequeños trozos de esmeraldas y otras piedras preciosas.

Nada más entrar, colocadas una a cada lado de la entrada, había dos esculturas de dos hombres, hechas de barro y arcilla. Una representaba un hombre sentado en una artesa de madera, armado con una porra y una honda. Llevaba un tallo de resina clavado en el labio inferior. La otra era de un hombre sentado en un enorme cocodrilo, iba adornado con cinturones y collares de feroces boas negras y llevaba calzado de tortuga. Ambas esculturas estaban hechas de barro y arcilla, pero los collares, pendientes y cualquier tipo de alhaja, como llevaban casi todos los habitantes del pueblo, eran de oro y piedras preciosas como los de Quemuenchatocha y su hijo Chipaque. A los pies de ambas esculturas descansaban unas bandejas de oro viejo, sucias y repletas de esmeraldas, y una especie de monedas circulares de oro muy extrañas.

El interior, más que un hogar, recordaba mucho a la cueva donde vivía el excéntrico chamán en el corazón del Amazonas. La caverna era enorme, tan profunda que la oscuridad ocultaba lo que había más allá, incluso parecía que habían excavado en ella distintas habitaciones, como si realmente aquel sitio fuese el hogar de alguien. En el linde de las sombras un haz de luz, que se colaba por alguna fina grieta que atravesaba la montaña, iluminaba un enorme cuadrado de roca.

No era más que eso, un bloque de roca, pero estaba meticulosamente trabajado. Se trataba de un cuadrado perfecto, con todos sus ángulos perfectamente rectos y todas sus esquinas sin una sola muesca. La superficie, tanto de la parte superior como de todos sus lados, estaba pulida a la perfección y lisa, sin una impureza, como el hielo más puro. Reflejaba los rayos del sol, lo que le proporcionaba un aspecto celestial, casi divino. Era tan largo como un hombre tumbado, cosa que preocupó aún más al suspicaz marinero.

Multitud de mesas, sillas y taburetes de madera estaban esparcidos por la

estancia, una vez más sin ningún orden aparente. Y como en la cueva del *mapinguarí*, gran cantidad de estanterías sostenían innumerables tarros de cristal y cerámica que contenían todo tipo de productos, hasta los más inimaginables.

—¿Os gusta mi templo? —preguntó una voz estridente desde la oscuridad del otro lado del altar, iluminado por el haz de luz.

Al escuchar que aquello era un lugar de culto y no de sacrificios, el marinero se relajó.

De las sombras emergió un anciano enjuto y menudo, más si cabe que el señor del poblado. A José, por un momento, le pareció el viejo chamán que conoció en el corazón de la selva. Ambos eran más o menos de un tamaño similar, pero este tenía la cabeza completamente afeitada y en lugar de vello, en el rostro tenía aros y finos palitos, todos de oro, clavados en los labios, nariz y orejas, incluso alguno más aislado le colgaba de los pómulos. Vestía tan solo con una camisa ancha que le llegaba por debajo de las rodillas y que en su día debió de ser de color blanco. Caminaba descalzo por el frío y duro suelo de la cueva.

—¿Qué clase de templo es este? —preguntó José, dando un rápido vistazo a su alrededor.

—El único fácil de defender —respondió el extraño personaje con su voz aguda—. La última vez que llegó aquí alguien de fuera convirtió nuestro anterior templo en un montón de escombros. Era un templo precioso al que venía gente a diario, tanto de este pueblo como de los pueblos vecinos, a pedir consejo y adorar a nuestros dioses. Pero cuando llegaron esos colonizadores españoles aniquilaron a todos nuestros vecinos y hermanos. Los habitantes de esta aldea, la única superviviente, comenzaron a perder su fe y muchos les echaban la culpa a los dioses por habernos dado de lado.

Aunque quisiera evitarlo, el profesor descubrió cómo Quemuenchatocha lo miraba con el ceño fruncido, de reojo. Tragó saliva y volvió a mirar al supuesto sacerdote.

—¿Es usted el único sacerdote en este templo? ¿El único que escucha las plegarias y peticiones de los feligreses? —El profesor parecía confuso.

Era una cueva enorme, una cueva en la que cabrían todos los habitantes del valle. Con un poco de esfuerzo, aquel lugar podría ser un buen templo, pero era extraño que en un lugar donde los dioses son tan importantes hubiese tan pocos sacerdotes.

—Por desgracia, sí —respondió el extraño anciano—. Antiguamente un hijo de cada familia era ofrecido al templo de su pueblo y criado allí como sacerdote. Cuando llegaron los conquistadores, lo primero que destruían eran todos los lugares de culto para así poder implantar ellos su propia religión. Desde entonces, se ha perdido esa costumbre y nadie quiere ser sacerdote por los

riesgos que conllevó en el pasado.

—¿Quiénes son estos dos? —interrumpió el capitán, que no estuvo pendiente de la conversación. Estuvo todo el rato observando atentamente las dos estatuas de arcilla de la entrada.

—Ese de ahí... —dijo el sacerdote, señalando a la estatua del hombre montado en el gran cocodrilo— es Yacuruna, el que manda sobre la naturaleza desde su hogar, en las profundidades de los ríos. Antiguamente era convocado por los chamanes para ayudarles a hacer el bien o el mal. —El rostro del capitán cambió de golpe—. Aunque hace muchos años que ya no les hace caso a los hombres. Aún hoy en día quedan unos pocos que le traen ofrendas y le rinden culto. Este otro es Yllapa, el trueno, lanzador del rayo, señor del grano y de la lluvia. Recorría los espacios celestes armado con su porra y su honda, cuyo ruido, en el momento de lanzar el proyectil, es el mismo de la tempestad.

Juan enrojeció, sacó del interior de su bota la pequeña esmeralda que robó en el campamento de los ingleses y la tiró a una de las bandejas en la base de las estatuas. El sacerdote, al ver el gesto del marinero, disimuló una sonrisa y asintió para sí mismo.

—¡Gata! —gritó el enjuto anciano de pronto.

Entonces una hoguera se encendió en las sombras que había detrás del altar. Sobre él había suspendida una gran marmita de hierro. El profesor se sorprendió al darse cuenta de que ese sacerdote utilizó la misma palabra que pronunció el *mapinguarí* en su caverna antes de que el fuego apareciese.

—¿Cómo es que hablan tan bien mi idioma todos en este lugar? —interrogó el profesor.

—No todos, mi joven amigo —respondió Quemuenchatocha, que hasta entonces solamente había estado observando lo que sucedía—. Solo lo hablamos la mujer que nos ha acompañado y yo. Mi hijo sabe decir algunas palabras y el resto del pueblo no sabe ni que existe tu idioma.

—¿Y él? —preguntó de nuevo, señalando esta vez al religioso.

—Es mi trabajo — Fue lo que respondió el anciano, como si la pregunta hubiese estado dirigida a él—. Tengo una gran afición por saberlo todo, casi una necesidad. —Le guiñó un ojo al profesor y volvió a disimular otra risita, el maestro se quedó perplejo. ¿Sería verdad lo que le decía ese viejo o realmente había leído su mente tal y como él creía?—. Tú, muchacho, ven aquí —ordenó el sacerdote, señalándolo con su larguirucho y huesudo dedo índice, sacándolo así de su ensimismamiento.

Sorprendentemente el contenido de la marmita ya estaba hirviendo. Tras un rato decidiéndose, cogió un tarro con algo que parecía sal, le echó un pellizco al líquido en ebullición y con un cucharón de madera probó un poco de su brebaje.

El enjuto anciano asintió relamiéndose los labios, entonces vertió un poco de ese líquido en un vaso y se lo ofreció a José.

—Bebe esto, y cuando te lo termines acuéstate ahí —volvió a ordenarle, señalando esta vez el altar iluminado por los escasos rayos de sol que se colaban por la bóveda de la caverna.

Con el vaso humeante en las manos, se giró para mirar a su compañero, que lo apremiaba con las manos para que obedeciera las instrucciones, agradeciendo su suerte porque su amigo había sido elegido primero. José le lanzó una fugaz mirada de odio y se llenó la boca con el brebaje. Era un sabor más agradable de lo que él esperaba. Con un aroma muy intenso a bayas y plantas, su sabor era una sutil mezcla entre dulce y amargo. Pero una vez que lo tragó, le dejó un rastro agrio en la garganta de lo más desagradable.

Mientras el profesor se bebía el brebaje, el supuesto sacerdote resultó ser otro chamán. Se internó una vez más en las sombras de las profundidades de su cueva. Apareció momentos más tarde con la piel de un oseño colocada sobre él, de la misma forma que el *mapinguarí* se puso en su día la piel del jaguar. Fue tanteando los tarros de las estanterías, abriéndolos y oliéndolos, y descartando muchos de ellos después. Finalmente se decidió por un bote lleno de hojas, eran parecidas al laurel, pero lucían un verde más intenso y eran un poco más anchas y con la punta más redondeada. Cogió unas pocas y se puso a masticarlas. El capitán casualmente conocía esas hojas y se quedó mirándolas estupefacto. Eran hojas de coca.

Cuando José se terminó todo el contenido del vaso, se tumbó sobre el cuadrado de piedra pulida, tal cual le indicó el chamán. De pronto, el sueño le invadió, se sentía cansado, como si no hubiera dormido en toda una semana. Intentaba dormirse, pero estaba totalmente consciente de todo lo que pasaba a su alrededor, intentaba moverse, pero estaba inmóvil por completo. Su cuerpo no obedecía las órdenes que su mente aletargada le mandaba, ¿qué le había dado aquel excéntrico curandero?

Entonces, el viejo comenzó a recitar cánticos extraños en un idioma que el profesor no había escuchado nunca. Su cuerpo se tornó rígido, como si empezara a formar parte del bloque sobre el que estaba tendido y de él empezó a salir una especie de humo casi imperceptible, como si fuera un aura. José no podía moverse, estaba totalmente inmóvil, pero de reojo conseguía ver al chamán con los brazos alzados y recitando sus ícaros secretos. Cuando terminó de cantar, parecía que hablaba con alguien, pero no se entendía nada, eran sonidos ininteligibles, apenas un murmullo. Terminó de hablar y el anciano dio una fuerte palmada, se frotó las manos y las pasó por encima del maestro, sin tocarlo. A escasos centímetros repasó toda su silueta y, como por arte de magia, su cuerpo

volvió a relajarse.

Primero probó a mover los pies, a continuación las manos y los brazos y, por fin, intentó levantarse. En el primer paso que dio, sus piernas, todavía adormecidas, flaquearon y se tuvo que apoyar en el altar para no caerse. Tras ese intento, todo volvió a la normalidad y el profesor volvió a ser el dueño de su cuerpo.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó el maestro, mientras continuaba moviendo su cuerpo para asegurarse de que todo estaba bien. El capitán tenía los ojos como platos y una gota de sudor resbalaba por su frente.

—Acaba de leer tu alma —aclaró el señor del poblado, que se encontraba extrañamente callado durante todo el proceso. El profesor se giró hacia él, incrédulo—. Los hombres son mentirosos por naturaleza y más cuando se ven en una situación desconocida o de peligro, tal cual os encontráis ahora mismo vosotros. La mente es capaz de engañar hasta a su propio dueño, pero el espíritu es algo puro, algo que permanece intacto desde que nacemos hasta que nos morimos.

El jefe levantó la cabeza y le hizo un ademán al chamán. Quería saber lo que había visto en el alma de su huésped.

—Es una de las almas más limpias que he tenido la oportunidad de ver jamás. No tiene ni un ápice de maldad. —El profesor sonreía fanfarrón y orgulloso por lo que oía—. Ha confiado en gente que le ha hecho daño y aun así sigue intentando ayudar a quienes se lo proponen. El único peligro que veo en este hombre es el que encuentre por su curiosidad, sus ganas de saberlo todo y su imprudencia para llegar a aquello que quiera conocer.

—Te toca —le dijo el profesor a su amigo, dándole una palmada en la espalda que lo obligó a dar el primer paso hacia el altar.

Tragó saliva, una gota de sudor resbalaba de nuevo por su frente y, aunque trató de disimularlo, no pudo esconder el miedo que sentía ante semejante situación.

Fue el mismo ritual para el capitán. Se bebió el agrio y a la vez dulce brebaje que contenía la marmita y se tumbó en el altar. El chamán volvió a coger varias hojas de coca, las masticó y comenzó a recitar sus canciones. Cuando terminó, tuvo que actuar de la misma manera que su amigo, asegurarse de que podía moverse antes de bajar del bloque pulido.

—¿Y bien? —apremió Quemuenchatocha al chamán, al ver que no daba su opinión.

El anciano parecía que hacía cálculos mentales, asentía y negaba mientras hablaba consigo mismo.

—¡Ah, sí! —se sobresaltó al darse cuenta de que se le olvidaba decirle a su

señor lo que había visto en esta nueva alma—. Es de fiar, su espíritu tiene alguna que otra mancha, pero es normal, dado todo lo que ha sufrido este hombre. Se ha recompuesto él solo después de perderlo todo, y aun así ha vuelto a dar una oportunidad al mundo y puede hacer muchas cosas buenas.

Tanto el profesor como el propio capitán suspiraron aliviados tras el veredicto del chamán y el jefe del pueblo asintió satisfecho, ya que ese hombre es el que peor sensación le causaba.

—Pero está enamorado —añadió a última hora.

—¿Qué? —preguntaron al unísono los dos amigos, asombrados, posando la vista en el chamán y luego mirándose el uno al otro.

—¿Elisabeth? —preguntó el profesor. El marinero se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Es un amor que aún no se ha afianzado. Es un amor que aún él mismo desconoce, un amor sincero y que aumenta día a día —comentó el chamán antes de que se fueran sus invitados.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el jefe del pueblo con cierta preocupación.

—No debería de ocurrir nada, además es un hombre con un espíritu noble. Pero el amor puede ser traicionero y no hay nada más peligroso que un hombre con el corazón roto —advirtió el chamán a todos, a pesar de estar mirando fijamente al capitán.

—Prometo que no ocurrirá nada malo, por lo menos por culpa mía —se defendió el marinero, mirando primero al sacerdote y luego al señor. Ambos asintieron levemente y dejaron zanjado el asunto.

Todavía tenían en la garganta el sabor amargo que les dejó el brebaje del chamán, pero no le dieron importancia a eso. Los dos amigos descendían las escaleras del templo contentos y orgullosos por saber que eran poseedores de unas almas limpias y nobles. Aún estaban bastante lejos del final de la escalinata y el capitán vio cómo la mujer seguía esperándolos en la base. Volvió a buscar sus ojos con la vista, pero ella no se dio cuenta. Quien sí se dio cuenta fue Quemuenchatocha, que miró con gran dureza al capitán, cuando este observó a la mujer, pero él tampoco se percató de ello.

—Enséñales el pueblo, luego llévalos a que se den un baño y después que coman algo —ordenó secamente el anciano a la mujer.

—*Zeguene* —respondió ella con desgana.

A renglón seguido, se encaminó en dirección al poblado, sin esperar a los dos hombres a los que debía guiar.

—¡*Um!* —gritó el señor del poblado desde la retaguardia.

Los dos amigos se giraron y se sorprendieron al ver cómo le señalaba con un

dedo firme al capitán. Mientras Juan esperaba escuchar lo que le tenía que decir su anfitrión, el profesor fue a esperar junto a la mujer.

—He visto cómo miras a mi sobrina. —Ambos lanzaron una mirada fugaz a la mujer y volvieron a mirarse fijamente al instante—. Ahora comprendo las palabras de ese viejo loco. No quiero que la mires más que cuando sea necesario, no quiero que te dirijas a ella a no ser que ella te haya hablado primero y, en ese caso, serás lo más escueto posible y, sobre todo, tienes terminantemente prohibido ponerle una sola mano encima. ¿Lo has entendido? —Juan tragó saliva y asintió lentamente, las palabras atascadas en su garganta lo hicieron atragantarse—. Prometí a sus padres, antes de que murieran, que nunca dejaría que le pasara nada. Ahora vete, te están esperando.

El anciano se quedó observando, con ambas manos sosteniendo su alto bastón, cómo su sobrina y los dos forasteros se alejaban y se perdían entre los árboles y las cabañas del pueblo. Desde la distancia, el capitán se volvió para mirar una vez más al imponente tío de la joven, pero a lo lejos no parecía más que un débil e indefenso anciano.

CAPÍTULO 54

El poblado era la unión perfecta entre civilización y naturaleza. Los aldeanos paraban de hacer lo que estuvieran haciendo para observar detenidamente a los forasteros cuando pasaban por delante de ellos. Los animales parecían cómodos bajo los cuidados de aquellos hombres y mujeres. Algunos rebaños pacían tranquilamente en sus cercos mientras otros eran guiados entre las casas por un solo hombre. Llevaba una vara larga y fina que silbaba en el aire cada vez que la movía y también emitía unos chillidos agudos, como si se comunicase con ellos.

Los niños parecía que habían creado un nuevo juego que les divertía tanto a ellos como a los dos amigos. Consistía en acercarse a ellos y al parecer ganaba el que más se arrimara. Algunos incluso estiraban el brazo temerosos para tocarlos y la retiraban al mínimo contacto con sus extrañas ropas, como si aquellos dos hombres nuevos quemaran o fueran algún animal peligroso. Los dos compañeros amenizaron el juego integrándose en él y persiguiendo a los niños, que huían despavoridos entre risas, mientras seguían a la mujer.

Atravesaron el pueblo y llegaron a una zona del río donde algunas mujeres lavaban la ropa, los hombres pescaban al lado de sus atareadas esposas y los niños jugaban y nadaban, salpicando a sus padres. Lo cierto era que todo aquello rebosaba felicidad.

Siguieron el cauce del río a un paso lento para poder deleitarse con el paisaje y pasaron donde estaban los pequeños grupos de hombres que vieron desde la lejanía de su cabaña. Se trataba de pequeños grupos de tres o cuatro hombres que se turnaban una especie de criba con la que cogían un puñado de tierra del lecho del río y aprovechaban la corriente de sus aguas para librarse de la arena y de aquellos fragmentos que consideraban inútiles.

—¿Qué están...? —el capitán se detuvo con la pregunta a medio formular porque él mismo descubrió la respuesta.

Uno de esos hombres que separaban la arena del resto de materiales del lecho comenzó a reír abiertamente. Entonces rebuscó algo entre los guijarros y de ellos sacó una pequeña pepita de oro que sujetaba con dos dedos. Era del tamaño de un garbanzo.

—¿Eso es oro de verdad? —preguntó incrédulo.

El profesor parecía fascinado, descubriendo tantas cosas nuevas, apuntándolo y dibujándolo todo en su saturado cuaderno.

—*Aguene* —dijo sin más la joven.

—¿Por qué no hablas en nuestro idioma? —le preguntó Juan, al ver la indiferencia que mostraba hacia ellos—. Nos ha dicho tu tío que sabes hablarlo

perfectamente.

La mujer, que precedía la marcha, se giró rápidamente y le lanzó una mirada que nada tenía que ver con todas las miradas que se cruzaron hasta ese momento. El capitán se vio obligado a detenerse y separar la vista de la de ella.

—No tengo nada que hablar con vosotros. Mi cometido es enseñaros el pueblo y acompañaros a las pozas a daros un baño —dijo ella con desapego y, según le pareció al marinero, una pizca de repugnancia—. Aunque quizás tenía que haber empezado por ahí.

Volvió a girarse y retomó el camino con el mismo ritmo pausado y tranquilo.

Continuaron caminando junto al río, bordearon el enorme lago y llegaron a la base de la montaña. Allí, oculto hasta que topabas con él, había un camino que bordeaba la laguna por la cara interna de la montaña, como si caminaran por encima del agua. Era una especie de cornisa que salía de la misma pared de la montaña. Con el paso del tiempo se había convertido en un sendero cubierto de musgo, resbaladizo y traicionero. La joven avanzaba sin ningún problema con los pies descalzos, como si a ella los efectos de la naturaleza no le afectaran, en cambio los dos compañeros, a pesar de llevar sus pesadas botas de explorador, preparadas para cualquier tipo de terreno, tuvieron que ayudarse mutuamente y agarrarse a las rocas de la pared en más de una ocasión para no caerse al agua por culpa de algún resbalón.

Se dirigían directamente al interior de la cascada, pero unos metros antes, la pared de la montaña se abría y permitía el paso a su interior. Tuvieron que agacharse y sujetarse con ambas manos en el interior de la brecha, pues el agua vaporizada que desprendía la cascada había convertido esa angosta grieta en un tramo del trayecto casi impracticable para cualquiera que no estuviera acostumbrado a recorrerlo.

—¿A dónde demonios nos llevas? —preguntó Juan ligeramente preocupado. Aún no había descartado por completo la opción de que pudieran ser una tribu de caníbales—. Aquí dentro no se ve absolutamente nada. Esto está oscuro como ojete de mico.

—Como boca de lobo —lo corrigió su amigo.

—Ah, sí, es cierto. Sabía que era una parte de un animal, pero no recordaba qué parte de qué animal—. Sonrió de un modo bobalicón y se rascó la cabeza, azorado.

Era una cueva larga, oscura, estrecha y la gran cantidad de humedad dificultaba la respiración. Caminaron hasta que la entrada a la grieta no era más que una fina línea de luz en la lejanía. Tropezaron otras tantas veces, incluso en una ocasión el profesor no pudo sujetarse a las resbaladizas paredes de la cueva y se cayó, su trasero fue a parar directamente en un charco. Esto provocó la risa de

su amigo y de la joven que los guiaba que, una vez más, las simultáneas risas de complicidad hicieron que sus miradas se cruzasen y sintieran lo que el viejo chamán predijo tras el ritual.

Tras un difícil, largo y agotador camino, por fin, llegaron al final del pasadizo. Cuando salieron de él, el sol los cegó y no pudieron más que sentir la suave brisa en el rostro, escuchar el canto de los pájaros, acompañando a la musiquilla que producían las campanas doradas que colgaban de los árboles, y oler el fresco aroma que desprendía aquel paraíso, que tanto le recordaba a José al salvaje y oscuro cabello de Isabel. Olía al pasto creciendo por el rocío del alba, a las rosadas orquídeas epífitas adornando los troncos y las ramas de los árboles y otras de color azulado o ambarinas creciendo en los huecos entre las rocas. Olía a historia, a vida y a libertad.

Poco a poco, la imagen volvió a ser nítida y pudieron contemplar las pozas de las que habló la sobrina del señor del poblado. Ante ellos se abría un agujero con forma circular en pleno centro de la montaña, como una réplica en miniatura del valle en el que vivían. Tres pequeños lagos, las pozas, en los que no cabrían más de tres o cuatro personas en cada una, ocupaban todo el agujero. Eran alimentados por finos hilos de agua que descendían tímidamente cientos de metros desde la cima de las montañas y por manantiales de aguas subterráneas. El musgo se había adueñado de todo el interior, diferenciándolo de la fría y basta roca que constituía el resto de la montaña.

—Tomad —dijo la mujer cuando sus invitados ya se estaban empezando a desvestir para darse su baño.

Ambos se giraron a la vez y consiguieron coger al vuelo unas pastillas de jabón que les lanzó sin previo aviso.

—Aún no nos has dicho tu nombre —dijo el capitán, acercándose hacia ella con el torso ya desnudo.

La joven se ruborizó y giró levemente la cabeza para intentar esconderse tras su pelo.

—Sagipe, me llamo Sagipe —respondió la sobrina de Quemuenchatocha, tratando de ocultar su rubor de la vista del marinero.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por nosotros, Sagipe —dijo Juan, buscando, en vano, sus ojos con la mirada. Suavemente, le apartó el pelo de la cara y se lo puso por detrás de la oreja—. No ocultes tu rostro al mundo, es un regalo para la vista.

Levantó su cara por el mentón, una vez más sus miradas se encontraron y por un momento el tiempo se detuvo, no existía nada más, en aquel pequeño oasis, que ellos dos. Ambos se miraban con los ojos vidriosos, como si desearan vivir en ese instante el resto de sus días. Ya pensaba que jamás podría volver a

recuperar la capacidad de sentir nada por nadie, pero una vez recobrados esos sentimientos no quería volver a olvidarse de ellos.

—Ve a darte un baño —dijo de repente ella, librándose del contacto de la mano del capitán y ocultando su rostro de nuevo tras su pelo—. Se está haciendo tarde y aún quedan cosas por hacer.

Sin decir nada más, el marinero se dio media vuelta y, en el borde de una de las pozas, se desnudó sin ningún pudor. Sagipe, aprovechando que ese hombre le daba la espalda, no pudo evitar mirarlo de reojo. Observó su piel bronceada en alta mar y su cuerpo torneado por las inclemencias del tiempo y de la vida. El capitán, completamente desnudo, echó el último vistazo a la mujer que rápidamente trató de disimular al ser descubierta. Sonrió para sí mismo y se sumergió en las cristalinas aguas provenientes de las montañas.

José ya esperaba a su amigo, relajado en una de las pozas. Mientras, la joven esperaba en la entrada de la brecha, por la que llegaron a aquel lugar, a que aquellos dos hombres terminaran de asearse.

Sorprendentemente, el agua de aquella poza estaba templada, no era un agua fría como ellos se esperaban. Les pudo la curiosidad por saber si las otras dos serían iguales y las probaron ambas. En una de ellas el agua estaba tan caliente que dudaban que alguien se hubiera podido meter ahí nunca sin sufrir las consecuencias, esa era de agua dulce. La otra, de agua salada, estaba tan fría que tan solo con tocarla parecía que uno estuviera atrapado en un bloque de hielo.

Escogieron la que en un principio fue su primera opción, la del agua templada, y empezaron a enjabonarse para no hacer esperar más a la mujer, que todavía continuaba en la entrada de la grieta. Mandaba de vez en cuando furtivas miradas al capitán, cuando pensaba que él no la veía. ¿Cómo puede haber en el mismo lugar dos tipos de agua de diferentes temperaturas? José estuvo dándole vueltas sin cesar, hasta que se cansó de buscar la respuesta y sencillamente disfrutó de los baños termales.

Cualquiera hubiera pensado que dos personas dándose un baño en una charca tan pequeña llenarían el agua de espuma, pero para sorpresa de los dos compañeros, unas corrientes en la parte inferior de las pequeñas lagunas arrastraban tanto el jabón, como cualquier otra impureza del agua, y la dejaban de nuevo limpia y cristalina.

—¿Pero cómo es posible? —se extrañaba el profesor.

Una vez más trató de buscar la lógica de algo que se escapaba a su comprensión, muy a su pesar. Manantiales juntos con distintas clases de agua a diferentes temperaturas, fortalezas llenas de piratas, tribus escondidas y ríos que discurren por debajo de la montaña. Nada de eso tenía explicación y, sin embargo, había pasado por todo eso. Al final resulta que quitarle la maldición a

Isabel sería lo más sencillo que hiciera en su inesperado viaje.

—Deja de buscar la explicación de todo —increpó el marinero con exasperación—, estás ante un fenómeno único en el mundo, inmortalízalo en tu libretita y disfruta. Es posible que seamos los únicos, ajenos a este hermoso pueblo, que hayamos visto esto.

El profesor no contestó, continuaba con el semblante muy serio, como si para sus adentros debatiera diversas teorías que se contradecían unas a otras.

—He visto cómo me mirabas antes —dijo Juan, divertido, a la mujer, que volvía a guiarlos de nuevo en dirección al poblado a través de la estrecha grieta que atravesaba la montaña.

—No te estaba mirando, os estaba vigilando para que no destrozara nada —dijo ella sobre la marcha, sin girarse.

—Ya... —el capitán evitó reírse—, ahora mismo yo también te estoy vigilando.

La joven se giró y lo descubrió escudriñando toda su parte trasera, debido a la escasa altura del pasadizo, tenían que desplazarse encorvados hacia delante. El resto de la grieta la recorrió de costado, para poder tenerlo vigilado. En la retaguardia, el profesor tan solo ansiaba salir de allí para poder dibujar el precioso lugar que acababan de abandonar, ahora que la imagen aún estaba presente en su cabeza.

CAPÍTULO 55

Después de visitar las pozas, Sagipe los llevó a ver el palacio. Era un edificio enorme y brillante que reflejaba la luz del sol, resplandeciendo en todas direcciones. El edificio entero estaba construido de oro, piedra y algunos detalles en plata y esmeraldas. Una enorme escalinata, también de oro, conducía directamente a la puerta principal. Estaba hecha de pura roca extraída de las montañas, decorada con incrustaciones de esmeraldas y la chacana, en el centro, hecha en plata. En la parte más alta del edificio, otra inmensa chacana de oro reflejaba la luz como si de un segundo sol se tratase.

—¿Qué es este edificio? —preguntó el profesor, a la vez que sacaba su libreta.

—Es el palacio, hogar de nuestro *psihipkua* y señor Quemuenchatocha, su familia y sus consejeros —respondió Sagipe, mirando el edificio de arriba a abajo como si fuera la primera vez que lo veía ella también.

—¿Qué hay en el interior? —volvió a preguntar José cuando terminó de dibujar el palacio en su cuaderno.

—¿No te acaba de decir que aquí es donde viven los jefes? —respondió Juan un tanto alterado—. Pues por dentro será como cualquier casa, solo que más grande, con criados y con más oro y más joyas de las que ninguno hayamos visto jamás.

Al capitán se le hacía la boca agua tan solo imaginándose lo que podría encontrarse allí dentro. La joven lo miró muy seria, él enmudeció en el acto y agachó la cabeza.

—Tienes parte de razón —admitió al fin la mujer—, como bien has dicho, este es el hogar del *psihipkua*, nuestro señor, y su consejo. Pero también viven en el palacio el *sybintiba*, capitán del ejército e hijo de Quemuenchatocha, Chipaque. También es mi primo, creo que ya lo conocéis.

—Sí, un tipo muy agradable —interrumpió el capitán.

Ella volvió a lanzarle una mirada de furia que una vez más lo hizo enmudecer.

—Aquí también vive el *utatiba*, el capitán de menos grado sobre el que delega sus órdenes Chipaque. Y, por último, nuestros guerreros, los güechas, todos aquellos que quiera tener un aposento en el palacio —continuó explicando.

—¿Por qué solamente algunos guerreros viven aquí? —continuaba interrogando el profesor, con su libreta y su lápiz a punto, listo para cualquier respuesta—. ¿Es qué hay más rangos, a parte de los dos capitanes? ¿Hay guerreros más importantes que otros?

—No, todo guerrero güecha es tratado por igual. Me refiero a que todo aquel que quiera vivir aquí, puede hacerlo. Hay algunos que prefieren seguir viviendo

de una forma más austera, pero con sus familias —aclaró la sobrina del cacique—. Aquí también se encuentra la bodega, donde se guardan todos los alimentos y licores que van destinados a los habitantes del palacio y las celebraciones del pueblo. La cámara, donde se guardan todos los tesoros del pueblo, bien sean para celebrar nuestros rituales o bien para intercambiarlos por cualquier otra cosa de vez en cuando en el mercado de la ciudad. Y, por último, también están las celdas, donde encerramos a nuestros prisioneros. Si alguna vez las veis, que su aspecto casto y ostentoso no os engañe, nunca nadie ha sido capaz de salir de allí por su propia voluntad.

Esto último lo dijo mirando al capitán con una risa de malicia. Él tragó saliva y la miró confuso y tratando de poner cara de inocencia.

—Has dicho que de vez en cuando alguien va a la ciudad. —La mujer asintió sin siquiera mirarlo—. ¿Me podrías mostrar el camino?

—Eso no es competencia mía, mi deber era enseñaros el pueblo y ya lo he hecho. Cualquier otra información que necesitéis, preguntársela a mi tío —respondió secamente.

Por un costado del edificio dorado se acercaron dos hombres. Vestían esas típicas camisas del pueblo, anchas y largas hasta las rodillas. Iban cubiertos completamente de polvo y tierra y de su espalda colgaba una cesta de paja que sujetaban apoyándose el peso en la frente mediante una larga cinta de cuero que también hacía las veces de asa. Se metieron en el palacio por una pequeña puerta lateral custodiada por dos corpulentos guerreros güechas. Esos soldados, antiguos guerreros de élite, eran hombres de grandes cuerpos. Valientes, sueltos, determinados, vigilantes y con una hermosa y gran disposición, ligereza y maña.

De repente, apareció Chipaque, los dos centinelas se pusieron firmes de golpe. A pesar de ser más corpulentos, y aparentemente más fuertes que su capitán, mostraban un enorme respeto hacia él. El *sybintiba* se metió por la pequeña puerta y tras unos instantes ausente reapareció. Puso una mano sobre el hombro de uno de los guardias mientras le decía algo y, antes de marcharse, clavó la vista en los dos forasteros, sobre todo en Juan, que le devolvió la mirada. El profesor estaba totalmente absorto en su libreta, como si no fuera consciente de la situación en la que se encontraban. Pasado un rato un poco más largo, los dos hombres que cargaban con las cestas salieron del lateral del palacio, caminaron todo recto, siguiendo la pared de la montaña, y se metieron en una cueva. Una pequeña y angosta apertura en la base de la montaña.

—¿Quiénes son esos dos? ¿A dónde van? —preguntó Juan.

—Son trabajadores de la mina.

—¿Aquí también tenéis esclavos trabajando en excavaciones? —preguntó José con un deje de acusación.

Recordaba demasiado reciente todavía su largo y duro cautiverio en el campamento de los ingleses, imaginándose de nuevo viviendo el mismo acoso a mano de esos soldados. La joven evitó a duras penas reírse del profesor, que la miró extrañado.

—Aquí no hay esclavos. Por suerte vivimos una época de paz y hace muchos años que no hay esclavos ni prisioneros. Nosotros los llamamos recolectores de esmeraldas o recolectores, simplemente. Nadie en El Dorado está forzado a trabajar, hay muchas cosas que hacer para mantener al pueblo próspero. Igual que hoy esos dos hombre están en la mina, mañana los podemos tener buscando oro en el río, sacando a pastar al ganado o descansando en sus hogares y jugando con sus hijos. —A la sobrina del señor le cambió la voz a un tono más cordial, más cariñoso, por lo menos, cuando se dirigía al maestro—. Por cierto, José, ¿a qué te refieres con si aquí también hay esclavos?

—Sí, ya se lo comenté a tu tío una de las primeras veces que hablamos. Aquí, tu admirador secreto y yo...

El capitán le dio un puñetazo en un hombro. Sagipe enrojeció escandalosamente y volvió a ocultarse tras su pelo. El maestro no pudo evitar carcajearse abiertamente mientras una vez más, la nativa y el forastero se miraban a los ojos disimuladamente, callando unos sentimientos que cada vez resultaba más difícil mantener ocultos.

—Nosotros dos estuvimos apresados en el campamento de unos cazadores de tesoros ingleses. Esta mina no es nada en comparación con la suya. Ellos parecía que quisieran vaciar la montaña. —José miró al cielo y se quedó mirándolo pensativo unos instantes—. A decir verdad, no sé por qué, pero creo que era una de estas montañas. Aunque quizás me equivoque, ya que corrimos durante mucho rato hasta que mataron a Fernando.

—¿Quién es Fernando? —se interesó la mujer.

—Un amigo que hicimos en aquel campamento —respondió con pesar—, un antiguo explorador español que justamente fue apresado mientras buscaba tu pueblo, el legendario y codiciado Dorado. —Hizo gestos de grandeza al nombrarlo. El rostro de la mujer cambió, ya no era un semblante amable si no un rostro desprovisto de emociones—. No pongas esa cara, tan solo quería comprobar si la leyenda era cierta. Al igual que yo, tan solo buscaba saber la verdad. Si no hubiese sido por él, no habríamos salido de allí, por lo menos tan pronto.

Sagipe se quedó atónita, como petrificada, perpleja tras escuchar la historia.

—Se está haciendo tarde, tenéis que volver a vuestra cabaña, en breve se os servirá la cena y algo de agua fresca —dijo tras un rato en silencio, como si algo la hubiera importunado y necesitara una excusa para librarse de ellos.

Confiando en que harían caso a sus indicaciones, dejó a los forasteros solos, al inicio de la escalera que conducía a la gran puerta de piedra del palacio. Al ver que nadie regresaba a por ellos, emprendieron solos el camino de regreso a su humilde cabaña, deleitándose mientras tanto con el paisaje.

El cielo anaranjado, proporcionando sus últimos minutos de luz, invitaba a los pájaros, que durante todo el día revoloteaban juguetones entre las casas, a irse a dormir. La suave brisa que les ayudaba a aliviar el sofocante calor se esfumó al bajar la temperatura, y la música que emitían las campanillas de oro colgadas de los árboles se silenció por primera vez en todo el día. Los que buscaban oro en el río dejaron allí sus bártulos y se fueron a sus hogares, junto a sus familias. Los rebaños descansaban tranquilamente encerrados en sus cercos y los niños, agotados tras estar todo el día correteando de aquí para allá, les proporcionaban a sus padres el momento de paz que tanto anhelaban. En compañía de Quemuechatocha o de Sagipe, todo el mundo les trataba con indiferencia, pero ahora que iban solos les mandaban constantes miradas de desconfianza y resentimiento.

Tras un agradable paseo, pese a todo, los dos amigos por fin llegaron a su cabaña. Desde lo alto de la colina donde estaba situada, José no pudo evitar darse la vuelta y contemplar una vez más el hermoso lugar en el que habían acabado. Puede que por casualidad o por caprichos del destino. Los guardias salían de sus habitaciones para aumentar la vigilancia durante la noche, finas columnas de humo salían de las cabañas, llenando ahora todo el valle de un olor de lo más apetitoso. Las luciérnagas revoloteaban danzarinas junto a los haces de luz que proyectaban las antorchas. Parecía que ni siquiera la cascada hacía ruido para no alterar la paz que lo envolvía todo y el descanso de sus vecinos.

—Podría vivir aquí para siempre —dijo el profesor a su amigo, tras un largo suspiro.

Pero el capitán estaba en la cabaña llenándose el estómago con los manjares que alguien ya les había llevado. El profesor sonrió y fue junto a él, pero le faltaba algo, algo que hacía que no se sintiera cómodo del todo. Ni el lugar más tranquilo del mundo ni el mayor paraíso de todos eran lo suficientemente buenos si no tenía a su lado a Isabel, después de tanto tiempo sin ella empezaba a notar su ausencia.

CAPÍTULO 56

Tras la gran puerta de piedra alguien se negaba a dormir a esas horas de la noche, caminaba entre las sombras para evitar que los guardias la vieran. Tuvo que cruzar enormes estancias prácticamente vacías, en las que cualquier mínimo ruido resonaba como un estruendo. A pesar de ir descalza, sus pasos sobre el suelo de mármol y oro provocaban un eco que se escuchaba a varios metros de distancia. Y sobre todo tenía que tener cuidado con su primo, que dormía en la misma planta que Quemuenchatocha. Hay quienes lo apodaban el *sybintiba* que nunca duerme, ya que su agudísimo oído le avisaba de cualquier ruido en los alrededores.

Por fin, tras ocultarse de un par de guardias y tener que permanecer escondida más de diez minutos detrás de una vasija y tratar de adoptar su forma hasta que el centinela abandonó su puesto, Sagipe llegó ante la puerta del dormitorio de su tío. Empujó la pesada puerta de oro y plata, con la chacana grabada en el centro, y las bisagras empezaron a chirriar, transportando el sonido hasta más allá del dormitorio del capitán de los güechas. En cuanto se abrió lo suficiente para poder pasar de lado por ella, se metió en la habitación del señor de El Dorado, dejando la puerta entreabierta, por miedo a que el ruido de los goznes alertara a alguien.

Esperaba encontrarlo durmiendo apaciblemente sobre su cama, pero en su lugar se encontró una gran cama vacía con las sábanas revueltas. Oteó toda la habitación hasta que encontró a su tío de pie, pensativo frente a la gran cristalera de su ventana. No llevaba puestos ninguno de los ornamentos característicos de su posición, tan solo una larga y ancha camisa de seda blanca. A simple vista era un anciano más dentro de una tribu milenaria. La luz de la luna llena iluminaba tenuemente la habitación y le daba a su semblante un aspecto casi fúnebre.

—¿Te acuerdas de cuando eras pequeña y te escabullías a hurtadillas de mis guardias para venir hasta aquí porque te daba miedo dormir sola? —preguntó el anciano, melancólico, sin esperar una respuesta, como si hablara para sí mismo recordando viejos tiempos—. Hacía mucho tiempo que no venías a verme a mis aposentos.

Se acercó a su sobrina y le besó la frente con una ternura paternal.

—Tío, he estado hablando con los forasteros y hay algo que deberías saber —dijo ella con preocupación—, desde que llegaron aquí tengo un mal presentimiento.

—Ramiriquí, nuestro chamán, ha leído sus almas. Son hombres de fiar, presiento que van a hacer algo importante por nosotros. José es un hombre muy

inteligente, solo busca conocimiento, lo ansía tanto que el único peligro que puede desentrañar es para sí mismo. ¿Y qué me dices de ese marinero, Juan?

Vio cómo su sobrina se sonrojaba, sonrió sin que ella lo viera y continuó.

—Ramiriquí predijo que estaba enamorado y que ya le han roto el corazón anteriormente. —La muchacha se dispuso a hablar, pero el anciano la interrumpió—. Al principio no sabía de qué se trataba, pero luego vi cómo te mira y cómo lo miras tú a él.

—Lo veo como un hombre atractivo, tío, pero sé que tú nunca aprobarías una relación como esa. Además apenas lo conozco —respondió Sagipe, sin atreverse a mirar a su tío a los ojos.

El anciano sonrió con ternura una vez más.

—Hace muchos años le prometí a tu padre, mi hermano, que cuidaría de ti como si fueras mi propia hija, y eso es lo que he intentado hacer durante todos estos años. —Las lágrimas se amontonaron en los ojos de la hermosa mujer y empezaron a derramarse por sus mejillas como gotas de plata, con la luna reflejada en ellas. Su tío le levantó el rostro y se las secó con el dorso de una mano—. Al igual que Chipaque, tú también has crecido. Te has convertido en una preciosa mujer, la más hermosa de todas. Si tengo que cumplir la promesa que le hice a tu padre, no puedo impedirte que te enamores. Pero eso sí, ten mucho cuidado, el amor puede ser traicionero y cruel.

—*Zeguene psihipkua* —lo abrazó con los ojos vidriosos.

—Aquí no soy el *psihipkua*, aquí soy tu tío, tu amigo, tu padre. —Ahora sí, Sagipe rompió a llorar en los brazos de su tío como la niña que era para él. Una niña que acababa de reencontrarse con su padre—. Bueno, cuéntame, ¿qué es lo que hablaste con ellos?

Retomó el señor la conversación anterior, en parte, para que su sobrina se tranquilizase y dejara de llorar.

—Fue José el que me lo dijo —se separó del pecho de su tío, se secó las lágrimas y sus movimientos volvieron a ser nerviosos y agitados—. Me dijo que estuvieron como prisioneros en un campamento en el que los bandidos estaban vaciando la montaña de esmeraldas. Pero no eran estrechos túneles, como los nuestros, ellos estaban acabando con la montaña entera. También me dijo que cree que era una de estas montañas.

—¿Sabes, Sagipe? Noches antes de que aparecieran nuestros nuevos huéspedes empecé a tener sueños. Las noches, el único momento del día en el que estoy libre de responsabilidades, me invadían imágenes que me mostraban la aniquilación de nuestro pueblo. Un ejército entero aparecía en nuestras tierras para llevarse nuestros tesoros. —La mujer escuchaba atentamente con los ojos abiertos de par en par—. Pero desde que llegaron estos hombres los sueños se

suavizaron. Sí, seguía habiendo sufrimiento, dolor y muerte en todos ellos, pero nuestro pueblo sobrevivía, el tan ansiado pueblo de El Dorado sobrevivía a una nueva guerra.

—¿Qué quieres decir con todo esto, tío?

—No sé si se tratarán de simples sueños, de alucinaciones o de una premonición. Lo único que sé es que hasta ahora hemos sido muy duros con esos dos hombres, que a mí me parece han venido a ayudarnos, aunque ellos todavía no lo sepan.

El anciano volvió a apostarse en la ventana y habló en dirección a la luna, su mejor amiga durante todas esas noches en vela.

—¿Y cuándo piensas decirles todo esto? —dijo ella, preocupada.

—De momento piensan que es imposible salir de aquí, tenemos que seguir haciendo que crean eso. Cuando llegue el momento, yo mismo se lo diré, pero hasta entonces hay que hacer que su estancia aquí sea lo más placentera posible. Hay que mantenerlos contentos para que no se quieran ir hasta que hayan cumplido su propósito. —Fueron unas palabras firmes y sinceras, una promesa.

—Esos dos no pintan nada aquí —dijo de pronto Chipaque, irrumpiendo en los aposentos de su padre—. Si alguien tiene que salvar a nuestro pueblo, ese será yo, el capitán de los güechas, los mejores guerreros muiscas.

—Tranquilo, hijo, tú también tendrás la oportunidad de demostrar tu valía —trató de apaciguarlo Quemuenchatocha.

—¿Demostrar mi valía? —El capitán parecía más nervioso por momentos—. ¿Me estás diciendo que mientras esos dos nos salvan, o por lo menos lo intentan, tengo que conformarme con demostrar mi valía? La he demostrado cientos de veces, en cada batalla que he ganado, que han sido todas. He luchado desarmado contra hombres armados con dos espadas, he luchado yo solo contra un número de guerreros que haría temblar a toda una escuadra, me han herido con un arma mágica que lanzaba bolas de plomo y aun así he ganado y tengo tantas cicatrices en mi cuerpo que parezco hecho con trozos de otras personas. ¿De verdad crees que todavía tengo que demostrar mi valía?

El *sybintiba* se puso a escasos centímetros de su padre, era más alto y más corpulento que él, pero aun así el anciano no se amilanó. Sagipe quiso ayudar a su tío, pero este alzó la mano para que se detuviera.

—Esos dos hombres van a salvarnos de una destrucción casi segura y tú, si quieres, puedes ayudarlos —dijo, impasible, el señor a su hijo—. Nunca te he ordenado nada, has sido un buen capitán y un excelente guerrero, pero como a esos dos hombres les pase algo por tu culpa, te prometo que vas a ver el verdadero poder de un *psihipkua* cuando la paz de su pueblo se ve en entredicho.

Parecía que con cada palabra que formulaba su tamaño aumentaba y el del

joven guerrero disminuía, pero tan solo era el respeto y la autoridad que infligía. Chipaque se mantuvo frente a su padre, muy rígido y respirando sonoramente cual toro antes de embestir. Pero eso fue todo. Pasados unos instantes el capitán se marchó dando un portazo tras él.

—¿Estás bien? —Se preocupó la joven, agarrando a su tío por el brazo.

El anciano puso una mano sobre la suya para tranquilizarla.

—Tranquila, todo está bien, tan solo está algo alterado. —Usó un tono de voz tan desenfadado que logró arrancar una sonrisa a la afligida mujer que tenía entre los brazos—. Es un buen chico, solo que ha sufrido demasiado para ser una persona tan joven. Él nos quiere, aunque no lo sepa demostrar, y tan solo quiere proteger a su pueblo, su futuro pueblo.

—Es cierto —sonrió y volvieron a abrazarse.

CAPÍTULO 57

Pasaban los días y los dos amigos se encontraban cada vez más cómodos en aquel lugar. Cada día se levantaban en aquella pequeña cabaña, alejada del resto del poblado, y daban un largo y agradable paseo para bajar hasta el pueblo. Se iban a hablar con su señor Quemuenchatocha o simplemente se quedaban por allí y trataban de conocer el terreno mejor e integrarse entre sus habitantes cada vez un poco más.

Sin contar con un par de palabras sueltas que José consiguió entender en aquel idioma que creía extinto, continuaban sin poder mantener una conversación con nadie que no fueran Quemuenchatocha, quien solamente los recibía y concedía audiencia cuando a él se le antojaba. Sagipe, que aunque continuaba con su juego de miradas con Juan cada vez que se cruzaban en el mismo camino, trataba de evitarlos. Por último estaba Chipaque, con él no tuvieron más que miradas de odio y repulsión, sobre todo por parte del Sybintiba de los güechas. Y Ramiriquí, de quien no volvieron a saber nada, nunca lo vieron salir de su lúgubre y tosco templo y ellos no se atrevieron a volver a subir hasta la cueva de nuevo. Alguna vez lo intentaron, pero cuando estaban a mitad de la escalinata se daban la vuelta con un ligero escalofrío recorriéndoles la espalda.

A pesar de ello, fueron bien acogidos entre el resto de la población, sobre todo por los niños, quienes tomaron a los forasteros como su nuevo juguete. Se acercaban a ellos hasta que estos estiraban un brazo para atraparlos y salían corriendo para escaparse, como si se tratasen de alguna especie de animal peligroso. Se escondían detrás de las casas, árboles o incluso detrás de las vacas y después los llamaban a gritos para que fueran en su busca. Algunos incluso intentaban hablar en español, igual que hacía el profesor, que se esforzaba en enseñarles vocalizando lentamente cada palabra, sin ningún éxito salvo alguna palabra suelta que consiguieron balbucear. Los padres, sonrientes, veían cómo sus hijos por fin jugaban y los dejaban tranquilos haciendo sus tareas, siendo los dos compañeros el centro de atención de sus juegos y travesuras.

Iban dando un agradable paseo por la vereda del río, descansando por fin del ajetreo provocado por los niños. Un grupo de hombres que estaba trabajando en la orilla comenzó a hablar a los dos amigos al ver cómo el profesor los observaba atentamente y parecía que los dibujaba en su pequeño cuaderno. Hablaban en un idioma que no conseguían entender, pero les pareció darse cuenta de lo que estaban intentando proponerles con tanta insistencia esos tres nativos.

Utilizaban un utensilio que parecía una sartén sin mango, casi como media esfera. Lo sacaban del agua, lo levantaban en el aire en dirección a ellos, para

mostrárselo, y luego unos gestos que parecían indicar que se acercara uno de los dos hasta allí. El capitán se atrevió y obedeció. Se quitó sus pesadas botas de explorador y se metió en el río para reunirse con los hombres que los reclamaban. Esos tres muiscas eran algo más bajos y delgados que él y, a pesar de tener más o menos la misma edad, parecían mucho mayores tras una vida de duro trabajo a la intemperie, por mantener vivo a ese maravilloso poblado.

El recipiente que le entregaron resultó ser una batea hecha de barro mezclado con carbón para oscurecerla. Con unos claros gestos le indicaron que los observara y comenzaron a hacer aquello que querían enseñarle. Uno de ellos, con una pequeña pala, cogió arena del fondo del río y la introdujo en la batea. Otro, el que sostenía esa sartén sin mango, empezó a imprimirle a su herramienta unos movimientos circulares. Eran unos movimientos suaves y delicados, pero firmes y constantes. Mediante esos movimientos conseguía separar los distintos materiales de los que se compone el lodo del fondo del río. Las partículas más pesadas enseguida se dirigían al fondo del recipiente y posteriormente, con otra nueva tanda de esos movimientos, las más ligeras eran desechadas y devueltas al agua.

Tras repetir la operación varias veces, en unas acanaladuras que había en un lateral de la batea, se quedaron depositadas las partículas que con tanto ahínco buscaban esos hombres. La mayoría eran tan pequeñas como simples granos de arena, pero había de más tamaños. Las había alargadas como granos de arroz, redondas y planas como lentejuelas y una de ellas que llamó especialmente la atención de los dos amigos que observaban atónitos. Sobre la oscura superficie de la batea, descansando sobre una de sus acanaladuras, había una del tamaño de un garbanzo.

Tanto Juan como José estaban anonadados, incrédulos ante lo que estaban viendo. Aquellos hombres no tuvieron que hacer más que menear en su recipiente la tierra del fondo del río y, entre otras, encontraron esa gran pepita de reluciente oro. El dueño de la herramienta cogió ese trozo de oro y se lo mostró al marinero con orgullo. Al ver el rostro que pusieron los dos forasteros, todos ellos rompieron a reír. Como si se tratase de un guijarro más, devolvió el garbanzo de oro al agua y enjuagó la batea para que su invitado pudiese practicar lo que acababa de enseñarle. El gesto de incredulidad de los dos forasteros al ver cómo arrojó el oro al río fue tal que provocó de nuevo las risas de esos hombres y el de otro grupo cercano.

Era el turno del marinero, le cedieron la batea y se preparó para buscar oro por primera vez en su vida. El hombre que tenía la pala metió un puñado de tierra en el recipiente y comenzó a moverlo del mismo modo que su mentor, o por lo menos eso intentaba. Constantemente la corriente arrastraba toda la tierra que meneaba y dejaba la batea completamente vacía. Las risas de los hombres que

intentaban enseñarle tampoco ayudaba y estuvo a punto de desistir, pero le pudo su orgullo y siguió intentándolo. Intentó disminuir la fuerza del río dándole la espalda a la corriente, pero el agua se colaba entre sus piernas y el resultado final era siempre el mismo. Entre risas, los tres muiscas le empujaron los hombros hacia abajo y entendió que debía agacharse y detener la corriente con su espalda. Finalmente consiguió que el contenido de la batea no se perdiera, pero separar los distintos materiales que la componían era todavía más complicado.

Al principio, sus movimientos eran tan enérgicos que él mismo arrojaba el contenido al río. Después eran tan sutiles y cuidadosos que apenas se movía todo el conjunto en el fondo del recipiente. Por fin, consiguió dejar los materiales más pesados al fondo y las acanaladuras repletas de los más ligeros, pero al intentar desechar lo inservible lo perdía todo de nuevo. Eran tres hombres, ninguno hablaba el idioma de Juan ni él hablaba el de ellos, y todos intentaban aconsejar y dar su opinión sobre la mejor manera de hacerlo. No fue tarea fácil entenderlos, entre tanto grito y efusivas gesticulaciones, pero con tiempo, paciencia y sentido del humor consiguió encontrar una técnica que pareció convencer a aquellos muiscas, que asentían satisfechos al ver el progreso y la rápida adaptación de sus visitantes.

Fue un golpe de suerte, apenas hizo falta que separase los materiales porque a simple vista se veía, pero aun así estaba orgulloso de haberlo encontrado. Los ojos del capitán chisporroteaban de alegría ante la visión de semejante trozo de oro. Si ya le pareció una maravilla aquel pequeño trozo del tamaño de un garbanzo, no tenía palabras para el que encontró con el tamaño y forma de un gajo de naranja. Los tres hombres que estaban con él reían, aplaudían y lo vitoreaban contentos por aquel hallazgo. Pero, de pronto, su rostro mostraba todo lo contrario. Estaba apenado al recordar lo que hizo el hombre que encontró el trozo antes que él, tirarlo de nuevo al río. Lo sostenía débilmente sobre el agua, con dos dedos, tan suave que se le hubiera caído con la mínima corriente de aire o al mínimo movimiento. Esos tres hombres asentían, gesticulaban efusivamente y decían cosas que fue incapaz de entender. Miró a su compañero en la orilla antes de arrojar ese tesoro, se reía a la vez que anotaba cosas en su cuaderno.

—No hace falta que lo tires —dijo alguien justo en el momento en el que se disponía a soltar el trozo de oro. Era Sagipe, lo observaba sonriente unos metros por detrás del profesor, y el rostro del marinero cambió de nuevo casi en el acto—. Dicen que nadie en su primer día ha logrado encontrar algo de semejante tamaño. Te ofrecen guardarte tu descubrimiento siempre y cuando vuelvas a batear con ellos.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de la mujer. A pesar de aparentar ser más

joven de lo que era en realidad, no era mucho más joven que el marinero, pero en ese momento relucía como una niña pequeña. Disfrutaba y se alegraba de que los forasteros se integraran tan bien entre ellos, sobre todo Juan.

—Eso está hecho. Si va a ser así siempre creo que vendré todos los días — bromeó ese hombre de apariencia desaliñada.

La sobrina de Quemuechatocha negó con la cabeza mientras sonreía.

—No te equivoques —comenzó a decir con un tono de voz muy dulce—, te ofrecen eso porque ha sido una hazaña encontrarlo en tu primer día. Todo lo que encontramos es llevado al palacio, donde es trabajado y se le da forma para utilizarlo en nuestras celebraciones o como ofrenda a Bachué.

El semblante de Juan volvió a serenarse. Una ligera sonrisa se dibujaba en sus labios, pero era más por cortesía que por alegría. Al fin y al cabo, era un buen pedazo de oro que sustituiría a la esmeralda que dejó como ofrenda a Yllapa. Si llegaba con él a la ciudad, podría sacar un buen dinero a cambio. Se introdujo la piedra en el bolsillo, se despidió de los tres hombres, todavía dentro del río, y fue a encontrarse con ella y con su amigo en la orilla.

—¿Qué quieres decir con ofrenda? —preguntó el profesor a Sagipe, repentinamente.

Ella pareció sorprenderse y puso una expresión como si se le hubiera escapado un secreto que no podía contar a nadie. Se disponía a contestar cualquier excusa para disuadir al maestro sobre el tema, pero algo la interrumpió.

Se escuchó un estruendo en el corazón de las montañas, como si quisieran advertirlos de algo, y el suelo tembló. Todos los habitantes de El Dorado dejaron aquello que estaban haciendo y miraron en todas direcciones, asustados. Miraban las montañas que los rodeaban y por encima de ellas, tratando de buscar una explicación a lo que acababa de ocurrir. Los niños se reunieron corriendo con sus padres y se refugiaron en sus hogares. José, en cambio, parecía reflexivo, como si supiera la explicación de aquello. Pero los únicos que se dieron cuenta de su gesto fueron Juan y Sagipe, que lo observaban confusos. Y también Quemuechatocha, que lo observaba con seriedad desde la parte alta de la escalinata, en la puerta de palacio, mientras asentía levemente, pensativo.

—¿Serán Michael y los suyos? —musitó el profesor sin darse cuenta.

Su amigo y la mujer clavaron su mirada en él.

—¿Qué quieres decir? —interrogó el marinero, confuso.

—¿Qué es Michael? —preguntó ella.

—Michael es el nombre del líder de la banda de buscadores de tesoros ingleses. Cuando estuvimos recluidos en su campamento vi cómo usaban voladuras para extraer las gemas de las montañas —respondió José, extrañamente pensativo—. Puede que ese sonido haya sido una de sus explosiones.

—¿Quieres decir que pretende atravesar la montaña para llegar hasta aquí? — anunció el capitán.

Se le notaba nervioso y no dejaba de mirar de reojo a Sagipe. Le preocupaba que pudieran hacerle algo malo los hombres que los buscaban tanto a él como a su compañero.

—Quiero decir que puede que ni siquiera se hayan dado cuenta de lo que realmente están haciendo —respondió el maestro, buscando a Quemuenchatocha con la mirada en la parte alta de la escalinata de palacio. Pero ya no estaba allí.

—Bachué, nuestra madre, madre de todos los hombres y mujeres muiscas y madre de nuestro padre. —Era la voz del señor del poblado que provenía de sus espaldas. Había bajado la alta y empinada escalera, había atravesado casi todo el poblado y acudido hasta a ellos sin que se percataran de su presencia. Lo cierto es que en su juventud tuvo que ser un hombre formidable—. Yo no sé quién es ese tal Michael, pero lo que acaba de pasar es que...

—¿Quieres decir que esa tal Bachué es a la vez vuestra madre y vuestra abuela? —interrogó confuso Juan, haciendo unos peculiares cálculos mentales.

No hizo falta respuesta, desvió la mirada y agachó la cabeza, intimidado. No dijeron nada y tampoco hicieron ningún gesto hacia él. Fue la mirada del anciano la que hizo que se arrepintiera de sus palabras, casi en el mismo instante de decirlas. No fue una mirada de enfado, ni la mirada del rey de unas tierras con todo su poder, fue la mirada de un hombre que veneraba a sus dioses y daría su vida por ellos si hiciese falta.

—Eso que habéis oído ha sido la selva, la tierra que estamos pisando, las propias montañas que nos rodean. Todo lo creado por Chiminigagua para avisarnos de que algo va cambiar. —El anciano hablaba mientras caminaba, lentamente, hacia la parte alta de la colina donde se encontraba la cabaña de los forasteros. Con la autoridad que le proporcionaba su posición, confiaba en que sus invitados lo siguieran. Así fue, José lo escuchaba atentamente, libreta en mano, por si acaso, mientras el capitán y la joven los seguían de cerca—. *Unnysqua quychyquy* —dijo el jefe del pueblo, sin mirar a nada más que al horizonte, por encima de las montañas. En el acto Sagipe se dio media vuelta y se dirigió hacia el poblado. Juan la siguió con la vista hasta que se perdió entre las casas, fue a decir algo, pero recordó la dura mirada que le lanzó el anciano hacía un rato y continuó ascendiendo en completo silencio—. Siempre que ha llegado aquí alguien de fuera, como ya te he dicho anteriormente, nuestro pueblo ha estado al borde de la extinción. Querían esclavizarnos para extender sus territorios, robarnos nuestro oro y nuestras joyas, e incluso robarnos nuestra religión y cambiarla por otra. Algo de un cristianismo que no tenía ni pies ni cabeza. —Ya se encontraban en la puerta de la cabaña, en la parte alta de la

colina. Quemuenchatocha observaba desde allí con anhelo y admiración a toda su tribu, sus gentes, desconocedores de lo que solo ellos, allí arriba, presentían que podía ocurrir—. Pero sé que tú estás aquí para otra cosa muy distinta. Ya lo predijo Ramiriquí cuando leyó tu espíritu. Presiento que esta vez será un forastero el que tiene que salvar a mi pueblo y no yo, ni Ramiriquí con sus conocimientos, ni Chipaque con todas sus tropas, sino tú. Él también tiene un papel importante en todo esto.

Esta vez le lanzó una mirada fugaz a Juan, que no se percató de ello porque estaba distraído observando cómo Sagipe y otra mujer subían hasta donde se encontraban para llevarles de nuevo la comida de ese día. Volvió a desviar la mirada a los pies de la larga subida hasta que su sobrina dejó la bandeja con comida y se reunió a su lado. Tras esa intensa conversación, el profesor no podía hacer otra cosa más que asentir, pensativo, intentando descubrir qué sería eso sobre lo que le advirtieron tanto el *psihipkua* como el *mapinguarí*. En completo silencio, el anciano y su sobrina, precedidos por la otra mujer, los dejaron allí solos de nuevo.

CAPÍTULO 58

Los días pasaban con la tranquilidad que era habitual. No se volvió a escuchar ese extraño ruido en las montañas, pero José no dejó de darle vueltas. ¿Qué podía haber provocado semejante estruendo? ¿Qué clase de cosa o ser sería capaz de hacer temblar a toda una cordillera? Lo cierto es que no dejó de pensar en ello ni un instante desde que ocurrió. Necesitaba saber por qué la selva lo había enviado hasta allí. Ansiaba descubrir qué clase de secreto, fuera el que fuese, tenía que conseguir que permaneciera oculto. Pero, sobre todo, quería terminar su misión en aquellas tierras para reunirse de nuevo con Isabel.

Ese día amaneció especialmente extraño. El viento no soplaba, el clima era denso y agobiante y las nubes permanecían estáticas, repletas y esponjosas. Los hombres que buscaban oro en el borde del río reían y vitoreaban sus hallazgos, que fueron abundantes durante todo el día. Los comparaban con la piedra que encontró Juan en su primer día de batea, pero ninguno podía compararse con esa hasta el momento. Los animales estaban más nerviosos de lo que era habitual y los ganaderos ya los encerraban en sus cercos. La constante penumbra en la que se veían durante todo ese día no dejaba pasar el aire y las campanillas no tintinearón su musiquilla por primera vez en toda su estancia en El Dorado.

El extraño chamán que leyó los espíritus de los visitantes observaba a sus convecinos desde las alturas de su templo y Quemuenchatocha paseaba relajadamente por su reino, revolviendo el pelo de los niños que pasaban correteando por su lado. José había conseguido plasmar todo el valle en su libreta, y dibujaba los últimos detalles. Juan cada vez tenía más afinidad con esa joven, que no lograba sacar de su mente, y con la que se pasaba horas enteras charlando y conociendo mejor los secretos y curiosidades de su hogar.

Se dio cuenta de que el río no era como todos los demás. La corriente provenía de las, aparentemente, tranquilas aguas del lago y discurría en dirección a la montaña, perdiéndose por debajo de esta. Descubrió que las campanillas no eran simples objetos que sonaban movidos por el viento, sino que cambiaban su música dependiendo del clima. También le permitieron visitar las cuevas que vieron más allá del palacio y más allá del templo.

Eran algo más que unas simples cuevas, eran largos y estrechos túneles lo suficientemente anchos como para que trabajaran dos o tres personas sin problemas, pero no más. A pesar de tener distintas entradas, una vez en el interior de la montaña, todas ellas se comunicaban en un complicado y larguísimo laberinto, fabricado generación tras generación durante miles de años. En él se podían encontrar yacimientos de varias clases de piedras preciosas. Tras

la pared por la que bajaba la cascada, abundaba el oro y la plata. En el resto de galerías se podían encontrar rubíes, esmeraldas, zafiros, diamantes y otras tantas que ni él ni el profesor consiguieron catalogar.

La primera vez que el capitán vio aquello se quedó completamente petrificado, no sabía cuánto tiempo, pero solamente se movió cuando a un hombre que se disponía a trabajar en los pasadizos no le quedó más remedio que apartarlo de un empujón porque le cortaba el paso.

—Si creéis que estáis aquí de vacaciones, estáis muy equivocados. Hoy vais a saber lo que es trabajar duro de verdad. —Era Chipaque, apareció detrás de ellos, como de la nada, y miró con dureza a Juan.

Cada vez pasaba más tiempo con su prima y ella parecía corresponderle. Y eso a él no le gustaba. Aún no se fiaba todavía de ninguno de ellos y menos de ese extraño hombre, cuyo espíritu parecía tener algunos manchurroneos.

—¿Que no sabemos lo que es trabajar duro? —dijo el capitán, aparentemente indignado—. Pásate un solo día en el campamento donde nos encerraron los ingleses, comiendo la bazofia que dan a los prisioneros, y luego hablamos de lo que es trabajar duro. O ponte a faenar en alta mar en mitad de un temporal.

—Eso dice muy poco de ti, dejándote atrapar como si fueses un animal de granja —añadió el capitán de los güechas.

Miró al forastero con indiferencia, como si fuera parte del paisaje, una brizna más de hierba mecida por el viento. El marinero fue a contestar, pero tan solo le salió un débil y ridículo ruidito. Una de las comisuras de los labios de Chipaque hizo un leve movimiento, como si por dentro se estuviera riendo de él. Con una actitud arrogante les dio la espalda y se marchó hacia el otro extremo del valle.

—No te preocupes, todo eso lo dice solo por incomodaros. En el fondo es un buen tipo, solo que se preocupa demasiado por su gente —salió en su defensa Sagipe, en un tono protector—. Hoy toca talar árboles, nuestras reservas de madera se están agotando y él es demasiado orgulloso como para pedirnos ayuda. Esa es su forma de hacerlo aunque no lo parezca.

La mujer, con su larga melena suelta, se dio la vuelta y observó con orgullo su pueblo. Su pelo la siguió como una estela. José hizo lo mismo, miró todo el poblado, la paz y la felicidad constantes en la que vivían, y pensó que él actuaría de la misma forma que el *sybintiba* si estuviera en su lugar. En cambio, Juan se perdió en la imagen de Sagipe, como si el viento solamente soplara alrededor de ella, haciendo ondular su cabello para hacerla más hermosa que el mismo valle en un día despejado de poniente.

—¿Talar árboles? —se extrañó el profesor, que buscaba desesperadamente un hueco vacío en alguna de las hojas de su libreta—. ¿Para qué?

La mujer sonrió.

—Como habréis podido observar, aquí casi todo está hecho con madera y constantemente hay que hacer reparaciones. De vez en cuando, el ganado se encabrita y rompen el cercado. Los juguetes de los pequeños, los adornos para las casas o complementos para vestirnos. Si algo podemos hacerlo nosotros, lo hacemos, solamente vamos a la ciudad a por lo que es estrictamente imprescindible —explicó.

—No lo entiendo —dijo el capitán con el gesto torcido. Sacó de su bolsillo el gajo de oro que encontró en el río, nunca se separaba de él desde entonces—. Teniendo tanto oro y tantas joyas, podríais tener lo que quisierais. ¿Por qué no lo hacéis?

Ella volvió a sonreír, paciente y comprensiva. Esos dos hombres pertenecían a un mundo completamente distinto y todo aquello era nuevo para ellos, puede que hasta confuso y difícil de entender.

—Esos días ya se han convertido en una tradición para nosotros. Casi todos los hombres del poblado se van al bosque a trabajar mientras las mujeres preparan un gran festín para la noche. El resto de los hombres y los niños preparan una hoguera enorme en el centro de la aldea y lo disponen todo para cuando llegue el momento. —La sonrisa era ahora más amplia. Parecía exultante, como si estuviera disfrutando ya de esa noche, que se avecinaba, tan especial.

—¿Qué bosque? —pregunto confuso José, que ya se había agotado de buscar un hueco libre en su libreta y se la guardó—. Vale que hay bastantes árboles repartidos por el valle, pero yo a eso no lo llamaría bosque. Además, no creo que se puedan hacer muchas cosas con ellos aunque se talen todos. Yo viajé algún tiempo con un *mobán* que tenía una *pucuna* poco más pequeña que estos árboles.

Sagipe volvió a sonreír y les dio la espalda.

—Seguidme —les ordenó a ambos.

Se alejó contenta y dando pequeños saltitos, como si pudiera escuchar las campanillas y bailara a su son. Una vez más, su carácter y sus movimientos no iban acorde a su edad. Al profesor, por un momento, esa actitud alegre y despreocupada le recordó al estresante *chullachaqui*, que empezó siendo su enemigo y terminó por convertirse en un entrañable compañero de viaje.

Iban directos hacia las montañas, al lado noroeste del valle. Parecía que no había nada más que el llano, lindando con la base de la montaña, pero al acercarse más descubrieron un hueco que se abría entre dos montañas, casi tan grande como el mismo poblado. Era el lado más sombrío del valle. Estaba repleto de árboles, pero no tenían nada que ver con el resto que se repartían por El Dorado. Estos eran altísimos, no tanto como los que había en el hogar del *mapinguarí*, pero sí más altos que la mayoría de los de la selva. Eran altos y fuertes, tan anchos como dos personas juntas, algunos incluso el doble de anchos.

Pero había algo peculiar en ese bosque, los árboles estaban perfectamente alineados, como si alguien los hubiera plantado allí.

Antes de entrar en ese hueco que se abría entre las montañas, Sagipe se despidió de ellos y regresó a la aldea.

Los hombres ya llevaban una buena parte de la mañana trabajando y ya habían talado un buen número de árboles. Los troncos se amontonaban de tres en tres, formando pirámides que sujetaban con unas finas y resistentes lianas. La superficie de los troncos la habían limpiado y estaban completamente pelados y lisos. Pero las ramas no eran desechadas, se guardaban a parte y con ellas harían los juguetes de los niños, collares, pulseras o cualquier instrumento cuyo tamaño permitiera aprovecharlas. Con el tronco se hacían listones para la construcción, o se llevaban a la orilla del río donde eran trabajados y convertidos en pequeñas embarcaciones parecidas a canoas estrechas.

—¡Dejádmelos a mí! —gritó alguien tras la curva que formaba la montaña.

Entonces apareció Chipaque. Guiaba dos fornidos bueyes, jóvenes e inexpertos, que estuvieron a punto de embestir a los forasteros al girar la curva y enfilar el camino de bajada hacia el poblado.

Claramente, los dos animales hacían un esfuerzo enorme al tirar de los árboles cortados, pero no eran los únicos. El joven capitán güecha, en la parte trasera de la pirámide de troncos, tiraba de dos cuerdas para estabilizarlos y que no tirase más un buey que el otro. El espeso manto de césped que cubría todo el valle permitía que resbalasen un poco mejor los troncos y así el esfuerzo de las reses fuera menor. Los dos amigos siguieron al joven con la mirada, con el ceño fruncido, hasta que se alejó. Entonces entraron en el bosque y observaron cómo trabajaban el resto de los hombres.

La coordinación era máxima, tanto de los que talaban los árboles, los que cortaban las ramas, como los que controlaban a los bueyes o los propios animales. Todo se hacía con una fluidez asombrosa, a pesar de la técnica tan rudimentaria que utilizaban. Como si fuera un huerto, cortaban los árboles por hileras. Cortaban los troncos hasta la mitad, lo suficiente para que pudieran seguir aguantando su propio peso. Cuando llegaban al último hacían lo mismo, pero este estaba sujeto con unas cuerdas en la parte superior, que engancharon con la ayuda de unas boleadoras. Cuando el último árbol de la fila era cortado, entre un puñado de hombres tiraban de las cuerdas para que cayera sobre el siguiente árbol. Entonces, los árboles caían unos sobre otros, derribándose entre ellos como fichas de dominó y acabando así con la fila entera. Después tocaba cortar las ramas para dejar el tronco pelado y que así fuera más fácil para los bueyes transportarlos.

Al contrario que Chipaque, el resto de los aldeanos los acogieron muy

amablemente y los recibieron con gran alegría cuando se reunieron con ellos en el linde del bosquecillo. Era gratificante poder trabajar con todos esos hombres a los que apenas entendían, y con sus animales, y poder coordinarse tan bien gracias a una técnica depurada durante siglos. Desde que los dos amigos acudieron al hueco que se abría entre las montañas, el *sybintiba* de los muiscas no volvió a aparecer, pero a ninguno de los presentes pareció importarle.

Ya había llegado hasta el otro lado del poblado. Separó uno de los troncos que bajó junto con los dos bueyes jóvenes y parecía que fabricaba una barca junto al río. De vez en cuando, echaba un vistazo hacia el bosque, pero no era más que un punto negro a lo lejos.

Trabajaron durante toda la mañana. Pararon únicamente para beber pequeños sorbos de los odres de agua o para picotear un ligero tentempié que llevaron los nativos en unos zurroneos. Cortaron los troncos con el hacha, tiraron de las sogas con las que controlaban la caída del árbol, limpiaron los troncos de ramas y ataron con lianas las pilas que se iban formando con ayuda de los bueyes. La verdad es que trabajaron como no lo hicieron en sus vidas, ni siquiera en el campamento de los ingleses, pero fue gratificante y satisfactorio y, además, podían decir que estrecharon aún más los lazos con aquella gente.

Cuando José o su amigo se paraban para descansar, más a menudo que el resto, provocaban risas entre los demás trabajadores. Se dejaban caer pesadamente sobre la mullida hierba y apoyaban la espalda en un tronco, una roca o en la misma montaña. Sin embargo, cuando uno de los muiscas paraba a tomar un respiro, no era más que unos pocos minutos en los que esperaba de cuclillas o de rodillas.

A media tarde comenzó a llover. Al principio no eran más que unas pequeñas gotas que incluso les vino bien para aliviarles de la fatiga. Pero poco a poco la lluvia se fue volviendo más copiosa. Algunos de los nativos empezaron a discutir entre ellos, los aventureros no conseguían entenderlos, pero dedujeron que discutían sobre si debían seguir trabajando o parar hasta que escampara el cielo. Fuera lo que fuese lo que decían, todo lo que sucedió a continuación no hubo más remedio que ir improvisándolo sobre la marcha.

Era imposible seguir trabajando con todo esa agua cayendo sobre ellos porque las herramientas se les escapaban de entre los dedos. Los animales se ponían cada vez más nerviosos y no obedecían las órdenes de sus cuidadores. Entonces, un relámpago partió el cielo en dos y el trueno que le siguió al instante hizo retumbar todo el valle. Dejaron todo lo que estaban haciendo y se dirigieron hacia la aldea a poner a salvo a sus familias. Aún quedaba una pila de troncos que estaba siendo arrastrada por un par de bueyes, pero nadie los guiaba. Se dirigían hacia el poblado, a la seguridad de sus cercos, sin ser conscientes del peligro que

desentrañaba la carga que arrastraban con ellos.

Llovía tanto que la tierra no podía absorber tanta agua y el valle empezó a inundarse. La pila de la que tiraban los dos animales se quedó encallada en el barro y los bueyes, exhaustos ante la incapacidad de seguir arrastrándolo, sucumbían a la fuerza del agua, la inestabilidad del lodo y el peso de los troncos. Mugían y berreaban con todas sus fuerzas, sus pezuñas se clavaban bien profundas en el lodo, pero ya era imposible controlar tanto peso y tan solo deseaban salvar sus vidas. Finalmente fallaron las fuerzas de esos animales y fueron arrastrados por los troncos. Iban directos hacia el poblado, descontrolados, y milagrosamente la cuerda que unía los troncos con los bueyes se quedó enganchada en un árbol y frenó su avance. Pero ahora se enfrentaban a un nuevo problema. El peso de los troncos era mayor que el de los bueyes y tiraba de ellos. La cuerda enganchada en el árbol se enredó en sus cuellos y sus patas y comenzó a asfixiarlos. Era cuestión de segundos, si no llegaba alguien hasta allí, esos dos animales morirían de una forma espantosa y quién sabe lo que pudiera pasar después con todo ese peso a la deriva.

—¿Qué estás haciendo? ¿Estás loco? —gritó José al ver cómo su amigo se disponía a ayudar a los dos animales atrapados. Lo cogió por el brazo para detenerlo.

—Si nadie hace algo por ellos acabarán muertos —miró con enojo a todos los hombres de su alrededor por no saber reaccionar ante semejante catástrofe—. ¿O acaso eso también lo quieres dibujar en tu libreta? —El profesor humilló la cabeza y el marinero se soltó de su agarrón con un tirón brusco—. Estamos en este lugar por algún motivo desconocido, ¿no es así? Pues puede que sea este el motivo precisamente, así que haz algo rápido si quieres volver a ver a Isabel pronto —añadió mientras buscaba la forma más rápida de llegar hasta la pila de troncos que tiraba de los animales.

Esas últimas palabras fueron como una inyección de adrenalina y el cerebro de José comenzó a trabajar a toda prisa.

—¡Vamos, no os quedéis ahí parados, es vuestro pueblo el que está en peligro, son vuestras familias a las que hay que salvar! —se desgañó para hacerse oír a través del torrente de agua.

Los hombres con los que trabajaron durante todo el día no lo entendían, pero no hizo falta. El aventurero salió corriendo en dirección al poblado y todos lo siguieron.

Los trabajadores del bosque reunieron a sus familias, las tranquilizaron y buscaron un lugar para ponerse a buen recaudo. Quemuenchatocha y algunos guerreros güechas apremiaban a la gente y la ayudaban a llegar hasta las puertas del palacio, que estaba a suficiente altura como para evitar el agua. Sagipe y

Ramiriquí hacían lo mismo, pero desde la entrada al templo, que se encontraba a mayor altura todavía.

Mientras prácticamente todos los aldeanos ya se habían puesto a salvo, Juan y José descendían la ladera del valle en dirección a los bueyes atrapados, como si de un tobogán de agua se tratara. Cuando llegaron hasta ellos, deshicieron los nudos de la liana que sujetaba los troncos y estos se precipitaron en dirección al pueblo. Los animales, al verse por fin liberados, salieron corriendo, alejándose de lo que estuvo a punto de ser su tumba.

—Asegúrate de que se ponen a salvo, están muy débiles y desorientados — ordenó Juan al profesor, un instante antes de continuar el descenso hasta el río, deslizándose por el lodo.

—¿Qué pretendes hacer ahora? —Habló todo lo alto que pudo, pero fue inútil.

El capitán no estaba muy lejos de él, pero la brutal tromba de agua que caía del cielo y los rápidos que se formaron valle abajo silenciaron su voz.

Los troncos que había soltado descendían el valle descontrolados, cogiendo cada vez mayor velocidad. Quería llegar hasta ellos e intentar, del modo que fuera, desviarlos de su trayectoria, pero parecía inútil. Abajo del todo, junto a la orilla del río, estaba Chipaque todavía, trabajando en su pequeña embarcación. Trabajaba tan afanadamente que el tronco entero sobre el que trabajaba pocas horas atrás ya tenía la forma de una pequeña barca. Trabajaba sin descanso, intentando descargar la furia que por momentos aumentaba al ver a esos dos forasteros en su pueblo, entre su gente y relacionándose con ellos. Tan inmerso estaba en su trabajo, descargando su ira sobre la madera, que no se percató de lo que ocurría a sus espaldas ni de que tres troncos gigantes iban directamente hacia donde él se encontraba.

Pasó precisamente aquello que el marinero quiso evitar. Esos troncos fueron a parar justo en la posición del jefe de los güechas. Por suerte, uno de los pequeños árboles que invadían el poblado y la propia barca en la que trabajaba el joven guerrero, amortiguaron el golpe. Aun así, la fuerza con la que embistieron fue tremenda y uno de ellos impactó en su cabeza. Chipaque estaba ahora inconsciente, tendido sobre los troncos que acababan de golpearlo, y con el nivel del agua subiendo a una velocidad peligrosa. Cuando el marinero llegó hasta él, pasó los brazos por debajo de sus axilas y tiró con todas sus fuerzas, pero el joven inconsciente no se movía, parecía tener un pie atascado con algo. Efectivamente, tenía el pie atrapado entre dos troncos y el nivel del agua amenazaba con ahogarles a los dos si no actuaba con presteza.

A lo lejos, Sagipe, José y prácticamente todos los habitantes de El Dorado gritaban y animaban a los dos hombres cuyas vidas peligraban en la vereda del

río. Pero todo ello no era más que un leve murmullo ahogado tras la cortina de agua. Chipaque ya estaba totalmente sumergido en el agua, no le quedaba mucho tiempo para reaccionar. Afortunadamente la lanza del joven *sybintiba* estaba cerca y la utilizó para hacer palanca. Tiró con todas sus fuerzas, pero no sabía si funcionaba o no, el lodo le impedía ver lo que había debajo.

Tras unos interminables y agotadores segundos, el cuerpo del joven apareció flotando frente a él todavía inconsciente. Ahora le tocaba poner a ambos a buen recaudo, cargando, eso sí, con el peso del cuerpo. Fue agotador, el agua le cubría hasta la cintura y bajaba con tanta fuerza que podría arrastrar rocas enteras. En un par de ocasiones se le resbaló el cuerpo de Chipaque y tuvo que nadar a por él. Estaba totalmente exhausto, a tan solo unos pocos metros de la escalera de palacio, pero se veía incapaz de cubrir esos pocos pasos que le faltaban.

Finalmente le fallaron las fuerzas y se hundió junto con el hombre al que intentaba salvar. Fueron impulsados peligrosamente hacia los escombros que se amontonaban en la orilla. Tan solo pudo intentar dejar la mano en la superficie, en un desesperado intento por señalar su posición. Cuando toda esperanza lo abandonó y asumió que había llegado su hora, algo rozó su mano. Era fino y blando, pero por lo menos era algo a lo que agarrarse. Se sujetó con todas sus fuerzas y alguien comenzó a tirar de él. Poco a poco, tanto el capitán como el jefe de los güechas salieron del agua. Los arrastraban con una cuerda que fabricaron uniendo piezas de ropa que reunieron entre todos. Muchos de ellos se quedaron casi desnudos bajo esa brutal tormenta, pero no importaba con tal de salvar al hombre que se jugó la vida por el hijo del *shybintiba* y por dos bueyes.

Tras un duro trabajo conjunto entre todos lo que se encontraban en la parte superior de la escalinata de palacio, consiguieron poner en tierra firme a los dos hombres. El forastero, aunque estaba completamente agotado, se encontraba en perfecto estado, pero el guerrero estaba inconsciente y su vientre no daba señales de respirar.

—¡Apartad! —ordenó Juan, echando a un lado a todo aquel que se amontonaba junto al cuerpo de Chipaque.

Nadie se explicaba de dónde pudo sacar tanta energía de pronto, pero obedecieron sin protestar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el profesor, sorprendido, intentando averiguar qué se disponía a hacer su amigo.

—Ya te dije que yo mismo he probado todos mis inventos —dijo mientras colocaba al joven boca arriba, con los brazos extendidos junto al cuerpo—. Sé cómo tratar esto, seguramente he estado a punto de ahogarme más veces que cualquiera en este sitio.

Entrelazó sus manos, las colocó en la boca del estómago y empezó a imprimir

unas pulsaciones, como si imitara el movimiento del corazón. Todos los allí presentes apenas respiraban, nadie había visto nunca hacer algo semejante y parecía que respiraban lo justo por no quitarle oxígeno al hombre que estaba ahí tendido, debatiéndose entre la vida y la muerte. Al fin, Chipaque dio señales de vida. Tras un par de angustiosos minutos empezó a toser y a escupir toda el agua que había tragado. El marinero dejó sitio para que su padre se reuniera con él, mientras movía la cabeza de un lado para otro, buscando algo.

Finalmente la vio, a Sagipe, buscándolo a él también, desesperadamente. Su pueblo se acababa de inundar y la tormenta casi acaba con él, pero aun así parecía contenta, estaba risueña, feliz porque él había salido indemne de doto aquello. Por fin se dejó vencer por el cansancio y se sumió en un profundo sueño con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en los labios.

A un lado, combatiendo su propio conflicto, una vez que pasó lo más grave, estaba el profesor. De debajo de su camisa sacó con sumo cuidado su libreta. Apenas la agarraba con la punta de dos dedos, estaba chorreando y cualquier movimiento brusco podría deshacerla. La posó frente a la hoguera con suma delicadeza, como si fuera un frágil animalillo con hipotermia, y se preocupó de que nadie se acercara al cuaderno, sobre todo los niños.

CAPÍTULO 59

Los despertaron unas agudas risillas y unas pisadas correteando despreocupadas a su alrededor. Unos pocos niños jugaban en el interior del palacio como si se encontraran en su habitual lugar de recreo. Si escuchaban atentamente, aún se podía oír la lluvia incesante del exterior. Los que lograron llegar a la parte alta de la escalera de palacio, se alojaron allí, en la sala principal, todos juntos, hasta que dejara de llover. Su estancia allí fue más cómoda de lo que se esperaban. Las gruesas paredes de piedra los aislaba de la humedad y una chimenea, constantemente encendida, los mantenía calientes durante todo el día. Por si fuera poco, durante todo el tiempo que estuvieron allí, los cocineros del señor del poblado prepararon la comida para todos, tierna y sabrosa. Los niños jugaban despreocupados sin pararse a pensar que estaban en el hogar de su *psihipkua*. Hubo charlas interminables entre Quemuenchatocha y los dos forasteros, pero uno de ellos tenía la mente en otro lugar.

Constantemente el marinero buscaba entre los allí reunidos a Sagipe, por si las veces anteriores no la había encontrado por un descuido, o bien intentaba mirar por las ventanas, pero estaban demasiado altas como para poder ver nada desde ellas. A cada rato, José se acercaba a la chimenea, por fin se atrevió a abrir la libreta y pasaba las hojas con cuidado para secarlas una a una. Su empeño y dedicación tuvo su recompensa. Las hojas estaban sucias, la tinta se había corrido y algunos dibujos estaban emborronados. Pero pese a todo, sus notas se entendían casi en su totalidad y el resto podría recuperarlo de su imborrable memoria.

Por otro lado, los que se refugiaron en la caverna que hacía las veces de templo, casi hubiesen preferido haberse jugado la vida atravesando la riada en busca de cualquier otro refugio mejor que aquel. La cueva era húmeda, tanto que incluso mojaba la ropa. Por si fuera poco, el agua se filtraba por las paredes y formó una gotera, que a su vez formó un charco que todo el mundo pisoteó y esparció por el interior. Hacía tanto frío allí dentro que solo conseguían entrar en calor los que se apiñaban en primera fila alrededor de la hoguera. El resto tenían que hacer turnos por conseguir un buen puesto cerca del calor. Todos ellos, mientras estuvieron allí dentro, tuvieron que alimentarse de las cosas extrañas que guardaba el sacerdote en cada uno de sus tarros de cristal. Muchos de ellos no probaron bocado e incluso se aventuraron a cazar algún insecto que pasó por allí y trataron de comérselo.

Tres días y dos noches estuvo lloviendo. El segundo día cesó el temporal y en su lugar se quedó una llovizna constante. No era nada a lo que no estuvieran

acostumbrados, pero la mayoría de las viviendas habían sufrido daños y era imposible vivir allí mientras lloviese, por poco que fuera. Lentamente, el agua fue descendiendo hasta el río o la fue filtrando la tierra. Al final del tercer día dejó de llover un par de horas antes del anochecer, pero estaba todo tan embarrado que era imposible caminar sin caerse. Esa tercera noche unos durmieron plácidamente en el palacio, mientras en el templo, los refugiados, se amontonaban en la entrada de la caverna observando cómo poco a poco se iba acercando la hora de abandonar ese lugar.

El sol lucía con intensidad en el cielo, ahora claro y despejado. El canto de los pájaros invitaba a disfrutar de aquel precioso día y las campanillas volvieron a entonar una musiquilla tan agradable como el clima de ese día. El perfecto pasto que cubría el valle el día que llegaron se convirtió en una mezcla de barro, hierba, rocas y troncos, todavía húmedo. En él todavía podían verse claramente los surcos que dejó el agua al bajar a toda velocidad hasta el río. Más abajo, en el poblado, la mayoría de las casas tenían graves desperfectos. Muchos de los tejados, hechos con hojas, estaban agujereados o ni siquiera estaban. Varios troncos de los que recolectaron los hombres del pueblo tres días atrás derribaron y atravesaron las paredes de algunas de las casas. Otros se amontonaban, semienterrados, en el barro, impidiendo el acceso a ellas. La barca en la que estuvo trabajando Chipaque flotaba ladeada, imperfecta y solitaria en el centro de la laguna

Indecisos y superados por todo el trabajo que les esperaba en adelante, poco a poco todos los habitantes fueron saliendo de sus refugios y se dirigieron perezosamente hacia sus hogares, tratando de decidir por dónde empezar a arreglar aquel desastre. Con ayuda, nuevamente, de los bueyes, retiraron uno a uno todos los troncos que se desperdigaban por el valle y los amontonaron en su lugar, donde más tarde serían convertidos en tablones con los que arreglar todo lo que estaba roto. Los niños, por primera vez desde que los dos amigos llegaron allí, no jugaron en todo el día. Se encargaron de retirar todo aquello que podían coger con sus pequeñas manos, como pequeñas rocas, ramas y restos de las cabañas esparcidos por doquier. Las mujeres ayudaban a sus hijos a retirar todo lo que era demasiado pesado para ellos y también se ocuparon de entrelazar la paja y las hojas para los nuevos tejados. Todo lo que fueron retirando, tanto los niños como las madres, lo amontonaron a un lado del poblado, en una montaña que no tardó en hacerse tan alta como un hombre. Los hombres, ya fueran ganaderos, pescadores, guerreros güechas o los propios forasteros, trabajaron codo con codo para reconstruir todas las casas lo más rápido posible.

Otros tres días estuvieron trabajando sin descanso. Cuando el sol se ponía encendían antorchas por todo el poblado y continuaban trabajando bajo la luz

anaranjada y danzarina del fuego. El profesor se olvidó por completo de su libreta, tan solo quería ayudar a esa gente que por poco se queda sin hogar. Lo mismo pasó con Juan, tan enfrascado estaba en su trabajo que no pasó ni un solo momento con Sagipe. Tan solo unas miradas fugaces cada vez que se cruzaron mientras trabajaban.

Pero todo ese esfuerzo mereció la pena. Todas las casas volvían a estar en perfecto estado, como si nunca hubiese pasado nada, y los pequeños árboles que se esparcían entre las viviendas parecían más frondosos y fuertes que nunca. El clima favorecía el crecimiento de la hierba y el valle ya volvía a verse de un verde intenso. Y, cómo no, las campanillas entonaban su alegre música para agradecer el esfuerzo realizado por todos.

Pasaba del mediodía cuando definitivamente dieron por finalizada la reconstrucción del pueblo. Comieron cualquier cosa que pudieron encontrar, cada uno en el mismo sitio donde terminó de trabajar y con la misma gente con la que lo había hecho. Quemuenchatocha estaba descansando en cuclillas, riendo abiertamente con los niños que jugaban con el penacho de plumas de su corona. Juan reía y comparaba su pepita de oro con los mismos hombres que le enseñaron a batear. Y José, tan reflexivo como de costumbre, revisaba su libreta e intentaba ponerla al día de todo lo sucedido. Ambos intentaron imitar la postura de los muiscas al descansar, pero les resultaba demasiado incómodo y volvieron a dejarse caer sobre el mullido suelo.

De pronto, las conversaciones se suavizaron, muchas voces se silenciaron y todos miraban al mismo lugar, la puerta del palacio. De ella salió, tras estar seis días inconsciente, Chipaque. A pesar de su corpulencia se le notaba claramente debilitado. Llevaba una venda en la cabeza protegiendo la herida que le hizo el tronco al golpearle. Por debajo de la venda, cerca de la oreja, se apreciaba un creciente moratón, como el que tuvo Juan cuando Fernando le golpeó con la pala para poder entrar en la enfermería. Renqueante comenzó a descender la larga escalinata, que ahora parecía un pasillo de fuego debido al reflejo del sol, muy lentamente. Aunque intentó ocultar su tullimiento al caminar, sentía un gran dolor en la pierna que quedó atascada entre los troncos, tal y como revelaba el puño que se aferraba con todas sus fuerzas al asta de su lanza, que usaba como apoyo a cada paso.

A pesar de estar convaleciente y no estar en plenas facultades, el joven capitán güecha tenía algo que obligaba a tenerle respeto. Un paisano se le acercó para ayudarlo a caminar, pero estiró un brazo firmemente en su dirección y el hombre se detuvo. Desde ese preciso instante, nadie más intentó ayudarlo. Cruzó el pueblo bajo la atenta mirada de todos los aldeanos, hasta que llegó a la orilla del río, cerca del lugar donde sufrió el accidente, donde estaban ellos.

—*Ipqua* —dijo secamente el joven heredero al trono de El Dorado, cuando llegó al lugar donde estaba el hombre que le salvó la vida.

Chipaque asintió con la cabeza y acto seguido, confuso, el marinero imitó su gesto. Después de eso el *sybintiba* se marchó de nuevo a palacio, con la misma seriedad y firmeza con la que salió de él. Juan lo siguió con la mirada, extrañado, observando cómo a su alrededor algunas de las personas que se encontraban cerca miraban a su príncipe con asombro y boquiabiertos. Otros parecían estar haciendo un gran esfuerzo tratando de reprimir una risa que parecía incontrollable. Cuando se alejó, Sagipe se acercó corriendo a toda prisa. Tenía la respiración acelerada por la carrera y se podía adivinar una ligera sonrisa en sus labios.

—¿Por qué te ríes? ¿Qué ha pasado? Y sobre todo, ¿qué significa *ipqua*? —La voz del marinero sonó con una mezcla de confusión y enojo, intentando hallar la explicación a esta actitud repentina de todos los presentes.

—Es la primera vez que pasa esto —consiguió decir la joven, con la respiración todavía entrecortada. Echó un último vistazo a su espalda, al camino vacío que siguió su primo hasta el palacio.

—¿El qué? —El capitán estaba expectante.

—*Ipqua*, en nuestro idioma, quiere decir «gracias» —aclaró ella—. Es la primera vez que lo vemos agradecerle algo a alguien. Y no es que no hubiese tenido ocasiones anteriormente para hacerlo.

—Si realmente está agradecido ¿por qué parece que me odia? —El capitán miró hacia el palacio y vio cómo el joven guerrero terminaba de subir la escalinata y se encerraba tras las grandes puertas de piedra y plata.

—Su orgullo es su arma más poderosa —confesó Sagipe—. No es la primera vez que lo ayudan a escapar ileso de alguna situación difícil. Han abatido jabalís que corrían furiosos hacia él, estando desarmado. Lo salvaron, en una ocasión, de unos hombres que lo perseguían con unas armas extrañas que escupían fuego. Y lo sacaron de una cueva, cuya entrada fue bloqueada tras una pequeña avalancha. Pero en todas esas ocasiones, a pesar de haber tenido ayuda, tenía opciones, por pocas que fuesen, de solucionarlo por sí mismo.

—¿Y qué tiene eso de diferente? —La mujer le lanzó una tierna sonrisa y se acercó un poco más a él.

Su fresco aroma lo envolvió y tuvo que hacer un gran esfuerzo por seguir escuchando y no lanzarse a sus brazos.

—No hay nada de lo que Chipaque desconfíe más que de un forastero, como sois tú y José. Si ha sido capaz de darte las gracias es porque verdaderamente su vida se vio en auténtico en peligro. Si tú no hubieras ido a ayudarlo, se habría ahogado o desangrado por su herida en la cabeza. —La joven miró risueña a sus

paisanos.

Ellos también estaban sonrientes por haber visto algo que parecía impensable. Su *sybintiba*, el gran comandante de los güechas, el mejor guerrero muisca de todos los tiempos, dándole las gracias a un forastero. Los hombres con los que estaba el marinero en el río, con los que ya tenía cierta confianza, se acercaron a él y también le daban las gracias, aparentemente a modo de burla.

Llegó la noche y con ella una tardía celebración por la recolecta de madera. Añadieron también la celebración por haber reconstruido el poblado sin más incidentes que las heridas del joven cacique. Una hoguera enorme ardía intensamente a los pies del palacio. Tenía varios metros de altura y otros tantos de ancho. Alrededor del fuego se cocinaban conejos, gallinas, cerdos y corderos, abiertos por la mitad o trinchados y rellenos con fruta y clavados en unas estacas en el suelo.

De pronto, todos guardaron silencio y las puertas del palacio se abrieron. Apareció Quemuenchatocha y por cada uno de sus costados, una fila de tres músicos. Los seis músicos bajaron la larga escalinata perfectamente sincronizados y con su instrumento apoyado sobre el hombro, del mismo modo que haría un soldado durante la revista de un general con su arma. Los habitantes de aquel lugar sonreían y cuchicheaban entre ellos, pero ambos forasteros se buscaron con la vista y se miraron confusos.

El señor del poblado, presidiendo la noche desde la gran puerta de piedra y plata de su hogar, alzó los brazos. Los músicos, que ya estaban en la zona donde se llevaba a cabo la celebración, se llevaron sus instrumentos a los labios y soplaron con todas sus fuerzas. Un sonido grave y resonante recorrió todo el valle e indicó el comienzo de la fiesta.

—Demos gracias a Sua por ahuyentar de nuestro poblado a la tempestad que trajo consigo Yllapa. —El señor hablaba en tono solemne desde las alturas, para todos sus súbditos—. Ahora disfrutemos de los manjares que nos proporciona Yacuruna en este valle, el lugar que creó Chiminigagua para que sobreviviéramos todos los hijos e hijas de Bachué y su hijo.

El anciano habló en su extraña lengua natal, pero gracias a una impecable traducción de Sagipe pudieron entenderlo todo.

La banda de músicos empezó a tocar al instante. Había instrumentos de todas clases que alternaban según el tipo de música que tocaran, tres clases distintas de flautas, trompetas, tambores y otros instrumentos de percusión. A pesar de la distancia que debía haber hasta el mar, también utilizaban otros instrumentos hechos con grandes conchas y caracolas. Varios hombres tiraban de unas carretas en las que llevaban más carne, para reponer inmediatamente la que la gente se llevaba del borde del fuego.

Quemuenchatocha, aparentemente rejuvenecido, parecía que competía con uno de sus soldados para ver quién bebía más. A pesar de ser mucho mayor y ser más pequeño físicamente, el anciano parecía plantarle cara al guerrero, a quien ya se le empezaban a sonrojar las mejillas debido al licor. Ramiriquí intentaba sorprender a los niños con sencillos trucos de magia, pero estos se alejaban de él ante el pavor que les producía su rostro lleno de pendientes.

Todo el mundo gritaba, cantaba, saltaba y bailaba. José pudo practicar los bailes que aprendió durante sus noches en aquel chiringuito de la playa con aquella exótica mujer. También aprovechó para dar unas lecciones a sus nuevos amigos, que desconocían ese estilo de baile tanto como él el primer día que lo vio. El alcohol también abundaba durante la fiesta, sobre todo la chicha y un extracto dulce de la caña de maíz que dejaban fermentar. Todos se llevaban bien y todo el mundo se divertía, o eso parecía.

Juan y Sagipe también bailaban y cantaban, bebían y comían igual que el resto de los presentes, a veces lo hacían juntos o a veces con otras personas. Pero su juego de miradas duraba demasiado. Cada vez que bailaban juntos, su deseo aumentaba, y cada vez que se separaban crecían las ganas de regresar al lado del otro. Chipaque, por otro lado, permaneció sentado en uno de los bancos más alejados, a los que apenas llegaba el calor de la hoguera. Estaba ajeno a la celebración, pero no tan alejado como para que nadie pudiera decir que le daba la espalda al que un día sería su pueblo. Con frustración y con rabia observaba a esos forasteros a los que todos trataban ya como uno más de ellos, y a uno de ellos, alguien en concreto, como algo más que un amigo. Pero no podía hacer nada al respecto, esos hombres, a los que él veía como intrusos, salvaron su vida y la del pueblo. No tuvo más remedio que tragarse su orgullo y observar con resignación desde la distancia.

CAPÍTULO 60

Ya era bien entrada la noche y el alcohol empezó a hacer acto de presencia. No habían peleas como en los bares a los que estaban acostumbrados, pero muchas personas dormían en el suelo, a pesar de tener las cabañas totalmente reconstruidas, incapaces de llegar andando hasta ellas. Sin embargo, los músicos todavía tocaban con el mismo énfasis como al comienzo de la celebración y los que quedaban bailando parecía que no sentían el cansancio.

De pronto hubo un nuevo temblor y las montañas volvieron a gemir. Todo se paralizó por unos instantes, todos miraban confusos y temerosos a su alrededor. Incluso algunos de los que hacía un instante dormían plácidamente sobre la mullida hierba, se pusieron en pie, totalmente despiertos, y parecía que esperasen algún tipo de desastre. Tras unos angustiosos segundos, en los que no volvió a suceder nada extraño, todo volvió a estar como unos instantes atrás.

Bailaban y cantaban sin descanso, y comían y bebían sin saciarse. Todos menos el *psihipqua*, Quemuenchatocha, y el profesor, que se buscaron con la mirada entre las llamas de la enorme hoguera con el semblante muy serio.

—Ven conmigo —susurró Sagipe al marinero en el oído—. Aprovechemos ahora que aún tenemos tiempo.

Se acercó a él por la espalda, sigilosa como una criatura de la noche, y lo rodeó delicadamente con sus brazos. En un instante el fuego de la hoguera crepitó con brusquedad y acto seguido se detuvo. Todos los aldeanos que quedaban en pie bailaban a su alrededor y ninguno se percató de que las llamas estaban inmóviles. Un instante más tarde entendió que realmente no eran las llamas lo que veía, si no el pulso de su corazón cuando se le acercó esa hermosa mujer.

—¿De qué estás habl...? —Juan se dio la vuelta, en cuanto recobró la compostura para reaccionar, pero ya no estaba allí.

Se levantó de un brinco y la buscó nervioso por todo su alrededor, hasta que finalmente la encontró, a través de las llamas temblorosas de la hoguera. Se había escondido detrás de un pequeño árbol de los que abundaban por todo el pueblo, mirándolo con deseo y escondiendo una sonrisa traviesa tras su mano. Rodeando por fuera el lugar donde se encontraban todos, buscando la privacidad de las sombras, allá donde no alcanzaba la luz del fuego, llegó hasta ella. La sobrina del señor se puso de puntillas cuando el capitán llegó a su lado. Lo agarró del cuello de la camisa y tiró delicadamente, pero con firmeza, hacia ella. Sus cuerpos estaban totalmente pegados el uno con el otro y sus labios tan cerca que podían notar la calidez que desprendían.

Juan cerró los ojos, escuchó una risilla traviesa y cuando los volvió a abrir,

había vuelto a desaparecer. Volvió a buscar a su alrededor y vio algo tirado en el suelo, cerca del resbaladizo camino que tomaron para llegar a las pozas de aguas termales. Era la especie de camisón que llevaba puesto Sagipe, el rubor y los nervios lo invadieron con tan solo imaginarse lo que le esperaba unos metros más adelante. Se aseguró de que nadie lo viera, tomó el camino y desapareció tras la cascada, protegido por la más absoluta oscuridad y la nube de agua vaporizada.

La mayoría de los aldeanos ya se habían ido a dormir a sus cabañas o lo hacían por ahí tirados. Y los que quedaban despiertos estaban tan enfrascados en sus bailes, que no se percatarían de la ausencia de una o dos personas. Pero hubo alguien que sí se dio cuenta, el joven y desconfiado *sybintiba*. No se había movido del sitio en toda la noche, esperando que, efectivamente, su sospecha se hiciera cierta. Miró con seriedad a su padre, que se había quedado dormido sobre un tronco con dos niños, que un rato antes jugaban con su penacho de plumas, en su regazo. Volvió a dejar la vista clavada en la cascada.

Desde las alturas, en la misma entrada del templo, Ramiriquí también vio a la pareja de enamorados buscando un rato de intimidad. Pero al contrario que el capitán güecha, este reía abiertamente al ver que la predicción de un cambio importante en sus vidas estaba empezando a cumplirse.

Corrió agachado, a través de la estrecha grieta, lo más rápido que pudo y cuando salió a las pozas no se pudo creer lo que tenía ante sus ojos. Del manantial de agua caliente salía vapor y lo envolvía todo en una agradable, cálida e íntima niebla. La luz de la luna, situada justo encima de la abertura en la montaña, los iluminaba con una tenue luz nívea. Las piernas le comenzaron a temblar cuando encontró a la mujer, desnuda, metida en otro de los manantiales hasta el pecho. Su pelo negro, mojado, enmarcaba su rostro cual cielo nocturno envuelve a su luna. La silueta de sus pechos sobresalía del agua y su sonrisa lo invitaba a posarse junto a ella. No sabía qué hacer, su corazón y su mente le decían una cosa, pero su cuerpo no respondía. Sagipe se apartó el cabello y dejó a la vista su cuello. Eso fue el impulso que el marinero necesitaba.

Tratando de calmarse, lentamente, se quitó la ropa, se acercó al borde y respiró hondo. Ella lo miraba con ternura, sin borrar esa sonrisa juguetona de sus labios mientras jugaba sensualmente con el agua. Con decisión, se apoyó en el borde del manantial y saltó dentro de él.

—¡Joder, qué frío! —gritó Juan en cuanto se metió en el agua, rompiendo aquel apasionado momento—. ¿Acaso no tienes sensibilidad o qué? —la acusó, intentando mantener los brazos fuera del agua.

Ella sonrió, se acercó nadando hasta él, lo cogió de las manos y le hizo sentarse en el lugar donde lo estaba ella antes.

—Tan solo quería comprobar lo que es capaz de aguantar un auténtico

marinero —dijo Sagipe en un tono sensual, acercándose a sus labios—. Después de todos los peligros por los que has pasado, esto no tiene que ser nada.

—¿Peligros? —logró decir el marinero entre resoplidos—. Ninguno de ellos tan cruel como morir de hipotermia. —Miraba, casi deseándolo, el agradable vapor que salía de la poza de agua caliente—. Además, yo soy marinero en el mar Caribe, ahí da gusto meterse en el agua.

Cuando se fijó bien en ella pudo ver que tenía los labios amoratados y la piel de gallina. Todo lo hizo para gastarle una broma. Ella le volvió a lanzar una sonrisa traviesa y él le respondió con otra similar. Esta vez sí, sus labios se acercaron para apartar el frío de sus cuerpos desnudos.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —dijo ella, riendo abiertamente, justo en el momento en el que sus labios empezaron a rozarse.

Tenía la mano en la entrepierna del capitán. Este apartó la mano y se quitó de su lado, sonrojado, incapaz de mirarla a la cara.

—Ya te he dicho que no estoy acostumbrado a aguas tan frías —respondió él abochornado.

Ella sonrió cariñosamente, se apartó a un lado, se acomodó el pelo y se levantó. El agua le llegaba por la cintura y por un momento le recordó a una sirena. Su piel suave y empapada, brillaba intensamente bajo el reflejo, como madera recién barnizada. Su piel bronceada y su pelo negro recordaban a la mujer salvaje que era, criada en la dureza de la selva. Tenía un cuerpo fuerte de anchos hombros, brazos fuertes y las manos curtidas de una mujer trabajadora; todo lo contrario que el candoroso y delicado cuerpo de Elisabeth. El vaivén de sus pechos lo abducía cual péndulo de un hipnotizador. Su imagen era borrosa, oculta tras una densa nube de vapor, pero aun así pudo entrever su cuerpo, sus curvas, sus piernas gráciles y fuertes.

Hizo un gesto con el dedo índice para que la siguiera y se introdujo en otro de los manantiales. En ese momento le daba igual si se trataba de otra broma. Daba igual si esta vez el agua estaba más fría o hirviendo, tan solo deseaba estrecharla entre sus brazos y no soltarla. Dio un respingo al notar el cambio brusco de temperatura. El agua estaba caliente, más de lo que le gustaría a cualquier persona que no quisiera cocinarse a fuego lento, pero enseguida su cuerpo se aclimató.

Se acercó a ella lentamente. Bajo el agua, sus manos y sus piernas temblaban por los nervios. Sagipe le sonrió y estiró sus brazos hacia él. Juan cogió sus manos y acarició sus brazos con la punta de los dedos hasta llegar a su espalda. Su piel era asombrosamente suave y estaba caliente por el agua. Bajó las manos por los costados, rozando el borde de sus pechos. En ese instante notó cómo el cuerpo de la mujer se estremecía y se tensaba. La agarró delicadamente, pero con

firmeza, por la cintura y la atrajo hacia sí. Se dio la vuelta, la sentó sobre él y desataron todo el amor que reprimieron durante tanto tiempo.

—¿Vamos a tener que escondernos siempre? —La sorprendió el marinero con la pregunta.

Ambos estaban desnudos, tumbados sobre el blando musgo que se apoderaba del lugar. Ella apoyaba la cabeza en el pecho del marinero y jugaba con su bello entre sus dedos. Él, tumbado boca arriba y con las manos detrás de la cabeza, miraba con la vista perdida en el cielo plagado de estrellas.

—Entre nuestra gente, cuando a un hombre le atrae una mujer, tiene que pedirle la mano a su padre. Es costumbre llevar una ofrenda para convencerlo de que con él su hija tendrá una vida digna, y esperar la respuesta en la puerta de su casa. Entonces, cuando la relación es aprobada es cuando puedes mostrarla sin tapujos ante los demás —respondió ella sin mirarlo, con la vista perdida, pensativa, entre el vapor que emanaban las pozas.

—¿Qué clase de ofrenda? —se interesó el capitán, incorporándose sobre sus codos.

—Alguna que muestre que es digno de dicha mujer. Algo con lo que convenzas al padre de que su hija llevará una buena vida. —Había un tono de tristeza en la voz de la joven.

—¿Qué clase de ofrenda tendría que hacer para pedir tu mano? —preguntó Juan, totalmente en serio.

La pregunta le llegó a Sagipe tan de sorpresa como un copo de nieve en medio del desierto. Se atragantó con su propia saliva y se tuvo que sentar para recomponerse.

—¿Qué estás insinuando? —Estaba tan sorprendida que parecía horrorizada—. Dime que es una broma.

—No es ninguna broma —La miraba con un brillo especial en los ojos—. No quiero tenerte a escondidas, no quiero quererte en secreto. Quiero enseñar al mundo la felicidad que no tuve en toda mi vida y que todos me envidien por estar junto a una estrella en la Tierra. Que sepan que te quiero, que descubran el verdadero amor y mirar con orgullo al mundo por tenerte.

—¿Y durante cuánto tiempo? —atajó ella, con lágrimas en los ojos a punto de desbordarse.

—¿Qué? —la miró con el ceño fruncido.

—¿Cuánto tiempo durará ese amor del que hablas? ¿Cuánto tiempo te queda por estar aquí antes de marcharte? —Ahora sí, no pudo evitar comenzar a llorar—. Sé que tanto tú como José estáis aquí por un propósito. Ni mi tío ni Ramiriquí saben con exactitud de qué se trata, pero en cuanto lo descubráis y lo cumpláis os iréis a vuestros hogares.

—¿Hogar? —preguntó Juan irónicamente, con una ligera sonrisa en los labios —. Mi familia se marchó y hace casi veinte años que no sé nada de ellos. Mis amigos me olvidaron y durante casi toda mi vida he vivido en un barco cochambroso que me dobla en edad. —Tomó el rostro de la mujer entre sus manos, le secó las lágrimas y la miró fijamente—. Mi hogar está donde me indique mi corazón. Además, soy un marinero, un hombre errante.

La miró haciendo un gesto gracioso con las cejas y consiguió sacarle una fugaz sonrisa que desapareció más rápido de lo que llegó.

—Además, como mis padres murieron, ahora se ocupa de mí mi tío, Quemuenchatocha. Puesto que es el señor de estas tierras no creo que haya oferta alguna que pueda convencerlo para darte mi mano —añadió Sagipe, ocultándose tras su oscura melena.

—Si de verdad me correspondes, te prometo que haré lo que sea por convencer a tu tío de que soy digno de ti. —Miró con enojo al cielo jurando en silencio.

—Hay una cosa que deberías saber —añadió ella justo cuando la situación empezaba a calmarse. Él se giró a la velocidad de un rayo y la miró fijamente con los ojos como platos—. El padre de dicha mujer puede hacer esperar al pretendiente hasta tres días en la puerta de su casa, haga calor, frío, llueva o nieve. Tendrá hasta un total de tres oportunidades para convencerlo. Pero si en alguno de esos intentos no obtiene respuesta en los tres días posteriores, significa que es rechazado definitivamente, sin ninguna opción de estar junto a su amada incluso en tiempos venideros.

Abrazó al capitán y lo obligó a volver a la posición en la que estaban al principio. Él tumbado, con su cabeza apoyada en el pecho, pero esta vez era ella la que reía y él el que sentía una responsabilidad enorme, que por un momento pareció oprimirle el pecho. El calor del cuerpo desnudo de Sagipe, el tacto de su piel y la imagen de verla durmiendo junto a él, le acompañó en ese placentero sueño en el que se sumió.

—¡Mierda! Despierta, nos hemos dormido —se alarmó Sagipe cuando el sol la cegó y la sacó de su sueño.

Zarandeó al capitán para despertarlo.

—¿Qué, qué pasa? —balbuceó Juan, incorporándose y protegiéndose los ojos de la luz.

—Ya ha amanecido. En breve empezará a despertarse todo el mundo —respondió ella, zarandeándolo de nuevo.

—¡Ufff! ¿Cómo se llama lo que bebimos anoche? —dijo con dificultad el marinero, tratando de sentarse derecho.

Se sujetaba la cabeza mientras hacía muecas de molestia. Abría y cerraba la

boca de forma extraña tratando de humedecerse la lengua.

—Chicha, ¿pero eso qué tiene que ver? —respondió con el gesto torcido—. ¿Acaso ya no te acuerdas de la conversación que tuvimos anoche?

—Ah, es verdad. Qué bueno estaba —recordó la celebración y su humor mejoró—. Claro que me acuerdo. Y también de la promesa que te hice —dijo con solemnidad.

La miró con dulzura, le sonrió y ella le correspondió con un beso en la comisura de los labios.

—Quédate aquí. Saldré yo primero y, pasado un rato, lo harás tú. Si alguien te descubre, dile que te estabas dando un baño —planeó ella mientras se vestía, antes de dejar al capitán esperando, tumbado desnudo todavía sobre el suelo.

Sagipe asomó la cabeza por detrás de la cascada y, al cerciorarse de que estaba todo despejado y nadie la veía salir de allí, se dirigió directamente a sus aposentos en el palacio. Pocos minutos después salió Juan e hizo lo mismo que ella. Asomó la cabeza por detrás de la cascada y anduvo el estrecho y resbaladizo camino que recorría el borde de la montaña. Le faltaba apenas un paso para abandonar ese camino y llegar a la seguridad de la tierra firme cuando alguien lo sujetó con dureza por un hombro y lo sacó de un tirón.

—¿A dónde vas? ¿Has pasado una buena noche? —Era Chipaque.

Estaba apoyado sobre la escarpada pared de la montaña. Tenía los brazos cruzados en el pecho, sujetando la lanza entre ellos, y parecía impaciente, nervioso, tal y como revelaba su constante movimiento con el pie.

—Ha sido una fiesta genial —lanzó una sonrisa forzada—. Aún no he dormido. Decidí darme un baño antes de acostarme y he debido de quedarme traspuesto.

Se giró con el semblante completamente serio, negándole el respeto que todos mostraban hacia él, y continuó su camino pasando con decisión y seguridad por delante del joven capitán güecha.

—Como le haga daño, te lo haré yo a ti —amenazó el príncipe por la espalda, sin moverse de la posición en la que estaba.

Juan se detuvo y sonrió sin que lo viera.

—Lo mismo digo —respondió con sinceridad, sin molestarse en girarse. Los ojos del guerrero chisporroteaban de furia.

CAPÍTULO 61

Pasaban los días y los forasteros continuaban ganándose el favor y el afecto de la gente. José continuaba investigando cada rincón, cada recoveco y cada secreto que albergaba la ciudad escondida en el interior del valle. También se ganó un buen número de pupilos, niños y adultos, a los que les enseñaba su idioma con paciencia y orgullo. De vez en cuando, iba a las cuevas y dibujaba sus pasadizos en una libreta que le encargó al responsable de hacer los trueques en la ciudad. Quemuenchatocha, siempre optimista ante la estancia de los forasteros en su pueblo, miraba con desconfianza al profesor al recordar lo que les hizo su tatarabuelo años atrás. Pero, en cambio, él ya sabía de la existencia de los tesoros y ni siquiera buscaba la forma de salir de allí, tan solo esperaba con resignación y serenidad a que el secreto de su misión le fuera revelado, tal y como prometió.

Juan solía pasarse el tiempo en el río buscando oro y compitiendo con los que ya se habían convertido en sus amigos, por ver quién encontraba la pepita más grande. También se encargó de ayudar a hacer algunas de esas pequeñas embarcaciones como la que estaba haciendo Chipaque el día del accidente, durante la tormenta. Recibió multitud de consejos de cómo fabricar esas barcas, y otras distintas, y de navegación en el río. También aprovechó para darles algunos consejos a aquellos hombres, que los aceptaron con gratitud y los pusieron en práctica en numerosas ocasiones. Tanto él como Sagipe seguían constantemente con su juego de miradas y, aunque fueron pocos y breves, disfrutaron de algunos momentos de fogosa intimidad. La mayoría de los hombres y mujeres se percataron de la dureza y la rabia con la que el *sybintiba* miraba al marinero. Cada vez que estaba a punto de pasar cerca de él, alguien se le acercaba con algún pretexto para desviarlo de su camino.

—¡*Bgyuc gije muisca!* —gritó a pleno pulmón cierto día Quemuenchatocha, desde lo alto de la escalinata de palacio. Todos dejaron una vez más aquello que estaban haciendo y atendieron a su señor respetuosamente.

Habló a través de un cuerno de oro y su voz sonó resonante y metálica, como un robot. Tenía los brazos levantados hacia el cielo y llevaba puestas sus mejores galas. Llevaba una camisa ceñida nueva, blanca, que le llagaba por debajo de las rodillas. Encima de la camisa una manta, a modo de poncho, con un diseño de color rojo y negro. Había sustituido su penacho de coloridas plumas por una corona de oro. En la parte más alta tenía las figuras de cuatro aves con las alas plegadas y un hombre de cuclillas encima de cada una de ellas. Y a cada lado de la corona, una luna con las puntas apuntando hacia arriba. Todo ello acompañado por sus habituales ornamentos, pechera, brazaletes, tobilleras, anillos y pulseras. Y

en la mano, como elemento imprescindible, su bastón con la chacana en lo más alto. Su figura era frágil y encorvada, pero su visión imponente y magnánima.

—El día de hoy... —al ver que los dos amigos miraban a su alrededor en busca de una explicación a lo que estaba sucediendo, Sagipe se acercó a ellos y comenzó a traducirles lo que decía su tío— va a ser un día especial. Honraremos a nuestros queridos invitados practicando nuestro deporte más valorado, el *palin*

—*¿Palin?* ¿Qué clase de juego es ese? —curioseó José en voz baja. La mujer sonrió con cariño.

—Los últimos forasteros que vinieron aquí lo denominaron *hockey* mapuche —respondió.

El profesor asintió, lo apuntó en su libreta y volvió a escuchar con atención las palabras del señor del poblado.

— ...también nos honrarán ellos con su presencia en el juego. —Los miró desde la distancia en las alturas y les sonrió—. Al atardecer, y antes de la gran fiesta, se celebrará el nombramiento de mi hijo, el capitán de los guerreros güechas, Chipaque.

En ese preciso instante todos los que hacía un momento escuchaban en silencio, comenzaron a vitorear y ovacionar a su líder. Muchos se acercaron al joven príncipe, lo felicitaban y le daban palmadas en la espalda. Por primera vez en todo el tiempo que llevaban en El Dorado, lo vieron sonreír.

—¿Qué es eso del nombramiento? —se interesó José, que no perdía una sola oportunidad para aprender algo nuevo.

—Es prácticamente la celebración más importante que tenemos. —Miró con orgullo a su primo y enseguida volvió a mirarlos a ellos—. Se ofrendan nuestros tesoros a Bachué y su hijo en el centro de la laguna. A ellos les pedimos que protejan a nuestro futuro *psihipeña*, que le ayuden a reinar con justicia y que le proporcionen salud durante todo su mandato, para él y toda su familia.

—¿Así que a Bachué y su hijo? —Sacó nuevamente su libreta y se preparó para la respuesta.

—Sí, son dos de nuestras deidades más destacadas. Ellos son los creadores de todos los muiscas. Hace mucho, mucho tiempo, una mujer salió de esa misma laguna, esbelta y hermosa, con un niño pequeño en los brazos. Se sentó en la orilla de la laguna de la que emergió hasta que ese niño creció. Entonces se casó con él y tuvieron muchos hijos, los muiscas. Bachué les enseñó a cazar, a cultivar, a respetar las leyes y los dioses. Cuando fueron ya mayores se convirtieron en serpientes y se sumergieron en la laguna para no emerger jamás.

La mujer repasó los rostros de los dos amigos, primero uno y luego el otro, y sonrió. Estaban completamente boquiabiertos, mirando constantemente y con

preocupación la laguna en la que tanto tiempo habían pasado.

—¿Me estás diciendo que en ese lago hay dos serpientes que han estado creciendo durante décadas, cientos de años, y no me habías dicho nada antes? —recriminó el capitán a Sagipe con el ceño fruncido.

Ella no pudo evitar reírse abiertamente.

—Ellos son los guardianes y protectores de todos los hombres y mujeres muiscas, no tenéis de qué preocuparos, vosotros ya sois prácticamente de los nuestros —intentó calmarlo, acariciándole el rostro con dulzura y alborotando su ya de por sí enmarañado cabello.

—Es lo de «prácticamente» lo que me preocupa —dijo él.

—¿Serán esos los guardianes que mencionaban las notas de Edward Teach y de mi antepasado? —El profesor no dejó de darle vueltas sus palabras—. ¿Qué clase de tesoro protegerían en una laguna como esa? Seguramente se trate de otra cosa, algo que ha tenido ante sus ojos todo ese tiempo y aún no se había dado cuenta, ¿pero el qué? Estaba completamente ensimismado dando vueltas al asunto, pero ni el capitán ni Sagipe se percataron porque se sumergieron una vez más su peculiar juego de miradas.

Hubo unos murmullos durante un rato, parecía que todos estaban contentos y esperaban con impaciencia que empezara la competición de ese nuevo juego llamado *palin*. Poco a poco, todos fueron dirigiéndose en dirección al palacio, alrededor de una de las áreas reservadas para el entrenamiento de los guerreros güechas. Era una cancha rectangular, completamente lisa y con el suelo de tierra. Tenía doce metros de ancho por unos doscientos de largo. El campo estaba delimitado por unas líneas de otro color, y lo mismo ocurría en el centro del campo, donde también había un pequeño agujero, justo en el centro.

—¿Cómo se supone que debemos honrar al pueblo en este juego? —interrogó el capitán, mirando con preocupación al gentío que se aglomeraba alrededor de ellos—. ¿Solamente con nuestra presencia?

—No exactamente —respondió Sagipe, sonriente—. Participando en él.

—¿Cómo que participando? No es que no sepa jugar a este juego, es que ni siquiera había escuchado hablar de él antes. —Juan parecía incluso asustado.

Una quincena de hombres se reunían en la mitad contraria de la cancha. Parecía que todos ellos serían sus rivales durante la partida. No sabía a qué se dedicaban esos hombres, pero todos eran corpulentos y parecían muy fuertes, dignos de cualquier ejército. El capitán miró a su amigo y ambos tragaron saliva.

—De esta manera mostramos a Chibchacum, el protector, la fuerza de nuestros guerreros. En los inicios de nuestra existencia, él nos enseñó a protegernos y de esta manera le mostramos el fruto de sus enseñanzas —explicó ella.

—¿Guerreros? ¿Cómo que guerreros? ¿Todos esos son guerreros? —pero la pregunta, que más bien pareció una súplica por salvar la vida, cayó en saco roto.

Trece hombres se reunieron en la parte del campo en la que ellos estaban, parecía que serían sus compañeros de equipo. Contándolos a ellos dos, serían quince contra quince. Después, otro hombre en cada lado de la pista les entregó a cada uno de los jugadores una especie de palos aplanados por la parte de abajo.

—¿Qué es esto? —preguntó el profesor en cuanto cogió el suyo, estudiándolo detenidamente.

—Es *wiño* —respondió el hombre que se lo entregó, con dificultades para expresarse en su mismo idioma.

Eran unos bastones de madera nativa con una curvatura natural. Por lo que José pudo observar, eran de madera de boldo, avellano y de meli.

—¿Son qué?

—Cosas para jugar *palin* —intentó explicar el hombre, con las pocas palabras que sabía en español.

Hizo un gesto como si jugara al *hockey* o al golf, y más o menos pudo hacerle entender para qué se utilizaban esos *wiños*.

—Todos vosotros ya conocéis las normas, no las olvidéis. — Quemuenchatocha dijo unas palabras en su idioma a sus subordinados. Nuevamente, Sagipe les tradujo lo que dijo su tío.

El señor del poblado se acercó a ellos, estaba sonriente y parecía de buen humor.

—¿Está seguro de que quiere que participemos? —preguntó el profesor con tono de súplica—. Sabemos que este deporte es muy importante para todos y no queremos hacer el ridículo en un día tan importante como el de hoy.

El anciano sonrió con ternura, casi de un modo paternal. Chipaque vio el buen trato que su padre tenía con los forasteros y su ira empezó a aumentar una vez más.

—El *palin* es un deporte duro. Se usa tanto para divertirse como para el entrenamiento de nuestros guerreros. —Los dos amigos se miraron fijamente, muy serios y nerviosos—. Si seguís viviendo aquí es porque podéis aportarnos algo, si habéis sido acogidos tan amablemente por toda mi gente es porque se puede confiar en vosotros. Y si seguís con vida es porque tenéis el valor y las aptitudes necesarias para estar aquí y dar una buena imagen en el partido. De ese modo podréis demostrar a Sua y a Chibchacum que os habéis ganado el derecho de formar parte de nosotros.

El rostro de los dos amigos estaba ensombrecido, ¿entrenamiento militar? El *psihipkua* no dejó de sonreír en ningún momento, parecía divertirse ver el miedo que sentían sus invitados reflejado en sus pálidos rostros.

—Lo haremos lo mejor posible —dijo Juan en tono solemne, firmemente plantado frente al anciano. Este miró a su sobrina y le lanzó una sonrisa discretamente.

—Estoy seguro de ello.

En ese preciso instante pasó por su lado un hombre con una bolsa repleta, parecía que hacía cuentas de algo. Entonces, Quemuenchatocha cogió uno de sus brazaletes y se lo dio.

—Apuesto por el equipo en el que jueguen mis dos nuevos amigos —manifestó al hombre que hacía las cuentas.

Todos se quedaron atónitos, un rumor se empezó a extender entre la multitud hasta llegar a oídos del joven capitán güecha. Miró con enojo al lugar donde se encontraba su padre, junto con los dos hombres a los que tanto despreciaba.

—Tío... —a Sagipe no le salían las palabras—. ¿Estás seguro de ello? Chipaque es el *chañutufe* de este juego. Además, si se entera de que has apostado en su contra se enfadará. —El anciano se carcajeó abiertamente, sin complejos por quien pudiera verlo o escucharlo.

—Es un simple brazalete de oro en el pueblo de El Dorado. Si se enfada ya tiene otro problema más en el que mantenerse distraído. —Miró a sus extrañados invitados y les guiñó un ojo.

—Por cierto, ¿qué es un *chañutufe*? —El profesor aprovechó una vez más para saber algo nuevo con lo que engordar el contenido de su libreta nueva.

—Es como llamamos al jugador más hábil de cada equipo. Hace años que el equipo en el que él juega no pierde un partido. —El profesor y el capitán tragaron saliva y se miraron con preocupación una vez más. Un escalofrío los hizo estremecerse. Al parecer, su relación con el joven *sybintiba* no iba a mejorar, por lo menos ese día.

—Bueno, yo ahora tengo que encargarme de otros asuntos. —El anciano hizo un gesto cortés con la cabeza como despedida—. Aunque no es muy buena jugadora, Sagipe es una gran entendida del *palin*. Ella os explicará las reglas para que podáis deleitarnos con una buena actuación. —Le revolvió el pelo a su sobrina, como la niña que todavía era para él.

El tiempo para las apuestas ya había finalizado. Los espectadores del partido se reunían alrededor de la cancha y vitoreaban y animaban a su equipo preferido, a pesar de no haber empezado todavía el partido. Los jugadores del equipo contrario estiraban y calentaban para el partido. Sus cuerpos esculpidos se estiraban y retorcían, marcando sus fuertes músculos a la luz del sol. José y Juan tragaron saliva y decidieron mirar para otro lado para no imaginarse antes de tiempo lo que se les avecinaba.

—Veamos... —comenzó a explicar la mujer en vista de que se quedaban sin

tiempo—. Todo transcurre en el interior del *palicue*, el terreno de juego. Como podéis ver, está delimitado por unas líneas más oscuras, bien, la línea del fondo del campo contrario es vuestro objetivo. Cada equipo se distribuirá de forma lineal por su mitad del campo y cada uno de los *palifes* o peloteros, los jugadores, quedarán enfrente del que será su competidor durante el partido. Con él medirá su fuerza, su habilidad y su astucia. —Los dos amigos asentían a cada palabra que decía ella. O bien lo estaban memorizando todo asombrosamente rápido, o bien estaban dejando pasar el tiempo para que el partido decidiera su suerte—. En el centro del *palicue*, como podéis ver, hay otra línea. En el medio hay un pequeño agujero que es donde se coloca el *fungul* para empezar el partido...

—¿*Fungul*?

—Es la bola con la que se juega. —Ambos afirmaron con la cabeza. Al parecer, sí que estaban entendiendo sus indicaciones y eso la puso contenta. Les dedicó su más sincera sonrisa con la que mostró una dentadura blanca y perfecta —. Para terminar, hay que llevar la pelota usando estos *wiños* que os han dado antes y hacer que cruce la línea de fondo del campo rival. Con eso conseguiréis un *tripal*, pero si a continuación el equipo contrario marca será descontado y estaréis como al principio. O sea que para puntuar hay que tener una diferencia de dos *tripal*. Hay tres maneras de conducir el *fungul* hasta su lugar para anotar. Está el estilo *witrulon* que consiste en conducirla a ras del suelo. Es un estilo conservador en el que alguien habilidoso esconde la pelota con su *wiño* o con sus propias piernas. El estilo *malkotun* consiste en conducirla por el suelo y pasarla al compañero por el aire. La diferencia con el estilo anterior es que con el pase ganas mayor distancia, pero también la bola se queda expuesta durante unos segundos hasta que llega al receptor. Y por último está el *malkokantum*, que consiste en conducir y pasar la pelota por el aire, sin dejarla caer hasta pasársela a otro jugador. Con este método se avanza muy rápidamente hacia el campo rival, pero a no ser que se sea un gran dominador de esta técnica, es muy fácil que te roben el *fungul*. ¿Os ha quedado todo claro?

Miró con severidad a los dos hombres, apuntándolos con el dedo. Ambos asintieron lentamente, asimilando todavía todas las nuevas y complejas normas.

—Solo una cosa —se apresuró a decir el profesor, justo en el instante en que Sagipe iba a unirse al resto de los espectadores—, ¿no hay sanciones ni nada por el estilo? Para ser un deporte tan importante, parece bastante sencillo. —La joven frunció el ceño.

—Si el *fungul* sale por la línea de los laterales, se sacará desde el mismo lugar por el que salió. Y no vale golpear a nadie con el *wiño*, eso será falta —añadió sus últimas instrucciones.

El maestro y el capitán le hicieron un gesto de aprobación y ella les sonrió

satisfecha. Besó a José en la mejilla y a Juan en la comisura de los labios y los dejó en la esquina de la cancha en la que estuvieron hablando todo el rato, alejados de los otros trece componentes de su equipo, que no parecían muy interesados en que participaran.

—¡*Ze diñilfé!* —Se dirigió a ambos, muy seriamente, un hombre de su equipo.

Era muy corpulento, casi tanto como Chipaque, y parecía enfadado. Por un momento pensaron que aquello se trataba de una broma, alguna especie de competición para ponerlos a prueba. Se miraron entre ellos y buscaron a la joven entre el gentío.

—¡Os ha dicho que él es el capitán! —gritó desde un lateral del campo—. ¡Tan solo seguid sus indicaciones!

Ambos asintieron y suspiraron aliviados.

Sonó un instrumento que calló todas las voces. Era un músico con una trompeta de cuerno y oro, uno de los que tocaron la noche de la fiesta. Acto seguido, apareció Quemunchatocha con su indumentaria especial para aquel día, levantó las manos al cielo y dio una palmada.

—¡*Achimnynga!* —dijo firmemente y con autoridad. Sonó de nuevo la trompeta de oro y todo el público comenzó a animar y a vitorear a los jugadores.

CAPÍTULO 62

El griterío del público era ensordecedor. Los quince miembros de cada equipo se encontraban en posición en sus respectivas mitades del campo. Dos hombres defendían la línea de fondo mientras el resto estaban desplegados por la cancha, cada uno enfrentado a su defensor, tapando todos los huecos sin que ninguno le tapara visibilidad a otro. Todos estaban encorvados, asiendo con fuerza el *wiño* y arrastrando la parte curvada por el suelo. Parecían impacientes, ninguno de ellos dejaba de moverse, balanceándose de un lado a otro, esperando con impaciencia que el capitán del otro equipo tocara el *fungul*. En ese momento empezaría el partido.

—Ya sea por casualidad o no, dentro de un rato desearéis no haber acabado aquí —amenazó Chipaque, instantes antes de que comenzara el partido a ambos forasteros, en especial a Juan, a quien señaló con su *wiño*, con un risilla malévola en los labios.

Los dos se miraron, confusos y asustados, y no pudieron hacer más que esperar, vigilando atentamente cada movimiento del equipo rival.

Un hombre estaba de pie, junto a la pelota, parecía que iba a ser el encargado de dar el primer toque del partido. Tenía a un compañero acompañándolo a cada lado y al joven *sybintiba* en la retaguardia. José y Juan observaban atentamente, muy serios. El hombre del centro cargó el brazo y levantó su *wiño* por encima de su cabeza, parecía que fuera a golpear la bola con todas sus fuerzas. Parecía que los estaba apuntando a ellos y entonces inició el golpe. Los dos forasteros se protegieron del golpe poniendo los brazos por delante del rostro. Fue un instante lo que tuvieron los ojos tapados, pero bastó para hacer efectivo el plan del rival.

Cuando alzaron la vista de nuevo, vieron al hombre que estaba en el centro de la cancha pasar corriendo por su lado. Pero el *fungul* no lo tenía él, estaba en posesión de Chipaque, que los miraba con altanería mientras daba toques con su *wiño* a la pelota, sin dejar que cayera al suelo. Alzó la vista, le hizo un gesto a su compañero, que se desmarcaba cerca de la línea de fondo, y le pasó la pelota. Fue un pase por alto, muy potente y con la curvatura justa para que cayera a los pies de su compañero. Este la recibió con gran habilidad y se preparó para el disparo, pero en el último momento uno de los defensores se adelantó y le robó la pelota.

Comenzó el contraataque. Los jugadores se pasaban la pelota rápidamente, tanto por el suelo como por el aire. Ninguno de ellos daba más de dos o tres toques seguidos sin pasarla, pero los dos forasteros aún no habían participado en el juego. Eran como dos elementos más del terreno de juego a los que todos

esquivaban. Sorteaban a los jugadores rápidamente, con facilidad, y en apenas unos segundos recorrieron la primera mitad del *palicue*. Entonces, apareció el *chañutufe* del equipo contrario, el enemigo de los dos amigos, y consiguió recuperar la pelota con tan solo un movimiento de su brazo. Sin duda, tan solo con esa demostración, tenía bien merecido el reconocimiento como mejor jugador.

Detuvo el *fungul*, pisándolo con la parte curva de su *wiño*, los sonrió y se puso en posición. Echó a correr, pasó entre dos hombres como si se tratasen de dos inmóviles tocones y se plantó frente a ellos. Los dos querían demostrar su valía, así que no se quedaron quietos. El profesor le entró con su *stick* para intentar quitarle la pelota, pero fue inútil. El guerrero detuvo el palo con el pie, lo pisó y lo dejó completamente inmóvil. Acto seguido el marinero hizo lo mismo, pero el joven pasó la pelota por debajo del palo que se dirigía directamente hacia él y luego lo esquivó, dando un pequeño salto y girando hacia atrás. No solo esquivó los dos ataques con una facilidad bochornosa, si no que quiso jactarse de ello. Tras sortear a los queridos forasteros, fue corriendo a toda velocidad hacia la línea de fondo, sorteó a otro hombre antes de llegar y tiró con todas sus fuerzas. El defensor no pudo hacer nada por detener la pelota y cruzó la línea de fondo de la cancha.

—Un *tripal* en tiempo récord. —se mofó el *sybintiba*, al pasar por el lado de los dos amigos mientras regresaba a su mitad de la cancha—. Y todo gracias a vosotros. Si creéis que esto os resulta demasiado duro podemos decirle a él que juegue por alguno de vosotros —señaló a un niño que no tendría más de diez años de edad, que apenas lograba sacar la cabeza entre las cinturas de la muchedumbre que se amontonaba entorno al *palicue*.

Ambos lo miraron con dureza, pero él ya se alejaba sonriente y con gesto chulesco.

—En cualquier juego no importa cómo se empiece, sino como termina —sentenció el profesor con dureza.

—El resultado ya está decidido —respondió con petulancia—. El partido estaba acabado antes incluso de haber empezado.

—Eso ya lo veremos.

Ambos amigos se miraron y asintieron con confianza. A pesar de que no cambió su semblante soberbio, algo cambió en el capitán güecha tras esas palabras.

Se disponían a sacar nuevamente del centro del campo. Esta vez, el equipo al que le habían marcado el punto. Como en la vez anterior, los jugadores comenzaron a pasarse el *fungul* rápidamente y sortearon a muchos adversarios, pero hasta el momento ninguno de los dos pudo demostrar nada. Nadie les

pasaba la pelota, pero tampoco los marcaban. Era como si estuvieran ahí porque el jefe del poblado lo había dicho.

La jugada se desarrollaba cerca de la zona de anotación del equipo rival. Uno de ellos lanzó la bola hacia la línea de fondo, pero un defensor la pudo atajar y el *fungul* salió despedido hacia un espacio vacío, en un lateral de la pista. Por allí apareció Juan, que ni siquiera se percataron de su presencia en esa parte del campo hasta ese momento. Detuvo la pelota antes de que saliera del terreno de juego, alzó la vista y pensó su jugada. Los miembros del equipo contrario corrían hacia él y los de su equipo se la pedían, pero todos tenían algún rival cerca. Entonces, por el otro lado del *palicue*, apareció corriendo José, a quien también ignoraron por completo hasta el momento. Juan armó su *wiño* y le hizo un pase elevado a su amigo, que cruzó todo el ancho del campo. José consiguió parar la bola para que no saliera del campo, pero no pudo controlarla y salió rodando a unos metros de distancia. El *fungul* rodaba lentamente, solitario, hacia la línea de fondo, no tenía que hacer más que empujarla y volverían a estar como al principio. Pero en ese preciso instante apareció volando un *stick*, que golpeó a la pelota y la mandó fuera por la línea de banda.

Era el palo de Chipaque, lo había lanzado como último recurso para detener el *fungul*, y funcionó. El joven los miraba lleno de ira y con el pulso acelerado. Por lo visto, no se esperaba que dos novatos fueran a crear una ocasión tan peligrosa en su primera incursión.

El *diñilfe* del equipo se ofreció para iniciar la nueva jugada. Ambos equipos se apelotonaban junto a la línea de anotación. Tomó carrerilla y realizó un potente saque elevado. El pase fue cortado sin ninguna dificultad por Chipaque, quien, él solo, comenzó el contraataque. Puesto que casi todos los jugadores estaban en su campo, solo tuvo que correr todo lo rápido que pudo. En cuestión de segundos recorrió la primera mitad. Siguió avanzando, con un simple movimiento de cintura engañó a uno de los defensores y anotó el segundo *tripal* para su equipo.

—Buen intento —fanfarroneó una vez más el joven capitán güecha, al pasar junto a los dos compañeros, mientras regresaba a su mitad del terreno de juego.

Ambos lo siguieron duramente con la mirada hasta que ocupó su posición y un miembro de su equipo reanudó de nuevo el partido.

Volvieron a avanzar y ganar terreno en el campo rival. Esta vez sí, los dos amigos estaban cubiertos por un defensor cada uno, los mismos a los que estaban enfrentados en la formación previa al partido. El capitán llamó la atención del tipo que tenía la pelota. Se detuvo en seco, amagó, hizo una finta y consiguió despistar al hombre que lo cubría. Ahora tenía todo el lateral del *palicue* para correr. Su compañero de equipo se percató de ello y le mandó un pase elevado.

—¡*Unaquyhyc A!* —ordenó Chipaque a uno de los defensores de su equipo, al

ver el peligro de la jugada de Juan, incapaz de hacer nada desde la distancia en la que se encontraba.

El hábil pase llegó hasta el capitán con una precisión asombrosa. Como si la pelota tuviese vida propia, cayó justo contra la parte aplanada de su *stick* de boldo. Pero su habilidad no era comparable a la de su compañero de equipo y, al controlar la recepción del pase, la pelota se le fue muy larga. Ahora se encontraba en terreno de nadie, a mitad de camino entre él y su defensor. Ambos corrían como si la vida dependiera de ello. Al ver que no llegaba hasta ella, utilizó el mismo recurso que utilizó el *chañutufe* para evitar el tanto en la jugada anterior. Solo que él no lanzó el *wiño*, se lanzó él mismo en plancha, con el brazo estirado con fuerza. Los codos, las rodillas y parte del abdomen fueron magullados y despellejados por arrastrarse por el suelo, pero mereció la pena. Su *stick* llegó a la pelota antes que el del rival y el *fungul* cruzó perezosamente la línea de fondo, invalidando con ello el *tripal* anterior del equipo rival.

La alegría de Juan era máxima. Se levantó del suelo como si sus heridas no existieran y fue corriendo a abrazar a su amigo para celebrarlo. El resto de sus compañeros de equipo lo rodearon y le palmeaban la espalda y removían el pelo. Un estruendo de júbilo estalló entre el público y la sonrisa de Sagipe entre la multitud lo convenció de que hasta que uno de los dos equipos no tuviera cinco *tripals*, el partido no se habría acabado, por mucho que quisiera intimidarlos su primo.

—¿Quién está perdido ahora? —le devolvió la insolencia al joven cacique.

Este lo siguió con la mirada hasta que le tocó iniciar de nuevo la jugada.

Sacaron del centro, pasándole la bola hacia atrás al *chañutufe*. Con un brillo extraño en los ojos, salió disparado hacia el campo rival. Sorteó con soltura a varios rivales hasta que llegó frente a los dos forasteros. Ambos se prepararon para arrebatarse el *fungul*, pero el guerrero no aminoraba la marcha, sino todo lo contrario, parecía que avanzaba a mayor velocidad, preparado para embestir. Así fue. Los dos amigos colocaron sus *wiños* en la trayectoria de la pelota, pero Chipaque los embistió a ambos con el hombro, con una fuerza digna de un *mohán*. Los dos salieron despedidos y miraron impotentes como anotaba otro punto.

—Ahora esto se ha puesto serio —volvió a amenazarles, esta vez sin siquiera mirarlos.

—¿Acaso no es falta golpear a otro jugador? —inquirió José.

—Mí prima os ha explicado las normas —dijo con gesto altanero y el tono de irritante superioridad—. ¿No es así? —Ambos asintieron, pensativos, en silencio, mirando seriamente al hombre que tenían delante—. ¿Y cuáles eran?

—Que está prohibido golpear al rival... con... —José fue enmudeciendo y

finalmente se calló y agachó la cabeza.

—Exacto. Está prohibido golpear con el *wiño*, pero, que yo sepa, el mío no se ha separado del suelo en ningún momento —volvió a dedicarles esa risa perversa y volvió a su lado del campo.

Le tocaba sacar a su equipo, se miraron, asintieron y se prepararon para empezar la jugada. Tras una buena sucesión de pases, Juan y Chipaque se encontraron frente a frente. El joven miraba al marinero con la superioridad que venía siendo habitual, pero él no se dejaba intimidar. Miró a los lados y encontró a su amigo recorriendo el lateral del campo en solitario. Fue un pase lateral que pilló al capitán güecha desprevenido. Tuvo que utilizar toda su energía para alcanzar a José, que avanzaba a gran velocidad. Ya le pisaba los talones, pero la línea de fondo estaba demasiado cerca, parecía que sería tarde. Entonces estiró el brazo y coló su *wiño* entre las piernas del profesor, que cayó aparatosamente. Esa caída dio lugar a un contraataque y con él a un nuevo *tripal*. Tanto él como el capitán buscaban entre el público a alguien que estuviera en contra de esa jugada. Pero al parecer no había nadie. Ni siquiera Sagipe o Quemuenchatocha, que reían y animaban desde la banda y les hacían gestos de ánimo.

—¿Y ahora qué? —recreminó José a su agresor, claramente enfadado.

—Yo no te he golpeado en ningún momento. Tan solo he intentado quitarte la pelota; aprende a esquivar —respondió, arrogante, una vez más—. Ya os explicaron que esto no era un simple juego, también es nuestro entrenamiento.

—Está bien, ya lo he entendido. —Miró al *sybintiba* de tal manera que se le borró la sonrisa en el acto—. Ahora que están todas las normas aclaradas es hora de que empiece el verdadero partido. ¿Entiendes mi idioma? —preguntó a uno de su equipo al oído. Este asintió con la cabeza—. Encárgate de mi defensor, yo me encargaré de ese... «chañutrufa» —dijo con desprecio, señalando a Chipaque con su *stick*, con la intención de que lo mirase y centrara en él su atención durante la próxima jugada.

Buscó a Juan con la mirada y le hizo otro gesto.

Golpearon la pelota en el centro del campo y se la pasaron al profesor. Nadie movió un músculo para arrebatarse el *fungul*, sabían de la rivalidad que mantenían él y el capitán de los guerreros, y no quisieron entrometerse. José movía su palo sobre la pelota, no la tocaba, no engañaba a nadie y parecía no tener sentido. Entonces, sin previo aviso estiró el brazo, como si diese una estocada de esgrima, deteniendo el *wiño* a escasos centímetros del rostro de su defensor. El príncipe dio un respingo, y apartó la cabeza. Fueron apenas un par de segundos lo que duró su pestañeo, pero cuando volvió a poner la vista en el maestro, el *fungul* ya no estaba allí. Todos los miembros de su equipo se quedaron esperando para ver

lo que haría su capitán y ahora buscaban la pelota desesperadamente. Cuando se dieron cuenta de lo que pasaba, gracias a los gritos del público, ya era demasiado tarde. Juan había recorrido todo el campo y se encontraba frente a uno de los defensores, golpeó la bola y marcó.

—Tengo que admitir que has sido muy rápido de reflejos —se mofó el maestro cuando volvía a su campo.

Chipaque estaba cegado por la furia. En ese momento le daba igual ganar o perder, tan solo quería destrozar a esos dos hombres que se estaban riendo de él. Le entregaron la pelota y corrió a toda prisa. Se prepararon para el brutal impacto. Juan afianzó bien sus pies, preparó el hombro y chocó con él. No fue rival para un hombre tan fuerte y tan furioso y salió despedido, pero logró desestabilizarlo y hacer que redujera la velocidad. Ahora le quedaba el profesor. Estaba plantado con firmeza en medio de su trayectoria, con el *wiño* apoyado en el suelo. Parecía un caballero medieval. Entonces, justo en el momento en el que el guerrero iba a investirlo, se apartó.

Tanto el público como los jugadores de cada equipo se quedaron atónitos ante lo que vieron tras el encontronazo. Chipaque estaba tendido en el suelo y parecía dolorido de la rodilla que se lesionó el día de la brutal tormenta. José clavó en el suelo toda la parte curva de su *wiño*, así que cuando se apartó, fue imposible que el guerrero lo viera y se chocó contra él. No fue un golpe demasiado brusco, pero si a la velocidad que llevaba se le añade el golpe en una zona lesionada, dejó al joven *sybintiba* sin toda esa agresividad, por lo menos por un rato. Aprovechando la confusión, el profesor cogió su *stick* del suelo y le pasó la pelota a uno de sus compañeros. Entre ellos se encargaron de anotar el tercer *tripal* para su equipo, prácticamente sin rivales que los defendieran.

—Tan solo he intentado quitarte la pelota, aprende a esquivar —repitió el profesor las mismas palabras que le dijo él unas jugadas atrás.

Le tendió la mano para ayudarlo a levantarse, pero este lo miró lleno de furia y apartó su mano con un manotazo desdeñoso. Él solo, tembloroso y dolorido, volvió renqueante a su posición.

Ya llevaban más de dos horas jugando. No se recordaba un partido de *palin* tan largo. El sol empezaba a ocultarse, los espectadores, agotados, esperaban sentados en el suelo a que terminase el partido más largo que habían presenciado. Ni siquiera animaban, tan solo estaban ahí esperando la segunda parte de ese día que se suponía que era de celebraciones. Todos los jugadores habían alcanzado el límite de sus fuerzas. Algunos se sujetaban sobre las rodillas para retomar el aliento, otros no podían evitar tumbarse para descansar a la mínima oportunidad, y otros estiraban los músculos que empezaban a entumecerse y a dar calambres por el excesivo esfuerzo.

Llevaban cuatro *tripals* cada equipo, con un total de dieciséis tantos anotados entre los dos. Solo había uno que se negaba a desfallecer, Chipaque, que constantemente miraba con odio a ambos forasteros. Nunca nadie le había plantado cara en el *palin* de esa manera, y ahora lo hacían dos hombres que supuestamente era la primera vez que jugaban.

El último tanto anotado fue por parte del equipo del príncipe, por tanto, le tocaba sacar al otro equipo del centro del campo. Intentando aparentar entereza, todos los miembros del equipo se prepararon para recibir el pase inicial y tratar de terminar el partido en la próxima jugada.

Por fin, sacaron. Avanzaban entrelazando una sucesión de pases cortos, como hicieron los miembros de ese equipo durante todo el partido. Sorteaban a un adversario tras otro, pero una vez más Chipaque recuperó el *fungul*. Todos estaban exhaustos y no se veían capaces de intentar quitarle la pelota. El joven *sybintiba* se quedó quieto unos segundos, recuperando el aliento y planeando su próxima jugada. Parecía que lo tenía claro. Elevó la pelota y comenzó a darle toques con su *wiño* para evitar que cayera al suelo. Fue trotando hacia el campo contrario, todavía sin dejar que la pelota cayera al suelo, sin nadie con las fuerzas suficientes para interponerse en su camino. Entonces, a mucha distancia aún de la línea de fondo, se detuvo y comenzó a controlar la pelota con su *wiño* dándole pequeños golpes hacia arriba. Cuando hubo calculado la trayectoria, la distancia y la fuerza, elevó más la pelota y, como si fuera un bateador de béisbol, la golpeó todo lo fuerte que pudo.

Esta apenas podía verse debido a la velocidad que llevaba, pero todos supieron enseguida que no pudo conseguir un *tripal*. El sonido sibilante que hacía la pelota durante su vuelo terminó de pronto con un seco, profundo y único ¡paff! El *fungul* impactó en el rostro de José, que ahora estaba tendido en el suelo con sangre a su alrededor. Debido a la dirección, la altura y la potencia del disparo, era obvio que el guerrero no pretendía anotar, sino sacar ventaja causando una baja en el equipo contrario, y quién mejor que un forastero por el que no sentía nada más que odio. Era una bola de madera envuelta en lana apretada y recubierta de cuero. Jugando amistosamente con ella no era una bola excesivamente dura, pero con esa potencia era como ser golpeado por una piedra. El marinero se fue con decisión hacia Chipaque, dispuesto a vengar el ataque de su amigo, pero alguien lo disuadió rápidamente.

—¡No, detente! —Era José, a duras penas podía hablar. Intentó darse la vuelta para obsérvalos. Tenía una ceja partida que sangraba abundantemente y el ojo ya había comenzado a hincharse y amarrotarse—. Las reglas dicen que no se puede golpear a otro jugador con el *wiño*, y él no lo ha hecho. Vamos, tenemos que acabar ya con este partido. —Utilizando las pocas fuerzas que le quedaban

consiguió mover su *stick* y golpear levemente la pelota—. La bola ya está en juego, ahora os toca a vosotros terminar la jugada.

Fue un gesto loable, digno de un auténtico muisca. El público, emocionado, se puso nuevamente en pie y ovacionó durante la recta final de ese trepidante partido. Juan se acercó a su amigo, pero lo ignoró completamente, estiró su *wiño* y colocó la pelota en posición. Comenzó a correr, parecía que acabara de entrar al *palicue*, en lugar de llevar más de dos horas corriendo y siendo golpeado. De pronto, como si fuese un experto *chañutufe*, fue deshaciéndose de todos sus rivales. Elevaba la pelota y la conducía dando pequeños toques con el *wiño*, como hizo Chipaque anteriormente, pero en lugar de pasarla, la dejaba caer al suelo y esquivaba el *stick* y las piernas de su contrario con una agilidad que no se esperaba de él. Otro contrario le salió al cruce, pero el marinero no parecía nervioso. Dio media vuelta, girándose hacia atrás, golpeó sutilmente la pelota, que pasó por debajo de sus piernas y las de su rival, después continuó el giro, dando una vuelta completa, y continuó la carrera. Todo ello sobre la marcha, en cuestión de segundos.

Una vez más, tras dejarse atrás a casi todo el equipo contrario, salió a su encuentro Chipaque, pero esta vez era él el que se sentía intimidado por su contrincante. Juan dejó la pelota en el suelo, se preparó para lanzarla, y realizó el disparo con todas sus fuerzas. El marinero hizo visera con la mano para lograr ver el alcance de su disparo y lo mismo hizo el capitán güecha. Pero todo fue una trampa. En realidad no golpeó la pelota, simplemente se lo hizo creer al guerrero, mientras esta descansaba en el suelo en una posición cómoda para que un compañero pasara corriendo por allí, se acercara a línea de fondo y anotara el quinto y definitivo tanto que le daba la victoria a su equipo.

Ahora más que nunca el público estalló. Hubo una ovación para el coraje que demostró José, a pesar de estar seriamente cansado y magullado. Ovacionaron la inesperada habilidad de los dos forasteros, sobre todo la de Juan. Y se sorprendieron por la derrota de su *chañutufe* y por la victoria de unos novatos.

—¡Está bien, está bien! —Quemuenchatocha se acercó dispersando a la multitud. Estaba sonriente y rodeó a los dos amigos por los hombros—. No me esperaba algo así, la verdad es que nos habéis hecho un regalo con este partido. —Todos los espectadores querían ver y estar cerca de esos formidables hombres provenientes de otras tierras—. Ya vale, ya. Dejarlos respirar —puso orden el respetado anciano—. Ahora, que nuestros campeones descansen, los treinta. —Miró a todos los jugadores y les dedicó una amistosa sonrisa—. El resto terminaremos de hacer los preparativos para el nombramiento y la posterior celebración.

Todos apoyaron, alabaron y vitorearon esa decisión. A decir verdad, en ese

momento de euforia hubieran vitoreado cualquier cosa. Como si todo ese rato de partido no hubiese sucedido nunca, todos juntos, compañeros y rivales, se fueron corriendo al río a quitarse el sudor y la tierra pegada.

—¡Alto ahí! —ordenó de pronto Chipaque.

Todo el mundo se silenció de golpe y ensancharon más el círculo que envolvía a los forasteros. El *sybintiba* irrumpió en ese corrillo y se colocó frente a ellos. Parecía agotado, aún cojeaba de la rodilla resentida, pero el semblante con el que los miraba infundía temor y respeto a partes iguales. Los dos amigos no pudieron más que obedecer y acatar con resignación la reprimenda que el príncipe les dirigiese.

—Antes de todo, yo... —quiso decir Juan, buscando cualquier excusa sobre la marcha, con tal de apaciguarlo.

—¡*Hycazinga!* —profirió el joven guerrero. El capitán no entendió lo que dijo, pero viendo los rostros y los gestos de la gente entendió que lo mandó callar—. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó a José, señalando su ojo amoratado e hinchado.

—He estado mejor —respondió el profesor, fingiendo una amabilidad mayor de la que en realidad le gustaría mostrar—. Parece algo superficial, creo que en unos días no se notará. —El primo de Sagipe asintió con firmeza y con una leve sonrisa vislumbrándose en los labios.

—Quería pedirlos perdón públicamente. —Todos los que los rodeaban se quedaron atónitos. Durante toda su vida ese joven jamás se había arrepentido de ninguno de sus actos. Hubiese sido cruel o injusto con alguien, él actuaba de la manera que le parecía oportuna sin dar explicaciones a nadie—. Como capitán de los güechas y protector de El Dorado, mi deber es estar alerta y desconfiar de todo aquello que tenga la más mínima posibilidad de dañar a los míos. Como futuro *psihipkua* debo escuchar a mi pueblo y actuar bajo su consejo y beneficio. Y como miembro de los últimos hombres muisca, tan solo deseo que mi pueblo sobreviva, aunque sea, una generación más. —Observó a los niños que correteaban despreocupados por el valle y no pudo evitar sonreír. Esta vez fue una sonrisa sincera, cercana, una sonrisa que nunca vieron hasta ese momento—. Vosotros habéis demostrado poder defender a mi pueblo, a mi gente... y a mí. En más de una ocasión os ha preocupado más el porvenir de estas tierras que el vuestro propio y habéis demostrado ser auténticos hombres. —Extendió los brazos y puso una mano firme sobre cada uno de los dos amigos—. Podréis ser forasteros por fuera, pero, queráis o no, tenéis el corazón de un verdadero muisca. Aunque sea un poco tarde para decirlo, bienvenidos a El Dorado.

Hizo un gesto y se abrió un hueco entre el gentío que dejó al descubierto la laguna. Llevaban allí más de dos meses, pero en ese momento parecía que era la

primera vez que la veían. La vieron más hermosa y más misteriosa que nunca. Todos vitorearon de nuevo y festejaron que oficialmente los forasteros eran parte de ellos. Ninguno de los dos sabía qué decir. Miraron al joven a los ojos, sonrieron y correspondieron a su saludo.

—Por cierto, lo de «chañutrufa» ha estado muy bien. —Miró fijamente a José e hizo algo que no se esperaban. Le dio un codazo en el hombro y comenzó a reír abierta y sinceramente. Gesto que solía hacer con el capitán y que hacía mucho tiempo que no repetían—. ¡Juan! —aprovechó para hablar con él, ahora que el gentío se dispersaba—, desde ahora puedes considerarme un amigo y espero poder considerarte yo a ti otro de mis hermanos muiscas. Pero lo que te dije sobre Sagipe lo sigo manteniendo. —Le pasó una mano sobre los hombros y juntos caminaron relajadamente en dirección a la laguna.

—Lo mismo digo —respondió muy serio. El joven guerrero le respondió con otra sonrisa similar.

Una vez aclarado todo y confesados sus pensamientos, la muchedumbre se disolvió por completo. Los que jugaron el partido fueron a relajarse y limpiarse al río y el resto se apresuraron a ultimar los preparativos para el festejo que se celebraba a continuación. José, cómo no, no podía dejar de observar todo cuanto le rodeaba y descubrió algo, cuanto menos, curioso. El agua del lago era tranquila y perfecta para nadar en él, pero a pesar de estar conectado con el río nadie se bañaba en él. Todos jugaban, nadaban y descansaban en las agitadas aguas del río. Seguramente la laguna debía de ser un lugar sagrado para ellos.

CAPÍTULO 63

Consiguieron subir a duras penas la larga subida hasta su cabaña. Tenían las piernas agarrotadas, los músculos entumecidos y todo el cuerpo dolorido tras el partido de *palin*. Deseaban llegar y poder recuperar las fuerzas con la succulenta comida que les esperaba cada día encima de la mesa. Pero esta vez no había nada más que una jarra con agua fresca y dos vasos. Estaban tan hambrientos que ni siquiera quisieron beber. Para poder olvidar el vacío de sus estómagos, decidieron echarse una siesta hasta que fuera la hora de la celebración. Al principio parecía que, aunque no iban a comer nada, por lo menos podrían descansar un poco, pero en cuanto se recostaron sobre sus camas, alguien llamó a la puerta y acto seguido la abrió sin previo aviso.

—Me imagino que tendréis hambre —dijo sonriente Sagipe, entrando tranquilamente por la puerta. Ellos, con la hambruna reflejada en sus rostros, miraron con desilusión la solitaria jarra de oro, todavía llena, sobre la mesa—. Tenemos la costumbre de hacer ayuno antes de las celebraciones. Así, con toda la comida que se prepara se disfruta más de ellas.

—Pero para la celebración que hubo tras la tormenta no se hizo nada de eso —dijo Juan con desesperación, llevándose las manos a la barriga después de que su estómago rugiera violentamente.

—Más de la mitad de los aldeanos tuvimos que resguardarnos en el templo durante la tormenta, nuestro ayuno duró tres días. Y durante el tiempo que estuvimos reconstruyendo el poblado, no es que nos alimentáramos muy bien, precisamente —explicó ella.

—Bueno, eso es verdad —dijo débilmente el marinero, sonrojado al darse cuenta de que se estaba quejando, a pesar de estar todo el mundo en su misma situación. Sagipe sonrió con ternura.

—¡Ah, sí! Se me olvidaba, no tenemos tiempo que perder. —Ambos la miraron confusos.

Hizo un gesto hacia la puerta, al parecer, no venía sola. La acompañaban otras tres mujeres, cargadas con mantas, pieles y multitud de abalorios.

—Deprisa, dejad todo eso encima de las camas y empezamos con ellos —comenzó a organizar el trabajo de las demás mujeres. Hasta el momento nunca la habían visto tan seria—. Y vosotros —se dirigió ahora a ellos, observando atónitos, todavía tumbados en sus camas— tenéis que dejar sitio para poner todo esto, así que levantaos y venid aquí. —Su tono de voz fue tan firme que obedecieron en el acto y sin rechistar.

—¿Qué está pasando? —consiguió balbucear José, mirando inquieto a las

mujeres que correteaban nerviosas de un lado para otro de la cabaña, sin dejar de hacer cosas con todo lo que llevaron.

—Puesto que ya se os considera de los nuestros, no podéis asistir a nuestro ritual más importante sin ir vestidos como nosotros. ¿No creéis? —contestó Sagipe sin prestarles especial atención, concentrada en todos los preparativos que tenía en mente—. Están sucios, hay que solucionar eso —ordenó a sus doncellas, ignorándolos a ambos por completo.

De pronto, dos de esas mujeres se acercaron a José y empezaron a quitarle la ropa. Ni la falta de compañía femenina en tanto tiempo, ni la vestimenta de esas mujeres, que dejaba tanto a la vista, podían hacerle pensar en otra cosa que no fuera en el momento tan embarazoso que estaba pasando. Una vez consiguieron dejarlo completamente desnudo, una de ellas le vació un cubo de agua por encima. La acababan de coger del río y estaba helada. Las doncellas hicieron unos comentarios en voz baja, seguidos por unas risillas. Sagipe sonrió discretamente y, con ayuda de la otra mujer, hicieron lo mismo con el capitán.

—Si te dejas llevar no se pasa tan mal —le aconsejó a su amigo.

Se le veía sonriente y disfrutando claramente de la sensación de estar siendo bañado por dos mujeres a la vez. Su amigo, en cambio, parecía que se cubría el cuerpo e intentaba librarse de aquella situación tan extraña y comprometida.

—¡Ay! —Lo habían pellizcado en la parte interna del muslo cerca de sus testículos.

Miró hacia abajo y descubrió a Sagipe mirándolo fijamente con el ceño fruncido. El capitán borró la risa de sus labios y desvió la mirada sonrojado.

Después de bañarlos, los secaron y les cortaron el pelo. No fue un gran cambio, simplemente lo sanearon un poco y lo dejaron tal cual. Les sacudieron el pelo recién cortado y les pintaron el cuerpo haciendo unos garabatos de colores vistosos. Untaban sus dedos directamente en unos cuencos que contenían untuosas pastas de colores vivos. Seguían las líneas de sus cuerpos. Usaban uno, dos o tres dedos, según el grosor de la línea que requería el diseño. La pintura se secaba rápidamente y brillaba todavía más. Al final parecían dos obras de arte, dignos de ser expuestos en museos.

Acto seguido comenzaron a vestirles. Les pusieron un poncho, parecido a los que solían llevar los hombres de allí. Pero estos eran de pieles y en ellos había distintos bordados, con más colores vivos. Después de vestirles, los engalanaron con los adornos que tanto se habían acostumbrado a ver y que tan extraños se veían con ellos puestos. Les colocaron tobilleras, muñequeras, brazales, anillos, e incluso Juan se atrevió a que le perforaran la oreja para ponerse uno de esos pendientes con forma de colmillo. Para finalizar su nueva indumentaria, a José le entregaron una corona de oro con engarces de esmeraldas, adornada con un

penacho de plumas de lo más vistoso. Era parecido al que solía llevar Quemuenchatocha, pero no tan exuberante. A Juan le entregaron una máscara que simulaba una cara de un hombre gordo, casi tres veces más grande que un rostro normal. Todo el borde, las líneas del dibujo y el estrafalario cabello falso de la máscara, estaba hecho con finas cuerdas de oro, y el resto, con algo que parecía porcelana pintada, con otros tantos colores vistosos. Tenía dos orificios a la altura de los ojos para que pudiera ver con ella puesta.

—Bueno, ya estáis listos —dijo Sagipe sonriente, claramente satisfecha con el resultado. Se miraron el uno al otro y recordaron al instante aquella estatua de un güecha en el borde del acantilado donde Fernando perdió la vida—. La ceremonia empezará antes del alba, hasta entonces podéis descansar un poco o podéis ir a ver cómo preparan el poblado para la ocasión. —Abrió la puerta para que salieran las mujeres que la ayudaron a prepararlos y ella las siguió.

—Sagipe... —la interrumpió el profesor justo antes de que cerrase la puerta —, ¿en qué consiste esa ceremonia? Me gustaría saber algo sobre lo que estaré viendo dentro de un rato. —Sacó su libreta y un lápiz.

—Esta ceremonia es la más antigua que tenemos. Se hace desde que Bachué creó al primer muisca. Antiguamente nuestra cultura se extendía por toda la selva y sus afueras, a través de cientos de poblados. Pero desde la llegada de tus antepasados, solamente quedamos nosotros. Hemos tenido que adaptar algunas partes de la ceremonia, pero en esencia sigue siendo la misma —contaba contenta y con efusividad—. En la antigüedad, el heredero tenía que ayunar durante seis meses en el interior de una cueva. Puesto que, en este caso, el heredero es también nuestro *sybintiba* y nuestro hombre más fuerte, se decidió ignorar esa parte. También acompañaban en la ofrenda los cuatro caciques más importantes de las tribus vecinas. Ahora que somos el último reducto muisca y no tenemos vecinos, esos cuatro hombres se cambiaron por los cuatro más representativos del poblado. Por todo lo demás, es exactamente igual que siempre.

Les sonrió al finalizar la explicación y se marchó.

Incapaces de conciliar el sueño por lo incómodos que estaban con todo eso puesto, los dos amigos se pasaron toda la tarde en el poblado. Observaban con interés cómo se organizaban todos los preparativos para la ceremonia y aprovecharon para conversar con algunos conocidos. En toda la tarde, Sagipe no apareció por ningún lado.

En el pueblo todo el mundo parecía estar exaltado. Los niños se negaban a dejar de jugar para vestirse con esos atuendos tan incómodos que requería la ocasión. Se escapaban de sus padres y salían corriendo, dejándolos sosteniendo la ropa en el aire. También trituraban y machacaban algo en morteros o con ayuda

de pesadas ruedas de piedra. Al acercarse y poder verlo con más detenimiento, José se dio cuenta de que aquello que estaban convirtiendo en polvo eran pequeñas rocas de oro. En la orilla de la laguna desplegaron una sencilla pasarela de madera que flotaba y serpenteaba sobre la superficie del agua. Y junto a ella varios hombres trabajaban en alguna clase de artefacto metálico.

El sol comenzó a ponerse y todos los aldeanos esperaban impacientes. Desde la base de la escalinata de palacio, hasta la laguna, los habitantes hacían un pasillo formando una larga fila a cada lado. Y al final de la pasarela de madera que construyeron durante tanto tiempo en la orilla de la laguna, flotando en sus tranquilas aguas, había una balsa. Una sencilla balsa de juncos con una especie de mural en el centro. Una estructura de madera sobre la que había un mural tejido con seda e hilo de oro. En él podían distinguirse, reflejados, una gran cantidad de animales, lugares de la selva y épocas de aquella cultura. Era un mural en el que mostraban todo lo creado por Bachué, la deidad a la que se le hacía la ofrenda en esa ceremonia. En cada esquina de la balsa había unos grandes y pesados braseros, aquellos artefactos en los que trabajaban aquellos hombres unas horas antes.

Una vez más, volvió a escucharse ese ruido en el interior de las montañas y el suelo tembló de nuevo. Muchos de ellos ya se empezaban a acostumbrar a esos temblores y lo ignoraban, sin prestarle mayor importancia. Pero no fue el caso de José, que escuchó con preocupación. Empezaba a pensar que esos ruidos estaban relacionados con su misión.

Llevaban un buen rato aguardando, manteniendo la posición en esa larga cola que llegaba hasta la laguna. Una mujer se les acercó y, por gestos, les indicó que extendieran las manos. Al hacerlo se las llenó de polvo de oro. Miraron confusos a su alrededor y vieron cómo el resto de personas también esperaban con algo entre las manos.

Anocheció del todo, se hubieran quedado a oscuras si no fuese por las antorchas que formaban parte de ese pasillo, las que rodeaban la laguna y las que estaban esparcidas por todo el valle. En esa noche había más antorchas encendidas a la vez que en ninguna otra de las que pasaron en el poblado. Se dieron cuenta de que encendieron los braseros de la balsa y el humo ocultaba el escaso sol que quedaba. Algo en su interior ardía intensamente y envolvía todo el valle con un perfume embriagador.

Las puertas del palacio se abrieron y todo el mundo guardó silencio. De ellas salieron Chipaque, seguido por Quemuenchatocha y Sagipe. Por detrás de ellos iban Ramiriquí, el chamán, Chasquechusa, el *utatiba*, capitán menor de los güechas y mano derecha de Chipaque, y Chichituba, el mensajero encargado de traer lo necesario de la ciudad. Los seis se detuvieron en la parte alta de las

escaleras.

Ella llevaba el pelo suelto, adornado tan solo por una sencilla tiara de oro. Llevaba puesto un vestido de seda rojo intenso con un pronunciado escote y abierto por un lateral hasta la cadera. En los pies unas sencillas sandalias de cuero con algún diminuto detalle de oro, atadas con unas cuerdas que rodeaban sus pantorrillas hasta las rodillas. Cuando Juan la vio, para él desapareció todo cuanto lo rodeaba. No existía el humo que oscurecía el valle porque ella resplandecía cual sol de primavera en un cielo despejado. No le importaba esperar rodeado de gente algo que no sabía lo que era. Y tampoco se percató de que ella era la única que estaba vestida, todos los hombres que la acompañan iban desnudos.

El joven heredero estaba completamente desnudo e iba totalmente recubierto por algún líquido gelatinoso. El *pshipkua* llevaba su corona de oro, una capa roja y todas sus alhajas con esmeraldas incrustadas. Ramiriquí llevaba puesta su piel de osezo, de la misma manera que la llevaba durante el ritual en el que leyó sus almas, pareciendo así un ser medio humano. También llevaba tobilleras, brazaletes, pulseras y collares de hueso y madera. Chasquechusa llevaba un penacho de plumas, parecido al que llevaba José, pero más vistoso, y lo que parecía ser su armadura para el combate, pero hecha completamente de oro. Y, por último, el mensajero tan solo llevaba los complementos de oro, como llevaban todos los demás aldeanos, el cuerpo pintado con líneas de colores vistosos y un gorro de piel con una pequeña visera parecido a una boina, un sombrero que llevaría cualquier viajero forastero, para pasar desapercibido durante sus trueques.

El *sybintiba* comenzó a descender la escalera. Su cuerpo brillaba por la liga pegajosa que lo recubría y, con el resplandor de las antorchas, sus músculos y cicatrices destacaban todavía más. Cuando llegó al pasillo que formaban sus vecinos, comenzaron a tirarle por encima el polvo de oro que llevaban en las manos. Los otros cuatro hombres lo seguían desde una corta distancia, ajenos a lo que sucedía delante de ellos, y todos parecían ignorarlos al paso de Chipaque, el claro protagonista de la noche. Juan buscaba con la mirada a Sagipe, embelesado por su hermosura. Pero ella se quedó en lo alto de la escalinata y tenía la vista fija en su primo, con las manos cogidas frente al pecho y los ojos vidriosos de emoción. Todos lanzaban el polvo de oro cuando el joven pasaba frente a ellos, los dos amigos hicieron lo mismo cuando llegó su turno. Cuando llegó al final del pasillo, y ya estaba en la orilla de la laguna, el joven parecía una estatua de oro, recubierto completamente por ese fino polvo que le arrojaron todos los aldeanos.

El joven se subió en la balsa y se colocó frente al colorido mural. El séquito de

hombres destacados que lo seguían se apostó enfrente de él, formando otro pequeño pasillo. Había una pila de pequeñas bolsas amontonadas junto a la balsa. Los aldeanos las fueron recogiendo y vaciándolas a los pies del heredero. En poco rato se formó una montaña de joyas y piezas de oro que le llegaba casi por las rodillas. Una vez reunida la ofrenda, los cuatro acompañantes se colocaron cada uno junto a uno de los braseros. Dos hombres, cada uno con un remo largo, se subieron a la balsa. El silencio era absoluto. Tan solo se escuchaba el crepitar de las ascuas en los braseros y el ruido de la balsa y los remos apartando el agua con delicadeza a su paso. Incluso la cascada parecía que guardaba silencio de manera misteriosa.

Llegaron al centro de la laguna y la balsa se detuvo. La ofrenda estaba colocada sobre una sábana de seda. Cada uno de los acompañantes agarró una de las esquinas y volcaron el tesoro en el agua. A paso lento, Chipaque se colocó en el borde de la balsa y saltó al agua de cabeza, emergiendo unos pocos metros más allá. Bajo el agua, el polvo de oro se fue desprendiendo de su cuerpo y formó un semicírculo, una media luna parecida a las que llevaba Quemuenchatocha en su corona.

En el preciso instante en el que el joven se sumergió, José vio algo que lo dejó sin aliento. Era imposible que fuera el único que lo hubiera visto, pero eso parecía. Juan continuaba cautivado por la figura de Sagipe y no apartó la vista de ella en toda la ceremonia. El resto de los habitantes parecía que tampoco lo habían visto o lo ignoraron por completo, centrados en el joven guerrero. En el momento en el que se dibujó la media luna con la estela que dejaba su cuerpo, dos inmensas sombras alargadas se cruzaron en el fondo de la laguna. Fueron tan solo un par de segundos, pero estaba seguro de ver lo que vio. También vio un brillo, podía haber sido cualquiera de los tesoros que arrojaron al agua, pero estaba seguro de que ese brillo fue el mismo que le hizo centrar la vista en la escama que descansaba sobre el tesoro del San José.

Chipaque regresó a la balsa y volvió a su lugar, frente al mural. En cuanto la balsa se giró para regresar a la orilla, todos los aldeanos comenzaron a gritar, cantar y bailar. Multitud de antorchas y banderas, unas contenían la chacana y otras extraños dibujos, eran ondeadas esperando el regreso del futuro *psihipkua*. Cuando llegaron a la orilla, el ruido aumentó y lo envolvieron en una manta. El capitán güecha no daba muestras de frío, pero el agua de la laguna estaba helada.

Los cinco hombres a bordo de la balsa fueron a vestirse y, mientras tanto, los músicos tocaron de nuevo a pleno pulmón. Las carretas llenas de carne volvieron a surtir el contorno de una inmensa hoguera, y litros y litros de chicha empezaban a animar a la gente. Parecía un baile de máscaras, todo el mundo vestidos con sus trajes de gala.

CAPÍTULO 64

—Ahora es el momento —dijo Juan para sí mismo, en voz alta.

Eran altas horas de la noche. Algunos ya dormían tirados en el suelo, exhaustos tras tantos bailes o rendidos por la chicha, y Quemuenchatocha, que estuvo de buen humor durante toda la noche, se dirigía hacia el palacio.

—¿El momento de qué? —preguntó José, que lo escuchó murmurar.

El capitán tardaba en contestar, tenía la vista fija en sus manos y le daba vueltas a la piedra de oro que encontró en el río el día que aprendió a usar la batea.

—En cuanto el viejo salga de nuevo, estaré esperándolo en la puerta y no tendrá más remedio que atenderme. Ahora está de buen humor, así que no tendré mejor ocasión. —Más que responder parecía que repasaba algún tipo de plan en voz alta, ya que no separó la vista de su pedazo de oro en lo que duró su arenga particular.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó intrigado.

Pero no hubo ninguna respuesta.

El capitán se levantó del tronco en el que descansaban cerca de la hoguera, se plantó firme, mirando fijamente las puertas del palacio, respiró hondo y empezó a caminar hacia allí con decisión. Esperó el momento preciso. Sagipe hacía rato que se había ido a dormir, la gente no le prestaba atención y el *psihipkua* estaba de buen humor y sería más fácil hablar con él. Llegó frente a las grandes puertas de piedra, se arrodilló, colocó el pedazo de oro en el suelo frente a él y esperó el regreso de Quemuenchatocha. Pero el señor del poblado no volvió a salir y Juan siguió esperando toda la noche.

El sol comenzó a salir de nuevo y ya no había nadie despierto en el poblado. Tan solo dos personas permanecían en pie.

—¡Juan, Juaaaaan! —gritaba el profesor desde la base de las escaleras.

Todavía estaba arrodillado frente a las puertas del palacio con la vista fija en ellas. No había en su rostro indicio alguno de cansancio, a decir verdad, era un rostro serio, impertérrito, desprovisto de cualquier sensación.

—Llevo toda la noche esperándote, hace rato que estoy aquí solo y me estoy muriendo de sueño. Vamos a dormir un poco y luego seguirás haciendo... lo que sea que estés haciendo.

—¡Calla! —lo apremió alguien, agarrándolo por el brazo con tanta firmeza que incluso le hacía daño. Era Chipaque, había estado todo ese tiempo sentado, abrazado a su lanza, parecía dormido—. Déjalo, ahora mismo es mejor que esté tranquilo. Si lo que pretende hacer no sale bien, va a ser muy duro para él —dijo

muy serio el joven guerrero, sin apartar la vista del marinero—. La verdad es que ese tipo me está cayendo bien, hay que reconocer que tiene agallas. Al final acabaré cogiéndole cariño —sonrió, tiró del brazo del profesor para que se diera la vuelta y lo acompañó hasta el comienzo de la cuesta que llevaba a su cabaña—. Ahora descansa, ha sido un día largo y ajetreado, él estará bien. Ojalá consiga lo que quiere, es un buen hombre —dijo esto último en voz baja y con una leve sonrisa.

—¿Pero qué está haciendo? ¿Qué es lo que quiere? —insistía acaloradamente el explorador.

—Ya lo verás —respondió el joven secamente. Puso una mano sobre su hombro y se marchó.

Llegó hasta su cabaña y antes de entrar echó un último vistazo a su espalda. Su amigo todavía estaba en la misma posición, sin cambiarla ni un ápice. Cuando entró, se encontró con su ropa lavada y perfectamente doblada encima de su cama. Estuvo durante largo rato dando vueltas en la cama y aun así no pudo dormir más que un par de horas. Cogió su ropa limpia y bajó hasta el río a limpiarse la pintura que todavía tenía por todo el cuerpo. Antes de descender la colina, miró una vez más hacia el palacio, allí permanecía Juan, arrodillado, esperando que saliera el *psihipkua*.

Se bañó en el río, el agua estaba fría, pero fue perfecta para despejarse. Se quitó la pintura concienzudamente hasta que estuvo seguro de que no quedaba nada de ella, se vistió y volvió a su cabaña. Tardó un rato en volver a su habitación y su amigo aún continuaba en el mismo lugar y en la misma posición de antes. Se sentó sobre la tupida hierba del valle, disfrutando del sol y la brisa, y esperó a que el capitán terminara de hacer lo que estuviera haciendo, observándolo desde la lejanía.

Los niños fueron los primeros en despertarse y merodear por el poblado. Correteaban sin preocuparse por si molestaban o no a los que aún dormían. Los más madrugadores ya salían de sus cabañas, se agarraban a las paredes y se sujetaban la cabeza. Al parecer, una vez más, la gran cantidad de chicha hizo estragos entre los miembros de la fiesta. La suave brisa y las briznas de hierba mecidas por el viento despertaron a José. Se quedó traspuesto observando a su amigo, desde el borde de la colina, mientras velaba por él.

Por fin, después de tanta espera, salió Quemuenchatocha del palacio.

—¿Qué estás hacien...? —preguntó el anciano, nada más ver a su invitado arrodillado frente a su puerta. Pareció que él mismo encontró la respuesta a su pregunta mientras la formulaba. Tenía la vista clavada en esa pequeña piedra de oro—. No, no puede ser. —Parecía sorprendido y se dibujaba una sonrisa traviesa en sus arrugados labios—. No me digas que pretendes...

—¡Sí! —interrumpió a su anfitrión—. Se trata precisamente de lo que estás pensando. —Hizo una reverencia como pudo, arrodillado como estaba.

—Ya era hora —dijo sorprendentemente, riéndose de nuevo—. ¿Te crees que no me he dado cuenta de cómo os miráis mi sobrina y tú? —Guardó unos segundos de silencio y se quedó mirándolo con un gesto de afecto—. Ya pensaba que nunca me pedirías la mano de Sagipe. Y por si fuera poco lo haces al modo tradicional muisca. Veo que has puesto interés, me gusta tu estilo, muchacho —dijo seriamente, con los brazos cruzados y rascándose el mentón, pensativo.

El marinero abrió los ojos, incrédulo, al escuchar esas palabras, pero no deshizo ni un ápice su reverencia.

—Así es —logró decir escuetamente, con la voz temblorosa.

—¿Y bien, tienes alguna ofrenda para mí? —interrogó el anciano, exagerando su curiosidad.

Juan empujó levemente el pedazo de oro y lo acercó unos centímetros a los pies de Quemuenchatocha. El señor del poblado cogió con dos dedos el tubo que atravesaba su nariz y comenzó a girarlo sobre sí mismo. Al capitán le dio cierto reparo, pero supo disimularlo a la perfección.

—¿Una pepita de oro? —El hombre del que dependía su felicidad parecía decepcionado—. Esto es como si me ofrecieras migajas de pan en mitad de un festín. Lo siento, pero no puedo aceptar tu ofrenda.

Era el pedazo de oro más grande que él había visto en su vida, pero estaba claro que para el señor de El Dorado aquello era algo insignificante. A pesar de sus palabras, el *pshipkua* parecía extrañamente contento.

—Me gustaría explicar esto antes de que tomes una decisión —se apresuró a contestar el marinero, como último recurso para tratar de convencerlo.

—Mi decisión ya está tomada, pero, adelante, explícate —apostilló el anciano en un tono serio, a pesar de que su semblante aún parecía afable y bonachón.

—Mi intención no es comprarla con un pedazo de oro o con todo un tesoro, como parece que es la costumbre. —Quemuenchatocha frunció el ceño pero dejó que continuara—. Simplemente estoy ofreciendo todo lo que tengo. Estuve navegando sin un rumbo fijo por todo el mar Caribe durante meses. Fui un prisionero de una banda de ingleses buscadores de tesoros y llevo aquí alrededor de unos tres meses, sin nada más que lo puesto. Lo único que tengo es esta insignificante roca gracias a la generosidad de tu pueblo —la arrojó con desgana por encima de su hombro, como si de verdad no tuviera ningún valor— y un barco anticuado, anclado a no sé cuántos kilómetros de aquí y a saber en qué dirección. También te lo entregaré, si lo quieres, a cambio de la mano de Sagipe. —El anciano escuchaba con el ceño fruncido y los brazos cruzados con firmeza.

—No es del todo una mala propuesta —dijo al fin el señor del poblado, a la

vez que sonreía y fingía interés por la ofrenda—, pero, como ya he dicho antes, mi decisión está tomada.

—¡Entonces, qué! —se exaltó Juan ante la impotencia de ver pasar esa oportunidad frente a sus ojos, sin poder hacer nada.

Se dio cuenta a tiempo de lo que estuvo a punto de decir y humilló la cabeza, avergonzado. El *psihipkua* sonrió, aprovechando que no le veía. Entonces comenzó a caminar en dirección al pueblo, pasando con indiferencia junto a él. Pero al pasar por su lado se detuvo.

—Tienes razón —dijo, esta vez, completamente serio. Juan alzó incrédulo la mirada al instante—. En esta clase de matrimonios muchas veces el padre escoge el marido de su hija, según su conveniencia. Pero muchas veces en esos matrimonios, cuando se acaba el dinero, el amor se va con él. Además, yo no soy el padre de Sagipe, cumplo la promesa que le hice a su padre antes de morir. Y me aseguraré de hacerlo correctamente.

—Pero si aquí no usáis el dinero más que cuando Chichituba va a la ciudad —interrumpió Juan el relato del anciano.

—Es un ejemplo —dijo con exasperación—. Antes de morir, el padre de Sagipe me encargó que cuidara de ella y yo le di mi palabra de que así lo haría. Si yo aceptara esa piedra de oro, o incluso una montaña de oro, no estaría cumpliendo mi palabra. No estaría mirando por su porvenir, si no por mi futuro económico. —Miró con solemnidad al marinero. Él escuchaba con atención y asentía cada vez que estaba de acuerdo, que era casi todo el tiempo—. Puesto que no soy su padre, y además soy el *psihipkua*, te será imposible conseguir su mano con algún bien material. Habré logrado mi objetivo de cuidar de mi sobrina si finalmente acaba con un hombre como tú. Viendo cómo ella te mira, ¿a ti parece que de verdad te corresponde? Yo confío en que consigas ofrecermelo adecuado para que eso ocurra, pero tienes que averiguar de qué se trata tú solo.

Quemuenchatocha continuó caminando y bajó lentamente la escalinata. Juan se puso en pie y se quedó observándolo con los ojos vidriosos. Lo miraba de una manera que, desde la lejanía en la que se encontraba, no se podía distinguir, pero esa mirada revelaba una promesa silenciosa, un pacto no pronunciado entre dos hombres. La seguridad de que conseguiría la mano de su amada. A pesar de no haber sido del todo rechazada su petición, a pesar de que el anciano aprobaba esa unión y a pesar de tener una pista sobre cuál debía de ser la ofrenda adecuada, Juan se sentía decaído, humillado y rechazado.

CAPÍTULO 65

Desde ese día, la relación entre ellos dos no volvió a ser igual. A pesar de que Quemuenchatocha siempre aparentaba la misma amabilidad y los recibía siempre con una sonrisa, el marinero lo rehuía. Evitaba cualquier contacto con él, y si era inevitable cruzarse, no había más que un escueto y cordial saludo. El anciano intentó entablar conversación con él en más de una ocasión después de aquel día, pero el capitán siempre tenía preparada alguna excusa para proseguir su camino.

Aunque fueron bien acogidos por todos los ciudadanos, no estaba bien vista la idea de que uno de ellos se casara con una mujer muisca, y menos aún con la sobrina del *psihipkua*. Nunca nadie le dijo nada a él directamente, pero los comentarios no cesaban. Cada vez que pasaba junto a un grupo de personas, comenzaban los rumores y eso no hacía más que aumentar su sensación de fracaso y hacer que se obsesionara cada vez más con encontrar la forma de convencer al anciano para que aceptara su enlace. ¿Pero cómo podría hacerlo? ¿Qué podría ofrecer que no pudiera tener el señor de todas esas tierras?

Los días pasaban y se convertían en semanas, y a simple vista todo seguía exactamente igual que siempre. Los aldeanos seguían con sus quehaceres diarios, incansables, viviendo para hacer prosperar a su pueblo. José aumentó su número de pupilos, se había convertido, por llamarlo de alguna forma, en el maestro oficial del poblado. Ya no solo enseñaba un idioma nuevo, sino que daba consejos sobre distintos tipos de plantas y sus diferentes usos. A pesar de conocer la selva, como el hogar que era para ellos, sus conocimientos les fueron de gran utilidad a todos los asistentes a sus lecciones. Los guerreros güechas, liderados por Chipaque, entrenaban con dureza y sin descanso en lo que fue el terreno de juego del *palin*. Cuando el *sybintiba* se recuperó de sus lesiones tras el intenso partido, todos los guerreros del pueblo intensificaron su entrenamiento. Al parecer, el joven se vio intimidado por las aptitudes de los forasteros y no podía permitirse que sus hombres dudaran de él.

Desde entonces, Sagipe estuvo más pendiente que nunca de Juan. Cada vez que lo notaba decaído se acercaba a él y trataba de animarlo. Le hacía carantoñas y lo abrazaba constantemente, a pesar de estar en público, algo impropio de su cultura. Pero no le afectaban los comentarios que pudiera hacer la gente, tan solo le importaba que ese hombre volviera a ser el de siempre y no el ser errante, solitario y meditabundo en el que se había convertido desde el encuentro con su tío. Siguieron disfrutando de intensos momentos de intimidad, pero incluso en esas ocasiones lo notaba distante, con la mente en otro sitio.

—Te quiero y tú me quieres; y mi tío lo sabe. Él te quiere para mí y, si está

haciendo esto, en parte es por ti. No hay nada de lo que se sienta más orgulloso que de ser un muisca, y con ello de todas nuestras tradiciones. En otra época, en otro lugar o en otras circunstancias, todo lo que has hecho desde que llegaste serían motivos más que suficientes para conseguir la mano de una mujer. Pero desde que Quemuenchatocha era pequeño, hasta nuestros días, nuestro pueblo ha vivido con desconfianza y temor hacia los forasteros. No solo os considera, a ti y a José, parte de nosotros sino que ha dejado el futuro del pueblo en vuestras manos. Y todo por la predicción de un viejo chiflado cuya última adivinación acertada fue antes de que yo naciera. —Trataba de animarlo Sagipe, después de uno de sus fogosos momentos en las pozas—. Puede que crea en las profecías de Ramiriquí o que realmente confíe en vosotros para darle a nuestro pueblo el cambio que necesita. El caso es que si mi tío rechazó tu ofrenda no fue para humillarte, ni para desanimarte, sino todo lo contrario. Te dio una pista sobre lo que quiere que le des. Quiere despertar algo en ti, que veas las cosas desde otro punto de vista distinto a como las ven los demás.

Acarició el rostro serio y pensativo del marinero y lo besó.

—¿Pero qué puede ser lo que haga que acepte? Ya me dijo que no serviría ningún bien material —dijo justo en el instante en el que iba a recibir el beso.

Ella lo miró con el ceño fruncido, pero no pudo evitar sonreír. Ese alejamiento, y estar todo el tiempo dando vueltas a la cabeza, era solo para conseguir estar a su lado.

—Esa es la pista que tienes que seguir —añadió.

—¿Pero qué voy a ofrecerle si no? No tengo ningún cargo importante, ni importante ni irrelevante. Tan solo soy un forastero obligado a estar aquí para cumplir un propósito que nadie sabe cuál es —esquivó una vez más una caricia de la mujer.

Estaba tan concentrado en lo que estaban hablando que ni siquiera se percató. Ella no se lo tuvo en cuenta.

—¿Y si el propósito fuera este? —preguntó Sagipe, con un tono de voz juguetón y travieso.

Se acercó todavía más a él y se sentó sobre sus piernas. Le besó el cuello a la vez que movía sensualmente sus caderas. El agua del manantial estaba caliente, demasiado incluso para la temperatura del exterior, pero aun así se le erizó el vello y un escalofrío recorrió la espalda del capitán. Una vez más, y con energías renovadas, desataron todo su amor allí mismo, celebrando el momento que ambos sabían que, tarde o temprano, llegaría.

Desde ese día en las pozas, Juan volvió a ser el que acostumbraba. De vez en cuando, tenía momentos en los que parecía que recaía en su depresión, pero enseguida se reponía. Volvió a buscar oro en el río y a competir por ver quién

encontraba el trozo más grande. También volvió a fabricar esas alargadas embarcaciones y a compartir opiniones con los carpinteros y navegantes del poblado. Ahora sí parecía que todo había vuelto a la normalidad, salvo por esos estruendos provenientes del interior de las montañas, que cada vez eran más frecuentes.

Muchos lo pensaron, pero nadie se atrevió a decirlo en voz alta. Llegó el día en que los estruendos de las montañas hicieron temblar el suelo. Cada vez los temblores fueron más fuertes y finalmente acabaron por producir un desprendimiento de rocas en las montañas que rodeaban el valle. Por suerte, las rocas no dañaron a ningún habitante, animal o vivienda. Tan solo estropearon el impoluto manto verde que lo cubría todo, dejando profundos surcos o quedándose clavadas en la tierra. Destrozaron el vallado que había detrás de una de las casas situadas más hacia el exterior y una barca recién terminada, que flotaba a la deriva por la laguna, cerca de la pared de la montaña. Al parecer, los temblores la hicieron caer al agua y el hombre que la hizo la perdió al prestar atención al desprendimiento.

De pronto sonó algo, parecía un instrumento de música, pero su sonido no lo habían escuchado antes. Fue un sonido atronador, grave y profundo.

—¿Qué es eso? —se sobresaltó el profesor—. No lo había escuchado nunca antes.

Estaba con su amigo y con Sagipe en ese momento. Habían reunido a los niños que atendían en sus lecciones para protegerlos de la avalancha.

—Ese sonido no indica nada bueno —respondió la mujer, claramente preocupada—. Ese cuerno solo lo hacen sonar cuando hay problemas. Hacía mucho tiempo que no lo oía.

Todos los aldeanos acudieron directamente a la base de la reluciente escalera que llevaba hasta el palacio, un lugar muy concurrido últimamente. Una vez se reunieron todos, se formó un círculo en el que todos escuchaban con suma atención. Unos escalones por encima, para que todo el mundo pudiera verlo, estaba Chipaque. Como capitán de los güechas esta vez sería él el que diera la arenga oportuna y no su padre. Llevaba puesta su indumentaria de combate, igual que Chasquechusa, el *utatiba*, que lo acompañó en la balsa, igual que la estatua del guerrero listo para la batalla que vieron antes de aparecer en el valle.

—¡Últimos hombres y mujeres muiscas, habitantes de El Dorado! En estos momentos de miedo e incertidumbre es necesario guardar la calma. Hemos conseguido saber que esos extraños sonidos que salen de las montañas y esos temblores que nos acosan últimamente no son fruto de la naturaleza, sino provocados por alguien. —Miró a los dos forasteros y les guiñó un ojo. Ellos eran la fuente de esa información—. Antes de que cunda el pánico, antes de sacar

conclusiones precipitadas y erróneas, vamos a ir algunos de mis hombres y yo a buscar respuestas. —Nadie dijo nada, todos escuchaban con atención las palabras de su futuro *psihipkua*. Puede que su actitud a veces no fuera la correcta, pero sin duda se había ganado el respeto de su pueblo—. Iremos cuatro escuadras de cuatro hombres cada una. Nos dirigiremos cada grupo a cada uno de los flancos del valle. Vosotros al sur. Vosotros al norte. Vosotros al este. Y mi escuadrón irá al oeste. —Nadie discutió sus órdenes, conforme nombraba a sus hombres, estos salían corriendo hacia donde su *sybintiba* les había mandado—. En cuanto alguno de vosotros encontréis cualquier cosa, por insignificante que parezca, regresad para informar. Tenemos una semana para encontrar, o no, lo que sea que provoque los temblores. En siete días nos reuniremos aquí —apremió a los exploradores, antes de que abandonaran la formación—. Chasquechusa, te dejo a cargo del pueblo, cuento contigo —dijo a su *utatiba*.

Antes de partir, Chipaque se esperó a que se disolviera el gentío y todo volviera a la normalidad, todo lo normal que se pudiera estar en aquella situación.

—¡Chipaque! —lo retuvo Juan en el mismo instante en el que se iba junto con el resto de su escuadrón—, me gustaría colaborar en esto. Tanto José como yo estuvimos con esos ingleses, puede que...

—No puede ser —lo interrumpió el joven. Se acercó a él y le puso una mano firme sobre el hombro—. Si te pasara algo romperías la promesa que me hiciste, la que le hiciste a mi padre y la promesa a Sagipe. Sea lo que sea lo que esté ocasionando todo esto, lo encontraremos. Entonces vosotros podréis ayudarnos a acabar con ello. Hasta entonces, tenéis que permanecer aquí. Si a ti te pasara algo, estarías en deuda con nosotros tres y jamás conseguirías descansar en paz. Además, vuestro propósito os está esperando aquí, no allí fuera. —Lo miró fijamente a los ojos y el marinero asintió con firmeza.

Chipaque sonrió y desapareció junto con sus hombres.

El escuadrón que se dirigió hacia el norte desapareció por detrás de la cascada. Por lo que sabía el capitán, allí no había nada más a parte de las pozas, pero sin embargo los soldados no aparecieron. Los que partieron hacia el oeste se subieron en dos barcas y fueron río arriba desapareciendo bajo la montaña. Y los que se dirigieron hacia el sur y el este subieron el valle a toda prisa, escalaron la montaña y desaparecieron tras ella. Lo hicieron con una velocidad y una agilidad propia de unos pocos animales.

CAPÍTULO 66

Una casa solitaria frente a la selva. Era una cabaña preciosa en la que habían trabajado muy duro para dejarla tal y como estaba. Durante muchos años fue un lugar solitario, aislado del mundo, del que se contaban historias acerca de maldiciones y extraños seres. Pocos meses atrás eso cambió. Se convirtió en un hogar, un lugar lleno de risas donde se forjaban historias de amor como solo aparecen en los libros. Pero todo eso también se esfumó y acabó siendo un recuerdo visitado por criaturas ignoradas por el mundo y ocultas por la historia. En ella vivía una mujer, una mujer normal y corriente con un trágico pasado. Un pasado que no podía olvidar, no quería olvidar, porque gracias a ese pasado recuperó de nuevo la vida.

—¿Tienes noticias nuevas sobre José? —preguntó Isabel, con tristeza, a su acompañante.

Tenía una taza de té humeante en las manos, de la que no apartaba la vista

—No sé nada sobre él en concreto, pero está bien. No ha habido más muertes desde el último derramamiento de sangre. —Era el chamán, el mismo que intentó comérselos la primera vez que se vieron, ahora era su portavoz de los acontecimientos de la selva.

—Lo echo mucho de menos y estoy muy preocupada por él —dijo cabizbaja y con los ojos llenos de lágrimas—. Sé que se sabe cuidar bien él solo, pero allí afuera hay peligros que aún no conocemos. No me preocupan los *wendigos*, los *mobán* o si, por alguna casualidad existiera, se cruzara con otro *mapinguarí*. Me preocupan las personas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el anciano, asombrosamente calmado, dando un sorbo a su taza de té.

—José tiene la necesidad imperiosa de ayudar a todo aquel que lo necesita y se cruza en su camino, te lo digo por propia experiencia. —No podía mirar al anciano a los ojos, si levantaba la cabeza sabía con certeza que sus lágrimas acabarían derramándose y se prometió a sí misma, el día que desapareció su maldición, que jamás volvería a llorar—. Me preocupa que haya podido ayudar a quien no debía. Las personas son malas por naturaleza y solo buscan el bien de uno mismo. Esas personas con las que se encontró... ¿Qué habrá sido de él? —Con esto último parecía que hablara para sí misma.

—Puede que haya una posibilidad de que vuelvas a verlo dentro de poco —añadió el *mapinguarí*, dando otro sorbo de té caliente.

—¿Qué? —De pronto, las lágrimas desaparecieron de los ojos de Isabel.

Estaba tan sorprendida que soltó su taza, derramando todo el té sobre la mesa.

El chamán le lanzó una sonrisa oculta tras su larga barba manchada de té.

—No te emociones tan rápido —advirtió el anciano. La preocupación volvió a reflejarse en el rostro de la mujer—. Se trata de algo peligroso, no te puedo asegurar que lo vuelvas a ver ni saber, si lo ves, el estado en el que estará.

Esta vez, incluso el *mapinguarí* parecía nervioso, casi aterrado.

—Haré lo que sea —dijo ella con convicción.

Ni su voz ni su actitud mostraban lo contrario. Le invadió una fuerza como nunca había sentido, algo que la impulsaba a hacer cualquier cosa, confiada en que lo lograría.

—Como ya te dije, un secreto está a punto de ser revelado, un secreto que debería permanecer oculto. —El anciano tenía el rostro ensombrecido, ni siquiera él, con todos sus poderes, se veía capaz de hacerlo—. Ocurrirá algo imposible de controlar por un solo hombre, incluso por todo un poblado. Algo por lo que todos los países del mundo se pondrían en guerra sin dudarle está a punto de ver la luz después de haber permanecido oculto durante siglos. Solamente puedo decirte que pase lo que pase se perderán muchas vidas, entre ellas, vidas inocentes. De hecho, estas últimas serán de las que más se pierdan.

—Si eso que va a resurgir es tan difícil de controlar, entonces José necesitará ayuda. —La mujer hablaba con tal convicción, que a punto estuvo de contagiar su entusiasmo al reflexivo y tranquilo anciano.

—Toma, nos reuniremos aquí —entregó a Isabel un papel con algo escrito—. En las primeras coordenadas encontrarás un medio de transporte, las segundas son nuestro punto de reunión.

—¿Cuándo tengo que estar en este lugar? —preguntó ella, apretando el papel con fuerza contra su pecho, como si eso le hiciera estar más cerca de su amado.

—Eso tan solo lo sabe el destino. Todo depende de lo que haga José y lo que ocurra en el lugar en el que esté —respondió el chamán, de nuevo, aparentemente tranquilo.

En ese preciso instante se abrió bruscamente la puerta, dando un fuerte golpe a una pila de leña y tirando los troncos.

—Si se trata de nuestro amigo, yo también quiero ayudar. —Era una voz aguda e irritante.

Billy había ido a visitar a Isabel, como otras tantas veces, pero descubrió lo que estaban hablando y escuchó a escondidas desde detrás de la puerta.

—Vaya, vaya, parece que ni en la peor de las situaciones y en el rincón más recóndito de la selva, José se va a poder librar de ti —dijo el *mapinguarí* con un gesto tan cariñoso que por un momento pareció el abuelo del *chullachaqui*—. Muy bien, entonces irás con ella, si no te parece mal —dijo a Isabel, conocedor de la relación que hubo entre ellos.

El duende puso gesto de inocencia y la miró con súplica. Incluso pareció que cambió un tanto sus facciones para parecer más adorable.

—Entonces será como en los viejos tiempos, ¿no? —dijo sonriente a Billy, que saltó a sus brazos enseguida.

—¡Amigo! —Se oyó una voz grave, ronca y profunda.

Arg irrumpió en la cabaña con tal brusquedad que, de no ser porque ya estaba la puerta abierta, se la hubiera llevado por delante.

—Por lo visto volvemos a estar todos —dijo el *mapinguarí* sonriente y contento—. ¿Qué haces tú aquí?

—Ha venido conmigo —se apresuró en contestar Billy—. No puedo dejarlo solo por la selva, alguien tiene que protegerlo.

Todos rieron abiertamente, incluido Arg. Parte de esas risas eran para liberar la tensión por un peligro que sabían, a ciencia cierta, que iban a encontrarse.

—Al parecer, el extraño grupo volverá a vivir otra aventura por la selva —dijo sonriente el anciano tras terminarse su último trago de té.

Todos asintieron entusiasmados.

CAPÍTULO 67

Aparentemente, en el poblado, todo estaba exactamente igual que siempre, pero quien lo conociera un poco podría darse cuenta de que la tensión y la incertidumbre eran constantes en el ambiente. No había nadie, ni los dos forasteros ni el despreocupado Ramiriquí, que constantemente no vigilaran las salidas del poblado, esperando encontrarse con alguno de los guerreros, con alguna respuesta acerca de los extraños temblores. Al tercer día desde la partida de los exploradores se formó un revuelo en el río, en el lado opuesto a la laguna. Era una de las patrullas que había vuelto antes de la fecha prevista. Todos regresaron cansados, pero en perfectas condiciones, salvo uno de ellos, que estaba herido, y lo ayudaban a moverse entre dos hombres.

Llegaron atravesando a nado la angosta gruta que discurría bajo la montaña, a pesar de tener la corriente en contra. Debido a ello, el hombre herido perdió mucha sangre y estaba muy débil. Lo tumbaron en el margen del río para poder examinar detenidamente las heridas. Tanto en el pecho como en una pierna tenía unos grandes y profundos arañazos. Un rato después llegó hasta allí, con una impasible tranquilidad, el chamán, oculto bajo su tupido pelaje de osezno. Se situó cerca del herido y lo miró de reojo, con desgana, como si se viera obligado a estar allí después de haber sido interrumpido durante algo importante.

—Llévalo a mi cueva —ordenó Ramiriquí escuetamente.

Acto seguido se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección al templo, sin esperar ni supervisar a su supuesto paciente. Ansiosos por ver al chamán en acción, los dos amigos se adelantaron al resto, cogieron al soldado herido y lo llevaron en volandas, siguiendo con presteza al anciano. Juan todavía estaba impresionado por el ritual en el que leyeron sus almas. Pero el profesor conocía el poder del *mapinguarí*, otro chamán, y quería ver de qué era capaz este. Al principio, un gran número de aldeanos los seguían, preocupados por la salud de su amigo y vecino. Pero rápidamente el sacerdote los dispersó, prohibiendo la entrada en su templo a todos, mientras estuviera atendiendo al herido.

—Esto no tiene buena pinta, se está poniendo muy blanco —decía el marinero, preocupado, clavando la vista en el curandero, esperando una respuesta que no llegaba.

—Está perdiendo mucha sangre, ¿qué hago? —apremió José.

Presionaba los cortes del pecho para intentar cortar la hemorragia, con una camisa que consiguió a toda prisa en una cuerda cercana con más ropa tendida. Pero al parecer no funcionaba, la sangre del pecho empapó por completo la tela y la herida de la pierna tampoco dejaba de sangrar. Mientras tanto, el anciano

caminaba aparentando estar tan relajado como un torturador disfrutando del sufrimiento de su víctima.

—*¡Gata!* —Una hoguera bajo la marmita comenzó a arder con intensidad—. Dejadlo ahí —señaló el altar de piedra en el que ambos recibieron su ritual.

Con las afiladas garras de su indumentaria de osezno rasgó toda su ropa. Tenía tres arañazos profundos en el pecho y otros tres en el muslo, no tenían buen aspecto y sangraban abundantemente. El curandero cogió una botella de vidrio de una de las estanterías, contenía un líquido que parecía agua muy sucia. La puso frente a sus ojos, murmuró unas palabras y se llenó la boca con el contenido. Acto seguido la escupió toda sobre las heridas, de ellas empezó a brotar un líquido blanquecino. El explorador comenzó a gritar y a retorcerse de dolor. Los dos amigos se miraron y fueron a intentar consolar al herido.

—¡Deteneos! —ordenó muy serio Ramiriquí, sin apartar la vista de su paciente. De pronto, dejó de gritar y se durmió.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué le ha pasado? —preguntaron atónitos.

—No ha resistido el dolor y se ha desmayado. Pero tranquilos, mañana estará consciente de nuevo —dijo, entre risas, al ver los rostros aterrados de sus acompañantes.

—Se... Se supone que ha venido aquí para que lo cures —dijo el profesor, intimidado por el aspecto que ofrecía el chamán con el pelaje que lucía bajo las sombras de la caverna.

—Nadie dijo que la medicina no fuera dolorosa —respondió, como si no le importara en absoluto el sufrimiento de su paisano.

Volvió a reír y continuó con el dudoso tratamiento. Limpió las heridas del soldado con agua limpia, recién traída de la laguna. Para su asombro, a pesar de todo, los cortes dejaron de sangrar. Ahora solo eran profundos surcos desgarrando la piel de aquel pobre hombre. Puso un puñado de plantas secas en un trapo de tela, lo envolvió, lo ató con un cordel y lo metió en el agua hirviendo que contenía la marmita. Lo dejó ahí dentro unos instantes y lo sacó, desenvolvió el trapo y puso el puñado de plantas en un mortero de piedra. Las machacó hasta formar una pasta uniforme de un color verdoso. Después de eso, cubrió meticulosamente todos los cortes con esa especie de crema que acababa de fabricar, y los vendó.

—Ahora solo queda esperar —dijo Ramiriquí, quitándose su pelaje de osezno al terminar de hacer las curas que creyó oportunas.

Dejó al descubierto su torso desnudo, enjuto y huesudo. Era asombroso el parecido físico que tenía con el chamán que José conoció en el corazón del Amazonas, a muchos kilómetros de allí.

—¿De verdad se va a poner bien tan solo con eso? —se interesó el profesor.

Miró con preocupación al hombre tendido sobre el altar de mármol. Estaba pálido, tanto que su piel no parecía humana, y el movimiento de su pecho al respirar era lento y dificultoso.

—Yo solamente he curado sus heridas —respondió el sacerdote, de espaldas a ellos, ordenando mientras tanto todo lo que había utilizado de las estanterías—. Ha perdido mucha sangre, ahora es él el que tiene que luchar para seguir con vida.

Después de hacer todo lo que pudieron por aquel hombre, los dos amigos salieron de la cueva. Abajo, al principio de la escalinata de oro, esperaban los otros tres hombres que completaban la escuadra del herido.

—¿Cómo está? —preguntó con dificultad uno de ellos, en un precario español.

—Está bien —respondió el profesor, en un tono relajado para no preocuparle—. Ahora tan solo queda que guarde reposo y esperar hasta que se recupere. Cuando recobre las fuerzas podrá regresar a su casa, junto a su familia.

El soldado al que estaba hablando asentía muy serio a cada palabra, pero por la cara que ponía, José sabía que no le estaba entendiendo ni una sola palabra.

—Bueno, ¿qué es lo que ha pasado? —preguntó exagerando su curiosidad, buscando a su alrededor a alguien que lo entendiera—. ¿Alguien me lo podría contar?

—¡*Nymy, nymy!* —repetían constantemente los tres exploradores.

Parecían alterados y gesticulaban efusivamente. Imitaban que lanzaban zarpazos, que caían al suelo, que corrían y se escondían, pero tanto José como Juan se miraron confusos, incapaces de descifrar lo que les estaban intentando decir. De pronto, los tres guardaron silencio y comenzaron a buscar a alguien por los alrededores.

—¡Cota, Cota! —se acercó hasta ellos un niño pequeño, tendría unos cinco o seis años.

Uno de los soldados le contó algo al oído. Debía de ser algo importante, porque estuvo un rato sin separarse de su oreja.

—Él dice que... Ellos en selva y una familia de jaguar atacaron a ellos. Ellos correr y correr, pero jaguar siguió a ellos. Parecía que ellos escapado, pero un *nymy* alcanzó a Tibaque y él cae. Cuando él intenta poner pie, jaguar vuelve a arañar, esta vez en pecho. —Ese niño pequeño fue un perfecto intérprete—. Ellos tres consiguen asustar a jaguar y llegar hasta aquí, cogiendo cuerpo de Tibaque.

—Vaya, qué chico más listo —dijo José en un tono cariñoso, a la vez que le revolvía el pelo. El niño sonrió—. ¿Cómo es que sabes hablar tan bien mi idioma?

El pequeño estaba sudado y tenía tierra pegada por todo el cuerpo por estar todo el día correteando y jugando.

—Sagipe enseña a mí antes de que vosotros aquí —respondió Cota, orgulloso por los halagos recibidos por el maestro—. También aprendo mucho en clases que tú das. —José sonrió sorprendido.

—Vaya, vaya —cruzó los brazos y miró con seriedad al niño—. Si sigues así, dentro de poco podrás dar tú mismo las clases. —El pequeño sonrió con timidez y agachó la cabeza sonrojado, incapaz de mirar al profesor a la cara después del cumplido.

Estaba anocheciendo, Tibaque todavía seguía inconsciente y no hacían nada todos reunidos a los pies de la escalinata del templo. A pesar de haber sufrido un incidente, en el poblado había muchas cosas que hacer, así que se disolvió el grupo y se marchó cada uno en una dirección. Los soldados se marcharon para reunirse con sus familias, en sus hogares, después de su peligrosa aventura. Cota volvió a irse corriendo a jugar con otros niños que pasaron por allí. José buscó un rincón apartado, solitario y tranquilo, cerca del río, en el que preparar sus lecciones para el día siguiente. Volvió a pensar en impartir sus clases de español y, aprovechando la ocasión, tratarían sobre plantas medicinales. Y, por último, Juan se fue a terminar los detalles de una barca que dejó a medias. Cuando acabó, aprovechó para pasar otro rato a solas con Sagipe.

Mientras el resto de las escuadras de exploración estuvieron fuera, los estruendos provenientes del interior de las montañas volvieron a escucharse hasta en un par de ocasiones. Un día, a mediodía, uno de los centinelas que patrullaban por el poblado dio la voz de alarma. Tal cual ordenó Chipaque, cuatro días después de que volviera la primera escuadra, regresaron el resto de los exploradores, justo en la fecha prevista. Cuatro exploradores aparecieron por detrás de la cascada y otros cuatro descendían, con gran agilidad y a toda velocidad, la ladera sur del valle, cerca de la cabaña de los dos forasteros. Pero todavía faltaba por regresar una de las escuadras, la que se marchó hacia el oeste, por detrás de la arboleda, la escuadra liderada por Chipaque. A los pocos minutos de espera, los murmullos ya podían oírse entre los aldeanos. Si por algo se caracterizaba el *sybintiba* era por cumplir siempre con todo lo que decía, no era una buena señal que llegara tarde cuando él mismo impuso la fecha.

Los minutos se convirtieron en horas y los rumores en un silencio tenso e incómodo. El pueblo parecía tranquilo a simple vista, los que tenían hijos, sobre todo, fingían que todo iba como siempre por no preocupar a los más jóvenes. Pero aunque ninguno de ellos habló claramente sobre ello, todos, desde el más pequeño hasta el más anciano, sabían que ocurría algo. Quemuenchatocha, desde el primer momento, esperaba impaciente, de pie, apoyado sobre su bastón y

mirando sin descanso la cima de la montaña por donde se fue su hijo. Al atardecer, Sagipe se fue junto a su tío y esperaron juntos en un interminable y triste abrazo. Podría ser que el joven capitán güecha se entretuviera con alguna pieza de caza que se le encaprichara o, cosa menos probable, que se hubieran perdido. Pero también podría ser que, tal y como sospechaban los forasteros, esos temblores los provocara alguien y los hubieran atacado al haberlos descubierto.

—¡Mirad! —Una vez más, uno de los centinelas dio la voz de alarma—. ¡Por allí! —señaló al lado sur del valle, muy lejos de por donde debían regresar los que faltaban.

Delante del destello rojizo de los últimos resquicios de la luz del sol, se vislumbró una silueta en la parte más alta de la montaña. Su sombra se estiraba hasta el comienzo del valle. Fuera quien fuese el que regresó, se desplomó en cuanto vio a sus familiares y amigos en la distancia. Bajó rodando unos metros, en un lugar en el que jamás se habría caído ninguno de los soldados, hasta detenerse entre un grupo de peñascos. Puede que esa escarpada y pronunciada cuesta, llena de afilados cantos sueltos, pudiera suponer un grave inconveniente para José o incluso para el capitán, pero no era nada a lo que no estuvieran acostumbrados los bravos guerreros güechas. Si aquel hombre cayó, debía de tratarse de algo grave. Nadie dijo nada todavía, observaban lo que ocurría y, de pronto, echaron todos a correr hacia donde cayó el rastreador.

—¡Rápido, llevadlo a nuestra cabaña, no tenemos tiempo de ir al templo! —gritó Juan a pleno pulmón para que los hombres más adelantados lo escucharan.

—¡No... medicina! —exclamó una voz masculina entre la muchedumbre.

—¡Tranquilo, José es muy listo, él sabrá qué hacer si no hay más remedio! —respondió a los vientos, sin saber a quién dirigirse o si alguien lo entendería.

El profesor le dedicó su peor mirada, pero no se dio cuenta. Ambos siguieron al resto, en dirección al herido.

—Esta vez sí que vas a ir —dijo Quemuenchatocha en una voz grave, tranquila y con mucha autoridad. El chamán fue a replicar, pero se mordió la lengua, dio un bufido y se marchó enfurruñado y murmurando—. ¿A dónde vas? —apremió al ver que ignoraba su orden.

—A por mi oso —respondió con hastío, mientras comenzaba a subir perezosamente la escalinata hasta su templo.

Con gran esfuerzo llegaron hasta el herido, les faltaba el aliento y les fallaban las piernas. Se habían acostumbrado a subir andando hasta su cabaña, pero aquella era la primera vez que lo hacían corriendo. Con sumo cuidado lo tumbaron en uno de los dos montones de mantas y le dejaron un poco de espacio para respirar hasta que llegara la ayuda sanitaria. No era Chipaque, sino otro de los soldados, lo que hacía toda esa situación más extraña todavía.

Tenía el cuerpo cubierto de cortes y el brazo lleno de sangre seca y más que seguía brotando. Constantemente se llevaba la mano al hombro de ese brazo, tenía una profunda herida, como un agujero. Al parecer, había perdido mucha sangre en el transcurso del lugar donde le hirieron hasta allí. En vista de que la ayuda no llegaba, José se preparó para intervenir. Se arremangó las mangas de la camisa, se frotó las manos y se acercó al herido. De pronto, la puerta se abrió chirriante y lentamente. Entró Ramiriquí con su pelaje de osezo colocado y con paso perezoso.

—Estate quieto antes de que le hagas daño —atajó al maestro.

Se acercó hasta su nuevo paciente, abrió un pequeño saco de tela y sacó varios tarros de cristal que se llevó de las estanterías de su templo.

Empleó la misma técnica que utilizó con Tibaque, solo que esta vez, entre gritos y sacudidas, el líquido blanquecino que brotaba de las heridas extrajo una pequeña bola de metal del agujero del hombro. Todos los presentes miraron ese pequeño objeto extrañados. Sin llamar la atención, el marinero lo cogió y se lo mostró a su amigo, ambos asintieron muy serios. Pocos minutos después de dar la orden, un par de hombres aparecieron con una pequeña marmita. Contenía el agua en la que poder hervir las plantas necesarias para hacer la pasta verdosa y aplicarla en las heridas. Este explorador no estaba en tan graves condiciones como el que regresó cuatro días atrás y no perdió el conocimiento durante la cura.

—¡Que alguien le traiga algo de cenar! —ordenó Quemuenchatocha—. Este hombre tiene que recuperar las fuerzas lo antes posible, dejad que descanse tranquilo.

Instó a todos los presentes a que salieran de la cabaña y regresaran a sus hogares. Todos obedecieron con recelo, impacientes por que les fueran respondidas cientos de preguntas. El profesor le dijo algo a Juan, y este le susurró algo al *pshipkua*.

—¡Sagipe, Chasquechusa, quedaos un momento vosotros dos! —Ambos se miraron confusos, bajo la atenta mirada de sospecha de sus vecinos mientras se alejaban.

Se aseguraron de que todos se marcharon al poblado y cerraron la puerta de la cabaña para tener mayor privacidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó el *utatiba* a su señor.

Sagipe también lo miraba, a la espera de una respuesta.

—Eso me gustaría saber a mí —respondió de brazos cruzados. Miró con seriedad a los forasteros—. Ellos me han dicho que os llamara.

—Es por prevenir —respondieron ambos al unísono—. Tenemos una sospecha y queríamos estar preparados.

—¿Preparados para qué? —apremió el anciano.

—Primero dejemos que él nos cuente qué ha ocurrido, a ver si con suerte nosotros estamos equivocados —sugirió el profesor, intentando aplacar la expectación.

Los seis miraron al herido, que comía recostado sobre el montón de mantas, ajeno a la conversación. Este descubrió la manera en la que lo miraban todos y se atragantó.

—¿Queréis saber lo que nos ocurrió? —preguntó el hombre a la vez que tosía.

—¿Cómo que os ocurrió? ¿A quiénes? ¿Dónde están los que faltan? ¿Y mi hijo? —Quemuenchatocha se arrodilló al borde de la cama y le imploraba entre lágrimas, cogiéndole la mano.

Todos observaban la escena anonadados.

—Hay algo al otro lado de la cordillera del lado sur —respondió el herido aterrado, tenía la mirada perdida y le temblaban las manos.

—¿Algo? ¿A qué te refieres? —preguntó el anciano con una clara preocupación—. ¿Un monstruo, algún espíritu, un...?

—No, no es nada de eso —interrumpió el explorador, mirando todavía algún punto vacío de la habitación—. Un pedazo enorme de selva ha sido destruido y en su lugar se ha levantado algo parecido a un poblado. Pero no es como ningún otro poblado que nosotros hayamos podido conocer y, además, las personas que lo habitan actúan de un modo extraño.

—¿Qué clase de lugar podría ser algo así? ¿Qué tipo de cosas hacían esas personas de las que hablas? —El *pshipkua* estaba tan preocupado, tan triste, que parecía que fuese él el que había vuelto de ese lugar.

—No es por algo específico que hicieran. Parecía que había dos bandos y que uno estuviera bajo el yugo del otro —respondió volviendo esta vez el rostro hacia su señor—. No nos dio tiempo a ver nada más, enseguida nos vimos sorprendidos. Sus armas nos atacaban desde mucha más distancia que las nuestras y sus proyectiles son mucho más rápidos y potentes. —Se llevó la mano al hombro recién curado—. Se conocen muy bien la zona, corrí durante muchos kilómetros hasta poder despistarlos. El resto de mis compañeros... fueron apresados.

—¿Y mi hijo? ¿Y mi hijo? —preguntó el anciano, sacudiendo bruscamente al herido, provocando un punzante dolor en la herida de bala—. Lo siento —dijo en un tono cordial al darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Chipaque —parecía que le costaba hablar, tenía la boca seca y le temblaba la voz. Volvió a fijar la vista en algún punto en medio de la nada— también ha sido capturado.

—¡No puede ser! —Sagipe abrazó rápidamente a su tío y rompió a llorar.

—Parece que habéis tenido mala suerte —dijo, de pronto, el sacerdote con su voz aguda. Parecía que algo le divertía—. ¿Coincide algo de lo que acabáis de escuchar con alguna de vuestras sospechas?

Juan le daba vueltas en sus manos a la pequeña esfera de plomo, con la vista fija en ella.

—Nuestros hombres están en el mismo lugar en el que estuvimos nosotros dos apresados antes de llegar aquí —dijo con furia, apretando con fuerza la bala en su puño.

Quemuenchatocha lo miraba boquiabierto, tenía otro brillo en los ojos. Ese hombre, un forastero forzado a permanecer en el poblado para cumplir un propósito secreto, hablaba como si ya formara parte de ellos.

—Entonces, ¿qué tienen que ver esos extraños temblores? —preguntó tímida Sagipe.

—Como ya dije, usaban explosivos para echar abajo la pared de la montaña en el interior del túnel en el que extraían las esmeraldas —respondió José, poniéndose en el centro del grupo, como líder de la salvación de El Dorado—. No son simples buscadores de piedras preciosas. Son un grupo de bandidos ingleses que se creen los legítimos dueños de cualquier cosa de la que puedan sacar valor en todo el continente. Secuestran a cualquier persona que ellos creen que tiene algo de información valiosa y los obligan a trabajar forzados, convirtiéndolos en la mano de obra de todos sus planes. Allí, de vez en cuando, son torturados con tal de que revelen dicha información. Tarde o temprano ese túnel atravesará toda la montaña y llegarán hasta el valle.

—Les haremos frente —atajó Chasquechusa con el puño en alto—. Si de verdad se encuentran donde él dice, tendrán que cruzar nuestro bosque para llegar hasta nosotros. Ahí mismo acabaremos con ellos. Son los mejores guerreros güechas de todos los tiempos, entrenados desde pequeños junto con su *sybintiba*. Cada uno de ellos podría plantar cara en combate al mismo Chipaque, guerrero entre los guerreros.

—No creo que podamos hacer gran cosa contra ellos sin un buen plan —dijo Juan, queriendo hacerle ver al *utatiba* quién era realmente el enemigo al que se enfrentaban. Este le clavó la mirada, una mirada llena de furia.

—¿Acaso dudas de la fuerza de mis hombres?! —dijo el capitán menor de los güechas, llevándose la mano a la empuñadura de su espada.

—Dudamos —José se interpuso entre él y su amigo. El guerrero se detuvo, aunque no quitó la mano de su arma—, dudamos de que tengas la menor idea de quiénes son ellos. —Soltó la espada y se quedó de brazos cruzados, mirando al profesor con el ceño fruncido—. ¿Con cuántos hombres contamos? ¿Treinta? No llegamos a cincuenta hombres ni contando a los que aún no han terminado de

formarse. —Miró inquisitivamente al guerrero y su posición parecía haberse suavizado, consciente de la certeza de esas palabras—. ¿Y ellos cuántos son aproximadamente? —Miró a su amigo.

—Alrededor de una centena —respondió el marinero pensativo—. Y eso sin contar que disponen de armas capaces de matarnos a cien metros de distancia. Esa gente está preparada para afrontar cualquier cosa, no creo que una arboleda los detenga.

Quemuecnhatocha, Chasquechusa, Sagipe y el hombre herido en la cama estaban atónitos, era admirable la convicción en su voz, la seguridad de sus palabras y la templanza con la que afrontaba una situación que, en cierto modo, no les incumbía. El más relajado era Ramiriquí, como si aquella situación no le sorprendiera en absoluto.

—Por eso necesitamos que todos estemos juntos en esto —continuó el profesor—. Si los emboscamos en la arboleda y consiguen sobrepasar nuestras defensas, el pueblo estará a su merced. Por eso hay que desalojarlo. ¿Estás de acuerdo conmigo? —Miró al *psihipkua*, que asintió pensativo—. Tenemos que hacer trampas. No podemos contar con conseguir la victoria superándoles en fuerza o habilidad, pero tenemos el factor sorpresa de nuestro lado. Son unos tipos muy listos, bien preparados y con protecciones que harán inútiles nuestras trampas. Pero cualquier baja que causemos, cualquier herido o cualquier corte, a parte de los que nosotros les hagamos, nos será de gran ayuda. Nos superan en número y en fuerza, pero no importa. El golpe que te tumba es el que no ves venir, y el día que lleguen aquí seremos invisibles para ellos.

—Eso déjame a mí —se ofreció rápidamente el *utatiba*—. Pondré trampas de las que ni un oso saldría con vida.

—¡No! —atajó José—, necesitamos que tú dirijas a tus guerreros —dijo para calmar los ánimos del guerrero, al ver cómo lo fulminaba con la mirada tras negarle su propuesta—. Después de Chipaque, tú eres su líder, el mejor guerrero. Ni a mí ni a ella ni al *psihipkua* nos serían tan leales en estos momentos como a ti. —Chasquechusa se relajó y, a sus espaldas, Quemuenchatocha se reía disimuladamente—. Sé por experiencia que a casi todos vosotros se os da muy bien hacer trampas. Sobre todos a esos pequeños diablillos. —Sagipe sonrió vergonzosa, pues ella era quien enseñaba a los niños a hacerlas—. Además, intuyo que las habilidades de Ramiriquí no son solamente sanadoras y visionarias. —Miró al extraño sacerdote, pero este no prestaba atención, miraba a su alrededor absorto en sus pensamientos.

Desde ese mismo día, se reunían cada día los siete para elaborar un plan con el que defender a sus familias y amigos, a sus tierras, todo su mundo, de los bandidos ingleses el día que descubrieran el valle por accidente. El explorador al

que atendieron de la herida de bala era el único, a parte de los dos forasteros, que tenía información real sobre esos buscadores de tesoros. Por ese motivo se quedó a formar parte del grupo que elaboraba el plan.

CAPÍTULO 68

Había pasado una semana desde el secuestro de Chipaque y los otros dos exploradores. Una semana que pasó volando, preparándolo todo para cuando llegara el enemigo. Había trampas ocultas a lo largo y ancho de todo el bosque. También en la pared de la montaña que lo rodeaba. El camino del poblado hasta la arboleda también estaba protegido, a simple vista seguía siendo el mismo valle de siempre, aunque un poco más irregular. Y otro puñado de trampas estaban ocultas entre las casas. Un grupo de alargadas barcas descansaban en el margen del río, preparadas para poder salir de allí, por debajo de la montaña, si fuera preciso. Cada una de las embarcaciones estaba cargada con sacos repletos de víveres. Otro montón de sacos de comida esperaba al comienzo del estrecho camino que llevaba a las pozas.

Finalmente llegó el día que todos intuían que tarde o temprano llegaría. Todos sabían que los ingleses irrumpirían en el valle en cualquier momento, pero el modo en el que lo hicieron los sorprendió.

Un día se volvió a escuchar ese atronador estruendo. No fue un temblor como el resto de los que se habían producido hasta el momento, esa vez fue mucho mayor. En esta ocasión sí que pudieron oír claramente una explosión y un sonido atronador que recorrió por completo el valle, haciendo temblar cada centímetro, cada recoveco. Un puñado de enormes rocas se desprendieron de la dura pared de la montaña, y se desató una inmensa nube de polvo y humo. El ganado se removía en sus cercos y se apretaba contra la parte exterior de las cabañas, nervioso y asustado. Y por primera vez las campanillas desentonaban en su musiquilla y eran incapaces de recuperar la melodía a causa del temblor.

Tal y como estuvieron planeando durante los días anteriores, todo el mundo se colocó en sus respectivas posiciones. Todas las personas que no iban a combatir abandonaron el poblado. Mujeres, niños y todo hombre que no fuera un guerrero, o se preparase para ello, fueron los elegidos para comenzar una nueva vida y evitar así la extinción de su pueblo, en el peor de los casos. La mitad de ellos, liderados por Chichituba, el mensajero, esperaban en el pequeño claro de las pozas, todos cargados con sacos llenos de víveres y listos para salir trepando por el camino secreto. La otra mitad estaban subidos en las alargadas embarcaciones, en el tramo del río situado bajo la montaña, en absoluto silencio para poder escuchar lo que sucedía en el exterior. Tan solo se podía oír el eco de la cascada al otro lado de la gruta, la respiración nerviosa de los más asustados y el delicado romper del agua contra el casco de la barca.

Todos y cada uno de ellos, desde el más pequeño hasta el más anciano,

quisieron quedarse a pelear contra el invasor para proteger su pueblo, su tesoro, su vida. «Si los soldados caen, las mujeres podrán engendrar más hijos. Los niños entrenarán duramente y se convertirán en los nuevos güechas, más fuertes y valerosos. Pero si vosotros caéis, caerá, junto con vosotros el futuro de este pueblo y las posibilidades de prosperar de nuevo». Esas fueron las palabras con las que José convenció a Sagipe para que huyera y con esas mismas palabras ella convenció a sus convecinos.

Poco a poco el polvo fue disipándose y ya se podían ver los árboles, difuminados al fondo, y un enorme boquete tras ellos. A la altura de la copa de esos altos árboles apareció un agujero enorme. Ya se podía ver con claridad un puñado de rocas esparcidas junto a la base de la montaña y el otro extremo de la cueva de los ingleses, pero ni rastro del enemigo. Pasado un tiempo, pudieron ver una silueta asomándose por la abertura. El agujero era más grande de lo que parecía a simple vista porque la figura no era más que un pequeño punto en la lejanía.

—¡Venid! —gritó el bandido que descubrió el valle, dirigiéndose hacia el interior de la cueva.

Seguramente estaba avisando a alguno de sus camaradas. Al poco rato otras figuras se unieron a él. Pasados unos pocos minutos desde que se formó el boquete causado por la explosión, ya había reunidos, al menos, una decena de hombres armados. Parecían ansiosos por investigar lo que acababan de encontrar. El lado bueno era que desde donde se encontraban no se podía ver el poblado, tan solo una arboleda flanqueada por la montaña. Todos los guerreros güechas, los aspirantes a convertirse en uno, los dos forasteros y hasta el propio Quemuenchatocha aguardaban, al acecho, escondidos estratégicamente.

Otro grupo de hombres se reunió en el borde del túnel. Se veían débiles y andrajosos, seguramente se tratase de un puñado de esclavos. Los bandidos se situaron enfrente de los reclusos y parecía que les daban instrucciones de un modo severo y agresivo. Les gritaban, empujaban y golpeaban sin motivo aparente. Entonces comenzaron a golpear la parte superior del borde del agujero y ataron unas cuerdas a algo que clavaron en la roca. Una vez afianzaron esas cuerdas y se aseguraron de su resistencia, los bandidos comenzaron a descender por ellas. No paraban de salir hombres del túnel. Cuando una cuerda se quedaba libre, otro hombre ocupaba su lugar y descendía también.

Como predijeron los dos amigos, el grupo de encapuchados constaba de cerca de una centena de hombres recios, armados como para librar una guerra y con ganas de resarcirse por unas molestias acaecidas pocos meses atrás en su campamento. De pronto, una de las siluetas que descendía la montaña, a lo lejos, empezó a dar sacudidas y a moverse con violencia. La pieza de hierro clavada en

la roca, en la que sujetaron la cuerda, no aguantó y se soltó, precipitando a ese hombre brutalmente contra el suelo. No se volvió a mover, estaba allí tendido, inerte, mientras sus compañeros trataban de buscar a un culpable de lo sucedido.

—Bien, parece que ahora tendremos menos trabajo —dijo Juan, guasón, borrando de su imaginación un candidato de su lista de objetivos.

—¡Shsss! —mandó callar el profesor con enojo—. Cállate, vas a hacer que nos descubran.

—Qué va —respondió el marinero, confiado, haciendo un ligero ademán con la mano—, a esta distancia es imposible que nos oig...

—¿Quién ha sido?! —se escuchó una voz al fondo, junto a la base de la montaña.

A pesar de tener todo el bosquecillo entre ambos bandos, fueron capaces de escucharlo claramente. El capitán miró a los hombres que estaban escondidos con él con gesto de disculpa y volvió a mirar la escena que se desarrollaba frente a ellos, en absoluto silencio.

—Voy a encontrar a un culpable por las buenas o por las malas —amenazaba el que parecía ser el líder a los prisioneros.

Estaba totalmente oculto en su traje de combate, bien armado y acompañado por una mujer con el cabello largo y rubio. A Juan se le aceleró el pulso, su amigo se dio cuenta de ello, pero no le dijo nada, tan solo se quedó observando su reacción.

—¿Quién ha sido el responsable de colocar la fijación que se ha soltado? —insistía.

Todos los cautivos se miraban unos a otros. Entonces cogió una pistola que llevaba en una funda atada al muslo y disparó a uno de esos hombres andrajosos.

—Me da igual que haya sido de verdad o no, tan solo busco a alguien que se haga responsable de ese error. Si ninguno de vosotros habla voluntariamente, tendré que obligaros, y no es algo que me apetezca hacer en particular en este preciso momento. —A empujones, entre todos los bandidos obligaron a todos los esclavos a formar una fila.

El profesor tuvo que sujetar a uno de los soldados güechas cuando estuvo a punto de abandonar su posición al reconocer, entre los prisioneros de los ingleses, a uno de los exploradores que no regresaron al poblado en la fecha señalada.

—¿De verdad sois tan inútiles que incluso en esta situación os intentáis proteger unos a otros? —Estiró el brazo con firmeza, apuntó a otro de los reclusos directamente a la cabeza y amartilló el arma. Uno de los hombres de la fila, asustado y tembloroso, dio un paso al frente, saliéndose así de la hilera de personas y destacando entre el resto—. ¿Has sido tú el que ha clavado esa

fijación? —señaló el trozo de hierro que descansaba junto al cadáver del bandido. El prisionero asintió levemente, atemorizado—. No pasa nada, tan solo ha sido un error, eso le podría haber pasado a cualquiera. —El prisionero, cabizbajo en todo momento, asentía constantemente, agradeciendo que perdonaran su error, y regresó a su lugar en la fila retrocediendo un paso—. ¡Pero yo no tolero los errores!

Entonces, el líder de los buscadores de tesoros, apretó el gatillo. No disparó en la cabeza, como parecía que iba a hacer, sino que bajó el brazo y lo hizo en el estómago, donde tendría una muerte lenta y dolorosa.

—No decir la verdad es lo mismo que mentir, y quien me mienta será castigado. Ha habido una muerte inútil tan solo por tratar de ocultar un error. Espero que aprendáis la lección para otra vez.

Hablaba paseándose frente a la hilera de prisioneros, ignorando por completo los cadáveres tanto de los esclavos como el de su propio subordinado. Mientras tanto, todos los ingleses que se preparaban para explorar el desconocido territorio, que encontraron al otro lado del túnel, aguardaban, formados en la base de la montaña, en el linde del bosque, a tan solo unos pocos metros de la primera trampa oculta.

Sabían que no podían hacer nada frente a todos esos hombres armados, pero aun así se quedaron para combatirlos. José iba armado con una lanza y una patena de oro cubriéndole el pecho, al estilo tradicional de los güechas, solo que él lo llevaba por encima de la camisa. Juan asía con fuerza un arco y palpaba las flechas que llevaba en un carcaj de cuero a la espalda. Chasquechusa le había dado lecciones de tiro con arco durante los días anteriores. Se le daba bien acertar a los blancos, aunque estuvieran a una distancia lejana, pero nunca había probado a lanzarle una flecha a un objetivo vivo y en movimiento. Su piel morena y su nuevo pendiente de oro en forma de cuerno en la oreja lo camuflaban entre los nativos. Tan solo lo delataba su ensortijado y alborotado pelo.

—Avisad de cualquier cosa extraña que veáis u oigáis —ordenó el líder a los prisioneros que bajaron de la cueva, apuntándolos con la pistola.

El grupo de bandidos se dividió en tres bandos y se internaron entre los árboles. Caminaban lentamente en terreno desconocido, desconfiados, susceptibles ante cualquier sonido o cosa que se moviera por las inmediaciones. Había mucho espacio por el que moverse tras la última recolecta de troncos, pero ahora estaba todo lleno de hojas secas y ramas muertas. Aseguraban cada paso que daban antes de dar el siguiente y vigilaban que no hubiera nada oculto bajo sus pies. Si continuaban inspeccionándolo todo tan minuciosamente, probablemente encontrarían las trampas antes de activarlas y el plan no surtiría

efecto.

Por delante de ellos esgrimían un machete con el que cortaban todo lo que se interponía en su camino, acabando así, sin darse cuenta, con el mecanismo de muchas de las trampas. De pronto, se escuchó un fuerte golpe y un grito ahogado. Por fin, tres bandidos cayeron en una de las trampas. Se trataba simplemente de un profundo agujero excavado en el suelo, en cuyo fondo había una red que envolvía a lo que fuera que cayera en él. Los tres hombres se encontraban en el fondo del agujero, hechos un guiñapo, envueltos en la red. Pero solo fue una alegría pasajera. Otros dos hombres los ayudaron a salir de la trampa. Salvo por un esguince en un tobillo de uno de ellos, el resto estaban en perfecto estado.

—¡Dispersaos! —ordenó el líder de los bandidos.

Sus hombres obedecieron en el acto. Mantuvieron los tres grupos que formaron en un principio, pero abrieron sus filas, así, si alguien caía en alguna trampa, lo haría solo y no arrastraría a ningún compañero con él.

Ahora los ingleses parecían enfadados. Continuaban asegurando sus pasos al avanzar, pero utilizaban su machete como si quisieran destrozarse todo el bosque. Gruñían, bufaban y resoplaban buscando sin descanso el artífice de la trampa. No dejaban un solo palmo de arboleda sin escudriñar, pero donde no miraron fue por encima de sus cabezas, entre las copas de los árboles. Se volvió a escuchar algo extraño, esta vez fue un grito, un grito breve y ahogado. Uno de los bandidos yacía en el suelo, con una larga lanza clavada en el pecho. Después otro chillido, esta vez se había activado una trampa. Fue una trampa idéntica a la que José hizo el día que descubrieron a la *runamula*, solo que esta vez sí que funcionó y la rama afilada se clavó con fuerza en el muslo de un bandido. Al sacarla, la herida comenzó a sangrar abundantemente. Un compañero se detuvo para prestarle ayuda, pero fue el blanco perfecto para una de las flechas de Juan. Estaba escondido en algún lugar de la montaña que rodeaba el bosquecillo. Dejó su lugar, al lado de su amigo, y se marchó junto a los demás arqueros en el instante que vieron a los secuestradores tras la nube de polvo que provocó la explosión.

Unas sombras se movían entre los árboles, los guerreros güechas comenzaron a moverse. Pasaban fugazmente por detrás del bandido más cercano y lo cortaban con una daga. Se movían con una agilidad, una velocidad y en un silencio que hacía prácticamente imposible seguirlos con la vista. Cuando el bandido se giraba para ver lo que le acababa de suceder, otro güecha hacía lo mismo que el anterior. De este modo no causaban muertes, pero sí miedo entre los hombres, pequeñas heridas que los debilitaban poco a poco y mermaban su moral. Los buscadores de tesoros empezaron a asustarse y a ponerse nerviosos.

Disparaban sus rifles al aire con la intención de dañar o asustar a su enemigo. Pero la situación no cambió, el enemigo estaba en su terreno y lo había preparado todo para cuando ellos llegaran.

—¡Replegaos! —ordenó el líder a sus hombres.

Eso hicieron, se juntaron todos de nuevo y formaron un círculo, observando en todas direcciones. Pero fue inútil, el bosque era frondoso y el enemigo, fuera quien fuese, conocía demasiado bien el territorio como para poder observarlos sin ser vistos. Una flecha voló hacia el grupo y se clavó en el tronco de un árbol, a escasos centímetros de distancia de uno de los hombres. El jefe logró visualizar la trayectoria de la flecha y cuando pensaba que había localizado al enemigo otra flecha llegó desde el lado opuesto, rozando uno de sus hombros.

—¡Retirada! —ordenó una vez más.

Todos retrocedieron sobre sus pasos y regresaron junto a la base de la montaña.

Al ver huir a los invasores, los defensores del valle celebraron su victoria. Escondido tras la escarpada pared que formaba la entrada a la arboleda, el profesor le hacía a su amigo gestos de victoria. Ellos no se percataron, pero convencidos de su victoria, mientras lo celebraban, el líder de los bandidos los descubrió a lo lejos. Le dijo algo a un encapuchado que esperaba arriba, en el túnel, y este desapareció.

Al cabo de un rato apareció seguido de varios prisioneros. Utilizando las mismas fijaciones que usaron los bandidos para descender, a modo de polea, entre cuatro o cinco reclusos bajaban algo alargado que parecía muy pesado. Cuando llegó al suelo repitieron la misma operación, y así hasta bajar tres de esos extraños objetos. Unas escaleras de madera permitían a los prisioneros subir y bajar del túnel para cumplir con presteza las órdenes de sus opresores.

José, al ver que el enemigo no se retiraba, sino que se reagrupaba, ya sin miedo, hizo una señal a sus compañeros para que dejaran de celebrar y se prepararan para un nuevo asalto. Avisó a Chasquechusa, desde la lejanía, por gestos, y este hizo lo mismo con los arqueros. Los muiscas no se imaginaban lo que podía ocurrir, sin embargo, el profesor y el capitán conocían los recursos de los que disponían los ingleses.

Los bandidos centraron su atención en aquello que acababan de bajar, parecía que el objeto apuntaba hacia donde ellos estaban escondidos. De pronto, se oyó un estallido, parecido al que provocó el boquete en la montaña, y algo explotó a unos metros de ellos. Había sido un cañonazo, por suerte no acertaron, pero las piedras y esquirlas que salieron volando por los aires fueron más que suficiente para demostrar el poder del que disponían. Las flechas volaban de nuevo, pero los invasores estaban demasiado lejos, al otro lado del bosque, como para poder

acertar. El nerviosismo, la impotencia y el pánico empezaron a cundir entre los güechas.

Comenzaron a disparar descontroladamente sus cañones hacia la arboleda. Parecía que pretendían abrir un camino para poder atravesarla y que el enemigo no pudiera esconderse en él. Un árbol caía y arrastraba consigo a otros dos. Así, finalmente, diezmaron la reserva de madera del poblado y comenzaron a cruzarla de nuevo. Uno de los guerreros quiso probar suerte con una nueva emboscada, pero uno de los encapuchados lo descubrió rápidamente y lo apuntó con su arma. Una flecha se clavó en su brazo, pudiendo salvar así la vida del guerrero. Sin embargo, ese lanzamiento delató la posición de los arqueros y ahora los bandidos ya conocían dónde se hallaban ambos bandos.

Efectivamente, los cañones comenzaron a disparar donde estaban escondidos. Por suerte, la montaña los protegía y nadie resultó herido, salvo algunos golpes y rasguños provocados por la metralla y los pequeños desprendimientos que se produjeron.

—¡Rápido, regresemos al pueblo! —gritó José tan fuerte como pudo, para que su voz se escuchara por encima de los cañonazos—. Hay que salir de aquí antes de que provoquen un desprendimiento de verdad y acabemos sepultados por los escombros.

Todos los guerreros, incapaces de reaccionar ante un poder de destrucción como nunca antes habían visto, obedecieron al instante y empezaron a correr al amparo de las viviendas. Al salir de sus escondites para huir, los rifles de los bandidos se pusieron en acción. Los más rezagados, los que se escondieron en la parte interna del bosque, eran alcanzados por las balas. Algunos de ellos eran ayudados por sus compañeros, otros eran abandonados a su suerte, incapaces de hacer nada por salvar sus vidas.

Finalmente atravesaron el bosque, ahora invisible tras una cortina de fuego y un humo blanco y denso. Frente a las huestes de invasores se encontraba Ramiriquí, unos metros por detrás de la estrecha abertura al bosque. Los disparos y el avance del enemigo se detuvieron para poder observar a quien se interponía en su camino. La simple presencia del chamán, con la piel de oso colocada como si fuera la suya propia, infundía miedo e incertidumbre entre los hombres al no poder identificar de qué criatura se trataba. El anciano se quitó la cabeza de oso y dejó su rostro, lleno de aros y pendientes, al descubierto. Les lanzó una sonrisa, por un momento pareció intimidarles, pero al descubrir que se trataba tan solo de un anciano, los bandidos volvieron a recuperar el coraje para seguir con el ataque.

—¡Chasquechusa, Juan! —gritó Ramiriquí hacia el cielo, sin dar la espalda al enemigo. Los encapuchados miraban en todas direcciones—. ¿Estáis preparados?

El marinero y el *utatiba* de los güechas se detuvieron en su avance, a mitad de camino hacia el pueblo. Cogieron sus arcos, cargaron una flecha cada uno y apuntaron.

—¡No les deis la oportunidad de creer que tienen alguna opción! —apremió el líder a los suyos. El humo y el calor se acercaban a ellos y se quitó la capucha y el pañuelo que le cubría el rostro. Como ya imaginaron los dos aventureros, se trataba de Michael. La mujer que lo acompañaba todo el tiempo hizo lo mismo. Era Elisabeth, vio al capitán desde la distancia y le sonrió. Esta vez su encanto no hizo mella en él, que seguía apuntándola con el pulso firme. Acto seguido la sonrisa se le borró de los labios—. No es más que un viejo inútil, acabad inmediatamente con su...

—¡Gata! —exclamó súbitamente el anciano, levantando ambos brazos hacia el cielo.

Los bandidos cayeron en una de las trampas. Bajo sus pies apareció un muro de fuego más alto que ellos.

En la entrada al bosque excavaron una zanja igual de ancha que la misma abertura, cruzándola de lado a lado, ocupando todo el acceso. La rellenaron con paja y ramas impregnadas en óleo y resinas inflamables. Todos los bandidos volvían a llevar el rostro oculto para protegerse del fuego, y rápidamente saltaron al otro lado de las llamas. Unos pocos no se atrevieron a cruzar, otros se reagrupaban y otros rodaban por el suelo para apagar las llamas de su ropa. Juan y Chasquechusa se miraron, asintieron y soltaron sus flechas.

Las dos saetas pasaron muy lejos del enemigo, pero no era ese su objetivo. Una gran red hecha con cuerdas contenía rocas suficientes como para crear una avalancha considerable. Estaba en la cara oeste del acceso a la arboleda, en el mismo lado en el que se encontraba ahora el enemigo. Dos cuerdas sujetaban la red para no derramar las rocas. La flecha del capitán menor de los güechas impactó en su objetivo y una de las cuerdas se partió. El disparo de Juan también dio en el blanco, pero acertó de soslayo y la cuerda tan solo se rasgó y no llegó a partirse.

El gran montón de rocas se movió y amagó con venirse abajo, pero el corte de la cuerda no fue suficiente y resistió su peso. La formación enemiga ya se había rehecho y avanzaban hacia ellos cargando de nuevo con sus armas. El marinero colocó una nueva flecha en su arco, respiró hondo y la soltó. Esta vez sí, todas las rocas fueron liberadas y descendieron la pendiente, descontroladas, tras los encapuchados.

Al principio, la avalancha funcionó, pero no tardó en comenzar a perder su fuerza y los ingleses pudieron esquivar las rocas con relativa facilidad. Hubo muertos, también hubo heridos, pero todavía seguían siendo mucho más

numerosos que ellos, y con esas armas no haría falta que se acercaran a las trampas para atacarlos. Avanzaban apuntando con sus rifles a la tribu que resultó habitar aquel valle escondido. Confiados por su superioridad, los ingleses no quisieron matarlos hasta que no estuvieran todos reunidos. Les parecía más divertido y pretendían jactarse con ello. La veintena de hombres que quedaron con vida se amontonaban asustados pocos metros antes de llegar a las viviendas. En la vanguardia, Chasquechusa, José y Juan protegían al resto de los guerreros, algunos de ellos heridos.

—Vaya, vaya —dijo Michael con arrogancia al ver a sus dos antiguos prisioneros—, cómo es el destino, ¿no creéis? Lo que algunas veces te da, otras te lo quita. Os atrapamos una vez, conseguisteis escapar, y ahora Dios nos reúne de nuevo sin la necesidad, siquiera, de salir de mi campamento.

—Tienes razón —respondió el profesor muy serio, seguro de sus palabras y sin una pizca de miedo ante ellos—. El destino nos ha traído hasta aquí y ahora sé por qué. —Miró a Quemuenchatocha fugazmente. Este estaba en la retaguardia del grupo, protegido por todos sus fieles subordinados—. No estamos aquí para volver a ser esclavos vuestros. No llevamos aquí tanto tiempo para que ahora secuestres a esta gente y los utilicéis para que busquen más tesoros con los que enriqueceros. Estamos aquí para acabar con vosotros.

Tuvieron tal fuerza sus palabras, habló con tal convicción, que incluso Michael, armado y apuntándolo con su arma, tuvo que dar un paso atrás.

—¡Insolente! —dijo el joven. Amartilló su rifle y le apuntó directamente a la cabeza.

CAPÍTULO 69

Al principio parecía una especie de pitido, un poco más tarde, el grito de un niño a mucha distancia y después el de una mujer. Eran incapaces de identificar aquello que escuchaban con alguna criatura que conocieran. Tanto el grupo invasor como el grupo al que amenazaban buscaban a su alrededor. Oteaban todo el valle, el cielo, pero no había nada excepto ellos. Entonces, Elisabeth señaló algo en el cielo. A lo lejos, en el horizonte, se podía distinguir un pequeño punto negro. Era algo que cada vez se hacía más grande y se dirigía a gran velocidad hacia ellos. Pronto se pudo distinguir una figura alada. No podían imaginarse de lo que se trataba, pero, viendo la distancia a la que estaba y el tamaño que alcanzaba, debía de ser algo enorme. Más tarde se distinguieron otro montón de pequeñas sombras, pequeños puntos en la distancia, que seguían al más grande.

Llegaban desde muy alto y a una velocidad increíble. Cuanto más se acercaban, más podía oírse el sonido de unos graznidos. A José le resultaron familiares. Entonces se pudo distinguir esa silueta que se acercaba, parecía un pájaro. Su sombra irrumpió en el valle, tan grande como una de las cabañas o más, si cabe. Las sombras que lo seguían resultaron ser otras aves más pequeñas, parecidas a las garzas.

—No puede ser —musitó Quemuenchatocha, incrédulo.

Se abrió paso entre sus hombres y se situó entre ellos y los bandidos, observando perplejo a esas aves. Ramiriquí hizo lo mismo. Los bandidos, absortos, concentrados en lo que se acercaba hacia ellos no hicieron nada por impedir que se acercaran los dos indígenas.

—¿Un urcututo? —balbuceó el chamán, mirando al *psihipkua* en busca de una respuesta. Este se encogió de hombros y volvió a clavar la vista en ese ser alado.

—¿Un qué? —se interesó el profesor, sacando una vez más su pequeño cuaderno que siempre llevaba consigo.

Por fin pudieron verlo claramente. Su grito era ensordecedor y su batir de alas levantaba el polvo del suelo. Se trataba de un búho, uno enorme. Era más alto que tres personas y más corpulento que el oso más grande. El animal no aminoraba la marcha y parecía que fuera a chocar contra ellos a toda velocidad. Los cañones que tanto costaron transportar hasta la otra punta del valle, apuntaban hacia el cielo, hacia la bandada de pájaros. Pero a pesar de su tamaño, ese búho era asombrosamente rápido y ágil.

Antes de que a los bandidos les diera tiempo a prender las mechas de los cañones para abrir fuego, el urcututo cogió uno de ellos con sus potentes garras

y lo levantó sin ningún esfuerzo. Acto seguido, lo soltó en medio del grupo de encapuchados, acabando así con dos de ellos. El búho continuó volando, hizo una pirueta, giró sobre sí mismo y volvió a lanzarse en picado entre los invasores. Esta vez pasó volando por encima de los otros dos cañones restantes, los empujó y los volcó, dejándolos inutilizados. Los encapuchados intentaron ponerlos en pie pero eran demasiado pesados y, además, las otras aves más pequeñas no se lo permitían.

Después de tanto tiempo, volvió a reencontrarse con las tanrillas que vio en el criadero de Arg, aunque no había rastro alguno de que el *mohán* estuviera con ellas. Las preciosas garzas arañaban, picoteaban y arrebataban las armas a los ingleses, arrojándolas después al lago, al río o a varios metros de distancia. Cuando empezaron a verse en aprietos, una figura saltó del lomo del urcututo. Era un hombre menudo, no podían distinguir nada más de él porque llevaba puesta una piel de jaguar por encima y su larga melena y su barba cana le ocultaban el rostro.

—Parece ser que finalmente has encontrado tu propósito en este lugar. —El personaje anónimo se giró para mirar al profesor y le sonrió.

Era el *mapinguarí*, su viejo amigo, el mismo que le libró de la maldición a Isabel.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo está Isabel? —preguntó el profesor, frenético ante la llegada de la única persona que podía darle noticias sobre ella.

—Primero tenemos otras cosas más importantes de las que ocuparnos —respondió, dándose la vuelta de nuevo, desafiando él solo a todo el regimiento de ingleses—. He estado muchos años oculto, asegurando la paz y el orden en la selva, y no voy a permitir que un forastero se lleve todo el mérito ahora por salvarla.

—Y yo no voy a permitir que un viejo chiflado me robe el protagonismo. —Ramiriquí se situó al lado de él.

Los bandidos, que aún trataban de zafarse de los arañazos y picotazos de las tanrillas, los observaban a ambos con temor y desconfianza. Dos enjutos ancianos, vestidos con la piel de un animal como si fuera la suya propia, desafiando a decenas de hombres.

—Un segundo —intervino el marinero—, ¿qué son esos pájaros? ¿Quién es ese anciano?

—¿Te acuerdas de los amigos que te comenté que hice durante mi viaje por la selva? —El capitán asintió atónito—. Pues estos son algunos de ellos. —Miró sonriente al chamán con la piel de jaguar y a las tanrillas—. Por cierto, ¿vosotros ya os conocíais? —preguntó esta vez a ambos chamanes, cada cual más extraño.

—Es una larga historia —respondió Ramiriquí sin apartar la vista de los

bandidos.

—Sí, nos conocimos hace muchos años —ahora el que hablaba era el *mapinguarí*—. Con la llegada de los primeros colonizadores, él y yo estuvimos huyendo juntos durante un tiempo hasta que un día lo perdí de vista y no lo volví a ver más. ¿Cuánto tiempo habrá pasado? —le preguntó al sacerdote. Este simplemente se encogió de hombros—. Gracias por vuestra colaboración, ha sido de gran ayuda. —Esta vez se dirigía al gran búho, que parecía que lo escuchaba con atención.

Se encontraba en tierra firme, con las alas pegadas al cuerpo y mirando fijamente al anciano mientras meneaba la cabeza de un lado para otro.

—Ahora debéis iros, jamás me perdonaría que os sucediera nada malo por mi culpa. —Hizo una especie de reverencia a la enorme ave y el urcututo pareció responderle con un gesto parecido.

Entonces soltó un ensordecedor chillido y salió volando. Las tanrillas se marcharon tras él.

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó Michael con la respiración entrecortada, el rostro lleno de arañazos y la ropa hecha jirones. Sus compañeros, quien más quien menos, todos tenían su mismo aspecto—. ¿Qué vais a hacer ahora que se ha ido la única ayuda que os podría haber servido de algo? —amenazó con arrogancia el joven inglés, creyéndose nuevamente superior a su rival—. Apenas sois una veintena de hombres, la mayoría heridos. Dos hombres sin ninguna formación militar y dos ancianos que se creen animales.

—Ahora que no tenéis vuestras queridas armas, vosotros sois quienes estáis en clara inferioridad. Será ahora cuando realmente se libre la verdadera batalla por la supervivencia de los últimos hombres y mujeres muiscas. Y la lucha por mantener esa parte de la historia intacta y secreta, como llevan haciendo hasta este momento —sentenció José.

De pronto, los dos chamanes se miraron, asintieron y se convirtieron ambos en dos enormes osos de pelo rojizo, afiladas garras y causantes de un fétido olor que desorientaba al enemigo. Finalmente resultó que los dos eran *mapinguarís*, una criatura que hasta ese momento todo el mundo creía que era mitológica o, en caso de que hubiese existido algún día, extinta. Los secuestradores no supieron cómo reaccionar ante semejantes bestias, que se abalanzaron sobre ellos antes de que pudieran hacer nada.

La verdad es que no era agradable de ver, pero ninguno podía dejar de hacerlo. No podían dejar de mirar cómo esos dos enormes osos desmembraban a esos hombres con sus fauces o desgarraban ropa, carne y huesos con un solo zarpazo. Tras vacilar unos instantes, todos los guerreros güechas que sobrevivieron, los dos forasteros, e incluso Quemuenchatocha, se enzarzaron en una cruenta batalla

de la que nunca se hablaría.

Juan se alejó unos metros del grueso de la pelea y dio rienda suelta a todo lo aprendido con el arco. Abatió a multitud de enemigos y salvó la vida de aliados que intentaban ser atacados por la espalda. Cada uno de los güechas era capaz de luchar contra unos cinco hombres a la vez incluso estando heridos. No importaba si utilizaban una lanza, una espada o una macana, parecía que todos ellos bailaban entre sus oponentes. Sus movimientos eran tan fluidos, tan gráciles y elegantes, tan ágiles, que parecía que podían atravesar las armas enemigas. José y Quemuenchatocha se enfrentaban mano a mano contra los ingleses. El profesor pretendía velar por la seguridad del *psihipkua*, pero resultó que sabía cuidarse perfectamente. A pesar de su edad, y de su apariencia débil y cansada, resultó ser un excelente guerrero, casi tan bueno como el mejor de sus subordinados. Al fin y al cabo, el título no era tan solo derecho de sangre, cualquiera podía batirse en duelo por conseguirlo y, sin embargo, era el *psihipkua* más longevo.

En el río, bajo la montaña y en el claro de las pozas, todos los habitantes del poblado escuchaban el estruendo de lo que sucedía en el exterior. Tenían órdenes de huir de allí si presentían que sus vidas estaban en peligro, pero todos ellos confiaban en sus soldados y esperaron impacientes a que uno de ellos los avisara para llevarlos de vuelta a sus hogares. El fuego del bosque se consumió y el cielo se llenó de un humo blanco, espeso y lleno de cenizas, que oscureció el valle entero. Parte de ese humo llegaba hasta el campo de batalla y se movía libremente entre los combatientes en forma de neblina.

—¡Quieto! Ni se te ocurra mover un solo dedo —dijo una voz femenina detrás de Juan.

Se giró para ver a los ojos de quien lo amenazaba.

Hubo un momento de despiste por parte del marinero y un desesperado acto de valentía por parte de la encapuchada de pelo rubio. Consiguió coger un arma de las que desperdigaron las tanrillas y apuntar con ella al hombre que se supone que un día ocupó su corazón. Después de tanto tiempo, después de todo lo sucedido, ambos volvían a encontrarse frente a frente.

La joven lo miraba con lágrimas en los ojos. No eran lágrimas de tristeza ni de alegría ni de amor. Eran lágrimas de impotencia porque ella y todos sus compañeros estaban a punto de perder lo que tanto tiempo y esfuerzo les había costado conseguir, su fortaleza, sus tesoros, su poder en esas tierras. En los ojos del capitán no se reflejaba ni un ápice de miedo al verse apuntado con un arma, no mostraba miedo a morir, sino todo lo contrario. Su mirada revelaba fuerza, ganas de vivir, un odio ferviente hacia ella, la mujer que se lo dio todo y luego se lo arrebató antes de traicionarlo. Ella se sentía intimidada frente a esa mirada, el pulso le temblaba y las palabras salieron forzadas de su garganta.

—Ya me partiste el corazón una vez, me golpeaste hasta romperme los huesos y me perseguiste por la selva mientras me disparabas. —El tono de voz de Juan era firme, impasible, como si supiera con una certeza absoluta que iba a salir bien parado de aquella situación—. Si todavía no me has matado es porque no has querido, no has podido. Hiciste bien tu trabajo encontrando a dos exploradores, incluso haciendo que confiaran en ti, pero nunca te imaginaste que te enamorarías de uno de ellos. ¿Me equivoco?

Poco a poco, el marinero avanzaba hacia ella con los brazos extendidos hacia los lados, mostrando, con las manos vacías, lo vulnerable que era en ese momento. El rifle temblaba violentamente en las manos de Elisabeth y todas sus piezas repiqueteaban revelando su estado de ánimo en ese momento.

—Mientes —dijo la joven, aparentemente calmada, intentando tranquilizarse mientras una lágrima surcaba su ensangrentada mejilla—. Todo eso era algo que tenía que hacer por el bien de la misión. ¡No te muevas! —ordenó una vez más, al ver el lento pero constante avance del capitán.

Amartilló el rifle y se acomodó y apretó la culata contra el hombro para fijar mejor la puntería.

—¿Acaso ahora nos apiadamos de quien intenta matarnos? —Michael se acercaba por detrás de su hermana.

Sorprendentemente no tenía cortes producidos por las tanrillas, pero parecía que cojeaba de la pierna izquierda, aunque no daba muestras de dolor.

—¿Qué...? —Ella se dio la vuelta sorprendida, observó a su hermano y lo apuntó con el rifle al descubrir algo extraño en él.

Fuera quien fuese esa persona, no era su hermano. Hablaba igual que él, tenía su voz y sus mismos movimientos, pero Michael resultó herido por las tanrillas y este sujeto no tenía ni un solo arañazo. Pero eso no era lo único, no llevaba puesta una de sus botas y en el lugar de uno de los pies, tenía una pezuña de un animal. Entonces sonó un disparo. El falso Michael se palpaba en busca de la herida de bala, pero sorprendentemente estaba ileso. Elisabeth, lentamente, se llevó una mano al pecho. Había algo caliente y viscoso, se miró la mano y la descubrió empapada de sangre. Se dio la vuelta y vio a Juan apuntándola con una pistola, de las que las aves arrebataron a los bandidos, con el cañón todavía humeante. Intentó decir algo, pero en cuanto abrió la boca se desplomó.

—¡Billy! —El profesor apareció y abrazó al extraño hombre.

El marinero bajó su arma y los miró confuso.

—¿Qué- qué- qué estás haciendo? —consiguió balbucear, al ver a su compañero abrazando al enemigo.

—Este es otro de los amigos que hice. ¿Te acuerdas del ciervo que nos ayudó cuando salimos de la fortaleza? —dijo José, sonriente, mirando al mismo tiempo

al *chullachaqui*. El capitán pareció relajarse un poco y bajó el brazo, aunque no soltó la pistola—. Juan, este es Billy.

En un abrir y cerrar de ojos el hombre con el pie de un animal desapareció y en su lugar se encontró con una criatura extraña. Un ser mezcla de anciano y niño, un duende. Lo miraba sonriente y con una huesuda mano extendida hacia él. El capitán dio un respingo y un paso hacia atrás por la impresión a primera vista.

—En- encantado —dijo con timidez, dudando de si estrechar o no la pequeña y descarnada mano de ese tal Billy—. ¿Qué eres? —preguntó tocando su rostro con recelo.

—¡Retirada! ¡Rápido, replegaos! ¡Retroceded, hay que salir como sea de este maldito lugar! —Unos gritos los sacaron de su ensimismamiento y los transportaron de nuevo a la realidad, al campo de batalla.

Era el segundo al mando de las huestes inglesas. Ordenaba y organizaba la retirada de sus hombres mientras Michael, el líder de todos ellos, se aseguraba que no se quedaba nadie rezagado. En lo que llevaban de batalla ya habían caído casi la mitad de sus hombres y los muiscas apenas habían desplegado todas sus artes de combate. Algo parecía impacientarlo, estaba nervioso, movía la cabeza de lado a lado, igual que si fuera un pájaro. Miraba a sus hombres, hacía el recuento y luego oteaba en todo el valle en busca de algo que no encontraba. Finalmente vio aquello que estaba buscando, a su hermana, el cuerpo de Elisabeth tirado en el suelo a unos metros de distancia del marinero. El charco de sangre que se agrandaba por momentos bajo ella era la evidencia de que ya no había nada que hacer por salvarla. Su rostro ardía de furia, pero no pudo hacer nada más que soportar su rencor y volver con los compañeros que aún le quedaban.

Los encapuchados se ayudaban unos a otros a salir del valle. Quien más o quien menos, todos habían resultado heridos y la mayoría necesitaba asistencia médica de inmediato. Poco a poco todos fueron desapareciendo tras el denso humo que envolvía el bosque. Pero uno de ellos se negaba a abandonar el valle así como así. Michael estaba de pie, frente al acceso a la arboleda, viendo cómo una tribu, que aún vestía con pieles y usaba herramientas de piedra y madera, celebraba su victoria en el combate. Empuñó un rifle, era distinto a todos los que llevaban los ingleses. Este era más largo, más robusto y parecía bastante más pesado e incómodo de transportar. En el sistema de puntería parecía llevar acoplado algún artilugio, algo parecido a un catalejo. Se tumbó en el suelo para tener mayor estabilidad y se tomó su tiempo para apuntar.

Todos los combatientes muiscas, forasteros incluidos, celebraban la victoria. Gritaban, saltaban, se abrazaban y alababan a Bachué, Chibchacum, Sua y

Chiminigagua, el creador, por haberlos protegido. Entonces se oyó un fuerte disparo, un grito, y todos dejaron de festejar. Miraron hacia el lugar del que vino el sonido y vieron sonreír al líder del otro bando, el único que quedaba de ellos. Una lluvia de flechas comenzó a dirigirse hacia él, pero fue inútil. Estaba demasiado lejos para poder alcanzarlo y en un instante no se le pudo volver a ver, oculto tras el humo. Algo impactó en el hombro de Juan, por suerte, la bala no le dio de lleno, sino en un costado, y no le hizo nada que no se arreglara con unos pocos puntos.

Todos los guerreros corrieron en su dirección, pero en lugar de detenerse para ver cómo estaba, pasaron de largo. Al parecer, Michael había herrado el disparo. Pero no fue así. El objetivo de su último y desesperado ataque resultó ser Quemuenchatocha. Todavía respiraba y parecía consciente. Estaba tendido en el suelo y su corona se cayó de su cabeza al desplomarse. Gracias a que la bala impactó en el hombro del marinero, se desvió su trayectoria y no acertó en el corazón del *psihipeka* por pocos centímetros.

—Deprisa, es una herida grave, pero aún estamos a tiempo de salvarlo —intervino nervioso el profesor. Se quitó la camisa, hizo una bola y presionó con ella el agujero, cerca del corazón del anciano—. Solo necesito a un par de hombres para que me ayuden, el resto deberíais ir tras ellos, ahora que están débiles y con la moral por los suelos.

—¡Paba, paba! —Se acercaba a ellos corriendo a toda prisa Sagipe, la encargada de guiar a uno de los grupos que aguardaba escondido, y la única de ellos que regresó al poblado sin ser avisados—. ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? —preguntaba con el pulso y la voz acelerada, sin esperar respuesta. Quemuenchatocha le sonrió y asintió débilmente con la cabeza—. Tenéis que hacer algo, esos tipos no se pueden ir así como así, después de esta afrenta —dijo ahora con rabia.

Le arrebató la camisa a José y fue ella la que apretó la herida de su tío para frenar la hemorragia. Lo miró con los ojos llorosos y luego desvió la vista hasta Juan, que se apretaba él mismo el corte de su brazo.

—Tengo que curarle la herida. —El profesor parecía nervioso, intimidado ante la responsabilidad que le otorgaban—. Si hago algo, él...

—¡Adelante, id! —interrumpió Chasquechusa con brusquedad—. La voluntad de los dioses es más fuerte que el orgullo de un hombre. Como actual líder de los guerreros güechas, siento la responsabilidad de vengar a mi pueblo. Pero sé que esa misión te ha sido encomendada, os ha sido encomendada a los dos. —Se acercó a él y le puso una mano firmemente sobre el hombro—. Por favor, id a salvarnos, salvad nuestro pueblo, a vuestros hermanos. —Ambos se miraron muy serios a los ojos y, tras unos segundos, lanzándose silenciosas promesas solo con

la mirada, José asintió con convicción—.

—Nosotros cuidaremos de él. No os preocupéis por lo que suceda aquí, estaremos bien. Sagipe sabe cuidar muy bien de los demás y, si no, tenemos a nuestro sacerdote.

El maestro miró al *mapinguarí* que ya había recobrado su aspecto habitual. Él lo miró sonriente y le hizo un gesto para que se pusiera en marcha. Cuando le dio la espalda para dirigirse a cumplir su misión, el chamán acentuó su sonrisa.

—¿Estás listo para otra aventura? —animó el profesor al *chullachaquí*. Billy, entusiasmado por conocer a tanta gente que no se asustara de su presencia, accedió con la seguridad y la alegría con la que un niño accede a ir al parque de atracciones un día de escuela—. ¡Juan! —apremió a su amigo.

Él y el duende comenzaron a correr en dirección a la arboleda, siguiendo los pasos de los bandidos, pero se detuvieron al descubrir que no los seguía. Se quedó plantado de pie, mirando con nostalgia a la mujer. Su amigo se sobresaltó por el grito y corrió a reunirse con ellos.

CAPÍTULO 70

Los asustados bandidos corrían tan rápido como les permitían sus heridas o los compañeros con los que cargaban. El humo impedía ver más allá de sus propios pies y les dificultaba la respiración. Había multitud de árboles derribados, por las balas de los cañones o por las llamas del incendio que ellos mismos provocaron, y constantemente tenían que cambiar de dirección para sortearlos. También tropezaban con los cadáveres de los güechas o de sus propios compañeros. Algunos, incluso, aprovecharon para llevarse las patenas, coronas o alhajas de oro que poseían los guerreros indígenas caídos. Con dificultades y medio asfixiados, todos los bandidos lograron encontrar las escaleras que les subían al túnel de regreso a la fortaleza.

A varios minutos de distancia, el peculiar trío de aventureros los perseguía a toda prisa. Ellos también tuvieron problemas con el humo al atravesar el bosquecillo reducido a cenizas, pero gracias a los poderes de Billy no tuvieron que dar demasiado rodeo para llegar al túnel. En la base de la montaña, bajo la gruta creada por los ingleses, varios prisioneros se amontonaban atemorizados. Preferían quedarse en aquel lugar peligroso y en llamas, antes que regresar a ser esclavos en esa fortaleza inmunda. Los tres se detuvieron antes de subir las escaleras, estudiando con la mirada las intenciones de aquellos prisioneros. Sospecharon que no había ningún infiltrado, que todos ellos eran simples prisioneros, forzados a vivir y trabajar en aquel lugar, de la misma manera que lo estuvieron ellos.

—¿Dónde está Chipaque? —preguntaron a uno de los exploradores que raptaron junto con el *sybintiba*, el mismo hombre que divisó uno de los guerreros, instantes antes de la batalla.

No lograron entender lo que les decía, pero sus constantes y efusivos movimientos, señalando la gruta que atravesaba la montaña les daban una pista de dónde podría estar.

—Encárgate tú de los prisioneros, nosotros tenemos algo que hacer. —El explorador asintió serio y con convicción, y los apremió a cumplir con su cometido.

Durante el tiempo que transcurrió desde que consiguieron escaparse de allí, tanto la cueva como el número de excavadores habían aumentado considerablemente. No reconocieron ningún rincón de la caverna hasta que no llevaron un largo rato corriendo. Pasaron junto a varios prisioneros que jamás habían visto antes. Parecía que estaban inmóviles por el pánico desde que se escuchó la explosión que abrió el boquete en la montaña. Y tampoco había rastro

alguno de los encapuchados ni de los que repartían el agua ni del orondo y torpe cocinero. Ni siquiera estaban en sus puestos los que patrullaban el poblado o los centinelas que aguardaban en lo alto de la muralla.

Por fin salieron de la mina en la que hacía tiempo ellos también fueron forzados a extraer esmeraldas. Se detuvieron sobre el suelo de madera, en la parte superior de la estructura que subía hasta la cueva. Dentro de la misma entrada al túnel, en la plataforma en la que se encontraban y en la empinada escalinata, estaban esparcidas por el suelo casi todas las herramientas que debían llevar consigo los trabajadores. Estaba todo desierto, multitud de enseres tirados por doquier y la mayoría de las cabañas tenían la puerta abierta y descolgada de sus bisagras, como si una estampida de bestias hubiese pasado por allí. La gran cancela de hierro, medio abierta a toda prisa, revelaba el camino que tomaron los bandidos para escapar.

—¡Rápido! ¡Aprovechad para escapar, ahora es el momento! —apremiaba el profesor a los prisioneros, mientras atravesaba corriendo el polvoriento poblado. Estaban paralizados por la desconfianza y la incertidumbre—. ¡Moveos! —insistió al ver que algunos de ellos no se movían por miedo a las represalias que pudieran tener los encapuchados contra ellos si eran descubiertos.

—Esperadme aquí —dijo de pronto Juan, marchándose a toda prisa en otra dirección.

—¿Ahora qué...? —quiso preguntar el profesor, pero fue demasiado tarde.

El capitán corría de una cabaña a otra, se asomaba desde la puerta al interior, la observaba detenidamente y se dirigía a la siguiente con gesto de decepción. El maestro y el *chullachaqui* no tuvieron más remedio que esperar, impacientemente y con resignación, a que su amigo terminara de hacer lo que estuviera haciendo. Cuando acabó de buscar, sin éxito, en la última cabaña que le quedaba, se dirigió directo al edificio circular hecho de piedra, los alojamientos de los ingleses. ¿En que estaría pensando? Se preguntaban a cada movimiento que hacía su compañero en la distancia.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Juan a uno de los prisioneros que utilizaban los bandidos como sirviente personal.

El interior de ese edificio también estaba todo revuelto, se dejaron las antorchas encendidas, las puertas de todas las habitaciones estaban abiertas y las pertenencias de los encapuchados esparcidas por sus aposentos.

—No lo sé —respondió el prisionero con la voz entrecortada. El capitán lo encontró oculto en las sombras, en una esquina del edificio, y parecía totalmente atemorizado—. Se formó un escándalo en la mina y todos los guardias se fueron hacia allí. Un buen rato después regresaron poco más de la mitad de ellos y la mayoría estaban heridos. Traían consigo otros que ni siquiera podían valerse por

sí mismos. Cogieron todos los tesoros que consiguieron reunir y abandonaron el campamento. ¿Tú sabes qué es lo que ha ocurrido?

—Es una larga historia. —Dio una escueta respuesta con un tono de voz pausado y tranquilo. Le puso una mano firme sobre el hombro, para que se sintiera seguro y protegido y lo ayudó a levantarse—. Todos ellos se han ido. Vete, encuentra a tu familia, intenta recuperar todo el tiempo que te han arrebatado.

Las lágrimas surcaban el polvoriento rostro del sirviente. Vaciló unos instantes antes de empezar a andar. Al principio avanzaba dando pasos muy cortos y lentos, volviéndose a cada paso, como queriendo asegurarse de que lo que le decía ese hombre no era mentira. Después empezó a trotar y un poco más adelante corrió con todas sus fuerzas hasta desaparecer al final del pasillo.

Buscó en cada uno de los dormitorios de los bandidos, no dejó ni un solo recoveco por mirar. Si no estaba seguro de haber buscado en un sitio, lo volvía a hacer como si fuera la primera vez. Buscó en cada habitación en cada uno de los pisos, pero no encontraba lo que buscaba. Echó un vistazo también en la cocina, en la que aprovechó para comer algo, pero allí tampoco estaba. Por último, bajó hasta la planta baja, el lugar donde se encontraba él tras despertarse después de que Fernando lo golpeará con su pala. Efectivamente, ahí fue donde encontró lo que estaba buscando durante todo ese rato con tanto ahínco. Pero no solo estaba el viejo sombrero que le robaron, allí también estaba Chipaque.

Estaba muy débil. Le habían arrebatado todo cuanto llevaba, ropa, alhajas y armadura, y lo dejaron tan solo en ropa interior y con los aros y tubitos que llevaba clavados en la cara. Lo habían atado a una silla en la que lo golpearon y torturaron, seguramente para conseguir información sobre su pueblo, pero en vista de que no hablaba, y dada la precaria situación en la que se encontraban tras la derrota en la batalla, lo dejaron ahí para que sus heridas acabaran con su vida. Pero el marinero llegó justo a tiempo. Le quitó sus ataduras, le limpió la sangre, le curó las heridas lo mejor que pudo con el escaso material del que disponía y, tras insistir un rato, logró despertar al joven guerrero, que pareció sorprendido al verse con vida.

—Chico, chico, ¿estás bien? —El joven levantó la vista para ver quién era el que le hablaba y asintió débilmente—. ¿Crees que podrás moverte? —volvió a asentir de la misma manera.

Tras una larga, aburrida y angustiada espera, finalmente Juan salió de aquel edificio. Al principio, no pudieron distinguirlo por el polvo y el humo que invadía el campamento, pero cuando se acercó a ellos no daban crédito a lo que vieron. Se había marchado en el peor momento a por su sombrero cochambroso y gracias a eso pudo encontrar al *sybintiba* con vida. Andaba todo lo rápido que

podía con el cuerpo de Chipaque auestas, a un paso rápido, pero sin correr.

Se mezclaron, de pronto, muchas sensaciones. En el rostro del capitán podía verse la alegría por haber recuperado su preciado tesoro y la rabia por lo que le habían hecho al joven, parte de su familia, en un futuro que esperaba cercano. El *chullachaqui* y el profesor lo miraban con reprimenda por haberse ido sin previo aviso y retrasarlos en su carrera por salvar El Dorado, pero con orgullo y gratitud al haberlo encontrado.

—¿Nos vamos a ir tras esos cabrones o vais a estar mirándonos así todo el rato? —dijo con un fingido tono de voz despreocupado cuando llegó hasta ellos.

Eran conscientes de que durante ese tiempo, los ingleses les habían sacado más ventaja. Ahora sería mucho más complicado seguirlos y, en caso de encontrarlos, capturarlos.

—No me miréis así, es mi sombrero de la suerte —dijo como excusa a su escapada.

Sin cruzar una sola palabra más entre ellos, salieron corriendo de la fortaleza, procurando que Chipaque sufriera los menos daños posibles. A pocos metros de distancia, se podían observar los restos putrefactos y pisoteados del esqueleto del *wendigo* que mató Juan hacía ya mucho tiempo. Avanzaban por el estrecho camino que cruzaba la selva y los conducía hasta el manglar.

No tardó en interponerse en su camino una nueva bandida. Esta no presentaba señales de haber estado antes al otro lado de la cueva. Estaba nerviosa, temblaba de miedo y tal solo se veía de ella su largo pelo castaño recogido en una cola de caballo. Se detuvieron ante el cañón de un rifle que los apuntaba, pero ni su postura ni su forma de sujetar el arma suponían una amenaza. Se quitó el pañuelo que le cubría el rostro, era Julia, estaba llorando. Sus ojos reflejaban culpa, dolor, arrepentimiento y sufrimiento.

—Yo no quería, no sabía... Si hubiera sabido... Lo siento —dijo entre sollozos.

José le dedicó una sonrisa tranquilizadora y reconciliadora. Sabía que Julia era una buena chica, tal vez, influenciada por sus compañeros.

—Eso... Ese... ¿Es él? —La joven apartó una mano de su arma para señalar al *chullachaqui*. Su expresión era una mezcla de horror y fascinación—. ¿Es el duende de aquella vez? —El explorador, sonriente, afirmó con la cabeza.

Bajó el rifle por completo, pegándolo a su cuerpo, y se acercó a ellos con cautela, como pidiendo permiso para hacerlo. Alzó un brazo para tocar a Billy, estaba a tan solo unos centímetros de distancia, y algo que salió de la maleza se abalanzó sobre ella. Era un jaguar, le clavó las garras y los colmillos sin que ella pudiera hacer nada. José distinguió dos marcas distintivas en las patas del felino. Una era la cicatriz que le dejó la herida de lanza de Juan y la otra la que dejaron

los dientes del cepo en el que la encontró atrapada hacía unos meses. A ella la siguió otro jaguar, era su hijo, el mismo que conoció hacía tiempo, casi tan grande como su madre. Se acercó al maestro, se levantó sobre sus patas traseras y le hizo unas carantoñas con la cabeza.

Después de eso, el grupo de amigos, convertidos en perseguidores, prosiguió su camino. A ambos lados del sendero, entre los árboles, se movilizaban los *wendigos*. Unos saltaban de un árbol a otro, otros se colgaban de las ramas y avanzaban por ellas como si fueran primates, y otros corrían a grandes zancadas por el borde del camino. Pero no los perseguían a ellos, los *wendigos* avanzaban mucho más rápido y pasaron de largo, ignorándolos por completo. Gruñían, aullaban y salivaban, al parecer, centrados en su objetivo.

De pronto, el profesor se detuvo, estaban exhaustos y no podían seguir corriendo a ese ritmo hasta llegar a la playa. Además, por delante de ellos no había más pistas sobre los bandidos que un montón de huellas desordenadas.

—¿Qué estás haciendo? —consiguió preguntar el marinero, mientras trataba de recobrar la respiración, apoyado en sus rodillas.

—Déjame que piense un momento. —José sacó su vieja libreta, sucia, arrugada y emborronada, y empezó a revisarla. Mientras comprobaba sus dibujos y anotaciones, mandaba fugaces ojeadas hacia la selva, a todo su alrededor.

—¿Crees que es el mejor momento para ponerte a dib...?

—¿Nos puedes hacer un favor? —preguntó el profesor al duende, interrumpiendo a su amigo, que empezaba a quejarse por estar perdiendo el tiempo—. Será un trabajo duro, un gran sacrificio, pero creo que es la única forma de alcanzarlos antes de que embarquen y logren escaparse. —Billy vaciló unos instantes y accedió, confuso y desconfiando.

El maestro se acercó a él y le habló al oído.

CAPÍTULO 71

—¿A dónde se supone que vamos? —preguntó Juan, confuso y un poco enfadado por no saber el plan que su amigo y el duende llevaban a cabo—. Estamos yendo en dirección opuesta a la que se han ido esos ingleses. — Ninguno de los dos le respondieron.

Billy había cambiado a su forma de ciervo gigante y los dos amigos montaban sobre él. Entre ambos, con su consciencia vagando entre dos mundos, estaba el capitán güecha, vigilado en todo momento. Corría con la velocidad de un caballo y la agilidad del rey del bosque en el que se había transformado. Resoplaba sonoramente y bajo su albo pelaje, su piel sudaba por el esfuerzo. Pero Billy, concentrado en ayudar a su amigo a cumplir su misión, no se detenía ante nada y seguía a rajatabla las órdenes que José le daba para guiarlos. Parecía imposible que pudieran alcanzar a los bandidos después de tanta distancia recorrida en dirección contraria, pero el profesor parecía seguro de sí mismo. Llevaban varios kilómetros recorridos cuando el profesor le hizo una señal para que se detuviera.

—Ya hemos llegado —dijo, apeándose del lomo de Billy, antes de que se detuviera por completo.

Juan hizo lo mismo. Buscó algo a su alrededor, pero no encontraba nada que le llamara la atención.

—¿Qué es lo que pretendes encontrar aquí? —preguntó el marinero con el ceño fruncido, sin dejar de observar todo con los cinco sentidos puestos en ello —. Este es un pedazo de selva exactamente igual que lo que ya hemos dejado atrás. O adelante, ya que hemos ido en el sentido opuesto ¿Qué tiene de especial este sitio?

—Fíjate bien —respondió, ensimismado, estirando un brazo en dirección a los árboles.

A punto de darse por vencido, Juan localizó un árbol en el que había tallado un círculo alrededor del tronco. No era más que una sutil marca, la madera cicatrizó y rellenó el hueco, pero recordó el método que usaron en aquella isla misteriosa para no perderse, aunque no terminaba de encontrar la relación con la situación en la que se encontraban. Sin embargo, parecía que el maestro contaba mentalmente los arbustos, helechos o algo parecido.

Mientras tanto, el *chullachaqui* no tenía fuerzas ni siquiera para volver a su aspecto habitual y estaba tumbado en el suelo respirando trabajosamente, reponiéndose tras la larga y acelerada carrera. La verdad es que si existiera un animal con la apariencia que él tenía en ese instante sería el gran trofeo de cualquier cazador, era un animal majestuoso. Lástima que realmente se tratara de

ese irritante duende.

—¿Pero que se sup...?

—¡Aquí es! —lo interrumpió, victorioso al encontrar lo que estuviera buscando.

Se acercó a un arbusto grande, tiró de él y lo movió del sitio sin ningún esfuerzo. Tras él estaba escondido el vehículo, la bestia mecánica en la que montaron el día que comenzaron la expedición junto con los cuatro jóvenes ingleses. Desde aquel día, desde que José los obligó a todos a bajarse y a continuar el camino a pie, había estado allí escondido. Aún podía distinguirse vagamente el rastro de marcas en los árboles que hicieron tiempo atrás y se internaba en la selva, hacia el hogar del jaguar y de la *runamula*.

—¿Qué es eso? —preguntó Billy, ladeando la cabeza como un pajarillo curioso.

El marinero lo miró con reproche al ser empujado por la imponente cornamenta de la nueva apariencia del duende. Con cuidado y colaborando entre los dos, tumbaron a Chipaque en los asientos traseros, los mismos que ocuparon ellos durante su corta travesía. Se aseguraron de que estaba bien sujeto y de que no se golpearía con la estructura metálica del vehículo en cada obstáculo que encontrasen.

—Es nuestro nuevo transporte —respondió el maestro, contento y sonriente—. Tú has hecho un buen trabajo y te has esforzado más de lo que jamás podría pedirte. —Puso su mano en el pecho del ciervo para notar su corazón. Latía a toda velocidad y la respiración aún no había vuelto a la normalidad—. Ahora te toca descansar, con esto podremos continuar nosotros solos.

—Siento haber dudado de ti. —Se disculpó el capitán, pero no fue una disculpa corriente. Una vez más, una sonrisa le invadía el rostro y parecía impaciente por volver a ver aquel vehículo en funcionamiento—. Déjame a mí.

Apartó a su amigo del asiento del conductor y ocupó su lugar. Revisó los mandos y el mecanismo de la máquina, y se frotó las manos con un aire travieso antes de encenderla.

Daba la impresión de que llevaba toda su vida manejando ese vehículo. Lo conducía con tal soltura y habilidad que no parecía un artilugio extraño para él, sino uno más de sus inventos. No se le borró la sonrisa de los labios en ningún momento, mientras estuvo a los mandos de la máquina. Parecía que no hubiese ningún obstáculo capaz de detenerlos y la distancia entre ambos bandos ya no parecía un problema tan grave.

Dejándose llevar por la emocionante carrera, Juan puso el coche a su máxima potencia. La velocidad que alcanzaron era asombrosa, recortando a los ingleses gran cantidad de terreno en poco tiempo. Partía o mandaba por los aires

cualquier obstáculo que se interponía en su camino, como las molestas raíces de los mangles, cubiertas de conchas afiladas. Era tal su fuerza que apenas aminoraba la velocidad tras cada impacto. Los socavones e irregularidades del suelo los hacían saltar, dejando por un momento las cuatro ruedas en el aire y cayendo después aparatosamente. En más de una ocasión, José tuvo que echar la vista a atrás para comprobar que el guerrero aún estaba en el vehículo, temeroso de que sus ligaduras no aguantaran los embates y saliera disparado de su asiento.

Cuando ya les quedaba poco para cruzar por completo el manglar, cuando mayor era su euforia por creer que divisarían en breves instantes al enemigo, el vehículo se detuvo. Se quedaron encallados en una balsa de lodo. Cuanto más aceleraba el capitán para intentar de salir de allí, más se hundían las ruedas. Además, liberaba las bolsas de gas fétido del interior del fango, obligándolos en alguna ocasión a aguantar la respiración. Ambos probaron a sacarlo de allí empujando, pero ya era lo suficiente costoso mantenerse en pie en el lodo, tratando de no hundirse ellos también.

Llevaban un rato sentados en los asientos del coche, pensando la forma de liberarlo del lodo. Ese vehículo era su única esperanza para alcanzar a los bandidos a tiempo, antes de que subieran a bordo de los barcos que tenían anclados en la playa. De pronto, la pesada máquina se tambaleó con brusquedad, algo la golpeó por detrás. El susto que se llevó Juan al ver el causante del brutal golpe fue similar a la reacción de sorpresa de José.

—¿Qué- qué- qué es esta vez? —balbuceó el capitán, muerto de miedo, observando fijamente a la bestia que tenía agarrado el vehículo—. Por favor, dime que este también es uno de tus nuevos amigos. —Su rostro cambió al ver cómo su amigo asentía moviendo la cabeza con efusividad, sonriente y con los ojos humedecidos por la emoción.

—¡Arg! —Lo saludó, impresionado al verlo acudir hasta allí para ayudarlos, después de tanto tiempo.

El *mohán* agarraba con firmeza la parte trasera de la estructura metálica del vehículo. Empujaba con todas sus fuerzas para liberarlos del fango y que consiguieran cumplir su objetivo, su destino: mantener oculto el secreto que les reveló la selva. Algo que nadie consiguió hacer hasta el momento, ya que todos los que lo encontraron antes que ellos sucumbieron a la codicia. Tenía el rostro enrojecido, las venas del cuello hinchadas, los brazos temblorosos y sus piernas se hundían y resbalaban en el fango, dificultándole la labor. Por un momento parecía que iba a conseguir sacarlos de la balsa, pero al acelerar de nuevo la rueda se hundió un poco más.

Cuando parecía que todo estaba perdido y los ingleses finalmente iban a conseguir escaparse junto con todos los tesoros robados, apareció Billy, todavía

con su forma de ciervo. Era increíble que tras la semejante carrera de antes hubiera podido seguirlos hasta tan lejos, más aún por la velocidad a la que fue el coche. Embistió al vehículo con fuerza y ayudó al *mohán* a empujar. Arg gruñía y gritaba y el gran astado bramaba, haciendo ambos acopio de todas sus fuerzas. La rueda giraba y resbalaba, salpicando y cubriéndolos a los dos con ese apestoso fango, pero eso no hizo que se amilanaran. En el surco que dejaba la rueda se desenterró la raíz de algún mangle cercano, y gracias a ella pudieron salir de la balsa de lodo y reemprender la persecución.

El *chullachaqui* y el *mohán* empequeñecían en la lejanía, deseando suerte a sus nuevos amigos, los salvadores de la selva, mientras celebraban lo que creían una victoria que estaba próxima.

Tras un largo y accidentado camino lleno de molestias, los dos aventureros salieron del manglar para entrar de lleno en la pequeña playa.

CAPÍTULO 72

Puede que el incidente con la balsa de fango les hubiera costado caro y ya fuera demasiado tarde, pero no se pensaban dar por vencidos mientras hubiese las más mínima posibilidad de lograr detenerlos. Al adentrarse más en la playa, divisaron a todos los encapuchados, los que sobrevivieron a la batalla, subidos a los botes que dejaron varados en la arena. Se dirigían hacia el barco principal, un barco enorme, comparado con el de Juan, que les esperaba unos metros más adelante, al final del arrecife, listo para partir.

Se escuchó una especie de sirena, un sonido que eliminó la frustración que por un momento empezó a sentir el capitán, y le provocó de nuevo una sonrisa similar a la que tenía a los mandos del coche.

—No puede ser —dijo el marinero, sorprendido, en un susurro para sí mismo.

Buscaba algo con desesperación moviendo la cabeza de un lado a otro, sin descanso.

—¡Aquí, aquí! —Entre el ruido del viento y el oleaje pudieron distinguir una voz, una voz que a ambos les resultó familiar.

Fondeado cerca de la orilla, y oculto tras los salientes del manglar, estaba el barco de Juan. «Nunca un barco tan feo me había parecido tan hermoso», pensó José, nada más verlo.

—¿Quién coño se ha atrevido a coger mi barco? —dijo el capitán, ahora de peor humor y con el ceño fruncido.

Alguien los llamaba desde la cubierta de la embarcación. Se acercaron corriendo, el barco estaba tan cerca de la orilla que hacían pie cuando llegaron a él. Era Isabel, llevaba un tiempo aguardándoles en ese mismo lugar, constantemente vigilando que los bandidos no regresaran a sus barcos y la descubrieran. Pero permaneció allí sin dudarlo, confiando en que José cumpliría con su destino y, por fin, estar juntos de nuevo.

—¡No, espera! —gritaron los dos amigos al mismo tiempo.

En cuanto llegaron al barco, Isabel se apoyó en la valla de la cubierta, lista para saltar al agua para recibirlos, después de tanto tiempo. Intentaron detenerla, pero fue inútil. La mujer se apresuró y saltó a los brazos del profesor, zambulléndose los dos en un largo y apasionado abrazo.

—Idiota, tenías que haber tirado la escala antes de tirarte tú —dijo el dueño del barco, mirándola enfadado de reojo—. ¿Cómo vamos a subir ahora? —Pero fue completamente ignorado por la pareja, que continuaba besándose en medio de las turbulentas aguas.

Tuvo que interrumpir ese momento romántico para que José se hiciera cargo

de Chipaque, mientras él solucionaba el problema que causó Isabel. Aprovechando una ola logró agarrarse a uno de los salvavidas que rodeaban el casco del barco y trepar por él hasta la cubierta. Dejó caer la escala por la borda para que la pareja de enamorados pudiera subir y se fue a revisar su barco. No sabía si Isabel sabía manejar un barco y no tenía ni idea de la forma en la que habría llegado hasta allí. Lo que más le hacía dudar de sus dotes como patrón era que había que ser muy temerario, o no valorar el barco, para llevarlo hasta tan cerca de la orilla, donde podría encallar con facilidad, y no tenían medios para recuperarlo.

Echó un vistazo rápido a toda la cubierta, comprobó el estado del observatorio marino y del único traje de buceo que le quedaba, el que estaba unido a un compresor por un fino tubo. Por el momento, todo parecía estar en perfectas condiciones, o por lo menos en las mismas condiciones que lo recordaba. En la cabina de mandos todo estaba en su posición y, extrañamente, revisó con especial atención el estado de ese trozo de metal que sujetaba la botavara al mástil.

—¿Cómo has sabido dónde y cuándo encontrarnos? —José ayudaba a la mujer a subir los últimos peldaños hasta el barco, pero el capitán no pudo esperar para preguntar.

—Desde que te marchaste a terminar tu aventura, Billy, Arg y... —Isabel se puso pensativa, trataba de recordar algo—. Por cierto, ¿cómo se llama el chamán que me quitó la maldición? —José se encogió de hombros—. No importa —continuó—, en una de sus últimas visitas me dijo que si quería volver a verte y ayudarte a terminar tu misión, tenía que dirigirme a ciertas coordenadas. Me entregó dos papeles. En el primero estaba apuntada la situación del barco y en el segundo este punto exacto.

—¿Y cómo has conseguido llegar a tiempo? —El profesor la miraba con añoranza, conmovido por todo lo que había hecho para volver a verlo.

—Llegué hace dos días y he estado esperando desde entonces. No sabía cuánto tiempo tendría que esperar o si ya era demasiado tarde. Había comida de sobra en el barco, así que mientras no escaseara no perdía nada por permanecer aquí —respondió con inocencia y una dulce sonrisa en los labios.

—Cómo me alegra saber que... —José cogió las manos de Isabel con ternura y se las acercó a sus labios.

Una vez más sus miradas se encontraron, después de tanto tiempo, y el tiempo se detuvo de nuevo. Pero esa sensación no duró mucho, Juan los interrumpió bruscamente con su vozarrón.

—¡Pues no seré yo el que te haga esperar más! —Se marchó con decisión a tomar los mandos de la nave—. Tenemos una misión, ¿no?, un destino que

cumplir y un enemigo que se aleja. Ya podréis daros besitos cuando todo esto termine, ¡ahora, moved el culo!

Dando un respingo, el hombre y la mujer se soltaron, dejaron descansar al guerrero herido en el camarote del capitán y comenzaron los preparativos para continuar con su aventura. Seguramente fue por la necesidad de la situación, pero los tres trabajaban como si fuesen camaradas de toda la vida, como si formaran parte de la misma cuadrilla.

Isabel recogía la escala y apretaba los nudos de los cabos. José izaba las velas y aseguraba los aparejos de la cubierta. Juan levó el ancla e hizo virar la embarcación en dirección a su enemigo. Durante la batalla, creyeron que el cielo sobre el valle se nubló por el humo, pero resultó que todo cuanto abarcaba la vista estaba cubierto por amenazantes nubarrones de tormenta. El viento soplaba con fuerza y cambiaba impredeciblemente de dirección en todo momento. Era cierto que algo había despertado, puede que fueran dioses o espíritus del interior de la selva, pero todos sentían algo muy poderoso a su alrededor.

El mar estaba embravecido y agitado. Grandes olas amenazaban con hacerlos volcar y dar por finalizada su aventura. Pero ellos no se detenían, habían sufrido tanto y llegado tan lejos, que no estaban dispuestos a permitir que el mar también se pusiera en su contra. En el preciso instante en el que el barco comenzó a encaminarse hacia su objetivo, al profesor le vino a la mente todo lo que dijo Meicuchuca en la fortaleza: «el sol se vuelve negro, se desata el trueno, el espíritu de los árboles gime. En el averno, las ataduras de la amistad se rompen y el cielo revienta. El vientre de la tierra se abre hacia el cielo y vomita llamaradas de fuego y veneno. Las felices estrellas se caen del cielo».

Una tormenta empezó a acontecer. Los nubarrones negros, repletos de agua, cubrían el cielo por completo, amenazando con inundar todo cuanto estuviera bajo ellas. Los rayos caían tan cerca del suelo que parecía que el mismo Yllapa los apuntaba con su honda. Y el viento que pasaba junto a los árboles y las retorcidas raíces emitía un sonido que parecía como si la selva pidiera auxilio. Tragó saliva y miró al mar con preocupación. Hasta el momento, la predicción del prisionero se estaba cumpliendo. ¿Podía depararles algo más la naturaleza? Deseaba desesperadamente que el resto de la predicción fuera tan solo para adornar a la parte verdadera.

Divisaron el barco inglés a lo lejos, los bandidos terminaban de subir a él trepando por la borda. Abandonaron los botes más pequeños, dejándolos flotando a la deriva en medio de la marejada. El enorme barco se tambaleaba con brusquedad, el agua lo golpeaba con dureza y lo hacía desaparecer por momentos, oculto por olas aún más grandes que él. Parecía que tenían problemas

para estabilizar el navío en un mar tan turbulento, pero aun así avanzaban a gran velocidad. Una suave llovizna comenzó a caer y dejaron atrás la costa, dirigiéndose, tan rápido como les era posible, a aguas más profundas.

Una vez que se alejaron lo suficiente de la playa, Juan desplegó todo el potencial de su barco.

—¡Agarraos fuerte! —ordenó el capitán, con una extraña sonrisa, sin perder de vista al objetivo.

Tras hacer algo con unas palancas y botones en la cabina de mandos, el barco entero empezó a crujir. Era un sonido parecido al de unos engranajes, algún tipo de mecanismo que parecía que hizo despertar a la embarcación. El dudoso anillo metálico de la botavara giró, se separó unos centímetros y empezó a plegarse sobre sí mismo. La vela se recogía y quedaba enrollada en el interior de la botavara y esta, pegada completamente al mástil. Una vez unidas las dos piezas, de igual modo que en el observatorio marino, comenzaron a descender y a introducirse en el interior del casco. Cuando desapareció bajo la cubierta, se cerró una trampilla en el hueco que dejó y dejaron de avanzar. Ahora no eran más que un barco al que le faltaba el palo de mesana, flotando a su suerte en medio de una tormenta.

Pero una vez más se oyeron extraños sonido en las entrañas de la embarcación. De pronto, Isabel y José cayeron de espaldas aparatosamente. Algunas hélices o alguna clase de sistema de propulsión aparecieron en la parte trasera del barco, que los impulsó con una fuerza enorme. A la velocidad a la que avanzaban ahora, la vela seguramente se hubiera rasgado y el mástil podría haberse partido. En cambio, estaba completamente sumergido y le proporcionaba estabilidad extra a la nave para poder surcar las olas sin tanto bamboleo.

Se acercaban peligrosamente a los cazadores de tesoros. Lo que antes no era más que un pequeño punto a lo lejos, y parecía estar a una distancia casi insalvable, ahora era un titán de metal a pocos metros de distancia. Podía escuchar con claridad el ensordecedor sonido de sus motores y el agua que salpicaba era como una barrera frente a ellos. Un ráfaga de disparos, provenientes de la cubierta del barco enemigo, comenzó a caer sobre ellos. Pero no corrieron ningún peligro protegidos en el interior de la cabina de mandos.

—Ahora que estamos a punto de alcanzarlos, ¿tenéis un plan para capturarlos?
—Isabel parecía amedrentada por algo.

Hablaba con temor, desconfiada, con la vista fija en el navío que tenían delante. Los dos amigos se miraron confusos y volvieron a mirarla a ella. La mujer dio un resoplido de exasperación.

—Ese barco es mucho más grande que este, ¿cómo pensáis abordarlo? Y en caso de que consiguiéramos subirnos a él, ¿cómo vamos a enfrentarnos a medio

centenar de ellos? —Los miraba de un modo severo, con el ceño fruncido y los brazos cruzados, como la madre que acaba de regañar a sus hijos.

—Todas las personas en este mundo tienen un destino —comenzó a decir el profesor muy serio, acercándose a sus dos compañeros. Parecía el general que arenga a sus hombres antes de la batalla definitiva, una especie de discurso de despedida—. Tratando de cumplir con el mío, he conocido a unas personas maravillosas, mi nueva familia. —Puso una mano firme sobre el hombro de su amigo y con la otra acarició con delicadeza la nuca de Isabel. Esta se estremeció y le sonrió con ternura—. También he podido conocer a otras... No son personas, pero son excepcionales de igual modo. —Se acordó de Billy, Arg y el *mapinguarí* y sonrió—. Al parecer, vuestro destino se ha unido al mío. Después de todo lo que hemos pasado, ahora que estamos tan cerca, no voy a renunciar a cumplirlo solo porque ellos tengan un barco un poco más grande o sean algunos más. Tardé en saber que mi destino era detener a esos ingleses y mantener en secreto todo lo que han descubierto, así que sea como sea los atraparé.

Esas palabras, esa convicción y ese espíritu hubieran bastado para llenar de confianza a cualquiera para llevar a cabo lo que se propusiera. Pero el destino no entiende de mecánica. En el peor momento posible, cuando estaban convencidos de que lo lograrían, pasara lo que pasara, el mecanismo que propulsaba el barco empezó a petardear. Un humo negro comenzó a salir de la parte trasera del barco y el mecanismo que se escuchaba se detuvo. Ahora, tan solo avanzaban por la inercia que llevaban, era cuestión de tiempo que se detuvieran por completo y que el otro barco se alejara y huyeran sin poder hacer nada por evitarlo.

—¡No, no, no, joder! ¡¿Por qué ahora?! —Juan golpeaba, claramente frustrado, todo el panel de mandos, en busca de una reacción inesperada del mecanismo. Pero no sirvió de nada.

—No te castigues, no es culpa tuya —acudió el profesor a consolarlo—, de hecho, de no ser por este genial invento tuyo, hace mucho que nos habríamos quedado sin opciones. —Alababa el barco del que tan mala imagen tenía hasta ese momento—. Quizás esos tipos hayan aprendido la lección y a partir de ahora se queden en sus casas valorando un poco más sus vidas.

—O quizás regresen mejor preparados, ahora que saben a lo que se enfrentan —añadió Isabel, pesimista, pero realista ante las posibilidades.

Los dos aventureros se estremecieron y algo los volvió a impulsar y dar ánimos.

—Dime que tienes algún otro invento que podamos usar, uno que aún no hayas probado. Yo lo probaré, me da igual de qué se trate —imploraba el maestro a su amigo, que no hacía más que negarse.

—Lo siento, he hecho todo cuanto estaba en mis manos, pero no ha resultado

—dijo el capitán, abatido y cabizbajo—. Puedo intentar reparar la avería, pero me llevará un rato.

—Déjalo. —José hablaba con resignación, en un tono sosegado, admitiendo una temprana derrota—. Para cuando lo arregles, si es que lo consigues arreglar, ya estarán muy lejos. Y en cuanto salgan de la tormenta nos será imposible alcanzarlos.

—Chicos, ¿qué...? —Isabel fue a decir algo.

—Hay que ser realistas, Isabel —La interrumpió el profesor—. Al final, ellos han ganado y se van a salir con la suya.

—¡Que no es eso! —sentenció la mujer. Ambos la miraron sorprendidos por su actitud—. ¿Qué está haciendo ese hombre?

Señalaba algo en la parte de fuera, en la cubierta de proa.

Chipaque se había levantado y salía renqueante de la habitación donde se supone que debía guardar reposo. Se sujetaba con precarias fuerzas al marco de la puerta y a duras penas conseguía mantenerse en pie. Los tres, sin pensarlo, llevados por sus instintos, abandonaron la seguridad de la cabina de mandos y se reunieron con el herido en la cubierta. El viento soplaba con tal fuerza que no imaginaban el esfuerzo que debía estar haciendo el capitán güecha para no verse arrastrado por él. Además, la suave pero constante llovizna lo había dejado todo resbaladizo y traicionero. El barco no volcó gracias a la estabilidad que le proporcionaba el mástil en el interior del agua, pero aun así daba brutales sacudidas. Los restos maltrechos de las embarcaciones abandonadas por los bandidos golpeaban el casco del barco y se arremolinaban alrededor de ellos. Por si fuera poco, ahora si alguno de ellos cayera al agua sería apaleado por los restos.

—Esto es el fin —dijo en voz baja el guerrero, más para sí mismo que para sus compañeros.

—¿Qué quieres decir? —El capitán parecía nervioso y asustado—. ¿De quién es el fin?

—Esta persecución ya se ha acabado y la verdad tras la leyenda volverá a ser secreta. —El joven miraba el mar con los ojos completamente abiertos y una sonrisa maliciosa que contradecía su mirada de preocupación y su delicado estado de salud.

—¡Explícate! —insistió Juan.

Pero el joven no respondió. Se quedó observando el mar, con sus acompañantes mirándolo de un modo amenazador por la espalda.

Puede que fuera parte del destino que el motor se rompiera, porque de pronto la marea pareció cambiar. Bajo el barco enemigo apareció una sombra, una sombra mucho más grande que él. En toda esa zona las olas desaparecieron y el agua empezó a levantarse, como un globo gigante de agua que se inflaba por

momentos. Poco a poco, la superficie del mar comenzó a abombarse y el enorme navío se elevó sobre las aguas. En ese preciso instante parecía que se hacían realidad las peores sospechas del maestro. Estaba convencido de que aún quedaba por cumplirse parte de la predicción de Meicuchuca. Seguramente esa burbuja que se estaba formando sería lo que provocara las llamaradas de fuego y veneno de las que habló.

De pronto emergieron dos criaturas marinas, una de ellas partió el barco inglés en dos sin ningún esfuerzo. Eran dos serpientes gigantes, por un momento el profesor pensó en el mítico leviatán. Dos criaturas con el cuerpo alargado y musculoso. Tenían pequeñas aletas alargadas, repartidas a lo largo de todo el cuerpo, que les permitían nadar con gran soltura y agilidad. Su cabeza recordaba más a la de un dragón que a una serpiente. Tenía las fauces alargadas y repletas de grandes y afilados colmillos. Sus ojos estaban situados al frente, como un depredador, para seguir a su presa. Un puñado de antenas peinaba la parte superior de su cabeza y caían hacia atrás, como una especie de cresta, ofreciéndoles un aspecto más imponente y amenazador.

—Bachue...—musitó Chipaque.

Estaba incrédulo, con la vista clavada en las dos criaturas.

—¿Q- q- qué? —El profesor sintió una mezcla de terror y asombro.

—Bachué y su hijo, padres de todos los hombres y mujeres muiscas. —No dejó de mirar en ningún momento a las gigantescas serpientes marinas—. En la laguna, hace mucho...

—Conocemos esa historia, Sagipe nos la contó —interrumpió el maestro—. ¿Quieres decir que esas dos criaturas son realmente vuestras deidades?

El joven guerrero asintió con firmeza, convencido de lo que tenía ante sus ojos.

—Ellos no permitirán que les suceda nada a sus últimos hijos. En estos tiempos, si se diera a conocer la existencia de mi pueblo, supondría nuestro fin, y ellos no lo permitirán. —Tras esas palabras, el *sybintiba* pareció recobrar las fuerzas. Hablaba erguido, con los músculos de todo su cuerpo tensos, un puño en alto y los ojos vidriosos.

—El día de tu nombramiento... En la laguna... vi dos sombras. ¿Eran ellos? —El profesor continuaba con su particular investigación. El capitán güecha asintió—. ¿Cómo es posible que estuvieran en una laguna en medio de la selva y ahora...?

—Este es su reino —interrumpió el joven—. Ellos están donde quieren estar, no hay obstáculos en la selva para Bachué y su hijo.

A pesar de no entrar en la conversación, Juan e Isabel escucharon con atención todo lo que se decían. Ahora los cuatro observaban cómo esas dos colosales

criaturas frustraban el propósito de aquellos bandidos, cómo dos gobernantes defendían su reino, cómo dos padres protegían a sus hijos, cómo el origen de una leyenda se ocultaba de la historia.

—¿Así que fue esto lo que hundió el galeón de mi antepasado? —José buscaba a su amigo, su acompañante en toda esa aventura, con la mirada.

Finalmente la encontró. Al parecer, él también recordaba las notas que fueron recopilando. Pudieron responder así a todas las preguntas que se llevaban haciendo desde hacía tanto tiempo.

—Puede que también fueran estas criaturas sobre las que hablaba Edwar Teach —añadió Juan, pensativo, con esfuerzo para creerse que realmente estaba viendo lo que tenía delante—. Él se refería a las almas que se hundieron junto al tesoro el día que se hundió el barco. Por lo visto no se imaginaba que pudiera ser algo así. —El profesor asintió muy serio.

Los bandidos descolgaban por la borda unos pequeños vehículos individuales, en los que intentaban huir despavoridos. Pero ni con esos veloces vehículos conseguían escapar de las bestias marinas. Se zambullían y caían con todo su peso sobre ellos, aplastando a varios de un solo golpe. Los secuestradores supervivientes nadaban desesperados, alejándose lo más posible para salvar sus vidas, pero eran arrastrados por las fuertes corrientes y sepultados por las olas.

Uno de ellos logró separarse del grupo y se acercó a toda velocidad hacia ellos.

—Os felicito, al final, habéis conseguido salir con la vuestra. —Era Michael.

Estaba a pocos metros de distancia de ellos, subido en uno de esos pequeños vehículos y los apuntaba con su rifle. Flotaba movido por el oleaje y en ocasiones desaparecían fugazmente de su punto de mira. Pero los dos aventureros sabían por experiencia lo buen tirador que era el joven encapuchado y no intentaron huir.

—Este es nuestro fin, nuestra ambición ha sido nuestro peor enemigo. Pero no penséis que todo os va a salir bien. Antes de caer me llevaré a uno de vosotros conmigo —amartilló su arma y afinó la puntería.

—¡Ese seré yo! —El profesor aseguró a Chipaque con Isabel y Juan, y se acercó al borde del barco, cubriendo a sus amigos con su cuerpo y ofreciéndose como único objetivo del disparo.

—Vaya, vaya, al final resultará que eres un héroe —se mofó el líder de los bandidos, sonriendo con malicia.

—Que ellos estén aquí es culpa mía, vine a cumplir mi destino y ellos se vieron arrastrados a este viaje lleno de peligros. Quizá también estaba predestinado que este fuera mi final, al fin y al cabo, de esa manera el secreto que guardaba la selva seguirá siendo una incógnita. —Se giró para ver por última vez a sus compañeros, les sonrió y, al volverse de nuevo, dejó derramar sus lágrimas

sin complejos.

Michael apretaba el arma con fuerza contra su hombro, el dedo sobre el gatillo comenzó a tensarse y el martillo del rifle empezó a retroceder. Durante su estancia en Colombia, el profesor vivió cosas que otros tan solo conocerían gracias a los libros. Así que acogió a la muerte con una sonrisa, feliz, creyéndose un hombre afortunado.

De pronto, un leviatán emergió de las aguas con las fauces abiertas y se engulló al bandido, junto con su vehículo, de un solo bocado. El disparo sonó en el interior de la bestia, pero pareció no haberle afectado en absoluto. La criatura que acabó con el resto de los bandidos, la más pequeña de las dos, se reunió junto con la que se comió a su líder.

Una vez juntas, las dos deidades muiscas se acercaron hasta el barco de Juan. José estaba petrificado, era inútil tratar de escapar de una criatura capaz de engullirse el barco entero de un solo bocado, así que se quedó ahí pasmado, observándolas con atención. En su mente no dejaba de repetirse que sacara su libreta, pero las manos no le respondían. Se fijó en su piel, recubierta por escamas idénticas a la que abandonó durante su cautiverio en la fortaleza, la que encontró en el interior del galeón hundido de su tatarabuelo. Enseguida supo que de verdad aquellas dos bestias marinas fueron quienes acabaron con su vida por estar a punto de revelar el secreto que ellos guardaban. La codicia de su antepasado, la traición a Quemuenchatocha y su pueblo, hicieron despertar a los padres de los muiscas y dar fin a su expedición.

La más grande de las dos, la que debía de ser Bachué, acercó sus fauces a escasos centímetros del profesor. Estaba tan cerca que su respiración lo empujaba y tenía que hacer fuerza para permanecer en pie. Bajó su rostro y lo miró fijamente, unos enormes ojos inyectados en sangre que estudiaban cada uno de sus movimientos. Levantó la vista y observó a las otras personas que había en el barco. Entonces se dieron la vuelta, se sumergieron y desaparecieron en las profundidades.

CAPÍTULO 73

El mar volvía a estar en calma y las nubes desaparecieron del cielo. De pronto, se encontraban en un mar aplacado y bañado por el sol en el que flotaban los restos del enorme barco inglés y los otros vehículos más pequeños. Bajo el agua, dos tiburones martillo se disputaban los restos de un encapuchado. Una bandada de pájaros pasó por donde, unos instantes atrás, había dos leviatanes, los principales protectores de la selva, como si tal cosa.

El mástil del barco de Juan comenzó a ascender lentamente hasta colocarse de nuevo en su sitio. La botavara volvió a su lugar y con un giro de ese anillo metálico se afianzó su posición. Desplegaron las velas y una suave brisa los empujó de vuelta a la orilla. El manglar se presentaba ante ellos tan misterioso y traicionero como siempre. El coche de los ingleses en el que llegaron aún estaba allí, pero lo dejaron de lado, ya hubo suficientes cambios en la selva por un día. En esta ocasión no les costaría tanto atravesar el enredo de ramas y raíces con afiladas conchas incrustadas.

Un curioso séquito los acompañó hasta la que fue la fortaleza de los bandidos. El *mobán* llevaba en volandas a Chipaque. Billy, con su forma de ciervo, cargaba con Isabel sobre su lomo. Ramiriquí, convertido en oso, llevaba a Juan y el anónimo *mapinguarí* era la montura de José.

Cuando llegaron a la fortaleza, en su camino de regreso a El Dorado, cruzaron el poblado con serenidad y sin prisas, bajo las tímidas miradas de los prisioneros que permanecieron allí, vigilando con atención que no quedaran enemigos escondidos. Un grupo de esclavos los seguía desde una distancia prudente, disimulando cada vez que sus salvadores se daban la vuelta. Subieron la estructura que los conducía hasta la gruta y atravesaron la mina de esmeraldas.

Aparecieron en la arboleda donde empezó la batalla. Cuando se adentraron, echaron el último vistazo a la gruta antes de que se perdiera de vista tras las altas copas de los árboles, los pocos que quedaban en pie. Se formó un trasiego de prisioneros subiendo y bajando de la cueva por las escaleras y cuerdas que usaron los bandidos. Pero no era momento de molestarse en ellos.

El bosque era un revoltijo de árboles partidos, madera chamuscada y los cadáveres de los bandidos, la mayoría de ellos carbonizados tras el incendio. Los guerreros muiscas sobrevivientes ya habían retirado a sus difuntos compañeros del campo de batalla. Los juntaron ante la escalinata del palacio en una gran pira hecha con madera y finas ramas. Después de una larga y angustiosa espera, vieron a lo lejos aparecer a sus salvadores montados en sus peculiares monturas. Todos, incluso Quemuenchatocha, salieron corriendo a su encuentro. Al ver al *mobán* y

al *chullachaqui* pareció que titubeaban, pero no podían ignorar todo lo que habían hecho esas criaturas por ellos.

Los gritos de júbilo avisaron, a los que se ocultaban en los límites del poblado, de la llegada de los forasteros y salieron de sus escondites para recibirlos. Una avalancha de personas enloquecidas se dirigía corriendo hacia ellos. No pudieron hacer nada por evitar ser engullidos por sus abrazos y gritos de agradecimiento. Arg bajó cuidadosamente a Chipaque al suelo para que pudiera disfrutar de la ovación, junto a sus compañeros, pero apenas lograba mantenerse en pie. El *psihipkua*, con un hombro vendado y el brazo en cabestrillo, sujetó a su hijo por un costado, en el otro lado recibió el apoyo de Juan. Los tres intercambiaron miradas y sonrisas de complicidad al ver que todos estaban bien, al fin y al cabo, tanto él como el maestro ahora formaban también parte del pueblo.

Cuando los ánimos se aplacaron un poco, sorprendentemente, el señor del poblado se arrodilló ante Juan. Uno a uno, todos los habitantes hicieron lo mismo que su señor. Sagipe, junto con su dolorido primo, también se arrodilló frente a los hombres que salvaron su pueblo. Los dos chamanes, que de nuevo aparentaban ser tan solo dos ancianos vestidos con pieles, Billy con su aspecto pequeño y travieso de siempre, y el *mobán* imitaron al resto. Isabel se echó a un lado, para no quitarles el protagonismo que se merecían, y los miró orgullosa. José parecía disfrutar de esa situación. Sonreía con ironía y caminaba sacando pecho y con gesto triunfal. Al contrario, y para su sorpresa, el marinero parecía encontrarse algo más incómodo.

—No, no, ¿qué estáis haciendo? —Hacía gestos a su alrededor para que se levantaran, pero todos tenían la cabeza agachada y no lo veían—. Vamos, en serio, no nos merecemos esto. El mérito ha sido de todos, todos hemos trabajado lo mismo para que esto salga bien.

Intentó levantar al anciano, pero como ya sabía, era un hombre fuerte y no pudo moverlo. Lo intentó después con el herido capitán güecha, pero ni en ese estado consiguió que no se resistiera. Sagipe alzó ligeramente la vista y le dedicó una pícara sonrisa, pero la mirada de Juan parecía desesperada.

—Lo siento —dijo tajante e inesperadamente Quemuenchatocha, silenciando al nervioso marinero y arrebatándole los aires de grandeza al profesor.

—¿Q- qué? —farfulló el capitán, atónito.

Poco a poco, todos los que hacía un momento reverenciaban a los forasteros, se pusieron en pie a excepción del *psihipkua*.

—Yo estoy muy orgullosa de ti —dijo Isabel a José.

Lo abrazó con ternura para consolarlo, al ver su cara de decepción, cuando descubrió que la reverencia no era para agradecerle su actuación.

—Una vez me pediste la mano de Sagipe y yo te la negué. Ahora soy yo el que

te la entrega. No, el que te ruega que la aceptes. —Se dirigía a él mirándolo directamente a los ojos, pero continuó postrado a sus pies. Un murmullo comenzó a extenderse a sus espaldas. La joven acudió junto a su amado y lo rodeó con sus brazos, feliz por poder mostrar su amor sin tapujos ante todos—. No te la negué porque no pertenecieras a estas tierras. El hombre que viva el resto de sus días junto a Sagipe debe amar a su pueblo tanto como a ella o a su propia vida. Lamentablemente, si la vida de un hombre termina puede ser reemplazada, pero si acaban con el pueblo, todos nosotros estamos acabados. Ni siquiera todos los hombres muisca son capaces de anteponer sus vidas por el porvenir del resto. —Muchos de los rumores cesaron en el acto—. Mi intención no era que lo demostraras de esta manera, pero es evidente que tienes el verdadero espíritu de un auténtico hombre muisca. Más aún, el espíritu de un guerrero güecha. Quizás, cuando mi hijo tome mi cargo, te podamos buscar una buena posición entre los guerreros. —El anciano le dio unos golpecitos en el brazo con el codo y se rio abiertamente. El capitán buscó a su amigo con la mirada y sonrieron, recordando viejos momentos—. Siempre estaré en deuda con vosotros. Una vez más, gracias. —Quemuenchatocha se puso en pie de nuevo—. También lo digo por ti —se dirigió a José—. También por ti, jovencita —sonrió y le hizo una caballerosa reverencia a Isabel—. Y esto no podía haber sido posible sin vuestra ayuda. Mi agradecimiento a vosotros también será eterno —se dirigió a la parte más alejada, saliendo de la aglomeración, para hacer partícipes de la victoria a los extraños amigos del profesor. Cuando llegó a ellos se dio la vuelta y observó, algo más elevado, a todo su pueblo allí reunido—. En el día de hoy hemos perdido a algunos hermanos, pero hemos ganado otros. Se unen nuevos miembros a nuestra familia, con el corazón y el espíritu dignos para serlo. Y no es que lo diga yo, Bachué y su hijo se personaron ante ellos para evitar que murieran más hijos suyos.

Una vez más comenzaron los gritos y las ovaciones. José, Juan, Isabel, Billy y Arg se reunieron y fueron el centro de las felicitaciones. Quemuenchatocha y Sagipe insistían al enigmático chamán para que se uniera a sus compañeros, pero este se negaba.

—Mi deber era haber evitado esta situación mucho tiempo atrás, pero ellos han arreglado mi error —dijo para excusarse de los halagos.

Pero todos conocían de sobra los detalles de su crucial participación en la batalla. Al parecer, la voz se había extendido y ya estaban al corriente de todo cuanto sucedió al otro lado de la gruta.

—¡Ya basta por ahora! —Todos callaron y escucharon con atención a su *psihupkua*—. Hoy no son todo alegrías, también tenemos que despedir a nuestros amigos y hermanos y prepararlos para iniciar la nueva vida.

Unos sollozos y llantos reprimidos pudieron escucharse ahora entre los aldeanos. La emoción por verse salvados lo difuminó temporalmente, pero después de esa alegría quedaba la tristeza y la desolación por los seres queridos que se perdieron en la lucha.

Estaba anocheciendo y todos se reunieron alrededor del improvisado altar de madera, donde los difuntos guerreros ya estaban postrados. Ocultaron bajo unas sábanas blancas a aquellos que estaban en peores condiciones. El cielo rojizo recordaba la sangre derramada durante ese día. Todos llevaban puestas sus mejores galas, aunque en ese momento no celebraban y sonreían, por lo menos, todavía. Esta vez lloraban a sus seres queridos y se consolaban unos a otros. Los familiares y amigos más allegados de las víctimas reunieron sacos de comida, odres llenos de chicha y el jugo fermentado de la caña de maíz y piezas de oro alrededor del montón de leña.

Los muiscas creían en la inmortalidad del espíritu y que tras la muerte los esperaba una vida parecida a la que tuvieron hasta ahora en el mundo mortal. Por eso les preparaban los víveres necesarios para comenzar el viaje hacia esa nueva vida. Los dos aventureros ya tenían ropa apropiada para la ocasión, la del día del nombramiento de Chipaque. Tanto a Isabel como al *mobán* y al *chullachaqui* les tomaron las medidas y en pocas horas tuvieron unos atuendos diseñados especialmente para ellos.

Llegó el momento del funeral. Los recursos para la nueva vida de los difuntos estaban debidamente preparados alrededor de ellos y el resto de los aldeanos reunidos también a su alrededor, frente a la larga escalinata del palacio. Sobre todo los familiares lloraban desconsolados y necesitaban el apoyo de alguien cercano para aguantar el trágico envite.

Ramiriquí inició el ritual, mientras el *psihipkeua* pronunciaba unas breves palabras.

—Despidamos con esta ceremonia a nuestros vecinos, amigos, hermanos, hijos y maridos. Nos despedimos de su forma mortal, pues su alma es inmortal. — Gracias a Sagipe, una vez más, los dos amigos pudieron entender el discurso por completo. El profesor sobre todo consiguió entender algo de ese lenguaje, pero era incapaz de entenderlo a ese ritmo—. No por llorar más su pérdida, se quiere más a alguien. Por eso tenemos que hacer acopio de todas nuestras fuerzas para dar ánimos y apoyar a nuestros seres queridos en el duro camino que aún les queda por recorrer en el mundo de los espíritus. Sabemos que su estancia en ese mundo será fácil o difícil, según la vida que hayan tenido anteriormente. Nuestros hermanos eran hombres de corazón puro y un espíritu inquebrantable, así que no debemos estar preocupados por ellos.

Aunque algunos continuaron llorando, muchos de los llantos se convirtieron

en sonrisas forzadas, intentando hacer caso a las palabras de su señor.

Mientras Quemuenchatocha formulaba su discurso, en segundo plano, el sacerdote recitaba unos ícaros para sí mismo en una lengua que ni sus propios vecinos entendieron. Se llenaba la boca con un extraño líquido de una botella sucia y la espurreaba sobre los cadáveres. Esa misma operación la repitió varias veces e hizo una señal al *psihipkua* cuando terminó con el ritual funerario. Este asintió a su hijo con el semblante serio, entonces el capitán güecha, el hombre al mando de los caídos, acercó una antorcha a la base del altar de madera.

Las finas ramas y el óleo que derramaron por ellas fue el combustible perfecto para que el montón de leña, junto con la mayoría de los cuerpos ya calcinados, ardiera con intensidad. De pronto, el valle entero se sumió en un tenso silencio, roto tan solo por los llantos de los más afectados por las pérdidas, el crepitar de las llamas y los crujidos de la madera. Ni la suave brisa hacía sonar las campanillas de oro que colgaban de los árboles. Se quedaron ahí de pie, alrededor de la hoguera, esperando que el dolor y el desamparo cesaran por sí solos.

José, cuyos conocimientos abarcaban todo lo que podían proporcionarle los libros, jamás había podido presenciar un funeral como aquel. Le resultó una gran ventaja que creyeran en la inmortalidad del espíritu, pues las llamas de la hoguera ya se estaban extinguiendo y los llantos prácticamente habían cesado. Los familiares y amigos de los muertos parecían haber asumido su pérdida y se alegraban por ellos al pertenecer ahora al mundo de Bachué y su hijo, el mundo creado por Sua. La hoguera dejó lugar a un montón de brasas humeantes.

—Después de las despedidas, de la tristeza y de derramar lágrimas, llegó el momento de celebrar. —Quemuenchatocha volvió a encabezar la proclama dirigida a todos sus súbditos—. Las cenizas que quedan por la despedida de unos nos servirá de base para recibir a otros nuevos hermanos. —Hizo un gesto a los cinco amigos. A excepción del *mapinguarí*, todos se reunieron con el anciano frente al resto de aldeanos—. Gracias a ellos, la existencia de nuestro pueblo continuará en secreto, y esperemos que algún día nos ayuden a aumentar en número.

Miró divertido a Sagipe y al marinero y les guiñó un ojo. La joven se rio avergonzada, se sonrojó y apartó la mirada de la de su tío. Isabel y el profesor no salieron indemnes del comentario, que actuaron del mismo modo vergonzoso que sus amigos.

Dejaron un rato para serenarse tras el funeral, para continuar después con la celebración por su salvación. Mientras tanto, los menos afectados, los dos forasteros entre ellos, ayudaron con los preparativos.

CAPÍTULO 74

Reunieron un montón de leña sobre los restos ahogados de la hoguera anterior. Cuando le prendieron fuego, las llamas alcanzaron una altura descomunal. Esa hoguera era mucho más grande que todas las que habían visto desde que empezó su estancia en El Dorado. Los carros repletos de carne y los barriles de chicha y jugo de maíz abundaban, una vez más, en toda la zona. Dejando a un lado las penas, todos bailaban, cantaban, reían, comían y bebían, celebrando que aún seguían con vida.

Quemuenchatocha, a pesar de su grave herida, se movía y festejaba frenéticamente, animando sobre todo a los más pequeños, con los que tenía una gran complicidad. Chipaque, poco expresivo, como siempre, observaba con atención la fiesta, sentado en un tronco cercano al fuego. Parecía haber mejorado de sus lesiones, o por lo menos ya no se arrugaba por el dolor. Los músicos tocaban con entusiasmo y sin descanso. Daba igual que fuera un ritmo lento o rápido, Juan y Sagipe bailaron toda la noche agarrados el uno al otro. Arg y Billy se integraron como si fueran conocidos de toda la vida. El *chullachaqui* entretenía a su público utilizando sus poderes y el *mohán* hacía demostraciones de su brutal fuerza con el resto de los guerreros.

El *mapinguarí*, junto a su viejo amigo, se sentó en las empinadas escaleras del templo. Apartados de la celebración en la intimidad que les proporcionaban las sombras, intercambiaban anécdotas y conjuros.

—Por cierto, ¿tú recuerdas cómo me llamo?

—¿Cómo dices?

—Al contrario que tú, desde que nos separamos, yo he estado solo. —Ramiriquí se rascó el mentón pensativo.

—¡Ah, sí! Yo te llamaba marmitón. —Los dos rieron y prosiguieron con su intercambio de conocimiento.

José tampoco se separó de Isabel en toda la velada, pero en todo momento mandaba preocupados vistazos en dirección a la arboleda.

—Discúlpame un momento —dijo el profesor, apenado por tener que dejarla, aunque tan solo fuera por unos pocos minutos.

Ella no pareció muy afectada, le besó la frente con dulzura y se quedó celebrando con unos nuevos conocidos.

—Necesito que me acompañe un momento —dijo al oído al *psihipeka*—. Debería solucionar un pequeño problema.

Esperaron un momento en el que pasaran desapercibidos para poder escabullirse sin llamar la atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó el anciano cuando se hubieron alejado valle arriba, en dirección al bosque.

—Ahora lo verá.

Caminaba con convicción, sin frenar su avance y con la estrecha apertura asediada de peñascos entre ceja y ceja.

—¿Y bien? —El señor estaba extrañado.

Estaban ante la entrada del bosquecillo. El profesor le indicó que se detuviera en ese lugar y parecía buscar algo entre las sombras de la chamuscada espesura.

—¿Hola?! ¿Hay alguien por ahí? ¿Alguien que me entienda puede oírme? —gritó el maestro hacia el interior vacío, todavía humeando ligeramente.

No se preocupó por gritar tanto como pudo, ya que era prácticamente imposible que lo escucharan en el poblado. La única respuesta que obtuvo fue su propio eco rebotando en el vacío. De pronto, se distinguió una sombra tras la neblina y el humo que los envolvía. Detrás de esa sombra aparecieron otras. Eran los prisioneros que decidieron no escaparse o no tenían donde regresar. Salieron con timidez y recelo de sus escondites, entre los quemados restos, ante la insistente llamada de uno de sus salvadores. Uno de ellos hizo de portavoz del resto y se acercó con precaución hasta ellos.

—¿Qué quiere decir esto? —increpó Quemuenchatocha, aparentemente malhumorado.

—Esta gente es tan víctima de esos ingleses como ustedes —dijo en un tono apaciguador.

—Todos los que nos hemos quedado no tenemos medios para volver a nuestros hogares, o llevamos tanto tiempo cautivos que nuestras familias ya se habrán olvidado de nosotros. —El tono de voz del prisionero denotaba desesperación.

—¿Estáis insinuando que...? —El anciano parecía escandalizado y se reía con ironía—. Lo que me estáis proponiendo es muy arriesgado para mi pueblo, como podréis comprender. Por otra parte, en caso de que os quedarais aquí, no tenemos sitio para vosotros ahora mismo y no creo que ellos estén conformes con vuestra estancia aquí después de lo sucedido. —Señaló con un ademán al resto de los habitantes que continuaban con la celebración más abajo, ignorando por completo que aquella conversación se estaba llevando a cabo—. Como comprenderéis, no puedo permitir que mi familia no esté a gusto en su propio hogar. —Miraba inquisitivamente al prisionero, como esperando que él mismo se diera por vencido—. Además, ¿quién me dice que no deberíamos encerraros a todos vosotros para asegurarnos de que vuestras intenciones no son malas? ¿Quién me asegura que no os intentaréis ganar nuestra confianza para luego traicionarnos y robarnos?

El portavoz de los prisioneros fue a decir algo pero se quedó sin argumentos con los que rebatir. El anciano tenía razón.

—No hace falta que nos quedemos aquí —se apresuró a decir uno de los prisioneros, las sombras ocultaban su rostro, pero hablaba con el mismo acento que los bandidos—. Podemos quedarnos en el otro campamento, al fin y al cabo, hemos vivido allí durante mucho tiempo. Ahora lo haremos a nuestra manera.

Quemuenchatocha pareció enfurecerse de pronto y blandió su bastón ante él. Se puso en tensión y bajo su flácida piel se revelaron sus poderosos músculos.

—Esa forma de hablar... —pensó en voz alta—. ¿¡Quién ha hablado!?! —amenazó al grupo de prisioneros.

Estos se apartaron y formaron un pasillo con el susodicho al final de él.

—¡Alto! ¡Deténgase! —El *psihipkua* arremetió contra ese hombre, pero José lo detuvo—. ¿Qué está haciendo?

—¡Es uno de ellos! —insistía con su arremetida contra el prisionero, pero el profesor logró frenarlo haciendo acopio de todas sus fuerzas.

—Tiene que guardar la calma, aún sigue alterado por lo que ha pasado. —El profesor habló con calma para tratar de tranquilizar al anciano.

Pareció funcionar, dejó de empujar y se apoyó en el bastón, aunque su dura mirada no cambió ni un ápice.

—Expíciate —ordenó al prisionero—. Si os dejara vivir allí, podríais salir siempre que quisierais y correríamos el mismo riesgo.

—Le aseguro que su pueblo no correrá ningún riesgo. Con algo de esfuerzo, ese sitio puede ser un buen hogar para nosotros. Puede poner guardias en los muros para vigilarnos y con ese túnel podremos estar en contacto cuando queramos.

Un murmullo se extendió entre los cautivos que se quedaron. A pesar de la mirada de furia del *psihipkua*, el prisionero le habló mirándolo directamente a los ojos y sin aplacarse ante su imponente aspecto. El señor del poblado estuvo un rato pensativo, luego miró a José y después volvió a pensar otro rato.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó el anciano con acritud.

—Alex, Alexander —respondió sorprendido—. Soy... Bueno, era un escritor. Intenté descubrir la verdad sobre el galeón San José para mi obra, pero me apresaron y me trajeron aquí. Me torturaron para conseguir el resultado de mis investigaciones, pero no les dije nada, por eso me han retenido aquí durante siete años. Y hubieran sido muchos más de no ser por vosotros. De todos modos, si se lo hubiera dicho, creo que tampoco me hubieran dejado ir. —Miró al profesor con un extraño brillo en los ojos y le lanzó una sonrisa torcida.

—Es verdad que esos tipos apresaban a cualquiera de quien pudieran conseguir información sobre cualquier cosa de la que pudieran sacar beneficios

—confirmó la inocencia del prisionero, devolviéndole disimuladamente la mirada.

—Muy bien, Alexander. —Hablabas como si estuviera obligado a decir aquello, como si hiciera lo contrario a lo que le decía su corazón, pero consciente de que eso era lo correcto—. Os permitiré vivir en ese poblado. Mis guardias estarán ahí tan solo para evitar que escapéis. Y el túnel no se usará para vernos ni nada por el estilo. De vez en cuando, mandaré a Chichituba para que ver vuestra situación, luego él me informará y actuaré al respecto, según mi parecer.

—Me parece correcto. Me aseguraré de ganarme su confianza para que podamos vivir como amigos —dijo Alexander con sinceridad.

A pesar de su origen, la forma de hablar de ese hombre, la forma de actuar, le recordaba a José. Un pequeño brillo de esperanza, de que esa convivencia podría ser posible, pasó por su mente, aunque no dejó que se le notara. Su semblante se suavizó un poco, casi imperceptiblemente para quien no lo conociera.

—Una última cosa —añadió el *psihipkua*, borrando los rostros de satisfacción de todos los prisioneros por un instante—, sin alguien que los dirija, un grupo de personas no son más que una jauría en la que cada uno mira tan solo por sí mismo. Si vais a ser nuestros... vecinos, debéis ser un pueblo capaz de valerse por sí mismo, una sociedad pacífica y próspera. Tú serás el que los lidere, tú tendrás que asegurarte de que así sea. Y acuérdate que te estaré vigilando de cerca, así que procura hacerlo lo mejor posible. —Guardó silencio y repasó con la vista a todos y cada uno de los que serían sus nuevos vecinos—. ¿Alguien tiene algo que objetar? —dijo en un tono de voz amenazador que no llegaba del todo a ser un grito.

Todos lo negaron con ímpetu. Dio un golpe seco en el suelo con su bastón, «sea pues», dio a entender con ese gesto. El anciano les dio la espalda y comenzó a descender el valle para regresar a la celebración, antes de que se enfriaran los ánimos. El profesor corrió para reunirse a su lado y le dijo algo en el oído.

—Os proporcionare los recursos que necesitéis hasta que podáis disponer de vuestra propia comida. Pero será mejor que lo hagáis con presteza, antes de que se agote mi generosidad —dijo con desgana y sin volverse desde la distancia.

—*Ipqua psihipkua* —se despidió sorprendentemente Alex, haciendo una reverencia a su anfitrión.

Sus compañeros lo imitaron. Quemuechatocha se frenó en seco y abrió los ojos, sorprendido, aunque no se giró. Ese hombre cada vez le recordaba más a José. Escuchando conversaciones lejanas fue capaz de aprender palabras en su idioma. Sonrió levemente y prosiguió su descenso.

—¡José! —llamó al profesor y este acudió a él—. Quería darte esto como agradecimiento.

Cuando vio lo que el prisionero le entregaba se quedó sin habla. Las palabras no salían de su boca, sus ojos chisporroteaban de emoción e incluso le faltaba el aire. El hombre, algo mayor que él, le sonrió.

—¿Cómo has podido mantener esto oculto durante siete años?

—Este libro fue lo que me impulsó a escribir. Jamás lo investigué ni traté de saber si es cierto, pero todo lo que he vivido a raíz de leerlo no lo cambio por nada. Es mi bien máspreciado y no puedo desprenderme de él así como así.

—¿Y por qué me lo das?

—Contigo estará en buenas manos y sé que tú le vas a dar mejor uso que yo. Además, ahora somos vecinos, me lo podrás devolver cuando quieras. — Alexander extendió una mano y el profesor se la estrechó con agradecimiento. Con ese obsequio no podía hacer menos que tratar a ese hombre como a un amigo desde ese preciso momento—. Ahora ve, por lo que he entendido esta fiesta es para ti y tus amigos, ve a celebrarlo con ellos. Ya me lo agradecerás cuando lo hayas ojeado. — José se quedó pasmado unos segundos, hizo una fugaz reverencia al prisionero y se fue corriendo junto al anciano. Quemuenchatocha bajaba el valle a toda prisa, volviendo a animarse a sí mismo para poder soportar el agotamiento que provocaban los niños que lo atosigaban.

¿Quién es ese hombre? ¿Por qué me sonrió al hablar del galeón? ¿Puede un hombre tener predestinados varios objetivos en su vida? Infinidad de preguntas inundaban la mente del profesor. Por un momento se olvidó de la fiesta y se centró tan solo en el objeto con el que jugaba nervioso entre sus manos, temeroso de descubrir lo que contenía.

Era un viejo libro, parecía más antiguo incluso que el libro que encontró en el barco que le llevó a Colombia. Algunas de las esquinas de sus hojas se deshacían tan solo con rozarlas y la tapa de piel estaba seca, descolorida y cuarteada. En ella se podía leer *La Atlántida*. Había unas palabras más escritas debajo del título, pero era imposible leerlas.

CAPÍTULO 75

Pasaron varios meses desde que se libró la batalla y aún se podían apreciar los daños ocasionados. Las paredes de roca de la montaña tenían agujeros enormes por los cañonazos recibidos. Las cenizas de todo cuanto se quemó sirvió de abono para que los nuevos árboles empezaran a crecer más fuertes que nunca. Los árboles derribados y los troncos partidos fueron invadidos por infinidad de plantas distintas y ofrecían al bosque un aspecto más hermoso y místico.

Las coloridas orquídeas anunciaban la paz que volvía a reinar en el valle. Los guacamayos se posaban majestuosos entre el ramaje y comenzaban a confeccionar sus nuevos nidos. Una ardilla subió corriendo un árbol, huyendo del ataque de una serpiente que se ocultó en un tronco hueco. El bosque al completo era bañado por el sol con una luz reparadora que infundía vida. Posiblemente, para la próxima recolecta, luciría más frondoso que antes, si cabe.

Estaban una vez más todos reunidos. Esta vez, en lugar de hacerlo bajo la escalera de oro del palacio, lo hicieron frente a la abertura que hacía las veces de entrada al bosquecillo. Todos tenían el cuerpo pintado con colores vivos, pero esta vez sus vestimentas variaron. Algunos llevaban sus vestidos de gala, los mismos que llevaron durante la ceremonia del Indio Dorado, la ceremonia que protagonizó Chipaque. Otros llevaban puestos unos sencillos ponchos de tela blanca, eso sí, adornados con todas sus alhajas de oro y madera. Incluso Ramiriquí se despojó de su piel de oseño y lucía una ropa similar a la de sus paisanos. Los únicos que no cambiaron su apariencia fueron Billy y Arg, que pensaban que no les quedaban bien esos atuendos.

Ambos se integraron a la perfección entre los aldeanos. Arg encontró una buena posición pasando a formar parte de los guerreros y Billy se ofreció como asistente de Ramiriquí, para ayudarlo como médico del pueblo y, por qué no, para poder aprender algo sobre sus poderes. Sin embargo, el *mapinguari* abandonó el valle en cuanto se solucionó el enigma que debía resolver el profesor y todos sanaron sus heridas.

Quemuenchatoha estaba situado en el centro de la entrada y el resto de los presentes esperaban frente a él. Durante ese tiempo, Alex cumplió con su palabra y los antiguos prisioneros convivieron conforme al acuerdo establecido en el poblado contiguo. Reconstruyeron las cabañas y el edificio en el que un día se alojaban los ingleses pasó a ser una especie de palacio de ese nuevo pueblo. En él se alojaban ahora Alexander y los hombres que formaban parte de su consejo. Consiguieron animales que criar y tenían huertos en los que cultivar sus propios alimentos. Incluso intentaron cubrir la polvorienta fortaleza con hierba para que

se pareciera al valle de los muiscas. Varios de esos hombres y mujeres, que estuvieron bajo el yugo de los bandidos, estaban a la espera de formar una familia en poco tiempo.

Siguiendo las órdenes del *psihipkua*, se convirtieron en un pueblo próspero y autosuficiente. Algunos, aunque la habían limpiado, llevaban su antigua y rasgada ropa. Otros se fabricaron nuevos atuendos mezclando sus técnicas con las de sus nuevos vecinos. También había quienes imitaban su forma de vestir para intentar integrarse y formar parte de ellos. Observando las miradas que intercambiaban ambos bandos mientras esperaban, al profesor no le costó adivinar que pronto habría más casos como el de su amigo con Sagipe.

De pronto se escuchó un alboroto proveniente del poblado, en la parte baja del valle. Eran los guerreros güechas cargando con Juan sobre sus hombros. Todos llevaban puestos sus atuendos de combate, incluso el marinero llevó el conjunto que usó durante la batalla. Ahora, más que nunca, parecía uno de ellos. Su tono de piel era similar, vestía y se comportaba como un auténtico güecha, pero jamás se desprendería de ese precario sombrero que coronaba su testa.

Lo sujetaban entre cuatro hombres para llevarlo cómodamente y se turnaban para repartirse el trabajo. Chipaque, más participativo que nunca, cargó con su nuevo amigo durante toda la subida hasta la arboleda y estuvo todo el tiempo sonriente. Realizaron todo el trayecto cantando a viva voz y haciendo saltar al capitán peligrosamente por los aires. Eran poco más de una veintena de hombres, pero parecían muchos más por el alboroto que causaron. Cuando llegaron se situaron entre Quemuenchatocha y el grupo de asistentes, lo bajaron al suelo y esperaron con el resto. El marinero parecía exhausto, fue un largo recorrido aguantando el equilibrio sobre aquellos entusiasmados guerreros.

Pocos minutos más tarde, todos volvieron la vista de nuevo hacia el poblado. Sagipe había terminado de arreglarse y bajaba la escalinata del palacio para acudir hasta allí. Llevaba puesto aquel insinuante y provocativo vestido rojo e iba engalanada con finos collares, pulseras y pendientes de oro. También tenía una corona y un collar de flores que hicieron las mujeres que la acompañaban. Estas vestían con unos sencillos y anchos vestidos blancos, del mismo estilo que el resto de los aldeanos. También tenían el cuerpo pintado con colores vivos y portaban unas cestas llenas de flores, de todos los tamaños y colores, que arrojaban sobre la joven a cada paso que daba, hasta que llegó al lado de Juan.

El marinero y la joven estaban muy cerca el uno del otro, agarrados con ternura de las manos y mirándose con los ojos vidriosos. Ambos sonreían enamorados, pero los nervios los hacía incapaces de decirse nada. Tan solo podían disfrutar de la presencia el uno del otro. Quemuenchatocha dio un paso al frente, hacia ellos, y los miró sonriente y con gesto afectuoso y paternal.

Carraspeó antes de hablar para aclararse la garganta y respiró hondo, él también parecía nervioso.

—Hoy seremos testigos del compromiso que unirá a Sagipe con nuestro nuevo hermano Juan. En estos últimos meses han pasado muchas cosas sobre las que podríamos hablar. Algunas de ellas nos trajeron alegrías. —Miró a todos los nuevos habitantes del poblado y a los nuevos vecinos que se albergaban al otro lado de la mina—. Otras, en cambio, nos hicieron derramar lágrimas. Algunas pasarán con el tiempo y no serán más que un recuerdo borroso, otras jamás las podremos olvidar, aunque queramos. —De pronto parecía decaído, triste, como si toda la ilusión que mostraba unos instantes antes se hubiese esfumado. Miró a todos los presentes y sus rostros de esperanza, de ilusión y de felicidad le retornaron su alegría—. No quiero enturbiar este día tan dichoso con recuerdos del pasado. Hoy estamos aquí para ver cómo este hombre y esta mujer, dos espíritus libres e independientes, se convierten en uno solo. —Volvió a quedarse mirándolos, pasmado y distraído, como si no terminara de creerse que ese momento hubiese llegado—. Jamás pensé que llegaría a conocer a ningún hombre capaz de arrebatarme a mi hija. Pero me equivoqué. —Una lágrima surcó la mejilla de la mujer, que lo miraba con afecto—. No solo he tenido el enorme placer de conocerlo, a él y a sus fantásticos amigos, además he podido alojarlo y llegar a encariñarme con él. No solo demostró tener un espíritu firme, sino que resultó ser un gran guerrero, amigo, constructor y consejero. Ha resultado ser un testarudo que finalmente ha terminado saliéndose con la suya.

Unas risillas se escucharon entre los observadores, incluso Sagipe sonrió con inocencia. El *psihipkua* ahora se puso un poco más serio.

—Juan, ¿prometes querer y cuidar de mi querida sobrina, mi hija, hasta el fin de tus días o tu salud te impida hacerlo?

—Lo prometo.

—¿Prometes arriesgar tu vida por su bienestar, si hiciera falta, y no tomar a ninguna otra mujer como esposa mientras ella sea capaz de complacerte? —El capitán parecía reflexivo, dudando a la hora de hallar una respuesta.

—¿Cómo que tomar otra mujer como esposa? —preguntó, finalmente, sorprendido.

—Los hombres muiscas pueden llegar a tener varias esposas, dependiendo de su posición social —explicó la joven en voz baja, como si fuera un secreto—. Se dice que Bochicha, un antiguo cacique, tuvo un total de trescientas esposas.

—Quizás trescientas me parezca algo excesivo, pero la idea de... —Sagipe lo empujó para borrarle esa idea de la cabeza. Los que observaban la ceremonia sonrieron, estaba siendo más entretenida de lo que se esperaban—. Lo prometo —dijo arrepentido.

—Y tú, Sagipe, ¿prometes querer a Juan, cuidar de él y serle fiel hasta el último de tus días?

—Lo prometo. —Estaba tan contenta que comenzó a dar pequeños saltitos de impaciencia.

—¿Prometes arriesgar tu vida por su bienestar, si fuera necesario, y proporcionarle una familia digna, acorde con el hombre que ha demostrado ser?

—Lo prometo.

Las lágrimas se derramaban de sus ojos, pero su permanente sonrisa y sus nervios revelaban su enorme felicidad. Quemuenchatocha caminó a paso lento hasta colocarse detrás de ellos y los cubrió con una manta. Era una manta hecha con seda de colores vivos, la más suave que Juan había tocado nunca.

—Desde este instante vuestros destinos y vuestras vidas recorrerán el mismo camino. Espero que este enlace no sean capaces de separarlo ni los mismos dioses. —Finalizó la ceremonia.

Isabel miró a José con ternura y cierta envidia, le sonrió y lo abrazó. El resto de los asistentes comenzó con los gritos, las canciones y las ovaciones, mientras los recién casados se fundían en un apasionado beso.

Aprovechando un momento en el que la mayoría de la atención estaba centrada en Sagipe, Juan se dirigió con disimulo hacia donde se encontraba Isabel.

—¿Es cierto que tú eres la cosa, el caba..., la que nos sorprendió en medio de la selva? —preguntó súbitamente. La mujer no dejó de sonreír en ningún momento.

—Así es, bueno, era esa cosa, lo fui —respondió ella con cariño y divertida.

La maldición formaba parte del pasado y podía hablar de ella sin complejos, sin apenarse, de hecho, se alegraba de poder hacerlo sin sufrir las consecuencias.

—¿Te dolía cuando te transformabas? ¿Cómo aprendiste a hacer tus necesidades con ese cuerpo? Cuando estabas transformada ¿comías lo mismo de siempre? —El capitán la avasalló con infinidad de preguntas que le venían a la mente.

No la veía desde aquel percance con el líder de los furtivos en Cartagena de Indias y aún no había tenido la ocasión de hablar sobre ello, ya que supo que lo de su maldición era cierto mucho tiempo después. Cuando tuvo la oportunidad, José se la llevó con el primer pretexto que se le ocurrió.

Se disponían a bajar hasta el poblado para dar comienzo a la celebración, pero alguien retuvo al recién casado marinero. Los asistentes a la ceremonia ya estaban haciendo los preparativos para la fiesta y tan solo tenían frente a ellos a Chipaque, junto a otros veintisiete hombres. La mayoría de ellos eran guerreros güechas y los que no lo eran, se preparaban para serlo o eran hombres capaces de

enfrentarse a uno. Le sorprendió meneando frente a él un *wiño* y en su rostro se dibujaba una sonrisa, mezcla de traviesa y maliciosa. Los hombres a su espalda sonreían del mismo modo. Una sensación extraña recorrió su espalda, miró a la que ahora era su mujer y ella parecía invitarle a ir con ellos.

—Hoy estamos de celebración, y en toda celebración muisca que se precie no puede faltar un buen partido de *palin*. —Miró también a José, que estaba cerca de ellos, inseparable de su amigo, y el hombre que más problemas le dio durante el anterior partido—. Tenemos una revancha pendiente. Tenéis que demostrarnos que lo de la otra vez no fue tan solo cuestión de suerte.

Ambos miraron a las mujeres que los acompañaban y salieron corriendo a empezar el partido, compitiendo desde el primer momento por ver cuál de los treinta jugadores llegaba antes al *palicue*.

Una vez más, después de un trepidante, violento y reñido encuentro de *palin*, la chicha, la carne, la música y el fuego protagonizaron la celebración. Fue la más ruidosa, ajetreada y concurrida de todas las que hicieron hasta ese momento, y eso que los muiscas aprovechaban cualquier excusa para festejar. Esta vez los acompañaban también los hombres y mujeres dirigidos por Alexander. Todavía no convivían un pueblo con el otro, pero en las ocasiones en las que se dio la oportunidad de estar juntos, su actitud fue pacífica, amistosa y, a veces, divertida.

CAPÍTULO 76

El puerto estaba concurrido, abarrotado de gente. Los artistas itinerantes llenaban en tiempo récord los sombreros y platos que usaban para recoger sus propinas. Largas colas se formaban frente a los puestos de fruta y los chiringuitos de la arena no daban abasto. Adiestradores de monos y encantadores de serpientes, malabaristas y acróbatas, todo para encantar a los nuevos visitantes que desembarcaban tras su larga travesía. Todo un elenco de pasajeros se arremolinaba en las pasarelas de madera del embarcadero. Muchos lloraban al ver partir a sus seres queridos y otros reían al reencontrarse de nuevo con ellos, después de mucho tiempo sin verlos.

El barco que se dirigía a España acababa de atracar y en pocas horas emprendería el viaje de regreso. Isabel disfrutaba viendo la alegría en los ojos de la gente y la sonrisa de los niños. Se distraía observando las obras de cada pintor y deleitándose con los ritmos de los grupos de percusión y las bandas de músicos. Se compró esas alhajas hechas con cáscaras de cocos y se refrescó con un batido de frutas variadas recién cogidas del árbol. Nadie se fijaba en ella, era una persona más entre el resto. Tan solo recibía escuetos y cordiales saludos, algunos sinceros y otros forzados.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que visitó la ciudad. Al parecer, todos se olvidaron de la *runamula*, y los que no lo habían hecho lo disimulaban. Al parecer, por lo que consiguió oír de pasada, la banda de cazadores furtivos se disolvió y sus miembros huyeron del país perseguidos por la autoridad competente.

Ahora esperaba a que José terminara de recoger todas sus cosas de la pensión «El Pescador». No las recogía por que fuera a embarcarse y abandonar todo lo que había conseguido en ese viaje, sino porque se las llevaba a una acogedora cabaña a escasa distancia de la selva para vivir junto a la mujer por la que lo dejó todo en el otro lado del mundo.

—Bueno, espero no estar fuera de lugar, pero tú y yo teníamos un acuerdo sobre el uso de mi barco y mi equipo —dijo el marinero, serio y con los brazos cruzados, a José cuando acabó de recoger sus cosas del barco—. Y te recuerdo que perdiste uno de mis inventos.

—Eso fue culpa de los ingleses —añadió en su defensa, intentando desentenderse sobre el asunto.

La verdad es que fue una lástima perder ese brillante exoesqueleto con el que logró hallar el paradero del San José.

—Tú lo estabas utilizando, tú eres el responsable —dijo muy serio, plantado

frente a él. Le dio un golpe con el codo en el hombro y ambos rieron como hacía tiempo que no lo hacían.

—Toma, creo que esto servirá —dijo el profesor mientras rebuscaba algo en su mochila—. Con esto te podrás bañar en ron.

Sacó la esmeralda que encontró en el alijo pirata, colocada sobre el pequeño plato de oro que se guardó en la desordenada cueva de Arg y la campanilla que encontró el *mapinguarí* en el cofre que contenía la nota de su tatarabuelo.

—Esto, amigo mío, jamás saldrá de mi barco. Estos tesoros son el inicio del museo que voy a hacer con todo lo que encontremos en nuestros viajes —dijo Juan con convicción, mirando con orgullo esos objetos de un valor incalculable.

—¿Encontremos? ¿Nuestros viajes? —parecía confuso.

—Sé que tu curiosidad no te mantendrá mucho tiempo en un mismo sitio. —Miró a Isabel con complicidad y ella hizo un gesto de resignación y dio un leve bufido—. Y sin mí para protegerte no tienes nada que hacer. —Ambos se miraron a los ojos. Fue una mirada larga en la que se dijeron infinidad de cosas sin la necesidad de pronunciar palabras.

Después sonrieron, pasaron uno el brazo sobre los hombros del otro y descendieron juntos la pasarela del barco al embarcadero. José, Isabel, Juan y Sagipe, que por primera vez en su vida salía del valle donde se encontraba su pueblo, emprendieron el camino que los sacaba de la ciudad y los llevaba a medio camino entre dos mundos. El mundo que todos conocían y un mundo donde los mitos y las leyendas cobran vida.

Una casa solitaria frente a la selva. Era una cabaña preciosa en la que habían trabajado muy duro para dejarla tal y como estaba. Durante muchos años fue un lugar solitario, aislado del mundo, del que se contaban historias acerca de maldiciones y extraños seres. Hace ya tres estaciones todo eso cambió. Se convirtió en un hogar, un lugar lleno de risas donde se forjaban historias de amor como solo aparecen en los libros, un lugar donde el mito y la realidad caminan de la mano.